



HISTORIA
DE LA
NACION CUBANA

TOMO IV

Comprado a: "Liberia Martí"

Precio:

07

no 2471

77-POX00

Fecha:

junio 16/60

OK✓

HISTORIA DE LA NACION CUBANA

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION

DE

RAMIRO GUERRA Y SANCHEZ

JOSE M. PEREZ CABRERA

JUAN J. REMOS

EMETERIO S. SANTOVENIA

TOMO IV

RUPTURA CON LA METROPOLI

(DESDE 1837 HASTA 1868)



1952

EDITORIAL HISTORIA DE LA NACION CUBANA, S. A.
LA HABANA



NO CIRCULANTE

PROCEDENCIA	Fondo Antiguo
H51653	\$65.00 (100)
FECHA	90-10-14

HISTORIA DE LA NACIÓN CUBANA

ES PROPIEDAD

Copyright, 1952, by
Editorial Historia de la
Nación Cubana, S. A.

9-
His
H
t.4

IMPRESO POR CULTURAL, S. A., OBISPO 525, LA HABANA, CUBA
PRINTED BY CULTURAL, S. A., 525 OBISPO ST., HABANA, CUBA

LIBRO PRIMERO

REAFIRMACION DEL REGIMEN COLONIAL

EMETERIO S. SANTOVENIA

LIBRO SEGUNDO

ANEXION E INDEPENDENCIA

JOSÉ M. PÉREZ CABRERA

(CAPÍTULOS I, II, III Y IV)

RAMIRO GUERRA Y SÁNCHEZ

(CAPÍTULO V)

LIBRO TERCERO

HISTORIA ECONOMICA

JULIO J. LE RIVEREND BRUSONE

LIBRO CUARTO

HISTORIA SOCIAL

ELÍAS ENTRALGO

LIBRO QUINTO

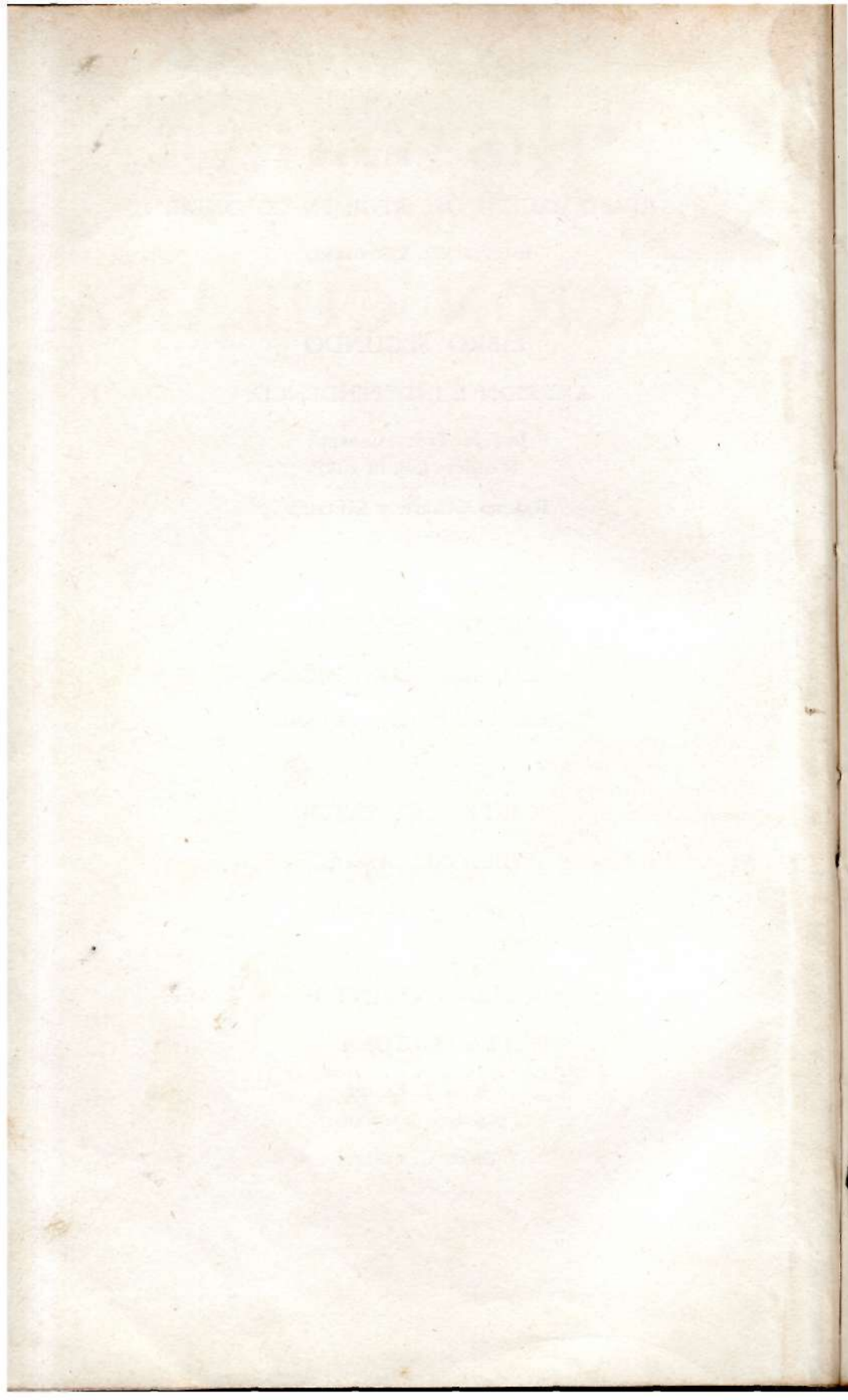
LA CULTURA

JUAN J. REMOS

(CAPÍTULOS I, II Y III)

DIEGO GONZÁLEZ

(CAPÍTULO IV)



INDICE

LIBRO PRIMERO

Reafirmación del régimen colonial

	<u>PÁG.</u>
CAP. I Perfiles de la desigualdad	3
CAP. II Actitudes insulares	16
CAP. III Posibilidad de reformas	30
CAP. IV Fracaso	42
Fuentes	59

LIBRO SEGUNDO

Anexión e Independencia

CAP. I De 1837 a 1848	63
CAP. II De 1848 a 1851	81
CAP. III La polémica anexionista	97
CAP. IV De 1851 a 1867	112
CAP. V De 1867 a 1868	130
Fuentes	140

LIBRO TERCERO

Historia económica

CAP. I La estructura agraria y el desarrollo agrícola	145
CAP. II Primeros cambios en la estructura demográfica	167
CAP. III Disolución de la esclavitud y coexistencia de regímenes de trabajo	182
CAP. IV La revolución industrial azucarera	198
CAP. V Evolución de las demás industrias	212
CAP. VI La expansión irregular del comercio	230
CAP. VII Predominio del ferrocarril. El telégrafo	243
CAP. VIII Aspectos financieros	257
CAP. IX Las instituciones económicas. Las ideas y los grupos sociales	277
Fuentes	291

LIBRO CUARTO

Historia social

	<u>Pág.</u>
CAP. I Estudio de los factores cuantitativos	297
CAP. II Las costumbres	304
CAP. III Situación jurídica interna de la esclavitud	316
CAP. IV Fomento de la población blanca. Otros factores étnicos.	326
Fuentes	345

LIBRO QUINTO

La cultura

CAP. I El romanticismo literario. Poetas y costumbristas.	
Reacción del gusto poético	349
CAP. II El teatro romántico. La polémica filosófica. Los pro-	
sistas. La <i>Revista de la Habana</i> , <i>El Siglo</i> y otras	
publicaciones	371
CAP. III La música. Las artes plásticas. Las ciencias	389
CAP. IV La enseñanza	406
Notas	415
Fuentes	417

LIBRO PRIMERO

REAFIRMACION DEL REGIMEN COLONIAL

LIBRO DE ALFONSO

ALFONSO DE LA REINA CATALINA

CAPÍTULO I

PERFILES DE LA DESIGUALDAD

SUCESO de consencuencias demasiado profundas y duraderas fué el paso de Miguel Tacón por la capitanía general de Cuba. El coturno de este gobernante dejó en el suelo moral de la Isla rastro que habían de seguir sucesores suyos, porque los males del régimen se sobreponían a las buenas intenciones que aisladamente se manifestaban. Pero Cuba había sido colocada, para su dicha como para su desgracia, en uno de los cruceros más notables del Mundo, por añadidura en las inmediaciones de tierras continentales recién advenidas a la vida independiente. Y Cuba se resistía a conllevar de grado un régimen contrario al desenvolvimiento de su prosperidad, a su existencia de país civilizado y a las influencias provenientes de sus vecinos.

Los hombres en cuyas manos estaban los destinos de España se mostraban sordos a los rugidos de la tempestad y a los clamores de conciencias medidas: obraron casi siempre en detrimento de lo que ambicionaban salvar y en contradicción con las aspiraciones justas de Cuba. En armonizar los valores materiales e inmateriales de la Península con los de la Isla se hallaba la solución del conflicto, expuesto, sin embargo, a secar las fuentes de esa convivencia restauradora.

En los primeros años del segundo tercio del siglo XIX con dolor vieron los cubanos cómo los cambios introducidos en la función pública influían desfavorablemente en los modos y medios de usar la imprenta para difundir siquiera un mínimo de ideas liberales. La prensa de la Isla quedó sometida a una censura férrea, según la calificó José Antonio Saco, que de ésta fuera víctima. Los procedimientos iniciados por Tacón para hacer imposible la vida de periódicos dedicados a propugnar la salud y la prosperidad colectivas adquirieron tal fuerza que personas ilustradas y entusiastas inclinadas a hablar y escribir sobre asuntos de utilidad general tuvieron que enmudecer. La intolerancia gubernamental llegó al extremo de no permitir que en Cuba se publicasen sin mutilaciones o deformaciones los mensajes de la Corona a las Cortes y los debates en el seno de éstas desarrollados. Entre los empeños ahin-

cadamente cultivados por los agentes de la Metrópoli en la Colonia figuraba el de mantener a la población cubana en la mayor ignorancia.

En los estudios superiores, no menos que en la instrucción primaria, se vivía bajo el signo del atraso. Dentro del régimen colonial este hecho tenía dos vertientes. Por una de ellas corría la resistencia del Estado a prohijar o proteger iniciativas enderezadas a producir reformas en la enseñanza. Por la otra vertiente se exhibía la invencible oposición a todo intento particular de cultivar las mentes, siendo así que a personas respetables se negaba licencia para ofrecer gratuitamente lecciones de mera literatura.

El ilustre Saco tuvo a Cuba por el más infeliz de los pueblos, puesto que no se le permitía emitir opinión alguna acerca de los impuestos que satisfacía. La Isla, privada de representación en las Cortes del Reino, no contaba tampoco con órganos locales de carácter oficial de que pudiera servirse para manifestar su inconformidad o sus reparos respecto de las contribuciones que pagaba. Y la gravedad de estas negociaciones subía de punto ante la ausencia en la Colonia de los beneficios provenientes de las recaudaciones. Casi las tres cuartas partes de los dineros que producían las aduanas se empleaban en las fuerzas armadas que la Metrópoli mantenía organizadas para conservar su dominación en la Isla. Las enormes cantidades que en ésta obtenía el Erario se invertían en gastos improductivos, en atenciones ajenas, en tierras extrañas, jamás en fecundar su suelo ni en mejorar la condición social de sus hijos.

Las facultades omnímodas conferidas por Fernando VII al capitán general de Cuba en tiempo de Vives alcanzaron sumidad, por inexorable aplicación, en época posterior, en una época que parecía interminable. La más alta expresión de la justicia colonial radicaba en la Comisión Militar Ejecutiva y Permanente de la Isla de Cuba, armada de atribuciones que le permitían disponer discrecionalmente de los bienes, honras y vidas de los naturales del país. Las justicias ordinarias eran privadas por la Comisión Militar del conocimiento de todo aquello que el draconiano tribunal reclamaba, con razón o sin ella, como de su incumbencia. La independencia de los organismos judiciales de hecho no existía: existía el influjo de la espada del hombre de turno que el gobierno de Madrid, de real orden, destinaba a mandar en la mayor de las Antillas, la más rica, y quizá, por más rica, la más desgraciada, de las posesiones ultramarinas de España.

La política de España no podía dejar de ahondar las diferencias entre las condiciones políticas, sociales y económicas de la Metrópoli y las que trataba de imponer en la Colonia. Todo intento de loable enten-



JOSÉ ANTONIO SACO

JOSÉ ANTONIO SACO. El más grande y vigoroso de los polemistas que ha producido Cuba, talento enciclopédico, autor celebradísimo de una monumental *Historia de la Esclavitud*, que aun se cita con encomio. Discípulo y continuador del P. Varela en el benemérito Seminario de San Carlos; desterrado por el áspero general Tacón, porque la juventud cubana seguía con mucho calor sus ideas, el ilustre escritor bayamés ensayó su bien cortada pluma en el tratamiento de las más graves y trascendentales cuestiones cubanas de su tiempo. Enemigo tenaz de la tendencia anexionista —del anexionismo esclavista sobre todo— Saco quiso que sobre la losa que cubriera sus despojos mortales se colocara este significativo epitafio: "Aquí yace José Antonio Saco, que no fué anexionista, porque fué más cubano que todos los anexionistas".

El retrato que se publica es copia de una fotografía obtenida por el señor Domingo Guillermo de Arozarena, perteneciente a la Colección Figarola-Caneda, que se conserva en el Archivo de la Academia de la Historia de Cuba.

dimiento, sobre la base de un trato razonable y justo, chocaba con obstáculos fabricados en la Corte y colocados en el camino de la concordia y de la equidad por los agentes de la Corona en la Isla y por quienes de tal estado de cosas se aprovechaban para adelantar intereses bastardos. La reafirmación del régimen colonial descansaba en el imperio de una conducta dirigida a dar todo a los dominantes y negar todo a los dominados, sin que importase nada la presunción de que así se avanzaba hacia la destrucción de lo que precisamente se pretendía retener más por fuerza que de grado.

Naturalmente, el afán de establecer diferencias fundamentales entre las maneras de gobernar a España y a Cuba —España en un ambiente de libertades públicas y Cuba en la agonía de esclavitudes políticosociales— se reflejó en las personas. Con extrema torpeza fueron tratados a raíz del convenio de Vergara los naturales de la Isla que como jefes y oficiales habían peleado en la Península contra la reacción vinculada en la rebelión carlista. Aquellos que solicitaron regresar a Cuba con sus grados y honores, terminada ya la guerra civil, recibieron por respuesta la notificación de que debían renunciar a su condición castrense y volver a su país como simples particulares. Los hombres que en España se llamaban enemigos del absolutismo, y contra el mismo bregaban, para Cuba lo querían tan sin razón, y tan sin razón pretendían hacerla víctima de inicua desigualdad, que ni siquiera les parecía admisible que los antillanos allá con categoría de héroes pudiesen acá vestir uniformes y portar sables. Esto era signo de autoridad, y el ejercicio de la autoridad en su propia patria, aunque fuese al servicio de la Metrópoli, estaba vedado a los nacidos en la Colonia.

El traslado de la secular Audiencia de la Española o Santo Domingo a Puerto Príncipe había entrañado una ventaja para Cuba. Pero no fué todo lo satisfactorio que pudo haber resultado. La posición geográfica de Puerto Príncipe mantenía al alto tribunal alejado del centro principal de la actividad de España en las Antillas. Desde hacía mucho tiempo ese centro estaba en La Habana, por su población y por el volumen de los negocios que se desenvolvían en la capital de Cuba.

La superfluencia de asuntos judiciales en La Habana sin el complemento de un tribunal colegiado de la categoría de una audiencia fué causa, a juicio de funcionarios españoles, del aumento de la corrupción dominante en el foro de la parte occidental de la Isla. Además, en la confusión que en la Metrópoli producía el complejo de arbitrariedad oficial e inquietud cubana, se llegó a creer que la instalación de una audiencia sería capaz de sosegar a los hombres que permanecían en

guardia y hasta en actitud díscola contra los excesos de quienes mandaban en la Colonia. El gobierno de Tacón extremó el rigor en los comienzos del segundo tercio del siglo XIX. Tacón no hizo asesinar a los adversarios del régimen que él encabezaba en Cuba, pero lanzó al destierro a muchos hijos del país, entre los que sobresalió José Antonio Saco. España se ocupó en apretar los resortes coercitivos. Cuanto a las manifestaciones del espíritu público sobre el suelo de la Isla, presumió que con medidas como la traducida en la erección de una audiencia en La Habana sería capaz de atajar el ascenso de las ideas incrementadas por la exclusión de Cuba de la comunidad española, que a tanto equivalía el haber cerrado las puertas del Parlamento a los diputados de la Isla y privado de las prerrogativas constitucionales vigentes en la Metrópoli a los cubanos so color de que las posesiones de Ultramar se regirían por leyes especiales destinadas a producir la felicidad de sus habitantes.

Por distintos conductos se manifestó la conveniencia de dotar a La Habana de un tribunal colegiado que absorbiese el conocimiento de los litigios de importancia suscitados en la mitad occidental de la Isla. A la Corona llegaron solicitudes y dictámenes procedentes de los principales funcionarios de Cuba, del Tribunal Supremo, del Consejo Real y del de Indias. La reina gobernadora —María Cristina de Borbón, viuda de Fernando VII y madre de la menor Isabel II— se conformó con esas opiniones, favorables a la creación del aludido tribunal. Además, pesaba en su ánimo, a su decir, el deseo de proporcionar fácil y segura justicia a los fieles habitantes de la importante isla de Cuba, persuadida la Reina de que éste era el mejor medio de sosegar a los pocos hombres inquietos que en la Colonia se abrigaban y penetrada de la obligación de excusar la necesidad del rigor. Tales fueron los fundamentos del real decreto de 7 de agosto de 1838 que dispuso:

1. Se erigirían en La Habana una audiencia con las mismas facultades y categoría que por las leyes de Indias correspondían a las audiencias pretoriales, y, por lo tanto, se la consideraría de ascenso para los magistrados y jueces que hubiesen dado pruebas de entereza, saber y virtud en otros tribunales, o para los abogados distinguidos de los tribunales superiores, con tal que unos y otros hubieran desempeñado durante no menos de diez años las funciones judiciales o ejercido la profesión de abogados.

2. La Audiencia de Puerto Príncipe continuaría en esta residencia.

3. El territorio de la Audiencia de Puerto Príncipe quedaría limitado a las dos provincias o departamentos denominados Oriental y Central de Cuba, en el último de los cuales estarían comprendidos los

gobiernos de Trinidad y Fernandina de Jagua. El resto del territorio de la Isla quedó asignado a la Audiencia de La Habana.

4. La Audiencia de La Habana se compondría de: a) un regente, con la dotación anual de seis mil pesos fuertes; b) cuatro ministros y dos fiscales, con la de cuatro mil quinientos pesos fuertes cada uno; c) dos porteros, con la de trescientos pesos fuertes cada uno. Los relatores, escribanos de cámara y demás subalternos necesarios percibirían únicamente los emolumentos de arancel, y estos oficios se conferirían en la forma prescrita por las ordenanzas para las audiencias del Reino.

5. Se destinaría para el servicio de la Audiencia la parte de la Casa de Gobierno que había designado el Capitán General, y se adoptarían las demás medidas de economía por él indicadas para que la Audiencia quedase establecida con el menor gasto posible.

6. La Audiencia de Puerto Príncipe se compondría de un regente, cuatro ministros y un fiscal. En todo lo demás conservaría su planta, con las mismas dotaciones, exceptuadas las reformas que conviniese hacer respecto de subalternos.

7. La Junta de Hacienda de La Habana se compondría de los ministros que designaban las leyes de Indias, y se excusaría la asistencia de los suplentes, como los sueldos que se les pagaban.

8. El capitán general de Cuba sería el presidente de las audiencias de la Isla, con las prerrogativas que le señalaban las leyes. En este concepto, cuidaría de proponer, con acuerdo de ambos tribunales, el mejor medio de asegurar la justicia así por lo que tocaba a la institución de juzgado de primera instancia como por lo concerniente al orden y forma de proceder en los juicios. En el entretanto procurarían las dos audiencias aplicar el reglamento provisional para la administración de justicia de 26 de septiembre de 1835, con las modificaciones adoptadas ya en Puerto Rico, y las demás que estimasen indispensables de concierto con su presidente, quien daría cuenta al gobierno de la Reina.

9. En igual forma se propondrían las enmiendas que conviniese hacer en la planta de los mencionados tribunales, para que, después de ensayada la que provisionalmente se les daba, contando ya con los avisos de la experiencia, se perfeccionase su arreglo definitivo de la manera más estable y legal.

Pocos días después de firmado el real decreto de creación de la Audiencia Pretorial de La Habana, en el curso del mismo mes de agosto de 1838, fué nombrado su personal, a saber: regente, Fermín Gil de Linares; ministros, Pablo María Paz y Membiela, Jaime María Sala y Azara, Manuel Remón Zarco del Valle y José Sierra; fiscales, José Antonio Olañeta y José Bernal; relatores, José Ortiz de Leyta, Francisco

Vallejo, Francisco Escolano y José de Laplana; escribanos de cámara, Ignacio Escoto, Ricardo Federico y Juan Mendoza; y procurador de número, Regino Martín. Estas designaciones y otras que de ellas fueron consecuencia recayeron en españoles de la Península, lo que entrañó un nuevo agravio para los nacidos en Cuba, deliberadamente excluidos de toda participación en el manejo de los intereses públicos del país. Así lo advirtió en aquella misma época, el 24 de septiembre de 1838, Francisco Muñoz del Monte, a la sazón en Madrid, en carta privada a Domingo del Monte.

Muñoz del Monte, enérgico protestante contra la política implantada en Cuba por Tacón, habló con claridad a Del Monte. Veía torpeza e injusticia en los actos relacionados con la creación de la Audiencia Pretorial de La Habana, para la cual sólo habían sido nombrados ministros y dependientes europeos, no obstante haber existido algunas docenas de aspirantes de la Isla tanto para las plazas de magistrados como para las tenencias de gobierno de La Habana, dos de las cuales habían sido provistas en los diputados Villaverde y Parejos. Muñoz del Monte invitó a Del Monte a tender la vista en todos los ramos, en lo legislativo como en lo administrativo, en lo económico como en lo judicial, seguro de que en todas partes encontraría profundamente grabada la huella de la formal, inflexible e irrevocable determinación de alejar a los cubanos de toda intervención, de toda participación en sus negocios. Bajo ese signo malaventurado surgía la Audiencia Pretorial de La Habana. Su advenimiento ¿sólo respondía al propósito de reforzar el excesivo aparato de defensa por España mantenido en Cuba? La respuesta estaba en la afirmación de Muñoz del Monte: en Madrid era inflexible e irrevocable la determinación de apartar a los cubanos del manejo de los asuntos públicos de su propia patria.

Por su condición de Capitán General de la Isla, sería Joaquín de Ezpeleta el presidente de la Audiencia Pretorial de La Habana. A su cargo quedó la dirección de los trabajos que debían culminar en la instalación del nuevo tribunal. La necesidad de aguardar a que llegase el personal enviado desde Madrid demoró varios meses la inauguración. Al fin, ésta fué dispuesta para el 8 de abril de 1839.

La instalación de la Audiencia Pretorial de La Habana estuvo acompañada de ceremonias y pompas extraordinarias, muy acordes con los usos y costumbres imperantes en la colonia de una monarquía. Desde mucho antes del día señalado para aquel acto hubo actividades especiales en la esfera oficial de la capital de Cuba. El hecho de que el Capitán General fuese el presidente del nuevo tribunal concentraba en éste inusitada atención.

Ya el real decreto de creación de la Audiencia advirtió que al servicio de la misma se destinaba la parte de la Casa de Gobierno designada por el Capitán General. Éste escogió las salas de uno de los ángulos del piso principal de Palacio: el ángulo correspondiente a la esquina de las calles del Obispo y de los Mercaderes. Iban a convivir bajo el mismo techo la primera autoridad de la Isla, su principal Ayuntamiento y su más alto tribunal. No se trataba solamente de un mero hecho físico. El Capitán General presidía también el Cabildo. Capitanía General, Audiencia y Ayuntamiento —gobierno de la Isla, justicia y gobierno municipal— eran regidos, en último término, por una sola voluntad. La centralización estaba clara. Y centralización y absolutismo eran valores equivalentes en Cuba.

La exclusión de los cubanos del alto personal de la Audiencia fué en cierto modo rectificada mediante determinaciones posteriores a la fecha de las primeras designaciones. Dentro de esa política estuvo la concesión de los honores de ministro de la Audiencia Pretorial de La Habana a Bernardo de Hechavarría y O'Gaván, asesor titular del Juzgado Patrimonial y de la Real Casa. Con anterioridad a la instalación de la Audiencia le fué señalado día para que prestase juramento como tal ministro. La ceremonia dió lugar a un incidente que puso de manifiesto algo de lo que había en el subsuelo cubano. Hechavarría fué invitado a jurar que no reconocía el principio de residir la soberanía en el pueblo. Su respuesta fué terminante: dijo que no le era posible hacer este juramento por estar el mismo en oposición a los principios del gobierno representativo. Y se mantuvo firme en su actitud, no obstante haberlo amonestado el Capitán General. Éste se sintió preocupado por la conducta de Hechavarría. Llamó la atención del gabinete de Madrid hacia las ideas que parecía profesar el letrado. Si a su presencia y en acto solemne —discurrió Ezpeleta— se producía el recién nombrado ministro con tan poco comedimiento, era fácil colegir cómo se expresaría particularmente. Además, le mortificaba que una persona avara de reunir gracias y destinos provenientes de la Corona pretendiera conducirse así en un país cuyas leyes no podía ni debía ignorar. Ezpeleta consideró que a la reprensión por él dirigida a Hechavarría era menester que Madrid añadiese la negación de las nuevas mercedes que pronto solicitaría.

A principios de abril de 1839 se ultimaron en La Habana los preparativos del establecimiento de la Audiencia Pretorial. Se dispuso la realización de actos externos e internos. A los externos dió ocasión el recibimiento del Real Sello destinado al Tribunal. Los internos se refirieron a la inauguración de las tareas que le eran privativas.

El 8 de abril de 1839, a las nueve de la mañana, se reunieron el regente y los magistrados de la Audiencia Pretorial de La Habana en la parte de Palacio destinada a sala del Real Acuerdo. De allí pasaron a la habitación del Capitán General, bajo cuya presidencia regresaron poco después y se constituyeron en pleno Acuerdo, a fin de consumar el acto inaugural de la Audiencia. Fué leído el real decreto de erección. El Capitán General prestó juramento como presidente del Tribunal y lo tomó a sus restantes miembros. El de los relatores, escribanos de cámara, canciller, porteros y alguaciles fué recibido por el secretario del Real Acuerdo. Ezpeleta pronunció un breve discurso. Manifestó que la Audiencia Pretorial de La Habana quedaba siendo el tribunal superior de justicia de Cuba. Aludió a los propósitos regios inspiradores de la creación de la Audiencia: vigilar el exacto cumplimiento de las leyes e impedir de cerca los abusos introducidos en el foro. Sentó que la Reina Gobernadora había remediado el inconveniente de la distancia a que se hallaba de la capital de la Isla la Audiencia de Puerto Príncipe. Por último, declaró instalada la Audiencia Pretorial y a sus magistrados en el goce y ejercicio de sus jurisdicciones y mandó a despejar la sala. Desde ésta el Real Acuerdo acompañó a Ezpeleta hasta su habitación.

Entre las funciones de la Audiencia Pretoral se hallaba la de intervenir en el recibimiento de los abogados. Desde fines del siglo XVIII hasta entonces los letrados cubanos habían tenido que acudir a Puerto Príncipe, cuya Audiencia, única existente en la Isla, era la encargada de habilitarlos. Los dos primeros abogados recibidos en La Habana fueron José Victoriano Betancourt y Manuel Costales y Govantes. La casualidad quiso que en ambos se juntaran, con la condición de hombres de toga, los títulos de servidores del país en las letras, la reforma de las costumbres y el fomento del espíritu público.

El funcionamiento de la Audiencia Pretorial no cerró el paso a las dificultades que con frecuencia se producían en Cuba. Poco más de tres meses después de instalado el Tribunal el Capitán General se dirigió al gabinete de Madrid para exponer los obstáculos con que tropezaba. Sólo con el concurso del tiempo se obtendrían los buenos efectos que la Corona había previsto y que, efectivamente, exigía el corrompido estado del foro de la Isla, según las palabras de Ezpeleta. Otros inconvenientes subsistían. El más señalado consistía en la amplitud de las atribuciones que las leyes de Indias concedían a la Audiencia Pretorial de La Habana para todos los asuntos de gobierno e interés general. Ezpeleta consideraba que en el Nuevo Mundo la naturaleza de

las cosas no era entonces igual a la dominante en el siglo XVI. En realidad de verdad, la administración de justicia solía chocar con los planes concebidos en España para conservar los restos de su imperio ultramarino.

Lo primero que se destacaba en las relaciones entre los tribunales de justicia de la Colonia y el casi permanente conflicto suscitado por los anhelos liberadores de Cuba en el segundo tercio del siglo XIX era la incompatibilidad que los capitanes generales encontraban entre sus facultades omnímodas y las inclinaciones a proceder con arreglo a derecho que solían exhibirse en tales tribunales. En la forma había manifiesta contradicción. En el fondo la pugna se presentaba y crecía cada vez que la opresión de los gobernantes chocaba con el sentido de defensa de los gobernados.

En los días de la creación de la Audiencia de Pretorial de La Habana el Capitán general de Cuba tuvo oportunidad de expresar al gabinete de Madrid noticias y preocupaciones que lo asaltaban con referencia al sosiego público en la Isla. En una composición poética titulada *El cántico del esclavo* contempló toda una excitación enderezada a producir la insurrección de los esclavos de Cuba y la inmediata muerte de sus amos: nada menos que un gran servicio prestado a los metodistas. Metodistas apellidaba el Capitán General a los animadores de soluciones liberales y humanas para la Colonia. En una sociedad donde era obligatorio y excluyente el culto católico resultaba cómodo para los usufructuarios del régimen, y no precisamente por celo religioso, atribuir a sus adversarios la condición de miembros de una secta proscripta por el Estado. Contra tales expansiones de los espíritus insumisos, a juicio de los procuradores del absolutismo colonial, no podía haber freno más eficaz que el constituido por la decisión de mantener sujeta la vida de los habitantes del país a las limitaciones y coerciones concebidas por quienes mandaban. Y el antagonismo de esta manera incrementado tenía que buscar salida por dondequiera.

La centralización no daba paso a innovación alguna capaz de producir alivio en la masa de la población criolla o esperanza de justas soluciones en sus conductores naturales. La presencia de Leopoldo O'Donnell en la Capitanía General remachó la decepción de los cubanos. En él, una entre cien ocasiones, se cumplió el perturbador principio que depositaba el mantenimiento de las posesiones ultramarinas de España en individuos a quienes los hombres influyentes en la Corte necesitaban premiar por servicios de partido o alejar de la Península

por razones políticas. Puesto que se consideró obligado a preservar la Colonia de graves conflagraciones, O'Donnell tomó el camino trillado por Tacón.

El adelanto del país aconsejaba rectificaciones en su división administrativa. De esta coyuntura se valió O'Donnell para aumentar el número de tenencias de gobierno. Pero semejante medida se halló lejos de significar una loable y justa modificación de las condiciones políticas de la Isla. Todo teniente de gobernador era nombrado sin intervención de la voluntad o la aquiescencia de los llamados a ser regidos por el encumbrado funcionario, el que por lo común adecuaba su conducta al deseo de ser ciego agente del Capitán General, su superior jerárquico. En siendo el Capitán General sordo a los clamores cubanos, como lo era O'Donnell, los tenientes de gobernador estorbaban y retrasaban la adopción de procedimientos de templanza y equidad en la medida misma en que ellos eran más y, por consiguiente, les era posible vigilar de más cerca las inclinaciones y los movimientos de aquellos a quienes regían, por muy inocentes e inofensivos que resultasen sus maneras de discutir y obrar.

Clara idea de las demasías a que llegaba la concentración de atribuciones en una sola autoridad en Cuba podía tenerse con sólo observar las del comandante general del Departamento Oriental de las Isla. Este funcionario, además de la dirección y el manejo de la región en lo político y lo militar, juntaba en sí los cargos de vicepatrono regio, jefe de la Junta de Fortificación, presidente de la Comisión Provincial de Instrucción Primaria, juez protector de la Sociedad Filarmónica Cubana y rector de la Sociedad Económica de Amigos del País de la ciudad de Santiago de Cuba, todo esto bajo el régimen de facultades omnímodas de tipo castrense y el arbitrario tribunal de justicia constituido por la Comisión Militar Ejecutiva y Permanente que mantenían la Colonia en perenne estado de sitio. Con gobernantes que en sus manos acumulaban tantos y tan recios resortes todo parecía conspirar contra la probabilidad de una saludable convivencia entre españoles y cubanos.

Pensamientos y palabras de quienes administraban los negocios públicos empeoraban sus excesos. La suspicacia se enseñoreaba de los gobernantes. En La Habana se recordaba la perplejidad, hija de una penuria mental absoluta, en que cayera el funcionario encargado de la censura regia al leer frases de José de la Luz y Caballero, todo mesura y comedimiento, que trasparentaban cierta duda acerca de la posibilidad de que Cuba tuviese historia y señalaban el único tronco humano que el sabio maestro viera en el yermo de virtudes que era la Colonia.

Peor que esto aún era la tendencia a dividir la población del país en buenos españoles y malos españoles. Según los detentadores de las posiciones gubernativas, sólo ellos y sus secuaces eran buenos españoles. Los demás habitantes de la Isla, en su inmensa mayoría nacidos en ella, eran llamados malos españoles por torpes calificadores.

O'Donnell, apoyado en aquellos que a sí propios se tenían exclusivamente por buenos españoles, condujo los intereses públicos en forma que excitó y agrandó los sentimientos de inconformidad nutridos por los cubanos. El Capitán General llevó a muchos de los más afanados en el encauzamiento decoroso y útil de los negocios colectivos a pensar en soluciones extremas, dictadas por la convicción de que resultaban baldías las esperanzas depositadas en todo empeño de evolución frente al despotismo militar dominante en la Isla.

Los políticos de Madrid continuaban manteniendo a Cuba excluida de la comunidad institucional hispánica y entregada al régimen circunscripto a la voluntad omnímoda de la suprema autoridad colonial. Encarnada se hallaba ésta en hombres de la contextura de O'Donnell. Las derivaciones tenían que ser fatalmente destructivas. Una famosa causa por conspiración —la denominada de La Escalera, por la forma de uno de los suplicios empleados en la investigación judicial— envolvió a miles de negros y blancos acusados de hallarse en connivencia para derrocar la soberanía de España en esta Antilla, llenó "las fortalezas de cubanos sospechosos por su liberalismo y amor al país", condujo a las prisiones y al cadalso a individuos exentos de responsabilidad y sembró el terror en la sociedad insular. Uno de los perseguidos, José de la Luz y Caballero, aun cuando pudo salir del proceso tras la alegación de que libraba su defensa en el mérito de los autos y en la justificación del Tribunal, se vió sujeto a las resultas de una trama urdida por la inmoderación y la perversidad. Así y todo, no se limitó a eso la nefaria obra de O'Donnell. En tanto crecían los sumarios incoados contra los reales o supuestos revolucionarios del Departamento Occidental de la Isla el Capitán General daba pábulo a la trata africana, para él fuente de ingresos tan elevados como ilícitos, y constreñía a los criollos a tomar la vía de la violencia.

Los procedimientos coercitivos empleados por O'Donnell aumentaron el desasosiego y la rebeldía en los cubanos. Frente a cada esfuerzo cívico se levantaba un exceso gubernativo. Hasta las más íntimas expansiones sociales caían bajo la ojeriza oficial. Estas medidas subalternas de precaución y represión concordaban con la substancia del sistema concebido y desarrollado para cortar el avance de la transfor-

mación política del país que, no obstante tales cortapisas, o por efecto de las mismas, proseguía en la ascensión que abonaban sus fuerzas vitales, las corrientes de la época y el curso incontenible de toda sociedad humana.

Los cubanos no ignoraban las dificultades inherentes a los afanes en pos de la independencia. Era realidad durísima que la ilusión de contar con el apoyo de pueblos libres vecinos —ilusión en momentos pretéritos muy acariciada— yacía sepultada desde la fecha en que México concluyó con España el pacto secreto enderezado a no propiciar ni tolerar en su suelo actividad alguna favorable a la emancipación de las Antillas hispánicas. Así las cosas, los liberales de Cuba acalararon la idea de obtener franquicias dentro de la Colonia. Moderadas innovaciones habrían bastado para satisfacer sus anhelos: a) creación en Madrid de un ministerio especial de Ultramar; b) formación en la Isla de un órgano legal de comunicación entre España y Cuba, capaz de representar los intereses bien entendidos de la Metrópoli y la Colonia; c) otorgamiento de alguna latitud a la prensa; d) adopción de medidas eficaces para la cesación completa del comercio de esclavos procedentes de Africa; e) autorización para el establecimiento de sociedades consagradas al fomento de la colonización blanca en la Isla; f) modificación del sistema tributario.

El patriotismo cubano se resolvió a consumir todos los empeños compatibles con la situación imperante. Continuó la difícil tarea de "resistir las demasías de los capitanes generales y de sus secuaces en el mando de la Isla por los medios que estuvieran a su alcance, ilustrar al gobierno supremo en las cuestiones políticas y económicas relativas al país, promover en todo él el fomento de los intereses generales y la educación popular y dirigir la opinión pública hacia un bien común". Hombres de altas calidades se sintieron inclinados a combinar e impulsar planes de importancia suma para el país.

El estado de Cuba y la índole de sus gobernantes eran opuestos a la realización de nobles fines, tenidos por pretextos para lograr segundas intenciones atribuidas a generosos patricios. La verdad era que éstos se empeñaban más en evitar una revolución que en precipitarla. Rehusaron marchar por caminos que pudiesen conducir a la guerra, y encararon con estoicismo el sacrificio de sufrir sin gloria y trabajar incansablemente por el bien de la Isla, aunque huérfanos de la esperanza de recoger frutos tempranos. Cortaron toda relación con la vida gubernamental. Se encastillaron en los límites de la privada para fomentar sus intereses particulares sin dejar de dedicar sus talentos y fortunas al auge de la riqueza pública. Unos promovieron la apertura de esta-

blecimientos docentes en las ciudades principales. Otros se afanaron en incrementar las comunicaciones interiores y allegar a los campos la civilización por medio de vías férreas y máquinas de vapor. Otros pusieron sus plumas al servicio del mejoramiento de la prensa periódica, utilizada para divulgar las artes y las ciencias y ventilar cuestiones sociales aun en los débiles y disimulados tonos impuestos por la incomprensión y la intolerancia. En suma, todos concurrieron a la empresa de propugnar el cuasi milagro de evitar una lucha cruenta sin faltar a los dictados más puros del corazón ante desmanes elevados a sistema.

Al abandonar su mando O'Donnell se hallaba Cuba en peores condiciones para España que aquella en que la había dejado Tacón. Los criollos de ideas liberales arribaron a la persuasión de que era infantil aguardar de la política española soluciones salvadoras. Además, hombres avisados seguían con avidez los sucesos fundamentales de la época.

El resurgimiento de las nacionalidades en Europa tenía resonancias en una isla americana rezagada respecto del proceso de la independencia del Continente. La revolución francesa derrocadora del trono de Luis Felipe de Orleáns alentó a los antillanos que pensaban en la emancipación. ¿Llegaría a Madrid la riada republicana triunfante en París? Y, en transformándose el régimen institucional hispánico, ¿no contaría Cuba con una probabilidad más para advenir a un orden de cosas superior al que soportaba? Por otra parte, la influencia norteamericana pesaba cada vez con mayor decisión en un país tan vecino a la Unión que algunos de los estadistas de ésta lo consideraban apéndice natural de la vasta nación que acababa de acrecentar su área y poderío a expensas de México.

CAPÍTULO II

ACTITUDES INSULARES

EL concepto que los representantes de España en Cuba tenían de sus deberes los conducía con frecuencia a peligrosos extravíos. Uno de éstos consistió en suponer que la administración de justicia no existía para realizar la constante y perpetua voluntad de dar a cada quien lo suyo, sino para reforzar y endurecer la dependencia en que se hallaba la Isla respecto de la Península. La Audiencia de Puerto Príncipe fué una de las piedras de toque de esa estrecha manera de ver y apreciar la coordinación de los resortes políticos y sociales de la Colonia.

Durante algunos años se había agitado enérgicamente en La Habana la pretensión de que se trasladase a esta capital la Audiencia instalada en Puerto Príncipe. Se había aducido en la esfera oficial la razón de que, por la importancia del Tribunal, el más antiguo de América, no debía estar su asiento sino en La Habana. Pero la expresión de este motivo no siguió acompañando la mentada aspiración. Creció en La Habana el deseo de tener un tribunal colegiado de importancia, y, al fin, advino la Audiencia Pretorial. El éxito entonces alcanzado sólo satisfizo en parte. Los rectores de la Colonia empezaron por considerar peligrosa la coexistencia de dos audiencias en la Isla y acabaron por diputar la de Puerto Príncipe en extremo dañosa para la paz pública y para la perdurabilidad de la soberanía de España en Cuba. Las ideas expuestas alrededor de estas apreciaciones pusieron en claro el sentido de la política oficial seguida en la Isla con desprecio de los avisos de la experiencia.

El capitán general Federico Roncali tomó a su cargo en 1849 las gestiones encaminadas a suprimir la Audiencia de Puerto Príncipe. Conjuntamente con tal medida propuso que se trasladase a Puerto Príncipe la comandancia general del Centro, que se hallaba en Trinidad, porque así lo demandaban "el bien de la Isla, la conservación del orden y los mejores medios de defensa, y entonces mejor sería que allí no hubiese Audiencia, corporación ni autoridad que pudiese disminuir

con su posición social el brillo de la Comandancia Militar", que era reflejo de la Capitanía General, como ésta lo era de la Corona. A juicio de Roncali, era necesario en las Antillas hispánicas, más que en otro país alguno, que el lustre exterior guardase armonía con la realidad del mando y que el mismo fuese uno y nunca padeciera en el roce con otras jurisdicciones. Para lograr semejante aspiración, y aun cuando todavía no era Puerto Príncipe asiento del vistoso aparato militar deseado por Roncali, quería éste empezar por eliminar a la Audiencia, punto de atracción de gentes letradas y despiertas.

Los pretextos y razones aducidos para conseguir la supresión de la Audiencia de Puerto Príncipe adquirieron vigor y solidez desde el punto de vista español al iniciarse la segunda mitad del siglo XIX. José Gutiérrez de la Concha fué el llamado a exponerlos con insistencia. Este capitán general, tan distinguido por el rigor de sus procedimientos como por la agudeza de algunos de sus juicios como gobernante, replanteó la cuestión de la eliminación del tribunal existente en Puerto Príncipe en momentos que consideraba de inminente peligro para la conservación de Cuba por parte de España.

José Gutiérrez de la Concha tuvo por la primera y más importante y urgente de las obligaciones que se impuso al aceptar el gobierno de Cuba en 1850 la de velar por la inalterabilidad de la unión de la Isla con España. La subsistencia de la Audiencia de Puerto Príncipe, a su entender, atacaba directa y gravemente esa unión. Existía de entrada una razón potísima para quien apreciaba con criterio castrense las cosas sometidas a su voluntad y mando: la supresión del citado tribunal colegiado estaba aconsejada por la necesidad de introducir economías en ciertos gastos públicos para mejor atender a los aumentos con que habían sido favorecidos el ejército y la armada destinados a dificultar la libertad de Cuba. La fuerza crecía a expensas del derecho. En el complejo de intereses y conflictos a que Concha hacía frente se hallaban en juego el arreglo definitivo de la administración de justicia de la Isla, la perentoriedad de nivelar los ingresos y egresos de la Colonia y la seguridad de la dominación de España en las Antillas. Para Concha, era Puerto Príncipe, si no el más peligroso, uno de los puntos más peligrosos de Cuba. Y lo más peligroso de Puerto Príncipe era la Audiencia, que debía desaparecer, y pronto.

Tres eran los elementos principales que entraban en la composición social de Cuba, a saber: a) los españoles naturales de la Península y sus islas adyacentes; b) los blancos nacidos en Cuba; c) los habitantes de la Colonia pertenecientes a las razas de color. Estos tres núcleos man-

tenían un sistema de contrapesos. Los españoles del otro lado del Atlántico querían conservar a todo trance la unión entre la Colonia y la Metrópoli. Los cubanos blancos no estaban por regla general en análoga disposición. Los negros, en su mayor parte esclavos y desafectos a los blancos, constituían un freno para los animadores de novedades y rebeldías. Pero en Puerto Príncipe ese sistema de contrapesos fallaba, porque allí los españoles y los negros, respecto del total de la población, se encontraban en proporción inferior a los de los demás departamentos de la Isla. El Occidental, por ejemplo, tenía 38,682 habitantes nacidos en la Península y sus islas adyacentes, 289,507 de color y 205,427 blancos criollos, en tanto que en el del Centro había 5,305 españoles ultramarinos, 81,100 de color y 109,649 blancos naturales de América. Por consiguiente, el temor que las razas de color infundían a los que sin él quizá se hubiesen lanzado en la senda de la revolución no debía ser tan intenso en Puerto Príncipe como en La Habana. Además, con excepción de los distritos de Trinidad y Cienfuegos, no se levantaban en el departamento del Centro grandes ingenios azucareros, cada uno de los cuales suponía un capital inmenso y cuya ruina era probable en una guerra, por la dificultad de contener a las grandes masas de esclavos que componían sus dotaciones.

No eran las apuntadas las únicas circunstancias que aumentaban la peligrosidad de Puerto Príncipe para la integridad de la dominación hispánica en Cuba. Sus habitantes blancos eran por lo común robustos, porque estaban dedicados a las labores del campo, a diferencia de lo que ocurría en los departamentos Occidental y Oriental, donde se realizaban por esclavos el cultivo de la caña y del café y la elaboración del azúcar y era corta la población blanca empleada en la agricultura. La riqueza principal de Puerto Príncipe consistía en la cría de ganado, cuidada o dirigida por gente blanca, que así adquiría habilidad en andar a caballo. Con caballos en abundancia, destreza en cabalgar y terrenos llanos y de buen pasto, era fácil organizar excelentes cuerpos de caballería.

La preparación mental de los criollos del Centro era tan ventajosa como la física. Constituían suma considerable los jóvenes que salían de allí para recibir educación en los Estados Unidos de América, de donde regresaban equipados con nuevas ideas sobre la libertad y la democracia republicanas —ideas subversivas, según Concha— que difundían entre parientes, amigos y conocidos. “El más temible, acaso, de los que en la Unión Americana trabajaban por arrancar a la corona de S. M. esta preciosa Antilla —reflexionaba el Capitán General— es don Gaspar Betancourt, natural de Puerto Príncipe, quien, después de

haber recibido allí una instrucción no común y de haber vivido durante algunos años en el pueblo de su naturaleza, difundiendo por escrito y de palabra sus perjudiciales doctrinas, volvió a Nueva York." Estas palabras, al cabo elogiosas para el fomentador de espíritu público que fué *El Lugareño*, evidenciaban las inquietudes del supremo funcionario de la Isla, afanado en acumular argumentos en pro de su deseo de que se suprimiese la Audiencia de Puerto Príncipe. La Audiencia estorbaba la acción de la autoridad militar robusta que en Puerto Príncipe, más que en otra parte alguna, era necesaria, pero necesaria con urgencia. Y también la Audiencia era el motivo que atraía a la ciudad de Puerto Príncipe a muchas personas de otras poblaciones de la porción oriental de la Isla, personas que, merced a este contacto, entraban en la esfera de influencia de las ideas revolucionarias.

En el año crítico de 1851 pasó de la Metrópoli a la Colonia algo que alarmó profundamente al capitán general de Cuba. Una real cédula de 29 de enero estableció la independencia del poder judicial y declaró que los jefes civiles de la Isla cesaban de tener jurisdicción ordinaria. Al señalamiento de esta novedad añadió Concha el recuerdo de la antigua atribución de legislar por medio de autos acordados que la Audiencia conservaba, y llamó a lo así creado enormidad y anomalía. Dentro de su criterio autoritario y absoluto, vió Concha confirmados sus temores, a mediados del propio 1851, cuando Joaquín de Agüero desencadenó en el Centro un fuerte movimiento armado contra la soberanía de España en Cuba. "Ahora —escribió Concha al presidente del Consejo de Ministros—, que los sucesos de que doy cuenta han justificado mi petición, permítaseme insistir en la urgente necesidad de aquella medida, pues que la Audiencia de Puerto Príncipe sostiene en esa población un gran número de letrados y curiales que son los más dispuestos a la insurrección, y atrae de los demás distritos del territorio personas que se corrompen, pervierten y llevan a sus pueblos las pérfidas ideas de que allí se imbuyen." ¿Cuándo se habló con mayor énfasis del servicio que a la libertad de Cuba prestaban la justicia colonial y los encargados de solicitarla en no sintiéndose atados por la coyunda del despotismo?

En Madrid hubo durante mucho tiempo resistencia contra las pretensiones enderezadas a privar a Puerto Príncipe de la Audiencia. Sin embargo, esa resistencia acabó por declinar ante las reiteraciones del Capitán General. Y Concha logró aun más de lo que deseaba al principio. En su afán de castigar en sus instituciones a la ciudad que hacía de "centinela avanzado de la libertad" y era "nido de víboras", barrió con la Comandancia Militar, justamente el aparato que se había que-

rido reforzar con la supresión de la Audiencia. La Audiencia, naturalmente, desapareció. Pero, con Audiencia y sin Audiencia, en Puerto Príncipe no decayó el espíritu de liberación.

Los movimientos de opinión que culminaron en las insurrecciones encabezadas por Joaquín de Agüero, Isidoro de Armenteros y Narciso López, perturbando la paz en la parte central y en el extremo occidental del país y conmoviéndolo en su totalidad, sirvieron de pretexto a políticos de España y a autoridades de Cuba para esforzarse en apretar más aún, si esto era posible, la coyunda colonial. La idea de la independencia de la Isla y la de su anexión a los Estados Unidos se entreveraban en forma que hubo demasiada confusión en el ambiente hispanocubano. El caso de José Antonio Saco, acérrimo adversario del absolutismo mantenido por España en Cuba, alcanzó caracteres dramáticos. El ilustre propulsor de reformas liberales para la mayor de las Antillas necesitó sostener doble polémica: la polémica con paisanos suyos a que lo llevó su enemiga a la incorporación de su patria a los Estados Unidos y la polémica que sostuvo con algunos de los que, llamándose presuntuosamente buenos españoles, sin cesar trabajaban por la ruina de los intereses de la Metrópoli en la Colonia, manteniéndolas en perpetuo divorcio, condenada la segunda a ser víctima de la incompreensión de la primera.

En medio de la consternación causada por el infortunado fin de los afanes revolucionarios de mediados del siglo XIX en Cuba creyó Saco, situado en Europa, que podía prosperar un nuevo empeño dirigido a convencer a los gobernantes que rodeaban a Isabel II de la necesidad de conceder a la Isla algunos derechos políticos. Tuvo él por cierto que había peninsulares de crédito y diputados de viso ganosos de que las Cortes reunidas en 1851 abordasen el estudio de negocio público de tanta importancia. Pero pasó por la angustia de contemplar que el Gobierno seguía en la mala disposición que con tanta reiteración mostrara en punto a reformas liberales aplicables a Cuba, situación agravada por la suspensión o disolución de aquellas Cortes y por la actitud intransigente de partidarios de la rigidez del régimen colonial.

En la comprobación de valores negativos respecto de la pacífica transformación políticosocial de Cuba hecha por Saco fueron exhibidos los argumentos usados por los sostenedores de la política que pretendía que la Isla continuase manejada por medio de pautas y procedimientos de justicia y gobierno muy diferentes de los usuales en la Península. Aquello de las Españas de Europa y de América, unidas bajo normas de igualdad, como habían querido las Cortes de Cádiz, estaba irremisiblemente sustituido con la absurda tozudez que no veía en la Colo-

nia sino una dependencia obligada a asumir todas las obligaciones de una porción importante de la Nación, pero sin el goce de fundamentales derechos inherentes a los hijos de la misma. Los argumentos contra la libertad política de Cuba esgrimidos por enemigos de ella estaban concebidos como para matar cualesquiera esperanzas de saludable rectificación, a saber:

1. Los derechos políticos concedidos a las colonias por decreto de las Cortes de Cádiz en 1810 y por preceptos de la Constitución en 1812 promovieron la independencia del continente hispanoamericano. Siendo así, Cuba debía seguir privada de tales derechos.

2. Cuando en Cuba rigió la Constitución de 1812 hubo desórdenes en las elecciones. Para que éstos no se repitiesen, Cuba debía ser esclava siempre.

3. Cuba se había ilustrado y enriquecido bajo el régimen en que España la mantenía. Por consiguiente, no necesitaba libertades públicas.

4. Las seculares leyes de Indias constituían la verdadera legislación colonial, únicamente susceptible de ligeras modificaciones para que satisficiera las necesidades de Cuba. Estaba claro que no debían introducirse en la Isla novedades políticas.

5. Cuba tenía muchos esclavos. Este hecho advertía que ella no podía gozar la libertad política.

6. Las instituciones existentes en Cuba mantenían el orden y la tranquilidad, y las reformas políticas ocasionarían trastornos y precipitarían la independencia. Por tanto, era impropio toda alteración en el ordenamiento político social.

Ya por falsas, ya por pobres, eran inadmisibles las premisas y conclusiones de los impugnadores de las reformas que para Cuba demandaba el bien público y aconsejaba el sosiego colectivo. Que se temiese que la evolución política condujese a la emancipación, mayormente en un pueblo que daba señales de capacidad creadora, no podía tenerse por un desatino. Pero la aspiración de los cubanos a la independencia era de modo vigoroso reforzada, aunque por vía indirecta, con la obstinación que la Metrópoli ponía en negar a la Colonia esenciales y justas modificaciones del régimen a ésta aplicado. La lógica de los voceros de la intransigencia resultaba contraproducente. Si algún motor de fuerza incontenible había en el desarrollo de las ideas y los hechos enderezados a obtener la secesión de la Isla, era el constituido por la renuncia de la Corte, con la complicidad y el estímulo de sus agentes en las Antillas, a dictar medidas destinadas a suavizar los procedimientos de gobierno y justicia coloniales, dar participación a los cubanos en la dirección y administración de sus negocios públicos e inspirar confianza en la rectitud

de los políticos peninsulares. En persistiendo la Metrópoli en el empeño de negar reformas legítimas, la Colonia no podía avanzar sino por caminos apartados de toda pacífica evolución.

El ministerio presidido por Juan Bravo Murillo propuso la creación del Consejo Especial de Ultramar, al que dió vida un real decreto de 30 de septiembre de 1851. Esta novedad nació con tal raquitismo que antes de que los cubanos pudiesen expresar su juicio sobre ella ya en la misma España, por plumas españolas, fué enérgicamente impugnada. José Antonio Saco, el sagaz procurador de la libertad de la Isla bajo el régimen colonial, observó que el Consejo, cualquiera que fuese el punto desde el cual se le considerase, era "enteramente inútil para mejorar la condición de Cuba". Y expuso las buenas razones en que apoyaba su dictamen.

Cuba pedía un Consejo Colonial como remedio idóneo para sus males. Esta corporación debía formarse por lo menos mediante el concurso de la clase influyente y propietaria que habitaba en su suelo, debía hallarse integrado por hombres nacidos o domiciliados en la Isla y debía residir en La Habana. De una agencia de bien común así creada podía esperar Cuba la cesación de excesos y defectos que la perturbaban y empobrecían.

Lo acordado en la Corte estaba a una distancia abismal de lo requerido en la Colonia. El Gobierno procedió con olvido de lo que Cuba necesitaba. Se reservó el derecho de designar por sí mismo a los miembros del Consejo Especial de Ultramar. Fijó en Madrid el punto de sus reuniones. Determinó que se compusiese de personas residentes en España, ignorantes de las necesidades profundas de la Isla y sin grande anhelo de satisfacerlas. La mitad del pomposo título de Consejo Especial de Ultramar contenía una cosa algo nueva, pero muy atrasada en su esencia, puesto que todo se reducía a una imperfecta reproducción del de Indias, fundado y mantenido para tiempos dejados muy atrás.

Los impugnadores de los proyectos de reformas raigales para Cuba no daban descanso a sus mentes ni a sus manos mientras la Isla trepidaba por efecto de la rebeldía de las conciencias mejor orientadas. En el torpe afán de negar todo a los que pedían algo, por muy lleno de justicia que esto se encontrase, incidían en notorias falsedades y contradicciones. Según tales impugnadores, las cosas eran así:

1. Los cubanos no pedían derechos políticos. La supuesta abstención significaba que no los deseaban.
2. En La Habana existía la Junta de Fomento. Por eso sería inútil el Consejo Colonial bosquejado por Saco.

3. En España y en Cuba, pero más en Cuba que en España, la autoridad debía ser fuerte. Era inconcebible una autoridad en Cuba que a cada paso tuviese que consultar con un cuerpo deliberante capaz de entorpecer la ejecución de sus disposiciones.

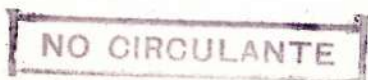
4. La Roma antigua había creado derechos para sus ciudadanos que no alcanzaban a los habitantes de sus colonias. Este precedente no podía ser olvidado por España en sus relaciones con Cuba.

5. Cuba carecía de la riqueza y la ilustración necesarias para disfrutar de derechos políticos. Negárselos era realizar una buena política colonial.

En todo lo de esa manera expuesto había enormes desfiguraciones de la verdad. En lo primero, la mentira de que los cubanos no pedían derechos políticos en momentos en que padecían, sangraban y morían por conquistarlos. En lo segundo, el error de confundir la composición y las funciones de la Junta de Fomento con las que debía tener el Consejo Colonial propugnado por Saco. En lo tercero, el desatino de creer que Cuba no podía ser gobernada sino con el uso de la violencia. En lo cuarto, la pretensión de establecer paralelo entre las conquistas militares de la Roma antigua y la conducta observable por España en una posesión ultramarina por ella misma organizada a lo largo de tres siglos. En lo quinto, la negación de que contase con riqueza e ilustración suficientes para vivir en libertad una colonia que se adelantaba a su Metrópoli en iniciativas y obras tan fundamentales como la construcción de caminos de hierro.

Grave era la exposición de juicios adversos a las reformas que Cuba anhelaba. Pero más grave resultaba que tales juicios reflejasen fielmente las determinaciones adoptadas y mantenidas en la Corte. En España había enraizado la creencia de que el despotismo era agente civilizador de las colonias y que, consiguientemente, en las mismas no debía ser introducido derecho político alguno mientras su contenido humano no llegase a plena madurez. En oposición a tal criterio, reñido con las enseñanzas británicas del tiempo que corría, José Antonio Saco, abroquelado con la autoridad que le daba el hecho de no haber mentido ni adulado nunca al gobierno de Madrid, le dirigió la grave advertencia de que o España concedía a Cuba derechos políticos, o Cuba se perdía para España.

A raíz de las fechas en que Saco se afanó de nuevo por llevar alguna luz a las mentes españolas que dirigían los asuntos cubanos hubo mudanza en el mando supremo de la Isla mediante la sustitución de Gutiérrez de la Concha con Valentín Cañedo. La frecuencia de cam-



bios como éste confirmaba la deplorable realidad a que daban vida los políticos de la Metrópoli al tomar el gobierno de la Colonia para ajustar intereses políticos que nada tenían que ver con los permanentes de la principal de las Antillas. Las sucesiones en la Capitanía General se producían a intervalos cuyo promedio no llegaba a dos años. Por supuesto, estos trasposos de poderes no significaban variación alguna en los métodos usados en el gobernarle de la Isla, la que continuaba esperando las leyes especiales prometidas por los corifeos de los partidos metropolitanos que habían decidido excluir a los cubanos de los derechos constitucionales de que gozaban los españoles de Europa.

En una demostración de sus aptitudes para gobernar, aunque casi por lo común las emplease en daño y con perjuicio de los sujetos a su férula, José Gutiérrez de la Concha escribió y publicó, poco después de su salida de la Capitanía General, sus *Memorias sobre el estado político, gobierno y administración de la Isla de Cuba*. Las deducciones, reflexiones y soluciones apuntadas en este impreso tuvieron en gran parte el valor de un reconocimiento, ora explícito, ora implícito, de la corrección de las actitudes insulares frente a las demasías del régimen colonial. Concha mostró a sus compatriotas influyentes las consecuencias de abusos y deficiencias de que Cuba era víctima por torpeza o negligencia de los detentadores de facultades políticas que iban siendo privativas del pueblo de la Isla.

Los cubanos se dolían de que las leyes especiales que les fueran ofrecidas por estadistas y políticos españoles seguían en estudio al cabo de muchos años, durante los cuales se habían aplicado en la Isla medidas opresivas. Concha emitió su concepto sobre semejante antinomia. Según él, la excepción constitucional estaba fundada en la necesidad de dar a las provincias de Ultramar gobiernos fuertes, destinados a desarrollar acción tan pronta como vigorosa, sin que, por consiguiente, fuese lícito que se pretendiera partir de otra base, al organizarlos, que la de la absoluta centralización de la autoridad. En la unidad de mando contemplaba la fuerza, la prontitud y la energía indispensables para dominar en territorios situados a miles de leguas de la Corte.

La unidad de mando en Cuba tenía expresión en el hecho de que el Capitán General ejercía las atribuciones de gobernador superior civil, presidía el ayuntamiento de La Habana, la Junta de Fomento, la de Sanidad, la de Beneficencia y la de Inspección de Estudios, era superintendente de Correos, dirigía los presidios y ponía el sello de su voluntad en los nombramientos de los funcionarios y empleados de la administración colonial. Sin embargo, Concha estimaba insuficiente esta centralización de poderes y clamaba por algo más rígido, más acomodo-

dado "a las sugerencias de la razón, a los principios elementales de la ciencia y hasta a la tradición misma de la constitución de la autoridad superior en los reinos o provincias de las Indias", puesto que el Capitán General resultaba responsable de la tranquilidad y defensa de la Isla. Del cotejo entre el duro régimen que Cuba sufría y el más severo aún a que él aspiraba sacó el General la conclusión de que en la Colonia no había gobierno organizado.

La conciliación de españoles y cubanos era necesaria, a juicio de Concha, para que la Monarquía conservase la principal de las Antillas. Acerca de esto él opinó que el Gobierno debía cuidar de no perder el apoyo de los buenos españoles y cultivar la intimidad con los demás habitantes del país. Siempre se sacaba a colación el concepto de buenos españoles, dejando así subrayada la presencia de malos españoles, que no podían ser sino los que más o menos abiertamente rehusaban vivir de rodillas ante la autoridad colonial. Respecto de éstos, Concha habló de "sus sentimientos naturales, la tradición de sus mayores, su propio idioma, el espíritu religioso, por apagado que estuviera, sus costumbres y hasta el temor de caer bajo el dominio de una raza soberbia, intolerante y avasalladora". Quien así manifestaba su pensamiento llegó a admitir la necesidad de "castigar los abusos y vejaciones que pudieran cometer los funcionarios públicos", a fin de asegurar "a la primera autoridad de Cuba mayores simpatías y una decidida afección de parte de los cubanos". Pero entre las palabras de Concha y su conducta existía una distancia semejante a la que separaba la repetida promesa de promulgar leyes especiales para la Colonia y la invencible abstención de los llamados a votarlas y aplicarlas.

En realidad, la lección que Concha quiso dictar encerraba notorias contradicciones. Su inmediato sucesor, Cañedo, pudo creer que la seguía cuando persiguió a nuevos conspiradores, haciéndoles imponer severísimas sanciones, la de muerte inclusive. También era presumible que Juan de la Pezuela, que reemplazó a Cañedo, hubiese leído las recomendaciones de conciliación provenientes de Concha, pues le plugo amnistiar a los hijos del país que habían participado en los recientes movimientos separatistas. Pero tales posturas, así la de Cañedo como la de Pezuela, respondieron a los respectivos temperamentos de estos personajes, y no a lineamientos en forma contradictoria trazados por Concha.

La presencia de Pezuela en la Capitanía General constituyó un acontecimiento en Cuba. Fuera de su deseo de inspirar confianza en su conducta a los cubanos, él tuvo valor suficiente para frenar la codicia de los funcionarios que se enriquecían al amparo de sus influen-

cias en la Corte y desafiar la soberbia de los todopoderosos que explotaban el tráfico de esclavos con violación de tratados que comprometían la seriedad y el crédito de España. Los súbditos de Isabel II que se tenían por los únicos buenos españoles entre todos los habitantes de Cuba repudiaron y combatieron a Pezuela hasta hacerlo saltar del supremo mando de la Isla. Puesto que los procederes del exonerado traducían el deseo de aplicar en la Colonia una política de cierta igualdad y de tratar a los cubanos con edificante benignidad, su caída aniquiló en la conciencia insular cualesquiera esperanzas de rectificación por parte de la Metrópoli.

Concha fué reintegrado al mando de la Isla. La Habana lo recibió con júbilo que envolvía aviesa acriminación de la conducta de Pezuela, plena de sentido humano, especialmente en relación con el comercio clandestino de esclavos. El restituído jefe supremo se consideró en el caso de repetir las medidas extremas para combatir a los separatistas. Ramón Pintó y Francisco Estrampes, un español notable y un cubano arrojado, expiraron en el garrote. Habían existido relaciones cordiales entre Pintó y Concha, y la celeridad con que se llevó el proceso del primero despertó hondas sospechas. Según el historiador hispano Antonio Pirala, el suplicio de Pintó se consideró en Cuba como misterioso y anómalo, por la rápida tramitación de la causa y los antecedentes del ajusticiado. Ya en esos días Concha advirtió en torno suyo una ausencia de adhesiones a que no estaba habituado. La sociedad cubana reaccionaba entonces enérgicamente contra los desmanes perpetrados desde las alturas materiales del poder público.

Los procedimientos administrativos de Concha estuvieron lejos de dar la impresión de que se procuraba introducir en el país alguna reforma seria. El Capitán General puso énfasis en la afirmación de que organizaba las oficinas a la moderna española, y no pasó de crear un género de literatura y manejos burocráticos no menos nocivos para el Erario que para los contribuyentes. Consejos y acuerdos suyos tendieron a quebrantar y suprimir instrumentos de progreso y civilización. Así creyó él que podía menguar el espíritu renovador de los cubanos.

Entre los observadores de la conducta de Concha se contó un periodista peninsular, Dionisio A. Galiano, nada sospechoso respecto de su adhesión al regimen colonial. Pero él se consideró obligado a ilustrar a los españoles de Europa acerca de lo que los residentes en Cuba, con el Capitán General a la cabeza, hacían en deservicio de la Corona. Comprendió que la verdad entera, tal como debía ser revelada al público de la Península, resultaba demasiado fuerte para la situación de los

ánimos en la Isla. Su condición de español sincero y leal lo condujo a promover una reforma templada y lata a la vez, conducente al provecho y a la gloria de la causa de su patria en el Nuevo Mundo. El mencionado escritor estaba convencido de que Cuba sería africana o española, y nada más. Él la quería española, mas no a la manera preferida por los intransigentes que tanto alboroto producían entre sus correligionarios.

La dictadura ejercida en Cuba por el Capitán General, al parecer sin término, descubría las fatales tendencias del régimen. Las facultades extraordinarias de la primera autoridad de la Colonia, concebidas para situaciones políticas excepcionales, eran aplicadas a los derechos civiles y extendidas a la modificación de la legislación. Por el camino que llevaban los excesos gubernamentales se avanzaba hacia una autocracia sin freno, semejante a un antiguo bajalato turco. Esto era totalmente lo contrario de lo que habrían significado las reformas tantas veces y tan engañosamente ofrecidas a los cubanos para hacerlos prósperos y felices.

La insistencia de cubanos cultos y liberales en el afán de ilustrar a la pública opinión acerca de la justicia que había en las demandas de reformas era digna de la mejor fortuna. Ésta podía venirles por la fuerza de la convicción o por el imperio del azar. Y mucho de azar hubo en el nombramiento de capitán general de Cuba recaído en Francisco Serrano, cuya serenidad para ver y apreciar los asuntos públicos lo recomendaba muy ventajosamente.

A causa de las demasías de gobernantes férreos, los hombres de ideas más atrevidas habían apelado en Cuba al recurso de la rebelión para dar salida al conflicto provocado por la intransigencia de los que expoliaban a los habitantes de la Isla. Los resultados de tales esfuerzos bélicos constituían una experiencia sangrienta y triste, que mucho influía en la adopción de procedimientos persuasivos por parte de aquellos cuyos derechos políticos eran sistemática y torpemente negados. La frustración del movimiento revolucionario impulsado por el grupo de alteradores denominado El Ave María y la presencia de Serrano en la Capitanía General convergieron en el punto en que empezó a producirse el deseo de encauzar la inconformidad de personas sobresalientes por una vía que no fuese precisamente la de la violencia.

La conducta de Serrano no era por sí solo idónea para acelerar un cambio radical en el sistema de lucha de los cubanos inconformes con el régimen colonial. La blandura del Capitán General se hallaba muy lejos de significar amplia libertad. De sus limitaciones hablaban hechos

concretos, como la prohibición de que circularan en la Isla las poesías de José María Heredia y la imposibilidad dentro de las normas legales y gubernamentales vigentes de discutir en los periódicos de La Habana las razones o sinrazones de la ingerencia de España en los asuntos políticos de México. Pero Serrano no participaba de los crueles instintos de algunos de sus predecesores recientes, y se inclinaba a cultivar la amistad y el afecto de los criollos, y tenía rasgos de la alta calidad de aquel que lo llevó a darse por enterado oficial y piadosamente de la extinción de la vida temporal de José de la Luz y Caballero. Por supuesto, tales manifestaciones de respeto y comprensión debían causar y causaron sosiego y alivio en una sociedad acostumbrada a ser tratada con desdén y dureza por quienes de Europa salían para América con talante de conquistadores.

Estuvo en lo cierto Saco cuando advirtió que la disposición de Serrano favorable al otorgamiento de las reformas que España debía a Cuba no era consecuencia de las consideraciones y distinciones por el Capitán General recibidas de la población insular. Esta corriente de simpatías hacia Serrano se produjo por efecto de su conducta noble y liberal en la Colonia. Y el apoyo por él prestado a la vieja aspiración cubana de que se cumpliera el compromiso de promulgar leyes especiales para el gobierno de las provincias de Ultramar era el resultado de su experiencia. Serrano estudió sobre el terreno la cuestión de Cuba, y fácilmente, con la sola asistencia de un acrisolado espíritu de justicia y de un neto concepto de las mutuas conveniencias de la Península y de la Isla, comprendió que lo mejor, seguramente lo único salvador para España, radicaba en afirmar el régimen colonial mediante la adopción de medidas reconocedoras de los derechos políticos, económicos y sociales de las Antillas y de la capacidad de muchos de sus hijos para intervenir con provecho para todos en el manejo de los intereses de ellas bajo la bandera hispánica.

Tan arraigada se hallaba en Serrano la creencia de que el robustecimiento del régimen colonial en Cuba dependía principalmente de la acción directa de esta Antilla, por medio así de sus hombres capaces como de sus legítimas autoridades, que nutrió apasionadamente y puso en ejecución la idea de que La Habana debía ser el centro de la expansión de la influencia hispánica en América. Ejemplo: sus pensamientos y actividades acerca de la anexión de Santo Domingo a España y de la ingerencia de la propia España en los asuntos de México. Tales pensamientos y actividades no fueron felices ni reservaban provecho alguno a España, puesto que ésta ya tenía demasiada tarea con limitarse

a conservar lo que le quedaba en el Nuevo Mundo. Pero, en lo relativo a la situación política de Cuba bajo la dominación de España, la manera de discurrir de Serrano era correcta: tendía, ni más ni menos, a que en las cosas de Cuba pesasen más los criterios y las voluntades de Cuba que los de España.

En armonía con la opinión de que a la subsistencia de la soberanía de España en Cuba más convenía una política liberal y justa, como la propugnada por Serrano, que una de rigor y centralización, según la bosquejara Concha, fué creado el Consejo de Administración de la Isla de Cuba. Mucho distaba éste de parecerse al Consejo Colonial ideado por Saco: más tenía de tribunal contencioso-administrativo y de cuerpo consultivo que de órgano de opiniones políticas, sociales y económicas o de regulador y amparador de los derechos privativos de la Colonia. Pero su establecimiento llevaba aparejados dos progresos: a) la atenuación de la omnipotencia del Capitán General y la existencia de una corporación residente en La Habana y llamada a ser punto de reunión y trabajo de personas escogidas por sus prendas morales e intelectuales, y no en mérito a su nacimiento lejos de América. Y esto por igual favorecía los intereses ultramarinos de España y las aspiraciones legítimas de Cuba.

No había poder humano capaz de arrancar de las mentes de los corifeos de la política española, precedidos o secundados por sus correligionarios residentes en las Antillas, la convicción de que acordar reformas para las mismas era acelerar el advenimiento de su independencia. De poco, si de algo, valía la verdad de que entre los postulantes de la renovación colonial figuraban hombres como Saco, convencidos de que, aunque el sentimiento de la emancipación política estaba escrito en el corazón de todo americano, su realización era imposible en Cuba. Todos los que pedían reformas para la Isla eran acusados de filibusteros y conspiradores. Semejante situación condujo al propio Saco a decir que de España no podía Cuba esperar mucho. El Consejo Colonial, por él tan anhelado, de llegar, llegaría más adelante, y nunca sería lo que debía ser. A su entender, los que aspiraban a que Cuba alcanzase un gobierno parecido al del Canadá corrían tras una quimera. Pero ninguna de estas tristes apreciaciones había de servir de razón o pretexto para detenerse en el necesario empeño de solicitar ahincadamente de España, para su bien no menos que para el de Cuba, que robusteciese el régimen colonial dotando a la Isla de los medios que le permitiesen atender por sí misma la recta administración y el mejor disfrute de sus intereses permanentes.

CAPÍTULO III

POSIBILIDAD DE REFORMAS

POr parte de cubanos notables hubo expresiones de complacencia y gratitud ante las suaves formas oficiales de Francisco Serrano, continuadas por Domingo Dulce, su sucesor. Esta manera de ver las cuestiones públicas aproximó a gobernantes y gobernados a la posibilidad de abrir cauce dentro del régimen colonial a la solución del enconado problema políticosocial. Los criollos ansiosos de trabajar por el bien colectivo no despreciaron la favorable coyuntura. Meditaron. Se acercaron los unos a los otros. Estudiaron necesidades. Fijaron la manera de satisfacerlas. Comprendieron que había que empezar por ilustrar a la población de la Isla y a los que la manejaban acerca de los medios capaces de renovar y mejorar su vida.

En La Habana se publicaba un periódico diferente de aquellos que a todo trance, sin condiciones, como ellos afirmaban, defendían la integridad del régimen absoluto que era el manejo de Cuba. Este periódico fué *El Siglo*. Las tendencias de que era vehículo despertaron el propósito de remozarlo y ponerlo al servicio directo y permanente de los intereses cubanos. Algunos hombres de capacidad intelectual, moral y económica, encabezados por José Morales Lemus, resolvieron adquirir *El Siglo* y ponerlo bajo la dirección de Francisco de Frías, conde de Pozos Dulces. *El Siglo*, con las limitaciones impuestas por la censura previa, dió forma y expansión a la idea de obtener innovaciones fundamentales en los modos de conducir los asuntos cubanos.

Lo que iba saliendo de aquella lenta elaboración era un movimiento político adverso al régimen que padecía Cuba. Lo advirtieron los usufructuarios de éste, y su intolerancia suscitó una polémica periodística que culminó en una declaración memorable de los innovadores, hasta entonces tímidos y cautelosos: ellos, sin ser antiespañoles, eran cubanos, sinceros y leales cubanos, prohijadores de un plan que traducía ansias de progreso material y moral. La postura pública así evidenciada llevaba ya la marca de la reforma. La sola idea de la reforma era la ne-

gación del irritante sistema de privilegios y abusos que en las postrimerías del segundo tercio del XIX estaba arraigado en Cuba.

El período de calma pública que precedió y acompañó a la definición reformista no se debió sólo a los desastres y desengaños acumulados en la sexta de las décadas del siglo XIX, ni únicamente a las tolerancias de Serrano y Dulce. Mucho influyó en la creación de ese estado de conciencia la guerra secesionista de los Estados Unidos de América. Cuando a las puertas de Cuba se desarrollaba una lucha de tamaños inusitados tenían los habitantes de la Isla que vivir poco menos que en suspenso. En los empeños bélicos consumados o intentados en recientes tiempos habían participado el pensamiento y la acción de angloamericanos, y la esclavitud, eje del pavoroso conflicto en que se hallaba sumida la Unión, había entrado en el complejo de ideas y cálculos formado en torno al proyecto de alterar el orden de cosas existente en Cuba. En la época que corría era impropio esperar desviación alguna de las actividades del Norte hacia la cuestión cubana. Sucedió aún algo de mayor monta: la oblición de la esclavitud proclamada por Lincoln obligaba a revisar algunas de las opiniones formadas sobre el porvenir inmediato del país.

En los días de expectación traídos a Cuba por el sangriento conflicto entre el Sur y el Norte de los Estados Unidos fueron formándose en la Isla dos bandos: el de los simpatizantes de los confederados y el de los partidarios de Lincoln. En el segundo de estos grupos estaban los cubanos que querían renovar a su patria en lo político, lo social y lo económico, desde hombres blancos abrasados por hondas inquietudes hasta negros libres que esperaban en el puerto de La Habana el arribo de los barcos procedentes de la Unión para conocer las últimas noticias de la contienda y exhibir su alegría por las victorias de aquel a quien con razón tenían por redentor de la raza africana en América. Así, bajo la influencia de poderosos sentimientos humanitarios y cívicos, crecieron y se robustecieron los contrarios a la subsistencia integral del régimen a que Cuba estaba sometida. La imagen de Lincoln, lo mismo en modestas habitaciones que en mansiones que albergaban a varones altruistas y progresistas, llegó a ser expresión de hondas aspiraciones cubanas.

Cuando los hombres anhelosos del triunfo de la libertad se regocijaban por el que ya alcanzaba Lincoln llegó a Cuba la desgarradora nueva del asesinato del lidiador de mirada triste. Entonces se produjo aquí una consternación semejante a la que la partida de otro justo, José de la Luz y Caballero, había causado. Numerosas y elocuentes fueron las expresiones de solidaridad con que quisieron honrarse quienes en

esta tierra veían en la obra de Lincoln una consolación para sus profundos dolores morales. Hombres y mujeres de La Habana guardaron el luto de Lincoln. Un médico notable, Juan Bruno Zayas, honró la memoria del padre de la emancipación pagando la de los niños nacidos esclavos en Cuba el 4 de julio de 1865. Una sociedad que de manera tan noble y espontánea manifestaba su compenetración con ideas y procederes transmutatorios se hallaba transida de inconformidad y contenía gérmenes de renovación.

La expectación engendrada en Cuba por la guerra de secesión angloamericana se acentuó al quedar consumada la victoria de los abolicionistas. Todos, los empecinados en la defensa del régimen imperante en la Isla no menos que los que no cesaban de meditar sobre medios pacíficos o violentos para transmutarlo, comprendieron que urgía substanciar rectificaciones esenciales en las maneras de ver la política colonial. La institución de la esclavitud acababa de perder todo su terreno en un país al que unos y otros habían dirigido sus miradas en momentos de honda crisis. Las influencias negadoras de la dignidad humana estaban en quiebra. Las aspiraciones progresistas acaso podían contar con mejores y más eficaces sostenes. Muchos pudieron pensar que no había tiempo que perder en relación con el porvenir de Cuba.

La tregua impuesta por hechos y circunstancias internos y externos llegó a su fin a mediados del año de 1865. El pensamiento y el sentimiento colectivos de que era órgano el periódico *El Siglo* habían desembocado en una definición: la reforma. La reforma era la definición dada por los hombres que pretendían variar las condiciones políticas, sociales y económicas de Cuba sin salir de la dominación española. Otra definición labraba la conciencia cubana: la independencia. La independencia era la definición concebida y amamantada por quienes detestaban la arbitrariedad colonial y no creían en la posibilidad de obtener de España una revisión de procederes propicia a la felicidad de la Isla. Ambas definiciones, nacidas de espíritus igualmente enardecidos por el ansia de aproximarse a un universo moral mucho mejor que aquel en que se asfixiaban, podían ser principio y motor de actividades paralelas desarrolladas para acelerar el advenimiento del bien público.

En la declinación del segundo tercio del siglo XIX la opinión política cubana estaba dividida en cuatro grupos: españoles, reformistas, anexionistas y separatistas. Los españoles y los reformistas coincidían en la idea de mantener la dominación hispánica en Cuba, pero se diferenciaban entre sí por la adhesión de los primeros al absolutismo colonial y por el propósito innovador de los segundos. Los anexionistas y los se-

paratistas se hallaban acordes en desear la extinción de la soberanía de España en Cuba, pero discrepaban en cuanto a los resultados definitivos de sus respectivas actitudes, ya que los segundos anhelaban tener gobierno libre y propio mientras los primeros creían que la solución práctica radicaba en la incorporación de esta Antilla a los Estados Unidos de América.

Las potencias y actividades de los cuatro núcleos en que se fraccionaba la pública opinión cubana eran desiguales. Los españoles, usufructuarios del estado de cosas imperante, se aferraban a la defensa del mismo y confiaban en el señorío de sus fuerzas, que eran las de la Corona. Los anexionistas apenas daban señales de vida, principalmente por efecto de la recientísima conmoción sufrida por el pueblo angloamericano. Los reformistas atraían las miradas de los más preocupados por la suerte del país. Los separatistas hacían poco ruido, pero no arribaban su pabellón, teñido con mucha sangre generosa. Los reformistas y los separatistas, ansiosos de ver a su patria sana y feliz, se disputaban, sin conexiones entre sí y a veces en airada forma los unos frente a los otros, el honroso privilegio de producir tamaños bienes.

La cesación de Francisco Serrano en la Capitanía General no había sido consecuencia de su conducta en el manejo de los asuntos privativos de la Isla: la habían originado discrepancias suyas con Juan Prim y con el gobierno de Madrid en torno a la retirada de las tropas españolas invasoras de México. La vuelta de Serrano a la Península no paralizó su buena disposición para con quienes alentaban la idea de introducir cambios liberales en la Colonia. Por el contrario, su presencia en la Metrópoli sirvió para que se dejase sentir todo el peso de su influencia en favor de los propósitos reformistas que en Cuba seguían ganando terreno. Serrano pasó a constituir un factor externo de fundamentales determinaciones cubanas.

Los separatistas se sentían alentados en su fe e impulsados para proseguir en la lucha por el calor que generaban Nueva York, Filadelfia y Nueva Orleans. En estas ciudades angloamericanas había cubanos que mantenían lo que ya era una tradición revolucionaria. A ellos llegó entonces una nueva corriente de simpatías y compenetración: la procedente de las repúblicas hispanoamericanas agredidas por las torpezas de los políticos españoles. Así se manifestó otra influencia foránea en importantes decisiones de los patriotas de la Isla.

A mediados de 1865, cuando se cruzaban entre los reformistas de la Isla y su valedor en Madrid largas y enjundiosas epístolas, cargadas de consideraciones y reflexiones sobre la vida cubana, llegaron a tierra camagüeyana fusiles y pólvora con destino a gente empeñada en en-

cender la revolución contra el poder de España en esta Antilla. Serrano recogió un viejo sueño de la Colonia, obstinada y torpemente burlada por la Metrópoli: el sentimiento dominante en un pueblo que, deseoso de marchar por el camino de la prosperidad y la gloria, y aleccionado por una larga y dolorosa experiencia, encontraba la manera legítima de satisfacer sus aspiraciones en la identidad de derechos y deberes de todos los súbditos españoles, cualquiera que fuese la región en que habitasen. La actitud de los separatistas iba traducida en hechos, no en palabras: por el puerto de Nuevitas y por la bahía de Guanaja, principalmente en un pailebot de Manuel Arteaga Borrero y bajo la dirección de éste y de Juan Isidoro Callejas —personas marcadas como desafectas al Gobierno—, fueron introducidos unos cincuenta cuñetes de pólvora y un crecido número de fusiles, que hablaban de la voluntad de sacar a Cuba de la dependencia de España.

No por obra exclusiva de la tendencia reformista desarrollada en Cuba, sino por efecto de ella y de un clamor que llevaba varios lustros de vida precaria, en Madrid hubo quien se diese por enterado de que en Cuba, como en Puerto Rico, había la apetencia de una existencia colectiva mejor. Un ministro de Ultramar, Antonio Cánovas del Castillo, se hizo cargo, aunque no sin reservas mentales, del acontecimiento de que en las Antillas hispánicas ganaban terreno los propósitos de luchar por una transformación que las elevase en lo económico y social no menos que en lo político. Suya fué la iniciativa, convertida en real decreto el 25 de noviembre de 1865, de abrir una información sobre las bases en que debían fundarse las leyes especiales que habían de proponerse a las Cortes para el gobierno de Cuba y Puerto Rico.

La primera manifestación de la convocatoria era bastante para producir desconcierto y desencanto. La junta encargada de recibir y encauzar la información estaría presidida por el Ministro de Ultramar y compuesta por un número de individuos en el que los representantes directos y legítimos de Cuba y Puerto Rico, elegidos por determinados ayuntamientos, serían minoría. Además, su actividad no podría pasar de los límites privativos de meros informadores, horros de toda facultad resolutive.

La repugnancia producida por la simple lectura de aquella convocatoria fué, al cabo, vencida. Pudo más el optimismo sembrado por el suceso insólito de que Madrid diese muestras de abordar la vieja cuestión de las leyes especiales llamadas a hacer la felicidad de los restos del imperio colonial hispánico. Pero la transigencia inicial de los reformistas cubanos no avanzó sola.

La apuntada limitación no era la única de que adolecía el real decreto de 25 de noviembre de 1865. En realidad, la medida adoptada no salía de la esfera de las promesas con que durante tantos años había respondido la Metrópoli a las ansias innovadoras de la Colonia: la Corona se limitaba a solicitar datos que podían servir a sus ministros para presentar a las Cortes proyectos concernientes al manejo de sus posesiones en las Antillas. Así y todo, el advenimiento de esta poca cosa, a tantas desviaciones sujeta, causó gran satisfacción en el grupo de los que aquí creían aún poder llegar a una buena solución de los problemas públicos sin emanciparse de España. El pensamiento reformista ganaba terreno, pero estaba lejos de desalojar del suyo a los revolucionarios.

Mientras en La Habana se iniciaba el cumplimiento del real decreto de 25 de noviembre de 1865 en los Estados Unidos se movían los separatistas de la Isla. La sociedad Republicana de Cuba y Puerto Rico compensaba la falta de una muchedumbre de afiliados con el coraje de su presidente, el cubano Juan Manuel Macías, y con el calor que empezaba a depararle el periódico *La Voz de la América*, fundado en Nueva York por Benjamín Vicuña Mackenna, sagaz y activo agente confidencial de Chile en la Unión. La Sociedad Republicana de Cuba y Puerto Rico y *La Voz de la América* se manifestaron como públicos instrumentos de los acérrimos partidarios de la independencia de ambas Antillas.

La reforma no lograba librarse de los efectos de la incomprensión española y del fervor cubano que miraba hacia la independencia. Poco más de un mes bastó para que los consejeros de Isabel II se decidiesen a revisar en sentido restrictivo para los intereses antillanos el cauteloso decreto autorizante de la información acerca del reordenamiento institucional de Cuba y Puerto Rico. Una real orden secreta expedida en Madrid el 28 de diciembre de 1865 habilitó al capitán general de Cuba para modificar las reglas a que había de sujetarse la elección de los comisionados. En los días en que este documento atravesaba el Atlántico estrechaban sus relaciones Macías y Vicuña Mackenna en Nueva York. El 10 de enero de 1866 Vicuña Mackenna expresó a Macías que Chile se hallaba en disposición de prestar efectiva ayuda a Cuba si los separatistas de la Isla ofrecían pruebas previas de su espíritu y capacidad de lucha. Por otra parte, *La Voz de la América* iba filtrándose en distintas poblaciones cubanas, a las que conducía razones y alientos para organizar la guerra contra la soberanía hispánica.

Tamaños iguales tenían la inhabilidad de los políticos españoles y la agudeza de Vicuña Mackenna y Macías para comprender el caso de

Cuba. En favor de los políticos españoles militaban las potencias materiales de la Metrópoli. Contra ellas tenían que bregar los alteradores cubanos. Vicuña Mackenna había pasado de Chile a los Estados Unidos con instrucciones concretas para promover abiertas simpatías hacia su patria en la guerra que sostenía con España y para fomentar la insurrección de las Antillas hispánicas, medio escogido para hostilizar a España en América y contrarrestar su acción reconquistadora, llevada hasta el Pacífico. Macías aceptó con entusiasmo el plan chileno. Sus opiniones descansaban en el exacto conocimiento que tenía de los negocios públicos de su patria. No consideraba enemigos de la causa de la independencia a los reformistas, pero los diputaba pusilánimes y dudosos del éxito de la revolución. La revolución estaba latente y era menester ponerla en actividad. El proyecto de atacar a España en las Antillas alcanzaría mejores resultados desarrollándolo de manera secreta y misteriosa en vez de divulgarlo por el órgano de publicidad de Chile en Nueva York. A despecho de la fuerza de España en Cuba, Macías esperaba mucho de sus compatriotas, porque casi todos, y en todas las clases sociales, eran enemigos del régimen colonial.

En las primeras semanas del año de 1866 la reforma y la revolución, influidas por factores externos, trabajaban en la conciencia cubana. La reforma era combatida por los españoles incondicionales y seguía bajo la amenaza de ser absorbida por la revolución. La revolución veía en cada reformista, por adversario del estado de cosas dominante, un futuro seguidor suyo al servicio de los intereses patrios.

La reforma llegó a ser la pasión políticosocial dominante en Cuba. Pero no conseguía aniquilar a la revolución —que era revolución porque no transigía con soluciones basadas en la subsistencia de la soberanía de España en la Isla y, por consiguiente, aspiraba a transformar totalmente el ordenamiento institucional del país—. Aunque la reforma ganaba adictos a expensas de la revolución, ésta continuaba teniéndolos muy sinceros e irreducibles, condenados a trabajar en el silencio y en la penuria, y contaba con la indirecta colaboración proveniente de los yerros, incomprensiones e intransigencias de los pretensos buenos españoles. La reforma podía avanzar, siquiera fuese en apariencia. La revolución vivía de sus propios valores permanentes, superiores a las potencias de la adversidad.

La real orden de 28 de diciembre de 1865 destinada al capitán general de Cuba vino a ser fuente de perturbación y burla de que resultaron víctimas los reformistas. A vuelta de consideraciones que pre-

tendían hallarse inspiradas por el deseo de encauzar con sabiduría los negocios públicos, creó un resorte adecuado para satisfacer a los enemigos de toda renovación. Advirtió que las reglas establecidas para la provisión de cargos municipales en las Antillas debían servir de base a las que se fijasen para la elección de los informadores, pero autorizó al Capitán General para adicionarlas y completarlas en cuanto fuese necesario respecto de la designación de personas capaces de corresponder a las intenciones del Gobierno. Los reformistas conocieron el alcance de la mentada real orden por el uso que de ella hizo la máxima autoridad colonial.

Con arreglo a la ley municipal que regía en Cuba, los mayores contribuyentes con derecho a designar a los comisionados debían alinearse en tres grupos: a) propiedad rústica y urbana; b) industria y comercio; c) profesiones o capacidades. El Capitán General, que seguía siéndolo Domingo Dulce, se plegó a las exigencias de los adversarios de la reforma, deseosos de compensar con adulteraciones la escasez de votos. Dulce dispuso que aquellos electores se dividiesen en cuatro secciones de mayores contribuyentes: a) propiedad territorial rústica y urbana; b) industria; c) comercio; d) profesiones. Esta disposición se encaminó a aumentar el número de sufragios de los españoles, dueños casi exclusivamente de industrias y comercios, sin atender al volumen de los intereses representados por los cubanos, poseedores de la mayor parte de la riqueza inmobiliaria. El valor de la industria no llegaba a la vigésima parte del de la propiedad urbana y rústica, y, sin embargo, éstas continuaban juntas en tanto eran separados el comercio y la industria: los votos de los españoles crecían artificiosamente mientras los de los cubanos no experimentaban alteración alguna.

Dos ayuntamientos, el de La Habana y el de Cárdenas, protestaron contra el cambio introducido en la formación de los grupos de mayores contribuyentes llamados a votar. El conde de Pozos Dulces y José Silverio Jorrín expusieron, en el seno del cabildo habanero, razones potísimas en abono del deseo de que el Gobernador volviese sobre sus pasos. En el ejercicio del derecho electoral a que estaban llamados los contribuyentes de la Isla debían predominar los intereses materiales y morales de esta Antilla. Y era la clase de los propietarios, en su mayoría agricultores, aquella en que se manifestaban el arraigo, la estabilidad de la fortuna y la identificación absoluta del bienestar privado con el adelanto del país. Domingo Dulce se mostró inflexible en su criterio, no ocultó su enojo e hizo saber a los inconformes que los concejales en el caso suscitado sólo podían ser meros electores, impedidos de ejercer fun-

ción corporativa alguna. Por lo demás, en un oficio al Ministro de Ultramar dejó estampado el fundamento de su actitud: no había tocado los grupos formados por la riqueza inmobiliaria y por la capacidad universitaria porque cada una de ellas tenía representación concreta y bien definida, y había duplicado la de los industriales y comerciantes para proteger grandes e importantes intereses. Naturalmente, estos intereses eran los de quienes se oponían al avance de los reformistas para mantener sin mutaciones el régimen político imperante en Cuba.

Los reformistas iban aceptando los cercenamientos a que eran sometidas sus posibilidades porque estaban decididos a agotar la vía por ellos escogida para servir a su patria. Pero no todos los cubanos seguían esa resolución, mezcla de noble obstinación e ingrato sacrificio. En Cuba y fuera de Cuba se conspiraba para la rebelión contra España. Las violentas pugnas entre la aristocracia criolla y el partido peninsular —la idea reformista y el propósito absolutista— incitaban a los revolucionarios, ocupados ya en organizarse. Nueva York dejaba de ser el único lugar donde trabajaban los separatistas cubanos. Gente de acción laboraba también en La Habana, centro y ciudadela del poderío español en las Antillas. En el primer trimestre de 1866, en las semanas en que se tramitaban los preliminares de la elección de los comisionados que debían ir a informar a Madrid, parecía que con el solo hecho de desentenderse los reformistas de su timidez y sus ilusiones se produciría para España un cataclismo en sus posesiones americanas.

Con el desahogo económico de los reformistas contrastaba la penuria de los separatistas. Los emigrados en los Estados Unidos no podían reunir sino algunos centenares de pesos. Mediante la emisión de bonos, que circularon en Cuba, pretendieron nutrir su tesoro, pero el éxito de tal empeño era muy dudoso.

La agitación en torno a la idea de la independencia crecía espontáneamente entre hombres de humilde posición social. Estos hombres ansiaban verse, más que acompañados, acaudillados por los pudientes que gastaban energías y caudales en la tarea de convencer a España de lo que en vano ésta había tenido al alcance de su conocimiento durante larguísimo tiempo.

El Gobierno llevó sus suspicacias respecto de los reformistas al extremo de prohibir a los periódicos la publicación de noticias y comentarios que pudiesen favorecer el triunfo electoral de esos pariatas, acusados de antinacionales y enemigos del orden público por la prensa española de La Habana con la tolerancia y hasta la complacencia de las mismas autoridades que privaban del derecho de libre expresión de las

ideas a los partidarios de una renovación de normas y procedimientos dentro del régimen colonial. Pero el Gobierno no pudo evitar que circularan con creciente demanda los ejemplares que por vías ocultas y misteriosas llegaban a Cuba de *La Voz de la América*, que desde Nueva York y en tonos encendidos incitaba a la guerra por la independencia y anunciaba la proximidad del día de tomar las armas liberadoras. A exacerbar los ánimos de la gente honrada de la Isla concurrían por caminos opuestos la injusticia hispánica y el fervor revolucionario que mantenía en constante comunicación a los separatistas de la Isla con los refugiados en los Estados Unidos. Entre la exaltación colectiva y las situaciones de hecho mediaba poco, según pudo verse por el pronunciamiento insurreccional habido en Santa Clara unos días antes del señalado para la elección de los informadores sobre la reforma.

El último domingo de marzo de 1866 se celebraron los comicios de donde salieron los comisionados que iban a exponer en España necesidades y aspiraciones cubanas. El resultado de la elección constituyó una enorme sorpresa. No obstante la parcialidad gubernamental, de los dieciséis candidatos triunfantes eran doce partidarios decididos de la reforma, uno reformista con ligeras reservas y los demás personas ilustradas y liberales. En definitiva, los designados fueron Manuel de Armas y Antonio X. de San Martín por La Habana, José Miguel Angulo y Heredia por Matanzas, José Antonio Saco por Santiago de Cuba, Manuel Ortega por Pinar del Río, José Antonio Echeverría por Colón, Calixto Bernal por Puerto Príncipe, Tomás Terry por Cienfuegos, Conde de Pozos Dulces por Villaclara, Juan Mumné por Holguín, Conde de Vallengano por Sagua la Grande, Antonio Fernández Bramosio por Cárdenas, José Morales Lemus por Remedios, Nicolás Azcárate por Güines, Agustín Camejo por Sancti-Spíritus y Antonio Rodríguez Ojea por Guanajay.

En la Colonia se abría paso la reforma o, para hablar con mayor exactitud, el grupo de hombres encargado de propulsarla en la Metrópoli. Lo ocurrido podía significar que la población cubana o detestaba el régimen de fuerza bajo el cual vivía o se agigantaba en el deseo de probar que la revolución carecía de toda posibilidad.

La victoria reformista respondió más a la inconformidad de los cubanos ante el hecho español dominante en la Isla que al temor inspirado por las consecuencias de una lucha armada. La verdad era que actividades exteriores e interiores preparaban al país para la revolución. Afuera existía algo más que el riesgo de unos corsarios chilenos o los efectos de la propaganda dirigida por Vicuña Mackenna: existían pro-

pósitos y esfuerzos tendientes a reunir en Nueva York, en el Sur de los Estados Unidos y hasta en parajes del Oeste elementos destinados a arrancar a Cuba de manos de España, y nunca habían sido tan estrechas y prometedoras como entonces las relaciones entre sudamericanos y cubanos emigrados. Adentro eran muchos los que esperaban el pronto advenimiento de una insurrección, y en lugares conocidos, como la calle del Prado de La Habana, escuelas de tiro instruían en el manejo de las armas a jóvenes dispuestos a empuñarlas por la independencia patria.

Con el triunfo de los reformistas coincidió la cesación de Vicuña Mackenna como agente confidencial de Chile en los Estados Unidos. Esta novedad era infausta para los revolucionarios cubanos, porque él venía prestándoles extraordinarios servicios desde que manifestó a la Sociedad Republicana de Cuba y Puerto Rico que su gobierno se complacería altamente en contribuir a la libertad de ambas islas y se hallaba dispuesto a demostrar la buena fe de su promesa si ellas evidenciaban el deseo de emanciparse. Vicuña Mackenna era político de altos vuelos. Se esforzó por buscar el desenlace de la guerra entre Chile y España en las Antillas, y no en el Pacífico. Pretendió coordinar con la acción de Chile la del Perú y la de Venezuela para pelear contra España en las Antillas. Quiso dar sentido de universalidad, por lo menos de universalidad americana, a la causa de la independencia de Cuba. Por obra de sus ideas e informaciones, pudo Domingo F. Sarmiento afirmar que las Antillas eran conmovidas por el espíritu emancipador que las labraba y empezó Mariano Ignacio Prado a estudiar la posibilidad de ayudar a los separatistas cubanos.

Mientras los reformistas esperaban el momento de ir a desarrollar en la Metrópoli su plan de defensa de los intereses cubanos pusieron los revolucionarios en claro el designio de no cejar en su empresa. La reforma se aproximaba a la hora de la prueba definitiva para su destino. La revolución iba adentrándose en su obra. Atrás quedaban momentos que habrían sido decisivamente graves para la estabilidad de España en Cuba si los reformistas hubiesen abandonado su ingenuidad política y se hubieran sumado a los revolucionarios.

La tarea que esperaba a los reformistas era dura y enojosa. A despecho del carácter que Serrano y Dulce habían querido dar al régimen colonial, librándolo de las crueldades de los tiempos de O'Donnell y Concha, la situación de Cuba y de los cubanos —la pintura salió de manos de Saco, apóstol de las reformas— era afligente. La imprenta gemía bajo estrecha censura. El derecho de reunión, para pobres o ricos, pequeños o grandes, no existía. Las quejas y reclamaciones de los ha-

bitantes de la Isla carecían en la misma de junta o corporación que pudiesen servirles de vehículo. Todo esto daba a los enemigos de las reformas políticas, por muy corto que fuese su número, una enorme ventaja sobre el pueblo que las pedía. Sin embargo, en medio de tanta dificultad, los adversarios del absolutismo colonial, concurriendo a las elecciones, acababan de triunfar de los obstinados en mantenerlo. Les quedaba por ver si una victoria parecida, por comprensión y rectificación provenientes de los hombres que dictaban las determinaciones de Isabel II, los aguardaba en Madrid.

CAPÍTULO IV

FRACASO

Los reformistas se tomaron un descanso después de su triunfo electoral. En cambio, los revolucionarios no se dieron entonces tregua alguna. En la ciudad de La Habana, la noche del 19 de abril de 1866, se desarrollaron sucesos evidenciadores de que se hallaba adelantada la organización de quienes preparaban la guerra por la independencia. Con motivo de celebrarse en el teatro de *Tacón* una función en beneficio de la viuda y los hijos del esclarecido cubano Ramón Zambrana se exhibió la hostilidad entre criollos y peninsulares: alborotos, golpes e intervención de agentes del orden público. Aquello no pasó de un escándalo, pero un escándalo que denunció la existencia de un fuerte espíritu subversivo entre los naturales del país.

La propaganda dirigida por Vicuña Mackenna no había sido infructuosa en Cuba. En La Habana la agitación revolucionaria enlazaba los acontecimientos del Pacífico con las posibilidades de la Isla para combatir por medio de las armas la soberanía de España. A despecho de ser adicta la mayoría de los cubanos ricos a la solución reformista, se creía fácil reunir el dinero necesario para costear una expedición bélica de cuatro o cinco mil hombres. En Matanzas se tenía por seguro que proporcionar a Cuba elementos para su revolución era herir a la Metrópoli en el corazón, propiciar la victoria de Chile y eliminar para siempre la influencia española en América.

La perturbación no provenía sólo de la acción de los revolucionarios. Como de costumbre, España labraba su ruina con medidas erróneas. La presencia de Dulce en la capitanía general de la Isla era un valladar para los excesos de los peninsulares aun después de sus veleidades en torno a la elección reformista. El anuncio de su relevo causó descontento y alarma en Cuba, con mayores veras siendo el designado para sustituirlo Francisco Lersundi, de cuyos procedimientos e ideas no podían esperarse sino actos de agresión o por lo menos de resistencia a las aspiraciones legítimas de esta Antilla. La despedida de Dulce estuvo

acompañada de explosiones de vehemencia política por parte de los criollos. La inauguración del gobierno de Lersundi abrió un período de expectación.

Lersundi emitió a raíz de su llegada a Cuba conceptos enderezados a definir el arte de gobernar. Gobernar era para él pasar por el presente respetando el pasado y mirando al porvenir, progresar conservando y conservar progresando. Demasiada reticencia había en esta manera de expresarse: la suficiente para que los cubanos no se viesen libres de la desconfianza inspirada por la nueva encumbrada autoridad. El estreno de su intolerancia en Cuba no se hizo esperar: una circular suya prohibió que en talleres y establecimientos urbanos y en fincas rústicas se leyese libros y periódicos y se discutiesen cuestiones extrañas a las labores realizadas en esos lugares. Todavía fué más allá: dispuso que no se consintiese en lo sucesivo reunión alguna de que pudieran derivarse males que él estaba en el deber y la necesidad de evitar y remediar. Los males a que se refería el Capitán General consistían, llana y sencillamente, en meros indicios de inconformidad respecto del orden políticosocial existente en Cuba.

Los celos de Lersundi tenían fundamento distinto del que podía estar constituido por la simple lectura de libros y periódicos en talleres, comercios y grupos campesinos. El peligro para la paz se hallaba en actividades mucho más efectivas que tales entretenimientos. La agitación revolucionaria continuaba trabajando entre los cubanos, y, en definitiva, las medidas de rigor en relación con hechos de escasa importancia avivaban la rebeldía. Así lo probó la fuerte alteración del orden que se produjo en la ciudad de Puerto Príncipe en las fiestas de San Juan de 1866, disturbio acaudillado por el joven Bernabé Varona, popularmente conocido por *Bembeta*, cuya escapatoria de manos de las autoridades españolas deparó mayor importancia aún al suceso.

La alarma cundía en las esferas oficiales. En julio de 1866 policías de La Habana ocuparon ejemplares de *La Voz de la América*, introducidos con fines subversivos por Ramón Martínez y Canuto Carabia. Esto revestía gravedad, más que como hecho, como síntoma. El síntoma era muy significativo. La victoria reformista, tan enojosa para los usufructuarios del absolutismo colonial, carecía de eficacia para contener los ímpetus revolucionarios.

Los defensores de la rigidez del régimen colonial andaban tras hombres y manejos sospechosos. De continuo aguardaban estallidos bélicos. A mediados de agosto de 1866 encerraron en El Morro de La Habana y sometieron a juicio a Timoteo Pedro Díaz, acusado de ser secretario de una junta revolucionaria cubana en Filadelfia. Asumió la defensa

de Díaz un abogado de alto coturno, José Valdés Fauly, quien empleó en favor de su patrocinado las razones que tenía él para hallarse alejado de los preparativos de una insurrección. Según Valdés Fauly, los acontecimientos históricos de los últimos años, dentro y fuera del país, habían llevado a rectificar muchos errores y producido en los cubanos la convicción de que la violencia destruía y no edificaba, que sobre el cimiento movedizo de las revoluciones nada duradero podía constituirse y que por el camino de la legalidad se llegaba a la montaña sin gastar las fuerzas en lo áspero de las vertientes. A su juicio, los criollos sensatos e ilustrados no esperaban la felicidad del exterior: creían lograrla en su patria, sin renunciar a sus costumbres, idioma e historia. Finalmente, consideraba cerrada para siempre la era de las conspiraciones y poseídos de demencia a quienes las promoviesen. El letrado usó argumentos muy del tiempo que corría en obsequio del noble deseo de obtener la libertad del enjuiciado. Mas en el entresijo de su conciencia debió de agitarse una gran duda, puesto que en el mejor de los casos ese despliegue de su habilidad profesional era consecuencia lamentable del señorío de una situación gubernamental demasiado insegura de sus potencias morales.

La aparición de impresos con propaganda subversiva en un buque procedente de Nueva York y surto en el puerto de Matanzas en septiembre de 1866 inquietó a los cuerpos de seguridad y al ministerio fiscal de la Colonia. Recayeron sospechas en Juan Bellido de Luna, corresponsal de *El Siglo*. Pero no era esto lo que más comprometía a Bellido de Luna: lo que más lo comprometía era su pasado de peligroso conspirador. La justicia española llegó entonces a una conclusión de trascendencia extraordinaria: sentó que quien hubiese participado en otro tiempo en actividades revolucionarias contra la soberanía hispánica en la Isla debía ser tenido por alterador en la época que corría. Pocas veces pudo reconocerse en términos tan enfáticos y precisos la continuidad histórica del largo suceso que era la lucha de Cuba por su independencia.

La mayor parte de la primavera y del verano de 1866 pareció corresponder a un período revolucionario, y no al reformista que estaba substanciándose en Cuba. En tanto los servidores de la reforma se entregaron al concienzudo estudio de serias cuestiones políticas, sociales y económicas, sobre las cuales habían de informar en Madrid, prosiguieron los adictos a la revolución la tarea de difundir sus ideas y preparar la guerra, el instrumento elegido para acelerar la integral transformación de la vida patria.

En días en que los elegidos para informar en Madrid iban acercándose al punto de reunión algunos custodios del régimen colonial experimentaron honda inquietud por la suerte de Cuba a causa de las actividades revolucionarias desarrolladas en la Isla. El legado de España en Wáshington anotó una observación harto instructiva: si en otros tiempos habían sido los trabajos del exterior lo principal y la conspiración interna lo accesorio, en el otoño de 1866 ocurría lo contrario, porque en la Isla estaba el centro de los proyectos subversivos, los que se aprovechaban de las consecuencias de la guerra entre España y las repúblicas hispanoamericanas del Pacífico.

Un nuevo factor apareció en el teatro principal del conflicto hispanocubano cuando empezaron a recaer sospechas sobre la fidelidad de la Universidad de La Habana al régimen colonial. El acto de apertura del curso académico de 1866 a 1867 fué presidido por el Capitán General, a quien el discurso inaugural produjo no disimulado enojo. Sin aguardar a la terminación de la ceremonia Lersundi expresó el deseo de hablar privadamente al claustro. Y lo hizo en términos significativos de su creencia de que el alto centro docente albergaba ideas hostiles a España, a Isabel II y al Gobierno. La Universidad no se hallaba en actitud de rebeldía. Lo que suscitó el nuevo recelo de Lersundi obedeció a algo que estaba en el ambiente: una inconformidad pública que hasta sería difícil enervar con la reforma de cuyo advenimiento tantos hombres buenos se encontraban pendientes.

La sustitución de Lersundi por Joaquín del Manzano sirvió de coyuntura para que oficialmente, desde el más encumbrado cargo colonial, se declarase la existencia de un vigoroso movimiento cubano hacia la revolución por la independencia. Manzano necesitó dedicar gran parte de su tiempo a prevenirse contra los ataques armados que le eran anunciados. Juzgó que Lersundi había reprimido con acierto lo que él tenía por excesos de la prensa periódica, vehículo de pasiones políticas exhibidas con demasiada libertad. En el momento en que tomó la Capitanía General nada le parecía imposible respecto de perturbaciones bélicas. Sin embargo, adoptó una conducta reflexiva: se ocupó en vigilar activa y cautelosamente los planes de los desafectos a España y reservó para casos de extrema gravedad los procedimientos represivos.

Los comisionados reformistas entraron en funciones a fines de 1866: reuniones, conocimiento de los interrogatorios, organización de las secciones, presentación a Isabel II y acometimiento de lo substancial de sus tareas. Se encontraban adentrados en tamaño afán cuando en La Habana se extinguió la existencia temporal de Gaspar Betancourt Cisneros. Este eminente cubano, que había hecho célebre su seudónimo

El Lugareño, dejaba consumada una brillante labor para levantar el espíritu público y apresurar el progreso de su país. Pero su reputación de patriota eximio se debía a algo de mayor monta para muchos de sus paisanos: se debía a sus antiguos empeños por separar a Cuba de España. Estos antecedentes bastaron, y era natural que bastasen, para que los criollos mostraran una profunda solidaridad sentimental en presencia de los restos materiales del prócer camagüeyano. Los funerales organizados en La Habana revistieron caracteres imponentes. El traslado del cadáver a Camagüey estuvo acompañado de manifestaciones cívicas muy expresivas. En Puerto Príncipe se produjo una enorme concentración de admiradores de aquel que había querido alterar fundamentalmente la estructura políticosocial de su país. En realidad, entonces se exhibió sin gran recato la compenetración de muchedumbre de hombres y mujeres con los ideales de *El Lugareño*, adversario acérrimo del absolutismo colonial.

A fines de octubre de 1866 se hallaban en Madrid casi todos los comisionados de Cuba y Puerto Rico encargados de informar sobre las reformas que debían implantarse en ambas Antillas. Los demás no se hicieron esperar. En 4 de noviembre fueron citados para la reunión inicial, que había de celebrarse dos días después.

Con la citación para la primera conferencia recibieron los Comisionados el impreso contentivo del interrogatorio sobre la manera de reglamentar el trabajo de africanos y asiáticos y los medios de facilitar la inmigración que se considerase más conveniente en Cuba y Puerto Rico. En el real decreto de 25 de noviembre de 1865 estaba previsto que a la Junta serían sometidos, a objeto de su aprobación, los interrogatorios con arreglo a los cuales había de hacerse la información. Pésimo efecto produjo entre los comisionados reformistas el hecho de haberse presentado únicamente las preguntas relativas a la cuestión social, cuando era de esperarse que se dejaran conocer todas a la vez o por lo menos que se comenzase por las referentes a las bases de las leyes especiales que, en cumplimiento del artículo 80 de la constitución de la Monarquía, serían sometidas a la consideración de las Cortes para el gobierno de las provincias de Cuba y Puerto Rico. La postergación de este punto se destacaba porque era el más importante de la información y aparecía con preferencia en el Real Decreto. Uno de los comisionados de Cuba, José Morales Lemus, expuso que el Presidente había admitido la necesidad de que los miembros de la Junta conociesen todos los interrogatorios y que él, el orador, por su parte, consideraba que existía tal enlace entre unas respuestas y otras que no comprendía la

posibilidad de contestar acertadamente una sin haber leído la totalidad de las preguntas. El Presidente pronunció aclaraciones tranquilizadoras, y los ánimos quedaron aquietados.

La solución dada a la dificultad que levantara sospechas entre los comisionados reformistas dejó libre el camino para el trabajo. Por consiguiente, el relativo a la cuestión social debía llevarse adelante con vista del cuaderno comprensivo de este interrogatorio:

1. Apreciada la imposibilidad de que en cada grupo de esclavos hubiese un sacerdote encargado de la educación y del cumplimiento de los deberes religiosos de aquéllos, ¿convendría establecer misiones que periódicamente recorrieran las fincas para atender a estos importantes fines?

2. ¿Cuáles eran las medidas que convendría adoptar para promover los matrimonios entre los esclavos?

3. ¿Sería conveniente y eficaz el establecimiento de premios anuales para los dueños que en sus dotaciones de esclavos presentasen mayor número de matrimonios? ¿Cuál debería ser la cuantía de estos premios? ¿En qué forma deberían adjudicarse? ¿Qué medidas convendría adoptar para evitar los fraudes?

4. ¿Había algunas consideraciones que se opusiesen a que se adoptara la resolución de que las familias de esclavos no pudieran separarse por voluntad de los dueños en ningún caso ni por ningún motivo?

5. Resultando de las estadísticas que en las poblaciones había más de cien mujeres esclavas por cada cien varones, mientras que en los campos existían solamente cincuenta y nueve mujeres por cien varones, ¿qué medidas podrían adoptarse, sin perjuicio de los derechos de los dueños de esclavos y sin chocar con las costumbres, para llevar a las fincas rurales una parte de estas mujeres destinadas al servicio doméstico en las ciudades?

6. ¿Cuáles eran las medidas que debían adoptarse para atender a la alimentación y al cuidado de los esclavos, según sus edades, hasta que cumpliesen la de catorce años?

7. ¿Qué disposiciones debían adoptarse en favor de los negros que hubiesen cumplido la edad de sesenta años?

8. ¿Cómo deberían los negros ser atendidos en sus enfermedades?

9. ¿Qué número de horas de trabajo por regla general debía establecerse para los esclavos? ¿Cabía hacer un aumento en las épocas del año en que los trabajos eran urgentes? ¿Cuál debía ser el límite de este aumento?

10. ¿Qué reglas convendría establecer en el uso que los esclavos hiciesen del beneficio de la coartación? ¿Debería continuar siendo per-

sonalísimo? ¿En qué forma podría en una familia ser utilizado este beneficio por los hijos de un coartado en caso de fallecimiento de éste?

11. ¿Convendría mantener en toda su extensión las facultades disciplinarias concedidas a los dueños y a los representantes de éstos sobre sus esclavos?

12. ¿Qué disposiciones convendría adoptar para prevenir o castigar en su caso la crueldad de los dueños o de sus encargados sobre los esclavos?

13. ¿Convendría adoptar medidas indirectas para procurar que fuesen a las fincas rurales los esclavos destinados en las ciudades al servicio doméstico, en el cual podían ser reemplazados fácilmente?

14. ¿Sería eficaz y oportuno el establecimiento de premios anuales en favor de los dueños de esclavos que presentasen mayor número de emancipados poseedores de lotes de tierra que sus señores les hubieran adjudicado y que labrasen aquéllos por cuenta propia? ¿En qué cantidad deberían estas recompensas fijarse? ¿En qué forma se adjudicarían? ¿Qué medidas convendría establecer para evitar los fraudes?

15. ¿Presentaría inconvenientes la imposición de una capitación sobre los esclavos destinados al servicio doméstico con destino exclusivo al pago de los premios de que se hablaba en las preguntas anteriores?

16. ¿Qué medidas deberían adoptarse para reprimir la vagancia de los negros libres?

17. ¿Sobre qué bases podría establecerse el trabajo obligatorio para los negros libres?

18. ¿Convendría establecer la pena de expulsión del país para los negros condenados por reincidentes en la vagancia?

19. ¿Qué medidas convendría adoptar para asegurar el buen trato de los trabajadores asiáticos en su pasaje desde China?

20. ¿Convendría introducir algunas reformas respecto de las condiciones de los contratos que se celebraban entre los empresarios y los trabajadores?

21. ¿Habría inconveniente en suprimir las penas corporales que estaban autorizadas, reemplazándolas con multas? ¿Habría consideraciones importantes en oposición a que con el importe de estas multas se formase un fondo especial que periódicamente se distribuyera entre los trabajadores que no hubiesen incurrido en ninguna falta? ¿Qué reglas deberían establecerse para estas distribuciones?

22. ¿Cuál debería ser la situación de los trabajadores asiáticos una vez terminados sus contratos? ¿En qué condiciones podrían permanecer en el país? En caso de imponérseles la obligación de abando-

narlo y de no poder los trabajadores pagar el precio de su pasaje, ¿cómo debería atenderse a este gasto?

23. ¿Cuál era la inmigración que se consideraba más conveniente?

24. ¿Debía la inmigración emprenderse directamente por el Gobierno o convendría que éste la dejase al interés particular, aunque con sujeción a reglas determinadas? ¿Cuáles habrían de ser estas reglas?

25. En el caso de que el Gobierno dejase la inmigración al interés particular, ¿convendría establecer anualmente algunas recompensas en favor de los propietarios que en épocas determinadas presentaran mayor número de colonos domiciliados en sus fincas? ¿Cómo deberían adjudicarse estos premios? ¿Qué garantías convendría establecer para asegurar el resultado y evitar el engaño?

26. ¿Sería admitida la inmigración extranjera del mismo modo que la procedente de las provincias de la Península? En caso negativo, ¿qué diferencias deberían establecerse?

Las condiciones de trabajo en Cuba quedaron denunciadas en el interrogatorio preparado por defensores del absolutismo colonial. Ciertamente, en el período dentro del cual la Metrópoli estuvo obligada a adoptar una legislación enderezada a modificar en sentido liberal la vida de la Colonia, poseedora de enormes recursos naturales, ésta apenas había cesado de ser campo de las actividades de la trata africana, de la introducción de asiáticos y de la importación de indios yucatecos: tres variantes de la esclavitud fomentada como único medio, según los defensores de la situación imperante, para evitar que la principal de las Antillas dejase de ser rica posesión de España.

Una de las razones tenidas por los comisionados reformistas para impugnar el orden en que empezaron a presentarse los interrogatorios consistió en el temor de que, por la índole de los asuntos sometidos a estudio, se exaltasen los ánimos y se introdujera la discordia en el seno de la Junta antes de llegar al momento de ocuparse con los particulares correspondientes a la parte política. Semejante obstáculo podía surgir en el tratamiento de la esclavitud, de la que eran partidarios los comisionados designados por el Gobierno. El recelo siguió en pie cuando, en la sesión de 11 de diciembre de 1866, de nuevo se aplazó la presentación del interrogatorio político. Los miembros de la Junta conocieron entonces las preguntas acerca de la cuestión económica:

1. ¿Convendría celebrar tratados de navegación y de comercio para facilitar la exportación de los frutos de Cuba y Puerto Rico y la importación de los artículos de su consumo? En caso afirmativo, ¿con qué naciones y sobre qué bases deberían ajustarse?

2. ¿Qué dificultades de esencia y de forma presentaban los aranceles vigentes en Cuba y Puerto Rico para celebrar tratados de comercio y de navegación? ¿Cómo podrían vencerse?

3. ¿Deberían sostenerse en el arancel de Cuba los derechos de exportación sobre sus principales artículos o sería conveniente sustituirlos por otra forma de contribuir?

4. ¿Convendría variar la forma del arancel de Cuba sustituyéndole agrupaciones que redujesen considerablemente el número de sus partidas y sustituyendo también el derecho fijo del tanto por ciento ad-valorem en cuanto fuese posible, según el proyecto publicado por el intendente conde Armildez de Toledo?

5. ¿Qué resultados se habían obtenido con el derecho diferencial de bandera? ¿Convendría sostenerlo, modificarlo o suprimirlo?

6. La protección que presentaba el derecho diferencial de bandera ¿era un obstáculo para celebrar tratados de comercio y navegación? En caso de serlo ¿podría suprimirse este derecho desde luego o dentro de un plazo dado sin que sea perjudicada la marina mercante nacional?

7. En el caso de suprimirse el derecho diferencial de bandera ¿qué clase de protección podría concederse a la marina mercante nacional para que pudiese sostener la concurrencia con la extranjera? ¿Debería preferirse el sistema de primas, el de franquicias o la reforma de las ordenanzas de matrículas?

8. ¿Convendría reducir los derechos de abanderamiento sobre los buques extranjeros y declarar libre la admisión de los de alto porte, de hierro o madera, por un plazo más o menos largo?

9. ¿Podría permitirse a la marina de Cuba y Puerto Rico hacer en puertos extranjeros la carena, la recorrida y las demás obras que le fuesen convenientes o necesarias?

10. ¿Debería sostenerse la prima a los constructores de buques concedida por la legislación vigente o modificarse esta forma de protección, otorgando franquicias sobre las primeras materias y objetos en bruto o fabricados, incluso las máquinas y las piezas de éstas que habrían de emplearse en la construcción, aparejo, armamento y conservación de los buques destinados al comercio marítimo, fuesen de vela o de vapor, de madera o de hierro?

11. ¿Qué reforma convendría introducir en las ordenanzas de marina, en la parte relativa al número de individuos que como dotación fija habrían de llevar los buques y a las condiciones, así marineras como de cualquier otra clase, que deberían reunir los mismos?

12. ¿Sería conveniente conceder el libre ejercicio en los puertos de carga y descarga de buques y de las demás faenas comerciales?

13. ¿Qué franquicias deberían establecerse en la legislación relativa al derecho de pesar y al manejo de embarcaciones menores, como botes, lanchas y falúas, en los puertos, para facilitar las transacciones mercantiles?

14. De suprimirse el derecho diferencial de bandera, así sobre las mercancías como sobre los buques, ¿convendría permitir desde luego a la marina extranjera la facultad de hacer el cabotaje en los puertos de Cuba, o debería reservarse para la española, y por cuánto tiempo?

15. ¿Qué dificultades presentaba el arancel vigente en la Península, arreglado a la ley de aduanas de 17 de julio de 1849, para reformar el de Cuba y Puerto Rico, de manera que pudieran celebrarse tratados de comercio y de navegación con las naciones que con las Islas sostenían relaciones mercantiles? ¿Cómo podrían estas dificultades superarse?

16. ¿Qué inconveniente ofrecía el régimen arancelario de las aludidas naciones, particularmente en cuanto se refería a las Antillas, para ajustar con ellas tratados de navegación y comercio?

17. ¿Sería conveniente refundir en uno solo los derechos de puerto, navegación, faros, sanidad y demás que se exigían a la marina mercante en Cuba y Puerto Rico a la entrada y a la salida y en la carga y en la descarga de mercancías, siendo tantos y tan diversos los que se exigían en los puertos del extranjero?

18. ¿Sería conveniente reducir los derechos que sobre los artículos del comercio entre España y sus dos provincias trasatlánticas figuraban en los aranceles respectivos, o sería preferible concederles la absoluta franquicia declarando de cabotaje el comercio entre ellas y la Península? En este caso, ¿qué dificultades se oponían a esta declaración y cómo podrían vencerse?

19. Si se creyese preferible la reducción de los derechos vigentes en los aranceles de España, Cuba y Puerto Rico para los artículos de su comercio, o no fuera oportuno declararlos desde luego de cabotaje, ¿convendría al hacer la reducción en el arancel de la Península imponer los derechos a los azúcares, según sus clases, o fijar un derecho a los azúcares, según sus clases, o fijar un derecho único para todos los azúcares, excepto el de refino?

20. De declararse de cabotaje el comercio de Cuba y Puerto Rico con la Península, ¿debería hacerse desde luego extensiva esta declaración a las demás provincias de Ultramar entre sí y con la Península? En este caso, ¿semejante declaración podría perjudicar las producciones de alguna de las dos Antillas?

21. ¿Qué limitaciones tendría la marina extranjera para hacer este comercio de cabotaje?

22. Antes de adoptar la medida a que se referían los números del 18 al 21, ambos inclusive, ¿qué medidas deberían adoptarse para igualar el sistema tributario de las provincias de Ultramar y el de las de la Península, a fin de que el cabotaje no resultase por obra de esta medida un privilegio en favor de unas o de otras?

23. En manteniéndose el impuesto arancelario, ¿qué alteraciones deberían hacerse en el régimen de las aduanas y en la instrucción para el despacho de las mercancías a fin de facilitar las operaciones comerciales en los puertos de Cuba y Puerto Rico? Con este objeto, ¿convendría aumentar el número de las aduanas y ampliar la habilitación que algunas disfrutaban?

24. ¿Convendría suprimir todas las obvenciones que estaban concedidas a los empleados de aduanas y dotarlos con asignaciones fijas, sin opción a percibir derecho alguno?

25. ¿Qué reformas convendría introducir en la legislación de aduanas de la Península que trataba del adeudo de mercancías extranjeras procedentes de los depósitos comerciales de Cuba y Puerto Rico, a fin de facilitar las relaciones comerciales de las demás naciones americanas con las Islas y las de éstas con la Península?

26. ¿Debería hacerse extensiva esta reforma a las mercancías procedentes de los depósitos de las demás provincias de Ultramar? Y en este caso, ¿cómo adeudarían las importadas en Cuba y Puerto Rico procedentes de los otros depósitos de Ultramar, o en las demás provincias ultramarinas las procedentes de los de Cuba y Puerto Rico?

27. Dadas las condiciones de las riquezas de Cuba y los elementos con que la Isla contaba para la producción, ¿cabía que la contribución de aduanas se subrogase en otra por la cual contribuyesen directamente al Estado las clases comerciales, suprimiéndose las aduanas? Y en este caso, ¿cómo podrían conservarse los elementos que constituían la protección? ¿Podría adoptarse la misma medida en Puerto Rico?

28. ¿Sería conveniente declarar libres la importación y exportación en Cuba y gravar la producción, sin distinción alguna para el consumo y la exportación, con un derecho único exigible en los puntos de producción o elaboración, o era preferible sustituir el vigente sistema de impuestos con una contribución directa sobre los productos de la agricultura, la industria y el comercio? ¿Qué circunstancias especiales de producción convendría tener presentes? ¿Era aplicable alguno de estos sistemas a Puerto Rico?

29. ¿Qué efectos produciría la supresión de las aduanas para la celebración de tratados de navegación y comercio?

30. ¿Qué causas influían en Cuba para el constante desnivel de los cambios con España?

31. La circulación monetaria de Cuba ¿satisfacía las necesidades del movimiento mercantil, así en el interior como en el exterior, o presentaba embarazos al comercio? En este último caso, ¿cómo se lograría vencerlos?

Las preguntas así redactadas en Madrid invitaban a los reformistas a poner sus luces al servicio de esclarecimientos que podían variar el régimen colonial. Esto era evidente. Pero la desconfianza de los hombres procedentes de las Antillas no desaparecía ante aquella mera presunción. La verdad era que la preferencia dada al cuestionario económico respecto del político encubría inconfesables intenciones.

No fué sino más de tres meses después de constituida la Junta, en la sesión del 14 de febrero de 1867, cuando se circuló el interrogatorio de carácter político. La alteración en el orden del tratamiento de las secciones de asuntos que la Junta debía estudiar fué un constante motivo de recelo. Lo que parecía fundamental había pasado por enojosa postergación. Al fin, las preguntas políticas eran las siguientes:

1. ¿Convendría que todos los derechos políticos establecidos por las leyes para los habitantes de la Península e islas adyacentes se hicieran extensivos a Cuba y a Puerto Rico? ¿Cuáles serían las diferencias que deberían hacerse? ¿Qué principios habrían de servir de fundamento a las leyes electorales?

2. Supuesta la asimilación de derechos políticos a que la pregunta anterior se refería, ¿sobre qué bases debería establecerse la consiguiente igualdad completa de obligaciones en cuanto al sistema tributario, al reemplazo para el ejército y a las demás cargas públicas?

3. En vez de la asimilación de que las dos preguntas anteriores trataban ¿serían preferible la creación al lado del Gobierno de un cuerpo consultivo, en que hubiese necesariamente un número determinado de personas elegidas por las provincias de Ultramar? ¿En qué forma debería hacerse la elección de estas personas? ¿Cuáles habrían de ser la organización y las atribuciones de este cuerpo consultivo?

4. ¿Cuáles debían ser las bases de una disposición en que se organizaran los gobiernos generales de las islas de Cuba y Puerto Rico?

5. ¿Convendría introducir algunas modificaciones en la organización y atribuciones de los Consejos de Administración existentes? ¿Cuáles deberían ser estas modificaciones?

6. ¿Debía mantenerse la división territorial de Cuba y de Puerto Rico? En caso negativo, ¿qué división habría de hacerse?

7. ¿Convendría introducir variaciones en la organización de los gobiernos locales dentro de cada Antilla? ¿Cuáles deberían ser estas variaciones?

8. ¿Sería conveniente crear en las capitales de los gobiernos locales algunas corporaciones que con carácter consultivo o administrativo, o con uno y otro a la vez, auxiliasen la acción de las autoridades respectivas? ¿Cuáles habrían de ser la organización y las atribuciones de estas corporaciones locales?

9. ¿Deberían introducirse modificaciones en la organización y en las atribuciones de los Ayuntamientos? ¿Cuáles habrían de ser estas variaciones?

9. ¿Deberían introducirse modificaciones en la organización y en las atribuciones de los Ayuntamientos? ¿Cuáles habrían de ser estas variaciones?

10. Al dictar todas las disposiciones de que trataban las preguntas precedentes, ¿cuál sería la participación que en el goce de los nuevos derechos habría de concederse a los individuos libres de la raza de color?

El interrogatorio político, aunque más breve que el social y el económico, abarcó los puntos de vista de los que temían que las provincias ultramarinas adquiriesen demasiada personalidad por efecto de la legislación que se acordara en la Metrópoli y los de los que aspiraban a una modificación del régimen colonial basada en la existencia de organismos formados con intervención de los habitantes de las Antillas. Las preguntas que dejaban ver estas posibilidades ¿estaban inspiradas en el deseo de satisfacer demandas en que se entreveraban el decoro de España y las necesidades de Cuba y Puerto Rico? La respuesta concluyente sería dada por los hechos. Y los hechos pendían de la capacidad para obrar en justicia y con sabiduría de los estadistas hispánicos en cuyas manos se hallaba el porvenir inmediato de las Islas.

En aquel tiempo —las últimas semanas de 1866 y las primeras de 1867— fué intensísima la labor de los comisionados cubanos reunidos en el Ministerio de Ultramar, en Madrid, con el propósito de discutir y aprobar las respuestas a los interrogatorios sobre las cuestiones social, económica y política. Las deliberaciones estuvieron en armonía con la importancia de los asuntos sometidos a estudio. En uno de ellos, el de la esclavitud de la raza africana, subió el tono de las discrepancias entre los reformistas y los defensores de los intereses españoles en las Antillas. Alrededor de los modos y medios de gobernarlas tampoco podía esperarse un acuerdo fácil. En cambio, hubo unanimidad de criterios en cuanto a la necesidad de modificar el sistema tributario que

regía en Cuba. Si se hubiese consultado a los hombres que acá seguían pensando en la independencia por la vía de la revolución, también se habrían producido por un cambio inmediato en la forma de obtener y administrar los recursos fiscales de esta ínsula.

Los informadores desembocaron en conclusiones concretas acerca del sistema tributario que desmoralizaba y arruinaba a Cuba. Urgía extirpar las inmoralidades enseñoreadas de la administración pública. El mejor remedio consistía en la supresión de las aduanas, que habían sido convertidas en instrumento de escandalosos peculados y de exacciones, gabelas, vejámenes y extorsiones que dañaban el patrimonio y hasta atacaban el decoro de los comerciantes y agricultores. En el caso de abolirse las aduanas, un impuesto entre el cinco y el seis por ciento sobre la renta o producción líquida bastaría para satisfacer las obligaciones pecuniarias de carácter oficial. De no accederse a la eliminación de las aduanas, serían inexcusables la reducción y la simplificación de los aranceles para evitar que la capacidad productiva de Cuba continuara rodando hacia el aniquilamiento y la esterilidad. Semejantes conclusiones estaban dando la razón a quienes pintaban la situación gobernante en las Antillas hispánicas como una de las peores del Mundo y se preparaban para derrocarla por medio de la violencia.

En vano esperaron los reformistas ver triunfante la aspiración suya que tan unánimes pronunciamientos provocaba. De súbito, el 12 de febrero de 1867, un real decreto echó por tierra toda ilusión relacionada con la información que se tramitaba en Madrid, puesto que, dando a entender falsamente que aquello era consecuencia de las deliberaciones y los acuerdos ya terminados, vulnerando respetos y derechos y manteniendo intacto el régimen de las aduanas, estableció sobre la renta o producción líquida el impuesto directo del diez por ciento, único en el nombre y lo suficientemente elevado para arruinar la propiedad y la agricultura cubanas. Inmensa fué la indignación causada por esta sorpresa. Hubo reformistas que aconsejaron y pidieron que al desmán perpetrado se contestase con el retraimiento, la retirada o la despedida violenta. Pero una voz cubana, por añadidura muy autorizada, la del conde de Pozos Dulces, se dejó escuchar para encarecer el valor de la medida y la serenidad en momentos tan difíciles.

La posición de Pozos Dulces pudo parecer la revelación del secreto reformista. Por muchos de los antecedentes de la información, por el contenido de los mismos interrogatorios sometidos a examen en Madrid, venía apareciendo que lo esencial de todo aquel esfuerzo colectivo era lo económico. A la vista se hallaba un hecho muy instructivo: sobre comprender el interrogatorio económico sólo asuntos económicos, los

interrogatorios acerca de lo social y lo político tocaban también, y con reiteración, lo económico. Sin embargo, Pozos Dulces, el profundo definidor cubano de la economía cubana, quiso entonces, en una hora decisiva para los criollos que habían optado por la vía de la evolución, decir palabras de trascendencia incalculable. A su juicio, resultaba impropio de hombres prudentes y previsores renunciar a ventilar la cuestión política, que era lo primordial y preferente en el conflicto hispano-cubano, puesto que las demás soluciones, así la económica como la social, de la política dependían. ¿Qué era, pues, la reforma? La reforma era una aspiración plena de sentido político, que en azarosos y amarguísimos instantes de prueba debía sacar fuerzas de flaquezas para llenarse de razones irrefutables en su probable fracaso.

Los reformistas siguieron la línea de conducta trazada por la ecuanimidad de estadista que había en Pozos Dulces. Otro cubano eminente, José Morales Lemus, redactó una moción enderezada a gestionar la revocación del injusto real decreto sobre el impuesto directo del diez por ciento. Frases suyas tradujeron una inquietud grave: la medida impugnada, en no siendo derogada, produciría en Cuba gran descontento, acaloradas discusiones y quizá alguna perturbación. Imposible era decir más en una rueda de hombres presidida por la suspicacia. Baldíamente esperaron durante dos meses largos alguna rectificación los comisionados cubanos. La norma de Pozos Dulces sólo les sirvió para evidenciar hasta dónde eran capaces de llegar por el camino de los sacrificios para servir a su patria en la desgracia. Entonces quedó comprobada la exactitud con que el político español Cándido Nocedal había afirmado que Isabel II era reina absoluta de Ultramar.

El 27 de abril de 1867 se celebró la última reunión de los comisionados encargados de informar en Madrid sobre las bases en que habían de fundarse las leyes especiales que debían proponerse a las Cortes para el gobierno de las provincias de Cuba y Puerto Rico. Unos días después, el 3 de mayo, Morales Lemus puso la nota final en la historia de la frustrada reforma. El sesudo representante de esta Antilla dejó en poder del Ministro de Ultramar un compendio de indicaciones acerca de lo económico y algo de la educación primaria y la enseñanza universitaria. De lo político, considerado lo primordial por Pozos Dulces, prefirió no hablar: de lo político era mejor no hablar. Ciertamente, en el fracaso de la reforma había influido, más que la inícuca burla vaciada en una medida de carácter fiscal, la notoria e irremediable incapacidad de España para comprender el alcance de las aspiraciones políticas de Cuba.

Los reformistas mordieron el polvo del descrédito, pero no por causas menoscabadoras de su probidad. Trágico fué el destino de su ímproba labor en pos de una solución pacífica para el conflicto entre España y Cuba. En su lucha contra el egoísmo y la deslealtad de la Metrópoli tuvieron que admitir la conclusión de que nada les quedaba por hacer para salvar a la Colonia. A la Isla regresaron sumidos en el desencanto y el pesimismo.

La desventura creció para los voceros de la reforma cuando a su vuelta de Madrid se vieron amordazados por la censura española. Quisieron explicar públicamente la naturaleza y el alcance de sus gestiones, así en descargo propio como para satisfacción de sus mandantes, y la intolerancia oficial coartó el ejercicio de tan claro derecho. Pero la malignidad no se detuvo ahí. Sobre los reformistas llovieron las falsas imputaciones lanzadas por los españoles de la Isla. Los periódicos gubernamentales no se cansaron de atribuir a los defensores de la no conseguida transformación del régimen colonial todas las consecuencias del pernicioso impuesto recién creado. Para que el sarcasmo fuese cabal, las altas autoridades de la Isla se mostraron íntimamente ligadas y en absoluta armonía con los retrógrados, sin excluir a los esclavistas y negreros, atacados de ceguera política.

La revolución no había detenido su marcha en Cuba. Seguía siendo un suceso de tamaños históricos. Entre los hombres que en la Isla se sentían embargados por la inquietud patriótica corrían aún las noticias relativas a la frustración del empeño reformista cuando, a mediados de 1867, las autoridades españolas descubrieron una conspiración extendida por la ciudad de Santiago de Cuba, El Cobre, Palma Soriano y otros partidos de la región oriental. Hubo tres muertos —Agustín Da, Marcelino Velázquez y Fernando Guillet— y numerosos detenidos. La justicia colonial dijo que la conspiración tenía por objeto trastornar el orden público y el social y rebelar a los negros contra los blancos. La represión oficial frustró este plan subversivo.

Era evidente que el espíritu de rebeldía llevaba vida larga en Cuba y que venía pugnando por manifestarse violentamente. Este fenómeno se había exhibido en la época del auge reformista, sin que el mismo hubiese tenido potencias suficientes para enervar la acción revolucionaria. Naturalmente, la frustración de la reforma favoreció la idea de librar a Cuba del yugo español y ensanchó de manera extraordinaria sus posibilidades.

Por parte de los maltrechos reformistas hubo honda reflexión. Con pavor observaron el engrimiento español. Los periódicos que lo traducían no guardaron recato en sus pronunciamientos. Expresaron que

el sistema de gobierno vigente en Cuba era inmejorable y que, por consiguiente, no podía pedirse ni esperarse innovación alguna. Llamaron traidores a quienes creían lo contrario. Se tuvieron por dueños de la Isla. Se mofaron de los criollos por su largo sufrimiento y por su prudencia, que achacaban a cobardía. Tanto acoso originó en los reformistas la verdadera revolución, la de las ideas, precursora de la decisión de vindicar sus derechos a costa de cualquier sacrificio.

Los revolucionarios irreducibles no habían ocultado sus censuras para los cubanos entregados a la tarea de buscar cambios y mejoras bajo la dominación española. Hasta habían clamado en momentos decisivos de 1866 por el abandono de la ilusión reformista como medio apto para robustecer los proyectos insurreccionales. La rivalidad entre ambos grupos obedecía a discrepancias respecto de sus finalidades políticas. Así lo comprendieron los reformistas, convencidos ya de que de España nada reparador o saludable podían esperar. Y procedieron con ejemplar elevación. No se acomodaron en la abstención, ni se refugiaron en el despecho.

El sueño de los españoles que no comprendieron el alcance de la concesión de reformas políticas a Cuba, ni midieron el peligro de negarlas, empleando en ello hasta el engaño, consistía en mantener en la Isla un régimen colonial fuerte. A esto pudieron llegar ellos por medio de justas y sabias medidas, enderezadas a satisfacer las ansias de libertad nutridas por hombres en quienes se juntaban excelente posición económica, equilibrio mental y vasta ilustración. Pero prefirieron persistir en el insano empeño de negar hasta las más elementales innovaciones. Puesto que carecieron de aptitud para apreciar el valor de una renovación ajustada a la equidad, les pareció que la única forma idónea para robustecer el régimen colonial consistía en conservarlo cerrado a todo entendimiento entre españoles y cubanos. De esto al fracaso de las soluciones pacíficas que eran asequibles la distancia resultaba tan corta como grave parecía el momento histórico en que se hallaba Cuba al desaparecer toda esperanza de reparadora rectificación por parte de España.

FUENTES

CAPITULO I

- DEL MONTE, DOMINGO. *Centón Epistolario*. La Habana, 1926-1938, ts. III-V.
- GUERRA Y SÁNCHEZ, RAMIRO. *Manual de Historia de Cuba*. (Económica, social y política.) La Habana, 1938.
- GUITERAS, PEDRO J. *Cuba y su gobierno*. La Habana, 1932.
- MORALES Y MORALES, VIDAL. *Iniciadores y primeros mártires de la revolución cubana*. La Habana, 1901.
- PEZUELA, JACOBO DE LA. *Diccionario geográfico, estadístico, histórico de la Isla de Cuba*. Madrid, 1863, t. III.
- PIRALA, ANTONIO. *Anales de la Guerra de Cuba*. Madrid, 1895, t. I.
- SACO, JOSÉ ANTONIO. *Colección de papeles científicos, históricos, políticos y de otros ramos sobre la Isla de Cuba*. París, 1859, t. III.
- ZARAGOZA, JUSTO. *Las insurrecciones en Cuba*. Madrid, 1872-1873, 2 ts.

CAPITULO II

- BARRAS Y PRADO, ANTONIO DE LAS. *La Habana a mediados del siglo XIX*. Madrid, 1925.
- CONCHA, JOSÉ DE LA. *Memorias sobre el estado político, gobierno y administración de la Isla de Cuba*. Madrid, 1853.
- FERNÁNDEZ DE CASTRO, JOSÉ ANTONIO. *Medio siglo de historia colonial de Cuba*. La Habana, 1923.
- GALIANO, DIONISIO A. *Cuba en 1858*. Madrid, 1839.
- GUERRA Y SÁNCHEZ, RAMIRO. *Manual de Historia de Cuba*. (Económica, social y política.) La Habana, 1938.
- GUITERAS, PEDRO J. *Cuba y su gobierno*. La Habana, 1932.
- MORALES Y MORALES, VIDAL. *Iniciadores y primeros mártires de la revolución cubana*. La Habana, 1901.
- PEZUELA, JACOBO DE LA. *Diccionario geográfico, estadístico, histórico de la Isla de Cuba*. Madrid, 1863, t. III.
- SACO, JOSÉ ANTONIO. *Colección de papeles científicos, históricos, políticos y de otros ramos sobre la Isla de Cuba*. París, 1859, t. III.
- *Documentos para su vida*. Anotados por Domingo Figarola-Caneda. La Habana, 1921.
- SEDANO Y CRUZAT, CARLOS. *Cuba desde 1850 a 1873*. Madrid, 1873. (Ministerio de Ultramar.)

CAPITULO III

- ARCHIVO NACIONAL DE CUBA. La Habana. Asuntos Políticos, leg. 54, sigs. 20, 21, 25; leg. 55, sig. 10; leg. 56, sig. 11.
- EMIGRADO CUBANO, UN. *Información sobre reformas en Cuba y Puerto Rico celebrada en Madrid en 1866 y 67, por los representantes de ambas islas*. New York, 1877, 2 ts.
- GUERRA Y SÁNCHEZ, RAMIRO. *Manual de Historia de Cuba*. (Económica, social y política.) La Habana, 1938.
- MORALES Y MORALES, VIDAL. *Iniciadores y primeros mártires de la revolución cubana*. La Habana, 1901.

- PUBLICACIONES DEL ARCHIVO NACIONAL DE CUBA. *Catálogo de los fondos del Consejo de Administración de la Isla de Cuba*. La Habana, 1948, t. I.
- SACO, JOSÉ ANTONIO. *Colección póstuma de papeles científicos, históricos, políticos y de otros ramos sobre la Isla de Cuba*. La Habana, 1881.
- SARMIENTO, D. F. *Obras*. Buenos Aires, 1900, t. XXXIV.
- SIGLO, EL. La Habana, 1865.
- VICUÑA MACKENNA, B. *Diez meses de misión a los Estados Unidos de Norte América como agente confidencial de Chile*. Santiago, 1867, t. II.
- ZAYAS Y ALFONSO, ALFREDO. *Discursos y Conferencias*. La Habana, 1942.

CAPITULO IV

- ARCHIVO NACIONAL DE CUBA. La Habana. Asuntos Políticos, leg. 54, sigs. 20, 21, 25; leg. 55, sig. 10; leg. 56, sig. 11.
- BOLETÍN DEL ARCHIVO NACIONAL. La Habana, 1919, t. XVIII.
- EMIGRADO CUBANO, UN. *Información sobre reformas en Cuba y Puerto Rico celebrada en Madrid en 1866 y 67, por los representantes de ambas islas*. New York, 1877, 2 ts.
- GACETA DE LA HABANA. La Habana, 8 junio 1866.
- GUERRA Y SÁNCHEZ, RAMIRO. *Manual de Historia de Cuba*. (Económica, social y política.) La Habana, 1938.
- MENÉNDEZ, CARLOS R. *Historia del infame y vergonzoso comercio de indios vendidos a los esclavistas de Cuba por los políticos yucatecos desde 1848 hasta 1861*. Mérida, Yucatán, México, 1923.
- MORALES Y MORALES, VIDAL. *Iniciadores y primeros mártires de la revolución cubana*. La Habana, 1901.
- RODRÍGUEZ, JOSÉ IGNACIO. *Vida del Doctor José Manuel Mestre*. La Habana, 1909.
- VICUÑA MACKENNA, B. *Diez meses de misión a los Estados Unidos de Norte América como agente confidencial de Chile*. Santiago, 1867, t. II.

LIBRO SEGUNDO

ANEXION E INDEPENDENCIA

LIBRO SEGUNDO

ANEXION E INDEPENDENCIA

CAPÍTULO I

DE 1837 A 1848

JOSÉ ANTONIO SACO, en el comentadísimo párrafo final de su *Paralelo entre la isla de Cuba y algunas colonias inglesas*, publicado el año crítico de 1837, se detuvo a señalar los dos objetivos a donde pudieran y debieran dirigirse los esfuerzos de todos los buenos cubanos, si el gobierno español llegase alguna vez a cortar los lazos políticos que unían a Cuba con España. Una existencia propia, una vida independiente, y si posible fuera tan aislada en lo político como lo está en la naturaleza, debía ser, en opinión de Saco, la primera y más alta aspiración de los cubanos; pero si arrastrada por la fuerza de las circunstancias tuviera la isla de Cuba que arrojarse en brazos forasteros, en ningunos, añadía el ilustre escritor, podría caer con más honor ni con más gloria que en los de la gran confederación norteamericana..

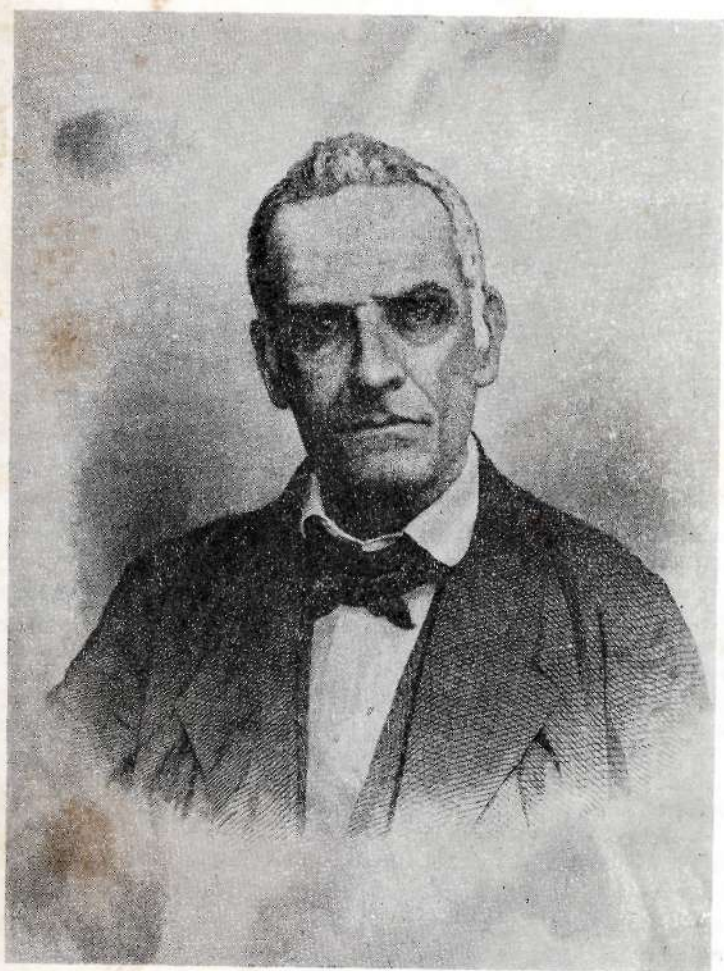
Ni una ni otra de las dos soluciones apuntadas por Saco, ha escrito Ramiro Guerra, encontraron ambiente y acogida favorables por el momento. Los cubanos de significación social e intelectual no tenían fe en la independencia ni creían en la posibilidad de conseguirla. Entre los hijos del país, aseguró Luz y Caballero en la notabilísima *Representación al general Tacón* que firmara José Antonio Saco, existía un sinnúmero de hombres acaudalados que no se moverían por nada ni por nadie de este mundo, amén de otra fracción harto pequeña y desunida que tampoco tendría ánimos para agruparse y promover trastornos, ya que, dolíase Luz, el empeño y la perseverancia no eran las cualidades que más señalaban a sus conterráneos. Por otra parte, el temor al “enjambre de africanos” que nos rodeaba —el gran argumento de Arango y Parreño— condujo al ilustre patricio a proclamar que “aun entre los más ilusos se ha desacreditado la opinión por la independencia”; que el ideal separatista era ya negocio pasado, cosa juzgada y abandonada, muy principalmente a causa del lastimoso estado de inestabilidad y desorden que brindaban las flamantes repúblicas americanas. Luz se detuvo asimismo a señalar que el propio Saco, en las páginas de *El Mensajero Semanal*, había publicado en diversas oportunidades escritos muy circuns-

tanciados contra los ambiciosos proyectos de Bolívar y de Santa Anna, impulsado por el puro amor a la verdad y a la patria, único móvil de su bien cortada pluma. Y la misma desilusión e idéntica falta de entusiasmo que hemos advertido en Saco y en don José de la Luz, habían ganado también a los más gallardos y animosos paladines antaño del ideal independentista: José María Heredia, el cantor ardoroso de *La Estrella de Cuba*, y Gaspar Betancourt Cisneros, el ilustre y batallador patricio camagüeyano.

La solución anexionista, casi caída en el olvido y abandonada también, parecía tener sin embargo mayor suma de posibilidades. El mismo Saco, cuando aun no se habían hecho públicos los acuerdos de la Comisión especial de las Cortes españolas sobre la exclusión de los diputados cubanos, el 21 de enero de 1837, descubrió a su buen amigo José Luis Alfonso, el "querido Pepé" de sus cartas, el trasfondo de su pensamiento político asegurándole que: "Mis deseos siempre han sido que Cuba fuese sólo para los cubanos; pero ya que tal vez no podrá ser, porque este gobierno nos empuja a una revolución, no nos queda más recurso que arrojarnos en brazos de los Estados Unidos. Esta es la idea que conviene difundir e inculcar en el ánimo de todos". Cuatro años antes, en su aplaudido *Clamor de los cubanos* —carta de un patriota dirigida a sus Procuradores a Cortes— Saco había advertido que un funesto porvenir, que acaso no estuviese muy lejano, esperaba sin duda a nuestra isla, si no se cambiaba de sistema, es decir, de manera y de métodos de gobierno. Y Saco siempre creyó y sostuvo que de los abusos de ese torpe régimen político habían surgido el anexionismo y todas sus graves consecuencias.

Pero la solución anexionista encontraba también grandes obstáculos e inconvenientes. La aguda crisis hacendística y política que padecían los Estados Unidos, por 1837; la honda rivalidad angloamericana, que tendió a favorecer, en Cuba, el mantenimiento del statu quo (la soberanía española); la oposición decidida de la Gran Bretaña y de las otras potencias europeas a las tendencias expansionistas de las antiguas *Trece colonias*; el movimiento antiesclavista de los estados norteos de la confederación; y la creencia de que los norteamericanos no se atreverían o no podrían desafiar la firme actitud de los gabinetes de Londres y París, eran notorios impedimentos, muy difíciles si no imposibles de salvar.

La publicación y circulación del *Paralelo* saquista provocaron las iras del áspero general Tacón. De folleto incendiario, receptáculo de ideas sediciosas y de alusiones subversivas, escrito con el propósito bien vi-



JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO

JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO. "El más sabio, el más virtuoso y el más bueno entre todos los cubanos." Pensador de ideas originales y profundas, poligloto consumado, viajero observador, maestro eficacísimo, patriota integérrimo, "ningún nombre llegó a tener en la isla de Cuba, antes del período de guerras libertadoras que comienza en 1868, tan gloriosa resonancia, de un extremo al otro del país". Luz y Caballero no alentó ni predicó jamás la violencia, porque creía firmemente que los males de Cuba eran de índole moral; pero cuando, ya desaparecido el maestro, un abogado bayamés, impetuoso y decidido, retó a singular contienda con solo un puñado de valientes al poderío español, cuatro veces secular en nuestra patria, un gran número de profesores y discípulos del Colegio del Salvador —la obra predilecta de Luz— corrió a tomar parte en la guerra emancipadora, y la historia de Cuba conservará para siempre en sus páginas los nombres ilustres de Ignacio Agramonte, Juan Clemente Zenea, Luis Ayestarán, Honorato del Castillo, Antonio Zambrana, Marcos García y cien más, dignos hijos espirituales de don José de la Luz. De él dijo Martí: "Supo cuanto se sabía en su época, pero no para enseñar que lo sabía, sino para transmitirlo. Sembró hombres".

El grabado que se reproduce está tomado de la *Vida de don José de la Luz y Caballero*, por José Ignacio Rodríguez (Nueva York, 1874).

sible de sublevar al país y separarlo de la dependencia de España, no vaciló Tacón en calificar el vibrante alegato, en el oficio reservado que dirigiera al Ministro de la Gobernación de Ultramar, apenas llegó a sus manos un ejemplar del *Paralelo* por conducto del agente secreto y confidencial Joaquín N. Valdés Peralejo, residente a la sazón en Cádiz en el afanoso desempeño de su degradante empleo. Pero Tacón hizo algo más que denunciar al gobierno metropolitano las actividades de Saco y del club de habaneros desleales o de cubanos disidentes, que de ambas maneras los llamaba: creyó o fingió creer en la existencia de una conspiración separatista, conjura originalísima que se tramaba a la vez, según sus espías o confidentes, en la isla de Cuba y en su distante Metrópoli, y que se conoce en nuestra historia política como la conspiración de la *Cadena Triangular y Soles de la Libertad*.

Saco, en dos oportunidades distintas, ha negado la existencia de la trama conspiratoria (en una carta a su entrañable amigo José Luis Alfonso, ya citado, y en una cumplida refutación a unos errores consignados en el *Ensayo histórico* de don Jacobo de la Pezuela). La carta está fechada en Gibraltar, a 1º de diciembre de 1837, y es por consiguiente contemporánea de los sucesos; la refutación fué publicada en el tomo tercero de su *Colección de papeles* (París, 1859), y trae, en abono de sus asertos, una interesante carta de don Francisco Muñoz del Monte, complicado también en la supuesta conspiración, escrita en Madrid, a 16 de diciembre de 1858.

Según el gran polemista bayamés, uno de los numerosos espías que el general Tacón subvencionaba y mantenía "derramados" por la Península, el ya mencionado Joaquín N. Valdés Peralejo, "rufián de profesión", fué a vivir a una casa de huéspedes gaditana, muy frecuentada por varios habaneros. Valdés se dedicaba a seguir los pasos y escuchar las conversaciones de las personas que juzgaba sospechosas, para después informarle minuciosamente al general Tacón, que gustaba de esos procedimientos, y es muy posible que, a falta de datos fidedignos, añadiese algo de su propia cosecha. Supuso Valdés la existencia de una junta revolucionaria, que presidía un mexicano de apellido Lama, en otro tiempo amigo devoto y contertulio de Tacón. Saco y el general Narciso López eran también, según el confidente, figuras conspicuas de la conjura, y varios cubanos recién llegados a Cádiz, unos de tránsito para la villa y corte de Madrid y otros en viaje de regreso a La Habana, habían celebrado, apuntaba el espía, un almuerzo patriótico y varias reuniones más con el propósito de convenir en los medios más eficaces para el mejor éxito de la revolución. Con esos antecedentes, el suspicaz gobernador dispuso la formación de la correspondiente causa en La Ha-

bana, dando cuenta en seguida al gobierno de la Metrópoli, que ordenó asimismo que un juez de letras de la población de Cádiz se hiciera cargo de las investigaciones sumariales en la Península. Lama fué preso y Saco juzgó prudente ponerse a salvo.

Pedro José Guiteras, cuyo nombre ilustre figura en el número de las personas encausadas, nos ha dejado también, en el capítulo segundo de *Cuba y su gobierno* (Londres, 1853), y en el capítulo último de su notable *Historia de la Isla de Cuba* (Nueva York, 1865-1866), sendos relatos de estos sucesos que en lo esencial concuerdan con las noticias de Saco.

La Comisión Militar Ejecutiva y Permanente de la isla de Cuba libró mandamiento de prisión contra el abogado don Manuel Rojo, uno de los miembros más destacados de la *Gran Legión del Aguila Negra*; el capitán don Manuel Molina y dos jóvenes que acababan de regresar de Cádiz en el correo marítimo (los hermanos Pedro José y Eusebio Guiteras). La Comisión dispuso también que se prepararan varios calabozos para determinados individuos que se esperaban de aquella ciudad española, y los patriotas de La Habana y Matanzas "estuvieron en peligro de sufrir persecuciones injustas".

Las personas detenidas permanecieron presas e incomunicadas varios meses, "durante cuyo tiempo se han visto obligadas a pagar, anota Domingo del Monte, cuatro y seis reales de plata diarios por su forzado alojamiento", mientras el odioso denunciante sufría encierro en Cádiz por calumniador y estafador. Sustituído el áspero Tacón por el teniente general don Joaquín Ezpeleta, fueron todos los detenidos puestos en libertad, reservándoseles sus derechos contra el denunciante.

El profesor Portell Vilá, que cree en la existencia de la trama conspiratoria a pesar de las protestas reiteradas de Saco y de Guiteras, nos dice que: "El inicio de ese movimiento revolucionario debía tener lugar con ocasión de una revista militar que presidiría Tacón, durante la cual la guarnición del viejo castillo de San Carlos de la Cabaña se sublevaría y amenazaría con bombardear la plaza si no era entregado Tacón a los revoltosos".

Las exigencias de Lord Palmerston en el gravísimo problema de los *emancipados* y la agitación del cónsul Turnbull, fanático adversario de la esclavitud, dan lugar, en 1842, a un pujante y amenazador brote de la tendencia anexionista, en Cuba y en los Estados Unidos.

El batallador ministro de S.M. británica había solicitado del gabinete español, en nota de 25 de mayo de 1840, que se ampliasen las atribuciones del tribunal mixto creado en La Habana por el convenio

angloespañol de 1835, a fin de que el mismo quedara autorizado para proceder a la búsqueda y emancipación de todos los esclavos introducidos después del 30 de octubre de 1820. El gobierno español, que temía desagradar a los ingleses, trató de ganar tiempo y puso en conocimiento de Lord Palmerston que, dada la gravedad del asunto, creía necesario antes de tomar cualquier determinación oír el parecer de las autoridades de Cuba. La noticia de las pretensiones británicas, muy pronto conocidas y divulgadas, produjo una intensa alarma entre los propietarios insulares de esclavos y hasta en la propia cancillería norteamericana que, temerosa de una posible doble intención de los ingleses, se apresuró a asegurar al gobierno español por boca de su Encargado de Negocios en Madrid, que España podía contar con los recursos militares y navales de los Estados Unidos para mantener en su poder la isla de Cuba, o para recuperarla en el caso de que se viese compelida a abandonar su posesión. Un crecido número de hacendados y de otros elementos representativos de la riqueza de Cuba, criollos y peninsulares, entró entonces en estrecha inteligencia con núcleos importantes de esclavistas norteamericanos —que “no hay cosa que reúna más las opiniones que la identidad de intereses”, escribió José Antonio Saco—, y hasta el Ayuntamiento de la Siempre Fidelísima Ciudad de La Habana, organismo ponderado y conservador, no temió dirigirse al gobierno peninsular advirtiéndole que la acrisolada lealtad de los vecinos de esta opulenta Antilla correría serios peligros de quebrantarse en el caso, imposible en justicia, de que se viesen obligados sus moradores a ceder a la “imperiosa ley de su propia conservación”. Las connivencias entre los esclavistas norteños e insulares y la noticia, obtenida en fuentes responsables, de que se trabajaba de nuevo y con renovado vigor en pro de la anexión, alarmaron y pusieron sobre aviso al ministro español en Washington, y movieron asimismo al gabinete de Madrid a dar seguridades al general Valdés y a los propietarios de esclavos respecto a que no se consentiría, de ninguna manera, que la *propiedad* fuera perturbada ni puesta en peligro por las exigencias de Inglaterra. Mas, a pesar de estas seguridades, el gobierno español le ordenaba al general Valdés, en los primeros días de enero de 1842, que comenzase a disponer las cosas para la emancipación de los esclavos introducidos después de 1820. Pero el celoso gobernador, que temía la pérdida o acaso la ruina de la isla si esta disposición se hacía pública, guardó la más absoluta reserva sobre su contenido y se dispuso a resistir con inquebrantable firmeza la orden del gobierno. Valdés hizo más: reiteró su petición de que se hiciese abandonar a Mr. Turnbull su cargo de cónsul y hasta el suelo de Cuba, y amenazó al gabinete, si la orden se mantenía, con resignar su

alto cargo, avergonzado, dijo, de la humillación tan degradante a que se veía constreñida su infortunada patria.

La enérgica actitud del gobernador de Cuba se vió favorecida por los vaivenes de la política inglesa y el éxito más lisonjero coronó su proceder. Turnbull fué relevado de su cargo y el vicealmirante Parker, jefe de la escuadrilla arribada a La Habana para cooperar, con las autoridades del país, en los medios más viables para realizar la pesquisa y la subsiguiente emancipación de los esclavos introducidos de contrabando, reconoció al cabo, de manera tácita a lo menos, la inoportunidad y la imprudencia de emprender la búsqueda general solicitada por su gobierno; actitudes, una y otra, que se debían a un cambio de frente en la política de la Gran Bretaña: a la caída del gabinete liberal de Melbourne y a su reemplazo por el gobierno conservador de Peel, que produjo a su vez la designación del conciliador Lord Aberdeen en lugar del fogoso y exigente Lord Palmerston; y a un creciente mejoramiento de las relaciones angloamericanas, perturbadas hasta entonces por la cuestión de Cuba y el candente problema de la esclavitud.

La política conciliadora de Lord Aberdeen exasperó al cónsul Turnbull y a los abolicionistas ingleses y produjo un hondo descontento, primero, y una profunda decepción, después, entre los esclavos y la gente de color libre de la isla de Cuba. El vehemente funcionario británico, que muy pronto sería relevado de sus funciones, no se resignó con facilidad a ver derruido su más ferviente anhelo, y hay motivos suficientes para pensar que fué entonces sin duda que intentó llevar a término feliz sus propósitos dos veces liberadores: la independencia de Cuba, satisfacción que brindaba a los cubanos blancos, y la abolición inmediata de la esclavitud, cifra y compendio de las aspiraciones de los hombres de color. (Turnbull, que había concitado contra sí el odio de las autoridades coloniales y de los dueños de esclavos, se vió precisado muy pronto a refugiarse a bordo del buque inglés *Romney*, el día 8 de junio de 1842, temeroso de ser asesinado "a causa de la excitación que en La Habana había causado su conducta"). Pero Turnbull y sus activos y eficaces colaboradores —cubanos y emigrados sudamericanos, personas de talento y de indiscutible influencia—, tropezaron, desde los primeros instantes, con la gran dificultad de que los cubanos blancos "diferían esencialmente [entre sí] en cuanto a la oportunidad y los medios de conceder inmediata libertad a la población esclava", y con la evidente, mutua desconfianza que reinaba entre las dos "fracciones independientes", aparte del justificado temor a las medidas rigurosas que pudiera tomar el gobierno, que también contenía o retraía a muchos.

El relevo de Turnbull, que se produce a poco, desanimó a los conspiradores blancos, aunque, según la versión de Francis Ross Cocking, vicedónsul inglés y hombre de la confianza del funcionario depuesto, la decisión del nuevo agente consular Mr. Grawford de llevar adelante los planes de la conjura dos veces independentista, infundió nuevo vigor y renovada vida a los comités revolucionarios: el comité de los blancos y el de los negros y mulatos. Pero una gestión encaminada a conseguir la ayuda de las autoridades y de las personas de color influyentes de la isla vecina de Jamaica, que emprendió Cocking por indicaciones de Crawford, no halló ambiente ni acogida favorables. Tan sólo el viejo general Mariño, venezolano al servicio de las sociedades abolicionistas inglesas, estuvo dispuesto a dirigir lo que se ha dado en llamar la expedición de los *tizones*.

(El relevo del cónsul Turnbull dió origen a un ruidoso incidente promovido en la Sociedad Económica de Amigos del País, en el que se destacó de manera singular, por su viril comportamiento, el gran patriota cubano don José de la Luz y Caballero, que la dirigía por entonces. El general Valdés, que aborrecía a Turnbull, quiso infligirle una grave mortificación y, a ese fin, sugirió a varios "amigos del país" que solicitasen la supresión del nombre del tenaz abolicionista de la prestigiosa lista de miembros correspondientes de la institución. El acuerdo, logrado en una sesión bastante concurrida, pero no sin protestas, movió a Luz y Caballero, enfermo a la sazón, a dirigir a la Sociedad un enérgico escrito, que redactó Antonio Bachiller y Morales, y que leído y discutido en la junta de 22 de junio de 1842, logró, por gran mayoría, la revocación inmediata del infortunado despropósito. La opinión ilustrada del país recibió con aplausos la reconsideración del acuerdo y la digna y valiente actitud de Luz y Caballero.)

Al regreso de Jamaica, Cocking pudo notar, con pesar y honda preocupación, que sus amigos y colaboradores blancos habían perdido mucho de su entusiasmo, y no se ocultaban para manifestar sus deseos de conocer la actitud que adoptaría el jefe de la escuadra inglesa de las Antillas en el caso de producirse en Cuba el esperado movimiento revolucionario, y sobre todo mostrábanse más renuentes que nunca a admitir "criollos o nativos esclavos" como auxiliares en la lucha que se avecinaba. Cocking se vió recibido con sensible frialdad y, decepcionado, atribuyó esta triste situación, que derrumbaba sus proyectos, a las gestiones de agentes confidenciales norteamericanos que, hábil e inteligentemente adiestrados, ofrecían a los cubanos la independencia, una independencia que desembocaría ineludiblemente en la anexión; pero que permitiría conservar, y quizás consolidar, la combatida institución do-

méstica. Y la conspiración del cónsul Turnbull —su gran desquite de fanático defraudado— produjo estas dos reacciones antagónicas: un avivamiento del espíritu anexionista, entre los blancos, y un hondo malestar, fuente de graves y sangrientas insurrecciones, entre la gente de color.

El general Valdés que conoció sin duda de la extensión y del alcance de los planes de los anexionistas —de los anexionistas por motivos puramente económicos— supo comprender y disculpar la actitud del general Narciso López, que había brindado su espada a los conspiradores en los “términos propuestos” por los norteamericanos, y de los otros comprometidos en el movimiento (“varios españoles europeos muy importantes se habían unido a él, persuadidos de que tarde o temprano el gobierno británico obligaría a España a emancipar los negros”), y no hubo órdenes de arresto, ni persecuciones, ni otras desdichas que lamentar. Para Valdés, la conspiración no iba dirigida contra España, ni había sido fomentada ni auspiciada por los enemigos de la Metrópoli; sino que era, a su modo de ver, un movimiento natural de defensa de la población blanca del país, amenazada en sus intereses más vitales, frente a la política torpe y perniciosa del gobierno español, instrumento dócil de las pretensiones abolicionistas de los ingleses. El enérgico gobernante que, noticioso de los planes de Turnbull y de sus infatigables secuaces, había adoptado las medidas oportunas de precaución y de defensa, pasó entonces el asunto a conocimiento de la Comisión Militar, y ésta, presidida a la sazón por el general Narciso López, dictó, entre otras, sentencia de muerte, más tarde conmutada por la de diez años de presidio en Africa, contra el mulato libre José Miguel Mitchell, hombre de la confianza del cónsul Turnbull y activo y eficaz agente abolicionista.

Una gran figura social e intelectual de esta época, “el más real y útil de los cubanos de su tiempo”, que dijera José Martí, Domingo del Monte, se sintió seria y profundamente alarmado ante la invasión de las fuerzas de Mariño y la formidable insurrección de esclavos que se anunciaban como hechos posibles e inmediatos. El ilustre patricio, que perseguía a la vez ganarse la simpatía y el apoyo de las autoridades norteamericanas en pro de la abolición del tráfico negrero, causa última de todos nuestros males, se dirigió por escrito a su buen amigo Alexander H. Everett, de Boston, rogándole, en 20 de noviembre de 1842, que pusiera los hechos a que hemos aludido más arriba en conocimiento del gobierno de los Estados Unidos y del gabinete de Madrid, pero que por prudencia —vivíase entonces bajo el régimen de las facultades omnímodas— silenciara su nombre. Mr. Everett se apresuró a hacer llegar las noticias de Del Monte al Secretario de Estado de su nación, el fa-

moso Daniel Webster, el cual a su turno le dió cuenta del asunto al Cónsul general de los Estados Unidos en La Habana, al Ministro español en Londres y al Gobernador general de Cuba. El gobierno americano, alarmado y preocupado, dispuso el envío de dos fragatas de guerra a las aguas cubanas con órdenes de brindarle sus servicios y ayuda efectivos al general Valdés. Pero Mr. Campbell, cónsul americano, y el propio general Valdés, se apresuraron a dar seguridades a sus gobiernos respectivos sobre el estado de quietud y de orden absolutos que se disfrutaba en la isla, y Lord Aberdeen, a su vez, negó de plano la supuesta participación del gobierno británico en los manejos y confabulaciones de Turnbull y de Cocking y, temeroso de la actitud de los norteamericanos cuyos hábiles trabajos conocía, advirtió a las autoridades de Jamaica que estrechasen la vigilancia y obstaculizaran hasta hacerlos fracasar los proyectos de los abolicionistas contra Cuba.

El nombre de Turnbull se vió mezclado de nuevo, unos meses después, en los enmarañados procesos de la *Conspiración de la gente de color contra los blancos*, como rezan las carpetas de los autos instruídos por la celeberrima Comisión Militar los años de 1844 y 1845, considerándose al tenaz abolicionista, en varias de las sentencias dictadas, como el principal responsable e inductor del movimiento. Pero estudiosos investigadores de nuestro pasado, como Vidal Morales y Morales, que en busca de la verdad consultó la opinión de los más conspicuos coetáneos de los días de la conspiración, y Francisco González del Valle, notable autor de magníficas monografías históricas, no han dudado en poner en tela de juicio la existencia misma de la conspiración, calificándola de supuesta o de cuestión no bien averiguada ni esclarecida por lo menos. Recientemente, sin embargo, otro enterado y acucioso investigador, el doctor José Manuel de Ximeno, ha sostenido, con gran copia de argumentos, que la conspiración de 1844 no sólo es la más importante de las ocurridas hasta entonces en Cuba, sino que fué también "la primera gran conspiración cubana separatista con ramificaciones en toda la isla", y "representa la última etapa de la política tradicional de Inglaterra con respecto al imperio español en América... Es un largo proceso cuyas raíces prendieron en el instante mismo que Cromwell inició el engrandecimiento de su patria, y que en el transcurso del tiempo, sufrió las mutaciones naturales impuestas por lugares y épocas". Para Ximeno, Turnbull dirigía y alentaba sin duda alguna los planes conspiratorios y supo halagar y estimular además, con rara habilidad, las aspiraciones de todas nuestras clases sociales; si no logró sus proyectos fué por ciertas complicaciones internacionales que obligaron a

los ingleses a desistir de sus propósitos y por la honda división existente entre negros y mulatos. (Ximeno sostiene la existencia, en 1844, de dos conspiraciones paralelas: una de negros, a quienes movía la funesta pasión de la venganza; otra de mulatos, a quienes impulsaba un noble deseo de elevarse.)

El vivo afán de conservar la odiosa institución de la esclavitud, fundamento de la estructura económica y social de la isla, conducía, por 1845 —apenas desvanecidos los temores que inspirara la conspiración de 1844, que había sido severa, despiadadamente reprimida—, a adoptar y propugnar una de estas dos soluciones: acogerse a los beneficios de la ley penal española de 2 de marzo de 1845, que dispuso que “en ningún caso ni tiempo podrá procederse, ni inquietar en su posesión a los propietarios de esclavos, con pretexto de la procedencia de éstos”; en otras palabras, continuar bajo la dependencia política de España, en la que la caída de Espartero había significado también el cese de la influencia del gobierno británico y de sus exigencias anti-esclavistas; o buscar la alianza interesada de los dueños de esclavos del sur de los Estados Unidos, solución peligrosísima que desembocaría ineludiblemente en la anexión.

La primera vía, que tanto entusiasmo despertó en Saco y en Del Monte, tuvo muy pronto numerosos partidarios, dispuestos a olvidar, frente a posibles rectificaciones, los errores y los agravios de 1837; pero también la tesis anexionista, a pesar de sus indudables peligros, fué para muchos el modo satisfactorio y quizás definitivo de resolver varios de los grandes y gravísimos problemas cubanos del momento.

Domingo del Monte, en sus *Reflexiones sobre la balanza mercantil entre Cuba, Estados Unidos e Inglaterra*, escritas en París durante el mes de marzo de 1846, nos ha trazado, de mano maestra, un detenido y perspicaz análisis de las razones que inspiraban a los agregacionistas, estudio que, en opinión de Ramiro Guerra, constituye un documento de gran valor histórico para comprender la razón de ser del pensamiento y de la tendencia anexionistas en los diez años críticos que corren de 1845 a 1855.

La fuerza de expansión de los norteamericanos en el Nuevo Mundo no encontraba, a juicio de Del Monte, obstáculo alguno que se le opusiera, sobre todo si se le ponía en parangón con la notoria inexperiencia y la debilidad cierta de los gobiernos hispanoamericanos. Para las colonias españolas, mejor aun, para la misma España, este peligro era tanto mayor cuanto más racionales y pacíficos eran, o parecían ser, los móviles de la conquista norteamericana. A las ventajas inmensas que el

comercio de los Estados Unidos brindaba, uníase el espectáculo seductor de su prodigiosa prosperidad y de sus libres y progresistas instituciones. Cuba, en particular, le debía mucho a sus florecientes vecinos: la introducción de los barcos de vapor y, en buena parte, la de los caminos de hierro, ya que al ejemplo inmediato de los Estados Unidos se debía sin duda el desarrollo del espíritu de asociación que permitió acometer, con éxito notorio, la construcción de varias líneas ferrocarrileras.

Las relaciones mercantiles, sin duda alguna, contribuían a estrechar, cada vez más, los lazos entre Cuba y los Estados Unidos. En 1844, anota Del Monte, cerca de un tercio de nuestro comercio de importación, "puramente extranjero en Cuba", y casi la mitad del de exportación "para puertos extranjeros", lo hicieron los norteamericanos. Pero había otro lazo más, aunque bastardo y vergonzoso, que tendía a consolidar estos fuertes vínculos económicos: la institución de la esclavitud existente en ambos países, convergencia de intereses que, ya lo apuntamos, había llevado en 1842, aun a los españoles peninsulares más adictos a la Metrópoli a decidirse, si llegaba el caso, por separarse de España e incorporar la isla a la Unión Americana.

Otros motivos más, de acción constante y poderosa en la opinión pública cubana, venían a reforzar esa inclinación a los Estados Unidos: el evidente divorcio político que había entre Cuba y su vieja Metrópoli desde el año decisivo de 1837, y el recargo insoportable de las contribuciones, que consumían más de quince de los cincuenta millones a que alcanzaba la producción bruta de la isla. Es decir, que la infortunada colonia, cada día más alejada ostensiblemente de la Metrópoli, veíase reducida a sacrificar a la dependencia de España, el treinta y tres por ciento de su producción, lo que significaba que cada habitante blanco del país hallábase constreñido a pagar más de treinta y seis pesos anuales de contribución, mientras cada español, según Moreau de Jones, no pagaba más de dos y medio.

(Para remediar males tan graves, aseguraba Del Monte, España no tendría más que devolver a Cuba sus fueros mercantiles y concederle alguna garantía de orden político en el manejo de su propia administración. Con tan sencillo expediente, perderían de hecho los Estados Unidos mucha parte de su influencia material y moral en la isla de Cuba, y aun la perderían por completo si otra nación más aventajada que ellos en industria y en riqueza —la Gran Bretaña— pudiera hacerles competencia en nuestro mercado. Pero, señalaba Del Monte, Inglaterra, por su empeño en perseguir el tráfico de esclavos y por las indiscreciones del cónsul Turnbull, no contaba ya con la simpatía de

ningún español (léase propietario de negros) en la isla de Cuba; es más, se le odiaba y se le temía como propagandista interesada y maquiavélica del abolicionismo.)

Las causas de orden general, apuntadas por Del Monte, que favorecían los propósitos anexionistas, no eran lo bastante poderosas por sí mismas, observa Ramiro Guerra, para arrojar a una sociedad tan prudente y conservadora como la cubana de 1845 por la temible y temida senda de las conmociones revolucionarias. Fué preciso que acontecimientos exteriores, que siempre han pesado e influido tanto en nuestro proceso histórico, produjeran otra vez un ambiente de temores e inquietudes favorable a la solución anexionista, tales como: la política expansionista de James K. Polk, demócrata de Tennessee, undécimo Presidente de los Estados Unidos; la vuelta al poder de Palmerston, en Inglaterra; el creciente espíritu liberal, contrario al mantenimiento de la esclavitud, que se advertía en los países europeos; la labor infatigable, en pro de la anexión, de los emigrados cubanos en los Estados Unidos, cada día más numerosos y cada vez más activos y entusiastas; la crisis económica cubana de 1847 y 1848; amén de otras causas asimismo poderosas cuyos orígenes sería menester buscar en notables acontecimientos políticos, europeos y norteamericanos, ocurridos el año crítico de 1848.

Pero a pesar de estas circunstancias favorables, un recio valladar, que a muchos parecía infranqueable, se levantaba en el camino de los anexionistas. La política inglesa había sido —lo era aún— de oposición tenaz a la adquisición de Cuba por los Estados Unidos, y el poderío naval y militar británico estimábase por todos, los norteamericanos inclusive, como capaz de contener los deseos expansionistas de la Unión. Las fáciles victorias de la guerra injusta y codiciosa contra México, cambió, por 1846, la opinión que se tenía sobre los recursos de los norteamericanos, “y los que anhelaban por la anexión, ha escrito Saco, creyeron, que así como los Estados Unidos habían triunfado de México, con la misma facilidad se apoderarían de nuestra antilla; y enarbolando públicamente su nueva bandera, apareció en Cuba desde 1847 un partido numeroso, que pasando de las ideas a los hechos, trató de ejecutar sus proyectos valiéndose de las armas”. (Para Saco, la idea de la anexión fué laborando en silencio, y en 1846 todavía no era más que un simple y vago deseo que nadie intentaba realizar.)

El nuevo momento anexionista, el de 1846 a 1848, tuvo tres focos o núcleos de conspiración: La Habana, Trinidad y Camagüey.

Los conspiradores de esta ciudad, los miembros del *Club de La Habana*, constituían, como ha señalado Portell Vilá, una aristocracia revolucionaria. Eran dueños de ingenios, propietarios, profesionales, literatos, hombres de negocios, dirigidos y alentados por José Luis Alfonso, más tarde marqués de Montelo, y por su primo y cuñado Miguel Aldama, y en sus filas contábase a Francisco Frías y Jacott, conde de Pozos Dulces, Anacleto Bermúdez, Ambrosio José González, José Antonio Echeverría, Domingo de Goicouría, Cristóbal Madan, Ramón de Palma, Manuel Rodríguez Mena, Rafael María Mendive... Ramiro Guerra sospecha, y con razón, que estos hombres fueron quizás los mismos que tomaron la iniciativa en 1842, y que desde entonces lograron y mantuvieron estrechas relaciones con los esclavistas norteamericanos interesados en la incorporación de Cuba.

El plan de los anexionistas habaneros, varones acaudalados e intelectuales de prestigio, y no gente de guerra, tendía a evitar, por encima de todo, una revolución o acaso una guerra civil larga y sangrienta, que hubiera conducido, sin que fuera imposible remediarlo, a la destrucción de la riqueza y a la rebelión de los esclavos. De ahí que —como tendremos ocasión de señalar— ante cualquier posibilidad de conseguir nuevas garantías para el mantenimiento de la esclavitud, que satisficieran su interés, o algunas mejoras en la administración colonial, que dieran esperanzas a sus deseos de reforma, no dudaran en aplazar, una y otra vez, “la aventura anexionista”.

El centro conspirador de Trinidad, que extendía sus labores a Sancti-Spíritus, Cienfuegos y otras poblaciones del departamento, y hasta la ciudad de Matanzas, dirigíalo el general Narciso López, conmillitón y amigo favorecido del general Gerónimo Valdés. Unas breves, rápidas apuntaciones nos permitirán presentar la peripecia cubana de la vida agitatísima del recio y esforzado precursor de nuestra independencia, venido a los caminos del mundo en Caracas, Venezuela, el día 29 de octubre de 1797.

La derrota decisiva de los españoles en Costa Firme trajo a Santiago de Cuba, en el verano del año memorable de 1823, los restos de las fuerzas del valeroso pero crudelísimo Francisco Tomás Morales. Los escasos recursos que la población santiaguera podía ofrecer a los refugiados realistas, mueven a Morales a comisionar a su segundo, el coronel Narciso López de Uriola, que tan buenos y eficientes servicios ha prestado a la causa de España, para que, a caballo y con la mayor rapidez posible, se encamine a La Habana y ponga en las manos hábiles del gobernador don Francisco Dionisio Vives, los pliegos reservados en que se le advierten los peligros de semejante e insostenible situación. Unas

pocas semanas dura la estancia del joven y animoso coronel en nuestra ciudad; pero ese breve lapso es suficiente para fijar, de una vez y para siempre, el rumbo de su vida, entonces incierto y problemático. Porque en La Habana, Narciso López, por sus dotes de caballería, su trato aménisimo y su arrogante figura de jinete, conquista simpatías y admiraciones duraderas, y gana también el corazón de la bella y distinguida señorita Dolores Frías y Jacott, hermana del famoso conde de Pozos Dulces, con la que contrae matrimonio unos meses después, a su regreso de un breve viaje a la Península, que se ve precisado a realizar.

En 1827, López pasa de nuevo a España, en comisión del real servicio. En la vieja Metrópoli, donde permanece casi tres lustros, la guerra carlista, en la que se bate con decisión y bravura singulares, le proporciona ascensos y distinciones apetecidos. Pero en la villa y corte de Madrid y en otras poblaciones peninsulares donde reside, López busca la compañía y cultiva la amistad de los criollos, y a tal punto se identifica con sus modos de pensar y con sus esperanzas, que cuando en 1837 las cortes españolas deciden la injusta e impolítica exclusión de los diputados cubanos, Narciso López lucha y se afana por conseguir la dimisión en pleno —en señal de inequívoca protesta— de los jefes y oficiales del ejército español, de origen americano. Ese mismo año, el tercio general Tacón, que sabe de sus opiniones liberales —López milita en las filas del partido progresista— llega hasta creerle complicado en la conspiración de la *Cadena Triangular y Soles de la Libertad*. Pero, en 1841, a pesar de los altos cargos políticos y militares que ha desempeñado —senador, mariscal de campo, gobernador de Madrid—; a pesar del triunfo de su partido que, con la regencia de Espartero, tantas risueñas perspectivas brindaba a su legítima ambición, Narciso López prefiere volver a nuestra patria en la grata compañía de su antiguo jefe, el caballeroso don Gerónimo Valdés, que ha sido designado para ocupar la capitanía general de Cuba, gaje de la victoria progresista.

Bajo el prudente gobierno de Valdés, el general López sirve dos tenencias de gobierno importantes, la de Matanzas y la de Trinidad; preside la Comisión Militar Ejecutiva y Permanente, y sabe ganarse en uno y otro empeño la consideración y el afecto de sus subalternos y de sus convecinos. Su anciana madre y una de sus sobrinas, a quienes ha hecho venir de Venezuela, se instalan a su lado, lo que evidencia, a juicio de su mejor biógrafo y entusiasta panegirista, el profesor Herminio Portell Vilá, “que había vuelto a la Isla con el propósito bien definido de afincarse en ella y vivir sus problemas”.

En 1842, ya lo apuntamos, López se muestra dispuesto a prestar su colaboración a los inspiradores, cubanos y peninsulares, de aquella casi

pública conjura anexionista promovida por las exigencias de Palmerston y la propaganda abolicionista del cónsul Turnbull.

Un nuevo gobernador de Cuba, don Leopoldo O'Donnell, que ha sustituido a Valdés, priva a López, por razones de enemistad política y por rencor personal, de sus altos empleos y preeminencias, colocándole en la difícil y precaria situación de reemplazo. El general López se consagra entonces para ganarse la vida al fomento de varios negocios privados, y en pro de ellos recorre la isla y traba y reanuda provechosas relaciones, que luego le serían muy útiles. La imprudente decisión de O'Donnell ha quebrado el último lazo que le mantenía unido al gobierno colonial, cuyas grandes fallas e injusticias conoce tan de cerca; en lo adelante, Narciso López de Uriola, que ha encontrado su verdadero camino, dedicará su vida —todo el resto de su vida— a la noble causa de la redención del pueblo que ha escogido voluntariamente como su nueva pero predilecta patria.

La conspiración de la *Mina de la Rosa Cubana* —llamada así porque uno de los pozos perforados en las minas de hierro y carbón de San Fernando de Camarones, pertenecientes al general López, tenía como nombre *La Rosa Cubana*—, fué objeto de una ardua y cuidadosa preparación. El General, conspirador infatigable, logró el apoyo de numerosos militares españoles, antiguos compañeros y subordinados suyos; obtuvo el concurso de la gente campesina, ganada por sus modales campechanos y su generosa comprensión; alcanzó también la ayuda de los hacendados y de los trabajadores, y hasta llegó, por último, a establecer provechosos contactos con los cubanos más distinguidos por su ilustración y por la alteza de sus propósitos. El licenciado José Gregorio Díaz de Villegas, regidor del Ayuntamiento de Cienfuegos, era uno de los jefes principales. Los trinitarios José María Sánchez Iznaga, José Isidoro de Armenteros y Rafael Arcís; el espirituano Pedro Manuel Sánchez y el hacendado matancero Blas Cruz, dirigían y preparaban los planes revolucionarios en sus respectivas localidades. El general López era el jefe superior, indiscutido y acatado por todos, del bien urdido movimiento.

Es muy posible que López, conjurado de 1842, conociera, y desde bien temprano, la labor y los propósitos de los conspiradores habaneros, y éstos, a su vez, tuvieran noticias de sus planes; pero está fuera de dudas que, durante esta época preparatoria, el General actuó con entera independencia de los mismos, y hasta quizás, en sus inicios —no sin duda después— la conspiración de la *Mina de la Rosa Cubana* fuera limpia y puramente independentista, como ha propugnado con tenacidad y gran copia de argumentos el profesor Herminio Portell Vilá.

Los conspiradores camagüeyanos seguían las inspiraciones del eminente patricio Gaspar Betancourt Cisneros, *El Lugareño*, que residente a la sazón en los Estados Unidos había confiado a la diligencia y al entusiasmo sin límites del arrojado patriota Joaquín de Agüero, que tanto prometía, la organización de grupos revolucionarios y el recibo y distribución de la propaganda. Betancourt Cisneros no ignoraba sin duda los trabajos del Club de La Habana, donde contaba con viejos y probados amigos, pero gustaba de proceder con cierta independencencia, orientando y dirigiendo, por su cuenta, a los camagüeyanos, que tanto le respetaban, y a sus fieles seguidores de la emigración. (Los conspiradores del Camagüey mantenían también estrechas conexiones con núcleos apreciables de patriotas de Santiago de Cuba.)

El Lugareño y sus devotos parciales eran anexionistas decididos, que veían en la incorporación de Cuba a los Estados Unidos —que no era un sentimiento, sino un cálculo— el plazo cierto, el prudente respiro que impidiendo la emancipación repentina de los esclavos, que todos temían, permitiera adoptar medidas salvadoras, como duplicar, en diez o veinte años, la población blanca; fomentar la introducción de maquinarias, instrumentos, capitales, inteligencias —hoy diríamos técnicos— que reemplazasen o mejorasen los medios existentes de trabajo y de riqueza; y también la garantía, la fianza del gobierno de los Estados Unidos frente a las pretensiones de las potencias europeas, no menos que contra nosotros mismos, que mal que pesara a nuestro amor propio éramos del mismo barro de los que habían conseguido erigirse en países independientes, pero no organizarse como pueblos libres y felices.

En 1848, *El Lugareño*, comprensivo, accedió a unir sus esfuerzos con los demás grupos revolucionarios, y en Nueva York se constituyó el *Consejo Cubano*, que tendía a dar unidad de acción y de propósitos al movimiento anexionista en marcha.

En la primavera de 1848, ya muy adelantados los trabajos de la conspiración, dos acontecimientos exteriores vinieron a facilitar, acelerándolos, el desarrollo de los planes anexionistas. Uno de ellos, la ruptura de las relaciones diplomáticas entre las cortes de Londres y Madrid, a mediados del mes de abril, hizo temer a muchos la inminencia de un conflicto bélico angloespañol y la posibilidad de un ataque enemigo a las colonias españolas de América, Cuba y Puerto Rico; el otro, la abolición de la esclavitud en las colonias francesas de las Antillas, decretada por el gobierno provisional establecido en París después de la caída de la monarquía de julio, hizo pensar también en una próxima revo-

lución peninsular fomentada desde Francia, la que, victoriosa, no vacilaría tampoco en dictar otro decreto fulminante contra la *propiedad*, es decir, la esclavitud.

Ante esas contingencias tan graves, los anexionistas de Cuba, apunta Saco, juzgaron que el momento decisivo había llegado ya, al mismo tiempo que otro partido más formidable todavía alzaba también la cabeza en los Estados Unidos, juntábase con los cubanos y declarándose, no ya el protector, sino el propio ejecutor de la anexión, se dispuso a invadir a Cuba para a la postre enseñorearse de ella.

Los anexionistas habaneros, seriamente atemorizados, se decidieron entonces a llevar a la práctica el plan que habían discutido y aprobado desde hacía ya algún tiempo: recabar el concurso de un jefe militar norteamericano, uno de los vencedores de la guerra de México, para que, con una fuerte expedición —se llegó a hablar de cinco mil hombres— invadiera la isla y cortara los lazos que nos unían con España.

El Club de La Habana, tal vez por consejos de sus amigos del Norte, acordó solicitar la ayuda del general William Jenkins Worth, militar aguerrido y prestigioso, cuyo nombre se mencionaba con insistencia por aquellos días como el de un posible candidato a la presidencia de los Estados Unidos, y que, apunta Ambrosio José González, “parecía combinar las cualidades de inteligencia y corazón [que se requerían] para aceptar la noble misión y ejecutarla con buen éxito”. “En tal virtud, añade el destacado anexionista, en Jalapa se le acercaron [a Worth] delegados cubanos. La impresión que recibí de mis conversaciones con las personas más directamente relacionadas con este asunto [González celebró más tarde, a nombre de los conspiradores habaneros, una segunda entrevista con el General], es que aceptó las proposiciones que se le hicieron, subordinadas a la renuncia de su posición en el ejército.”

Pero mientras el Club de La Habana lograba el apoyo de Worth y de sus aguerridos soldados, John O'Sullivan, cuñado de Cristóbal Madan, entusiasta anexionista, se entrevistaba con el Presidente Polk, en compañía del senador Douglas, de Illinois, para someter a su consideración un nuevo plan: la compra de la isla de Cuba a la monarquía española. El plan de O'Sullivan fué muy del agrado del Presidente, aunque, por excusables motivos de prudencia, no quiso dar a conocer su opinión a los visitantes. Pero unos días después, el gabinete, a solicitud del propio Polk, conocía y aprobaba, vencidas las objeciones de Buchanan, ministro de Estado, el susodicho plan y, noticiosos el Presidente y sus secretarios de las gestiones de los conspiradores habaneros, tomaban a su vez

las medidas pertinentes para impedir la participación de los soldados norteamericanos —los pertenecientes a los regimientos que aún se encontraban en México— en los planes revolucionarios de los cubanos. Polk realizó algo más, deseoso de evitarle entorpecimientos a sus propósitos: hizo dar las oportunas instrucciones al cónsul Campbell para que pusiera en conocimiento de los conspiradores y de las autoridades españolas de La Habana, el firme criterio de su gobierno sobre la solución que se proponía dar a la cuestión cubana. Y la inesperada intervención del presidente norteamericano vino a obstaculizar el bien urdido plan de invasión del Club de La Habana.

Ajeno a estas determinaciones contradictorias, el general Narciso López lo tenía dispuesto todo para el 24 de junio de ese año crítico de 1848; pero a última hora y en el curso de una entrevista que celebró, en esta ciudad, con los dirigentes del club revolucionario habanero, accedió a aplazar su movimiento en espera del resultado de las proposiciones que se habían formulado al general Worth. López regresó en breve a Trinidad y al cabo de unos días, cansado de esperar una respuesta que no llegaba, y temeroso acaso de que sus actividades hubiesen sido descubiertas, decidióse a iniciar, con sus propios recursos, el movimiento que había organizado. Mas, unos días después, el 4 de julio, el hacendado Pedro Gabriel Sánchez, padre de uno de los jóvenes más comprometidos y entusiastas, denunciaba la conspiración a las autoridades españolas. López, avisado a tiempo, logró escapar de sus perseguidores y por la bahía de Matanzas pudo salir rumbo a los Estados Unidos.

El general Federico Roncali, conde de Alcoy, que gobernaba a Cuba, reprimió la nueva intentona con medidas tan prudentes y mesuradas como las que adoptó Vives en 1823 o las que tomó Valdés en 1842. Domingo del Monte, desde Madrid, celebra y estimula esa política comprensiva y le pide a don Manuel Pastor, "criollo por sus simpatías y sus intereses, y español por su nacimiento", que aconseje al gobierno que no mueva mucho el caldo de la anexión, "porque quizás encontraría complicados en él a muchos peninsulares ricos, que querrían salvar sus negradas de un decreto fulminante de abolición", y que no dude, por último, en sobreseer en el procedimiento. Para las autoridades españolas, complementa sagazmente Ramiro Guerra, había "un fondo de justicia, en el asunto", que disminuía la responsabilidad de los participantes: el temor a que una revolución victoriosa en la Península pretendiese imponer, desde la villa y corte, la abolición inmediata de la esclavitud.

CAPÍTULO II

DE 1848 A 1851

MIENTRAS el general Narciso López lograba burlar la persecución de las autoridades españolas, los conspiradores del Club de La Habana, que no habían sido objeto de ningún género de molestias, decidían enviar un segundo representante suyo —esta vez a los Estados Unidos— para que se pusiera al habla con el general Worth y tratase de obtener su formal adhesión a los empeños y propósitos del Club. La persona designada, ya lo apuntamos, fué el joven matancero Ambrosio José González, que tenía un perfecto dominio de la lengua inglesa y singulares aptitudes de negociador. (El primer comisionado, el profesor don Rafael de Castro, vicedirector del colegio de Buenavista, no dominaba el idioma inglés y precisó por consiguiente el empleo de un intérprete.)

Ambrosio José González logró entrevistarse con el general Worth en Newport (Rhode Island), y pudo conseguir que el ilustre militar aceptase, en principio, el plan de los conspiradores habaneros y hasta se pusiese en tratos con el general López y con Gaspar Betancourt Cisneros. Pero cuando todas las dificultades parecían resueltas y allanadas, la elección de Zacarías Taylor para la presidencia de los Estados Unidos por el partido *whig*, que no propiciaba el plan de expansión de los territorios esclavistas, fué un serio contratiempo para los propugnadores de la anexión aquende y allende el golfo mexicano. El general Worth fué designado jefe militar del estado de Texas, donde falleció poco después, en mayo de 1849, perdiéndose de ese modo toda esperanza de poder llevar a cabo el proyecto de invasión por el momento. La idea, por otra parte, había encontrado también un grave obstáculo interno para su ejecución: los propios conspiradores se habían visto obligados a reconocer la imposibilidad de allegar la suma de tres millones de pesos indispensables para costear los gastos de la empresa.

El general López, que pudo darse cuenta muy pronto de las condiciones favorables que existían en los Estados Unidos —en el pueblo norteamericano, valdría mejor decir—, para la realización de sus planes,

se entregó en seguida a la tarea de organizar una expedición fuerte de 500 hombres que, arribando a las playas de Cuba, diera alientos e impulso a los patriotas dispuestos a sublevarse.

A este momento corresponde, ha escrito José Ignacio Rodríguez, "la inauguración del sistema u orden de cosas que con relación a los asuntos de Cuba ha venido después repitiéndose con monótona identidad en los Estados Unidos de América. La creación de una junta en Nueva York. La celebración de reuniones públicas de cubanos y de los que con ellos simpatizasen. La agitación por medio de los periódicos. La pronunciación de discursos más o menos inflamatorios en la plaza pública o en los salones del Congreso nacional por este o aquel Diputado, Senador o personaje importante de mayor o menor renombre. La recolección de fondos por medio de emisión de bonos, suscripciones, ferias, regalos de sus joyas por las señoras, etc., etc. Y una lucha abierta, declarada (eficaz únicamente dentro de los límites que convenían al Gobierno), entre la legalidad del país y las aspiraciones de los revolucionarios". Y también por esa época, en los primeros días de junio de 1849, el general Narciso López de Uriola, caraqueño de nacimiento, cubano de corazón, concibe, en un instante feliz, la bandera de la revolución, hoy día nuestra bandera nacional, con la ayuda efficacísima del poeta y patriota Miguel Teurbe-Tolón, que supo trasladar al papel, dándole animación y colorido singulares, el afortunado pensamiento del caudillo.

Con la contribución de los emigrados y de los simpatizadores de la revolución, pudo Narciso López reunir 23,000 de los 80,000 pesos en que, según cálculos prudenciales, se había fijado el costo de la expedición. El Club de La Habana, que tuvo conocimientos del proyecto y quiso sumarse a él, ofreció a López 60,000 pesos, si el número de expedicionarios se hacía elevar a 1,500. Aceptó el caudillo y el Club, en prenda de buena fe, puso de inmediato en sus manos la mitad de la suma ofrecida. Esta ayuda y los fondos recolectados permitieron adquirir un buque de vapor y fletar dos embarcaciones más, y reunir también en la isla Redonda, a mediados de año, muy cerca de 800 hombres, a las órdenes del coronel White, veterano de la guerra de México.

"La llamada expedición de la isla Redonda, ha escrito Portell Vilá, constaba de tres núcleos organizados, uno el de Nueva York, un segundo en Cat Island, y el tercero en Round Island." Los hombres concentrados en Cat Island, aclara el propio historiador, se vieron constreñidos a abandonarla, una vez "conocidas las instrucciones dictadas en contra de los expedicionarios [por las autoridades norteamericanas] . . . ,

y mientras parte del contingente invasor regresaba a Nueva Orleans y renunciaba a la empresa, los más de los reclutas se refugiaban en otra isla..., donde ya habían sido concentrados centenares de voluntarios que integraban lo que se llamó expedición de Round Island". (La mayoría de los enganchados eran de nacionalidad americana; pero había también algunos emigrados de varios países europeos.) Pero el Presidente Taylor, que había hecho llegar al gabinete de Madrid sus propósitos de no continuar las negociaciones iniciadas por Polk sobre la compra de Cuba, y su criterio favorable al mantenimiento de la soberanía española en nuestro país, dictó su famosa proclama de 11 de agosto de 1849, advirtiendo a los ciudadanos de los Estados Unidos que estuviesen asociados en empresas de agresión contra los territorios de las naciones amigas, en abierta infracción de las leyes y de las obligaciones impuestas por los tratados, que quedarían por ello sujetos a severas penas, perdiendo a la vez todo derecho a la protección y ayuda de la República, sean cuales fueren los extremos a que se vieran reducidos. Y, proseguía la proclama, tumba de tantas ilusiones, exhortándolos a que se separasen de los susodichos proyectos y los reprobaran y estorbaran por todos los medios a su alcance. El Presidente ordenaba, por último, a todos los empleados del gobierno, civiles y militares, que procediesen a asegurar la prisión, procesamiento y castigo final de todos y cada uno de los que estuviesen comprometidos en esas empresas y no se apartasen a tiempo de las mismas. Ante esa actitud, los conspiradores de la isla Redonda tuvieron que dispersarse y su bravo caudillo tuvo que dar por aplazada, para otra oportunidad más favorable, la realización de sus proyectos.

El fracaso de la expedición de la isla Redonda vino a producirse además, como apuntó *El Lugareño* a José Antonio Saco (Nueva York, a 14 de agosto de 1849), en circunstancias que no eran las más adecuadas para propiciar, en Cuba, un movimiento revolucionario. En España, donde reinaba una paz octaviana, el incidente diplomático sostenido con Inglaterra estaba ya a punto de cerrarse, sin que se hubiese producido ninguna tentativa grave de hostilidad contra la Península ni contra sus colonias; en el resto de Europa, el retroceso evidente de la revolución producto de la crisis de 1848, era otro síntoma desfavorable, bien visible para los hombres de pensamiento que dirigían y animaban la propaganda anexionista, en La Habana y en los Estados Unidos. En semejantes condiciones, superados los motivos urgentes e inmediatos de la tendencia agregacionista, los conspiradores cubanos

—hacendados y dueños de esclavos— creyeron oportuno buscar por otras vías menos comprometedoras la solución de los problemas políticos y económicos del país. Pero ese brusco viraje provocó una honda y gravísima división entre los cubanos emigrados y trajo a la postre la disolución del organismo coordinador de los planes revolucionarios: el Consejo Cubano. El general López, que persistía en sus propósitos de llevar a Cuba la guerra separatista, organizó entonces con sus devotos parciales (Ambrosio José González, José María Sánchez Iznaga, Juan Manuel Macías y Cirilo Villaverde), un grupo revolucionario distinto del que dirigían Gaspar Betancourt Cisneros y Cristóbal Madan. Y en Nueva York, el día 5 de diciembre de 1849, constituyó el bravo adalid la *Junta patriótica promotora de los intereses políticos de Cuba*. A su vez, otros miembros del disuelto Consejo (José Aniceto Iznaga, Gaspar Betancourt Cisneros, Victoriano Arrieta y Cristóbal Madan), se agrupaban bajo una nueva denominación, *Junta Suprema Secreta*, que cambió a poco su nombre por *Consejo de Organización y Gobierno Cubano*, y que, en total desacuerdo con los propósitos de la Junta que orientaba López, sostenía en cambio estrechas relaciones con los conspiradores del Club de La Habana.

El día 13 de diciembre de 1849, Ambrosio José González, que se ha trasladado a Jackson, Mississippi, dirige al mayor general John A. Quitman, Gobernador del Estado, una interesante carta donde le confirma, por escrito, lo que en una entrevista anterior, celebrada la víspera, le ha dado a conocer verbalmente: la necesidad de unir, en una acción común, el interés de los estados del Sur y el interés de la anexión de Cuba, a cuyo fin sugería la conveniencia de crear un centro inteligente de acción, norteamericano, cuya misión sería examinar la cuestión —la incorporación de Cuba a los Estados Unidos— adoptar un plan, dirigirlo y ponerlo en ejecución.

Dos meses después, el 24 de febrero de 1850, el comisionado del Club de La Habana se dirige de nuevo al general Quitman, esta vez desde Nueva York, manifestándole sin ambages que si se decidía a aceptar la jefatura y dirección del movimiento anexionista, los hacendados cubanos estaban dispuestos a levantar la suma de un millón de pesos, que pondrían a su disposición para satisfacer los gastos de la empresa. El general López, añade el comisionado, estaba decidido a prestar también su concurso a la obra, si Quitman aceptaba asumir la dirección de la misma. Unas semanas más tarde, el 17 de marzo, González y el propio general López, que se han trasladado a Jackson, ponen en

las manos del diligente gobernador un documento suscrito por ambos donde se le hacen las siguientes proposiciones:

1. Quitman sería investido con el cargo y los poderes de general en jefe de la organización anexionista, y López se comprometía a actuar como su lugarteniente; 2. El general Quitman y los oficiales y soldados que sirviesen a sus órdenes serían recompensados, en su día, con generosidad; 3. López, en prenda de la honradez de sus proposiciones, partiría para Cuba a levantar el estandarte de la independencia y, desde el propio campo de la revolución, brindar a Quitman la evidencia de que el pueblo cubano apoyaba, con su actitud, las proposiciones que se le hacían al jefe norteamericano; 4. López, con el consentimiento de los cubanos, sería reconocido como jefe de la administración civil de la isla de Cuba; 5. El propósito de los revolucionarios sería el establecimiento inmediato de un gobierno republicano, democrático y libre, para verificar más tarde la incorporación a la gran confederación de los Estados Unidos del Norte; 6. Si el general Quitman aceptaba, López abriría en seguida la campaña de propaganda y de acción; 7. Los gastos todos de la empresa correrían por cuenta de Cuba.

Las proposiciones de López y de Ambrosio José González causaron una profunda impresión en el general Quitman, que, a juicio de su biógrafo J. F. H. Claiborne, era ambicioso y de ideas liberales y progresistas; pero al cabo sus deberes como gobernador de Mississippi y sus indeclinables obligaciones con la causa del Sur, perturbada en aquellos días por gravísimos problemas, pudieron más que su ambición personal, y Quitman, cortés, pero con firmeza, declinó la tentadora oferta.

La negativa de Quitman no desalentó al general López ni a su eficaz colaborador Ambrosio José González, los que, ante la urgente necesidad de procurarse los fondos indispensables, decidieron poner en circulación, entre los amigos y simpatizadores de la causa de Cuba, una emisión de bonos patrióticos —que se ofreció al diez por ciento de su valor nominal— que serían pagados el día, que López y Ambrosio José presumían bien cercano, del triunfo definitivo de sus empeños revolucionarios.

Para lograr sus propósitos, López no vaciló en aventurarse a formular promesas y contraer compromisos, en muchos casos imprudentes y peligrosos, con los esclavistas sureños; “pero en los que se lanzaba, ha escrito Portell Vilá, sin la menor disposición de cumplir sus convenios si triunfaba la revolución, con una falta de escrúpulos que denotaba los resabios de la vida que había llevado con anterioridad y demos-

trando que él quería hacer libre e independiente a Cuba aunque tuviera que engañar a los norteamericanos, *los peleles que entretendrían a los españoles*, que decía el propio López con censurable ligereza”.

Con el producto de la venta de los bonos, el general López pudo adquirir, en 16,000 pesos, el vapor *Créole* (de ahí el nombre que se da a esta expedición), y aleccionado por el fracaso de su anterior tentativa, dispuso las cosas de manera que la empresa revolucionaria acabara de organizarse fuera del territorio de los Estados Unidos, en tierras insulares mexicanas vecinas de las costas de Yucatán.

Muy pocos cubanos (el bayamés Francisco Javier de la Cruz, el trinitario José María Sánchez Iznaga, los matanceros Juan Manuel Macías, José Manuel Hernández y Ambrosio José González, y el mulato trinitario Pedro Velazco, asistente del ilustre caudillo), y dos sudamericanos (un sobrino de López, Pedro Manuel, y el argentino León Duval), constituían los únicos criollos que, animados por el ejemplo del general López, se habían decidido a prestar el concurso de su esfuerzo a la arriesgada empresa. El resto de las fuerzas, hasta 610 hombres, se componía de soldados norteamericanos, veteranos de la guerra de México y gente desecsa de correr nuevas aventuras.

El propósito primitivo del general López fué apoderarse de la ciudad de Matanzas, donde creía contar con numerosos amigos y entusiastas partidarios; pero, a última hora, en el consejo de guerra celebrado en la mañana del día 16 de mayo de 1850, se tomó el acuerdo de dirigirse a Cárdenas, ya que, según valiosos informes adquiridos de labios de algunos españoles apresados en la isla de Contoy, la ciudad yumurina hallábase bien defendida y fortificada y todo hacía presumir que ofrecería seria, tenaz resistencia.

A las diez de la noche del día 18, sin contar con los servicios de un práctico, apagadas las luces de situación, entregado tan sólo a la pericia y al arrojo del capitán Lewis, cruzaba el *Créole* junto al cayo Piedras del Norte, internándose después, con temeraria decisión, en la hermosa y dilatada bahía de Cárdenas.

En la madrugada inolvidable del 19, pisaban tierra cubana los expedicionarios y un soldado del regimiento de Kentucky, Bill Redding, hacía flamear, por primera vez sobre Cuba, la enseña de la patria. Vencida la resistencia de las fuerzas españolas, dueño ya de la ciudad, López, animoso y decidido, disponíase a partir rumbo a Matanzas, cuando, en horas del mediodía, supo el bravo adalid que las autoridades coloniales, con noticias de la toma de Cárdenas, concentraban núcleos respetables de fuerzas en Guamacaro y en Lagunillas, con ánimo de

marchar, una vez reunidos, a disputar a los expedicionarios la posesión de la ciudad, y que, información desalentadora, entre esas fuerzas enemigas venían también grupos apreciables de campesinos cubanos. Ante el temor de un seguro choque sangriento entre sus hombres, casi todos extranjeros, y esos grupos de guajiros, López convocó una junta de jefes y oficiales para decidir el partido a tomar en tan críticas circunstancias. Afirmase asimismo, por los bien enterados, que hubo otra razón poderosa que pesó mucho en el ánimo de López: la escasa confianza que le brindaban algunos de sus soldados, gente de torpe comportamiento, cuyos posibles escándalos y depredaciones quería evitar a toda costa. La junta, comprensiva, determinó la retirada de la ciudad y que se intentase un nuevo desembarco en algún fondeadero de las costas occidentales de la isla. Pero antes de reembarcarse, fué preciso pelear, una vez más, en las propias calles de la población, con la agresiva vanguardia de las fuerzas españolas. A las seis de la tarde de aquel día memorable, el *Créole* abandonaba al fin la histórica población, conduciendo a bordo unos cincuenta heridos y catorce muertos, tristísimo balance de la arriesgada empresa. Entre los heridos figuraba el arrojado matancero Juan Manuel Macías, que había cruzado su sable con decisión y valentía singulares con el sargento peninsular Feliciano Carrasco, que pagó con la vida su temeraria determinación. Unas horas más tarde, una nueva reunión de jefes y oficiales, acordaba, por mayoría de sufragios, a pesar de la obstinada oposición de López, poner proa a Key West, en las costas hospitalarias de la Florida, abandonando, por el momento, todo propósito revolucionario.

La efímera ocupación de Cárdenas aumentó el prestigio y la popularidad del general Narciso López. Simpatizadores entusiastas, cubanos y norteamericanos, ayudaron de nuevo con sus aportaciones pecuniarias al heroico caudillo y le permitieron emprender los preparativos de una tercera y poderosa expedición, la del *Cleopatra*, que debía partir muy pronto rumbo a la costa norte de Pinar del Río, aunque para despistar a los espías y confidentes españoles se echó a rodar la especie de que el desembarco se haría en las playas meridionales de Cuba. Pero los informes de un delator —norteamericano al servicio de la Legación de España— permitieron a las autoridades federales detener, en el momento oportuno, al *Cleopatra* y a sus dos embarcaciones auxiliares, y el bien urdido plan culminó en un nuevo y terrible fracaso. El Vicepresidente Fillmore, que ocupaba la presidencia desde el deceso de Taylor, había dado el golpe de muerte a la pujante empresa con la pu-

blicación de su áspera proclama de 25 de abril de 1851, donde puso énfasis en señalar que las expediciones de López no podían ni debían ser consideradas de otro modo que como "aventuras de latrocinio y saqueo", merecedoras de la reprobación de todo el mundo civilizado; organizadas por elementos extranjeros que se atrevían a hacer del territorio norteamericano "teatro de sus criminales y hostiles preparaciones contra una potencia amiga".

Pero ni el reciente fracaso ni la enojosa persecución de que fué objeto lograron quebrantar la decisión y el entusiasmo singulares de López y de sus numerosos e influyentes partidarios sureños. Y mientras el infatigable caudillo buscaba afanoso la manera de llevar adelante sus planes de invasión, en el propio suelo de Cuba y en dos comarcas distintas, en el Camagüey y en Trinidad, se producían sendos movimientos revolucionarios.

En los trágicos acontecimientos de 1851, el Camagüey tuvo la prioridad en la iniciativa y en el martirio.

Un día señaladísimo, el 4 de julio de ese año memorable, un joven y gallardo paladín, Joaquín de Agüero y Agüero, y un puñado de valientes que le sigue, se declaran "en abierta rebelión contra todos los actos o leyes que emanen de nuestra antigua Metrópoli", en el fundo Gracias a Dios de la hacienda San Francisco de Jucaral, y el bravo caudillo se compromete por Dios, por su honor y por las venerandas cenizas de sus padres, a desempeñar, según los dictados de su conciencia, el arduo encargo que ha recibido de sus parciales. El héroe camagüeyano, a quien la confianza de sus connilitones colma de noble satisfacción, teme en su modestia no llenar a plenitud las esperanzas en él depositadas, y sin embargo, justo es consignarlo, ninguno entre los hombres de su generación poseía las condiciones de carácter ni la generosidad de espíritu del gran alterador.

Dos progresistas decisiones de Joaquín de Agüero le habían ganado la simpatía y la admiración de sus conterráneos: el establecimiento de una escuela gratuita de primeras letras en el poblado de Guáimaro y la emancipación de los esclavos que recibiera por herencia de sus padres, y de alguno que otro más que obtuvo por donación o por compraventa.

La Sociedad Económica de Amigos del País de La Habana premió la altruista conducta de Joaquín de Agüero otorgándole el honroso diploma de Socio de Mérito, por su magnífica contribución a la causa de la enseñanza popular. Pero la libertad que concediera a sus siervos,

escandalizó a las autoridades y a numerosos propietarios de esclavos y le ganó para siempre la reputación de hombre peligrosísimo, y se le supuso complicado en la vasta agitación producida por la infatigable propaganda del batallador cónsul de S. M. Británica, Mr. David Turnbull.

¡Qué mucho, pues, que unos años más tarde el famoso Gaspar Bescancourt Cisneros, *El Lugareño*, confíe a la diligencia y al entusiasmo sin límites de Joaquín de Agüero, ya lo hemos apuntado, la organización de grupos de conspiradores y el recibo y distribución del periódico *La Verdad* entre los patriotas camagüeyanos!

También el general Narciso López, animador de una bien urdida conjura en el vecino territorio de Las Villas (la conspiración de la *Mina de la Rosa Cubana*), obtiene el concurso de Agüero y de los conspiradores príncipeños; pero denunciado el propósito y frustrada la insurrección, el joven adalid, sin desanimarse, funda a poco en el Camagüey dos agrupaciones revolucionarias, los clubes *Tínima* y *Caunao*, donde los afiliados son conocidos por sus nombres de guerra y se jura fidelidad a la patria y la observancia de la más cordial camaradería entre sus miembros. Joaquín de Agüero adopta como seudónimo el nombre significativo de *Franklin*.

A fines de 1849, un grupo reducido pero selecto de patriotas crea y organiza la Sociedad Libertadora de Puerto Príncipe, cuya ardua labor de extensión y de unificación de los trabajos revolucionarios debía regir y orientar un avisado triunvirato. Joaquín de Agüero y Agüero, por sus altos merecimientos, es designado jefe superior de la organización.

El gobierno colonial, que seguía los pasos y espiaba las actividades de los patriotas, supo muy pronto de la fundación y de los manejos de la Sociedad Libertadora, y tomó las medidas de precaución y de vigilancia que creyó apropiadas a las necesidades del momento.

Unos meses después, el 26 de abril de 1851, el áspero mariscal don José Lemery, de ingrata memoria, dispone la suspensión de los regidores del ayuntamiento camagüeyano por haber ejercitado el derecho elementalísimo de petición, medida despótica que irrita y exacerba los ánimos de los conspiradores. La noche de ese día, la Sociedad Libertadora de Puerto Príncipe, que tiene noticias fidedignas del arribo inminente de una fuerte expedición (la frustrada del *Cleopatra*), estima que ha llegado el momento de disponer las cosas para un próximo y general levantamiento de los patriotas, y le encarga a su jefe superior, Joaquín de Agüero, que recorra a caballo los pueblos y caseríos de la jurisdic-

ción, asientos de núcleos de conspiradores, a fin de prevenir a los comprometidos y conocer y apreciar de visu el número de hombres y los elementos de guerra disponibles.

El ardiente patriota, animoso e impaciente, toma el día 30 de abril el camino que conduce a las Tunas de Bayamo. En la vecindad de San Miguel de Nuevitas, a donde se dirige más tarde, le alcanza un correo de la Libertadora con pliegos reservados y urgentísimos, por los que puede conocer los graves sucesos ocurridos en Puerto Príncipe el día 3 de mayo y la orden de prisión que se ha librado contra él. El bravo caudillo, previsor, decide buscar refugio en *El Farallón*, prominencia casi inaccesible de la Sierra del Palenque, y oficia a sus compañeros que continúen sin desmayar los preparativos revolucionarios, a pesar de la noticia desalentadora, que acaba de recibir, del aplazamiento de la expedición del general Narciso López.

En el "buen refugio" de *El Farallón*, Agüero pone de manifiesto sus grandes dotes de mando y de organización, fabricando depósitos y cartuchos de pólvora, rústicos equipos y correajes, y comunicándose con frecuencia con los conspiradores de Camagüey y de los pueblos vecinos, a quienes apremia para iniciar cuanto antes —ya él no puede contener más su impaciencia— la acción revolucionaria.

Por fin, la Sociedad Libertadora accede a sus reiteradas solicitudes y acuerda que el 4 de julio, septuagésimo quinto aniversario de la declaración de independencia de los Estados Unidos, tenga lugar el anunciado levantamiento de la jurisdicción. La noche de ese día memorable, en la casa de vivienda de la finca *San Francisco de Jucaral*, Joaquín de Agüero, enérgico y magnífico, dicta a su secretario, el joven poeta Adolfo Pierra y Agüero, el acta de independencia.

Pero la actividad militar no respondió al coraje y a las esperanzas de los revolucionarios. El asalto de las Tunas de Bayamo —primera empresa bélica de los bisoños soldados— resultó un rotundo fracaso, y la acción de *San Carlos*, donde cinco ardientes patriotas —el licenciado Juan Francisco de Torres, Mariano Benavides Pardo, Francisco Perdomo Batista, Antonio Agüero Estrada y Victoriano Malledo— supieron pelear y morir como buenos, a pesar de la abrumadora desproporción numérica, ocasionó la fuga y a la postre la dispersión de los rebeldes. El día 23 de julio, en el pesquero *Punta de Ganado*, cuando trataban de conseguir una embarcación que los condujera fuera de Cuba, Agüero, Betancourt, Benavides, Zayas, Castellanos y Pierra, que se han mantenido reunidos, caen en manos de sus implacables perseguidores.

Conducidos a Puerto Príncipe y encerrados en los calabozos del cuartel de la Vigía, inútiles resultaron las gestiones de los conspiradores de la ciudad por proporcionarles la fuga o retrasar la ejecución. Hasta la generosa solicitud del santo arzobispo de Santiago de Cuba, Monseñor Antonio María Claret y Clará, que en su doble condición de pastor de aquella grey infortunada y de dignísimo prelado español, se dirige por escrito en dos oportunidades al general don José Gutiérrez de la Concha, resulta condenada al fracaso. El virtuosísimo arzobispo, que ha podido conocer de cerca la ingente labor patriótica de la mujer camagüeyana, le apunta al general Concha que la revolución ha sido más "la obra de las mujeres que de los hombres" y que una severísima condena haría que las matronas del Camagüey amamantaran en lo sucesivo a sus hijos con la leche de la insurrección, y hora llegaría, se atreve a escribirlo, en que la nación española, por su culpable actuación, perdería a esta riquísima Perla de las Antillas.

Pero el autoritario gobernador —inflexible— se apresuró a impartir su aprobación a las cuatro sentencias de muerte dictadas por el consejo de guerra (Castellanos y Pierra habían sido condenados tan sólo a diez años de presidio), y un día aciago, el 12 de agosto de 1851, en la Sabana del Arroyo de Beatriz Méndez, desde esa ocasión campo sagrado de la patria, cayeron —subieron a la inmortalidad— Joaquín de Agüero y Agüero, José Tomás Betancourt y Zayas, Fernando de Zayas y Cisneros y Miguel Benavides y Pardo.

En los trágicos acontecimientos de 1851, la ciudad de Trinidad emuló el hondo patriotismo y la gallarda decisión de los camagüeyanos.

Un generoso patricio, el teniente coronel graduado de milicias de caballería, don José Isidoro de Armenteros y Muñoz, rico en bienes de fortuna y en cívicas virtudes, dirigía y alentaba en la pintoresca y legendaria ciudad los planes revolucionarios. Conspirador con Narciso López en 1848, Armenteros se había convertido desde entonces en uno de los más adictos colaboradores del infortunado caudillo y en un empecinado y eficaz propagandista de la revolución. En 1851, en connivencia con el eminente jurisconsulto Anacleto Bermúdez, que presidía la junta revolucionaria establecida en esta ciudad, y con el entusiasta camagüeyano Serapio Recio, miembro responsable de la Sociedad Libertadora de Puerto Príncipe, Armenteros se entrega de lleno a la tarea de organizar un movimiento subversivo que habría de producirse simultáneamente en Trinidad y en Puerto Príncipe, durante la época propicia de las festividades de San Juan y de San Pedro, que congregaban en las poblaciones del interior a un gran número de personas (el

carnaval de *tierra adentro*), sin provocar, y esto era lo importante, alarma ni sospechas en las autoridades españolas, siempre alertas y vigilantes. Asegurábase entre los conjurados que el general Narciso López, ausente en los Estados Unidos, se hallaba dispuesto a partir de nuevo hacia Cuba, en son de guerra, tan pronto como se hubiesen levantado en armas los entusiastas patriotas de Puerto Príncipe y de Trinidad.

Armenteros y los más destacados conspiradores trinitarios —el joven poeta y maestro del Colegio del Salvador, Fernando Hernández Echerri, pariente por afinidad del noble caudillo; Francisco Pérez Zúñiga, dueño del potrero *Las Avispas*; el entusiasta espirituario Ignacio Belén Pérez; Juan Cadalso, administrador de los cuantiosos bienes que poseía el conde de Casa Brunet; Alejo y Pedro José Iznaga Hernández y Justo Germán Cantero, acaudalados propietarios, y algunos más—; dispusieron con sigilo y acierto las cosas para que el pronunciamiento tuviera lugar el 28 de junio, festividad de San Pedro, Príncipe de los Apóstoles. La tarde de ese día, el teniente gobernador, los oficiales de la guarnición y las principales autoridades civiles se hallarían reunidos como de costumbre, en la vivienda del comandante del regimiento de Tarragona, don Pedro Cruz Romero, que festejaba su onomástico. Los conspiradores, audaces y decididos, rodearían la casa y la sorpresa pondría en sus manos, sin escándalo ni violencias, a la plana mayor de la jurisdicción.

El día señalado, y desde muy temprano, partidas de hábiles jinetes campesinos recorrían y atronaban las calles de la población. Pero, a poco, ante el asombro y la desesperación de los conspiradores de la ciudad, aquellos animosos grupos de guajiros volvían grupas y al galope tomaban los caminos de los ingenios y de las fincas de donde procedían. Armenteros, Hernández Echerri, los Pérez y algunos conjurados más, se echan a la calle en busca del motivo que justificase aquel extraño comportamiento, que tenía todos los caracteres de una vergonzosa deserción. Y el pretexto se les descubrió en seguida: el retorno súbito de aquellos animosos campesinos se debía a un asustadizo dueño de ingenio que, temeroso de las consecuencias de una insurrección, hizo correr la especie de que había estallado un formidable alzamiento de esclavos en los ingenios y haciendas de la vecindad. Y nunca se ha podido averiguar, no obstante los años transcurridos, quién fué el ingenioso y pusilánime inventor de aquella estratagema que echó por tierra, en hora infeliz, la bien urdida trama del pronunciamiento.

Así las cosas, el 6 de julio se tuvo conocimiento en Trinidad de la heroica determinación de los patriotas camagüeyanos, y desde ese día

los conspiradores trinitarios se dieron sin tregua ni descanso a la organización de una fuerte partida que diera alientos y apoyase a los rebeldes de Puerto Príncipe, hasta la llegada que todos sabían inminente del general Narciso López.

Por fin, el 23 de julio, el mismo día en que por funesta coincidencia Agüero y sus bravos conmlitones caían en poder de sus tenaces adversarios, los conspiradores de Trinidad daban a los vientos su grito de guerra y hacían circular entre el pueblo las proclamas que redactara Hernández Echerri, hombre de Plutarco.

Los patriotas trinitarios, fraccionados en dos grupos, recorren los ingenios y potreros de la localidad en busca de caballos y de armamentos, y una de esas partidas, la que capitanea el propio Armenteros, avista y hace prisionero al correo que conduce la correspondencia de la Vuelta Arriba. Entre los papeles y documentos ocupados, el noble paladín pudo conocer el parte oficial donde se daba por concluído, con la derrota y dispersión de los rebeldes, el movimiento iniciado y sostenido por Joaquín de Agüero; noticia tristísima y desalentadora que Armenteros trató de ocultar a sus partidarios, pero que para él, hombre avisado y de experiencia, era a modo de un rudo anuncio de la terrible suerte que le esperaba.

El 27, en horas de la tarde, la avanzadilla de los rebeldes sostiene fuego con fuerzas españolas superiores que se movían en su persecución, y Armenteros, que ha solicitado en vano los servicios indispensables de un práctico, toma con sus hombres un estrecho y zigzagueante sendero que conduce a las montañas, donde piensa refugiarse por el momento. Pero al pie de una empinada loma hallan que se cierra la vereda y la orden lógica de desmontar que se dió entonces confundió a muchos y produjo la dispersión inmediata y la disolución a la postre de la partida. Tres días después, al filo de la medianoche, José Isidoro de Armenteros y Muñoz, héroe de la mala fortuna, se entrega al teniente del puesto militar establecido en el paso del río Hanabanilla.

Conducido a Trinidad, la Comisión Militar Ejecutiva y Permanente, que conoció de su viril intento de rebeldía, le condenó a ser fusilado por la espalda en unión de Fernando Hernández Echerri y del corajudo joven campesino Rafael Arcís, mayoral del ingenio *Palmarito*. Y otro día aciago, el 18 de agosto de 1851, en el campo *Mano del Negro*, tuvo lugar la triste ejecución.

La noticia de los movimientos revolucionarios ocurridos en el Camagüey y en Trinidad provocó una ola de entusiasmo popular en Nueva Orleans y en todo el sur de los Estados Unidos. Las versiones del fra-

caso de esos intentos, que la prensa española dió muy pronto a conocer, se estimaron como inciertas y tendenciosas, y una muchedumbre de vehementes partidarios de la causa de Cuba corrió a alistarse en la nueva expedición que se preparaba. El general López, más entusiasmado e impaciente que nadie, logra, al fin, burlar la estrecha vigilancia de las autoridades norteamericanas y parte otra vez hacia Cuba, a bordo del *Pampero*, al frente de una expedición fuerte de más de 400 hombres, de los cuales tan sólo unas pocas docenas eran nativos de Cuba. (La compañía cubana, al mando de Ildefonso Oberto, contaba tan sólo 44 hombres.)

López, ha escrito Emeterio S. Santovenia, había preparado en esta ocasión "los documentos políticos explicativos de la situación que trataba de crear en la isla": una proclama dirigida a los habitantes del país, donde dejaba la situación futura de Cuba a la libre determinación de la voluntad de sus hijos, y se mostraba partidario de la continuación de la esclavitud, y una *Constitución provisional de Cuba*, cuyo artículo primero expresaba textualmente lo que sigue: "Cesa y queda anulada para siempre la autoridad de la Corona de España en la isla de Cuba, y ésta se constituye en República libre e independiente, con el nombre de República de Cuba".

El día 12 de agosto de ese año memorable de 1851, el general Narciso López ponía la animosa planta en el Morrillo, cerca de Bahía Honda, y, gravísimo error, dividía en seguida sus fuerzas en dos porciones o columnas. A una, compuesta de unos 120 hombres, le ordenó, por consejos del general Pragay, su jefe de estado mayor, que permaneciera en la aldea de Corralillo, a las órdenes del coronel William L. Crittenden, para que defendiera, de un posible ataque enemigo, las provisiones de boca y de guerra; a la otra, fuerte de más de trescientos hombres, la condujo, el propio López, a tomar posiciones en el vecino pueblo de Las Pozas. Pero batidos y dispersados los rebeldes de Puerto Príncipe y de Trinidad; ejecutados sus principales caudillos, la expedición del *Pampero* estaba condenada al fracaso. En vano fué que López, prodigio de valor y de tenacidad, llevara a cabo ante el país indiferente y hasta hostil la gloriosa campaña pinareña, donde trabó recios combates y produjo bajas de consideración a las fuerzas del gobierno. Agotado el parque y las provisiones, un día triste, un odioso traidor, el canario José de los Santos Castañeda, su compadre, le entrega en manos de sus tenaces adversarios.

Condenado a muerte, previa humillante ceremonia de degradación, el dócil tribunal que conoció de la causa, plegándose a las exigencias

del implacable Gutiérrez de la Concha, dispuso que la sentencia fuera ejecutada en garrote vil, como si se tratara de un reo de gravísimo delito común y no de un militar de su categoría y de su renombre.

El día primero de septiembre de 1851, en el campo de la Punta, extramuros de esta ciudad, Narciso López de Uriola, caraqueño de nacimiento, cubano de corazón, sufrió la dura, crudelísima condena. Sus últimas palabras, que no pudieron acallar los tambores: —*Mi muerte no cambiará los destinos de Cuba*, fueron para los hombres de su tiempo y para las generaciones responsables de 1868 y 1895, espuela y acicate que animaron y dispusieron sus voluntades para las grandes acciones y los más cruentos sacrificios.

Un grupo de expedicionarios del *Pampero*, parte de un contingente de ciento veinte hombres que el general Narciso López había dejado en Playitas del Morrillo a cargo de las provisiones y de las armas, viéndose perseguido y acorralado por fuerzas españolas superiores, se echó sobre la costa y en cuatro botes que pudo conseguir trató de dirigirse mar afuera; pero descubierto por el buque de guerra *Habanero*, fué aprehendido el día 13 de agosto, conducido a esta ciudad y encerrado en el Castillo de Atarés. Dirígalo el coronel William L. Crittenden, pariente muy cercano del Attorney General de los Estados Unidos, graduado de West Point y veterano de la guerra de México, donde se había batido con distinción y con fortuna. Funcionario de la aduana de Nueva Orleans, el coronel Crittenden había prestado notable servicios al general López y a los patriotas cubanos en la organización y en la partida de la expedición del *Pampero*. El teniente coronel William Scott Haynes, de Tennessee, y cuarenta y nueve expedicionarios más, casi todos norteamericanos, componían la mermada tropa de Crittenden.

El general Concha se propuso, en un principio, diezmar a los prisioneros, siguiendo el parecer de la junta de autoridades que había reunido; pero luego, sintiéndose alentado y respaldado, cede a las destempladas voces de venganza y ordena fusilarlos a todos menos a uno, el teniente coronel Scott Haynes, hijo de un distinguido estadista norteamericano, a quien, se ignora gracias a qué poderosa intervención, le fué perdonada la vida.

El día 16, a las once de la mañana, en las faldas del Castillo de Atarés, en presencia de una muchedumbre enardecida y brutal, se cumplió la terrible sentencia. Crittenden fué fusilado el primero de todos; después, juntos los dos, sus jefes subalternos; por último, y en grupos de a diez, el resto de los expedicionarios.

Concluída la ejecución e iniciado el desfile de las fuerzas, pudo la enfurecida turba acercarse al lugar de la bárbara hecatombe. Lo que ocurrió entonces —la torpe profanación de aquellas víctimas; la exhibición, a guisa de trofeos, por las calles y plazas de la ciudad, de sus miembros palpitantes y de sus ropas ensangrentadas; los gritos de júbilo, las iluminaciones—; constituye una de las páginas más oscuras y bochornosas de la historia colonial de Cuba.

Las ejecuciones de Atarés produjeron una serie de encendidas manifestaciones de protesta por todo el territorio de los Estados Unidos. El presidente Fillmore, cuya torpe proclama de 25 de abril de 1851 era uno de los argumentos esgrimidos por el implacable Gutiérrez de la Concha para cohonestar su crudelísima represión, se vió obligado a adoptar algunas medidas de amparo y defensa de los ciudadanos norteamericanos que aun permanecían en las prisiones de la isla. Y el comodoro Foxhall A. Parker vino a Cuba, a nombre del Departamento de Estado, a interesarse por la suerte de los prisioneros de guerra y a manifestar el sentimiento y el disgusto de su gobierno por las sumarísimas medidas tomadas.

CAPÍTULO III

LA POLEMICA ANEXIONISTA

A la polémica sostenida por José Antonio Saco con los acérrimos defensores de la idea anexionista (1848-1850), nos ha parecido bien que, por su repercusión y trascendencia singulares, le consagremos un capítulo especial, aparte de la exposición, rigurosamente cronológica, que hemos venido haciendo de los orígenes y vicisitudes de los movimientos en pro de la anexión o de la independencia de Cuba acaecidos de 1837 a 1851.

Saco, desde Europa, había seguido paso a paso, y con suma ansiedad e inquietud, el desarrollo de la tendencia y la conspiración anexionistas. Unido por antiguos y estrechos lazos de amistad con algunos de los corifeos del movimiento, el ilustre escritor bayamés se vió muy pronto convidado a formar en sus filas, y hasta uno de ellos le ofreció, a nombre de los "amigos de la isla", la suma de diez mil pesos para que fundara y dirigiera, en Nueva York, un periódico anexionista. "Con la mano puesta en la conciencia, y con los ojos clavados en la patria, francamente respondo que no", le escribió Saco a Gaspar Betancourt Cisneros, desde París, a 19 de marzo de 1848.

Para el gran discípulo del P. Varela, la crítica situación de Cuba no consentía ni guerra ni conspiraciones de ningún género, y era preciso sufrir con resignación, con heroica resignación, el azote de España, para poder legar a las generaciones futuras, si no un país de libertad, a lo menos un país tranquilo y de porvenir. Había que empeñarse, con todas las fuerzas, por extirpar, de una vez y para siempre, el infame y bochornoso contrabando de esclavos, raíz de todos los males que nos aquejaban; había que disminuir, sin violencia ni injusticia, el número de hombres de condición servil; que aumentar la población blanca, derramar las luces, construir vías de comunicación...; y entonces, y sólo entonces, Cuba, nuestra Cuba adorada, sería Cuba algún día.

Saco, lo apunta el mismo, hizo todo cuanto pudo por apartar a sus amigos de una senda en la que sólo veía males para ellos y desgracias

e infortunios sin cuento para la patria; pero sus esfuerzos, sus reiterados esfuerzos, resultaron inútiles. Los anexionistas, desvanecidos por risueños espejismos, desoyeron sus prudentes consejos y severas admoniciones y se apartaron ostensiblemente de su lado, y fué entonces que el gran patricio bayamés, en presencia del gravísimo peligro que amenazaba el bienestar y el porvenir de la patria, se halló en la triste necesidad de anunciarles, con toda franqueza, que iba a esgrimir su bien cortada pluma contra la revolución y los ideales anexionistas. Y en París, en la imprenta de Panckoucke, calle de Poitevins, 14, el ilustre escritor publica, en el mes de noviembre de 1848, su célebre folleto *Ideas sobre la incorporación de Cuba en los Estados Unidos*, que es, sin duda, el más conocido y citado de todos sus *papeles políticos*, y una de las muestras más vigorosas de sus grandes talentos de escritor y de polemista. Domingo del Monte, adversario decidido y tenaz de la idea y de la revolución anexionistas, sufraga los gastos de la impresión y toma a su cuidado la profusa distribución del mismo en Europa y en América.

Saco, dialéctico habilísimo, se apresura a hacer constar, desde la primera página de su trabajo, que a él *personalmente* una revolución en Cuba, lejos de causarle daño alguno, le traería evidentes ventajas. Desterrado para siempre de su patria por el odioso despotismo que la asfixiaba, peregrino tenaz, la revolución le abriría de nuevo sus puertas y le franquearía gozosa sus umbrales. Pobre y abrumado de pesadumbres, la revolución podría tal vez enriquecerle y hasta brindarle, sobre una base segura, la tranquilidad y el reposo de su vida. Sin empleos, honores ni distinciones, la revolución, coyuntura oportunísima, sin duda alguna se los proporcionaría. Y, pues, si tantos beneficios le brindaba la revolución, ¿por qué no formaba bajo sus banderas?; ¿por qué venía entonces a combatirla renunciando —heroico renunciamiento— a sus grandes favores y halagadores recompensas? Saco sabe muy bien que algunos malintencionados se dejarán decir que sus opiniones son retrógradas; que otros, menos piadosos, le tildarán de apóstata, y hasta no faltará quien publique a los cuatro vientos que ha vendido su pluma —su pluma, que es su único tesoro— para escribir contra la anexión. Pero a los que estas y otras cosas semejantes digan y propalen, si las apuntan de buena fe, movidos por el calor y la pasión de sus convicciones, los perdona; y si proceden de mala fe, los desprecia.

Saco comprende que, contemplando lo que es Cuba bajo el gobierno y la dependencia de España y lo que podría ser incorporada a los Estados Unidos, parezca razonable que todo cubano desee y propugne ardientemente la anexión; pero el notable polemista sabe y se explica

también que ese cambio tan halagüeño en apariencias ofrece al tratar de realizarse grandes dificultades y notorios peligros.

La anexión sólo podría conseguirse de dos maneras: *pacíficamente* o por la *fuèrza de las armas*. *Pacíficamente*, si llevándose a cabo lo que podría considerarse como un caso improbable, la nación española regalase o vendiese la isla de Cuba a los Estados Unidos. En esa eventualidad, tan problemática, la transformación política de Cuba —el cambio de soberanía— se haría tranquilamente y sin ningún riesgo. Pero, aun en ese caso, a Saco le quedaría siempre en el fondo del corazón un sentimiento secreto de dolor por la pérdida de la *nacionalidad cubana*. Anexada que fuese Cuba a los Estados Unidos, muchos de los españoles peninsulares que entonces la habitaban, mal avenidos y disgustados con la nueva situación, la abandonarían para siempre, y como la bondad de su clima y sus grandes riquezas naturales convidarían a establecerse en su suelo a numerosos inmigrantes norteamericanos, éstos, dentro de muy poco tiempo, superarían, y con creces, a los cubanos, y la incorporación, en último extremo, no sería *anexión*, sino *absorción* de Cuba por los Estados Unidos. Verdad es, continúa Saco, que la isla, desde el punto de vista geográfico, seguiría formando parte del grupo de las Antillas; pero el gran escritor quisiera, por encima de todo, que Cuba siempre quedase para los cubanos y no para expansión y disfrute de una raza extranjera.

La raza anglosajona, comenta Saco, difiere mucho de la nuestra por su origen, su idioma, sus creencias religiosas, sus hábitos y sus maneras de producirse, y desde que se sienta con fuerzas suficientes para contrarrestar la opinión y el número de los cubanos, aspirará y logrará al cabo la dirección política de los negocios de Cuba. Los norteamericanos acudirán a las urnas electorales, los cubanos también; ellos votarán por sus candidatos, los hijos del país por los suyos; pero como estos últimos estarán ya en franca minoría, los cubanos serán excluidos legalmente de todos o de casi todos los empleos, y presenciaremos el doloroso espectáculo de que los verdaderos amos del territorio se hallarán en él vencidos y postergados por una raza advenediza. Saco, que ha visto acontecer eso en otras partes —en la ciudad de Nueva Orleans, en la antigua colonia francesa de la Luisiana, por ejemplo—, teme que los cubanos, profundamente adoloridos y desesperados, acudan entonces a las armas y provoquen una guerra civil, con todas sus fatales consecuencias. En sus sueños de patriota, el ilustre bayamés no sólo aspira a que Cuba sea rica, ilustrada, moral y poderosa, sino que sea también *cubana* y no *angloamericana*. La idea de la inmortalidad, puntualiza, es sublime,

porque prolonga la existencia de los individuos más allá del sepulcro; y la nacionalidad es la inmortalidad de los pueblos y el origen más puro del patriotismo.

El otro modo de conseguir la anexión sería por la *fuerza de las armas*. Pero, se pregunta Saco, ¿podemos los cubanos empuñar las armas sin provocar la más espantosa insurrección? ¿Con qué apoyo decisivo contamos? ¿Pelearnos solos o con la ayuda de una potencia extranjera?

Los españoles residentes en Cuba, menos numerosos pero más fuertes que los criollos por su identidad de aspiraciones y el ejercicio exclusivo del poder, en su casi totalidad se mantendrían fieles al estandarte de la Metrópoli, y sería vano y hasta temerario empeño contar con su apoyo, ni aun con su neutralidad, y en cualquier tentativa armada en pro de la anexión se agruparían en el campo contrario a los cubanos.

Pero, continúa Saco, ¿es verdad que todos los cubanos desean y están dispuestos a pelear por la anexión? Es posible que en La Habana, Matanzas y otras ciudades de importancia, ciertas clases sociales, no todas, abriguen semejantes propósitos; pero sería imprudente creer que en el resto de la población hubiese penetrado ya "tanta filosofía". Mas aun suponiendo que todos los cubanos marchasen al unísono y reclamasen a coro la anexión, aun habría que resolver otra dificultad muy grave: la recia oposición de los estados del norte de la gran confederación americana, que no se resignarían fácilmente a permitir que la incorporación de Cuba quebrase, en su perjuicio, el equilibrio existente entre las fuerzas esclavistas y las antiesclavistas dentro de la Unión. Aparte de que, lo que era muy factible, si cuando la solicitud de anexión se presentase no estuviera reunido el congreso federal, único juez capaz de decidirla, sería preciso aguardar —angustiosa incertidumbre— a que reanudara ese cuerpo legislador sus sesiones, quedando la isla de Cuba mientras tanto expuesta a los embates y a las ambiciones de los elementos nativos y foráneos que podrían alzarse contra ella.

La incorporación de Cuba a los Estados Unidos, señalaba Saco, perturbaría necesariamente las relaciones pacíficas que hoy sostienen éstos con España. Y pudiera darse el caso también de que el partido numeroso y respetable de la paz que dentro de ellos existe, ante ese lógico temor, lograse que los Estados Unidos no nos recibiesen como miembros de su gran familia. En esa crítica situación, ¿qué sería entonces de Cuba? ¿Acaso no pregonaban los mismos anexionistas que Cuba no podría existir —subsistir— por sí sola? Forzosa consecuencia nos re-

sultaría: o presentar de nuevo el cuello al yugo español, o condenar la isla infortunada a una ruina inevitable.

Saco, además, no cree en la sinceridad de la ayuda norteamericana, y bien quisiera infundir a sus compatriotas que desconfiasen de todas las promesas, aunque fuesen formuladas por la boca del propio Presidente de la Unión, y que ninguno se prestase por incauto a ser juguete dócil de planes e intrigas que si se frustrasen sólo perjudicarían a Cuba y a sus hijos.

Por otra parte, aun aceptando la realidad de la ayuda extranjera, mucho se engañaban los que creían que el gobierno español se dejaría arrebatar la isla de Cuba sin ofrecer una resistencia desesperada, y mal calculaban los que admitían, sin meditar, la pregonada debilidad de España. Porque la Metrópoli, en Cuba, era aún fuerte y muy fuerte para arruinar a los cubanos, y su fuerza principal descansaba en los diversos y peligrosos elementos que constituían la población de la isla. Empeñada la contienda, y en caso de inminente derrota, cualquiera de los dos partidos, y muy principalmente el partido español, ¿no lanzaría a los vientos el mágico grito de libertad reforzando sus vacilantes legiones con los esclavos? Y aun cuando ninguno de los dos bandos en discordia llamase en su socorro a tan peligrosos auxiliares, ellos mismos, de por sí, no permanecerían ociosos ni indiferentes. El día que el estruendo del cañón separase a los habitantes blancos del país, volverían a producirse, en tierras de Cuba, los horrores de Santo Domingo.

La invasión de Cuba por los Estados Unidos, asegura el gran polemista cubano, pondría al descubierto una ambición tan desenfrenada, que una honda alarma habría de producirse en todos los países que poseyeran colonias en las regiones septentrionales de América. Una de esas naciones, la Gran Bretaña, precisamente la que más tendría que perder, de un modo abierto o solapado, según conviniera mejor a los fines de su política, se mezclaría tarde o temprano en la contienda, y sus parciales, en Cuba, serían sin duda más numerosos que los de la gran república americana. Los Estados Unidos, a lo más, podrían contar con los cubanos; pero la Gran Bretaña reuniría con facilidad bajo sus banderas a los peninsulares, porque defendería el interés y la permanencia de España en la isla, y a los hombres de color, porque éstos saben bien que ella hace a los esclavos, libres, y a los libres, ciudadanos; mientras que los Estados Unidos mantienen a los suyos —a sus habitantes negros— en dura esclavitud. Y si, caso imposible, llegasen a triunfar los norteamericanos, su victoria no se lograría sino sobre las ruinas y las cenizas de la patria. "Quedaríales el punto geográfico; pero sobre ese

punto se alzarían más de 600,000 negros, bañados en la sangre de sus señores, y ofreciendo a los estados meridionales de aquella confederación un ejemplo terrible que imitar." Porque en las circunstancias peculiares por las cuales atravesaba Cuba, la revolución política iría necesariamente acompañada de la revolución social; y la revolución social sería la ruina completa de la raza y del país cubanos. El patriotismo, el puro e ilustrado patriotismo, deberá consistir entonces en soportar con resignación y grandeza de ánimo los duros embates de una triste suerte, mientras que, con los pies bien firmes en la tierra, se continúa luchando por enderezar hacia metas de progreso los destinos de la patria infortunada.

Ni en la situación de Cuba, por crítica que apareciese, ni en los extraordinarios sucesos que han conmovido a Europa en 1848, encuentra Saco motivos suficientes, vitales, que obligaran a los cubanos a buscar la anexión por medio de las armas. ¿Será por ventura, se pregunta consternado, que los hijos de Cuba, considerando su suerte tan insoportable, pretendiesen, ciegos y desesperados, entregarse a la venganza y a otros excesos indignos de sus almas generosas? ¿Buscarán acaso la anexión por temor de que la Metrópoli, agitada por graves convulsiones intestinas, ordenara algún día la libertad de los esclavos? ¿Será para libertarse, de una vez y para siempre, de las ambiciones y tentativas de los ingleses? ¿Propugnarán tal vez los cubanos la idea anexionista con el propósito de dar libertad a sus siervos? ¿Será, por el contrario, para reanimar el odioso tráfico de negros africanos, trayéndolos, no directamente de las costas del Viejo Mundo, sino de los propios Estados Unidos? El mantenimiento de la institución doméstica, ¿será la causa única de la anexión? ¿No veían los cubanos un grave peligro en la muy posible guerra entre los Estados Unidos y la Gran Bretaña? ¿Cuál sería la suerte de Cuba si, anexada ya, se iniciasen las hostilidades entre ambas potencias? La conservación de la esclavitud, meta y aspiración de tantos anexionistas, la ve Saco seria y gravemente comprometida aun en medio de la paz más asegurada y prolongada. Las modernas sociedades americanas no lograrán repetir, a su juicio, el espectáculo de los pueblos antiguos que pudieron vivir y medrar durante muchos siglos rodeados de la más espantosa esclavitud. Saco, que no es abolicionista —que no propugna al menos la abolición—; pero que sí es encarnizado enemigo de la trata, alza bien la voz para manifestar a sus conterráneos que no es nada más, ni nada menos, que un mensajero del tiempo, un mensajero pacífico del siglo XIX, que es el único abolicionista.

La verdadera salvación y estabilidad de Cuba estará, pues, no en injertarse en un tronco tan enfermo y carcomido como el suyo, sino en arrojar lejos de sí, con decisión y sin demoras, el amargo tósigo que corroía sus entrañas. El gobierno español, con evidente torpeza, ha escogido como piedra angular de su política en Cuba, la esclavitud de los negros y el criminal tráfico de los mismos. Este gravísimo error, no menos dañino a la colonia que a la Metrópoli, surgió de haber identificado, con notoria equivocación, el caso de Cuba con lo ocurrido en las antiguas posesiones españolas de América, ya que, anota Saco, lo que fué en aquéllas un suceso inevitable, en Cuba, aun sin la presencia de los esclavos, sería muy difícil que pudiera acontecer.

Reflexione el gobierno español, continúa el brillante polemista, que el mal que teme —la independencia— es menos grave que el que pretende evitar, ya que, conseguida la emancipación, siempre le quedaría en Cuba una rama española y un buen mercado peninsular. Piense que de la misma manera que él se apoya en los esclavos para evitar cualquier conato de insurrección, pudieran también los separatistas reclamar el auxilio de los propios siervos para conseguirla. Medite que si hay algún interés que pudiera unir a los cubanos y a los españoles en apretado haz para lograr la tan temida independencia, ese interés sería la esclavitud, y tenga la seguridad de que si la isla se pierde por un levantamiento de los esclavos o por una revolución anexionista, el gobierno peninsular será el único gran responsable de todos cuantos males pudieran acontecer.

A mí no me consta, añade Saco, si en la isla de Cuba ha habido conspiración o conspiraciones en favor de la causa anexionista; lo que sí me consta es que un profundo descontento y un vivo deseo de salir de la esclavitud política en que se hallan, alientan y dominan en el corazón de todos los cubanos. Cuba se va acercando ya al momento crítico en que la cultura y la sociabilidad de sus moradores y, aun más, la injusticia y los ultrajes sinnúmero que están padeciendo sus hijos, reclaman, de modo perentorio, una amplia reforma política. Y nada exageraba Saco al afirmar que, menos oprimidos y vejados vivían los cubanos bajo el cetro absolutista de los monarcas de Castilla, que en los días, constitucionales en apariencia, de la reina Isabel II; y porque, no lo debía echar en olvido el gobierno, la ley eterna e inmutable que escribió la madre naturaleza en el propio corazón del hombre, prohíbe que éste ame y respete al tirano que lo oprime y lo maltrata, aun cuando sea, terrible afirmación, su mismo padre.

Creer que la libertad concedida a las colonias del Continente por el Código de 1812, trajo como secuela inevitable la independencia, era un criterio absurdo, pero que inspiraba la política del gobierno peninsular. La idea de la independencia puede asegurarse, aclara Saco, que empezó a fructificar con la misma Conquista, y gritos de libertad se escucharon ya en el siglo XVIII. España, por oprimir a sus colonias, perdió un vastísimo imperio. Ensaye ahora, que aun es tiempo, un nuevo modo de gobierno para los preciosos restos que aun le quedan. Cese en buena hora la mortal desconfianza con que se mira a los cubanos; otórguenseles derechos políticos; ábranse libremente, a su legítima ambición, todos los empleos y todas las carreras; establézcase una legislatura colonial para que ellos —los más capaces de ellos— tomen parte en el manejo y dirección de los negocios de su país. Pero si esto no se hace y el gobierno, por el contrario, sigue la misma marcha tortuosa que ha seguido hasta aquí, día llegará, se atreve Saco a pronosticarlo, en que estalle una revolución que, sea cual fuere su resultado para Cuba, para España siempre será funesto. Si la Metrópoli no quiere que los cubanos claven sus ojos en las refulgentes estrellas de la gran constelación norteamericana, haga pronto brillar sobre Cuba, la isla infortunada, el benigno sol de la libertad.

La publicación de este vibrante alegato levantó contra su autor las ásperas protestas de todo el partido anexionista, y muchos de sus adversarios políticos se concertaron para calificarle de servil, apóstata, traidor y vendido a los intereses del gobierno. Pero el gran batallador, sin parar mientes en tales desahogos, que una prensa hostil y desatada se complacía en propagar, prestó sólo atención a cuatro impugnaciones, publicadas todas en la ciudad de Nueva York, en la imprenta del periódico agregacionista *La Verdad*, y las contestó cuidadosa y detenidamente para que el pueblo de Cuba, dijo, acabase de comprender cuán equivocados estaban los que, ciegos e irreflexivos, querían lanzar a su país por los resbaladizos senderos de una revolución prematura.

El nuevo folleto de Saco, que Pezuela considera digno epílogo del anterior o, mejor aun, como un verdadero texto de aquel prólogo, apareció bajo el título de *Réplica de don José Antonio Saco a los anexionistas que han impugnado sus ideas sobre la incorporación de Cuba en los Estados Unidos*, y fué impreso en Madrid, en la Imprenta de la Compañía de Impresores del Reino, el año 1850. La diferencia que se advierte entre la fecha de la terminación del escrito (septiembre 4 de 1849) y la de su publicación (el año de 1850), cuidó Saco de señalar que era debida a sus deseos de no darlo a la publicidad hasta que no

tuvo noticias fidedignas de haberse frustrado la expedición de la isla Redonda, y de haberse calmado, en España, la agitación producida por tan extraordinario acontecimiento. Con su nuevo papel no quiso Saco, no era posible que lo pretendiese, contribuir a que fuera perseguido algún compatriota.

La primera de las cuatro impugnaciones que Saco se propuso contestar, pertenecía a un caballero que se firmaba *Freemind*, y que Domingo Figarola-Caneda, en su utilísimo *Diccionario cubano de seudónimos*, registra como correspondiente a Juan Díaz Quibus, colaborador, por 1850, del diario anexionista neoyorquino *La Verdad*. El propio Saco asegura que prescindirá de las razones de este impugnador, es decir, que no lo hará objeto de su réplica, por ser idénticos sus argumentos a los de los otros. ¿Se referirá a esa curiosa y llamativa excepción Domingo del Monte cuando, en su carta de 17 de noviembre de 1849, escrita desde Madrid, le dice a Saco: "Tu réplica está como tuya: no me gustan sin embargo las reservas respecto a la persona del autor de uno de los folletos, que tú sospechas que sea *Pepé* [José Luis Alfonso]: hacen mal efecto. Podrías tratarlo con mesura como lo haces, sin necesidad de decirlo *expresamente* en el *introito*, porque te podría acusar el público de ser *más amigo de Platón que de la verdad*?". ¿O quizás, como piensa José Antonio Fernández de Castro, esas reservas, diluidas en el texto de la *Réplica*, fueron suprimidas por Del Monte? En este caso, podría pensarse que Saco atribuyó el folleto que mencionamos a continuación, escrito por *León de Fragua Calvo*, a la pluma fraternal de José Luis Alfonso.

La segunda impugnación, la de uno que se decía *amigo* de Saco, apareció suscrita por *León de Fragua Calvo*, seudónimo que Figarola-Caneda atribuye a Cristóbal Madan y Madan, escritor y hombre de negocios habanero, amigo de Heredia, de Varela, de Gener, del propio Saco, y uno de los más fervientes defensores de la causa anexionista.

La tercera, que iba firmada con cuatro iniciales (*E.D.L.T.*), y que tenía por epígrafe unos versos de Heredia, Domingo del Monte la creyó obra del poeta y novelista *Ramón de Palma*, "por lo galano del estilo", y, a su juicio, "respira un noble sentimiento de dignidad y de patriotismo". Saco aseguró que esta impugnación era de un *discípulo* suyo o a lo menos de alguien que se vendía como tal, pero se trata sin duda de un error, como ha señalado Fernández de Castro, pues el trabajo de *El Discípulo* (Lorenzo de Allo y Bermúdez), que se publicó también por aquellos mismos días, era distinto del anterior por su contenido y hasta por su título.

La cuarta y última, la que se suponía escrita en La Habana con fecha 29 de abril de 1849, y a cuyo autor Saco quiso llamar el *Com-patricio*, para distinguirlo de los demás, fué debida a la pluma de Gaspar Betancourt Cisneros, *El Lugareño*.

Vidal Morales cita, además, como impugnadores del folleto de Saco a Cirilo Villaverde y a Pedro José Morillas, cuyas obras, o no llegaron a manos del gran escritor bayamés o no las creyó dignas de mover su bien cortada pluma.

El gran polemista cubano se apresura a declarar, desde un principio, que no se propuso impugnar todos y cada uno de los errores en que abundan los folletos anexionistas, porque se hubiera visto obligado entonces a componer un libro y no pudo ni quiso perder su tiempo en tan estéril ejercicio. Señala, después, que no se ha empeñado tampoco en combatir indistintamente toda especie de anexión, sino que su único objeto fué oponerse a los *medios* peligrosísimos que querían ponerse en práctica para conseguirla: la *revolución*, la *guerra civil*. Prívese a la anexión de ese aparato formidable y amenazador y entonces, y sólo entonces, Saco permanecerá *neutral*. Neutral, porque el vigoroso escritor no puede ser partidario de una tendencia que aun canalizada por vías pacíficas y de orden *mataría infaliblemente dentro de pocos años la nacionalidad cubana*. Tan sólo en un caso le brindaría Saco sus servicios, todos sus servicios, a la combatida aspiración: "Si condenados los cubanos por un adverso destino a perder sus fortunas, sus vidas y su nacionalidad, no encontrasen otro medio de salvarse que incorporándose en los Estados Unidos, entonces yo sería el primero que en el duro trance de perderlo todo, los exhortaría a que sacrificasen su nacionalidad, y buscasen su salvación en el único puerto donde pudieran encontrarla". ¿Pero estamos hoy, se pregunta, en tan terrible situación?

No caigamos en el error, insiste Saco, de considerar al partido anexionista como una agrupación homogénea y movida por las mismas ideas y propósitos. Nútrese, por el contrario, de elementos diversos y hasta antagónicos, pues mientras unos desean la anexión por el impulso generoso de gozar la libertad que se disfruta en los Estados Unidos; otros lo hacen por el impuro afán de conservar a sus esclavos; no faltando quienes, mezcla originalísima, participen a la vez de una y otra aspiración. Para los primeros, los anexionistas por patriotismo, tiene Saco todos sus respetos; con los otros, lo advierte con honradez, se verá obligado a emplear a veces un lenguaje algo duro, para tratar de sacudirles la conciencia.

Persuadido el sagaz polemista de que seguir escribiendo para los anexionistas, que no se han detenido a refutar sus argumentos, los del primer folleto, sería perder el tiempo inútilmente, ha creído oportuno cerrar, con esta réplica, toda polémica con ellos: se discute con quien escucha la razón, no con aquel que la desprecia y apela a la fuerza.

Saco arremete, en primer lugar, contra el folleto del *Amigo* (Cristóbal Madan), que es por consiguiente, lo apunta el propio escritor, el primer personaje que se presenta en la escena. Con una ingenuidad que le honra, anota Saco, redúcese su impugnación, pobrísima de razones, a hablar de modo difuso y desordenado sobre la nacionalidad de la Luisiana, de la constitución y de la historia constitucional de aquel estado sureño, de la prosperidad y del engrandecimiento de los Estados Unidos, y de la tiranía del gobierno español en la isla de Cuba. Después, brillante entrada, comenta Saco con ironía, anuncia que en alguna ocasión le será *muy penoso* al magnífico escritor *reconocer que la parte profética de su papel adolece de la falacia que más de una vez acompañó a sus vaticinios políticos*. Pero Saco, que no aspira a ser profeta, gusta de repetir al *Amigo* las verdades, que no son sino profecías infalibles, que, en las páginas de su primer folleto, hubo ya de manifestar: que la nacionalidad cubana perecería con la incorporación de Cuba en los Estados Unidos, sea cual fuere el *modus operandi*, y que en la situación de Cuba la guerra civil, que provocaría sin duda la anexión, resultaría muy funesta para los cubanos y provechosa tan sólo para los extranjeros.

Como individuo privado, afirma Saco, soy todo de mis amigos, no tengo ni quiero tener otra opinión que la suya y estoy pronto a sacrificar por ellos hasta mi sangre. Pero si éstos eran sus deberes en las relaciones de amistad, no eran menos sagradas las obligaciones que le ligaban estrechamente con su patria bienamada. Juzgar de otra manera su conducta sería confundir las relaciones privadas con las públicas, las del individuo con las del ciudadano, y los intereses personales con los de la patria. ¿Quién entonces podía acusarle de que se había separado del partido verdaderamente cubano? Y sobre todo, ¿quién podía responderle de que los anexionistas eran los únicos representantes de ese partido? ¿En qué fundaban los anexionistas la infalibilidad de sus opiniones?

Al *Discípulo* o, mejor dicho, al poeta Ramón de Palma, que Del Monte creyó ver detrás de las iniciales *E.D.L.T.*, Saco quiere agradecerle, en primer término, todo el interés que se toma por librarle de

una suerte igual a la del malogrado Heredia, pero no acepta, no puede aceptar, su apremiante invitación para que se traslade a los Estados Unidos y preste allí su valiosa cooperación a los buenos patriotas que propugnan la solución anexionista. Por lo demás, el nuevo papel contiene tan frecuentes divagaciones y es tan pobre y débil en argumentos como el escrito del *Amigo*. Comienza E.D.L.T. su impugnación pretendiendo desenredar a Saco del gravísimo error de haber confundido la inmortalidad del alma con la de las naciones, y, para ello, no sólo se enfrasca en un fastidioso tratado de metafísica, sino que invoca las "colosales pirámides de Egipto, las reliquias de las antiquísimas ciudades con que tropiezan los viajeros entre los bosques y desiertos del Asia, Africa y América, y hasta los cadáveres de Menfis, Tebas, Palmira, Babilonia, Herculano, etc.". Para, anota Saco, al cabo de viajes tan largos y de peregrinaciones sepulcrales tan tristes, venir a poner en evidencia que el impugnador no ha comprendido el pensamiento del gran polemista.

Desembarazado ya del *Amigo* y de E.D.L.T., pasa Saco a razonar con su querido *Compatriota*, y como por su notoria impetuosidad, la agilidad y la soltura de su estilo, sus giros inconfundibles, ha podido percatarse de la recia personalidad con la que se dispone a contender, el talentoso Gaspar Betancourt Cisneros, *El Lugareño*, el hábil polemista se preocupa de rebatir, uno por uno, los cuatro grandes argumentos de su contradictor, agrupando por último, bajo el título de *examen de otros puntos del papel de mi Compatriota*, el estudio del resto de su razonamiento.

(Los cuatro grandes argumentos de *El Lugareño*, tal como los resumió el propio Saco, son como sigue: 1. "Saco ha dicho en un papel impreso en 1845, "que la continuación del tráfico de esclavos, lejos de afianzar la seguridad de Cuba, la conduce irremediabilmente a su pronta perdición". De aquí infiere mi *Compatriota*, que no queriendo el gobierno español poner término a tan infame contrabando, y que siendo él a quien corresponde *exclusivamente* cortarlo, porque sólo él tiene facultad y poder para ello, es forzoso que los cubanos, para conseguir este fin, tomen las armas, y se agreguen a los Estados Unidos"; 2. "Saco ha dicho en 1845: "Cuba para hacer frente al porvenir, no sólo debe terminar al instante y para siempre todo tráfico de esclavos, sino proteger con empeño la colonización blanca". Luego, según Saco, forzoso es para conseguir estos dos objetos, hacer la revolución anexionista"; 3. "Saco escribió en 1837, "que al contemplar el mísero estado en que Cuba yacía, hubiera trocado, a fuer de cubano, la suerte de su

patria por la del Canadá". "¿Y de 1837 a 1848 (pregunta mi *Compatriota*), ha mejorado en algo el mísero estado en que yacía Cuba? *Todo lo contrario*"; 4. "Saco dijo en 1837, "que la milicia nacional no existe en Cuba, y que debería organizarse en los campos para aumentar la seguridad de la isla". "Y de 1837 a 1849 (pregunta mi *Compatriota*) ¿se ha organizado la milicia nacional de Cuba?".)

Todos estos motivos, que Saco se ocupa de examinar prolijamente, cree el gran escritor que podían y debían reducirse a dos principios contrarios, antagónicos: de una parte, *esclavitud*; de la otra, *libertad*. Saco, respetuoso de la opinión de los anexionistas sinceros, de los que tienen por móvil la libertad, no quiere, no quisiera confundirlos en su *Réplica* con aquellos que sólo aspiran a mantener y fomentar la esclavitud de los negros, base y fundamento de sus fortunas y de su ideario político. Pero en el generoso sentimiento de libertad que mueve a los anexionistas por patriotismo, halla Saco, y con razón, el sacrificio indudable de la nacionalidad cubana. Sus deseos, una y otra vez manifestados, son de que Cuba, dependiente de España, sea libre, y no esclava, como lo es; pero que, separada de ella algún día, no sólo disfrute de la libertad, sino que goce también de una existencia política que le asegure para el porvenir la conservación y la preponderancia de la raza blanca que hoy la habita. Y, polemista temible e incisivo, insiste en que incorporada Cuba en los Estados Unidos, su actual nacionalidad perecería irremisiblemente, y a demostrar esta afirmación, nervio de su trabajo y médula de sus argumentos antianexionistas, consagra las mejores páginas de su famosa réplica, acaso el mejor y más maduro de sus escritos políticos.

El folleto saquista concluye con el examen de esta cuestión importantísima: ¿qué deben hacer los cubanos para conseguir la libertad, y España para no perder a Cuba? Saco sabe bien que los derechos políticos que España estaría dispuesta a concedernos nunca alcanzarían la amplitud que si Cuba fuese independiente o formase parte de la confederación norteamericana; porque una colonia, duélese el escritor, es siempre una colonia. Pero, en las circunstancias del momento, ¿por qué habrían de empezar los cubanos por la revolución que es precisamente por donde acaban y deben acabar los pueblos que pueden salvarse con ella? Y al gobierno español, cuyo empecinamiento conoce, no duda en advertirle que si, desatendiendo los consejos de una política previosa, no se apresta a destruir cuanto antes el sistema despótico que rige e impera en Cuba; si deja escapar la ocasión propicia en que aun puede

conjurarse la tempestad en formación, *prepárese desde ahora a perder a su importante Cuba*, pues siendo los Estados Unidos mucho más fuertes que España, y encontrándose además a las puertas de Cuba, el resultado de la agitación anexionista no será otro que *el provecho para los extranjeros*.

La *Réplica* de Saco, ha escrito Pezuela, "era ya el fruto sazonado de una inteligencia emancipada de añejas ilusiones que además de reconquistar a Saco su antiguo prestigio sobre todos los pensadores cubanos, le granjeó la amistad de muchos españoles". Pero, como apuntó el propio polemista, "el ministerio [español] de aquella época entendió tan bien los intereses de España, que mandó recoger y denunciar como subversivo mi papel: que le valía en Cuba más de cincuenta mil bayonetas".

En 1859, Saco recoge en el tomo tercero de su magnífica *Colección de papeles*, impresa en París, sus dos folletos antianexionistas, pero cuida entonces de hacerlos acompañar de sendas páginas aclaratorias, que los años transcurridos y los sucesos pasados desde su primera aparición habían hecho convenientes y quizás necesarias a su juicio. En el preámbulo que puso al primero de sus dos grandes trabajos, Saco establece, con claridad y valentía, la gradación que ha seguido, que seguía aún, en sus ideas sobre la incorporación de Cuba en los Estados Unidos: "Lo primero que deseo, es que Cuba libre y justamente gobernada viva unida a España. Lo segundo, que disuelta esta unión, ora por la madre, ora por la hija, Cuba trate de conservar su nacionalidad, y de constituirse en estado completamente independiente. Lo tercero, que si las circunstancias le fueran tan adversas, que no pueda existir por sí sola, ni salvarse de su total ruina sino arrojándose en los brazos de los Estados Unidos, entonces y sólo entonces lo haga como la única tabla a que puede asirse en su naufragio".

Eso fué, puntualiza el gran escritor, lo que él quiso decir cuando, en 1837, dió a la publicidad su famoso *Paralelo entre la isla de Cuba y algunas colonias inglesas*, cuyo comentadísimo párrafo final no era por otra parte más, es fácil comprobarlo, que el desarrollo, con las debidas reservas, de su pensamiento íntimo expuesto a José Luis Alfonso, en carta de 21 de enero del propio año, citada y glosada más arriba.

Saco sintió en lo más vivo los rudos y destemplados y en ocasiones injuriosos ataques de los anexionistas, y convencido de la verdad y de la grandeza de la causa que había defendido —su gran servicio a Cuba— en una breve cuartilla que apareció entre sus papeles, y que

intituló *Mi epitafio*, dejó escrito lo que sigue: "Cuando en 1849 tuve una recia polémica con los anexionistas cubanos, unos me tacharon de retrógrado, y otros me acusaron de mal cubano, de traidor y hasta de haberme vendido a España para escribir contra la anexión. Deplorando un día con un amigo la injusticia de mis compatriotas, díjele, que si antes que él moría yo, hiciese poner sobre la losa de mi sepulcro el siguiente epitafio: *Aquí yace José Antonio Saco, que no fué anexionista, porque fué más cubano que todos los anexionistas*".

CAPÍTULO IV

DE 1851 A 1867

EL trágico fracaso de las expediciones e insurrecciones de 1850 y 1851, no entibió la fe ni mermó el entusiasmo de los anexionistas que se movían dentro y fuera del territorio de Cuba. Hubo, eso sí, algunas bajas o deserciones notables (José Luis Alfonso y Cristóbal Madan, por ejemplo); pero un grupo numeroso de los antiguos conspiradores del Club de la Habana y los desunidos pero fervorosos emigrados cubanos en las ciudades de la confederación norteamericana, prosiguieron con decisión e impulso renovados sus trabajos en pro de la soñada incorporación.

En los Estados Unidos, los devotos de la memoria de López —los *lopiztas*— tenían su principal centro de acción en Nueva Orleans, y seguían las inspiraciones de Ambrosio José González, Domingo de Goicouría, José Elías Hernández, Miguel Teurbe Tolón, Cirilo Villaverde y alguno que otro emigrado más. El grupo opuesto a los *lopiztas* tenía como caudillo natural a Gaspar Betancourt Cisneros, activa y eficazmente secundado por Manuel de Jesús Arango y Porfirio Valiente. Los partidarios de *El Lugareño* radicaban casi todos en Nueva York y su órgano de propaganda más leído y escuchado seguía siendo *La Verdad*.

Los *lopiztas* contaban con la simpatía y el apoyo efectivo de muchos de los conspiradores habaneros (Miguel Aldama, Anacleto Bermúdez, Santiago Bombalier, el conde de Pozos Dulces, Ramón de Palma...). *El Lugareño*, por su parte, conservaba aún la vieja y decisiva influencia que siempre tuvo sobre sus comprovincianos, y fieles partidarios suyos establecían, en Puerto Príncipe, ramas o secciones locales de la *Orden de la Estrella Solitaria*, vasta asociación secreta, fundada en los Estados Unidos, que reunía en sus cuadros a criollos y norteamericanos celosos defensores de la causa de Cuba.

Las actividades de estos grupos de conspiradores pusieron muy pronto sobre aviso a las autoridades coloniales, y el general Gutiérrez de la Concha, que gobernaba la isla, creyó oportuno informar al mi-

nisterio que no estimaba prudente hacer extensivos a Cuba los beneficios de la amnistía dictada con motivo del nacimiento de S.A.R., doña María Isabel Francisca de Asís, princesa de Asturias. Para el general Gutiérrez de la Concha, todo hacía presumir que se preparaba un movimiento muy semejante al de 1851, y que los revolucionarios, cada día más audaces, sólo esperaban una ocasión favorable para pronunciarse e invadir de nuevo la isla.

En tan críticas circunstancias, ha escrito José Antonio Saco, no faltaron algunos peninsulares responsables e influyentes que trataran de pedir determinados derechos políticos para Cuba, como medio eficaz de destruir o por lo menos neutralizar los proyectos de los anexionistas, y diputados elocuentes estuvieron dispuestos a levantar su voz en el Parlamento; pero, a fines de 1851, el gobierno disolvió las Cortes, dispuso el arresto de los más destacados miembros de los partidos de oposición y ordenó también la clausura y confiscación de los periódicos hostiles a su política, y los buenos deseos de los hombres que querían conceder a Cuba algunas libertades se vieron frustrados de ese modo. Los negocios insulares, en particular, quedaron en las manos apasionadas y parciales de don Vicente Vázquez Queipo, ex Fiscal de la Real Hacienda, en La Habana, y autor de un *Informe sobre fomento de la población blanca en la isla de Cuba y emancipación progresiva de la esclava*, impreso en Madrid en 1845, que Saco había impugnado con vigor y competencia singulares. Y el "maléfico empeño" de ese alto funcionario, enemigo tenaz y encarnizado de toda innovación política para Cuba, cerró muy pronto el paso a todo intento de reforma. Mas a pesar de ese recio y evidente obstáculo, el ilustre polemista dió a la imprenta, en París, un comentadísimo folleto, *La situación política de Cuba y su remedio*, donde estudió, con su maestría acostumbrada, los peligros externos e internos que eran, a su juicio, amenaza cierta para la soberanía y la tranquilidad de España, e insistió en que sólo una amplia reforma del viejo sistema colonial podría prevenir y desvanecer esas asechanzas; pero el gobierno español, mal aconsejado, prohibió la circulación del escrito de Saco, que, caso curioso, fué combatido a la vez por los anexionistas cubanos y por los peninsulares enemigos de las reformas.

(El connotado bayamés, dando al desprecio la infortunada contestación de los anexionistas, cuya defensa asumió el gran escritor Cirilo Villaverde —*El señor Saco con respecto a la revolución de Cuba*, Nueva York, 1852—, tuvo a bien considerar e impugnar el examen de sus ideas hecho por *El Constitucional*, de Madrid, y por don José Luis Retortillo, en un nuevo papel que intituló *Cuestión de Cuba* (París,

enero 2 y marzo 3 de 1852), que llevaba como lema esta frase profética: "O España concede a Cuba derechos políticos, o Cuba se pierde para España".)

Los temores de Concha se vieron justificados, unos meses después, durante el gobierno de su anodino sucesor, el general don Valentín Cañedo. Una formidable conspiración, la llamada de la *Vuelta Abajo*, que logró agrupar a significados elementos de la sociedad cubana, y que Vidal Morales considera como una de las más vastas y mejor organizadas que hubieran existido, fué descubierta y debelada por entonces (1852).

Un accidente sufrido en el transporte de unas armas a la estación del ferrocarril de Villaneva, había dado lugar a la prisión de José G. Tejada, que tenía a su cargo la custodia del cargamento, y avivado además la vigilancia suspicaz de las autoridades. Unos días después, la noche del 5 de agosto, la policía practicaba un registro en una modesta vivienda del barrio de Peñalver, residencia de la familia del escogedor de tabacos y activo conspirador Francisco Valdés. Preso éste —el registro había permitido la ocupación de tres cajones de cartuchos, algunas libras de plomo y varias turquesas o matrices para hacer balas—, confesó cuanto sabía, señalando al rico hacendado de Candelaria Juan González Alvarez, como a uno de los miembros significados de la conspiración. González Alvarez fué también aprehendido y, lo mismo que Valdés, manifestó a las autoridades todo lo que conocía de la trama revolucionaria. (Un importante acopio de armas que había escondido en una de sus fincas fué ocupado en seguida por el gobierno.)

La prisión del hacendado produjo la salida inmediata para los Estados Unidos del distinguido patricio oriental Porfirio Valiente y causó profunda alarma entre los conspiradores de esta ciudad: los hermanos Bellido de Luna, Anacleto Bermúdez, Carlos del Castillo, Luis Eduardo del Cristo, Francisco Estrampes, Joaquín Fortún, Juan de Miranda y Caballero, Ramón de Palma, Fernando de Peralta, el conde de Pozos Dulces... (El notable jurisconsulto habanero Anacleto Bermúdez y Pérez, discípulo del famoso P. Varela y figura principalísima del movimiento revolucionario, falleció repentinamente en esta ciudad, el día primero de septiembre de 1852, primer aniversario de la ejecución del general Narciso López, y su entierro, se ha dicho y con razón, más que el justo tributo debido a sus grandes merecimientos, fué el desahogo de un partido consternado por su súbita desaparición.)

Un periódico clandestino, *La Voz del Pueblo Cubano*, órgano de la independencia, que editaba Juan Bellido de Luna e imprimía, con grave

riesgo, el joven tipógrafo reglano Eduardo Facciolo, mantuvo en jaque durante algunas semanas a las autoridades españolas, hasta que la denuncia de un traidor permitió sorprender y recoger, ya a punto de terminarse su impresión, el cuarto número del periódico, y el temerario Facciolo, aprehendido, fué condenado a muerte y ejecutado en garrote vil el día 28 de septiembre.

La Comisión Militar Ejecutiva y Permanente, que conoció de estos hechos, condenó a muerte a los procesados Juan González Alvarez y Luis Eduardo del Cristo (5 de abril de 1853); pero al pie mismo de la escalera del patíbulo le fué conmutada la pena, a los dos, por la de diez años de presidio. A otros encausados se le alivió asimismo la condena y al conde de Pozos Dulces, don Francisco Frías y Jacott, se le confinó a la ciudad de Osuna.

Mientras estas ocurrencias infortunadas tenían lugar en la isla de Cuba, en los Estados Unidos Gaspar Betancourt Cisneros y otros prestigiosos corifeos anexionistas, animados por la posible victoria de la candidatura presidencial de Franklin Pierce, de New Hampshire, "leal y decidido demócrata *jacksoniano*", dirigían sus esfuerzos a conseguir la unión de los dos grupos de emigrados cubanos que coexistían en la confederación americana, unificación que aseguraría la identidad de propósitos y por ende de actividades y de iniciativas revolucionarias.

Los afanes de los partidarios de la unificación se vieron coronados por el éxito y el día 18 de octubre de 1852, Manuel de Jesús Arango, Gaspar Betancourt Cisneros, Porfirio Valiente, José Elías Hernández y Domingo de Goicouría, invitaban a los emigrados cubanos y a sus amigos y simpatizadores a la ceremonia que tendría lugar a las siete de la tarde del siguiente día (martes 19), en el salón *Apolo* de la casa Broadway número 410, en Nueva York, para establecer, entre vítores y aplausos, el nuevo organismo coordinador de las labores revolucionarias: la *Junta Cubana*.

El grupo que seguía las inspiraciones de *El Lugareño* logró tres cargos en la mesa ejecutiva de la Junta: la presidencia, que ocupó el propio Gaspar Betancourt Cisneros; la vicepresidencia, para la que fué elegido Manuel de Jesús Arango; y la secretaría, que se confió a Porfirio Valiente. La fracción *lopizta*, minoría discola y de opiniones independientes, como se verá muy pronto, obtuvo solamente dos posiciones: la vicesecretaría, que ocupó José Elías Hernández, y el cargo de tesorero, que se otorgó a Domingo de Goicouría.

El mismo día de su instalación la *Junta Cubana* creyó oportuno consignar en un prolijo y razonado manifiesto los motivos que habían

dato origen a su establecimiento, afirmando que en la imposibilidad de constituirse en el suelo de Cuba, levantaba allí, en los Estados Unidos, el sagrado estandarte de la libertad de nuestra patria, a cuyo alrededor esperaba que acudiesen presurosos todos los cubanos y todos los que sin haber nacido en la desdichada isla antillana simpatizasen con la causa de la redención de nuestro pueblo, y poniendo empeño en asegurar que, una vez conquistada la independencia, los miembros de la Junta resignarían sus cargos ante la primera Convención nacional cubana que se reuniera, a la que darían cuenta detallada además de todos sus afanes y trabajos. "Y tú, Ser Omnipotente, Dios de bondad, concluía la Junta, que abates a los soberbios y ensalzas a los débiles y oprimidos, protege nuestra causa, fija tu mirada por una sola vez sobre el suelo infortunado de Cuba, y la obra de nuestra libertad será la obra de tu justicia infinita."

La elección de Pierce, unos pocos días después de constituida la *Junta Cubana* (2 de noviembre), vino a robustecer las risueñas esperanzas de los anexionistas. En efecto, la cuestión cubana, puesta de nuevo sobre el tapete político, fué objeto de un apasionado y dilatado debate en el senado federal, a propósito del proyecto de *convención tripartita*, que la Gran Bretaña y Francia propusieron a los Estados Unidos, y que éstos rechazaron, proporcionando al senador Pierre Soulé, de Luisiana, entusiasta partidario de la anexión, la oportunidad de dirigir rudos ataques a la torpe política cubana del presidente Fillmore, y para plantear además, sin tapuja y sin ambages, la posibilidad de adquirir, por conquista, no por compra-venta, el dominio de la isla de Cuba. Unos meses más tarde, el 4 de marzo de 1853, el propio presidente Pierce, en su discurso inaugural aludía también a la adquisición de ciertos territorios indispensables para la seguridad nacional de los Estados Unidos, y designaba, en seguida, para los más importantes cargos diplomáticos a conocidos y entusiastas expansionistas.

Muy pronto, sin embargo, una noticia alarmante y desalentadora llegó a oído de los miembros de la *Junta Cubana*. El gobierno de Pierce, asegurábase por algunos que se decían bien informados, a pesar de las encendidas manifestaciones de Soulé, su autorizado vocero, parecía inclinarse al cabo a favor de la tesis de Polk, que tanto había herido y lastimado antaño la dignidad cubana: el plan de comprar y desde luego disponer, con entera y absoluta libertad, de la isla de Cuba. Y la Junta, temerosa de esa peligrosísima posibilidad, propúsose entonces la rápida organización, en los Estados Unidos, de una fuerza militar numerosa que, bajo el mando de un jefe de reconocida capacidad y de

renombre, invadiese la isla y se diera la mano con los patriotas dispuestos a sacudir cuanto antes el áspero yugo de la Metrópoli española. Vencida España y forzada a renunciar su soberanía sobre Cuba, el pueblo, y nadie más que el pueblo, decidiría entonces sobre su futuro destino: la independencia, que acaso fuera todavía un ideal inasequible, o la anexión, que el interés económico y la falta de confianza en la preparación para el gobierno propio, hacían florecer en el ánimo de muchos.

Consecuente con este criterio, el día 29 de abril de ese año de 1853, la *Junta Cubana*, que se ha trasladado a Natchez, en Mississippi, se dirige por escrito al general John A. Quitman —que ya en una ocasión anterior, lo hemos apuntado más arriba, había declinado la tentadora oferta de Narciso López y Ambrosio José González—, para brindarle, a nombre del pueblo cubano, la jefatura *exclusiva* de la revolución en sus dos mandos lógicos, el civil y el militar, posición que duraría, lo aseguraba la Junta, todo el término del período revolucionario, o hasta que, una vez concluido éste, fuera oportuno o posible, a juicio de Quitman, constituir la isla en nación independiente y soberana. Si el general Quitman aceptaba, asumiría de inmediato la dirección de todos los asuntos y el manejo de todos los recursos allegados, quedando aún la propia Junta sujeta a sus órdenes y determinaciones.

Al día siguiente, el general Quitman, profundamente emocionado, notificó a la Junta desde Monmouth, en las cercanías de Natchez, que aceptaba en principio las graves responsabilidades que se le ofrecían, si bien subordinada su aceptación definitiva al cumplimiento de estas tres condiciones: 1. Adhesión, a la empresa, de todos los patriotas cubanos residentes en los Estados Unidos que representasen alguna fracción del pueblo de Cuba; 2. Delegación de suficientes poderes en el Jefe; y 3. Aporte de los recursos adecuados por la Junta (y sus asociados), bajo cuyo nombre y por cuya autoridad se llevarían a cabo los preparativos de la empresa.

Aceptadas estas condiciones por la Junta, el general Quitman visitó algunas ciudades norteamericanas (New York, Filadelfia, Baltimore, Washington...), deseoso de conocer, bien de cerca, el estado de opinión que prevalecía sobre la cuestión cubana, y satisfecho de su exploración el día 19 de agosto suscribió, en Nueva York, un convenio de siete artículos, preparado por la Junta, aceptando como jefe civil y militar de la revolución todos los poderes y atributos que se reconocían como inherentes a las dictaduras por las naciones civilizadas. Para guardar el secreto del plan, la Junta se mantendría en pie de organización y daría la impresión de hallarse funcionando, pero estaría so-

metida en realidad a las órdenes y decisiones de Quitman y no podría verificar actos de ninguna índole sin el consentimiento y la aprobación del General. Una disposición adicional ("Voluntary Proposition of the Cuban Junta to manifest their value of Quitman's influence to their cause"), establecía que, una vez lograda la victoria, Quitman, además de su paga regular, recibiría una compensación ascendente a la suma de un millón de pesos.

Las obligaciones de la Junta quedaron reducidas de este modo, según sus propias declaraciones (New York, a 25 de agosto de 1855), "a completar la recolección de los cuantiosos recursos que todavía demandaba el proyecto; a vigilar el cumplimiento por parte del Jefe de todas las condiciones del convenio, y a festinar, por cuantos medios estuviesen a su alcance, la más pronta realización del movimiento de que estaban pendientes los destinos de la patria". El general John Anthony Quitman, a su vez, asumió sin demoras ni entorpecimientos la dirección y la organización de los trabajos revolucionarios, dentro y fuera de los Estados Unidos.

Cinco meses escasos después de la firma del convenio, Domingo de Goicouría daba a conocer su inconformidad con la conducta del todopoderoso Jefe y solicitaba de sus compañeros de la Junta que se "le hablase claro" a Quitman y, si fuere preciso, se buscara otro militar menos irresoluto —más dispuesto— que se comprometiese a conducir, a Cuba, la primera fuerza expedicionaria. El general Quitman, sugería el impaciente tesorero, podría marchar después a la isla o quedarse en los Estados Unidos, si así lo estimaba más útil y provechoso a la causa. Esta actitud de Goicouría, y de Hernández, que le brindaba su apoyo, es decir, de la intransigente fracción *lopizta*, fué al cabo compartida y propugnada por los conspiradores de Cuba, un poco más tarde, en la primavera de 1854, cuando varios acontecimientos exteriores e interiores, como observa Ramiro Guerra, vinieron a imprimir nuevo vigor y renovado impulso al movimiento en pro de la anexión.

En efecto: en la Metrópoli española, una situación política inestable y confusa, quitaba a los efímeros ministerios que se sucedían en el poder la posibilidad de resistir, con seguridades de éxito, una rápida y enérgica acción, en Cuba, de las fuerzas revolucionarias. Por otra parte, la guerra de Crimea, grave y mortífero episodio de la cuestión de Oriente, mantenía ocupada la atención de la Gran Bretaña y de Francia, privando así a la nación española del recio valladar que había significado, para la idea anexionista, la decidida oposición de los gabinetes de Londres y París. En los propios Estados Unidos, el presidente

Pierce, abandonando su prudente actitud de espera vigilante, daba instrucciones concretas a Pierre Soulé, ministro de la Unión en la corte de Madrid, a fin de que investido de amplios y completos poderes pudiera negociar y convenir un tratado general de comercio, y pudiera plantear asimismo la cesión de la isla de Cuba y de sus islas y cayos adyacentes, la isla de Pinos inclusive, a los Estados Unidos de América (28 de marzo de 1854). (Una semana más tarde, Soulé recibía nuevas e importantes instrucciones: podría ofrecer, por la isla de Cuba, la respetable suma de ciento treinta millones de pesos, treinta más que la cantidad señalada en 1848, y, en caso de rotunda negativa, se le instaba a que procurase por todos los medios separar la isla del dominio de España, evitando, eso sí, que cayese bajo la dependencia de cualquier otra potencia europea.) El gabinete de Pierce, a su vez, aprovechaba el incidente del *Black Warrior*, buque norteamericano que hacía viajes de Mobila a Nueva York, con escala regular en La Habana, y que había sido apresado y embargado por funcionarios de la Aduana de este puerto, para ejercer una fuerte presión diplomática y quizás para provocar un *casus belli*, que permitiera a la postre la adquisición pacífica o la conquista de la isla de Cuba. Y el mismo Pierce, en un mensaje de tonos violentos, manifestaba al congreso federal que se creía obligado, si España no daba una solución satisfactoria al ruidoso incidente, a usar de los medios y de la autoridad que aquel Cuerpo le concediera para obtener la justa reparación de las injurias recibidas y vindicar el honor de la bandera.

A estos acontecimientos exteriores, cuya gravedad todos reconocían, vino a sumarse muy pronto la actuación del capitán general don Juan de la Pezuela, caballeroso gobernador de Cuba, en el arduo problema de la esclavitud y de la población de color libre de la isla, que tanto contrarió a los negreros y a los propietarios de esclavos. El alarmante rumor de que un tratado secreto firmado con la Gran Bretaña obligaría a la nación española a emprender, en breve plazo, la abolición total de la esclavitud, se echó a rodar de nuevo, y los traficantes y los dueños de siervos, amenazados en sus intereses más vitales, ponderaron otra vez la ruina inevitable de la agricultura cubana y aludieron también, en todos los tonos, a la terrible revolución social que sin duda alguna estallaría muy pronto sumiendo a la opulenta isla en la más espantosa y miserable condición. Y hasta hubo algunos que, más asustadizos o peor intencionados, no temieron asegurar que, entre los planes del gobierno, estaba también la *africanización* de Cuba, buscada por la vía del sistema de aprendizaje que se proponía establecer, torpe medida que transformaría en libres al cabo

de un año a los negros africanos que se introdujeran en lo adelante. (Los conspiradores cubanos, anexionistas o independentistas puros, aprovecharon la ocasión para difundir la alarma y la intranquilidad en el país y crearle nuevos y poderosos adversarios al gobierno.)

Un nuevo bando de Pezuela, de 3 de mayo de 1854, que dejaba sin efecto las garantías del artículo 9 de la ley penal de 2 de marzo de 1845, produjo a poco otro intenso pánico entre los traficantes y los dueños de esclavos y una profunda excitación entre los revolucionarios, y dióse otra vez el caso singular de que las personas de fortuna y de significación, así criollas como peninsulares, pusieran sus esperanzas en la incorporación inmediata de Cuba a los Estados Unidos, ya fuera por la acción directa del gobierno norteamericano, ya fuera como resultado de la invasión del país por las fuerzas de Quitman y el apoyo decidido de los propietarios a la revolución. Como en 1842 y en 1848, los españoles acomodados de Cuba no vacilaron, en 1854, en nutrir las filas entusiastas de la anexión y esperaron ansiosos la llegada de los invasores americanos que, proclamaban ellos, vendrían a salvar al país de la terrible ruina a que lo arrastraban la torpe política del gabinete de Madrid y el espíritu francamente abolicionista del general Pezuela. Y un español ilustrado y de ideas liberales, don Ramón Pintó, que había gozado de la privanza y de los favores del general Gutiérrez de la Concha, durante el primer mando de este gobernante, echó sobre sus hombros la tarea ingente de dirigir y orientar, en esta ciudad, los planes revolucionarios.

En 1824, la derrota de los liberales españoles fuerza a Ramón Pintó, que tiene a la sazón poco más de veinte años y teme a las duras represalias de los absolutistas ensoberbecidos, a embarcarse en Cádiz rumbo a Cuba. Ya en La Habana, el joven constitucionalista, fraile frustrado que se ha batido con decisión en el *Trocadero*, logra ganarse la simpatía y la estimación del barón de Kessel, uno de los personajes más influyentes de la colonia, quien le confía la educación y el cuidado de sus hijos y le hace también su administrador y apoderado general. Más tarde, Pintó, que ha adquirido valiosas relaciones sociales y mercantiles, emprende por su cuenta y riesgo "el agenciamiento de negocios", logrando hacerse de una sólida y ventajosa posición durante el primer mando del general Gutiérrez de la Concha.

Hombre de vasta y variada ilustración y de acendrado buen gusto, Ramón Pintó fué uno de los asociados más distinguidos y entusiastas del prestigioso *Liceo de la Habana*, que llegó a presidir; socio fundador de la empresa del *Diario de la Marina*, en cuyas páginas dió a la publi-

cidad bajo el seudónimo de *Vetusto Claro* una serie de cartas a *Severo Franco*, que fueron muy leídas y celebradas; y en las gratas veladas del Liceo, punto de cita de la sociedad habanera, dejó oír, en más de una ocasión, su amplia y bien timbrada voz de barítono.

En 1850, hizo el diligente hombre de negocios un viaje a los Estados Unidos, viaje que su biógrafo, Enrique Larrondo y Maza, sospecha que quizás estuviera en relación con las actividades revolucionarias que desarrollaban, en las ciudades de la confederación americana, los emigrados cubanos; pues, a su juicio, mucho tiempo antes de que el general Gutiérrez de la Concha tomara posesión por segunda vez del gobierno de Cuba, había fructificado en el espíritu del generoso catalán, liberal de siempre, la idea separatista. Pintó, que propugna con el calor y el entusiasmo que ponía en todas sus empresas la unión estrecha de criollos y peninsulares en "una fraternidad común y nacional", preside, en 1854, la Junta Revolucionaria de La Habana, en cuya difícil tarea ha sustituido con aplauso general al eminente patricio Anacleto Bermúdez y Pérez.

Los conspiradores de La Habana, llenos de temores por las medidas de Pezuela— una de ellas, la creación de las compañías de pardos y morenos, había producido una honda excitación y un evidente malestar— se mostraban cada vez más apremiantes y reclamaban en todos los tonos la salida de la expedición libertadora, aunque fuera preciso, en aras de la rapidez de la empresa, reducir la potencia numérica y el armamento de la misma. En los Estados Unidos, la fracción *lopipta*, era también decidida partidaria de la acción inmediata; pero la mayoría de la Junta y el general Quitman mantuvieron la opinión de que no debía intentarse ningún acto de hostilidad sin contar antes con la fuerza necesaria para alcanzar una victoria decisiva y rápida. Goicouría y Hernández, inconformes, se dieron entonces a la tarea de organizar, en Nueva Orleans, una expedición de 1,500 a 2,000 hombres que, a manera de vanguardia de una fuerza superior y mejor equipada, saldría de inmediato para Cuba. Esta actitud de franco desacato a su autoridad y a sus órdenes, disgustó a Quitman, que tenía sus propios planes, y el General hizo llegar sus quejas a la Junta, la que se apresuró a comisionar a Porfirio Valiente para que se entrevistase con Goicouría y Hernández y tratase de contenerlos. (La Junta, a la postre, redujo su acción a solicitar del jefe militar norteamericano datos y fechas destinados a calmar la impaciencia de la minoría *lopipta* y de los conspiradores de La Habana. Goicouría y Hernández llegaron hasta solicitar que se prescindiese de los servicios de Quitman y se buscase otro caudillo más

activo y de más resolución; pero la mayoría creyó prudente y acertado ratificar al *jefe exclusivo* los amplios poderes que disfrutaba desde agosto de 1853. Como ha escrito Ramiro Guerra, el criterio conservador de Porfirio Valiente se impuso sobre la política de acción inmediata, aunque fuera preciso emplear medios más reducidos, de la minoría lopizta de la Junta.)

Entre tanto, en las altas esferas oficiales norteamericanas, el secretario Marcy, solicitado y apremiado por urgentes atenciones nacionales e internacionales, lograba que el presidente Pierce aplazase, para otra oportunidad mejor, la candente cuestión de Cuba, y, lógica consecuencia, que se dictasen también las instrucciones necesarias para evitar que el general Quitman y la Junta Cubana llevasen adelante sus proyectos revolucionarios, propósitos que al cabo enredarían a los Estados Unidos en los conflictos internos y externos que Pierce y Marcy querían evitar. El hábil secretario de Pierce perseguía otro objetivo más: desbrozar el camino para el futuro desarrollo de los planes expansionistas del gobierno, ya que, una revolución victoriosa en Cuba no habría de conducir forzosamente a la incorporación de la isla a los Estados Unidos, porque la unión de los anexionistas y de los independentistas cubanos era una mera cuestión de táctica revolucionaria, y, una vez vencida la Metrópoli, el pueblo de Cuba, en un plebiscito, decidiría sobre el estado político definitivo de la isla. La anexión era pues una eventualidad, una posible solución, sujeta a numerosas y poderosas contingencias; algo que podría lograrse o no, que acaso no se lograra nunca, alternativa que Pierce y Marcy no querían afrontar ni aun siquiera considerar.

Mientras el presidente Pierce aplazaba para una oportunidad mejor la ejecución de sus planes expansionistas, en la propia Metrópoli española producíanse, a mediados de 1854, graves sucesos que iban a influir, de modo decisivo, en nuestro agitado momento político. La ardua y enconada pugna que mantenían los partidos moderado y progresista, divididos a su vez en bandos y facciones rivales, había venido a la postre a facilitar la ambición y los deseos de mando de varios generales audaces (Narváez, Serrano, O'Donnell, Ros de Olano), los cuales, unidos a algunos hombres civiles que por entonces se iniciaban en la vida política (Vega de Armijo y Cánovas del Castillo), hacían ruda y constante oposición al gobierno que presidía el conde de San Luis. La agitación política degeneró al cabo en un pronunciamiento militar y así, el día 28 de junio, en las primeras horas de la mañana, se reunieron en Madrid, en la pradera de guardias, las fuerzas de caballería que mandaba el general don Domingo Dulce y el batallón de infantería del

Príncipe, encaminándose después a Canillejas, donde otro general, don Leopoldo O'Donnell, los arengó y se puso al frente de los sublevados. Dos días más tarde, tuvo lugar la indecisa acción de Vicálvaro, entre las fuerzas pronunciadas y las tropas del gobierno que dirigían el general Bláser, Ministro de la Guerra, y el capitán general de Castilla la Nueva, Quesada. La sublevación halló escaso eco en los elementos civiles y fué preciso que O'Donnell, a instancias del sagacísimo Cánovas, diese a la publicidad el Manifiesto de Manzanares (7 de julio), para que los progresistas, desvanecidos sus temores, provocaran en Madrid y en otras varias ciudades tan graves desórdenes que, el día 17, el gobierno, vencido, se apresurase a presentar su dimisión. La reina, para restablecer el orden, se vió al fin en la necesidad de confiar el poder al general Espartero, duque de la Victoria, que se había asimismo pronunciado en la ciudad de Zaragoza.

El 22 de julio llegó a La Habana la noticia de la sublevación de la pradera de guardias y, días después, conocióse también el rudo combate de Vicálvaro, el Manifiesto de Manzanares, los desórdenes ocurridos en Madrid y en otras ciudades de la Península, la caída del ministerio y la llamada del general Espartero por la reina, y nadie, en esta ciudad, tuvo dudas de que el relevo del caballeroso general Pezuela "sería una de las consecuencias inmediatas de las barricadas" españolas. Y así aconteció en efecto. El vapor *Fernando el Católico*, que arribó a La Habana el día 28 de agosto, trajo los periódicos de Madrid que publicaban los reales decretos, fecha 2 del propio mes, donde se disponía la sustitución del caballeroso don Juan de la Pezuela por el teniente general don José Gutiérrez de la Concha, de funesta recordación, y la rápida divulgación de estas noticias hizo variar, de manera radical y casi repentina, la opinión política en perjuicio de los revolucionarios cubanos. Porque si bien es verdad que la vuelta de Espartero inspiraba aún sospechas a los traficantes y a los dueños de esclavos, no era menos cierto que la reposición de Concha, recibida con entusiasmo por la mayoría de los peninsulares, les brindaba también, a unos y a otros, las apetecidas y necesarias garantías. Y el sentimiento anexionista que animara y moviera a los españoles de posición y de fortuna, se enfrió con la misma rapidez que había brotado, y una buena parte de los propietarios criollos, gente prudente y de marcado espíritu conservador, imitó la acomodaticia postura de sus aliados de la víspera.

La *Junta Cubana* se vió entonces en la necesidad de encarar la nueva y difícil situación que se había creado. Goicouría y Hernández defendieron con calor y tenacidad (del 13 al 17 de agosto) su idea fija de la

acción inmediata; pero la mayoría fué partidaria de cumplir los compromisos contraídos con el ex gobernador de Mississippi, aunque, arrastrada por la gravedad y por las urgencias del momento, le señaló un plazo para la salida de su expedición, plazo que, por otra parte, Quitman logró a la postre que le fuera prorrogado. Pero Goicouría, que ya no puede contenerse más, acentúa sus deseos de proceder con entera independencia de la Junta y del General y se entrega con febril entusiasmo a la tarea de disponer, por su cuenta y bajo su responsabilidad, los primeros pasos de la expedición que había venido reclamando. Dos jóvenes patriotas y decididos, Juan Enrique Félix y Francisco Estrampes, se prestan a secundar sus planes, y el día 19 de octubre de ese año de 1854, el pailebot *Charles T. Smith*, que conducía a Félix, fondeaba en el puerto de Baracoa, llevando diez cajas de armas y pertrechos disimuladas entre un cargamento de maderas y de víveres procedente de Nueva York; dos días después, otro pailebot, el *John E. Whit*, desembarcaba en el propio lugar a Francisco Estrampes, oculto bajo el nombre de Mr. Ernesto Lacoste.

(Félix y Estrampes solicitaron la ayuda y la protección de Francisco Hernández, hermano de José Elías, el animoso compañero de Domingo de Goicouría; pero Hernández, antiguo conspirador, cometió la vileza de denunciarlos y ambos jóvenes fueron reducidos a prisión y sujetos a la correspondiente causa criminal.)

La mayoría de la Junta, a pesar de las dilaciones y de los errores evidentes de Quitman, le continuaba todavía dispensando su confianza, cuando, a principios de febrero de 1855, se supo en Nueva Orleans la triste y desalentadora noticia de que la conspiración había sido descubierta por el general Gutiérrez de la Concha, y que Pintó y otros revolucionarios más habían sido denunciados y apresados. El general Quitman, sobre quien se vuelven impacientes todas las miradas, juzgó oportuno partir en esos mismos días para Wáshington y a su regreso, los miembros de la Junta, recelosos, creyeron descubrir en él ciertas reservas y reticencias, pero el General, con su actuación, logró muy pronto desvanecer aquellas sospechas. Dos meses más tarde, a fines de abril, cuando todo permitía suponer que se hallaba ya dispuesto a partir rumbo a Cuba, Quitman se dirige por escrito a la Junta anunciándole su propósito inquebrantable de aplazar, sine die, el decantado proyecto de invasión. Medidas imprudentes y precipitadas que se adoptaron por algunos sin el consentimiento y ni siquiera el conocimiento del general, habían producido, en opinión de su biógrafo J. F. H. Claiborne, la interferencia decisiva del gobierno y de los agentes federales,



NARCISO LÓPEZ

NARCISO LÓPEZ. Caraqueño de nacimiento, cubano de corazón, que dispuso y acaudilló nuestro primer movimiento revolucionario. Organizador tenaz de cuatro expediciones insurgentes; asaltante audacísimo de Cárdenas; héroe de la prodigiosa campaña vueltabajera; vencido de la mala fortuna; patriota insigne de cuya frente luminosa surgiera en hora feliz, con la magia de sus colores y de sus afortunados simbolismos —como Minerva de la cabeza de Júpiter— el pabellón sagrado de la patria. Sus últimas palabras, que no pudieron acallar los tambores: —*Mi muerte no cambiará los destinos de Cuba*, fueron para los hombres de su tiempo y para las generaciones responsables de 1868 y 1895, espuela y acicate que animaron y dispusieron sus voluntades para las grandes acciones y los más cruentos sacrificios.

Retrato a pluma que tiene el mérito, como observa Fernando Portuondo, "de haber sido hecho poco antes de la salida de su última expedición a Cuba, en 1851".

causando el fracaso lamentable del vasto plan preparado por el general para la invasión y liberación de Cuba. La Junta, burlada y decepcionada, se vió entonces en la necesidad de rescindir el famoso contrato de Natchez y de dar por terminadas también sus relaciones con el irresoluto jefe norteamericano.

La prisión de Pintó y de sus infortunados compañeros debióse a la denuncia de un tal Claudio Maestro, presidiario español escapado de Ceuta en unión de los patriotas cubanos Alejo Iznaga Miranda, Ignacio Belén Pérez y Juan O'Bourke, condenados a presidio ultramarino cuando los trágicos sucesos de Trinidad en 1851. Claudio Maestro fué a residir con sus compañeros de fuga a la Unión Americana y, agradecido a sus favores y atenciones, manifestó repetidas veces sus vivos deseos de que se le empleara en el honroso servicio de la revolución. Accediendo por fin a sus instancias, los conspiradores le enviaron a Cuba, con la misión de distribuir algunas proclamas entre los habitantes de las poblaciones y las tropas de los cuarteles. Claudio Maestro cumplió con fidelidad esta comisión y otras análogas que le fueron confiadas, a tal punto que Pintó y Cadalso, los jefes más comprometidos, no dudaron en tomarlo a su servicio, y el antiguo malhechor, conspirador voluntario, sirvió de correo entre los conjurados de La Habana y los de Trinidad. De vuelta de uno de esos viajes al interior de la isla, fué que hizo su infame delación a las autoridades de la colonia, quizás, como se ha apuntado por algunos, al propio capitán general Gutiérrez de la Concha, valiéndose de los buenos oficios de su paisano, don José Ramos, natural de Zaragoza, del comercio de esta plaza. El general Concha dispuso entonces la prisión de los conspiradores más significados, y en su comunicación oficial al gobierno de Madrid, de 12 de febrero de 1855, cuidaba de señalar que: "No se trata, Excmo. Señor, de una conspiración más o menos vasta, de una reproducción de planes anteriormente desbaratados, lo que hoy se me presenta de frente es una liga general del país, de largo tiempo formada, con inviolable secreto extendida, con armas y dinero asegurada, por un peninsular por primera vez dirigida, Ramón Pintó, y por algunos peninsulares aceptada... Se habían llegado a reunir catorce millones de reales; los trabajos estaban dirigidos por Pintó y secundados en el interior por personas de las más sagaces y de las más ilustradas entre los hijos del país. La confianza en el buen éxito era ilimitada".

La expedición de Quitman (cuatro vapores y seis buques de vela), supo Concha que saldría parte de Nueva York y parte de Nueva Orleans, conocidos centros de acción del General y de la Junta. La fecha

del desembarco se hallaba fijada para fines de febrero y el lugar señalado había sido la bahía de Nuevitas. Pero el general Gutiérrez de la Concha con rapidez y energía desbarató el bien urdido plan de los conspiradores cubanos: redujo a prisión a los principales comprometidos y a sus activos agentes en las localidades del interior —la conspiración tenía numerosas e importantes ramificaciones— y logró apoderarse además de los depósitos de armas y municiones. Al mismo tiempo, y en previsión de futuras contingencias, ordenaba la organización de compañías de licenciados, de colonos gallegos y de paisanos voluntarios, y ponía en pie de defensa las fuerzas veteranas.

El consejo de guerra —la Comisión Militar había iniciado el procedimiento el día 6 de febrero— dictó sentencia de muerte contra Ramón Pintó, el doctor Nicolás Pinelo de Rojas, médico del Hospital Militar, y Juan Cadalso, considerado como uno de los iniciadores y directores del movimiento; pero el íntegro auditor de guerra, don Manuel García Gamba, solicitó que se suspendiese la aplicación de la sentencia y se viera de nuevo la causa ante un consejo formal de revisión. El asunto pasó entonces a conocimiento de los magistrados de la Audiencia Pretorial, escogidos a la suerte, señores Escosura, Portillo y Posadillo, quienes, a pesar de no ser tantos ni tan convincentes los cargos que arrojaba el sumario, pidieron por unanimidad la pena de muerte para Pintó y la inmediata de diez años de presidio para Juan Cadalso y el doctor Pinelo. El auditor de guerra, firme en su criterio, mantuvo su anterior dictamen; pero el general Gutiérrez de la Concha aprobó la sentencia y el ilustre y generoso Pintó fué agarrotado en la plaza de la Punta, a las siete de la mañana del día 22 de marzo de 1855. Otros conspiradores menos responsables o más afortunados fueron condenados a penas de presidio, de destierro o a otros castigos menores.

Pintó, ha escrito Ramiro Guerra, "fué sacrificado a la necesidad en que se encontró el general Concha de asegurarse el apoyo del partido español integrista, de hacer un escarmiento entre los mismos españoles, de ponerse a salvo de la acusación de parcialidad si salvaba la vida de un antiguo amigo, y, acaso, según se ha supuesto, de quedar a cubierto de más graves responsabilidades personales de otro orden".

Dos días después de la ejecución de Pintó, el consejo de guerra que conocía de la causa seguida contra Estrampes y Félix, dictaba también sentencia de muerte contra José Elías Hernández, juzgado en rebeldía, y contra el valeroso y gallardo joven matancero Francisco Estrampes —Félix fué sentenciado tan sólo a diez años de presidio—, y el día 31 de marzo, nueve días después del suplicio de Pintó, un nuevo mártir,

Francisco Estrampes, ofrendaba su vida por la libertad de su patria infortunada.

El fracaso de la conspiración de Pintó, un vasto empeño frustrado, significó asimismo el fracaso total de cuatro años de ingentes trabajos y de grandes sacrificios de los revolucionarios cubanos de dentro y fuera de la isla.

La imprudente política del Presidente Pierce —la Conferencia de Ostende, culminación y fracaso de los propósitos de adquirir a Cuba, había conmovido profundamente a la opinión norteamericana, obligando al Presidente y a su Secretario Marcy a desistir a la postre de sus proyectos, ostensiblemente impopulares—, y la extraña conducta el general John A. Quitman, a que hemos aludido más arriba, apagaron los entusiasmos anexionistas de los patriotas cubanos. Goicouría y Hernández, la antigua y batalladora minoría lopizta de la Junta, fueron los primeros en reconocer y declarar públicamente su equivocación, renunciando, de una vez y para siempre, a la costosa ayuda norteamericana, que exigía el mantenimiento de la odiosa institución de la esclavitud y la pérdida también, como había señalado Saco, de la nacionalidad cubana, y propugnando, como único ideal, la aspiración a la independencia, aunque ello significase la emancipación en definitiva de todos los esclavos y la necesidad de confiar, al esfuerzo y a los medios materiales propios, la consecución de la libertad de Cuba. El manifiesto de Goicouría aparece fechado en Nueva York, el 10 de junio de 1855.

Unas semanas después, el 1º de agosto, la Junta Cubana —lo que aun quedaba de ella— declaraba también el error en que había incurrido al fiarse demasiado en el apoyo de los gobiernos norteamericanos, deseosos casi todos de lograr la incorporación de Cuba, y en haber ligado su suerte —la suerte de la revolución— con el ambicioso anexionismo esclavista, interesado en la conservación de la esclavitud y en el robustecimiento de las fuerzas sudistas en el Senado Federal.

El 25 del propio mes, la Junta ratificaba, en un nuevo y bien redactado manifiesto, obra del conde de Pozos Dulces, que había entrado a formar parte de la misma, su inquebrantable renuncia al anexionismo, a la vez que dirigía nuevos y contundentes ataques a la política contradictoria del gobierno norteamericano, causa eficiente, en el fondo, de su nueva posición.

El conde de Pozos Dulces “era un hombre de cultura y de mente europeas, con una visión panorámica, amplia y filosófica de los problemas cubanos y de la política mundial”, y sus ideas sobre la cuestión

de Cuba —problema de orden internacional que, a su juicio, podría y debería resolverse por una bien concertada acción de las potencias—, fueron expuestas en el manifiesto de 25 de agosto, confiado a su talento de estadista y a su bien cortada pluma. Para Pozos Dulces el equilibrio de las fuerzas políticas, la seguridad de los cuantiosos intereses de las repúblicas americanas y hasta el interés de la propia civilización, exigían una isla de Cuba independiente y neutral, mercado abierto a la libre concurrencia de todos los pueblos de la tierra. Europa, conocedora de esa situación, debía darle a la cuestión cubana la solución razonable y definitiva que reclamaban de consumo la posición estratégica de la isla, los derechos imprescriptibles de su heroico pueblo y la paz y el equilibrio de las potencias europeas y de los Estados Unidos en el Nuevo Mundo.

A fines de 1858 y a principios de 1859 hubo todavía amagos de conspiraciones en Cuba; pero el general Gutiérrez de la Concha no les concedió importancia, acaso porque los agentes consulares españoles en los Estados Unidos venían informándole que los emigrados revolucionarios cubanos habían desistido por completo de sus actividades y se hallaban además totalmente desacreditados. (En los Estados Unidos existía, sin embargo, por esta época, la sociedad llamada de *El Ave María*, de un curioso fondo místico que se pone de manifiesto en sus estatutos y en el juramento que prestaban su afiliados, que era representación del Partido Democrático de Cuba y se hallaba dirigida por la Convención de Nueva York, que presidía el tenaz y ardiente patriota José Elías Hernández. La sociedad preparó la expedición del *Africain*, que fué a dar a la bahía de Port-au-Prince, en Haití, después de haber intentado desembarcar sin éxito en Nuevas Grandes.)

Por 1864, un grupo de emigrados de diversos países americanos organizó, en Nueva York, la Sociedad Democrática de América, ante el creciente temor de los espíritus liberales a los propósitos más o menos declarados de ciertas naciones europeas, "que alucinando a los incautos con la seductora enseña de la elevación de la raza latina en el Nuevo Mundo, a lo que tendían visiblemente era a destruir en él las formas de gobierno que aman todos los pueblos americanos". A esta pujante sociedad pertenecieron Juan Manuel Macías y otros viejos emigrados cubanos, cofundadores, un año después, de la Sociedad Republicana de Cuba y Puerto Rico. (Junto a la figura patricia de Macías es preciso colocar al joven médico puertorriqueño Juan Francisco Bassora, de grato recuerdo.)

Así las cosas, en noviembre de 1865 llegó a la ciudad de Nueva York el notable escritor chileno Benjamín Vicuña Mackenna, con el propósito de entrar en franca relación con los emigrados revolucionarios de Cuba y de Puerto Rico, brindarles el apoyo de los corsarios chilenos en las Antillas y hacerles presente el deseo de contribuir al desarrollo de sus planes independentistas por todos los medios que estuviesen al alcance del agente confidencial de la República sureña. Chile, en guerra con España, buscaba conseguir amigos y auxiliares, al propio tiempo que suscitarle a la antigua Metrópoli enemigos y contrarios que la distrajesen. Vicuña fundó en Nueva York *La Voz de América*, periódico de combate, cuyo primer número con una sección de tres páginas consagrada a las Antillas, principalmente a Cuba, apareció el día 21 de diciembre de 1865, y en forma clandestina circuló profusamente en nuestro país.

A pesar de las lógicas discrepancias de objetivos de Vicuña y de los patriotas cubanos y puertorriqueños, muy pronto puestas en evidencia, las relaciones entre el ilustre escritor chileno y los antillanos Macías y Bassora continuaron siendo estrechas y cordiales, porque "había dos extremos sobre los cuales la conformidad de pareceres era completa: uno, la conveniencia de la propaganda revolucionaria; otro, el ataque a los concesionistas o reformistas, puesto que inducían al pueblo a mantenerse en paz y a buscar el remedio de los males públicos por la vía legal". Pero es justo y honrado hacer constar que a pesar de las concretas instrucciones de su gobierno, que limitaban su actividad y ponían freno a su entusiasmo, don Benjamín Vicuña Mackenna, americano ejemplar, es un glorioso y respetado propulsor de nuestra independencia.

El impuesto directo sobre la renta y sobre las utilidades, que comenzó a regir en Cuba el día primero de julio de 1867, hizo a muchos pensar en acudir a medios más enérgicos y efectivos de protesta que los empleados hasta entonces, y la propaganda independentista, que se había intensificado desde la fundación de *La Voz de América*, dió muestras muy pronto de una actividad mayor y más ordenada, que habría de desembocar en la constitución de grupos revolucionarios en varios lugares del departamento oriental, cuna y baluarte de la rebeldía cubana.

CAPÍTULO V

DE 1867 A 1868

EN la ciudad de Bayamo, centro de una extensa zona rural de ingenios y grandes haciendas de crianza duramente azotada por la crisis, cuyos habitantes, entre los que se contaba una escasa proporción de peninsulares, se habían distinguido en todas las épocas por su espíritu independiente, el primer proyecto de organizar una protesta armada encaminada a poner término a la dominación española y asegurar la independencia, se debió a la iniciativa de uno de los más ricos y generalmente respetados terratenientes de la jurisdicción, Francisco Vicente Aguilera, cuyo carácter un tanto irresoluto, unido a una manera de ser modesta y a una condición apacible y bondadosa, aunque era hombre de convicciones firmes y arraigados sentimientos patrióticos, jamás hubiera podido hacer de él un revolucionario activo y militante en circunstancias normales. Hay evidencias históricas de que Aguilera, a quien se atribuye el haber realizado una labor de propaganda del ideal separatista entre sus convecinos por medios indirectos desde 1863, adoptó, de acuerdo y en consulta con el abogado de la citada ciudad de Bayamo, Francisco Maceo Osorio, en 12 de agosto de 1867, cuando acababa de cumplirse el primer mes de la vigencia del impuesto directo sobre la renta, la resolución de comenzar los trabajos preparatorios para organizar un movimiento de rebeldía armada contra España. Tomada la decisión en una entrevista celebrada el citado día en la casa de Maceo Osorio, encargáronse ambos de convocar a varios amigos de confianza para una junta secreta el 14 del mismo mes, en la morada de otro abogado de Bayamo, Pedro Figueredo. En ésta, a la cual concurrieron unas sesenta personas unidas a Aguilera y Maceo Osorio por una estrecha comunidad de ideas y sentimientos, se acordó promover un movimiento revolucionario para derrocar al gobierno. A ese efecto, se designó un comité de tres miembros, con Aguilera de presidente y Maceo Osorio y Figueredo de vocales, encargado de comenzar los trabajos de preparación y organización de la protesta armada.

Adelantada al cabo de corto tiempo la conspiración en la zona de Bayamo, el comité acordó extenderla a Santiago de Cuba, Camagüey, Holguín, las Villas y la Habana. Con tal propósito, Aguilera encargóse de visitar a algunas personas de confianza en los dos primeros lugares y solicitar el concurso de las mismas; Maceo Osorio se dirigió con igual misión a Holguín, y Luis Fernández de Castro, uno de los concurrentes a la reunión del 14, y Pedro Figueredo, fueron comisionados para practicar las mismas gestiones en las Villas y la Habana respectivamente. Aguilera y Maceo Osorio encontraron los ánimos bien dispuestos para secundar los planes de revolución en los lugares por ellos visitados, en los cuales dejaron iniciados los trabajos de organización, pero Figueredo halló las opiniones muy divididas en la Habana. Fernández de Castro no encontró acogida en las Villas, no se cuidó de cumplir su cometido o lo abandonó y no dió cuenta del resultado de sus gestiones.

La cohesión, que nunca había sido muy fuerte, del grupo reformista habanero, a cuyos miembros más significados se dirigió en primer término Figueredo, no resistió a lo que se consideró el fracaso de la gestión de sus comisionados en Madrid. La fe en las reformas había sido muy diversa entre los reformistas aun en los momentos de mayor confianza. Nicolás Azcárate, muy inclinado a la política, con muchas relaciones en Madrid, semejante a Arango y Parreño en cuanto a los sentimientos de éste de lealtad a España y de optimismo a toda prueba respecto del resultado final de un trabajo perseverante y bien dirigido en la capital de la Metrópoli, fué un tipo de reformista ortodoxo muy poco numeroso dentro del partido. En agudo contraste, Miguel Aldama, orgulloso de su posición social y sus riquezas, de sentimientos marcadamente antiespañoles y uno de los jefes de mayor relieve e influencia del grupo, no fué "un reformista puro". Nunca tuvo verdadera fe en la posibilidad de llegar a una cordial inteligencia con España, y ni en la de alcanzar justicia de ésta. La gran mayoría de sus amigos más íntimos y más adictos pensaba y sentía de la misma manera, aun cuando cooperasen a la labor del partido. Morales Lemus compartía, en el fondo, el excepticismo y, en menor grado, el sentimiento antiespañol de Aldama. Las condiciones peculiares de su temperamento, su carácter conciliador, la mayor prudencia que le daban los años, el hábito, que le creó el continuado ejercicio de la profesión, de perseverar en la discusión de los asuntos, sin considerar nunca una causa enteramente perdida, y el concepto de los deberes que le imponían su amor al país, su posición social y sus relaciones, le hicieron aceptar una carga de la cual no pudo excusarse, pero Morales Lemus no tenía el

menor gusto por la acción ni la más ligera inclinación a la política, pronto siempre a retirarse del campo de la misma, si las circunstancias le brindaban la oportunidad de hacerlo sin desdoro. En cuanto a Pozos Dulces, convertido en cierto sentido a las ideas de Saco, el caso, era distinto. Sin la fe ni el españolismo de un Azcárate era, sobre todo, un escritor político de primer orden, muy aficionado al estudio de las cuestiones económicas y sociales y al de la situación internacional, irresistiblemente inclinado a la divulgación y la propaganda de las ideas, polemista por convicción y por temperamento, a quién el triste fracaso de los primeros intentos revolucionarios y la madurez de su espíritu, inclinaban en 1867 a la acción política legal más que a la rebeldía. José Manuel Mestre, José Antonio Echeverría, José Francisco O'Farrill, Fernández Bramosio y otros miembros del estado mayor reformista, se inclinaban más o menos a los criterios de Aldama, de Morales Lemus o de Pozos Dulces, según la manera de ser de cada cual, sin contar con ciertos reformistas retraídos, como José Luis Alfonso, que, por diversos motivos, o se abstendían definitivamente de toda acción en la vida pública, o se sentían dominados por sus instintos conservadores congénitos, y se inclinaban cada vez más del lado del orden y de la paz, representados para ellos por la causa de la Metrópoli.

(Las circunstancias, tanto de orden interior como exterior, que prevalecían en 1867, tenían que influir de muy diversa manera sobre hombres de carácter, criterios y sentimientos tan distintos. Todos ellos se hallaban indecisos y desorientados, vacilantes sobre las determinaciones que debían tomarse y la conducta que debía seguirse en lo futuro; pero muy cortos en número eran los dispuestos a considerar la derrota como definitiva y a resignarse de una vez para siempre a la inacción y al humillante sometimiento al vasallaje colonial. Por otra parte, todos eran también, en mayor o menor grado, jefes de familia de responsabilidad, con importantes intereses que guardar y defender. Aldama, poco dispuesto a sumarse a una revolución sin grandes medios de acción, se inclinaba a romper con España en la primera oportunidad; Morales Lemus era partidario de suspender la lucha por el momento y abrir un compás de espera sin tomar nuevos derroteros, por si en España se producía un cambio político que brindase algunas esperanzas; Azcárate era de parecer que se prosiguiesen las gestiones en Madrid; Pozos Dulces entendía que la campaña periodística de lucha con la prensa adversaria y de ilustración del pueblo debía continuarse, por ser una necesidad cubana de primer orden.

Dados tan contradictorios parecieren, Figueredo no podía encontrar en la Habana franca acogida para los proyectos revolucionarios. Tra-

tábase de una empresa muy aventurada; y el país no se hallaba preparado material ni moralmente para la misma. Sería, pues, una locura lanzarse a una revolución sin pensarlo mucho, sin hacer antes un cuidadoso balance de las probabilidades en pro y en contra del triunfo de la causa, y sin agotar previamente todos los medios para evitar las horribles calamidades de una larga, sangrienta y destructiva guerra con España. La respuesta que Figueredo obtuvo de Morales Lemus, después de ser oído con interés y con atención no desprovista de cierta preocupación y alarma, fué, por consiguiente, "que no contaran con él ni con sus compañeros del reformismo". La desalentadora contestación traducía, sin embargo, el sentir de los hombres maduros y de responsabilidad únicamente. Los proyectos revolucionarios de los bayameses fueron acogidos con calor por la gente joven que tuvo noticia de los mismos, de manera que Figueredo, con el concurso de ciertos elementos de la masonería, logró que se iniciase la formación de un núcleo revolucionario en la Habana, sin conexión con los jefes del moribundo reformismo.

La abstención de los prohombres de éste de toda participación en los preparativos de la protesta armada, aunque lamentada por los conspiradores de Bayamo y demás lugares de Oriente y Camagüey, no paralizó en ningún momento los trabajos de los mismos. La propaganda y la organización de centros de acción continuaron extendiéndose, siendo una de las personas más importantes que se sumaron al movimiento Carlos Manuel de Céspedes, abogado de Bayamo radicado en la zona de Manzanillo, donde poseía el ingenio "La Demajagua" y diversas propiedades más.

Céspedes ingresó en la conspiración invitado por Figueredo y Aguilera en septiembre de 1867, según el libro de Carlos Manuel de Céspedes y Quesada: *Manuel de Quesada y Loynaz*. Según Eladio Aguilera Rojas, dicho ingreso no se efectuó sino en julio de 1868 (*Francisco V. Aguilera y la Revolución Cubana de 1868*). Dados los antecedentes de desafecto al régimen colonial de España de Céspedes, por lo cual había sido vigilado y perseguido por la autoridad española desde 1851, y las extensas relaciones de amistad personal conque contaba en Bayamo y Manzanillo, incluyendo entre las mismas a Aguilera, Figueredo y Maceo Osorio, así como su condición de Venerable Maestro de la Logia del último lugar mencionado, debe considerarse inadmisibles que Céspedes no tomase parte en la conspiración hasta julio de 1868. Cuando Céspedes concurrió, en agosto de dicho año, a la reunión de San Miguel del Rompe, lo hizo en la condición de comisionado o re-

presentante y jefe del grupo de Manzanillo. Debe admitirse, racionalmente, que esa jefatura la ejercía ya desde varios meses atrás.)

A mediados de 1868, la obra de los conspiradores comenzaba a hallarse en peligro en un doble sentido. Las autoridades coloniales empezaban a sospechar algo de lo que se tramaba y a tomar medidas de vigilancia, las cuales podían conducir al descubrimiento del plan revolucionario. Por otro lado, algunos jefes locales muy impacientes se hallaban en una actitud casi ostensible de desafío a dichas autoridades, dispuestos a rebelarse en cualquier momento. El rumor de que podían ser detenidos, una imprudencia, o un incidente imprevisto cualquiera, podían arrastrarlos a lanzarse a la revolución, precipitando los acontecimientos y colocando en situación difícil a todos los comprometidos en el plan. Preocupados por el rumbo que tomaban las cosas en ese sentido y por la responsabilidad que sobre ellos pesaba, los miembros del comité revolucionario de Bayamo decidieron convocar una junta de jefes o delegados de grupos de las regiones organizadas más importantes, para estudiar la situación, resolver lo que debía hacerse y concertar un plan de acción colectiva que contase con el asentimiento de todos.

Comisionado Vicente García, uno de los jefes de Tunas, zona en la cual por su posición central y su aislamiento resultaba más fácil y menos expuesto celebrar la junta, para escoger un sitio apartado y seguro donde efectuarla, señaló el extenso fundo del Rompe, en una de cuyas haciendas llamada "San Miguel", se reunieron los delegados de diversos grupos revolucionarios el 3 de agosto de 1868. Concurrieron a esta histórica reunión delegados de Bayamo, Manzanillo, Jiguaní, Holguín, Tunas y Camagüey. (Respecto a los grupos que estuvieron representados en San Miguel, los comisionados de los mismos y los acuerdos que se adoptaron hay diversas versiones, lo cual se explica fácilmente por el carácter secreto que tuvo la reunión y la reserva que durante algunos años se guardó sobre la misma. Eladio Aguilera Rojas dice que a la junta de San Miguel concurrieron como delegados de los grupos que se mencionaron: Salvador Cisneros Betancourt y Carlos Loret de Mola por Camagüey; Belisario Alvarez, Salvador Fuentes y Antonio Rubio por Holguín; Vicente García, Francisco María Rubalcava y Félix Figueredo por Tunas; Donato Mármol por Jiguaní; Aguilera, Pedro Figueredo y Francisco Maceo Osorio por Bayamo; y Carlos Manuel de Céspedes, Jaime Santiesteban e Isaías Masó por Manzanillo. Vidal Morales, en su libro *Hombres del 68*, cita como delegados de Manzanillo a Céspedes y a John Hall, y no menciona a la delegación de Jiguaní, representada por Mármol. Respecto de los acuerdos adoptados en la

Junta, las versiones históricas son más disímiles. Manuel Anastasio Aguilera, a quien parecen seguir Vidal Morales y Carlos Manuel de Céspedes y Quesada, publicó en "La Independencia" de Nueva York que en San Miguel no pudieron adoptarse acuerdos en firme a virtud de haberse empatado la votación propuesta por Céspedes, pero Aguilera Rojas ofrece la versión de los acuerdos que se citan más adelante. El libro de Aguilera Rojas, está inspirado en un noble sentimiento filial, en cuanto al comentario que hace frecuentemente sobre los hechos que expone, pero respecto de los hechos mismos Aguilera Rojas, aun cuando a veces escribiera fiado sólo en sus recuerdos personales, es generalmente exacto.) Pero aunque todos perseguían un propósito común, se hizo evidente entre ellos una radical disparidad de criterio sobre cuestiones de fundamental importancia.

Tocante al problema básico de las condiciones en que debía iniciarse la revolución, se manifestaron dos tendencias. Una que pudiera llamarse conservadora, según la cual la lucha no debía iniciarse, de ningún modo, antes de que se hubiesen ultimado los preparativos indispensables y acopiado armas y dinero en cantidad para asegurar el buen éxito de la misma; otra, radical, resueltamente favorable al inmediato inicio de la protesta armada, aun cuando no se dispusiese sino de escasos recursos y reducido material de guerra, pobreza de elementos que sería suplida por el entusiasmo y el valor de los revolucionarios. La tendencia conservadora fué mantenida por los comisionados de Camagüey, quienes declararon que la región necesitaría no menos de seis meses para prepararse; por los de Holguín, que expresaron la opinión de que habría de necesitarse más tiempo aún quizás, y por Aguilera, a juicio del cual se requeriría no menos de un año para reunir fondos, adquirir armas en el extranjero, introducirlas secretamente y distribuir las entre los patriotas. En cuanto a la solución radical, fué sostenida con gran calor y entusiasmo por Céspedes, con el apoyo de sus compañeros y el de algún otro delegado. Según el parecer de Céspedes, los ánimos estaban preparados, las circunstancias eran excepcionalmente propicias y no había tiempo que perder.

Como consecuencia de la diversidad de pareceres sobre asunto de tanta trascendencia, los delegados de Camagüey, por una parte, y Belisario Alvarez, de Holguín, por otra, sometieron a la consideración de la junta dos cuestiones esenciales de principios. Hicieron observar los delegados camagüeyanos, que habiendo concurrido a la reunión comisionados de cinco grupos del departamento de Cuba, a saber, Bayamo, Manzanillo, Jiguaní, Tunas y Holguín, Camagüey, que estaba representado por una sola delegación, se hallaba en condiciones de inferior-

ridad en las votaciones. La objeción fué resuelta mediante al acuerdo de que todos los grupos del departamento de Cuba confiasen su representación, para lo sucesivo, a una junta revolucionaria de tres miembros para la cual quedaron designados los tres comisionados de Bayamo: Aguilera, presidente, Pedro Figueredo vocal, y Maceo Osorio secretario. Resuelto este punto los dos departamentos quedaron colocados en un plano de igualdad. Belisario Alvarez, delegado de Holguín, mantuvo la tesis de que la grave cuestión de la fecha en que debía comenzar la lucha armada no debía someterse a votación hasta que pudiesen concurrir a una junta posterior delegados de la Habana, Matanzas, las Villas y del distrito de Santiago de Cuba. Céspedes sostuvo el derecho de los reunidos a decidir sobre el asunto, sin aplazamientos improcedentes. Su tesis acabó por prevalecer y se acordó, no sin la protesta de los camagüeyanos, fijar la fecha del 3 de septiembre próximo para proclamar la independencia y comenzar la revolución. (Según Vidal Morales la junta no llegó a adoptar ningún acuerdo porque en la votación propuesta por Céspedes se produjo empate. La versión que se ha seguido aquí es la de Eladio Aguilera Rojas.) Los comisionados se separaron, después de acordar también reunirse el primero de septiembre, dos días antes de la fecha fijada para iniciar la lucha.

El criterio de Aguilera era enteramente opuesto a precipitar la revolución en los términos acordados en la reunión de San Miguel. En tal virtud, durante todo el mes de agosto se dedicó a celebrar entrevistas con los jefes revolucionarios más impacientes y a tratar de convencerlos de la necesidad de aplazar el movimiento hasta que se hubiese asegurado el concurso de todas las regiones cubanas y acopiado armas, municiones y demás recursos indispensables. A medida que se fué acercando la fecha del 3 de septiembre, sus razonamientos parecieron más fundados y fueron más convincentes, de manera que logró un asentimiento casi general a su idea de diferir la lucha por algún tiempo. Con el respaldo de casi todos los jefes de Oriente concurrió, más tranquilo, a la reunión convenida para primero de septiembre.

Celebróse ésta en la hacienda "Muñoz", de la misma jurisdicción de Tunas, con la asistencia de Cisneros Betancourt y Augusto Arango, en representación de Camagüey, y de Aguilera, Pedro Figueredo y Maceo Osorio, que ostentaban la de todos los grupos del departamento de Oriente. (Vicente García, Rubalcava y otros conspiradores de las Tunas estuvieron presentes también, pero sin voz ni voto, de conformidad con lo acordado en la reunión de San Miguel.) Los revolucionario de Camagüey, que traían instrucciones de la junta revolucionaria de su región de oponerse al inicio de cualquier movimiento insurrec-

cional hasta no contar con la previa sanción de los revolucionarios de las demás regiones de Cuba, no tuvieron que enfrentarse esta vez con oposición alguna. Aguilera y Figueredo declararon que los jefes de los diversos grupos de Oriente estaban de acuerdo en la necesidad de aplazar el comienzo de la revolución hasta 1868, inmediatamente después de terminada la zafra, inclusive Carlos Manuel de Céspedes, quien lo había manifestado así en carta a Aguilera. Conformes los camagüeyanos, el acuerdo de aplazamiento se adoptó unánimemente. Resolvióse, asimismo, que Cisneros Betancourt quedase comisionado para trasladarse a La Habana a conferenciar con los jefes revolucionarios de la ciudad, y que Augusto Arango visitase con igual misión a Las Villas. El período de espera debía aprovecharse para proceder activamente a reunir fondos, adquirir armas y municiones, y completar la labor de propaganda y organización. (Aunque Cisneros Betancourt era firme partidario del aplazamiento de la lucha, dió cuenta en la reunión de "Muñoz" de la petición que le habían hecho Vicente García, Luis Figueredo y otras personas más, al llegar al lugar donde debía celebrarse la junta, de que influyese para que no se aplazase el movimiento por la situación comprometida en que se hallaban varios jefes de Holguín, Manzanillo y otras partes, vigilados de cerca por las autoridades y expuestos a ser reducidos a prisión o perseguidos en cualquier momento. Después de oír a Cisneros, los comisionados se ratificaron en la resolución de aplazamiento y adoptaron el acuerdo de desautorizar y condenar severamente cualquier alzamiento prematuro que comprometiese el triunfo de la revolución. Vidal Morales, Aguilera Rojas y Céspedes y Quesada convienen en esta versión en sus obras respectivas.)

El acuerdo de aplazamiento adoptado en la junta de "Muñoz" se ajustaba al criterio de los comisionados allí presentes, y al de los jefes de tendencias más moderadas o conservadoras de los diversos núcleos de la conspiración, pero se apartaba del de los más radicales e impacientes, del de los que se consideraban en situación personal más difícil ante las autoridades, y también del sentir general de gran número, quizás de la mayoría, de los iniciados en la conspiración, y de muchos que aunque sólo tenían una vaga idea de lo que se tramaba, se hallaban contagiados con el espíritu de rebeldía y de protesta extendido por todas partes, de manera que apenas podían dominar la impaciencia de empuñar las armas y alzarse contra España. ("Se habían cometido grandes imprudencias —dice Antonio Zambrana— disculpables ciertamente en un pueblo inexperto y en el que la indignación llegaba al delirio. Jamás se reunían en gran número los campesinos en tabernas y poblados sin gritar *libertad*, siendo atropellados y puestos en fuga los

agentes del gobierno que trataban de impedirlo. Con motivo del impuesto era muy frecuente anunciar que, agotado el oro por las antiguas y constantes expoliaciones, se pagaría con hierro.”)

Hay pruebas históricas de que la junta revolucionaria de Oriente que presidía Aguilera, convencida de la imposibilidad de contener el estallido popular de la revolución hasta la terminación de la zafra, asumió la responsabilidad de variar los acuerdos de la reunión de “Muñoz”, y fijar una nueva fecha mucho más próxima, el 24 de diciembre de 1868, resolución ésta que le fué comunicada a Céspedes en 2 de octubre. El cambio de fecha no fué suficiente, sin embargo, para reducir a los impacientes, razón por la cual fueron éstos convocados por Aguilera a una reunión en el potrero “Ranchón de los Caletones” (potrero de Manuel Calvar, posteriormente general de la revolución, situado en la jurisdicción de Manzanillo), al siguiente día. En esta junta, presidida por Céspedes, que habló poco y se mantuvo expectante y neutral, agotó Aguilera todos los razonamientos y puso en juego toda su autoridad moral, para convencer y persuadir a todos los jefes locales presentes, de la imprescindible necesidad de aguardar hasta la mencionada fecha de 24 de diciembre para levantarse en armas. Momentáneamente dominados por la vehemente apelación del jefe sobre quien pesaba hasta aquel momento, por la confianza y los poderes en él depositados, la más grave responsabilidad en la organización y dirección de la empresa revolucionaria, acordóse, después de larga y acalorada discusión, al fin y al cabo, según se consignó en acta que quedó en poder de Céspedes, mantener la fecha pedida por Aguilera, pero libres de la sugestión y de la presión moral de éste, los asistentes a la junta de “Ranchón” no tardaron en volver sobre sus pasos y en reunirse, esta vez por su propia iniciativa, y sin citar a Aguilera, en el ingenio “Rosario”, de Jaime Santiesteban, uno de los impacientes jefes manzanilleros, el 5 de octubre. En esta secreta asamblea, sin ninguna oposición moderada y conservadora, se acordó prescindir de las resoluciones adoptadas por otras juntas sobre la fecha del comienzo de la insurrección; iniciar ésta el próximo día 14, con la proclamación de la independencia; designar a Céspedes jefe superior militar de la jurisdicción de Manzanillo, y despachar inmediatamente emisarios secretos a los demás centros y jefes revolucionarios, informándoles de las decisiones adoptadas y pidiéndoles que secundasen el movimiento y se levantasen en armas en sus zonas respectivas. Notificado Aguilera de estos acuerdos, no intentó realizar ningún nuevo esfuerzo por torcer el rumbo que tomaban las cosas, y de su ingenio “Santa Gertrudis”, situado cerca de “La Demajagua”, de Céspedes, partió para sus haciendas de “Cabaniguán”, al

sur de Tunas, a esperar los acontecimientos, dispuesto a secundar un movimiento que consideraba prematuro pero inevitable.

El estallido de la revolución se precipitó más aún de lo que se proponían los asistentes a la junta del "Rosario". El capitán general Lersundi, con noticias más o menos completas de la existencia de la conspiración, cursó órdenes telegráficas el día 6 a las autoridades de Bayamo y Manzanillo, por las cuales disponía que se procediese a la detención de Céspedes, Aguilera, Figueredo, Maceo Osorio, Bartolomé Masó y otras personas significadas por sus actividades revolucionarias, según antecedentes que obraban en poder de la primera autoridad. Informado secretamente Céspedes de la orden de detención, copia de la cual le fué entregada a Pedro Figueredo por el telegrafista de Bayamo, se dispuso a no dejarse reducir a prisión. (Ismael de Céspedes, sobrino de Carlos Manuel. Figueredo envió copia del telegrama a Céspedes con Manuel Anastasio Aguilera, familiar cercano de Francisco Vicente, y persona de toda confianza de éste.) Por otra parte, cundida la alarma, desde el 8 comenzaron a reunirse algunos de los conjurados en "La Demajagua", y en la evidencia de que la conspiración había sido descubierta, ultimaron rápidamente sus preparativos.

FUENTES

CAPITULOS I y II

- AHUMADA Y CENTURIÓN, JOSÉ. *Memoria histórico política de la isla de Cuba*. La Habana, 1874.
- CALDWELL, ROBERT GRANVILLE. *The Lopez Expedition to Cuba, 1848-1851*. Princeton, 1915.
- CLAIBORNE, J. F. H. *Life and Correspondence of John A. Quitman, Major-General, U.S.A., and Governor of the State of Mississippi*. New York, 1860, t. II.
- COLECCIÓN DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA NACIONAL. MAQUINACIONES REVOLUCIONARIAS. II. *Extracto de una comunicación de Francis Ross Cocking a Lord Palmerston, enviado por el Encargado de Negocios de España en Caracas al Secretario de Estado en Madrid, cuyo extracto remitió éste al Capitán General de Cuba con fecha 24 de enero de 1852*. Boletín de los Archivos Nacionales. La Habana, 1904, Año III, Núms. V y VI.
- CUADERNOS DE HISTORIA HABANERA. No. 44. *Los primeros movimientos revolucionarios del general Narciso López*. La Habana, 1950.
- DEL MONTE, DOMINGO. *Escritos*. La Habana, 1929, t. I.
- FERNÁNDEZ DE CASTRO, JOSÉ ANTONIO. *Medio siglo de historia colonial de Cuba*. La Habana, 1923.
- GONZÁLEZ DEL VALLE, FRANCISCO. *José de la Luz y Caballero en la conspiración de 1844*. (Memorias de la Academia de la Historia de Cuba.) La Habana, 1925.
- GUERRA, RAMIRO. *Manual de Historia de Cuba*. La Habana, 1938.
- *La expansión territorial de los Estados Unidos a expensas de España y de los países hispanoamericanos*. La Habana, 1935.
- GUITERAS, PEDRO JOSÉ. *Cuba y su gobierno*. Londres, 1853.
- *Historia de la Isla de Cuba*. Nueva York, 1865-1866, t. II.
- JUÁREZ CANO, JORGE. *Hombres del 51* (edición de la Academia de la Historia de Cuba). La Habana, 1930.
- MESA RODRÍGUEZ, MANUEL I. *Unas rectificaciones históricas en torno a Isidoro de Armenteros* (edición de la Academia de la Historia de Cuba). La Habana, 1949.
- MORALES, VIDAL. *Iniciadores y Primeros Mártires de la Revolución Cubana*. La Habana, 1901.
- PÉREZ CABRERA, JOSÉ MANUEL. *Plácido y la Conspiración de 1844*. *Revista de la Habana*, año II, t. IV, núm. 24, agosto de 1944.
- *Hombres y glorias del 51* (edición de la Academia de la Historia de Cuba). La Habana, 1951.
- PEZUELA, JACOBO DE LA. *Historia de la Isla de Cuba*. Madrid, 1878, t. IV.
- PIRALA, ANTONIO. *Anales de la Guerra de Cuba*. Madrid, 1895-1898, t. I.
- PORTELL VILÁ, HERMINIO. *Narciso López y su época*. La Habana, 1930, t. I.
- *Narciso López en Cárdenas*. *Carteles*, La Habana, mayo 24 y 31 de 1931.
- *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España*. La Habana, 1938, t. I.
- QUINTERO, JOSÉ A. *Apuntes biográficos del mayor jeneral Juan Antonio Quitman*. Nueva Orleans, 1855.
- RODRÍGUEZ, JOSÉ IGNACIO. *Estudio histórico sobre el origen, desenvolvimiento y manifestaciones prácticas de la idea de la Anexión de la Isla de Cuba a los Estados Unidos de América*. La Habana, 1900.
- RIVAS AGÜERO, MIGUEL A. *Joaquín de Agüero y sus compañeros, 1851-1951*. La Habana, 1951.
- SACO, JOSÉ ANTONIO. *Colección de papeles*. París, 1859, t. III.
- *Colección póstuma de papeles*. La Habana, 1881.
- *Documentos para su vida*. Anotados por Domingo Figarola-Caneda. La Habana, 1921.

- SANGUILY, MANUEL. *Páginas de la Historia*. La Habana, 1929, t. I.
- SANTOVENIA, EMETERIO S. *Libro conmemorativo de la inauguración de la Plaza del Maine en La Habana*. La Habana, 1928.
- *El Presidente Polk y Cuba* (edición de la Academia de la Historia de Cuba). La Habana, 1935.
- SEDANO, CARLOS. *Cuba. Estudios Políticos*. Madrid, 1872.
- XIMENO, JOSÉ MANUEL DE. "Un pobre bistrión" (Plácido), en Primer Congreso Nacional de Historia, II, Trabajos presentados. La Habana, 1943.
- ZARAGOZA, JUSTO. *Las Insurrecciones en Cuba*. Madrid, 1872, t. I.

CAPITULO III

- FERNÁNDEZ DE CASTRO, JOSÉ ANTONIO. *Medio siglo de historia colonial de Cuba*. La Habana, 1923.
- FIGAROLA-CANEDA, DOMINGO. *Diccionario cubano de seudónimos*. La Habana, 1922.

FOLLETOS ANEXIONISTAS:

1. *Observaciones al folleto "Ideas sobre la incorporacion de Cuba en los Estados Unidos", por Don José Antonio Saco*. Imp. "La Verdad", New York, 1849. Firmado: *Freemind* [Juan Díaz Quibus].

Fernández de Castro, que lo describe, lo atribuye a Manuel Díaz Quibus. (Ob. cit., p. 111, n. 26.)

2. *Contestacion á un folleto titulado: Ideas sobre la incorporacion de Cuba en los Estados Unidos, por Don José Antonio Saco, que le dirige uno de sus amigos*. Imprenta de "La Verdad", calle de Nassau, No. 102. Firmado: *León de Fragua Calvo* [Cristóbal Madan].

3. *Impugnacion á las "Ideas sobre la Incorporacion de Cuba en los Estados Unidos, por Don José Antonio Saco"*. Imprenta de "La Verdad", Calle de Nassau, No. 102, 1849. Firmado: E.D.L.T. [Ramón de Palma].

4. *Ideas sobre la Incorporacion de Cuba en los Estados Unidos, en contraposicion á las que ha publicado Don José Antonio Saco*. Imprenta de "La Verdad", Calle de Nassau, No. 102, 1849. Fechado: Habana 29 de Abril de 1849. Autor: [Gaspar Betancourt Cisneros].

GUERRA, RAMIRO. *Manual de Historia de Cuba*. La Habana, 1938.

MORALES Y MORALES, VIDAL. *Iniciadores y Primeros Mártires de la Revolución Cubana*. La Habana, 1901.

ORTIZ, FERNANDO. *José Antonio Saco y sus ideas cubanas*. La Habana, 1929.

PÉREZ, LUIS M. *Estudio sobre las ideas políticas de José Antonio Saco*. La Habana, 1908.

PEZUELA, JACOBO DE LA. *Diccionario geográfico, estadístico, histórico, de la isla de Cuba*. Madrid, 1866, t. IV.

SACO, JOSÉ ANTONIO. *Colección de papeles*. París, 1859, t. III.

CAPITULOS IV y V

AGUILERA ROJAS, ELADIO. *Francisco V. Aguilera y la Revolución de Cuba en 1868*. La Habana, 1909.

AHMADA Y CENTURIÓN, JOSÉ. *Memoria histórico política de la Isla de Cuba*. La Habana, 1874.

ALCALÁ GILIANO, DIONISIO. *Cuba en 1858*. Madrid, 1859.

CALLAHAN, JAMES MORTON. *Cuba and International Relations*. Baltimore, 1899.

CÉSPEDES, CARLOS MANUEL DE. *Manual de Quesada y Loynaz* (edición de la Academia de la Historia de Cuba). La Habana, 1925.

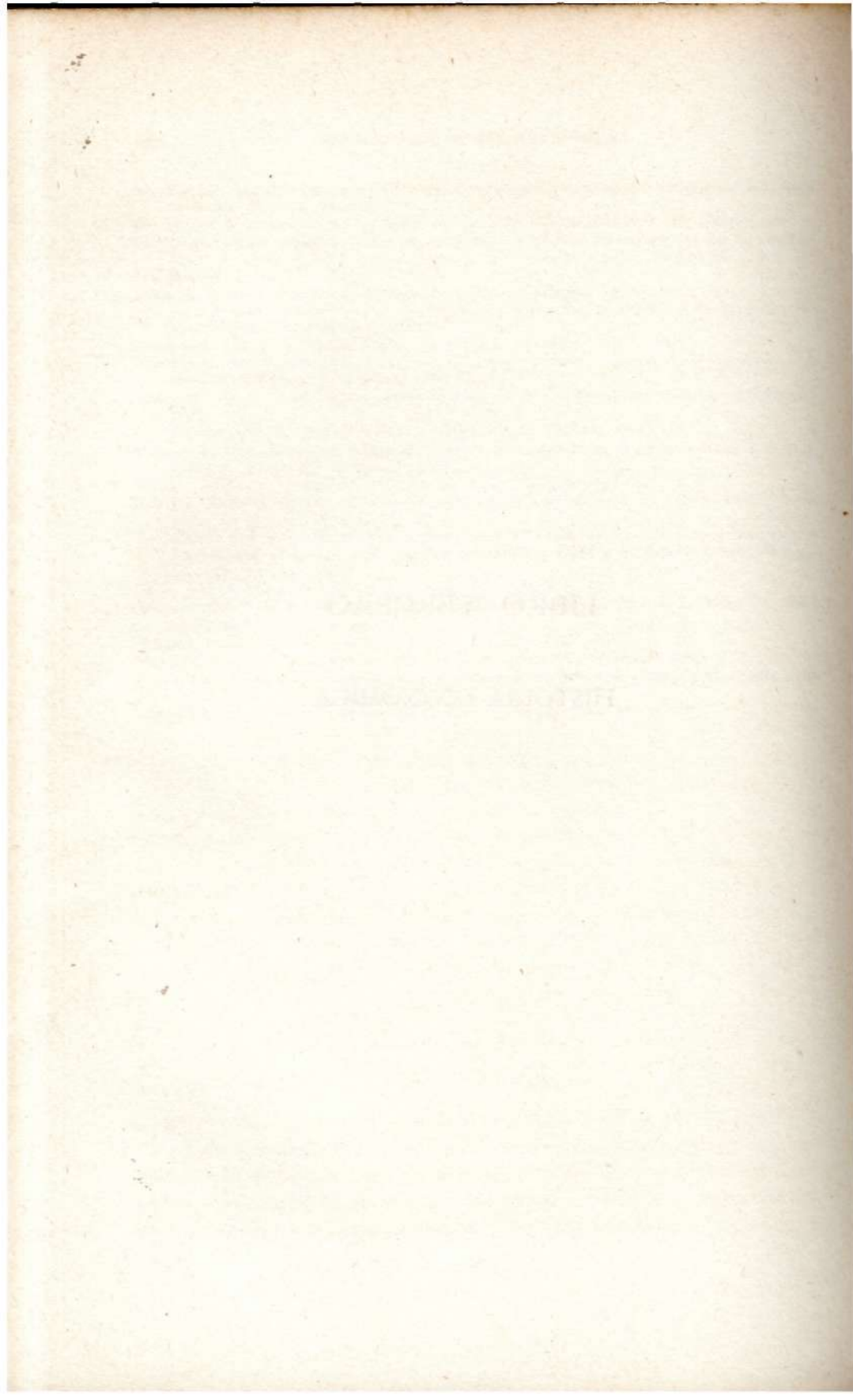
CONANGLA FONTANILLES, JOSÉ. *La conspiración y el martirio de Ramón Pintó*. La Habana, 1921.

CLAIBORNE, J. F. H. *Life and Correspondence of John A. Quitman, Major-General, U.S.A., and Governor of the State of Mississippi*. New York, 1860, t. II.

- ESTORCH, D. M. *Apuntes para la historia sobre la administración del marqués de la Pezuela en la isla de Cuba*. Madrid, 1856.
- FERNÁNDEZ MARCANÉ, LUIS. *La visión grandiosa de Vicuña Mackenna*. La Habana, 1943.
- GONZÁLEZ, DIEGO. *Historia documentada de los movimientos revolucionarios por la independencia de Cuba de 1852 a 1867* (edición de la Academia de la Historia de Cuba). La Habana, 1939.
- GUERRA, RAMIRO. *Manual de Historia de Cuba*. La Habana, 1938.
- *La expansión territorial de los Estados Unidos a expensas de España y de los países hispanoamericanos*. La Habana, 1935.
- LARRONDO, ENRIQUE. *Ramón Pintó*. La Habana, [1926].
- LLAVERÍAS, JOAQUÍN. Facciolo y "La Voz del Pueblo Cubano" (edición de la Academia de la Historia de Cuba). La Habana, 1923.
- MORALES, VIDAL. *Iniciadores y Primeros Mártires de la Revolución Cubana*. La Habana, 1901.
- *Hombres del 68*. Rafael Morales y González. La Habana, 1904.
- ORREGO VICUÑA, EUGENIO. *Vicuña Mackenna y la independencia de Cuba* (edición de la Academia de la Historia de Cuba). La Habana, 1951.
- PIRALA, ANTONIO. *Anales de la Guerra de Cuba*. Madrid, 1895-1898, t. I.
- PORTELL VILÁ, HERMINIO. *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España*. La Habana, 1938, t. I y II.
- RODRÍGUEZ, JOSÉ IGNACIO. *Estudio histórico sobre el origen, desenvolvimiento y manifestaciones prácticas de la idea de la Anexión de la Isla de Cuba a los Estados Unidos de América*. La Habana, 1900.
- SACO, JOSÉ ANTONIO. *Colección de papeles*. París, 1859, t. III.
- SANTOVENIA, EMETERIO S. *Libro conmemorativo de la inauguración de la Plaza del Maine en La Habana*. La Habana, 1928.
- SEDANO, CARLOS. *Cuba. Estudios Políticos*. Madrid, 1872.
- VARONA, ENRIQUE JOSÉ. *De la Colonia a la República*. La Habana, 1919.
- VILLAVARDE, CIRILO. *El señor Saco con respecto a la revolución de Cuba*. Nueva York, 1852.
- ZAMBRANA, ANTONIO. *La República de Cuba*. New York, 1873.
- ZARAGOZA, JUSTO. *Las Insurrecciones en Cuba*. Madrid, 1872-1873.

LIBRO TERCERO

HISTORIA ECONOMICA



CAPÍTULO I

LA ESTRUCTURA AGRARIA Y EL DESARROLLO AGRICOLA

EN el tomo precedente hemos reseñado la transformación que se produce en la estructura tradicional de la propiedad agraria, como consecuencia del estupendo desarrollo de la agricultura comercial iniciado a mediados del XVIII y acelerado especialmente a partir de 1790. Indicábamos que tal fenómeno se produjo, sobre todo, en la región occidental, que también llamamos habanera —por cuanto dependía económica y administrativamente de la capital— mientras en las regiones central y oriental se mantenía casi incólume la vieja estructura simbolizada por los hatos, los corrales y los sitios de labor y vegas de tabaco, salvo, claro está, en aquellas zonas muy delimitadas en que penetró desde principios del siglo el cultivo del café. Esa transformación se manifestaba como una onda que partiendo de la región occidental o, más propiamente, de la jurisdicción de La Habana, se expandía, por el Oeste hasta, más o menos, el puerto de Cabañas y, por el Este, en dirección a Matanzas esto es bordeando la costa, podría decirse, que en busca de salidas para los productos de la tierra. Se constataba que al final de período estudiado, o sea, 1790-1837, ya había comenzado a producirse esta invasión de la agricultura comercial, con sus formas agrarias peculiares, en la fertilísima llanura de Colón (Nueva Bermeja) y Banagüises. Rotos los moldes jurídicos en que se sustentaba la estructura agraria fundada en el siglo XVI, ya nada detenía el avance de la agricultura comercial y todo aquello que se le oponía, fuera hato, corral, vega realenga, aprovechamientos comunales o posesión inmemorial era barrido en nombre de la libertad de cultivo y de la libre disponibilidad de las tierras.

Estos caracteres se seguirían observando después de 1837. En tal sentido, no hay solución de continuidad entre un período y otro. Sin embargo, debe subrayarse la presencia de nuevos elementos, todavía confusos, en la estructura agraria, resultantes de la profunda transformación que se está operando en la industria azucarera principalmente,

que tienen una influencia directa sobre las formas agrarias que sustentan al cultivo de la casa. De menor resonancia fueron los cambios deducidos del abandono, a veces general en algunas regiones, del cultivo del cafeto.

En el cultivo de la caña se pueden observar los primeros síntomas del latifundio que ha de singularizar la situación agraria de Cuba hasta nuestros días. Y, por otra parte, la multiplicación de minifundios, aunque no de los pequeños propietarios, a consecuencia del propio desarrollo azucarero y demográfico general. La dedicación de tierras cafetaleras a la ganadería intensiva —de *potreros*— y al cultivo del tabaco en forma también intensiva son hechos que corresponden a este período como consecuencia de grandes cambios surgidos en las exportaciones básicas del país.

Un examen general de la organización agraria entre 1837 y 1868 permitirá situar —al par que constatar— los hechos a que nos referimos:

1. Se dispone de datos bastante completos sobre la estructura agraria del país, a consecuencia de la formación de Censos generales como los de 1846 y 1862, amen de trabajos menores —sobre todo publicados por la Sociedad Económica de Amigos del País en sus *Memorias*— sobre localidades o regiones. Según se deduce de la comparación de las cifras que sobre las *fincas rústicas* proporcionan esos censos, entre 1837 y 1868 se mantiene la vieja distribución regional de las explotaciones agrícolas así como de la población y, en consecuencia, la estructura agraria sigue manifestándose concentrada en tres zonas: La Habana, Villa-Clara y Oriente, a las que podría añadirse por su localización y caracteres la zona de Puerto Príncipe. Cada una de esas zonas se hallaba en una estadio diferente de evolución agraria, sobre lo cual haremos unos comentarios más adelante.

A) En la región occidental debe observarse la diferencia, ya histórica, en aquellos años, entre la jurisdicción de Nueva Filipina o Pinar del Río, la región habanera y la jurisdicción de Matanzas. Lo que hasta 1820 había sido más o menos la región *habanera*, ya era un conjunto de tres zonas cada una con sus caracteres. La estructura agraria en la primera de ellas —Pinar del Río— estaba caracterizada por el escasísimo desarrollo azucarero, unido a un aumento de los *potreros* y de las vegas de tabaco. Ciertamente es que tradicionalmente las localidades cañeras, situadas al Oeste de la capital habían sido consideradas como de la jurisdicción de ésta, por lo cual hasta el puerto de Cabañas no empezaba propiamente —por la costa norte— la jurisdicción de Pinar del Río.

En las localidades intermedias, o sea, que se extendían entre esta zona y la de La Habana, se estaba produciendo ya, desde años atrás, algunos cambios especialmente debido a la desaparición de cafetales. En Puerta de la Güira (que incluía a Artemisa o San Marcos), mientras disminuyen los ingenios y los cafetales aumentan los potreros y los sitios de labor:

	Haciendas de ganado	Sitios de crianza	Ingenios	Cafetales	Potreros	Sitios y Estancias
1846	4	..	6	50	8	172
1859	..	..	4	25	36	392

La industria azucarera se estaba moviendo más al oeste pues en Cañas los ingenios pasan de 12 a 22 entre 1846 y 1859. En la localidad de Guanajay está sucediendo fenómeno similar, no obstante la adición de territorio a consecuencia de arreglos jurisdiccionales.

	Haciendas de ganado	Sitios de crianza	Ingenios y Trapiches	Cafetales	Potreros	Sitios y Estancias	Vegas
1846	..	..	11	23	11	177	66
1859	..	..	..	..	11	248	..

En este caso se observa un desplazamiento total, que responde posiblemente a un fenómeno local que agrava la tendencia mostrada en las otras zonas intermedias, a que nos referimos.

En la región propiamente habanera, la antigua zona de Güines que se había caracterizado por la instalación de los mejores ingenios a partir de 1790, había comenzado a decaer. En este caso, las cifras de 1859-62 incluyen partidos que no estaban comprendidos en la jurisdicción de Güines en 1846, por lo cual hechas las deducciones, tenemos los siguientes datos:

	Sitios de crianza	Ingenios	Cafetales	Potreros	Sitios y Estancias	Vegas
1846	5	66	86	149	1,351	62
1859	6	39	12	302	1,425	4

Los ingenios de la zona se estaban moviendo hacia el Este, de ahí que la localidad matancera de Alacranes fuera hacia 1855 incorporada a Güines. En esta evolución influyó desde luego, el ramal del ferrocarril hasta Unión. Los cafetales desaparecían y eran reemplazados por los potreros que ofrecían una salida fácil al mercado capitalino y las antiguas vegas de tabaco verdín, para rapé, desaparecieron completamente,

de modo que el proceso de su liquidación iniciado por el auge azucarero de 1790-1820 quedó consumado en este período, moviéndose la zona tabacalera hacia el Occidente, para formar la zona llamada de *partido*. Pero si bien quedaron reducidos los ingenios, la industria progresó extraordinariamente, pues en 1859-62 la totalidad de los ingenios, o sea, 39, eran movidos por vapor y producían más que los 66 ingenios contados en 1846.

Este proceso que supone un cambio estructural de la agricultura comercial en la zona central de la región habanera abrió paso a los cultivos menores, especialmente papas y hortalizas que, desde entonces, constituyen una parte importante o la más importante de la región de Güines.

Y este fenómeno no era exclusivo de esa localidad habanera sino se producía igualmente en Bejucal, donde, además, de la definitiva liquidación de la hacienda ganadera extensiva se produce una reducción de los ingenios, de los cafetales y un fuerte aumento de las tierras dedicadas a potreros.

En lo que hemos denominado región occidental se distingue una tercera zona, constituida por Matanzas y las tierras situadas al E. de ella. Aun cuando las cifras correspondientes a 1862 muestran una disminución de todos los tipos de explotaciones debe observarse que ello se debe a que a partir de 1846 ocurrieron cambios jurisdiccionales que tendieron a sumar a la jurisdicción de Cárdenas y de Colón algunas de las tierras antaño comprendidas bajo la unidad administrativa de Matanzas. De modo que pudiera estimarse que no ocurrieron cambios apreciables, salvo en lo que hace a los cafetales en los que la reducción se debió al descenso general de la industria.

Respecto de Cárdenas se observa un crecimiento de cierta importancia. Sin embargo, las cifras son difíciles de establecer debido a los grandes cambios territoriales sucedidos en la región entre 1846 y 1859-62. De un lado, entre esas dos fechas, los partidos de Palmillas, Hanábana, y Macuriges, pasan a la nueva jurisdicción de Colón, y el de Ceja de Pablo, a la de Sagua, como indicando que el movimiento hacia el E. continuaba paulatinamente. Tomando, pues los datos de aquellos partidos que eran comunes a Cárdenas en las dos fechas registramos un aumento de no menos de 14 ingenios que, a juzgar por la información de la época, eran de los más extensos en tierras. Este dato se refuerza por el hecho que, salvo los minifundios, estimulados por la propia multiplicación de los ingenios, todas las demás explotaciones agrarias disminuyen en la jurisdicción entre 1846 y 1862, aunque

especialmente ello ocurre con los cafetales. De la expansión de la industria azucarera en esta zona surgió la nueva jurisdicción de Colón (Nueva Bermeja), en cuyo caso el establecimiento de las cifras apropiadas es más difícil debido a que se constituyó con partidos segregados de las demás jurisdicciones.

Como puede advertirse, en todo el llamado Departamento Occidental las tendencias habían variado desde el período 1790-1837, especialmente en la zona habanera, donde se notaba ya un desplazamiento importante de la agricultura comercial.

B) En el llamado Departamento Central el ritmo presentaba la superposición de dos tendencias. De un lado, perduraba el movimiento de liquidación de las antiguas explotaciones ganaderas, transformándolas en tierras cultivadas o en potreros, cuyo aumento es particularmente significativo; y de otro, penetraba la agricultura comercial simbolizada por los nuevos ingenios. Esto se observa de modo especial —aparte de lo que expresan las cifras sobre el aumento de los ingenios— en el ligero aumento de los cafetales y el surgimiento de algodones especializados.

En esta región, de la que hemos excluido a Puerto Príncipe (Camagüey) por sus caracteres diferenciales, se comenzó a producir a partir de 1840 un fuerte movimiento de liquidación de las haciendas comuneras, se formaron nuevos núcleos rurales de población y comenzaron a establecerse ingenios que huían del "cansancio" de las tierras matanceras, donde solo podían perdurar aquellas fábricas que dispusieran de una serie de elementos financieros que les permitiera emplear métodos agrícolas e industriales ultramodernos. Sin embargo esta tendencia se mostró con más fuerza en unas localidades que en otras. Es evidente que el máximo empleo de tierras en plantaciones cañeras fué en Sagua —continuando la expansión producida en Colón-Banagüises—, mientras el más amplio desarrollo de los potreros y de las vegas de tabaco se producía en Sancti-Spíritus. El aumento de los cafetales y la supervivencia de los cacaotales era propio de Remedios.

Por su parte, Puerto Príncipe donde predominaban las formas tradicionales: hatos, corrales, haciendas comuneras —combatidas por todos los criollos progresistas, como El Lugareño— ya sentía la presión no solo de la onda originada en la Habana desde mediados del XVIII sino tendía a suplir las zonas productoras de ganado que iban faltando a consecuencia del auge cañero. Mientras las zonas de Sancti-Spíritus, Nuevitas y Puerto Príncipe solo contribuyeron con 31 ingenios nuevos al aumento de 204 que se produjo entre 1846 y 1862, en la zona cen-

tral del país, ellas mismas contribuyeron con 714 potreros nuevos al total de 1,016 que constituyen la diferencia entre 1846 y 1862. Desde el punto de vista de la estructura agraria Sancti-Spíritus se asemeja más a la de Puerto Príncipe que las restantes, situadas más al Oeste, o sobre la costa norte, donde el incentivo de los puertos atraía la agricultura comercial.

C) En la región o Departamento Oriental la estructura agraria se mantenía sobre las bases tradicionales, salvo en lo que hace a la liquidación paulatina de las viejas haciendas ganaderas para sustituirlas por potreros. Entre 1846 y 1860 no se produjo prácticamente cambio alguno en la industria azucarera y la disminución producida en la agricultura del cafeto, del cacao y del algodón es de poca entidad. En realidad, no puede hablarse de transformación alguna fuera de la referente al uso de las tierras en la ganadería. Desde el punto de vista de la distribución local el fenómeno de más interés consistió en la concentración en Guantánamo (Saltadero) de las explotaciones cafetaleras. El desplazamiento de los algodones situados en Guantánamo hacia Manzanillo, responde posiblemente a la necesidad de aprovechar todas las tierras de la antigua hacienda Santa Catalina en cultivos más prometedores. En general, los cambios más fuertes tienden a producirse en la zona de Holguín-Tunas, quizás en dirección al norte, en Manzanillo y en Santiago de Cuba, donde el desarrollo del comercio y de la población estimulaba la apertura o el cambio de uso de las tierras.

2. Durante este período el único obstáculo que se opone a la difusión de la nueva estructura agraria está limitado a las haciendas comuneras. Claro está que otras razones —que no es del caso explicar— impedían la difusión continua y regular de la agricultura comercial; pero desde el punto de vista de la propia constitución agraria del país, las haciendas eran el reducto de la tradición ganadera y ocasionalmente, latifundiaria.

Aparte de los hechos ya conocidos en el período anterior que marcan el inicio de la demolición de las haciendas cercanas a Caibarién y Nuevitás, durante los años que median entre 1846 y 1868 se produce una gran tendencia a la eliminación de las haciendas comuneras y los hatos y corrales, especialmente en la zona de Remedios donde había buen número de ellas. Todavía en 1857 Francisco Javier Balmaseda, como Alcalde Segundo de la ciudad, exponía los inconvenientes y el modo de dividir estas haciendas de comunidad. Y en Puerto Príncipe se desvinculaban las tierras de Najasa, mayorazgo compuesto de 2,000 caballerías y 4,000 cabezas de ganado.

El movimiento demográfico, por otra parte, se manifiesta intensamente contribuyendo a crear la base para la demolición de las grandes haciendas. En este sentido hay positivamente una apertura de nuevas zonas que estudiaremos con más detalles en el capítulo II. Pero lo cierto es que desde 1840 hasta 1868 las nuevas zonas se encuentran todas, salvo pocas excepciones, en el Departamento Central o sea en lo que es hoy las provincias de Las Villas y de Camagüey.

La celeridad con que se produjo este movimiento de disolución de las haciendas tradicionales fué un hecho fácil de distinguir, especialmente en la región de Matanzas. "Hace ocho o nueve años, las haciendas Banagüises, el Jigüe y Río Piedra eran incultas", al decir del químico Casaseca en un estudio de los ingenios de esa región. Esto es, hacia 1840 todavía no había penetrado allí la gran agricultura comercial. La continuación de la "onda" hacia el Este se vió acelerada por la Guerra de los Diez Años que introdujo un elemento perturbador en la tendencia.

La disolución de las haciendas comuneras se regía por el Voto Consultivo de 1819 ya conocido. No hubo modificación en el procedimiento, quizás porque a medida que pasaban los años ya el problema de estas haciendas iba desapareciendo. En la década de los 60 comenzó a verificarse el movimiento de demolición en la zona de Sancti-Spíritus y, al parecer, hacia 1868 se estaba produciendo el inicio del mismo fenómeno en la zona de Holguín. Tan poca atención se prestaba ya a las haciendas comuneras que al aplicarse en Cuba la Ley de Enjuiciamiento Civil (1865) se derogó el Voto Consultivo de 1819, sin sustituirlo, de modo que el juicio demolitorio tendría que regirse en el futuro por las normas procesales comunes a todo deslinde de tierras.

3. En el orden de la estructura nueva, se estaban produciendo cambios de cierta importancia. El que nos parece más digno de atención es el de la ampliación de la capacidad de cultivo por ingenio y, en consecuencia, la aparición de ingenios con una tendencia latifundiaría muy clara. Desde luego, en este período, como en los anteriores, la palabra latifundio debe ser tomada en un sentido comparativo y relativo. Propiamente en Cuba, desde el siglo XVI, no había existido más que un tipo de latifundio, el dedicado a las explotaciones ganaderas extensivas: hatos y corrales. Pero en este momento, aparte de que ya estaban en proceso de liquidación completa, la propia explotación ganadera tendía a reducirse e intensificarse en los potreros, mientras los ingenios tendían —a impulsos de las mejoras técnicas de la época— a ampliar sus cultivos.

Lo primero que conviene subrayar respecto de este fenómeno es la influencia de la revolución técnica. Desde 1840 comenzó el proceso acelerado de instalación de aparatos de cocción del guarapo al vacío, que es el más importante de los hechos que caracterizan el progreso industrial azucarero. Se ensayaron centrífugas, se difundió completamente el empleo de la máquina de vapor para mover los trapiches y éstos, por una serie de mejoras, extraían más guarapo que los molinos utilizados a principios del siglo. Al levantarse significativamente la capacidad de extracción y de elaboración de la fábrica, fué preciso, en ciertas zonas por lo menos, ampliar el cultivo para producir más azúcar en cifras absolutas. Por otra parte, allí donde se empleaban *trenes* anticuados o que las tierras estaban "cansadas" era posible igualmente aumentar la producción uniendo dos o tres trenes y ampliando el cultivo. En suma, a consecuencia del auge constante de las exportaciones, el uso cañero de las tierras no solo se difundió por el país sino tendió a difundirse en torno a los propios ingenios. Bastaría percatarse que en las estadísticas publicadas por Rebello, los ingenios equipados con trenes o aparatos modernos (Rillieux, Derosne, etc.) generalmente disponían de más tierras, en total, y de más extensión sembrada de caña en particular, que los ingenios deficientemente equipados.

Fué precisamente en la zona nueva de Matanzas-Cárdenas-Cienfuegos donde se pudo observar este fenómeno de ampliación de los cultivos y de las tierras cañeras entre 1846 y 1868. Pezuela en su *Diccionario* ofrece datos que son muy elocuentes. Vamos a reproducir algunos de ellos, con la salvedad que muestran diferencias apreciables con las que ofrecía la obra de Rebello, interesada por lo general en dar solo la cantidad de tierras empleadas en cañaverales. Según Pezuela algunos de los ingenios más importantes de la colonia tenían la siguiente extensión total de tierras:

Alava (Cárdenas)	148	caballerías
Asunción (Mariel)	100	"
Flor de Cuba (Cárdenas)	93	"
Güinia de Toto (Trinidad)	190	"
Ponina (Cárdenas)	108	"
Progreso (ídem)	184	"
San Martín (ídem)	222	"
San Rafael (Matanzas)	180	"
Santa Susana (Cienfuegos)	340	"
y Trinidad (Matanzas)	128	"

El primero tenía 80 caballerías dedicadas a cañaverales y los demás de 45 a 60 caballerías. Comparados con los ingenios modelos de perfección de la década de los 20, se notará que la extensión se había duplicado o triplicado, indicando una forma primitiva de concentración de la propiedad agraria cañera.

Hacia 1860 estos ingenios, en los cuales la extensión de tierras iba unida a la gran cantidad de esclavos dependientes (de 300 a 400), no tenían comparación con los que iban quedando, en forma residual digamos, en las zonas más atrasadas. Por ejemplo, en el llamado Departamento Oriental la generalidad de los ingenios disponían de 1 a 15 caballerías. Por lo contrario en partidos nuevos como Macagua la concentración llegaba a un extremo realmente notable por la presencia de una serie de ingenios grandes en la misma localidad; en el partido mencionado, perteneciente a la jurisdicción de Colón, el año 1862, sobre 26 ingenios todos disponían de máquina de vapor en el molino y uno solo tenía menos de 10 caballerías sembradas de caña. Ninguno tenía menos de 30 caballerías de tierras en total. En este partido la presión de estas circunstancias sobre las restantes formas de explotación agraria es elocuente: existían entonces solamente unos 32 potreros y un centenar de sitios de labor y estancias, dedicadas a cultivos menores.

El hecho ilustra una tendencia que habrá de manifestarse plenamente después de las sacudidas revolucionarias que agitaron al país desde 1868 y, por esta razón, debe tomarse como un fenómeno local y en formación, no como una regla general, ni siquiera como un hecho común en la estructura agraria entre 1846 y 1868.

En cierto sentido, el cultivo del tabaco estaba sufriendo una evolución similar, aunque representada por cifras de extensión de las plantaciones siempre mucho menores. De esta tendencia era responsable la política de liberación progresiva de todas las trabas a la exportación. La desocupación de tierras cafetaleras, a partir de la década de los 30 en algunas de las zonas del Occidente de La Habana, abrió el camino a la formación de la zona tabacalera de Partido, donde se sintió primero el impacto del alza de las exportaciones. Por primera vez comenzaron a aplicarse los esclavos en número apreciable al cultivo del tabaco. De este modo hacia 1849 se podía hablar de fincas *pequeñas*, las que disponían de menos de 10 hombres y fincas *grandes* las que podían tener hasta 25 ó 30 esclavos de dotación. Como veremos más adelante esta tendencia, que nunca pudo desarrollarse al punto de transformar el cultivo del tabaco en una explotación de carácter comercial como los demás cultivos básicos del país, está relacionada, además, con la

oportunidad y la necesidad de aumentar rápidamente las cifras absolutas de producción. Lo que muestra más claramente el hecho a que nos estamos refiriendo es que el número de vegas existentes entre 1846 y 1860 aumenta progresivamente, sobre todo a partir de 1855 al expandirse súbitamente las exportaciones. En este caso, como en el de la industria azucarera el crecimiento se producía por la adición de unidades no por el aumento de su eficiencia. En 1846 había unas 9,102 vegas, distribuidas en 3,990 en el Departamento Occidental, 967 en el Departamento Central y 4,145 en el Departamento Oriental. Entre 1858 y 1860 los datos censales indican una disminución en la zona Central, mientras hay un crecimiento evidente en los otros dos Departamentos. El total en 1858 era de 9,408 y en 1860 11,550. Desde luego, se sabe que hubo en esos años una producción mayor; pero es posible que algunas veces no pudiera realizar debidamente la enumeración de estas explotaciones. De todas suertes, lo cierto es que la Guerra de los Diez Años determinó una destrucción de este cultivo en las zonas central y oriental, comenzando entonces el proceso de "concentración tabacalera" que no terminaría hasta la primera década del siglo xx.

Finalmente, otro hecho que conviene destacar es el de las relaciones entre la difusión de las formas menores de explotación agraria y el desarrollo de la agricultura comercial. Con razón sostiene Ramiro Guerra en *Azúcar y Población en las Antillas* que el auge de la agricultura comercial no detuvo la multiplicación de las pequeñas explotaciones durante el siglo xix. Esta tesis es verdadera sobre todo hasta 1868. Aun más, es posible que la multiplicación de los ingenios fomentara la creación de pequeñas explotaciones agrícolas. Desde luego, esto no quiere decir que fomentó la pequeña propiedad, sino solo la pequeña explotación agraria; sin embargo, el hecho conviene ser destacado. Por lo general, los grandes ingenios no eran autosuficientes, porque la creciente deficiencia de esclavos —no obstante el contrabando— y la tendencia a intensificar las zafras a través de la aplicación intensiva de brazos y de la utilización al máximo de cada esclavo, impedían que produjeran todo lo que necesitaban. Por otra parte, la concentración de ingenios en ciertas zonas produjo un movimiento demográfico que tendía a crear, junto al mercado formado por las dotaciones de los ingenios, un mercado urbano de alguna importancia. Por esta razón los propios hacendados fomentaban, en torno a sus ingenios, la creación de sitios que daban a censo, en arrendamiento o en otras formas. A diferencia de esta tendencia, en las zonas de concentración tabacalera, por ejemplo, se dificultaba la creación de esas pequeñas explotaciones diversificadas.

Desde luego, las vegas eran, por sí, diversificadas y producían gran cantidad de frutos menores y legumbres; pero esto mismo les daba un carácter típicamente de subsistencia, mientras que en las zonas agrícolas azucareras o cafetaleras la producción de los sitios se realizaba con vista de un mercado. Las cifras, que no vamos a reproducir en este lugar, relativas a zonas en donde imperaba la agricultura comercial, indican que entre 1846 y 1868, una parte importante del desarrollo de las pequeñas explotaciones agrícolas se debió precisamente a la presencia de los grandes cultivos. Solo en casos extremos, como el del partido de Macagua, antes comentado, se nota la exclusión de todas las demás explotaciones por la presencia de un desarrollo aborrible del cultivo cañero. Lo que quiere decir que en las circunstancias generales de la época, esto es, en presencia de ingenios de 20 a 30 caballerías de tierras en total, las pequeñas explotaciones agrarias no quedaban ahogadas. Debe, sin embargo, tenerse presente que para acelerar esta multiplicación de los minifundios era preciso seguir una activa política de colonización blanca rural, a la cual se oponían las propias condiciones rurales resultantes de la esclavitud y la incompreensión de la mayor parte de los hacendados que no tenían más preocupación que producir más, más barato y sin peligro de alteración del orden consagrado.

4. Las transformaciones o las tendencias de la estructura agraria que hemos reseñado se produjeron al par que iban sentándose las bases de una reforma térmico-agrícola de gran alcance. Desde luego, los hechos de más significación corresponden al cultivo de la caña y, en tal sentido, responden al proceso general de tecnificación y de concentración que se estaba operando desde 1840. Pero como el problema del rendimiento de la industria se apreciaba mejor dentro del marco de la parte industrial de la producción, el proceso de tecnificación es más, mucho más intenso, en la casa de máquinas que en los cañaverales.

En el orden agronómico, la introducción de la variedad cristalina de la caña, al parecer anterior a 1840, no tiene significación especial, pues no logró desplazar ni la variedad Otahiti, ni la caña criolla, ni la cinta que eran las existentes entonces, entre otras razones, porque bien pronto se descubrió que no tenía un rendimiento comparable a las demás. Hacia 1859-60 constataba Juan Poey que la caña cristalina producía solo 2,000 @ por caballería; años antes el químico Casaseca indicaba un rendimiento aun más bajo. En la zona nueva de Banagüises hacia 1850 toda la caña sembrada era de la variedad Otahiti.

La transformación de los métodos de cultivo fué de mayor trascendencia. Claro está que las líneas generales del cultivo en el período

precedente, según hemos comentado en el t. III, se mantuvieron durante los años 1846 a 1868; pero es evidente que la cristalización de los procedimientos agrícolas no era compatible con la creación y difusión de los ingenios "monstruos" a que nos hemos referido anteriormente. El pequeño ingenio que era fácil trasladar de tierras, a medida que tenía que buscar nuevos suelos podía basarse en la aplicación de técnicas deficientes y tradicionales; el gran ingenio, requerido de gran número de caballerías, con fuertes "dotaciones" de esclavos, maquinaria y aparatos pesados y complejos, tenía que fijarse definitivamente en un lugar y mejorar su técnica si quería enriquecer la tierra o, simplemente conservarla con la fertilidad mínima para seguir produciendo.

Nuevos métodos de cultivo se fueron introduciendo en las zonas nuevas como Matanzas, Cárdenas y Banagüises y en ingenios aislados de zonas antiguas, como Güines. La primera característica de estos procedimientos nuevos consistió en el uso de arados perfeccionados de vertedera, generalmente norteamericanos, de gradas, de rodillos de tapadores, que vinieron a sustituir el sencillo arado criollo de madera y de reja, la guataca y el machete que eran los instrumentos predominantes, junto con el *jan*, en la siembra, cuidado y recolección de la caña. Todas estas innovaciones se produjeron después de 1840, por lo menos, como movimiento de tipo general. Los progresos fueron lentos y no exentos de obstáculos. Con mencionar solo el que procedía de la imperfección de los propios instrumentos modernos que, al decir de Reynoso, eran costosos y los de fabricación americana —los más accesibles— muy inferiores a los de fabricación europea. Como culminación de esta etapa de mejoramiento técnico-agrícola podría señalarse la prueba pública del arado de vapor Fowler realizada en un ingenio de la familia Aldama, el año 1863 según noticias de *El Siglo* y de documentos del Archivo Nacional. Parece que esta innovación no fué aceptada; pero deben tenerse en cuenta las perspectivas que abría para el futuro de una explotación cuyo problema central era el rendimiento.

El uso de esos instrumentos fué posible, además, por la aparición de un nuevo sistema de siembra. Reynoso que llevó este sistema a su más alto grado de expresión explica cumplidamente que el cultivo a distancia suficiente era el único que permitía el uso de los nuevos arados. Pero este tipo de procedimiento, decía él, "dentro de muy poco se habrá generalizado", lo que quiere decir que en la mayoría de los ingenios de la época se seguía sembrando a distancias tan cortas que muchas veces se echaba a perder el cañaveral.

En realidad, esta transformación técnica fué acompañada de una teoría científica de mucha mayor resonancia que sus escasas manifestaciones prácticas. En efecto, frente al cuidado casi exclusivo que se dió a la tecnificación industrial, Reynoso sostuvo y demostró que la *verdadera fábrica* del azúcar era el cañaveral, no la casa de máquinas, con lo cual se desplazaba el interés del hacendado hacia la plantación que era, por razón de la evolución de la industria el sector más retrasado de la técnica y aquel en que las reformas podían ofrecer un mayor rendimiento efectivo. Sin embargo, la teoría no llegaba a los hacendados, quienes "no han resuelto la cuestión de saber cuál de los dos, el cultivo o la elaboración es el que verdaderamente determina sus mayores ganancias", según decía el Conde de Pozos Dulces el año 1857 en una de sus famosas "Cartas". Con esta renovación de las ideas sobre el cultivo concurre el hecho de la aparición de los primeros grandes agrónomos azucareros de nuestra historia. Los nombres de Alejandro Dumont, de José María Dau y de Alvaro Reynoso son la expresión de la importancia que estaba adquiriendo la agronomía científica en el desarrollo económico del país. Junto a estos nombres es preciso poner el de los escasos hacendados, como Francisco Diago y Juan Poey, que se interesaban por la técnica y la conocían. Es posible, además, que la presencia de administradores extranjeros —primero, franceses y, después, norteamericanos— conocedores de una técnica más desarrollada que la de Cuba a principios del XIX y, por ende, en condiciones de captar rápidamente las necesidades del cultivo, tuviera una influencia en la dirección del progreso agrícola durante este período. No es de extrañar que surgieran entonces varios proyectos para organizar Escuelas o Institutos de Agricultura. Pero, en este sentido, parece de mayor importancia el envío de estudiantes cubanos a las escuelas especializadas europeas, como la de Gembloux, donde había seis pensionados el año 1865. Siguiendo el ejemplo de La Habana, la Sociedad Económica de Santiago de Cuba, entonces renacida, planeó crear ese año algunas becas para jóvenes de la localidad.

En íntima conexión con esta teoría agronómica y con otros hechos resultantes de la evolución de la economía azucarera y que no son de tratar en este momento, apareció un pujante movimiento a favor de la subdivisión de las explotaciones agrícolas y de la creación de pequeños propietarios, cuya manifestación más debatida fué la llamada "división del trabajo" en la industria azucarera, tema sobre el cual volveremos en el capítulo III. Bajo un nuevo ropaje volvía a plantearse el pro-

blema de la "colonización blanca" y el programa de la "Cuba pequeña", muertos de consunción en medio del auge económico producido entre 1830 y 1857.

Como indicación de los adelantos, debe registrarse la publicación de catálogos de maquinarias o instrumentos agrícolas, como los editados por José M. de la Torre y Casto José de Iturralde en New York, 1849 y 1850, basados en ediciones inglesas.

Uno de los aspectos en que los progresos continuaban siendo difíciles era el de la fertilización de las tierras. En realidad, el progreso dependía aquí de la recepción de los conocimientos de química aplicada a la agricultura que se estaban desarrollando en Europa desde principios del siglo. La generalidad de los ingenios cubanos ni siquiera aprovechaban la cachaza, y algunos solamente el estiércol para enriquecer o reponer la fertilidad. Pero en la obra de Reynoso se observa ya un tratamiento basado en el examen químico del suelo y de los abonos conocidos entonces. La fama que parece haber tenido en estos años el "guano" peruano indica que se estaba comenzando a practicar la fertilización; pero que todavía no se había logrado aclimatar la técnica de la composición de mezclas de abonos para suplir adecuadamente todos los elementos nutrientes que perdía el suelo. Precisamente, por el hecho de la divulgación de las cualidades atribuidas al "guano" peruano se procedió a localizar en el territorio de la isla los yacimientos que pudiera haber. En 1860 se descubrió en algunos cayos del Sur de Cuba, en el grupo llamado de los Jardines y Jardinillos una sustancia que, analizada por el químico Casaseca, contenía algunas de las sales fertilizantes de mayor importancia. Se dió en denominarlo "guano" y sobre sus componentes, así como sobre la posibilidad de su empleo dictaminó Reynoso el año siguiente indicando el límite en que pudiera usarse y las ventajas que presentaba frente al guano peruano. Inmediatamente después del hallazgo se autorizó su exportación y la introducción del mismo libre de derechos cuando fuera para consumo interno; pero, en la medida en que disponemos de información sobre la materia, parece que ni el yacimiento era de importancia, ni los resultados del abono fueron importantes.

En cuanto al cultivo del tabaco, se observan adelantos y transformaciones de cierta importancia. Aparte de la total independización de los procedimientos de cultivo, según las zonas en que se realizara, se observa la aparición, como respecto del cultivo cañero, de los primeros trabajos, o manuales, de valor técnico sobre el cultivo. La *Cartilla Agraria para el Cultivo del tabaco*, compuesta por el veguero de Vuelta-

Abajo, Tomás de Salazar, y publicada en 1850 es el primer trabajo de esta índole en la bibliografía cubana.

Todavía en esta época, como en nuestros días, el cultivo del tabaco, independientemente de su especialización regional y de la calidad que se desea obtener, era un conjunto de prácticas tradicionales. Las fechas para el riego de semilleros y la terminación de las siembras reflejan esta carga de elementos tradicionales, pues se fijaban por medio de los días de Santa Rosa, la Virgen de Regla, San Mateo y San Francisco, o sea, 30 de agosto, 8 y 21 de septiembre y 3 de octubre, terminándose las siembras en la Purísima Concepción (8 de diciembre) y nunca después de Navidad.

La realidad es que, al juzgar por lo expresado en la *Cartilla* de Salazar las condiciones del momento habían influido notablemente en un descenso de la calidad del producto. La necesidad de intensificar la producción había introducido la práctica de cortar todas las hojas a un tiempo sin esperar que madurasen en la mata como se consideraba necesario antaño. El uso inmoderado del "guano" del Perú había contribuido a la baja calidad del producto, mal que, al decir de Reynoso (1867), era "reconocido por todo el mundo".

Otra de las prácticas frecuentes en la época era la de sembrar entre las matas de tabaco algunos otros vegetales que tendían a debilitar a aquellas, siendo evidente que si se deseaba aumentar en cifras relativas y absolutas la producción era preciso especializar al máximo la explotación, dejando los cultivos secundarios, o de subsistencia, para otros paños de tierra adecuados.

Frente a estos problemas, la opinión de los agrónomos, entre los cuales se cuenta, desde luego, Reynoso, se manifiesta por la implantación, como estaba ocurriendo en la agricultura cañera, de las técnicas guiadas científicamente. Lo que indica que se estaba en el umbral de una transformación pro-capitalista dentro del cultivo del tabaco. Lo que se planteaba no era, en realidad, el problema de las calidades o de los procedimientos sino la cuestión de saber si con la organización que tenía el cultivo, basado en minifundios o en el empleo de un reducido número de esclavos, se podía llegar a satisfacer convenientemente la creciente demanda tanto de hoja para elaboración en el país como de rama para exportar.

En los demás cultivos comerciales hubo igualmente manifestaciones de progreso técnico. Pero, en el caso del café, se observa que estas manifestaciones tienden a disminuir después de 1840. Por otra parte, como cultivo importado recientemente, los trabajos publicados sobre él fue-

ron relativamente abundantes antes de 1830; pero su decadencia influyó en la atención científica que debía dársele. Después de los interesantes trabajos publicados por la Sociedad Económica y a los que hemos hecho referencia en el t. III, prácticamente no hay cosa nueva. En alguna obra de la quinta década del siglo, se expresa que los cafetales "son la parte más atrasada de nuestra agricultura". Al parecer, todas las opiniones, desde el año en que Noda y Serrano escribieron sus *Memorias* coincidían en que una de las razones de la facultad con que el cultivo decayó o, más bien, se vió imposibilitado de confrontar la decadencia de su exportación, fué la mala selección de los terrenos, por lo cual la concentración de los cafetales en determinadas zonas altas del país a partir de 1840 representa un proceso de selección natural.

Los demás cultivos como el del cacao y el del algodón también llamaron la atención en este período. Sobre ambos se publicaron manuales y se practicaron investigaciones sin que dieran resultado positivo alguno, pues les faltaba el importantísimo acicate de las exportaciones, como ocurrió en el caso del café y del azúcar. El cacao fué objeto de particular atención como lo prueba el hecho que en 1849 la Junta de Fomento importara semillas de Centro América y contratara labradores expertos en su cultivo para colocarlos en Cuba. Como quiera que nadie se interesó inmediatamente por este cultivo, los "expertos" contratados pidieron la rescisión de sus contratos y permiso para volver a su país, quedando frustrada esta interesante iniciativa. Los demás cultivos eran de índole no comercial, esto es, no miraban a la exportación real o potencial del producto sino al abastecimiento interno.

Estos cultivos que podríamos denominar secundarios y que, desde el punto de vista de la comunidad, eran principales o primarios, se hallaban, por lo general, en manos de cultivadores en pequeño, propietarios los menos, arrendatarios, censatarios, partidarios o precaristas los más, que disponían de una extensión de suelo muy reducida o de pocos brazos y aun de menos medios financieros. Cuando algunos de estos cultivos atraen la atención de un agrónomo de primera categoría como Reynoso, la impresión que se tiene es que lo consideraba como una fuente de materias primas industriales o como un cultivo que por la disponibilidad de un mercado interior suficiente permitiría introducir en él reformas propias de la agricultura comercial. Aun cuando la tendencia ideológica en materia agrícola fuera precisamente la difusión de los cultivos "menores", en pequeños terrenos, la realidad social y económica se oponía a un desarrollo que tendría que realizarse sin aquellos medios financieros que habían respaldado y respaldaban a la agricultura

comercial. A esa tendencia ideológica debe atribuirse la persistencia de los esfuerzos de propaganda a favor del trigo, cuyo cultivo propugnaba *La Prensa*, del año 1841 y ponderaba La Sagra, con ejemplos tomados de los escasos cultivadores de la zona central, en su obra sobre Cuba del año 1860. No faltaron iniciativas oficiales que tendían a mejorar estos cultivos menores. Un ejemplo data de 1849. Al divulgarse el *Catálogo* de instrumentos agrícolas, mencionado en párrafo anterior, se enviaron a la zona de Güines algunas semillas de arroz adquiridas en los Estados Unidos, para que los cultivadores las sembraran y pudieran apreciar su utilidad. Que sepamos no hubo una labor sistemática en cuanto a la distribución de semillas; pero aun cuando la hubiera se puede dudar de que fuera una medida bastante a superar el estado en que se encontraba la agricultura que hemos llamado secundaria, tan desprovista —por otra parte— de estímulos privados y públicos.

Pero, en el campo de esta agricultura menor, lo más notable es el desarrollo de una serie de cultivos intensivos, por medio de regadío, en algunas zonas del país, particularmente en la región de Güines, en La Habana. Los partidos de Catalina y Melena se distinguían por su producción de arroz, papas y viandas. Y toda la jurisdicción producía, además, frijoles, garbanzos, arvejas, maní, ajonjolí y plátanos. Güines, la cabecera, producía cebollas y ajos. No era, por cierto, el único caso en que, hacia 1862, se podía apreciar una gran variedad de producción de alimentos en pequeña escala. Otras zonas, la mayor parte de la isla, producían parte de esos vegetales. Pero el hecho básico respecto de los mismos era el déficit, que obligaba a importar cantidades realmente importantes de algunos de ellos como eran el arroz, las cebollas y los frijoles. En ningún momento se tiene la impresión de que esta agricultura menor estuviera en decadencia; pero siempre se pudo constatar que no alcanzaba a satisfacer las necesidades del mercado interno. Es muy probable que en algunas zonas estos cultivos representaran un grado mayor de intensificación que en otras, pues algunos de los elementos básicos de la técnica, como es el regadío, eran conocidos y usados desde tiempo atrás. Por otra parte, en el Censo de 1862 se observa que había localidades en que no se registraban sitios de labor sino solo estancias, que, desde el punto de vista de la capacidad de las tierras, suponen una mayor concentración de la propiedad y posiblemente prácticas más atrasadas.

Dentro de las diversas ramas de esta agricultura que hemos denominado menor, hay una que ocupa muy poco la atención de los escri-

tores contemporáneos y que casi no figura en los datos censales publicados por Pezuela y relativos —como se sabe— a los años 1859-62. Se trata del cultivo de los árboles frutales.

Al parecer aun no había adquirido la individualidad económica suficiente para figurar entre los ramos importantes de la agricultura cubana. Seguía siendo básicamente una ocupación de tipo recolector; esto es, una agricultura caracterizada por la obtención de los frutos sin más intervención del labrador que en lo que hace a la siembra de los árboles y a su aprovechamiento durante años. Muchas de estas frutas eran silvestres. Sin embargo debía estar en vísperas de una transformación, pues disponemos de datos que indican que también la expansión del comercio de exportación estaba irrumpiendo en este sector de la agricultura. Según el *Journal of Commerce*, la exportación de frutas frescas a New York, en 1855-56, la había aumentado súbitamente en un año duplicando el promedio de los quince años anteriores alcanzando ahora un valor de 100,000 pesos. Cuatro años más tarde, la prensa manifestaba que el mayor precio de las frutas frescas, para conservas y para refrescos, corriente en La Habana, se debía a una disminución de la producción simultánea con el aumento de la demanda resultante del crecimiento de la capital. Se constataba de este modo, la incapacidad de esta rama de la agricultura para expandirse a medida que se abría su mercado. En el mismo año de 1860 se estaba produciendo un aumento de la exportación de frutas frescas y de frutas en conserva (dulces).

Tardaría mucho esta rama de la agricultura en transformarse en una explotación especializada y, como consecuencia de la proximidad del mercado habanero y del puerto de embarque a Estados Unidos, este hecho se produciría a fines del siglo en la región occidental.

5. Uno de los aspectos de más interés en la evolución agraria de Cuba durante este período es la desaparición de los montes. Ya hemos indicado en el t. III que hubo muchos factores contribuyentes a este fenómeno. No fueron solamente los ingenios, que devoraban bosques enteros, como dice gráficamente Ramiro Guerra, sino también los múltiples usos en construcciones (casas, cercas, traviesas de ferrocarril, etc.) y sobre todo, las *tumbas* con el objeto de abrir tierras para la agricultura y la ganadería, las prácticas que contribuyeron con mayor vigor a la liquidación rápida de las reservas forestales del país. Pero este proceso estaba operándose desde fines del XVIII y hacia 1840 se encontraba prácticamente terminado. Alrededor de esa fecha ya había numerosos ingenios que usaban el bagazo como combustible, el cual, a

virtud del perfeccionamiento de los molinos, podía obtenerse ahora en un grado de sequedad extraordinario. No hay duda que el bagazo era un combustible barato y accesible; pero sustituye a la madera más que por el agotamiento efectivo de ésta, por sus ventajas económicas.

Las reservas forestales no se agotaron, claro está, pues a partir de 1840, más o menos, las exportaciones para los Estados Unidos fueron aumentando progresivamente. Desde fines del siglo XVIII se habían liquidado los montes que existían en la zona de Matanzas y de Sagua, a consecuencia de la expansión de la agricultura comercial por esas zonas. Quedaban, pues, hacia 1860 las concentraciones boscosas que todavía hoy constituyen las únicas existentes en el país. Estos montes estaban situados en el extremo occidental del país, en la región de Mantua, y en el extremo oriental en la región de Sagua-Baracoa, ambas con una localización que hacía demasiado costoso y difícil el tiro de las maderas para exportación. No quiere esto decir que no hubiera en otras zonas pequeñas reservas forestales aunque, por lo general se hallaban en lo que es actualmente la provincia de Oriente (Holguín, Jiguaní y Manzanillo). Distribución que subraya la importancia de la expansión de la agricultura y de la ganadería en la destrucción de los montes de Cuba; en efecto, a esas zonas no había llegado aun el vigoroso impulso que cubrió con un enjambre de ingenios y de cafetales la región occidental desde Cabañas hasta Sagua La Grande durante el período que se extiende entre 1790 y 1840.

A diferencia de lo que había sucedido entre esas fechas, en el orden de las ideas sobre este problema, ahora, esto es, entre 1840 y 1860, habrá un movimiento de opinión muy favorable a la conservación y la reproducción de los bosques. A principios del siglo, la opinión de Arango, expresada en un famoso expediente sobre montes —del cual resultó, en gran medida, la legislación de libertad de montes y plantíos de 1815 a 1819— consistía en despreciar todo aquello que se opusiera a la agricultura comercial y, por ende, en desechar como anticuada o inútil toda medida que tendiera a salvaguardar las escasas reservas forestales de la región occidental. A mediados del siglo, la reiteración de viejos memoriales, como el del Conde Mopox y de Jaruco, la Memoria de Pizarro y Gardin (1846) y artículos como el de Rodríguez Ferrer (1849), todos en defensa de los bosques y contra las prácticas brutales que acompañaban a la agricultura comercial, significan que la opinión predominante era precisamente la contraria de Arango y su tiempo.

No se puede medir el grado de liquidación a que se había llegado hacia 1850 en cuanto a las reservas forestales del país. Todas las ci-

fras aportadas por los escritores contemporáneos son estimados, sobre los cuales no pueden fundarse consideraciones económicas de algún valor. Baste solo señalar que mientras en 1852 se fija la extensión de los montes en unas 250,000 caballerías, descontando las escasísimos montes de propiedad privada, en 1870-76, Rodríguez Ferrer solo puede señalar la existencia de unas 223,000 hectáreas de montes. A simple vista, esas dos cifras son renuentes a toda concordancia.

6. La pequeña propiedad, o mejor, la agricultura en pequeño presentó durante este período algunos problemas específicos. Ya sabemos que si, de una parte, la tendencia hacia la agricultura comercial, desviaba toda la fuerza económica del país hacia el azúcar y el café y, hasta cierto punto, el tabaco, por otra, es evidente que el desarrollo demográfico resultante de la expansión de la agricultura comercial propiciaba la multiplicación de los pequeños fundos agrícolas. Pero independientemente de estos factores, la pequeña agricultura cubana de la época tenía problemas de cierta importancia y que, al parecer, entorpecían su normal desenvolvimiento.

Parece que, en primer lugar, los contemporáneos situaban el sistema de arrendamiento de tierras. Los contratos se realizaban solo por cuatro años y, como ha ocurrido en todas las épocas, la inestabilidad del arrendatario quitaba todo estímulo para la mejora de los cultivos y mucha más para la introducción de cultivos —como por ejemplo, los frutales—, que requerían una permanencia asegurada. Por otra parte, este cultivador en pequeño carecía de financiamiento, a menos que estuviera dedicado —por cuenta del propietario de ingenio o de otra explotación cualquiera— a producir determinados alimentos, lo cual tampoco era estimulante para él. Finalmente, los medios de comunicación no favoerécían la ampliación y la consolidación de los mercados. El mismo ferrocarril, que se estimó pudiera favorecer el transporte de los frutos menores, no contribuyó a mejorar la condición de la agricultura en pequeño más que en La Habana debido a la existencia de un gran mercado urbano y de la exportación.

En algunas de las ramas especializadas, como la del tabaco, siguieron manifestándose algunos de los problemas tradicionales. Aun cuando ya la lucha entre los vegueros y los hacendados había sido liquidada, a consecuencia de la declaración de libertad de montes y plantíos y de la legitimación de toda la propiedad territorial, como vimos en el t. III, había aun motivos para que las vegas de tabaco sufrieran los efectos de la proximidad de haciendas ganaderas, a juzgar por algunas refe-

rencias en los documentos contemporáneos, seguía vigente el pleito sobre cercamiento de las vegas, especialmente de las situadas sobre los ríos. Agravado ahora porque la escasez de maderas en una serie de zonas impedía renovar las cercas y facilitaba la penetración del ganado que destruía la cosecha del veguero.

No sufría menos la pequeña propiedad o explotación agrícola por la indeterminación de los títulos, por la tradicional desorganización de las grandes explotaciones y por la presión que los grandes propietarios ejercían sobre los más débiles cuando se trataba de poseer las tierras mejores. Pero la amplitud y la profundidad de estos problemas no alcanzó nunca a influir suficientemente en la estructura agraria que desde mediados del xvii se estaba implantando en todo el territorio y progresaba incesantemente al compás del desarrollo de las exportaciones básicas. Eran, precisamente estas condiciones desfavorables las que, según opinión de los contemporáneos contribuían a dificultar la "colonización" blanca o sea el establecimiento de pobladores blancos en zonas rurales.

7. Sería difícil estudiar la evolución del precio de las tierras durante este período, sin contar con una suma realmente completa de datos. Claro está que el proceso iniciado, en torno a La Habana, desde fines del xviii fué propagándose por el resto del territorio a medida que la agricultura comercial se expandía. Pero se tiene la impresión que entre 1837 y 1868 las tierras todavía lejanas de los grandes centros o localidades de producción no tenían el ínfimo valor que alcanzaban sus iguales de fines del xviii o principios del xix. Se explica que así fuera, pues la colonización económica del territorio iba reduciendo el alejamiento de esas zonas incultas residuales e influía sobre el precio de ellas en tanto en cuanto podía esperarse que a ellas llegara en un futuro más o menos inmediato la onda de creación de la agricultura comercial.

Los efectos del aumento del valor de las tierras quedan registrados por La Sagra en su obra de 1860 para la zona de Trinidad. Las tierras peores se estimaban entonces en unos 200 pesos la caballería. En la región oriental —entonces la que estaba más al margen del desarrollo acelerado de la agricultura comercial— las tierras de menos valor eran hacia 1863 los llamados pastos naturales, estimados en unos 100 pesos la caballería, mientras las tierras destinadas a los cultivos básicos (caña, café, cacao y tabaco) alcanzaban precios no menores de 2,500 pesos la caballería. Al parecer para esta fecha los precios inferiores a 100 pesos correspondían a tierras consideradas como áridas, a diferencia de la

época en que abundaban a 25 y 30 leguas de La Habana las tierras buenas evaluadas en 20 y 30 pesos la caballería. Ciertamente es que Pezuela, refutando el estimado de costo de un ingenio elaborado en 1830 por La Sagra, indica que el promedio de precio de la caballería de caña para ingenio debía ser (en 1860) unos 1,000 pesos; pero no lo es menos que en ciertas zonas de gran concentración este precio era realmente muy bajo. Trasher en nota a Humboldt e inspirándose, según dice en un análisis realizado por un hacendado experto en estas materias, evalúa la caballería de tierras para ingenios en 2,500 a 2,000 pesos cada una.

CAPÍTULO II

PRIMEROS CAMBIOS EN LA ESTRUCTURA DEMOGRAFICA

DEJAMOS sentado en el tomo III que la evolución demográfica de Cuba hacia 1837 había perdido o estaba perdiendo parte de los caracteres que tuvo desde fines del XVIII. En efecto, la ola de inmigración espontánea, semi-forzada y esclavista, tendió a cesar hacia 1830. Claro está que ello debe entenderse solo en el sentido de que la importación de esclavos quedó limitada al tráfico clandestino, y que la inmigración se produjo a un ritmo más lento. En realidad, Cuba no dejaba de atraer a sus costas a hombres de todas las procedencias, pues la bonanza económica —no obstante la manifestación de períodos de alza y de baja— era suficiente acicate para la inmigración espontánea; españoles, canarios y norteamericanos vinieron a la colonia en busca de aplicación a su trabajo y de horizontes más claros para el porvenir. Faltaron, sin embargo, los estímulos coincidentes —políticos, como en el caso de los franceses de Haití o de los españoles de las colonias sulevadas— con el auge económico que favorecieron la ola inmigratoria que se desarrolla entre 1800 y 1820. Lo que quiere decir que el ritmo de crecimiento había variado, manifestándose, posiblemente, en una forma más regular que antaño.

El hecho, pues, que parece dominar en la evolución demográfica entre 1837 y 1868 es el crecimiento natural de la población blanca y de la negra; pero en esta última el fenómeno se cruza, digamos, con una tendencia, en sentido contrario, esto es, a la disminución debido a las reducidas posibilidades de importar esclavos.

Después de 1837 no faltaron, claro está, manifestaciones permanentes de evolución geográfica de la población; pero, sin duda, mucho más débiles que durante los períodos anteriores, debido a que la ocupación del territorio —a lo menos en aquellas condiciones económicas— estaba casi consumada.

Y la Guerra de los Diez Años se encargaría de detener y reorientar el proceso de ocupación del territorio. Desde luego, la apertura de nue-

de la población blanca casi se duplica, mientras el de la población esclava disminuye. Desde luego, entre uno y otro período se observa al mismo tiempo un aumento de la población libre de color.

El hecho que marca con más énfasis las tendencias al aumento de la población blanca y libre de color y la disminución relativa de los esclavos es la distribución de los grupos de edades entre 1841 y 1861 que varían significativamente. En la población blanca, el grupo de 0 a 15 años aumentó respecto del total general durante esos años, pero disminuyó respecto del total de la población blanca; en cuanto a los habitantes libres de color la proporción aumentó en los dos supuestos, mientras los esclavos disminuyen respecto del total general y aumentan respecto del total de su grupo, lo que indica que la reproducción estaba operando, aunque sin compensar la falta de trata negra.

HABITANTES DE 0 A 15 AÑOS

	1841			1861		
	Habitantes	% del total general	% de su grupo	Habitantes	% del total general	% de su grupo
Blancos	172,452	17	41	271,613	19	34
Color libres	54,989	5	35	85,777	6	38
Esclavos	93,540	9	21	98,560	7	26

Al mismo tiempo ocurrían fenómenos concordantes en el grupo de los habitantes de 16 a 60 años, límite que se ha escogido, en parte por la carencia de datos más pormenorizados respecto de 1841 y por ser, además, una suerte de criterio práctico contemporáneo para juzgar el período de máxima utilización del hombre para el trabajo. Los blancos evolucionan hacia el aumento tanto en proporción al total de la población como respecto del total de su grupo. Entre los esclavos, respondiendo a esa creciente importancia de la reproducción natural, disminuyen. En la población libre de color la proporción respecto del total se mantiene estacionaria, pero disminuye respecto del grupo, lo que indica el papel que seguía jugando la reproducción natural a ritmo creciente.

HABITANTES DE 16 A 60 AÑOS

	1841			1861		
	Habitantes	% del total general	% de su grupo	Habitantes	% del total general	% de su grupo
Blancos	236,514	23	56	476,921	34	60
Color libres	92,798	9	60	127,390	9	54
Esclavos	328,109	32	75	241,312	18	65

Estos dos cuadros muestran que hacia 1860 el movimiento demográfico de los blancos originado en las olas inmigratorias de principios del siglo está cesando; en realidad, estaba en su apogeo hacia 1841. Claro está que la disminución de la inmigración repercutió sobre la capacidad total de la población para un desarrollo a ritmo creciente. Posiblemente las condiciones económicas críticas del período que estudiamos en este tomo no permitan un crecimiento de ese tipo.

Respecto de los esclavos, es evidente que la disminución de la proporción de los individuos de más de 16 años es un reflejo de la caída de la trata, que generalmente operaba con africanos en edad de rendir el máximo provecho. Al par, la disminución seguida de un aumento en la proporción de los individuos de menos de 16 años indicaba que la reproducción del grupo se estaba acelerando. En este fenómeno debe verse la influencia del tratamiento que se estaba dando a los esclavos en ciertas explotaciones; pero hay que tener en cuenta también el hecho apuntado por Trasher de que los esclavos urbanos o de explotaciones menores poseían un nivel de vida superior y que posiblemente fueron éstos los que más contribuyeron a la elevación del ritmo de crecimiento.

A nuestros ojos esta evolución parece representar un progreso; pero no se olviden los temores de Saco y de otros patricios de la época respecto del crecimiento artificial de la población esclava —por medio de la trata— y del aumento de ella por medio del estímulo a la reproducción. La dificultad —que Saco negaba constantemente— para hallar inmigrantes blancos unida a este hecho del crecimiento natural incesante de la población de color libre y esclava siguió operando sobre la mentalidad de los criollos, ahora más aun que antes porque las autoridades agitaban la amenaza racial como arma política.

La posición de los diversos grupos etno-sociales varía fuertemente durante este período, a consecuencia de los cambios internos señalados, como puede observarse por el siguiente cuadro:

	1827	1841	1861
Blancos	44%	42%	57%
Color libres	15%	15%	16%
Esclavos	41%	43%	27%

He ahí el resultado de veinte años de reproducción de la población blanca y de dificultades en el contrabando de esclavos. Hay que notar que en 1841 el grupo de blancos de 16 a 60 años era con mucho supe-

rior al de 0 a 15 años y que lógicamente ello tendría que repercutir en la posición relativa de todo el grupo blanco en la población total de la isla en 1861.

La proporción nacional dentro de la población es un dato muy importante. Los extranjeros, asiáticos y mejicanos formaban alrededor del 7% del total de la población libre en 1861. El resto hasta 793,484 lo constituían residentes españoles, cuya mayoría eran criollos. En 1855 entre españoles "ultramarinos" y canarios sumaban solo 69,917 habitantes; en 1861 seguían siendo una pequeña porción de los habitantes blancos.

2. La distribución geográfica era resultado lógico de la formación de zonas de intensa explotación de los recursos económicos del país. Por lo pronto, la mayor concentración de población esclava se producía, claro está, en las zonas de gran producción azucarera. La Habana, no obstante su condición de capital y su tradicional concentración de esclavos en las casas de la aristocracia, presentaba menos población esclava que Matanzas, Cárdenas, Colón o Sagua La Grande. Esas cuatro jurisdicciones comprendían en 1871, según padrón publicado por Carlos de Sedano, un 36% del total de esclavos, sin embargo que solo comprendían el 15% del total general de la población del país. Como fenómeno resultante de la distribución geográfica de la industria azucarera esta concentración seguía, al igual que aquella, su marcha hacia el Este, aunque, al producirse la abolición, algunas de las zonas antiguas mantuvieron su alta concentración de población negra, como es el caso de Jovellanos y Colón; sin embargo, es notorio que las altas concentraciones de población negra se desplazaron hacia las nuevas tierras azucareras de Oriente y de Camagüey a fines del siglo y durante los primeros 25 años del período republicano.

A la inversa, en aquellos distritos en que no predominaba la industria azucarera se presentaba igual concentración, pero respecto de los blancos y de los libres de color, esto es, de los dos grupos demográfico-sociales restantes. Así, por ejemplo, Pinar del Río, Sancti-Spíritus, Puerto Príncipe y Holguín representaban el 18.5% del total general de los habitantes y solo el 5.6% del total de los esclavos. Eran zonas en que predominaban los cultivos menores y la ganadería que, por otra parte, es un factor despoblante. La significación política de estos hechos ha sido subrayada por el historiador Ramiro Guerra en el capítulo I de su obra titulada *Guerra de los Diez Años*.

Desde luego, la población de color libre tendía a concentrarse en las zonas urbanizadas más importantes. Este fenómeno es permanente

en la historia colonial, como resultado de la organización esclavista del trabajo. La Habana, Pinar del Río, Santa Clara, Puerto Príncipe, Santiago de Cuba y Bayamo contenían el 53% de los libres de color. Solo La Habana y Santiago reunían el 35%. Pezuela en su obra *Necesidades de Cuba* señala con énfasis que este grupo rehuía los ingenios y todos los trabajos "duros" al punto que en 1861 solo un 2% del total estaba incorporado a la industria azucarera. Pero, como partidario del mantenimiento de la esclavitud, se ve obligado a preferir esta situación al peligro que significaba la presencia de los negros y pardos libres en los ingenios, al lado de los esclavos a los cuales podían contagiar con su "vagancia" y sus sentimientos libertarios. De pasada, debe apreciarse hasta qué punto la opinión conservadora en materia de régimen de trabajo se hallaba en un callejón sin salida en la víspera de la Guerra de los Diez Años.

Claro está que si se lleva ese análisis de la concentración local de la población por grupos demográfico-sociales a las divisiones territoriales más pequeñas se hallarán manifestaciones extremas del fenómeno. Algunos de los casos han sido debida y agudamente estudiados por Guerra en su obra mencionada más arriba. A nuestros fines basta la exposición de las líneas generales del problema para dar una idea de cómo se manifestaba este aspecto de la vida colonial en el período que estudiamos durante el cual culminó, por un lado, el desarrollo económico iniciado a fines del XVIII y comenzó, por otro, la crisis general de la economía cubana que la Guerra de los Diez Años no haría sino acelerar quebrantando la esclavitud, liquidando parte de la industria azucarera en retraso y abriendo a la nueva colonización económica las tierras nuevas situadas al E. de Remedios y Sancti-Spíritus.

3. El crecimiento absoluto de la población entre 1837 y 1868 aparte de los hechos relativos a su concentración regional, presenta otras manifestaciones de tipo geográfico que merecen un comentario. El aumento de la población se había traducido desde mediados del XVIII en un proceso acelerado de apertura de nuevas zonas interiores o periféricas, tendencia que continúa manifestándose durante el período que estudiamos, aunque con un ritmo realmente retardado, como cuadra al estado general del crecimiento demográfico. El factor principal de ese movimiento de colonización interior desde 1750 había sido la expansión súbita de la agricultura comercial, la cual promovía no solo la ocupación de nuevas tierras sino también la importación masiva de esclavos. Entre 1837 y 1868 ambos hechos van perdiendo fuerza y, en consecuencia, el movimiento de penetración en dirección al Este del

país y hacia su interior se reduce. Por otra parte, la colonización periférica tenía que detenerse debido a que los lugares de la costa mejor situados habían sido ocupados desde principios del siglo y había en ellos organizaciones municipales; en algunos el comercio de exportación había alcanzado ya altos niveles. Quedaban, sin embargo, grandes extensiones de costas despobladas y buenos puertos en Puerto Príncipe y en Oriente, los cuales no se desarrollarían plenamente hasta que el *binterland* fuera invadido por la agricultura para la exportación, esto es, hasta 1900-1920.

Aunque lento, el proceso de colonización interior en dirección al Este continuó. La crisis general de la economía, caracterizada por la caída de la agricultura cafetalera, la concentración del cultivo del tabaco y el estancamiento de la industria azucarera, se reflejó en la creciente disminución del empuje hacia las tierras nuevas del este del país. Dentro de las condiciones económicas gestadas en el auge del siglo XVIII y las primeras décadas del XIX se había llegado al punto de máximo desarrollo. Es más, quedaban zonas residuales —desocupadas casi totalmente— muy cerca de los centros en que se había producido la expansión agrícola, tal es el caso de zonas de Pinar del Río y del centro sur de Matanzas y las Villas; desde luego, la mayor parte del territorio no alcanzado profundamente por esa penetración se encontraba en la región de Puerto Príncipe (Camagüey) y de Oriente.

Una lista de las comunidades que se forman o que adquieren organización institucional en este período, puede facilitar la apreciación de este movimiento, ya retardado, de penetración al interior. Hela aquí:

Abreus, Vueltas y San Diego del Valle (Las Villas) hacia 1840; Ciego de Avila (Puerto Príncipe), 1840; Palmira y Seibabo (Las Villas), 1842; Yaguajay-Mayajigua e Isabela de Sagua, 1844-45; Jovellanos (Bemba), 1843; Unión de Reyes y San José de los Ramos (Matanzas), 1844; Tunas (Oriente), 1847; Placetas-Guaracabulla (Las Villas), 1847-67; Sibanicú (Puerto Príncipe), 1850; Navajas (Matanzas) y Puerto Padre (puerto de Oriente), 1851; Cruces (Las Villas, 1853; Jatibonico (Puerto Príncipe), 1856; Cascorro (Puerto Príncipe), 1859; Rodas (Las Villas), 1859; Jagüey Grande (Matanzas), 1859; Quemados y Minas (Puerto Príncipe), 1863-65; Alto Songo (Oriente), 1869.

Lo primero que debe destacarse es la importancia de los centros que aparecen o se organizan en las regiones de Las Villas y de Puerto Príncipe, donde tendía a producirse el mayor asentamiento de inmi-

grantes blancos, a consecuencia de la importancia que tenía la agricultura menor y la ganadería. En la zona azucarera de Matanzas, es de señalar la aparición de Jagüey Grande, centro situado mucho más al interior que todos los existentes en esa jurisdicción. Finalmente precisa señalar que algunos de los centros mencionados, como Unión de Reyes, Jovellanos (Bemba, entonces) y Camajuaní deben parte de su existencia al tendido de líneas ferroviarias que conectaban zonas azucareras ya existentes con puertos de la costa norte.

La ola producida por la penetración de la agricultura comercial se detiene prácticamente en Sagua (La Isabela); la expansión económico-demográfica llegó hasta esta localidad del Noroeste de Las Villas como parte del movimiento originado en la región habanera a fines del XVIII y marca, posiblemente, la terminación de aquel interesante y vigoroso proceso.

La relación antecedente no excluye el hecho que hacia el Occidente de la isla se estaban produciendo cambios de tipo geográfico en la población. La realidad es que la apertura de nuevas zonas en la región de La Habana y en la de Pinar del Río no constituyen parte del proceso que hemos estado estudiando desde el t. II, sino que responden en sus líneas generales a fenómenos de cambio de uso de la tierra que se comienzan a producir alrededor de 1830, especialmente con la decadencia de los cafetales. La traslación de una parte de la población de las zonas agrícolas de La Habana hacia el occidente, para incorporarse a la zona tabacalera llamada de *partido*, es un ejemplo de este tipo de modificaciones territoriales. Hacia el Este del país también se estaban produciendo cambios similares, como la "emigración" de algunos pequeños ingenios de Matanzas hacia Guaracabulla-Placetas, que huían de las tierras "cansadas".

Desde luego, un hecho particular en este desarrollo territorial de la época es el crecimiento de La Habana, donde por circunstancias económicas y políticas tendía a formarse ya un centro demográfico de alta concentración. Hasta 1830 el casco de la urbe apenas había rebasado la parte que se encuentra comprendida entre la calzada de la Infanta y el mar, tanto el mar abierto como el puerto. Pero en los años comprendidos entre 1840 y 1868 la expansión de la ciudad en dirección al Oeste y al Sur se acelera grandemente, con la formación de "repartos" o urbanizaciones, como el de la Prensa, en el Cerro, hacia 1841-45, Concha, entre 1846-56; Santos Suárez, en 1859-60; El Carmelo (Vedado), en 1859; Aldecoa (entre el reparto de Medina, que se abre posteriormente, y el Cerro), en 1859 y La Víbora, en 1861. Quedaban,

claro está, porciones desocupadas que, a virtud de esta expansión de los confines de la ciudad formaban parte de ella y que fueron cegadas, digamos, por la urbanización posterior. Es el caso de la gran extensión de tierra situada entre la urbanización de Joaquín Gómez (o sea, la calle Soledad) y El Carmelo (o sea hasta la calle Paseo, en el actual Vedado), que constituiría, más tarde, las urbanizaciones de Medina y otros "barrios".

Este progreso de La Habana va acompañado de un aumento de la riqueza inmobiliaria y de un alza de las rentas, de la cual se quejaban la prensa y algunos sectores de la población pobre hacia 1860. Esta expansión produce, además, el primer empuje hacia una nueva ordenación de los sectores económicos en la ciudad. A partir de 1878, y en aumento hasta la época Republicana, el Cerro dejaría de ser la zona de ubicación de las grandes casas aristocráticas, a donde se habían trasladado muchas familias a consecuencia del crecimiento comercial de La Habana "vieja", mientras se comenzaría a poblar de grandes casas la zona de El Carmelo-Medina.

4. Aun cuando el hecho predominante en el crecimiento de la población durante el período que estudiamos es el proceso de reproducción natural de la misma, a diferencia de lo que había sucedido durante los años 1790 a 1837 en que las olas inmigratorias de pobladores blancos y la importación masiva de esclavos habían determinado el súbito aumento de los habitantes, no hay duda de que siguió manifestándose un movimiento migratorio muy regular si bien de poca importancia numérica. Desde luego, estamos dando por descontado que hubo importación de esclavos de cierta consideración durante este período; pero la diferenciamos de la inmigración propiamente dicha.

El hecho que caracteriza la reducción de la inmigración es la falta de incentivo económico. El ritmo de desarrollo económico entre 1837-1868 estaba centrado en la gran agricultura comercial, cada vez más encaminada hacia una concentración de tipo agrario e industrial que reducía las posibilidades de ocupación de las tierras, por parte del inmigrante blanco. Y ya hemos visto en el párrafo precedente la escasa importancia de la formación de nuevos centros en las zonas donde había más posibilidades de establecimiento de los inmigrantes blancos, como Puerto Príncipe. Por otra parte, el comercio había llegado hacia 1860 a su máxima expansión posible dentro de las circunstancias económicas determinadas por el auge de fines del siglo XVIII, reduciéndose, en este sentido, las posibilidades de atracción urbana para el inmigrante. En la única rama de la agricultura donde era posible la atracción era la

industria azucarera que por la existencia de la esclavitud no era apropiada para el labrador o el obrero blanco y libre.

No es un azar que los primeros ensayos firmes de "colonización" blanca se produjeran a partir de 1839 en las localidades al Este de Las Villas y en Puerto Príncipe donde tanto la estructura de la población como la de la economía permitían atraer a los inmigrantes y los habitantes propietarios de tierras, por tradición apreciaban más el trabajador blanco o libre que al esclavo. Las ideas de mejoramiento racial, por medio de cruzamiento con "razas superiores" que está latente en el pensamiento de El Lugareño son un indicio de que tal era la situación real de la región de Puerto Príncipe (Camagüey).

Ahora bien, una buena parte de esta inmigración —la mayoría quizás— no se produjo con la espontaneidad que había sucedido en el período anterior sino que se debió a una acción oficial o privada, por medio de "contratas" que venían a representar el último recurso compulsivo para los propietarios y hacendados cubanos frente a las dificultades de obtener trabajadores que permanecieran regularmente adscritos a la explotación en que se situaban originariamente. Inmigración de "contratados" fué la de los catalanes de Estorch, la de los canarios y la de los gallegos, de las cuales nos ocuparemos en el capítulo siguiente.

No se dispone de cifras completas sobre este movimiento inmigratorio durante el período que estudiamos. Hacia 1857, 1858 y 1859 los inmigrantes españoles y canarios arribados al país no pasaban de 6,000 por año. Eran muchos más, si se tomaba en cuenta los soldados, que, por lo general, no se quedaban en el país. El movimiento total de inmigrantes y de transeuntes era en la década de 1850-59 de unos 25,000, entre soldados y residentes, y unos 15,000 transeuntes. Con este aporte de muy poca consideración se formaba el núcleo de españoles "ultramarinos" y de canarios que desde 1851 oscilaba alrededor de los 60,000 habitantes, de los cuales unos 25,000 eran isleños de las Canarias, inmigración básica en la formación demográfica rural de Cuba desde el siglo xvi.

Los extranjeros eran muchos menos. En 1851 los residentes formaban un grupo de 8,500 habitantes, de los cuales los hispano-americanos, los franceses y los norteamericanos constituían $\frac{3}{4}$ del total. Era una inmigración altamente especializada, como la de los ingenieros de ferrocarriles, los agrónomos y los maquinistas norteamericanos, los comerciantes, los profesionales y los administradores de negocios franceses, y los comerciantes y los refugiados políticos hispanoamericanos. En este

último grupo se producían cambios frecuentes a consecuencia de los trastornos de orden institucional que agitaban a las vecinas repúblicas americanas, al igual que ocurrió con el grupo norteamericano durante los años de la Guerra de Secesión.

Entre los inmigrantes españoles había, desde luego, cierta variedad de calidades. Los catalanes, por ejemplo, constituían un grupo dedicado al comercio y otras ocupaciones urbanas, mientras los canarios se incorporaban, por lo general, a la agricultura menor. El resto se situaba en las ciudades como funcionarios o como proletarios (dependientes de comercio).

5. La crisis del régimen esclavista que, para nosotros, se manifiesta y desenvuelve entre 1840 y 1868, acentuándose después de 1878, motivó la preocupación de algunos criollos por la política demográfica hasta entonces practicada. En verdad, desde la década de 1830 se había comenzado a opinar en contra de la conveniencia de mantener la esclavitud; es el caso de las referencias veladas a las reformas del sistema agrícola que aparecen en la *Historia* de La Sagra. Y los primeros estudios sobre "ingenios sin esclavos" muestran igualmente el cambio de orientación, digamos teórica, sobre la materia. Este se produce especialmente después de 1840, cuando, a consecuencia de hechos internacionales e internos que mencionaremos en el capítulo siguiente, particularmente la presión inglesa contra la trata clandestina y el temor de los blancos a las sublevaciones de esclavos, se hace necesario dar satisfacción a la opinión casi unánime de los productores y de los criollos de clase media contra la trata y, ocasionalmente, contra la esclavitud, por los peligros sociales y las desventajas económicas de una y otra.

Cierto es que la decadencia del cultivo del café contribuyó a aligerar la presión que la demanda de brazos ejercía en favor de la trata; pero no parece que la "liberación" de brazos resultante del abandono de los cafetales fuera suficiente para compensar la falta de importación de esclavos. Los peligros sociales, las desventajas económicas y el constante déficit de brazos tenían por fuerza que orientar en un sentido nuevo la política de población aplicada o proclamada hasta entonces.

Ya sabemos que la política de "población blanca" originada a fines del XVIII trataba fundamentalmente de favorecer el asentamiento de propietarios rurales o urbanos, con el fin de que sirvieran de contrapeso al aumento rápido de esclavos. Estos propietarios eran estimulados indirectamente, antes de llegar al país, por medio de una legislación que les permitía naturalizarse, disponer de sus bienes, etc., o directamente, al llegar a Cuba, concediéndoseles tierras en zonas agrícolas o

en ciudades en formación; pero su entrada al país era espontánea y libre, sin que mediara más gestión de tipo público o privado que las mencionadas.

A partir de la crisis del régimen de trabajo se alzaría una nueva orientación demográfica. En lo sucesivo, se requería una inmigración "dirigida", asegurada por medio de contratas y compueta de trabajadores más que de propietarios. Supuesto que los esclavos habían sido vencidos en sus primeros intentos formales de emancipación violenta (1843-44) y que comenzarían a faltar los bozales contrabandeados, era preciso realizar una política que contribuyera a suministrar efectivamente trabajadores más que verdaderos pobladores. Esta inmigración deja de ser completamente libre y completamente esclava, es un tipo intermedio, compulsivo, que responde a matices y circunstancias del momento, como veremos en el capítulo III.

El hecho que marca más claramente el cambio de política demográfica es la liquidación de la Junta de Población Blanca en 1842, pasando sus atribuciones a la Comisión de Población que dependía directamente de la Junta de Fomento. Desde la Real orden de 16 de febrero de 1838 se recomendaba investigar los "medios de suplir el *déficit* de operarios para las labores del campo" y a partir de 1839 se habían iniciado los proyectos y ensayos de contratación de trabajadores libres. Esta nueva política no halló sino nueva confirmación en los hechos ocurridos en 1843-1844, que crearon un estado de histeria social y de anglofobia generales. En consecuencia de las perturbaciones causadas por las sublevaciones de los esclavos de la región de Matanzas y del evidente surgimiento de una conciencia de libertad entre los esclavos se comenzó a manifestar sin tapujos el sentimiento anti-tratista cubano el cual encontró oposición en el capitán general O'Donnell y los pequeños grupos de "negreros" y agentes de los políticos voraces de la Metrópoli asociados a la riqueza nefanda del contrabando de esclavos. Pero, digamos de pasada, que a consecuencia del cambio de opinión y, por ende, de política demográfica impuesta por las circunstancias y fomentada por los productores, la Metrópoli comenzó a usar el recurso del temor a los negros y de peligro de las sublevaciones como un arma política contra el movimiento reformista e independentista de los criollos. Quizás la más alta expresión de este recurso de dominación se encuentre en las comunicaciones y en la Memoria del Gobierno de José Gutiérrez de la Concha.

6. La estructura de la población de Cuba durante este período tiene una significación económica que va más allá del problema de la

esclavitud y de sus implicaciones, que era sin duda, el más considerado y analizado por los contemporáneos. La presencia de otros fenómenos conexos con la distribución y la agrupación de la población no significa, claro está, que desposeamos a la crisis de la esclavitud de la básica importancia que tenía, sino que tratamos de indicar las profundas repercusiones que en otros aspectos económicos tenían aquellas. No se nos escapa que los temas a que nos referimos tienen en alguna forma conexiones con el hecho de que la organización social y del trabajo fuera de tipo servil; pero ameritan una consideración especial.

En primer lugar, el estudio de la estructura demográfica del período nos indica que había un grupo de altos ingresos y de alto consumo, el de los blancos, concentrados casi todos en la ocupaciones productivas, como los terratenientes, los hacendados, los criadores de ganado, los vegueros, los industriales urbanos, o bien, en el comercio y la administración tanto privada como pública. Una pequeña parte eran artesanos o asalariados, siempre en los ramos más productivos o con perspectivas de elevación en la escala económico-social, como los dependientes de comercio. Esta población, que no llegaba, en 1868 al 60% del total de los habitantes, consumía prácticamente la totalidad de las importaciones de alimentos, de tejidos y de artículos domésticos.

Este mismo grupo era el que soportaba las cargas fiscales del país en crecimiento constante desde 1820, al par que, por esa razón, sufría más al saber el destino que se daban a los fondos de las cajas de Cuba por los políticos metropolitanos. Para ilustrar debidamente la importancia del hecho que este grupo pagara los impuestos, debe recordarse el efecto que causó la reforma fiscal inmediatamente anterior a la Guerra de los Diez Años.

La existencia de dos grupos, uno de altos ingresos y alto consumo —siempre dentro de las circunstancias del momento— y de otro grupo de ningún ingreso y de consumo deprimido al máximo, supone la carencia de un mercado interior que permita el desarrollo de ciertas explotaciones destinadas al consumo doméstico.

Desde el punto de vista que estamos considerando la distancia entre los habitantes de color libres y los esclavos era muy pequeña. Los "morenos y pardos" libres constituían el grueso de la población urbana proletaria o sin ocupación fija, ni ingreso regular. De este grupo libre que algunos señalaban como el destinado a suplir la demanda de brazos para la agricultura comercial, los subgrupos mejor situados eran los tabaqueros y los sirvientes domésticos. Su escasa capacidad económica explica,

en parte, aquella tendencia de los esclavos a no emanciparse definitivamente sino a permanecer en un estado de clientela o de protección con el amo antes que supervivir como asalariado libre, en un momento de crisis en que se producen grandes presiones para bajar el nivel de salarios a un punto en que debían coincidir con el costo del esclavo. En el fondo es el mismo mecanismo económico-psicológico que mantiene alejados de las duras tareas agrícolas a la población cubana pobre durante la República y fomentó la importación de haitianos y jamaiquinos para trabajar en los ingenios azucareros.

CAPÍTULO III

DISOLUCION DE LA ESCLAVITUD Y COEXISTENCIA DE REGIMENES DE TRABAJO

EN el capítulo precedente hemos dejado establecido un hecho: el cambio de orientación de la política demográfica a partir de 1840. Esto significa mucho más de lo que la expresión parece indicar; por lo menos, desde el punto de vista económico representa nada menos que el reconocimiento público de que la esclavitud está en disolución y que el régimen de trabajo que ella entraña debe ser sustituido por el asalariado. Las causas de ese cambio son hondas en lo que hace a la creciente imposibilidad de expandir la industria azucarera, y son inmediatas y superficiales en lo que atañe al temor de que Cuba siguiera el destino que cupo a Haití o algo similar. Desde luego, tal temor estaba vinculado íntimamente con el deseo de la criollez blanca de supervivir como entidad nacional y como grupo étnico-social dominante; pero estas raíces —a diferencia de las que llegaban al problema azucarero— no aparecen nítidamente expresadas más que en la obra de los hombres cultos como José Antonio Saco, para quien fué muy claro el destino final de la comunidad de los blancos si se producía efectivamente la anexión a los Estados Unidos.

En realidad, la creciente inadecuación de la esclavitud al progreso industrial debe merecer nuestra mayor atención, ya que es uno de los factores de la crisis estructural de la economía colonial y, dentro de los límites del presente capítulo, es un tema básico. No cabe duda que el régimen esclavista progresó y se fortaleció mientras las condiciones internacionales e internas le favorecieron; pero en cuanto comenzaron a cambiar, este régimen de trabajo se transformó en el principal obstáculo para toda reforma que tratara de poner la industria cubana a la altura de las circunstancias internacionales.

El esclavo dificultaba la expansión de la industria y su tecnificación, no solo porque sus condiciones materiales de existencia lo desposeían de una base de cultura que le facilitara el aprendizaje, hecho tanto más visible cuanto más *bozal* o recién llegado fuera el esclavo,

sino porque la maquinaria que se instalaba en los ingenios durante esta época supone una intensificación del trabajo que invitaba al esclavo a *sabotearla*, a destruirla si podía, pues que él carecía de todo interés y de toda esperanza de mejora. El hecho que el aumento de rendimiento entre 1840 y 1860 se produjera realmente respecto a la capacidad de extracción de guarapo y de sacarosa del nuevo instrumental sin que disminuyera sustancialmente el número de esclavos empleados en los ingenios indica esa contradicción entre el progreso mecánico y la esclavitud.

De ese modo, el único factor de la producción que realmente no mejoraba su rendimiento era el esclavo, el trabajo. Lógicamente, había dentro de las condiciones industriales contemporáneas un límite para el progreso técnico, pasado el cual o se liquidaba el régimen de trabajo existente o se entraba en una crisis esencial que arriesgaba toda la riqueza del país. La crisis comenzó desde 1840 y fué desarrollándose a lo largo del período que estudiamos hasta llegar a 1868, año en el cual una insurrección patriótica sentó las bases para la superación de la organización económico-social colonial.

En sus condiciones de bajo rendimiento, el esclavo resultaba caro. He aquí un tema que ha sido abordado múltiples veces por los comentaristas e historiadores. La cuestión debe analizarse con cierto cuidado, pues la carestía del esclavo era un hecho y, por ende, un concepto esencialmente relativo. El africano empleado en los ingenios cubanos era caro, si se le comparaba con los demás factores de la producción. Tal carestía se agravaba en tanto que crecían las dificultades para obtener esclavos, a virtud de la presión internacional contra la trata, las grandes utilidades que el negocio "negrero" requería y la participación que una gama de intermediarios corrompidos, desde los funcionarios nacionales hasta los funcionarios extranjeros, exigían en forma de un tanto por ciento sobre cada cabeza de bozal.

Sin embargo, esa carestía era muy relativa si se comparaba con el costo del trabajo libre disponible, muy alto por las propias condiciones económico-sociales deducidas de la esclavitud. Ya tendremos ocasión de volver sobre este problema más adelante.

La disolución interna de la esclavitud fué produciéndose en una forma acelerada a virtud del cruzamiento de influencias varias, políticas, sociales, etc., con este conflicto esencial entre la institución y el progreso mecánico; en un período de cincuenta años la crisis fué superada y se estableció sobre sólidas bases el régimen del asalariado. Pero los factores sociales y humanos en juego no facilitaron, por lo general,

esta evolución, sino que la entorpecieron. Cuando Saco en su ensayo sobre la *Supresión de la trata africana*, dice que los hacendados que solo toman en cuenta el valor de los jornales para juzgar la utilidad de los ingenios se equivocan, pues en los demás elementos de la producción pudieran hallarse "ahorros" que compensasen la carestía del asalariado, está situando el problema en su justo lugar; pero no todos, ni siquiera la mayor parte de los individuos directamente interesados en la industria, eran capaces de apreciar el problema con tan sólido fundamento teórico. De ahí que surgieran fórmulas intermedias. Claro está que la perspectiva histórica nos permite apreciar la gravedad de la situación cubana a mediados del siglo XIX; no era lo mismo para aquellos que estaban situados en el centro de la tormenta. Lógicamente, el interés individual e inmediato se resistía a aceptar que esa crisis pudiera conducir a la ruina, porque ninguna estructura o formación histórica acata su destino prefiriendo siempre que este se consuma en medio de una obstinada e inútil defensa contra la ley irremediable de su propia evolución. Mientras los propietarios de esclavos veían desmoronarse la institución, se aferraban a cálculos color de rosa como los de la Condesa Merlin que esperaba la abolición de la esclavitud a través de una lenta evolución, o el Marqués de Montelo autor de un proyecto que situaba la abolición hacia 1900.

Los esfuerzos para detener o alejar la crisis —como veremos en el capítulo IV— se orientaron en dos sentidos: unos, hacia la revolución técnica en la industria azucarera; otros, hacia la inmigración de trabajadores libres, que trataremos en el presente capítulo. La evolución que estos ensayos de política anticrítica hubiera determinado en la economía del país fué trastornada por la Guerra de los Diez Años. Al cesar ésta, ya coexistían plenamente los dos regímenes de trabajo aun en la misma industria azucarera, y se produjo la necesidad de consagrar legislativamente la desaparición de la esclavitud. Y es curioso que la clase que había estado luchando denodadamente por no perecer al par que la esclavitud, pereció con ella, pues entre 1878 y 1900 la industria azucarera dejó de estar en manos de las viejas familias cubanas.

1. El cambio de actitud resultante de las múltiples evidencias de la crisis interna de la esclavitud se produce, como sabemos, alrededor de 1840, antes de que sucedieran los horrores de 1843-44 que, superficialmente, parecerían haber motivado el terror de los criollos y contribuido a su cambio de actitud. Digamos, como tendremos ocasión de señalar en el número 5 más abajo, que antes de 1840 ya penetraban significativamente los trabajadores blancos en la propia industria azu-



CIRILO VILLVERDE

CIRILO VILLAVERDE. Escritor y patriota eminente. Autor celebradísimo de *Cecilia Valdés*, la mejor novela cubana de todas las épocas. Secretario y panegirista entusiasta y apasionado del general Narciso López. Desterrado ilustre, conspirador infatigable, maestro, periodista, editor, cubano siempre. Discípulo notable de Walter Scott y de Alejandro Manzoni, Villaverde nos ha dejado en las páginas imperecederas de su gran creación costumbrista, la visión cabal y afortunada de la sociedad cubana en los años que corren de 1812 a 1831; época "aherrojada y entristecida, como ha escrito Juan J. Remos, por la sombra de la esclavitud y el tormento del despotismo". "Cafetales, ingenios, fiestas pueblerinas, tradicionales diversiones típicas, caracteres del paisaje, divisiones de raza, los horrores del esclavismo, prejuicios y sistemáticas normas sociales, tipos locales con todas sus taras inextinguibles: todo ese horizonte abarca *Cecilia Valdés*".

El retrato que se reproduce pertenece a la Colección Figarola-Caneda, que se conserva en el Archivo de la Academia de la Historia de Cuba.

carera, dedicándose por contrata a precio alzado o por jornal al corte y tiro de las cañas.

También antes de 1840 se estaban produciendo algunas de las reformas internas del régimen esclavista que muestran esa tendencia a impedir su disolución. No es preciso, en este lugar, repetir lo que hemos dejado consignado en el t. III respecto de la organización interna del trabajo de los esclavos. En sus grandes líneas, la explotación del trabajo de los esclavos se mantuvo como un sistema represivo y esquilador, pues que era relativamente más barato exterminar parte de la dotación cada año, para reponerla a buenos precios que mejorar sus condiciones de existencia. Este sistema represivo-explotador más bien se acentuó a partir de las sublevaciones de 1843-44, como resultado de la incapacidad de los partidarios del status quo y de las autoridades de hallar una salida eficaz al problema de la liquidación de la esclavitud.

Sin embargo, entre los patronos se había manifestado ya, y continuaría manifestándose, una tendencia a proteger en cierto sentido la vida de los esclavos. La forma en que este movimiento se produjo no es única, sino que reviste diversos caracteres. Una de las formas extremas de esa preocupación fué expuesta por Torrente, en su obra *Bosquejo Económico de la Isla de Cuba*. Este prominente defensor de los negreros y del tráfico clandestino de africanos, favorecía con clara mentalidad "zootécnica", el desarrollo de los esclavos por medio de su reproducción. Tan útil "especie", según él, merecía ser estimulada para que la reproducción natural permitiera disponer de los brazos que ya no podía suministrar regularmente el contrabando negrero. El autor se mostraba muy enterado y entusiasta partidario del sistema "industrial" de reproducción puesto en práctica en los estados del sur de los Estados Unidos. Es posible que el aumento de pardos esclavos se debiera al entusiasmo con que Torrente y los que como él pensaban pusieron en práctica sus ideas...

Claro está que por esta misma vía se encaminaban otros reformadores. Estos creían que el éxito en la conservación del ejército de brazos que se requería permanentemente no radicaba en fomentar su reproducción simplemente sino en darles condiciones mejores de existencia que, por acercarlos ligeramente al hombre libre, favoreciera su desarrollo natural. Alvaro Reynoso en su ensayo titulado "Gobierno de los esclavos", plantea una serie de ideas básicas sobre el problema de la mano de obra y con lógica sorprendente expone el criterio a que nos venimos refiriendo. Mejorando el sistema de vida del esclavo se le capacitaba para un mayor rendimiento y se le estimulaba para perdurar;

se alargaba su vida media útil. El distinguido agrónomo cubano cifraba muchas esperanzas en la creación de las familias entre los esclavos, en la abolición de los barracones, sustituyéndolos por viviendas individuales o familiares, con huertos para la manutención del esclavo y su familia, mencionando al efecto el ingenio "Cayajabos" de José R. O'Farrill en el cual no se conocían los barracones, ni se habían tenido que "deplorar males de consideración", esto es, sublevaciones y trastornos de disciplina, a despecho del abandono del sistema represivo general.

Dentro de este criterio, había ingenios en que la esclava recibía una recompensa por cada hijo que alumbrara, llegándose en algunos casos a darle la libertad; durante el embarazo se la retiraba de las tareas penosas, se le mejoraba la alimentación y, después del parto no volvía a las ocupaciones fuertes hasta 40 días después de nacida la criatura. Sintomáticamente, el Lugareño en sus proyectos de colonización tendió a dar a los esclavos el mismo trato que daba a los trabajadores blancos "contratados"; como él decía: "mismas horas, mismos trabajos, mismos alimentos, etc., y no hay látigo ni cepo, ni prisiones, ni nada". Esta era la conclusión lógica de todo esfuerzo de reforma interna de la esclavitud: el acercamiento entre el hombre libre y el esclavo en cuanto al régimen de trabajo se refería; pero ello era posible solamente en zonas como Puerto Príncipe donde la escasa concentración de los esclavos no despertaba el temor de los amos.

En realidad, tanto las ideas de Torrente como las de Reynoso, no fueron comunes, ni produjeron una actitud práctica suficientemente general para garantizar un progreso real.

La legislación sobre esta materia se reducía, como antaño, a un corto número de disposiciones generales o no cumplidas; aun más, una buena parte de ellas se refería a medidas de tipo represivo como la limitación de la libertad de movimiento del esclavo, la prohibición de portar armas, etc. Ya hemos visto en el t. III la suerte que cupo al intento de promulgar una especie de "Código negrero", al estilo de las colonias francesas, que regulan en alguna forma conveniente —por el bien de los patrones más que de los esclavos— la utilización de los esclavos. Los esfuerzos en tal sentido realizados por algunos criollos previsores no dieron su fruto hasta el momento en que comenzó a evidenciarse la crisis de la institución. El reglamento anexo al Bando de Buen Gobierno de 14 de noviembre de 1842 fué, en realidad, el primer texto que intentó regular esta materia, incluyendo horas de trabajo en zafra y en tiempo muerto, descanso, alimentación, asistencia médica, etc., y forma un cuerpo de disposiciones bastante completo; pero en la prác-

tica no respondía más que a la actitud de los partidarios de una reforma muy suave del régimen interno de la esclavitud, pues ni siquiera llegaba a expresar ideas como las de El Lugareño o Reynoso. Esta legislación tuvo mucha importancia para todo lo que se refiere al trabajo en este período pues pasó por ser la expresión de la práctica seguida en el país respecto al tratamiento de los trabajadores. Ya tendremos ocasión de comenzar este punto en el número siguiente.

De mucho mayor interés, claro está, fueron las ideas relativas a la abolición de la trata o de la propia esclavitud. No nos interesa en este lugar comentarlas extensamente, pues corresponde a un capítulo posterior; pero vamos a indicar algunos de sus aspectos. Desde luego, el tema de la carestía del esclavo apareció desde los momentos iniciales de la crisis institucional. Uno de los primeros que aborda la cuestión directamente es el fiscal Vázquez Queipo en su debatido *Informe*, donde llega a la conclusión que mientras el africano solo costaba unos 70 pesos anuales, el trabajador libre costaría alrededor de 140 pesos; sin embargo, él no parecía darle importancia: primero, al aumento progresivo del precio de adquisición del esclavo; segundo, a la frecuencia de la reposición de los esclavos a causa del alto porcentaje de mortalidad por extenuación o por enfermedades epidémicas. En cuanto a lo primero, es cierto que entre 1840 y 1860 el precio promedio de un esclavo entre 16 y 60 años —período considerado de máximo rendimiento— se elevó de 400 pesos a cerca de 1,000 pesos. Una de las razones que favoreció el sistema de arrendar los esclavos fué precisamente el alto precio de los mismos. Aun cuando el arrendamiento de esclavos eliminaba la carga del precio inicial, constituía un sistema más caro que la tradicional propiedad directa del hacendado.

Pero, aun cuando las cifras citadas por Vázquez Queipo puedan ser modificadas y hasta rechazadas por inexactas, la realidad es que respondían a una verdad propia de las circunstancias del país. La carestía del trabajador libre se originaba en el hecho que la población disponible para incorporarse al trabajo era limitada, y, por ende, el salario muy alto. Ya hemos visto cómo contestaba a este agumento José Antonio Saco, señalando a la posibilidad de mejorar la técnica de producción. Empero, el propio Saco señaló que la llegada de los inmigrantes blancos (catalanes) a Puerto Príncipe tuvo un efecto represivo sobre los salarios agrícolas, con lo cual no hacía sino reforzar el argumento, aunque indicando claramente la necesidad de fomentar la inmigración blanca.

En consecuencia, las ideas contra la trata no comenzaron a manifestarse como actitud general de los criollos hasta que los sucesos de

1843 aterrorizaron a una gran parte de la población. No es un azar que la representación de noventa y tres vecinos de Matanzas contra la trata, redactada por José F. Lamadrid fuera de 23 de noviembre de 1843. Por consiguiente, los argumentos que pesaban entonces no eran de tipo económico sino político; por esa razón O'Donnell no vió con buenos ojos tal documento ni otros que se redactaron entonces, aun cuando dice Saco que él permitió la libre circulación de su ensayo sobre "La supresión de la trata africana", que no hacía sino repetir en sus grandes líneas el trabajo titulado "Mi primera pregunta" del año 1837. Al desplazarse la consideración del problema hacia el aspecto político, se estaba reconociendo que la carestía del esclavo dejaba de tener valor como argumento y que era preferible cualquiera solución antes que fomentar el aumento de los esclavos bozales. Esto es, cambiaba completamente el aspecto de las ideas sobre la institución. En lo sucesivo, mientras los partidarios del *status quo* y las autoridades se mantendrían —salvo escasas excepciones— en favor de la continuación de la trata, los enemigos de la trata se orientarían hacia los planes de inmigración de trabajadores o hacia la reforma interna de la institución.

No pueden aceptarse sin más algunos de los testimonios contemporáneos sobre la trata. Richard Madden fijaba el número de bozales contrabandeados en unos 15 a 20,000 anuales, lo cual concordaba perfectamente con testimonios ingleses que hacían ascender el número total de esclavos a 900,000, cifra exagerada, como producto de una actitud polémica, interesada. Por su parte, las autoridades coloniales tendían a rebajar el número de bozales introducidos en la colonia. Un estimado aceptable —quizás inspirado en la opinión de Trasher— fija en 300,000 los bozales arribados a Cuba entre 1820 y 1870, o sea un promedio de 6,000. Si se considera exacto que hubiera entonces alrededor de 450,000 esclavos o más, y que la reposición anual se elevaba al 2%, o sea no menos de 9,000, se comprenderá hasta qué punto había una verdadera crisis práctica, económica (no política) en la institución, hasta qué límite había un déficit permanente de brazos para las industrias fundamentales del país. La crisis sería más evidente si se aceptase que el porcentaje de reposición anual era el 5%, como indica Trasher inspirándose en un testimonio contemporáneo.

2. La inmigración de trabajadores libres surgió como resultado del cambio de actitud de la política demográfica. No se ocultaba a los hombres ilustrados de la época que esta inmigración presentaba dificultades. Se conocían las experiencias habidas en las colonias inglesas al abolirse la esclavitud, circunstancia que los libertos aprovecharon

para huir de los ingenios refugiándose en las ciudades y en las tierras libres. Zamora Coronado en el t. III de su *Legislación Ultramarina* señala el fenómeno inspirándose en La Sagra, y el propio Saco alude a él en su ensayo sobre la supresión de la trata africana. Por otra parte, se conocían ya los efectos de la atracción que ejercían las ciudades y las tierras libres sobre los trabajadores "contratados" para las obras del ferrocarril. No parece, pues, aventurado afirmar que los ensayos con trabajadores libres se realizaron a sabiendas de su escasa posibilidad de éxito y con el designio de experimentar sobre fórmulas de contratación que obligasen efectivamente al trabajador libre a mantenerse en el cumplimiento del "contrato".

Quizás los reformistas contemplaron este problema en una forma más adecuada al replantear la necesidad de poblar con propietarios, esto es, de completar efectivamente la ocupación de las tierras, de modo que la inmigración futura fuera forzosamente de trabajadores.

Lo cierto es que desde 1839 se anunciaba la llegada de más de 240 isleños de Canarias destinados a Puerto Príncipe en calidad de "contratados" y que en los años siguientes no cesaron de llegar estos esforzados labradores contribuyendo a resolver en parte el problema del trabajo en zonas no azucareras; ya sabemos que los nativos de Canarias constituyeron siempre el grupo más numeroso de españoles "ultramarinos", lo que indica que hubo una inmigración continua, fomentada o libre.

El ejemplo de más importancia entre estos ensayos es el de los catalanes contratados por Miguel Estorch, para el ingenio "La Colonia", de Puerto Príncipe. A fines de 1840 llegaron 90 trabajadores reclutados en Cataluña, de los cuales unos 36 se colocaron en otras explotaciones y el resto permaneció en el ingenio realizando todas las labores al par que los "jornaleros" del país. En marzo de 1841 había unos 38 catalanes y 12 jornaleros empleados en el ingenio. Aquellos, al decir de un comentarista de la época, "No ceden en el corte de cañas, ni en los demás trabajos a los hijos del país". Se logró fabricar azúcar y los informes sobre el éxito de la empresa en sus primeros meses fueron tan favorables que la Sociedad Económica de Amigos del País concedió el título de "amigo de mérito" a Estorch. Sin embargo, la empresa no perduró y los catalanes se dispersaron, abriéndose un debate público sobre las causas de este fracaso.

El Lugareño participó, a su manera, de esa polémica. En alguna de sus cartas a Del Monte decía que Estorch era un "teólogo y un catedrático de filosofía", que no sabía nada de "monte", ni de agricultura, ni de "manejar hombres". En consecuencia, contrató algunos de los catalanes de Estorch y los puso a trabajar con jornaleros y esclavos.

Sus primeros informes fueron optimistas; pero súbitamente confesó que unos taberneros catalanes le habían sonsacado a "sus" catalanes. Y añadía: "Yo tuve la culpa por haberlos traído para San Juan y San Pedro a la ciudad... no quiero nada con catalanes y espero mis 10, 15 ó 20 isleños". Las circunstancias económico-sociales del país habían incorporado al buen Lugareño en el gremio de los "teólogos y catedráticos de filosofía". La ciudad, la taberna, había atraído a los catalanes labradores, como los atraía la propiedad de la tierra, más que lo que podría atraerlos el salario por trabajar al lado de esclavos y de jornaleros del país. Con razón diría Bachiller en los *Anales* de Erenchun que el problema no era de clima, ni de indolencia étnica, ni de inexperiencia, sino de recompensa del trabajador libre. No había salario suficientemente alto que lo retuviera en los trabajos más duros y más degradados mientras la ciudad o la propiedad de la tierra le ofrecieran realidades o esperanzas mejores.

No se produjeron nuevos ensayos de este tipo hasta 1853. En esa fecha Urbano Feijoo de Sotomayor lanzó la idea de contratar en Cuba algunos centenares de gallegos, que eran desde entonces los provincianos españoles que más emigraban, bien a Portugal, bien a otros lugares de América. Feijoo estimaba que había unos 200,000 gallegos en aptitud de emigrar y que Cuba podría aprovecharlos para resolver la crisis de la esclavitud, esto es, importándolos como simples obreros no como propietarios. Los gallegos estarían sujetos a contrata, sobre cuyas bases hemos de hacer comentarios más adelante. La idea de Fijoo fué expresada por él mismo de la siguiente manera:

"Cierto parece, Excelentísimo Señor —decía dirigiéndose al Capitán General— que podría tal vez y no sin suceso, elevarse un tanto más el módico sueldo a nuestros labradores fijado; mas claro es también que el empeño con que Vuestra Excelencia se sirve promover el bien de aquellos, es el mismo que a Vuestra Excelencia debe esta Isla... Y hallándose hoy amenazada en la concurrencia extranjera su acumulada agricultura solamente por medio de la mayor depresión posible en el jornal es dado a Vuestra Excelencia dotar este país con el sobrante de peninsulares y jornaleros."

Así fijaba el proyectista los objetivos de este plan en relación con los problemas generales de la crisis económica del país. La Comisión de Población Blanca manifestó sus reservas ante un proyecto de tan difícil realización pues no había patronos dispuestos a contratar a los gallegos bajo un régimen en que "no se podía imponer castigo alguno sin la intervención judicial, ni obligarlos a trabajar en las altas horas del día", un proyecto en que las "franquicias de los trabajadores sobre los negros

habrían de invertir el orden y disciplina tan indispensable" en las grandes explotaciones agrícolas cubanas.

Sin embargo, Feijoo formó una compañía colonizadora y contrató algunos centenares de gallegos. Se les aseguraba el pasaje, alguna ropa ("dos camisas, un pantalón y blusa apropiado de este clima, un sombrero de paja y un par de zapatos"), una estancia de tres meses en lugar apropiado para su aclimatación, con asistencia médica. Una vez pasados los tres meses se les buscaría empleo, cediéndose la contrata, o se les abonaría el sueldo correspondiente por cuenta de la compañía, sueldo fijado en no menos de 5 pesos mensuales, por un período fijo de cinco años. La compañía aceptaría depósitos de ahorros de los contratados por los cuales se les pagaría un 6%, capitalizado cada seis meses; de modo que no era preciso hacer nuevas inversiones para seguir operando. Desde luego, la cesión de la contrata constituía la base de la especulación.

Es evidente que la condición libre y española de los trabajadores daba a este régimen cierta calidad que lo hacía superior al tratamiento común de los esclavos.

Los gallegos contratados por la compañía de Feijoo llegaron a La Habana al son de sus "aires nacionales" y desfilaron por las calles. Pero no tardaron en presentarse problemas muy graves. Unos se sublevaron, otros huyeron, algunos protestaron ante las autoridades por el trato que se les daba, hubo muertos por falta de aclimatación y, en definitiva, se originó un pleito que arruinó a la Compañía y a Feijoo. El Estado intervino, pues desde la Circular de 7 de octubre de 1844 se había establecido el sistema de protectores de los trabajadores libres inmigrantes y un registro de cédulas personales. Se le concedió a Feijoo la contrata para la construcción de un ferrocarril la cual fué traspasada con los gallegos incluidos en ella a la Dirección de Obras Públicas. Años más tarde, Feijoo desde el Congreso español acusaba al Capitán General Gutiérrez de la Concha de haberlo arruinado.

Lo cierto es que este ensayo había demostrado, al igual que el de Estorch las dificultades que el régimen esclavista existente presentaba a la contratación de obreros blancos y libres. Sin embargo, en 1861 había gallegos empleados en algunas industrias, como ocurría en el horno de cal de la hacienda Vedado del Conde de Pozos Dulces.

No obstante, el reglamento de 22 de marzo de 1854 abría un plazo de dos años durante el cual podrían introducirse colonos blancos, yucatecos y chinos bajo las condiciones especificadas en el mismo, que eran más o menos las mismas que habían prevalecido en las contratas

anteriores. Pero nadie se preocupó entonces de los trabajadores blancos y todo el interés se concentró en la importación de yucatecos y chinos. La inmigración de trabajadores blancos continuó, como siempre la hubo, en forma espontánea y libre.

La realidad es que, a despecho de opiniones como la de Saco, que seguía siendo favorable a la contratación de trabajadores blancos, se abandonó completamente esta idea e incluso se proyectó importar africanos libres.

3. Los ensayos con otros tipos de trabajadores se produjeron en 1846 y 1847, fechas de las primeras contrataciones de chinos y de yucatecos. El 11 de marzo de 1849 llegó a la Habana el primer contingente de yucatecos contratados por el comerciante Carlos Tolmé. Fueron en total 135 indios. Después siguieron otros hasta el número de 75, todos adquiridos al precio de 25 pesos *per cápita*, aunque llegaron a valer en el mercado hasta 100 pesos, en virtud de la participación que tuvieron en el negocio varios intermediarios mexicanos y cubanos.

Estos indios procedían de las prisiones de Yucatán, donde estaban reclusos por consecuencia de la llamada Guerra de las Castas. El gobernador de ese Estado, Barbachano, y otros políticos del lugar, en combinación con los traficantes cubanos decidieron lucrar con estos infelices, so pretexto de que vendiéndolos se les mejoraba su suerte y se descargaba el país de peligrosos enemigos de la raza blanca.

Apenas llegados, se iniciaron las violencias contra los indios; se les pusieron grillos y se les aplicaron los castigos propios de los esclavos, aunque se les llamaba piadosamente "colonos". El Cónsul mexicano en La Habana protestó contra estos hechos, sin que sus gestiones dieran resultado alguno, pero el gobierno del Presidente mexicano Manuel de la Peña y Peña prohibió terminantemente este tráfico logrando que se detuviera momentáneamente.

Pocos años después, al replantearse en la Sociedad Económica el problema de la importación de trabajadores libres, el Conde de Jaruco —ponderando los buenos informes dados sobre las cualidades de los yucatecos— propuso que se les contratara, esta vez, con el ánimo de establecerlos en calidad de verdaderos pobladores más que como simples asalariados, esto es, en condiciones materiales mejoradas. Como había sucedido en otras ocasiones, la idea del Conde fué aprovechada por los traficantes rapaces para cohonestar un nuevo atropello como el de 1847.

Al parecer los primeros yucatecos llegados en esta nueva etapa fueron secuestrados en las costas de México por la nave inglesa Jenny Lind y vendidos y trasladados a un vivero de Francisco Marty y Torrens,

que tuvo a su cargo la "cesión" de las contratas. Por su parte, la Casa Goicuría Hermanos destacó en la Ciudad de México un agente, oscuro personaje de la época, llamado Tito Visino, Cónsul de Baviera en La Habana, para que obtuviera permiso del Gobierno Federal para "contratar" indios en Yucatán. El Gobierno de "Su Alteza Serenísima" el General Santa Anna, conmovido por las medidas humanitarias implantadas en favor de los yucatecos por las autoridades de Cuba permitió contrata de indios. Es posible que entre las medidas que influyeran en el ánimo de Santa Anna estuviera la siguiente cláusula obligatoria en los contratos, por mandato del reglamento de 22 de marzo de 1854:

"Yo, N.N., me conformo con el salario estipulado, aunque sé y me consta que es mucho mayor el que ganan los jornaleros libres y los esclavos de la Isla de Cuba, porque esta diferencia la juzgo compensada con las otras ventajas que ha de proporcionarme mi patrono, y son las que aparecen en este contrato."

Sin embargo, al revisar las condiciones establecidas por este famoso reglamento se observa que, aun cuando eran ligeramente mejores que las de los esclavos, no constituían ninguna de las ventajas a que se refería la cláusula transcrita más arriba. Por otra parte, el régimen de trabajo de estos contratados se asimilaba en casi todo a las costumbres del país, con lo cual estaban rigiendo en muchos aspectos las disposiciones del Banco de 14 de noviembre de 1842 que regulaba el trabajo de los esclavos.

Esta nueva etapa de contratación de yucatecos estuvo caracterizada por desmanes aun mayores que los de 1847; baste decir que una ocasión también los soldados de un regimiento de Yucatán pudieron gozar de "las otras ventajas" que ofrecían los traficantes y patronos cubanos, con gran escándalo de la opinión mexicana. Por esta razón el Presidente Juárez ordenó investigar los problemas de Yucatán y entre ellos este de la venta de indios a los "indieros" cubanos, en consecuencia de lo cual dispuso por el decreto de 6 de mayo de 1861 que no se podrían "contratar" más indios para llevarlos a Cuba.

Es muy difícil precisar el número de yucatecos introducidos durante los doce años que duró este tráfico. Corbitt fija su número en unos 2,000. En el Censo de 1861 figuran 1,047 "mejicanos" que pudieran ser estos indios. Pezuela fué un gran admirador de las cualidades de trabajo de los indios yucatecos: "son humildes, sobrios, vigorosos y trabajadores, toman una querencia extraordinaria a las fincas en donde se les emplea, cuando están reunidos a sus familias". Otros testimonios de la época coinciden con el del cronista español pero lo cierto es que no hubo gran interés en emplearlos.

4. La importación de asiáticos "contratados" comenzó en 1847. El 3 de agosto de ese año llegó de Amoy el primer contingente compuesto por 571 chinos. Desde esa fecha hasta alrededor de 1880 llegaron posiblemente más de 150,000 coolies. Esta nueva trata comenzó propiamente desde 1853. La primera remesa de chinos llegó a Santiago de Cuba en 1858.

Las condiciones de las contratas de los chinos según la obra de Torrente, titulada *Política ultramarina* eran las siguientes: abono del pasaje y demás gastos de viaje, adelanto de 11½ pesos para habilitación, suministro de dos mudas de ropa anuales, de una ración diaria de 8 onzas de carne salada y libra y media de plátanos, boniatos y otros vegetales, asistencia médica y enfermedad. Se les contrataba por ocho años, al cabo de los cuales quedaban en aptitud de tomar el "partido que más le acomode", pero los gastos de retorno a su país corrían de cuenta de ellos. Se les pagarían 8 pesos mensuales; pero en realidad solo se les pagaron 4, conforme al reglamento de 10 de abril de 1849. Esta paga correría desde las 48 horas siguientes a su desembarco en La Habana y se les suspendería solo por enfermedad que durase más de quince días. Se les descontarían del salario el adelanto de habilitación y otros gastos extras en que incurrieran. De modo que sobre un total de unos 380 pesos que ganarían durante los ocho años de contrata les quedaría como máximo 300, con los cuales tenían que pagarse el pasaje de vuelta a China.

Los chinos pudieron adquirirse hasta por 150 pesos, precio que les colocaba en condiciones de baratura excepcionales en comparación con los esclavos. Resultaron tan baratos que hubo propietario de ingenio, como Juan Bautista Fernández, que pudo mejorarles el salario a 5 pesos mensuales y aumentarles la alimentación.

Sin embargo, otros testimonios indican que algunos de estos trabajadores fueron "cedidos" hasta por 400 pesos. En general, parece que el negocio era provechoso, pues en 1860 entre las cuarenta solicitudes de licencia para importar chinos una de ellos ofrecía 900,000 pesos a cambio del monopolio de esta trata.

La opinión contemporánea coincidió en atribuir a los chinos cualidades muy estimables como trabajadores, especialmente habilidad y resistencia; fueron, en general, agricultores experimentados y hábiles trabajadores manuales. Para permanecer en el país se les obligaba a recontratarse según el decreto de 7 de julio de 1860, ocasión en la cual se les daba algún aumento de salario. No obstante el buen nombre de que disfrutaron había quejas sobre la gran proporción de cimarrones y delincuentes. Según el *Boletín de Colonización* de 1872 sobre un total de 58,400 chinos existentes en la Isla (entre libres y contratados) unos

8,380 eran cimarrones, o sea un 14%, proporción muy alta realmente. Al parecer, las malas condiciones de existencia contribuyeron grandemente a este resultado. Las malas condiciones de tratamiento empezaban, como en el caso de los esclavos, en el viaje. Según datos contemporáneos, en 338 expediciones de chinos realizadas hasta 1873 murieron en travesía unos 15,000, o sea más del 10% del total de chinos importados en Cuba.

5. Todos estos trabajadores "contratados" eran, en cierta manera, libres, más bien semi-esclavos, pues el mecanismo de su utilización era precisamente lo básico de la esclavitud: la falta de libertad de movimiento. La situación de los obreros libres era, positivamente, mejor, aunque todos formaban una escala graduada de matices entre la esclavitud más cerrada y el régimen puro del asalariado. Mientras se importaban catalanes, gallegos, yucatecos y chinos, los obreros libres —los proletarios, propiamente dicho— aumentaban a medida que crecía la población. Sus filas se nutrían de los inmigrantes pobres libres y de los morenos y pardos libres.

Sus condiciones de trabajo no variaron radicalmente respecto de las que existían desde 1790. En algunos aspectos, el tratamiento que se les daba tendía a parecerse a la esclavitud, sin que esto quiera decir que asimilemos los dos regímenes. Seguían siendo fundamentalmente libres y a medida que se producía el desarrollo general de las condiciones sociales de la colonia su posición mejoraba.

El alto salario seguía siendo el principal motivo de atracción de los trabajadores libres; pero, al parecer, variaba grandemente según las condiciones locales. Es sabido que El Lugareño le pagaba a "sus" catalanes 6 ó 7 pesos mensuales. Comentando el proyecto de Estorch se decía en la prensa de La Habana que el salario oscilaba en Puerto Príncipe entre 2 y 10 pesos mensuales. La Sagra, por su parte, constata en 1859 que había zonas en que era preciso pagar hasta 15 a 20 pesos. Es posible que los obreros urbanos tuvieran salarios comparativamente más bajos.

El periódico de los artesanos, *La Aurora*, publicado en 1865 ofrece información sobre las condiciones del régimen de trabajo asalariado, especialmente en el sector tabacalero urbano. Un "señor marquista, según voz de la gente, ponía grillos a los infelices niños que tiene de aprendices"; el salario real bajaba en medio de un alza de precios de los artículos fundamentales para la subsistencia. Pero la propia existencia del periódico en que se exponían estas adversidades muestra que había un progreso real dentro de la conciencia social de la comunidad libre de Cuba. Por otra parte, las condiciones entre los trabajadores tabaca-

leros eran especiales, pues se elevaban a más de 15,000. En alguna ocasión, como en 1856, se decía que había 5,000 de ellos desocupados; pero el crecimiento constante de la industria hace sospechar que ello fué una situación ocasional.

Según el Censo de 1861 había 430,496 habitantes, clasificados como "trabajadores" (370,508) y "jornaleros" (59,988). Las denominaciones se prestan a confusión; pero, desde luego, excluían a los esclavos. Una categoría importante eran los "industriales" que sumaban 177,393 en la cual pudieran comprenderse tanto asalariados como artesanos y pequeños negociantes. Es posible que la cifra total de habitantes dependientes de un salario ascendiera a no menos de 500,000, lo cual indica que el régimen de la esclavitud había ido quedando reducido a una institución rural y especialmente azucarera. Y ya en los ingenios había ocasionalmente blancos, más los trabajadores "contratados", yucatecos y chinos, y esclavos alquilados, que constituían una variadísima gama de factores indicadores de la disolución de la esclavitud.

La Condesa Merlin refiere en su obra que un ingenio empleaba hombres libres para el corte y tiro de las cañas. Quizás se trataba solo de capataces o de empresarios de cuadrillas de esclavos, más que de obreros. Pero la referencia a los hombres libres que trabajaban en la elaboración de azúcar en ingenios de las zonas más retrasadas es muy enfática en uno de los trabajos de Juan Poey (1863).

El crecimiento industrial en las ciudades y en ciertas zonas urbanas situados en el centro de grandes concentraciones de la agricultura comercial ofrecieron un campo cada vez mayor para la incorporación de los habitantes libres al trabajo asalariado. No solo aumentaron en número sino que se diversificaron las especialidades. Por lo general, el grupo más nutrido era el de los dependientes de comercio, si bien en las capitales de distritos de agricultura menor, como Pinar del Río, eran superados por los labradores; en la ciudad citada estos constituían el 50% del total de los habitantes de la jurisdicción, quizás porque se incluían los propietarios. En el Censo de 1861 figuraban otros oficios urbanos, algunos —como antaño— de tipo artesanal, como barberos, zapateros, sastres, etc., todos en cantidades pequeñas; pero había otros absolutamente nuevos resultantes del desarrollo industrial reciente, como los maquinistas, los fundidores, los hojalateros que aparecen en ciertas ciudades.

A este grupo de trabajadores libres es preciso añadir los emancipados a consecuencia de los Tratados con Gran Bretaña para la abolición de la trata. No cesó la especulación con estos emancipados, y siempre fueron objeto de cierta represión como en el caso del reglamento de 31 de

mayo de 1844 que disponía la recogida y expulsión de Cuba de todos los emancipados, a los cuales se atribuían relaciones con la propaganda británica. Al parecer se les entregaba por contratas de 8 años, con un salario de 8 a 10 pesos mensuales. Pero el número de emancipados fué siempre muy pequeño. En 1861 había unos 4,500 empleados en distintas industrias, incluso la azucarera.

6. En la víspera de la Guerra de los Diez Años ya el panorama social de Cuba había cambiado grandemente. Lo oposición de los productores al cambio de sistema de trabajo estaba básicamente quebrada por la realidad de una crisis que no admitía —al cabo de veinte años de esfuerzos por superarla sin atentar a la esclavitud— más que una solución: la abolición atestigua que la resistencia a esa medida casi no existía o estaba formada por un simple sentimiento de inercia muy débil para detener el progreso de la comunidad colonial. Seguían existiendo los esclavistas cerrados; pero casi nadie planteaba, como antaño, la imposibilidad de desarrollar la economía del país con brazos libres. En el tomo VI tendremos ocasión de observar que en los propios ingenios, hacia 1878 había crecido la proporción de trabajadores libres, a tal punto que la esclavitud pudo ser abolida sin que se produjeran los resultados depresivos que habían experimentado algunas colonias antillanas inglesas y francesas.

El peligro de que se reprodujeran los hechos acontecidos en las colonias británicas y francesas, dejando aparte que éstos efectivamente ocurrieron —como veremos en el t. VI—, estaba presente no solo en la mente de los criollos sino en la de muchos observadores internacionales. Con frecuencia se dijo entonces que uno de los objetivos de Gran Bretaña era precisamente el de provocar la caída de la industria cubana, a través de la abolición de la esclavitud. Fuera lo que fuese, lo cierto es que en 1869 ante el anuncio de que se iba a producir la abolición de la esclavitud en Cuba, el Presidente de una compañía azucarera inglesa decía: "... si por alguna causa la producción de Cuba disminuye ello mejorará sus propiedades (las de la Compañía) en las Indias Occidentales... el día en que se emancipen los esclavos será el de la disminución de la producción y el del aumento de la de las Indias Occidentales", razón por la cual los Directores de la Compañía se habían apresurado a tomar las medidas propias de esas circunstancias.

CAPÍTULO IV

LA REVOLUCION INDUSTRIAL AZUCARERA

MIENTRAS, como pudimos apreciar en el capítulo I, se continuaba la marcha hacia el Este de la agricultura comercial, y se producían los primeros cambios en la organización del trabajo y en la estructura demográfica, la industria azucarera sufría transformaciones de gran importancia. Estos cambios constituyen el hecho de más resonancia en el período de transición de la economía cubana colonial. El panorama que se presente al observador histórico se caracteriza por una lucha tenaz, durante más de 20 años, por superar las dificultades que presentaban a la expansión de la industria tanto la estructura interna como la situación internacional. Independientemente de que toda explotación agrícola o industrial tiende, en algún momento de su desarrollo, a una expansión cuyo objetivo sea el aumento de la capacidad de producción por unidad para reducir costes y aumentar el margen de beneficios, había razones profundas para que la industria azucarera cubana propendiera a lograr esos objetivos.

No pudiendo, o no atreviéndose a abordar la cuestión por el aspecto de la organización del trabajo, los criollos fijaron su esperanza en las reformas técnicas o de procedimientos con la mira de reducir, en lo posible, los excesivos costes de la industria y ponerla en condiciones de responder a la creciente baja de precios internacionales.

Estas reformas técnicas se basaban en los conocimientos científicos, de química y de física, aplicados ya en la industria europea y que eran, sin duda, los que permitían a esta competir desde principios del siglo algunas de las iniciativas científicas de más interés.

Aun cuando el efecto de esta revolución técnica fuera logrado en cierta medida, no es menos de señalar que aceleró la crisis de la industria, pues aumentó la disparidad entre los productores y sentó las bases para una expansión ulterior que requería, positivamente, la eliminación de los ingenios ineficientes. De este modo, las medidas adoptadas para superar los conflictos internos e internacionales que tenía la industria cubana condujeron a la reorganización de la economía colo-

nial, pues la revolución técnica reforzó el papel de elemento básico de la economía cubana que ya adquiría la industria azucarera.

Hasta los años que corren de 1840 a 1868 la evolución de la industria azucarera se había producido en forma de una expansión horizontal, esto es, por la adición de fábricas, de tal modo que había una cierta correlación entre el aumento de la producción, el del comercio y la creación de ingenios; pero a partir de los primeros pasos de la revolución industrial azucarera la expansión se produciría en otro sentido, diametralmente opuesto, esto es, mediante la reducción de fábricas a medida que aumentaba la producción y el comercio. Claro está que, en un corto período de veinte y ocho años tal tendencia es difícil de apreciar; pero en la información sobre los ingenios en que se produjo esta revolución industrial hay elementos suficientes para afirmar que tal sería el sentido de la transformación de la industria. Además, la historia del país después de 1878 en torno al proceso llamado de concentración de la industria azucarera.

Los hechos básicos de la transformación técnica azucarera, que vamos a comentar en este capítulo, tienen, por lo general, antecedentes bastante lejanos. Por lo menos, debe advertirse que toda la historia de la industria azucarera cubana desde fines del XVIII está salpicada de esfuerzos por introducir cada vez más los mejores instrumentos y los más adecuados procedimientos. En realidad, apreciando de conjunto la evolución de la técnica azucarera es posible afirmar que si las grandes transformaciones no se produjeron antes de 1840 ello se debió a que la propia industria europea no había desarrollado aparatos adecuados. El general retardo con que se produce en la colonia la recepción de ideas, técnicas o costumbres europeas no se produjo en el caso de la industria azucarera, ni, por ejemplo, en el del ferrocarril.

Las razones para que los productores cubanos estuvieran tan alertas en cuanto al mejoramiento de la industria son varias. En las raíces de este impulso hacia una organización industrial de tipo superior es preciso tener en cuenta, primeramente, las condiciones internacionales.

La competencia desarrollada por las otras zonas productoras, especialmente las no coloniales (o metropolitanas) europeas actuó como un enérgico acicate para los hacendados cubanos. Las circunstancias de principios del siglo XIX favorecieron la aparición de la industria del azúcar de remolacha que, basada cada vez más en la ciencia, logró asentarse definitivamente en Francia, en Alemania, en Rusia y se inició en los Estados Unidos. A medida que se desarrollaba la industria europea y aumentaba la participación de nuevas colonias asiáticas en los mercados internacionales los precios tendían a bajar. Por una parte, se amena-

zaba seriamente a la industria cubana con desplazarla, reduciéndole su participación en el comercio internacional; por otra, se la colocaba en condiciones de no poder competir sino en condiciones excepcionales de altos precios.

Cierto es que durante todo el siglo XIX el consumo de azúcar activado por el desarrollo industrial europeo y por el crecimiento de la población, fué en aumento. En este sentido, los peligros de un desplazamiento serio eran bastante lejanos. Sin embargo, la información de que se dispone en cuanto a la participación de la industria de la remolacha en los mercados internacionales entre 1853 y 1868 indica que esta había aumentado del 13.7% al 31.2%. Mientras tanto, el consumo per cápita había pasado de 4.5 klgrs. a 6.7 klgrs. Es posible que el ritmo de expansión de la producción de azúcar de remolacha fuera más vivo que el del aumento del consumo, puesto que el aumento de la participación en el comercio se produce precisamente en momentos en que se expande el consumo, o sea, aumentan las necesidades de abastecimiento.

Cuba durante esos años no parece perder posiciones importantes. Sin embargo, debe notarse que la participación del azúcar cubano en el movimiento comercial internacional oscilaba grandemente, aun cuando al final del período que estamos estudiando las cifras se hubieran realmente elevado. En cierto sentido, pudiera hablarse de un aumento a ritmo decreciente. Por otra parte, esta situación no parece haber sido exclusiva de la industria cubana, pues el análisis de los datos sobre Luisiana, Brasil y algunas de las Antillas británicas refleja la misma inestabilidad de su participación en el mercado internacional. Claro está que a ello contribuyó, en parte, el hecho que todavía la industria y el comercio azucareros no estaban tan rígidamente *zonificados* como a fines del siglo y en el siglo XX. La inestabilidad a que nos estamos refiriendo supone la liquidación de muchas zafras con sobrantes, cuyos efectos depresivos sobre la industria quedaban agravados por la tendencia secular a la reducción de los precios.

Debe advertirse que, sin embargo de los elementos críticos de la posición internacional del azúcar de Cuba, este pudo mantenerse en líneas generales sus posiciones debido al crecimiento del mercado norteamericano y a que la crisis violenta de los precios internacionales no se desarrolló hasta después de 1878.

Pero es que las condiciones exteriores, oscilantes y en cierta medida depresivas, coincidieron con un desajuste interno profundo, al cual por otra parte estimularon, contribuyendo de este modo a desencadenar la crisis de la industria y de toda la estructura económica colonial. Los caracteres anti-económicos de la esclavitud no hicieron sino destacarse

más a medida que las circunstancias internacionales variaban. La reiteración de las crisis financieras como las de 1857 y 1866 no hacían sino debilitar más la industria, en sus aspectos constitucionalmente débiles, e impedían la evolución definitiva hacia formas superiores de organización. Finalmente, la Guerra de los Diez Años detuvo todo el proceso solo para acelerarlo algunos años más tarde.

1. Desde luego, la primera de las manifestaciones importantes de la revolución técnica azucarera es anterior al período que estudiamos. Desde 1819 se introdujo la máquina de vapor para mover los molinos, en el ingenio "Cambre" (Güines) de Pedro Diago. En esa fecha todavía esa zona era el centro más importante de la industria colonial, como estimaba Humboldt. No se dispone de datos adecuados sobre el progreso de esta innovación. Es posible que no diera los resultados inmediatos que de ella se esperaban, debido a la imperfección de los trapiches (molinos). En algunas de las zonas retrasadas como Oriente la primera máquina de vapor no se usó hasta 1843.

La dificultad de operar convenientemente los molinos dándoles la velocidad y la presión suficientes para extraer el máximo de guarapo y evitar su reabsorción por el bagazo todavía era un problema de dudosa resolución hacia 1849, fecha en que se publica la traducción del libro de W. E. Evans. Según cálculos del momento los molinos movidos por bueyes podían extraer hasta un 58.5% del guarapo, y los movidos por agua hasta 61.2%; los molinos de vapor extraían desde 59.3% a 60.9%. Esto es, la máquina de vapor aplicada a los molinos presentaba una ligera ventaja respecto de la tracción animal, que era la general en la Isla. Es sabido que se carecía de suficiente fuerza hidráulica aprovechable. Por otra parte, se fueron ensayando diversos tipos de molinos, con tres y hasta con cinco mazas que contribuían a elevar la productividad de la máquina de vapor.

Esta mejora técnica fué difundándose, merced a que eliminaba el ganado de tiro, muy costoso, y que requería gran número de esclavos para atenderlo, y que suplía la fuerza hidráulica, que en otras circunstancias pudiera haber sido la principal fuerza motriz en los ingenios. La difusión no fué, sin embargo, muy rápida. En 1846 había solo 286 máquinas de vapor en los ingenios cubanos, sobre un total de 1442. En 1861 había 949 sobre un total de 1365.

Pero el uso generalizado de la máquina de vapor planteó un nuevo problema. No bastaba que el molino fuera capaz de extraer 60% o hasta 70% del guarapo contenido en la caña, si el resto de la instalación azucarera no era capaz de extraer, a su vez, el máximo de la sacarosa contenida en el jugo. A consecuencia de la disparidad de los

molinos y el *tren*, como se llamaba al conjunto de aparatos para elaborar el dulce, la industria presentaba una tendencia muy marcada a la sobreproducción de mieles, lo cual no había sido tradicionalmente propio del desarrollo azucarero de Cuba. Por lo contrario, antaño y hogaño la generalidad de los hacendados querían poner en el mercado el producto más puro. Esa disparidad y el desvío consecuente —que subrayó en un informe el ingeniero francés Derosne— hacia la producción excesiva de mieles constituyeron uno de los acicates más fuertes para proseguir adelante en la revolución técnica.

Desde luego, la máquina de vapor aplicada a los molinos produjo de inmediato una economía de brazos y de animales de tiro, actuando positivamente en el sentido que requerían las circunstancias. Por otra parte, se tradujo en un aumento absoluto de la capacidad de producción de la fábrica, si el resto del equipo respondía igualmente. De este modo, la introducción de la máquina de vapor repercutía sobre la organización de las plantaciones. Además, la máquina de vapor franqueaba la posibilidad de operar continuamente. Todas esas resonancias sobre los demás aspectos de la producción contribuyeron a transformar la revolución técnica en una ofensiva general para la rebaja de costes y el aumento de la productividad.

2. La revolución técnica prosiguió abarcando la “casa de máquinas”, o sea el *tren* de elaborar azúcar. En este sector comenzó bastante más tarde que la máquina de vapor, nunca antes de 1840, esto es, cuando ya había un centenar de ingenios que empleaban aquella.

Los antecedentes en este aspecto se remontan a fines del XVIII. La expresión típica de esos esfuerzos iniciales fué el *tren jamaquino*, consistente de cinco calderas sometidas al fuego de un horno único. El nombre se presta a confusión, pues parece indicar que se estableció en Cuba procedente de Jamaica, pero lo cierto es que tal sistema fué implantado originalmente como sistema francés antes de 1800. Llegó a ser el tren más generalizado, de tal modo que se denominaba también *tren común*. Al parecer, se difundió grandemente alrededor de 1830, después del viaje de Baudhuy y Arozarena a la vecina colonia inglesa. Su ventaja sobre los trenes primitivos cubanos consistía en la economía de combustible y de brazos para atender el horno. Posiblemente con la difusión de este equipo se usó más el bagazo como combustible. Lo cierto es que este tipo de instrumental no mejoraba sustancialmente el proceso de elaboración.

El nuevo impulso técnico, posterior a 1840, estaría basado en el uso de aparatos científicamente contruidos, en los cuales el proceso de fabricación quedaba variado y se fundamentaba en la aplicación de prin-

cipios químicos y físicos. El eje de la diferencia entre el tren jamaiquino y los aparatos introducidos después de 1840 radicaba en que con éstos la cocción de guarapo se realizaba al vacío, o sea, a baja temperatura, eliminándose las pérdidas por inversión de mieles a causa de exceso de calor que se requería para la cocción a cielo abierto. Por consecuencia del tipo de caldera que se usaba para la cocción al vacío ya no se podía trasladar el guarapo de una a otra por medio de brazos o por dispositivos de tipo bascular sino solo por presión o por gravedad controlando las operaciones por medio de llaves situadas en los conductos de pase de una caldera a otra. Desde este punto de vista el resultado inmediato de las calderas al vacío era el aumento de la extracción de sacarosa y la economía de brazos.

No eran recientes los aparatos que trataban de lograr adecuadamente esos resultados. Por lo menos, desde 1811 el inglés Howard había ideado una caldera al vacío que tuvo poco éxito debido a su alto costo. Más tarde, en 1817 se ensayaron aparatos similares en Francia. Hasta 1833, año en el cual el inventor marsellés Degrand construyó una caldera de este tipo, no se pudo realizar a poco costo este adelanto; simultáneamente Carlos Derosne, inventor francés que había estado ensayando aparatos al vacío, ideaba uno muy parecido al de Degrand, por lo cual se produjo un pleito entre los dos inventores que, zanjado en 1834, permitió proseguir los ensayos y perfeccionar un aparato que podía servir para la industria colonial.

El primer ensayo del aparato Derosne en Cuba se efectuó en el ingenio "San Juan Nepomuceno" o "La Mella", de Wenceslao de Villa-Urrutia quien confesó que desde 1835 estaba estudiando la posibilidad de emplear en Cuba una caldera como la de Howard. Aunque conocía los trabajos de Derosne desde 1838 no pudo adquirir el equipo hasta 1840. Las pruebas realizadas en las zafras de 1841 y 1842 no dieron resultado y parecían destinar al fracaso al inteligente hacendado, cuando el propio Derosne, además de enviarle el resto del equipo, decidió venir a Cuba para presidir los experimentos.

El ingeniero francés hizo dos viajes a Cuba (1842 y 1843). Durante el segundo de ellos dió preferente atención al equipo instalado en el ingenio de Villa-Urrutia y logró que funcionara debidamente, dejando sentado de una vez que se trataba de un progreso técnico indudable. Inmediatamente, otros hacendados como Joaquín de Arrieta manifestaron su deseo de adquirir los aparatos Derosne. Casi al tiempo en que Derosne estaba en estos trabajos, salía comisionado para Francia el químico Casaseca, director del Instituto de Investigaciones Químicas, quien informó muy favorablemente sobre este procedimiento, ignorando

que en la Isla ya se conocía, por comunicaciones privadas de Villa-Urrutia, el éxito del nuevo *tren*. La anécdota merece que la tengamos en cuenta, pues indica que los esfuerzos generales se orientaban en el mismo sentido.

En 1846, según los datos del Censo, había solo dos aparatos Derosne en toda la Isla. En 1860 según los trabajos estadísticos de Rebello había 32 equipos Derosne. Durante ese período de catorce años se introdujeron otros aparatos al vacío. Uno de ellos, el de Norberto Rillieux, criollo luisianés, tuvo cierta boga, debido a su baratura en comparación con el Derosne; en 1860 había unos 15 en toda la Isla. Pero también se introjeron calderas modificadas sobre el tipo ideado por Derosne, como las de marca Benson. No todos los ingenios que usaban calderas Derosne tenían completo el equipo que fabricaba el inventor francés; con frecuencia se trataba de trenes mixtos, jamaquinos con aparatos al vacío, como constataba el químico Casaseca en su informe de 1850 sobre los ingenios de la zona de Colón-Banagüises. Sin embargo, el equipo Derosne tuvo la preferencia, pues su fabricación ofrecía mayores garantías que la de los demás.

Los ensayos realizados en el ingenio de Villa-Urrutia comprobaron que con el nuevo tren se podía obtener cerca de 6 @ de azúcar por cada 100 @ de caña, mientras en las zafras anteriores operando con tren común solo se habían obtenido resultados variables, entre 3.4 y 3.8 @. He ahí el primer progreso: más rendimiento por la misma cantidad de caña molida. En segundo término, el tren Derosne no solo agotó las cañas del ingenio, sino que pudo ser dedicado los sábados a "cocer las mieles compradas a los vecinos", con lo cual quedaba demostrada la mayor capacidad absoluta de elaboración del nuevo equipo.

Al señalar estos hechos, es claro que estamos apuntando hacia aquellos resultados básicos de la innovación, hacia los que, con el decurso de los años, constituirían la base del desarrollo ulterior de la industria, o sea, la *centralización*. De inmediato, los ingenios equipados con aparatos Derosne, o Rillieux o cualquiera otro de los tipos de calderas al vacío, tenían ante sí el problema de reducir el tiempo de zafra, lo cual suponía un uso menos que eficiente de la instalación, o la ampliación de sus propias plantaciones, lo cual implicaba problemas que consideraremos en un número posterior de este capítulo, o, finalmente, trabajaba con cañas o mieles obtenidas de otros ingenios o agricultores cercanos.

No perdieron de vista estas implicaciones los hacendados contemporáneos. En realidad, los trenes Derosne solo fueron útilmente empleados en aquellas zonas en que los ingenios disponían de muchas tie-

rras de reserva, como ocurrió en la jurisdicción de Colón. En efecto, según los datos censales de 1858-61 y los que publicó Rebello se observa que, por lo general, los ingenios equipados con aparatos Derosne tenían una mayor extensión de caña sembrada que los demás, y producían más azúcar. Situación similar se observa respecto de los ingenios equipados con trenes Rillieux. Estos resultados se alcanzaban al mismo tiempo que se reducían costes porque el cocimiento del guarapo se realizaba en menos tiempo, porque se eliminaban pérdidas por inversión de las mieles y porque se reducía, aunque poco, el personal requerido en la casa de máquinas. Debe advertirse que simultáneamente se empleó por primera vez la correa sinfin para conducir la caña hasta el molino. Como se ve la marcha hacia una organización industrial altamente tecnificada y mecanizada era decidida.

Todos estos resultados repercutieron de alguna manera en los restantes aspectos de la industria, especialmente sobre la agicultura cañera.

La revolución industrial prosiguió. El año 1850 fué ensayada con éxito en el ingenio "Amistad" (Güines) de Joaquín Ayestarán la primera centrífuga. Con ella quedaba sustituido el tradicional sistema de purgar el azúcar con barro en hormas, por un sistema mecánico cuya aplicación en gran escala produciría cambios importantes en la calidad de los productos presentados por la industria cubana. En 1867 un hacendado de Santiago de Cuba ofrecía los resultados obtenidos por la centrífuga de su invención de la cual tenía patente concedida por el Gobierno Superior Civil: de una sola vez se eliminaba toda una sección de los ingenios tradicionales, la "casa de purga", con sus hormas, sus enfriaderas, sus secaderas y sus brazos adicionales a los ya numerosos empleados por el tren común. Y, sobre todo, subrayaba el autor: se producían solo dos clases de azúcar: blanco bueno y blanco malo según la calidad del producto metido en la centrífuga. Sin embargo, en 1860 había solo unas cuatro centrífugas operando en toda la Isla. Hasta 1878 no se difundirían con la debida celeridad.

No fueron esas las únicas innovaciones. Al mismo tiempo se perfeccionaban los filtros, se generalizaba el uso del carbón animal para decolorar el guarapo y se obtenían progresos efectivos en el control de la cal usada en la defecación del guarapo.

3. Esa revolución, que se encuentra en pleno desenvolvimiento en 1868, dentro de las circunstancias anormales, claro está, resultantes de las dos crisis de 1857 y 1866, tuvo repercusiones realmente profundas en la economía cubana contemporánea.

Desde luego, respondía al objetivo inmediato de disminuir costes y empleo de esclavos. Por lo pronto, se tiene la impresión que esto pudo

efectivamente realizarse solo en un sentido: aumentando la capacidad de producción del equipo y, por ende, el rendimiento por esclavo. En general, la disminución de brazos en la casa de máquinas no fué de importancia.

Si, de una parte, aquel objetivo se obtenía solo indirectamente, de otra parte, el efecto de la aplicación de los nuevos instrumentos produjo un aumento del empleo de brazos esclavos. Así como veinte años antes se había planteado la disparidad de eficiencia de la máquina de vapor y el resto de la instalación, ahora —a consecuencia de los aparatos más eficientes— se destacaba con relieve especial la disparidad de eficiencia entre el equipo industrial y el equipo y la técnica agrícolas. Se tiene la impresión de que los progresos en cuanto a la técnica de elaboración de azúcar fueron mucho más importantes, más sustanciales que los escasos progresos realizados en la siembra y la cosecha de la caña. Se imponía entonces una reforma casi tan radical de los métodos de cultivo y el empleo de aparatos y maquinarias modernos en las plantaciones. No otro sentido tienen las ideas y las prácticas expuestas por Reynoso en sus diversos trabajos sobre agricultura.

También en otra forma el efecto de la maquinaria industrial repercutió profundamente en las plantaciones. Ya lo dejamos expuesto al explicar las experiencias deducidas del ensayo del aparato Derosne en el ingenio de Villa-Urrutia. Una de las consecuencias a que nos venimos refiriendo era la ampliación del cultivo, al aumentar la capacidad de elaboración de la maquinaria y los aparatos. Este resultado se puede observar en la extensión mayor de tierras cultivadas en los ingenios provistos del equipo moderno. Este hecho significa que la "dotación" de esclavos tenía forzosamente que ausentarse, de modo que las economías realizadas en la casa de máquinas quedaban neutralizadas por el crecimiento de los campos cultivados. Pero, además, es posible que se observara —algo de esto aparece en un escrito de Juan Poey— que mientras no se elevara el rendimiento en guarapo y en sacarosa de las cañas, los equipos modernos estarían limitados a un progreso de corto alcance.

Hay en esta revolución técnica una cadena de acontecimientos, como la hubo en Europa desde mediados del XVIII hasta mediados del XIX a consecuencia, igualmente, de un súbito progreso técnico. El aumento de las plantaciones dificultaba el corte y tiro de las cañas. De modo que era preciso también abordar este aspecto.

La transformación técnica produjo también cambios en los aspectos comerciales. Se ha dicho que la aspiración de los hacendados de la época era fabricar azúcar blanco. Ello es cierto, en tanto en cuanto la industria cubana siempre había llevado al mercado un producto de bastante

calidad, con una pureza superior a lo que ofrecían las demás colonias. Faltando en España una industria refinadora, a la que interesase la adquisición de mascabado, —como ocurría en las colonias británicas y francesas—, era lógico que Cuba se esforzase por producir un azúcar puro. Con la revolución industrial la posibilidad de producir solo azúcar puro y azúcar impuro hizo variar completamente la posición de la industria cubana. Mientras más riqueza sacarina tuvieran nuestros azúcares, más provecho representaban para la nueva industria refinadora norteamericana que se abastecía en Cuba. Se fueron, pues, desechando las clases tradicionales: purgado, mascabado, cucurucho o bien florete, blanco, quebrado de 1ª, quebrado de 2ª y cogucho; para sustituirlas por los dos tipos actuales refinado y crudo. Ya en 1869, los ensayos realizados en refinerías inglesas con los azúcares cubanos mascabados situaban a éste en el número 13 Dutch Standard (o escala holandesa indicadora del contenido en sacarosa) con un contenido de 88% de azúcar refinado. Desde luego, el blanco producido entonces se consideraba refino. Pero esta evolución no se consumó hasta después de 1878, al cambiarse casi totalmente la estructura de la industria. Mientras existieron trenes jamaíquinos o comunes hubo diversas clases de azúcar. La centrífuga acabó con ellas.

No es menos de tenerse en cuenta el hecho que la instalación de los nuevos ingenios, con sus requerimientos extraordinarios de capital para maquinaria y aparatos, para tierras y aparatos agrícolas, exigió nuevos tipos de organización del capital y de las inversiones. Ya tendremos ocasión de comentar este fenómeno en un capítulo posterior.

4. Pero la ampliación del cultivo era una de las soluciones posibles, dentro del cuadro tradicional de la industria. Los hacendados más inteligentes y los criollos preocupados por el destino del país repararon en que ello supondría un agravamiento de las presiones internas sobre los costes. En efecto, en el ingenio individual el mismo capital tenía que afrontar los buenos rendimientos de la casa de máquinas y los azares y la ineficiencia de las plantaciones. El propio ingenio de Villa-Urrutia que se dedicó a cocer las mieles de los ingenios vecinos dió otra pauta: la de la separación de la parte industrial y la parte agrícola, independizándolas desde el punto de vista del capital y de la organización. De ahí surgió la llamada "división del trabajo".

Por división del trabajo se entendía que el cultivo, corte y tiro de las cañas del ingenio quedaran en manos de agricultores independientes, bien con capital y tierras propios, bien con tierras arrendadas y con capital facilitado por el hacendado. De este modo, el hacendado tradicional se aligeraba de los problemas que confrontaban las plantaciones y

se lograba —como creían los Reformistas— fomentar la población blanca, esto es, sentar las bases para una ocupación definitiva de las tierras como paso previo a la abolición de la esclavitud.

Que sepamos, los proyectos de división del trabajo no aparecieron antes de 1840; en cambio, se desarrollaron entre 1848 y 1868. Podríamos citar los ingenios modelos basados en la división del trabajo ideados por Mateo Barreto (1849-51) y por José M. Dau (1865). El periódico *El Siglo* insistió en plantear la cuestión abordándola desde varios puntos de vista. Pero la división no se llevó a efecto hasta la zafra de 1863-64, en el ingenio "Tinguaro" (partido de Jiquimas, jurisdicción de Colón), propiedad de Fernando Diago. Se entregaron 26 caballerías a los colonos que eran, en total, unos doce, a los cuales se pagó dos pesos por cien arrobas de caña "limpia de paja y de cogollo" puestas en el batey. Este ingenio estaba equipado con aparato Rillieux, disponía de unas cincuenta caballerías sembradas de caña, poseía reservas en tierras de más de 20 caballerías y podía producir cinco mil cajas (de 16 @) por zafra. Los resultados del ensayo no fueron satisfactorios, pues, al parecer, los contratos no garantizaban a los "colonos" una participación suficiente en la producción. La realidad es que, como diría un colaborador de *El Siglo*, el sistema de la "división del trabajo" no podía establecerse más que sobre la base de un rendimiento mayor en azúcar. O sea que, mientras los equipos no fueran capaces para extraer cantidades mayores de azúcar, y a juzgar por testimonios contemporáneos se obtenían regularmente unas 5-6 @ de azúcar por 100 @ de caña, era imposible ofrecer al cultivador un pago que le estimulara a correr los riesgos y los afanes de la agricultura cañera.

La división del trabajo en los ingenios dió origen al sistema de la "centralización", o sea la fundación de los centrales, que aparecen en Cuba después de 1878 y se difunden hasta nuestros días. Con ellos se desarrolla igualmente el sistema del "colonato".

Desde el momento en que se plantea la ampliación del cultivo, bien directamente, bien por medio de "colonos", se presenta el problema del transporte dentro del ingenio. En 1864 un artículo del periódico *El Siglo* demuestra que el tiro de las cañas por medio de carretas de bueyes era mucho más caro que el tiro por medio de carriles. Sin embargo, esta tendencia —que suponía la necesidad de introducir el ferrocarril hasta el corazón de la industria azucarera— no se realizó hasta después de 1878; posiblemente debido a que los costos de fundación y de manipulación del ferrocarril eran muy fuertes para emplearlo solamente en unidades de 50 ó 60 caballerías de cultivos.

5. La industria azucarera durante los años que corren entre 1840 y 1868 se hallaba irregularmente distribuida en el territorio de la colonia. Se mantenía, pues el carácter que tradicionalmente había tenido en cuanto a su localización geográfica; sin embargo, debe advertirse que la marcha hacia el Este, tantas veces indicada, había desplazado, desde 1837, un poco más los grandes centros industriales que llegaban a los que es hoy la parte occidental de la provincia de Santa Clara. En el corto número de años que comprende el período que nos ocupa había surgido el centro azucarero de Colón y se extendía ya, por Ceja de Pablo, hacia Sagua la Grande y por San Fernando de Camarones, hacia Cienfuegos.

Ya no podía seguir aprovechándose la zona inmediata a los puertos; por otra parte el ferrocarril estaba resolviendo la cuestión de las comunicaciones. Algunos de los ingenios situados al interior, en la zona de Matanzas tiraban sus azúcares por La Habana. Había ingenios situados ya a distancias mayores de 10 millas del más próximo puerto de embarque. La penetración al interior era forzosa, especialmente cuando se trataba de ingenios modernos que requerían grandes reservas de tierras, bien para ampliar cultivos, bien para establecerlos en las partes no utilizadas cuando se "cansasen" las tierras en uso. Esto es, para mantener —dentro de un espacio reducido— la migración de los cañaverales, característica de la época pre-técnica de la industria.

Según los datos publicados por Pezuela y por Rebello en 1860 la industria azucarera cubana estaba distribuida en cuatro zonas bien diferenciadas, aun cuando a veces es difícil separarlas desde el punto de vista geográfico.

I. *Primera zona occidental.* Puede considerarse que esta zona se extiende entre Pinar del Río y los límites actuales de la provincia de La Habana y Matanzas. En este sentido comprende una sección, más bien excéntrica, constituida por los ingenios establecidos al Oeste de Pinar del Río (unos 6 ingenios) y una sección continua que se extendía entre Bahía Honda y Matanzas, por la costa norte, y penetraba al interior de la actual provincia de La Habana por Guanajay, Güines, prolongándose hasta Matanzas a través del partido de Alacranes (que pertenecía administrativamente a la jurisdicción de Güines). Por la costa norte, esta zona llegaba casi hasta la misma capital, pues había ingenios en Guanabacoa y en Guanabo.

Los centros principales estaban formados en torno a Cabañas y a Güines. La zona de Alacranes se proyectaba hacia Matanzas de tal

forma que puede considerarse como independiente de la sección habanera.

En esta sección principal se estaban produciendo cambios con sentido inverso a los ocurridos entre 1790 y 1837. Algunas de las localidades como Santa María del Rosario, Bejucal, Jaruco y el propio Güines estaban siendo progresivamente abandonadas por la industria azucarera, trasladándose por la dirección de Alacranes hacia el Este. Esta tendencia fué la que determinó y, a su vez, se debió, a la construcción del ferrocarril de Güines a Unión, con un centro ferroviario de importancia en Bolondrón.

Sobre un total de 260 ingenios había 215 con máquinas de vapor en los molinos y solo 2 empleaban fuerza hidráulica. Había en total 3 equipos Derosne, 6 Rillieux y uno al vacío no especificado. La máxima extensión de tierra sembrada en un ingenio, así como la máxima producción ocurrían en la zona de Cabañas. El máximo de capacidad total de tierras, en Alacranes (124 caballerías) que, por ser zona relativamente nueva, había permitido la ocupación de más tierras por ingenio.

II. *Segunda zona occidental.* Esta zona, que era el centro principal de la industria azucarera de entonces, se puede considerar constituida por la actual provincia de Matanzas, dividida entonces entre las jurisdicciones de Matanzas, Cárdenas y Colón. Debe añadirse la jurisdicción de Sagua la Grande, donde estaba penetrando la industria azucarera moderna, aunque solo hasta la localidad de Ceja de Pablo. Propiamente el resto de la jurisdicción de Sagua debía quedar incluido en la zona central por tener los mismos caracteres industriales que ella. En 1860 esta zona occidental se hallaba saturada de ingenios, algunos de los cuales se hallaban a 10 o más millas del puerto más cercano. Por lo general, embarcaban sus azúcares por Matanzas y Cárdenas; algunos, por La Habana.

El centro de mayor densidad y de mayor capacidad industrial estaba constituido por Colón, y dentro de esta jurisdicción por los partidos de Macagua y Macurijes. En menos de quince años esa extensa región llana se había poblado de cientos de ingenios.

De un total de 520 ingenios, 459 tenían máquina de vapor en los molinos. Solo en Sagua la Grande, la mayoría de los ingenios tenían trapiches de bueyes. En total, había 16 equipos Derosne, 9 Rillieux y 6 al vacío, no especificados. Ya había cuatro centrífugas. Había ingenios como el "Sociedad" (Macagua) con 174 caballerías y el "Santa Rita" (Jiquimas) con 100. El "Alava" (Macagua) tenía 80 caballe-

rías. El de mayor producción era el "Alava" y tenía un equipo Derosne, como el "San Martín", que producía 12,000 cajas por zafra. En general, en la zona de Macagua no había ingenio de menos de 2,000 cajas.

III. *Zona central.* Al considerar esta zona debe advertirse que es muy dispersa. Abarcaba desde Cienfuegos, donde penetraba débilmente la revolución industrial, hasta Puerto Príncipe. Comprendía varios centros más o menos aislados, como Santa Clara, Trinidad, Sancti-Spíritus y Puerto Príncipe, algunos de los cuales iban perdiendo parte de su esplendor, como en el caso de Trinidad, donde existían ingenios muy eficientes a principios del siglo.

Sobre un total de 378 ingenios había solo 182 con máquina de vapor, el resto eran trapiches de bueyes. Había un solo equipo Derosne (Ingenio "Santa Susana", Cienfuegos) y un aparato al vacío no especificado. El conjunto de mayor importancia estaba constituido por los ingenios de Palmarejo (Trinidad). Por lo general, se trataba de ingenios de 1 a 13 caballerías sembradas y con más de 15 caballerías de reserva: el "Cinaguayabo", en Caibarién tenía 200 caballerías. En esta zona los había a más de 25 millas del puerto o embarcadero más cercano.

IV. *Zona oriental.* Era, como la anterior, muy extendida; comprendía desde Holguín-Bayamo hasta Guantánamo. De los 198 ingenios que comprendía, solo 84 tenían máquina de vapor y de éstos, 61 estaban situados en la jurisdicción de Santiago de Cuba, esto es, cerca del puerto principal de la región. Predominaban los ingenios y trapiches con menos de 10 caballerías de tierras. En algunas de las secciones más retrasadas, los había con reservas de 100 a 150 caballerías. No había equipos modernos. En su conjunto, estaba en un estado inferior de desarrollo, salvo en la sección de Santiago de Cuba.

Tal era la distribución geográfica de la industria azucarera en la víspera de la Guerra de los Diez Años. Cuando ésta terminó habían sido eliminados numerosos ingenios de las zonas central y oriental; esto es, las operaciones militares no alcanzaron al núcleo principal de los ingenios modernos situados al Occidente. En este sentido, la revolución solo impidió que se produjera durante diez años la marcha hacia el Este; pero, por otra parte, liquidó la organización industrial y agraria existente en esa parte de la Isla dejando libres las tierras nuevas de Camagüey y de Oriente para la penetración de los centrales. Tras de los centrales que se movían hacia el E. siguieron la población, los ferrocarriles y el latifundio.

CAPÍTULO V

EVOLUCION DE LAS DEMAS INDUSTRIAS

AUN cuando este período representa desde el punto de vista de la organización industrial de Cuba el momento en que la industria azucarera, impulsada por la revolución técnica comienza a consolidarse como la rama de más importancia y solidez, el desarrollo de las demás industrias tiene un especial interés histórico. Entre otras razones porque una de las industrias que más se expande y crece es la del tabaco que constituye, sin duda, la más importante manufactura de tipo urbano.

Los cambios que sufren la estructura agraria y la industria azucarera durante este período no fueron un fenómeno exclusivo de ellas, sino general; también después de 1840 se observan nuevos elementos en las demás industrias, lo que significa que esa fecha marca con cierta precisión un viraje en la economía insular. La primera de las industrias que sufre modificaciones entonces es la del tabaco que alcanza proporciones realmente notables dentro de la circunstancias de la época.

Surgieron nuevas industrias resultantes del auge agrícola y del aumento de la población. Otras se fortalecieron debido a las posibilidades del mercado interno. Sin embargo, algunas de las industrias tradicionales se mantuvieron estancadas o en retroceso, como es el caso de la ganadería, por razones que no son fáciles de dilucidar pero que parecen estar vinculadas, a través del uso de la tierra, con los altos beneficios que producía aun en 1860 la industria azucarera. Estos beneficios altos de la industria azucarera tuvieron la virtud de desviar el desarrollo industrial hacia una sola rama de la producción; sin embargo, cabe preguntarse por qué la disminución de los mismos en la propia industria azucarera tuvo como resultado el empuje reformador que analizamos en el Capítulo IV, mientras en otras industrias tradicionales —y que habían mostrado cierta capacidad de expansión desde el XVIII— la disminución de los beneficios no tenía la misma virtud estimulante sino conducía directamente al abandono de esa actividad. Evidentemente, hay condiciones especiales de cada industria que favorecen o entorpecen el uso

de maquinarias o de procedimientos que reduzcan costes, aumenten la producción y permitan mantener un nivel alto de rendimiento.

No obstante, hay un lento y trabajoso progreso en todas las industrias de Cuba. En todas se produjeron algunas de las reformas o mejoras técnicas que pudieran haberlas puesto en el camino de una reorganización a fondo.

1. No es fácil describir la evolución de la industria tabacalera durante este período. Faltan, por lo general, los datos estadísticos básicos, como se puede observar en el *Memorandum* de González del Valle. Se sabe, desde luego, que las exportaciones de tabaco aumentaron durante el período, especialmente en cuanto al tabaco elaborado, lo que supone una creciente capacidad industrial para la producción; pero se carece de los datos que permitirían apreciar cómo responde la industria a este estímulo de la exportación.

El primer hecho que conviene tener presente en la evolución industrial tabacalera es el hecho de la subdivisión especializada que se produce en su seno durante los años que corren entre 1837 y 1868. La industria cigarrera existía hasta la década de los 30 solo como actividad de trabajadores a domicilio que enviaban su producto a los "fabricantes", que, en realidad, eran distribuidores. No existía la cigarrería especializada, como taller, que es un resultado del cambio definitivo del consumo hacia las formas nuevas del producto: los tabacos (puros de cigarros) y cigarrillos. Aun cuando se había abandonado el uso del rapé todavía en 1841 había en La Habana alguna fábrica dedicada a este producto. La industria cigarrera independiente progresó rápidamente.

Hacia 1835 no había cigarrerías formales. Al parecer la primera se fundó poco después. En 1859 había unas 38 en La Habana que fabricaban unos 97 millones de cajetillas. Para esta última fecha, ya la industria había sufrido el primer impacto de consideración al aplicarse la maquinaria a la fabricación de cigarrillos, hecho que se produjo con la fundación de la fábrica "La Honradez" (1853). Esta innovación representaba la posibilidad extraordinaria de producir unos dos millones de cigarrillos por día.

La industria cigarrera no se extendió rápidamente por la Isla. Hacia 1860 había solo cuatro cigarrerías "con marca" en Matanzas las cuales empleaban unos ochenta operarios. En Puerto Príncipe había solamente una cigarrería "con marca". En La Habana había entonces más de dos mil operarios de este ramo. El hecho que se destacaran, como en la industria tabacalera, los fabricantes "con marca" significa que se había alcanzado cierto desarrollo que hacía de la fábrica una entidad

estable en el mercado. Los datos que aporta Pezuela en su *Diccionario*, indican que había muchas ciudades de Cuba en las cuales la industria cigarrera era del tipo tradicional, esto es, "sin marca" y con operarios a domicilio. El desarrollo, pues, era escaso hasta 1860. En algunas localidades los operarios eran solo tres o cuatro.

La industria tabacalera, de puros o cigarros, cuyo inicio hemos comentado en el tomo III se desarrolló más intensamente. A partir de 1840 y, por consecuencia del aumento de las exportaciones de tabaco torcido, la industria del tabaco se difundió en todo el país y adquirió cierta solidez en La Habana. Veamos los datos que se conservan al respecto:

	Estableci- mientos	Obreros	Exportación	Producción
1836	306	2,152	4,887,000 u.	...
1859	516	15,128	246,863,000 u.	684,589,000

Estos datos muestran que la formación de un gran mercado doméstico para los tabacos fué de suma importancia. Esas cifras prueban que La Habana comprendía casi la mitad de las tabaquerías del país, ascendientes a 1,295 en 1859, de las cuales solo 136 radicaban en el Departamento Oriental, mientras el resto se extendía entre Puerto Príncipe y Pinar del Río. Algunas de las cifras correspondientes a las principales ciudades nos permiten apreciar la distribución altamente concentrada de esta industria.

	Tabaquerías	
	con marca	sin marca
La Habana	149	349
Pinar del Río	..	179
Matanzas	54	2
Puerto Príncipe	..	45
Remedios	..	25
Sagua La Grande	..	25
San Antonio de los Baños	..	31
Santiago de Cuba	19	..
Sancti-Spiritus	..	11
Santiago de las Vegas	4	20
San Cristóbal	2	..

Estos datos tomados del *Diccionario* de Pezuela corresponden a las jurisdicciones, salvo en los casos de La Habana y Matanzas en que se consignan solamente las tabaquerías de la ciudad. Si se comparan estos datos con algunos de los mencionados en el t. III se apreciará que, en

ciertas zonas tabacaleras donde no había industria alguna en 1846 ya la había, lo cual supone una diversificación geográfica más activa. Entre las jurisdicciones mencionadas se hallan dos de la zona habanera, las cuales debían producir como tributarias de las fábricas de la capital.

El ritmo era lento. Hasta 1845 no se fundó en Santiago de Cuba el primer taller de importancia "con marca". Sin embargo, hacia 1860 este puerto era junto con Matanzas uno de los tres que exportaba más de 1,000,000 de tabacos o puros al año.

Sin embargo de que en La Habana existía algún taller hasta con 300 operarios, hay que observar que en 1859 había solamente unos 377 fabricantes, nombre con el que se designaba posiblemente a los propietarios de talleres, lo que hace sospechar que los había con más de un taller, esto es, con una fabricación descentralizada y que quizás se extendía por otras jurisdicciones y localidades cercanas a la Habana como Guanabacoa, Bejucal y Güines.

Al parecer, el crecimiento de esta industria consistió fundamentalmente en la creación de talleres con un gran número de obreros torcedores. No hubo pues, grandes reformas o mejoras de tipo técnico que permitieran —como en la industria azucarera— aumentar la productividad del operario. Hubo, sin embargo, discusiones más o menos teóricas sobre la posibilidad y la utilidad de emplear maquinaria para la elaboración; pero no se pasó del campo de la especulación.

Sin embargo, hubo manifestaciones de una nueva organización que se imponía cada vez más a medida que las exportaciones crecían y que era apremiante satisfacer al mercado principal, que eran los Estados Unidos. La importancia que tenía la "marca" a mediados del siglo es un síntoma de esta necesidad de dar cierta estabilidad y de mejorar el producto. Claro está que la súbita expansión del comercio de tabaco manufacturado perjudicó al producto, puesto que favoreció cierta tendencia al descuido de la calidad del tabaco, como expresan varios testimonios contemporáneos; pero, en general, fué preciso establecer nuevas normas, especialmente, en la presentación del producto.

Hacia 1850 un "marquista" llamado Ramón Allones se hizo famoso introduciendo ciertos envases especiales, con adornos, "fileteados" que luego imitaron los demás fabricantes. En este momento culminó una evolución hacia la presentación del producto en envases pequeños, pues anteriormente se presentaban en cajones de 5 a 10 millares de tabacos, amarrados en mazos de 50 ó de 100 tabacos. Ya en 1845 el envase corriente contenía solo cien tabacos, al decir de Rivero Muñoz. La innovación de Allones dió la pauta que todavía domina en la actualidad.

Sin embargo, los puros siguieron siendo iguales en su elaboración distinguiéndose solamente por su grueso y su largo. Pero dentro del proceso de fabricación aparecieron nuevas modalidades de cierta importancia. La que parece más digna de señalarse fué la especialización de la *escogida* del tabaco, operación previa a la elaboración y de la cual depende el destino adecuado de la hoja según su color y sus calidades, como en la *escogida* del tabaco ya manufacturado depende el éxito definitivo de la presentación del producto. Quizás alrededor de 1830 se comenzaron a formar los primeros departamentos de *escogida* y ya en 1850 Arboleya en su *Manual* cita a los *escogedores* entre los obreros tabacaleros especializados.

La elaboración se realizaba toda a mano. De ahí la importancia del obrero *torcedor*, de cuya habilidad dependió siempre el éxito del fabricante. Este hecho explica la existencia de una Escuela de Aprendizaje de la Sociedad Económica de Amigos del País, en la cual el grupo más numeroso lo constituían los torcedores. No obstante, hubo intentos de realizar la transformación mecánica de la industria. La patente de uso de la máquina de torcer tabaco concedida en 1847 a Samuel Eryen Hastivill y las patentes simultáneas sobre una máquina "para prensar y arreglar tabaco en rama y labrado" y otra para "picar tabaco" indican que se estaban produciendo presiones similares a las que existían en la industria azucarera.

La industria tabacalera y cigarrera fué, desde luego, afectada por la crisis política que transcurre entre 1868 y 1878; pero en sus líneas generales conservó la organización y la estructura que tenía a mediados del siglo hasta principios del período republicano en que la aparición del Trust tabacalero norteamericano produjo cambios sustanciales. La repercusión de las medidas tomadas en los Estados Unidos produjo entonces el fenómeno de la "emigración" de la industria hacia los Estados Unidos, que es uno de los hechos característicos del período que corre entre 1868 y 1900. Esta emigración fué, un traslado de los empresarios y obreros, hacia el sur de esa República, más que de fábricas o talleres.

2. La industria minera renacida en la década de 1830-40 prosiguió desarrollándose, aunque se mantuvo fundamentalmente localizada en la región oriental del país. El hecho característico de esta evolución lo constituye, sin duda, el hecho que la mayor parte de las iniciativas y de las empresas principales se debían a inversionistas británicos y norteamericanos, esto es, de países en los cuales la revolución industrial estaba presionando fuertemente sobre el abastecimiento de materias primas minerales.

El principal producto de la minería cubana de esta época fué el cobre, especialmente en la zona cercana a Santiago de Cuba. En 1854 había allí unas 31 empresas mineras que empleaban un total de 2,389 obreros. Solo en ocho de estas empresas había unos 169 empleados ingleses. En total había unos 1,300 esclavos y unos 760 operarios libres de color. De todas las empresas existentes las principales eran la Consolidada, la Sociedad de San José, la Compañía de Santiago y la Nueva Descubierta; la segunda y la última españolas y las otras dos británicas. La principal —Consolidada— tenía 31 concesiones, la de San José solo una, en la mina del mismo nombre, la de Santiago, 12 concesiones, de las cuales explotaba tres. Había además, una compañía norteamericana que beneficiaba los desechos de las demás. Aun cuando se produjeron numerosos intentos para forzar a las compañías británicas a concentrar el mineral en Cuba, no se obtuvo. Solo la Compañía San José montó un horno de calcinación hacia 1851, con el cual se reducía el mineral a masas con un 70% de contenido puro. La exportación de cobre se mantuvo durante casi todo este período por encima de las diez mil toneladas al año, representando no menos de un 12% del total de la producción mundial. Cuba era entonces el principal abastecedor de cobre de la industria inglesa.

El principal obstáculo que hallaron estas compañías fué el problema del transporte. Primero, se tiraban los minerales en arrias y en camellos y, más tarde, desde 1843, en un ferrocarril hasta la Bahía de Santiago de Cuba. Al parecer, la baja del precio del cobre en 1865 originó un pleito entre la compañía Consolidada y la empresa de este ferrocarril por arreglo de los fletes, pleito cuya prolongación parece haber contribuido a la paralización progresiva de los trabajos, que se terminaron definitivamente el año 1868.

Otras minas de cobre se conocieron en esta época. Desde 1846 se tienen noticias de las minas situadas en Bayatabo (Nuevitas), llamadas San Agustín, propiedad de un norteamericano y de las cuales se extrajeron en 1851 unas 50 toneladas; Buena Esperanza, también norteamericana que en su primer año de explotación (1852) produjo unas 75 toneladas; y la Casualidad que no parece haber sido explotada. Según Calvache estas minas se conocían desde 1843, fecha en la cual recibían nombres distintos y una de ellas había producido ya hasta 550 toneladas de mineral. En los datos estadísticos del *Diccionario* de Pezuela figuran varias minas de cobre, además de las mencionadas; cuatro de ellas en la región de Manicaragua y dos en Bacuranao, cerca de la Habana, sobre cuya explotación no se dispone de más datos. Al parecer, se continuó explotando irregularmente la mina San Fernando

en la región de Cienfuegos —que pudiera ser una de las localizadas en Manicaragua— la cual hacia 1856 producía unas 780 toneladas embarcadas a Estados Unidos y a Gran Bretaña y a la cual se atribuía una riqueza del 17% de contenido metálico.

En 1843 el geólogo Taylor que visitó la zona norte de Oriente hacia 1836 se refiere a 18 concesiones mineras de cobre en la región de Holguín; pero que sepamos no se explotó ninguna de ellas, como no parecen haber sido explotados ciertos yacimientos de Villa-Clara (Cuartón de San Gil) y de Mantua, conocidos por estos años.

Al parecer no se explotaron otros yacimientos mineros, salvo los de oro en Auras, jurisdicción de Holguín, conforme al testimonio de Rodríguez Ferrer. Según este inteligente viajero español había en la Mina Abundancia de esa zona un equipo para separar el metal por medio del mercurio.

Se conocían, sin embargo, los principales yacimientos de hierro de la zona de Santiago de Cuba (Juraguá, Juraguacito, Damajayabo y otros) así como yacimientos de cromo.

Aun cuando muchos de los testimonios contemporáneos se refieren a las minas de carbón de piedra, lo que parece más cierto es que todas las explotaciones de este tipo eran de chapapote o asfalto muy abundante en diferentes lugares de la Isla. Desde 1835 se trabajaba en una mina en la zona de Bacuranao, posiblemente la misma que Pezuela denomina "Casualidad" y cuyo producto se empleaba en las herrerías y talleres de maquinarias de la capital, como combustible y como preservador de los instrumentos metálicos contra la oxidación. Se habla también de un yacimiento denominado "Prosperidad" en Tapaste, también cerca de La Habana. El ya citado Taylor que visitó la primera de las mencionadas se refiere al "sistema inadecuado" de organización del trabajo, en el cual no se empleaba máquina ni instrumento accesorio alguno sino solo el trabajo de algunos negros.

Los mármoles de Isla de Pinos comenzaron a explotarse en esta época. A lo menos, hacia 1846 una Compañía minera requirió y obtuvo la exención de derechos aduanales para las maquinarias y aparatos que debía emplear en esa explotación.

Caso diferente es el de las arenas, las arcillas y diversos materiales de aplicación industrial. Las caleras, las yeseras, los tejares fueron establecimientos diseminados por todo el país, especialmente en zonas rurales, cercanas a los ingenios, donde se hacía gran consumo de materiales de construcción. En 1846 había un total de 653 tejares y alfarerías, mientras en 1860 había 468; se enumeraron 777 caleras y yeseras en 1846 y solo 504 en 1860. Las canteras eran menos abun-

dantes, pero algunas como las del Calvario (Habana) usaban sierra de vapor; también cerca de la capital había tres canteras en explotación (San Miguel del Padrón), lo cual se explica por el gran mercado que formaba la "gran Habana".

Durante este período se estuvo planeando una legislación de minas especial para la colonia, que respondiera a las mismas finalidades de la Ley de 11 de abril de 1849 vigente en la Metrópoli; pero la comisión formada a este efecto tuvo muchos tropiezos por falta de algunos elementos de trabajo. Hacia 1851 Mariano Torrente reclamaba su aprobación y vigencia con el objeto de favorecer esta industria.

3. La ganadería fué quizás la industria básica del país que más se resintió de los profundos cambios que se habían operado en la estructura económica desde fines del XVIII. Por una parte, continuó el proceso de intensificación, simbolizado por la formación de potreros; pero este proceso no significó una mayor capacidad de la industria para resistir a las presiones que sobre ella ejercían las circunstancias. En efecto, según el Conde de Pozos Dulces, los potreros eran a mediados del siglo "fieles trasuntos de los hatos y corrales" tradicionales. De esta manera, el proceso a que nos estamos refiriendo venía a constituir más el abandono de tierras nominalmente ganaderas para dedicarlas a cultivos, sin más transformación interna de la industria. Ya veremos que los potreros significaron, sin embargo, cierta mejora en el tratamiento del ganado.

La ganadería tradicional fué quedando reducida a zonas orientales donde no llegaba, como explicamos en otro capítulo, el empuje decisivo de la agricultura comercial. Sin embargo, hacia 1860 llegaban allí los potreros, debido a que en las regiones occidentales y centrales quedaba cada vez menos tierra libre para dedicarlas a la industria. Pero, como hemos visto en el capítulo primero, los cambios de localización de la industria azucarera en el Occidente del país así como la destrucción de numerosos cafetales, dieron un nuevo estímulo a la ganadería. En ciertas localidades de la región habanera antiguas tierras dedicadas a los cultivos se dedicaron nuevamente a la ganadería intensiva o de potreros. Es el caso de lo sucedido en Puerta de la Güira y en Güines. Pero en las zonas centrales y orientales penetraban por primera vez los potreros y se difundían en Sancti-Spíritus, Nuevitás y Puerto Príncipe. Ya hemos tenido ocasión de comentar las cifras al respecto en el capítulo I.

No obstante tal expansión, la industria ganadera seguía representando un factor de poca importancia en la estructura económica colonial. Con claridad vió el Conde de Pozos Dulces el mecanismo que

producía este resultado: "A tal punto ha podido distraerla de sus legítimos destinos la especialidad de ciertos cultivos que una buena parte de sus rentas las consume en pagar al extranjero la precisa subsistencia de sus habitantes". Pero si, de un lado, la atracción de los cultivos sustraía capitales y brazos, de otro, el proceso de multiplicación de los ingenios y de los cafetales propició el desarrollo de la ganadería ofreciendo un mercado muy rico para los animales de tiro. Posiblemente esta demanda súbita influyó, al par que el aumento del consumo de carne y la necesidad de "liberar" tierras para los cultivos, en la formación y difusión de los potreros, pues el ganado "hatero" no bastaba, por su escasez y su mala calidad.

Los potreros se caracterizaban no solo por su extensión reducida si comparados con los hatos y corrales, e, incluso, con ciertas explotaciones agrícolas, sino también por el hecho de que se sembraba el pasto, la yerba de Guinea, que fué introducida con este objeto antes de 1837. Pero esta simple mejora no bastaba para resolver los problemas aun cuando gracias a ella se había logrado, según el Conde de Pozos Dulces, mantener diez cabezas de ganado mayor por caballería, en vez de dos o tres como sucedía en los hatos tradicionales. Pero otras deficiencias dieron por resultado la producción de un ganado raquítico, que disminuía en la época de las sequías porque el pasto cultivado no garantizaba el alimento cuando la naturaleza impedía el crecimiento de la yerba de Guinea.

"La industria pecuaria sucumbe entre nosotros sin haber combatido." Estas palabras del Conde responden a una visión de conjunto de la industria. Sin embargo, hacia 1850 se introdujeron ejemplares de sementales de raza Durham, con destino a potreros de la zona de Puerto Príncipe y se les eximió de derechos de importación. Esta raza, cuya finalidad era aumentar la producción de carne fresca por ejemplar, parece que continuó ensayándose en la misma zona, pues hacia 1868 se sabe que existían ejemplares de cruzamiento. Rodríguez Ferrer, naturalista y empresario, recibió premio en la exposición de Puerto Príncipe de 1860 por un mestizo de Durham. Sin embargo, de los datos de que se dispone sobre la materia y de las noticias sobre exposiciones, ambos indicadores de que se producía cierto progreso, no pueden desprenderse por ahora conclusiones adecuadas acerca de la influencia de este cruzamiento y aclimatación.

La ineficiencia resultante de los factores señalados en los dos párrafos anteriores producía, sin duda, efectos depresivos sobre la industria. Se decía que una caballería de frutos menores producía más que una caballería destinada a ganado. No había capacidad para competir con

el producto extranjero y el propio tasajo tenía más precio en el mercado que la carne fresca, y se consumía más que ésta. Las importaciones por concepto de carnes preparadas y derivados de la ganadería eran cuantiosas, como podremos apreciar en el capítulo VI.

Un factor más pesaba sobre la industria. El régimen fiscal la gravaba fuertemente. Cada cabeza de ganado debía pagar un impuesto de consumo, ascendiente a 4 pesos más 7 rls. para el Alguacil Mayor por derecho de matanza, $1\frac{1}{2}$ rl. por derecho de rastro o matadero y 14 rls. por comisiones a encomenderos y otros intermediarios. Si el precio oscilaba alrededor de 25 pesos por cabeza, la suma de esas cargas representaba un 24%. En cambio, los derechos de aduanas sobre el tasajo y otros productos derivados de la ganadería eran relativamente moderados, por tratarse de productos de absoluta necesidad, a los cuales con alguna frecuencia se eximía de derechos por causa de desastre público.

Pero había otras deficiencias que no dependían de factores, digamos políticos o económicos, sino de la organización interna de la propia industria. La multiplicación de intermediarios entre el "hatero" o "potrero" productor y el consumidor tendía a encarecer el producto y a dificultar cualquier intento de reforma. El sistema de arrendamiento de haciendas o potreros para que el cebador los explotara durante un corto período de años, al cabo de los cuales se había dedicado a vender los buenos ejemplares y dejaba al propietario absentista los peores, tendía igualmente a colocar a la industria en una situación de indefensión grave ante las dificultades que la estructura económica y la especialización agrícola oponían al desarrollo de la ganadería y de las demás industrias en general.

No faltaban explotaciones derivadas o secundarias. Tanto la industria lechera como la quesera existían en un estado embrionario, especialmente la segunda, que tenía que competir con el producto importado. Ambas eran de tipo rural, alcanzaban solo a una pequeña zona inmediata a la explotación, por dificultad de transportes y de conservación del producto. Todavía la extracción de la leche se realizaba en algunas haciendas, según Rodríguez Ferrer, "amarrando" o acorralando el ganado cada quince o veinte días, para dejarlo pacer a su albedrío hasta que se repitiera la operación.

Las tenerías y curtidurías eran relativamente abundantes. Casi no había zona en que no hubiera algunas de ellas, de acuerdo con el desarrollo ganadero general. En 1846 había un total de 56 en todo el territorio de la colonia, particularmente concentradas en el llamado Departamento Central, en torno a Sancti-Spiritus, donde había el mayor

número. En 1860 habían aumentado a 61 y sufrido un desplazamiento que responde al movimiento general de expansión de los potreros hacia el Este. El número de tenerías en la zona de Sancti-Spíritus había quedado reducido y se habían concentrado extraordinariamente en la zona de Holguín, donde la localidad de Tunas estaba floreciendo desde el punto de vista ganadero.

Desde luego, durante este período prosiguió la reforma del sistema de intervención pública en el mercado de la carne. La antigua tasa del precio, fijada dentro de la regulación de la *pesa*, fué desapareciendo y siendo sustituida por regulaciones que tendían, desde luego, a mantener un régimen de precios determinado, aunque reflejando con más fidelidad el estado del mercado. El Reglamento del 2 de noviembre de 1845 estableció el sistema de las posturas diarias y por partidas de animales, lo que significa que se aceptaba cada día en el rastro el ganado del encomendero que ajustase por licitación el mejor precio para un número determinado de animales que podían ser los suficientes, o más o menos de los que se necesitaban para el abastecimiento de la Habana. Este precio se determinaba sin atender al precio en casilla, o sea de venta al consumidor.

En esa fecha la venta de la carne en La Habana estaba concentrada principalmente en los grandes mercados establecidos durante el gobierno de Tacón: Cristina, Tacón y el Vapor.

La reforma del sistema del rastro se completó con el Reglamento de 1848, por el cual todo ganadero quedaba libre de matar sus reses en el rastro y de venderlas al precio que estimase oportuno a los casilleros, aun cuando, por lo general, los casilleros y los encomenderos estaban "ligados", lo cual eliminaba en la práctica el funcionamiento completo de la ley de la oferta y la demanda.

La contralización de la distribución de la carne por medio de los mercados fué una reforma iniciada en La Habana durante la época de Tacón y que se difundió paulatinamente por las demás ciudades. Pocos años después se construía en Santiago de Cuba un mercado y se implantaba una reforma del rastro. En 1859 este proceso estaba operándose en San Juan de los Remedios.

4. Otra de las industrias que parece entrar en una etapa crítica es la de la pesca. Durante la época precedente al gran desarrollo agrícola estaba en manos de pescadores costeros o de orilla, más que en la de verdaderos pescadores de altura. Aun cuando los bancos y zonas pesqueras estuvieran, en la región occidental, relativamente alejados de la capital, lo cierto es que se limitaba a una actividad costera o litoral.

Por lo general, se carecía de abastecimiento regular. El pescado fresco no se podía transportar ni conservar fácilmente, por lo cual era preciso limitarse al abastecimiento suministrado por los pescadores locales.

Sin embargo, crecía el consumo, al par que aumentaba la población y disminuía o se dificultaba el abastecimiento de carne. Se sentía cierta presión hacia una organización mejor de la industria. Alrededor de 1837-40 las condiciones para esta reforma se presentan, a la sombra de la administración de Tacón, muy partidario de dar privilegios y contratas a amigos y asociados. Uno de éstos, Francisco Marty y Torrens obtuvo en una fecha que no hemos podido precisar licencia para abastecer las pescaderías de la capital. Hacia 1844 había quejas sobre ello y las autoridades de Marina explicaban que nadie había obtenido igual licencia por falta de solicitud, pues no se ponía dificultad a que otros las disfrutaran. Al parecer Marty no desarrolló su negocio hasta años después. En 1848 se proponía establecer grandes "trenes de pesca y de salazones", aquellos en la Sonda de Campeche y éstos en La Habana. Estos "trenes" no eran más que los equipos de pesca.

Aprovechaba Marty no solo su grado de Teniente de Fragata que le concedía ciertos privilegios, sino igualmente la extensa propaganda que a favor del pescado, como alimento básico de los esclavos había efectuado un expediente de la Sociedad Económica de Amigos del País en ese año. A cambio del establecimiento de la industria, su iniciador pedía: libertad de derechos para los viveros y otras embarcaciones; permiso para emplear marinos matriculados o no matriculados (aquellos tenían el privilegio de ser los únicos que podían emplearse en la pesca); libertad de derechos para todo el pescado seco y de concha introducido por la compañía y, finalmente, solicitaba un subsidio de 1 real en cada quintal de pescado salado, seco o vivo introducido por concepto de "remuneración de las gruesas sumas que pueda ocasionar al postulante la ejecución de dicho pensamiento". La Junta de Fomento, al parecer, solo rechazó la última de las demandas. En 1850 se sabe que los viveros de esta compañía estaban operando en la Sonda de Campeche, aunque se dedicaban a una "pesquería" muy especial: la de esclavos yucatecos.

Es posible que desde esta época date la organización de la pesca de altura de Cuba. Hay testimonios contemporáneos que indican que, además de la presión del consumo, esta modalidad nueva surgió también del hecho que estaban agotándose los bancos más cercanos al litoral. Casi al mismo tiempo que Marty iniciaba sus operaciones, el Comandante General de Marina de La Habana (1844) disponía que no se usasen redes en que los claros de nudo a nudo fueran menores de 4 pul-

gadas, porque las redes muy finas habían contribuido a la destrucción de la riqueza pesquera mediante el exterminio de los ejemplares jóvenes. Al parecer, se imponía, además, salir mar afuera en busca de zonas más ricas y menos explotadas. Es posible que a este momentáneo estado de escasez natural contribuyeran pesqueros de otras zonas americanas, pues durante estos años los ingleses establecidos en Bahamas defendieron su derecho a pescar en las costas de Cuba y hubo más de un incidente sobre la cuestión.

Sin embargo, un testimonio algo posterior, afirma que la materia prima era abundante y variada y que solo faltaba desarrollar la industria adecuadamente. Rodríguez Ferrer, cuya autoridad no parece sujeta a discusión, se refiere en su obra famosa a la escasa producción pesquera de La Habana y Santiago de Cuba, que ascendía apenas a 1,700 @ mensuales. Criterio que parece responder más adecuadamente a la impresión que se tiene en tiempos posteriores sobre la riqueza pesquera de los mares de Cuba.

El abastecimiento era deficiente, como resultado de la incapacidad de la industria. Tanto Miguel Escalada y Gil que publicó un estudio sobre la industria, como otros contemporáneos se quejaban de la dificultad práctica para suministrar el pescado fresco. Una curiosa patente de 1846 para distribuir el pescado vivo en "cajones llenos de agua de mar" muestra a qué extremos se llegaba en el afán por resolver el problema. Por su parte, el Ayuntamiento de Remedios recibe la proposición de que se abastezca la ciudad con pescado vivo llevados en viveros "como ocurría en Puerto Príncipe" (1861).

La organización interna de la industria era tradicional y, en sus líneas generales, la que existió en tiempos posteriores. Había los armadores, que eran los matriculados de mar propietarios de embarcaciones y de redes y aparejos; los pescadores, o sea los patrones de barcos, marineros y vendedores, también matriculados, y la "gente de tierra" que eran los obreros adicionales destinados a recoger el chinchorro en las playas y a descargar el pescado, que podían no ser matriculados de mar. En algunos casos, los marinos y demás operarios estaban a sueldo o contrata directa del armador, lo cual determinaba una distribución diferente de la *marea* o pesca que cuando trabajaban por su cuenta.

La "pesca" de tortugas, especialmente careyes, continuaba en algunos puntos de las costas de Cuba, aunque ahora no se proponía como antaño un fin de abastecimiento de alimentos sino el aprovechamiento de la concha para la industria de fabricación de peines y peinetas, muy difundida en las grandes ciudades, especialmente en La Habana.

5. Pero este período habría de caracterizarse por la aparición de una industria nueva, o mejor, de una industria moderna que superaba la etapa de organización primitiva que tenía hasta entonces y mantendría casi hasta nuestros días. La metalurgia de herrerías, caldererías y hojalaterías existía en Cuba desde los primeros tiempos de la colonización y perduraría después de 1868; pero entre 1840 y 1860 aparece una metalurgia moderna, con equipo mecánico y con un mercado de productos de cierta calidad.

Esta metalurgia tiene su razón de existencia en la activa mecanización de la industria azucarera contemporánea y en la difusión de los ferrocarriles. Hasta entonces había numerosas herrerías, albeiterías, caldererías y hojalaterías, según la mayor o menor importancia de los transportes a caballo, de los ingenios y de otras consumidores de los productos metalúrgicos de esos establecimientos pero un análisis somero de los datos que al respecto publica Pezuela en su *Diccionario* indica que estas industrias eran fundamentalmente artesanales, con un corto número de brazos, quizás el propietario y algún aprendiz o ayudante. Posiblemente de mayor entidad fueron las fábricas de machetes a que nos referimos en el tomo III. El uso creciente del acero y de piezas metálicas grandes en los ingenios y los ferrocarriles forzó el establecimiento de talleres modernos, de tipo capitalista, digamos, con equipo mecánico, numerosos obreros y una organización de fábrica. Fué posible solo al implantarse la maquinaria adecuada para trabajar esas piezas metálicas y cuando una industria doméstica requirió sus servicios, especialmente en momentos en que los ingenios por sí no podían encargarse de estos trabajos, como ocurrió posteriormente en cierta medida.

El trabajo principal de estos establecimientos era la fundición. De los datos publicados por Pezuela se desprende que había en todo el territorio unas doce fundiciones: tres en La Habana, una en Madruga, tres en Matanzas, una en Bemba (Jovellanos), una en Sagua la Grande, una en Sancti-Spíritus y dos en Puerto Príncipe. En otras ciudades existían establecimientos que reunían la condición de fundición, de herrería y de calderería, pero en escala menor, como era el caso del que existía en Remedios hacia 1858-59. De todas las que hemos enumerado dos fueron particularmente importantes por representar debidamente la tendencia nueva: las fundiciones de Bemba y de Sagua la Grande.

La fundición establecida en Bemba fué fundada en 1849 y hasta el año 1857, fecha en que cambió de propietario, no se mejoró. Las someras descripciones del establecimiento muestran que disponía de unas 7,000 varas cuadradas de extensión, que su presupuesto de salarios era de treinta mil pesos anuales y que empleaba de 70 a 100 obre-

ros, a los cuales se pagaba una escala de salarios según fuesen "maestros" o aprendices en el oficio. Según se dice en los testimonios contemporáneos poseía un equipo formado por máquinas de vapor, una máquina para doblar planchas metálicas, once tornos, varias forjas, un martillo. Poseía también dos hornos. En este establecimiento se fabricaban piezas de ingenios, para los que existían en la zona de Colón.

La fundición de Cortés en Sagua poseía una máquina de vapor, una máquina para doblar planchas metálicas, cuatro tornos, amen del instrumental menor. Al igual que la anterior abastecía a los ingenios de la cercana zona matancera, posiblemente los de Ceja de Pablo y de Cárdenas.

Al parecer, esta industria no se resintió de la conmoción producida por la Guerra de los Diez Años que no afectó fundamentalmente a la zona azucarera occidental. Y, positivamente, a partir de 1878 se desarrolló en la propia región matancera (Jagüey Grande) y en otras zonas nuevas.

6. Otras industrias había en la colonia durante este período. La mayor parte de ellas podría considerarse como secundarias, por cuanto su importancia quedaba reducida al mercado interno y generalmente al mercado puramente local. Algunas existían desde tiempo atrás, otras se crearon. Hubo, sobre todo, una serie de proyectos irrealizados. Todo este conjunto constituye, desde luego, un elemento que conviene tener presente en la visión panorámica de la economía cubana de la época.

Desde luego, respecto de estas industrias es preciso tener en cuenta que se hallaban desigualmente distribuidas. La Habana y Matanzas constituían dos grandes centros de actividad económica en torno a la exportación básica del país. Pero algunas de las industrias "menores" tendían a concentrarse o a manifestarse en zonas rurales o urbanas de poca importancia. En cada caso había condiciones intrínsecas de la producción o circunstancias geográficas que determinaban esta localización especial.

En La Habana había un desarrollo apreciable de ciertas industrias de transformación, para las cuales el mercado urbano era básico. Podrían mencionarse: cuatro fábricas de fósforos, una fábrica de jabón y una fábrica de papel, para cuya fundación se realizaban esfuerzos desde 1846 y al parecer se logró establecerla en Puentes Grandes cesando algunos años después a consecuencia de un incendio, para ser sustituida por una nueva fábrica en el mismo lugar el año 1857. Había en La Habana trece tasajerías. También era el centro de la nascente industria de dulces y conservas de frutas para la exportación, que se registra desde 1860.

La industria destiladora era importante. La que producía para la exportación parece haber estado localizada en el Occidente, mientras en la zona oriental del país se hallaba concentrada la industria destiladora fundamentalmente al servicio del consumo interno. La realidad es que las dos grandes ciudades occidentales —La Habana y Matanzas— debían consumir muchos licores importados, mientras en la región oriental se consumían principalmente por su población rural o de pequeños centros urbanos, las destilaciones locales. En La Habana que era el principal puerto exportador de aguardiente, había 9 alambiques que empleaban una decena de obreros, si hemos de creer las cifras que ofrece el *Diccionario* de Pezuela. En Matanzas había 6 alambiques con unos veintidós obreros. A juzgar por la renta estimada, eran de mayor capacidad que las de La Habana. Por lo general no había alambiques en poblaciones menores de la región occidental; pero hacia el Oriente abundaban hasta en caseríos y poblaciones pequeñas. En Jutinicú (Santiago de Cuba) había 45 alambiques con unos cuarenta obreros, en la propia ciudad de Santiago de Cuba había cuatro. En El Cobre había 12 alambiques; en Palma Soriano, 10; en Holguín, 6; en Caureje, 5; y en Gibara, 3. Al parecer, entre 1846 y 1860 se había producido una disminución del número de instalaciones, aun cuando había aumentado la exportación y, desde luego, el consumo. Esta disminución —representada por la diferencia entre 278 alambiques en la primera fecha y 243 en la segunda— parece haberse producido principalmente en la región occidental, en La Habana y Matanzas. Sin embargo, en la región occidental, a consecuencia del desarrollo de ciertas zonas de Pinar del Río pudo haberse producido un cierto desplazamiento al par que la disminución. En 1860 había centros como San Cristóbal y Candelaria con seis y cuatro alambiques respectivamente. Y en la región central Sancti-Spíritus y Sagua la Grande contaban con once alambiques cada una.

El desarrollo y la concentración de esta industria no se produjo hasta después de 1878, en conexión con la radical transformación que sufrió entonces la industria azucarera.

Entre las industrias rurales la de mayor entidad era la apicultura, introducida, como se sabe, desde mediados del XVIII. En el tomo III señalamos cierta tendencia a desplazarse hacia zonas nuevas, cada vez más alejadas de la Habana que había sido y continuaba siendo el principal puerto de exportación. Durante los años que corren entre 1846 y 1860 disminuyeron los colmenares ligeramente y los centros productores sufrieron cierto desplazamiento. El centro principal era ahora Puerto Príncipe. Seguía en orden Sancti-Spíritus, Tunas. Remedios

había perdido parte de su antigua importancia. La zona occidental comprendía centros apícolas desde San Cristóbal hasta Mantua-Baja; pero en la región habanera había decaído esta industria y quedaban solo dos centros de relativa importancia: San Antonio de los Baños y Jaruco.

La industria apícola parece haber comenzado a decaer en esta época, a juzgar por las cifras de exportación de cera y de miel. Ciertamente es que Rodríguez Ferrer, testigo de excepcional juicio, pondera el alto rendimiento de las colmenas y la bondad de sus productos; pero señala igualmente la existencia de parásitos y enemigos de las colmenas que los productores no combatían debidamente. Habla igualmente de colmenas importadas de los Estados Unidos, pero no parece que hubiera un movimiento general a favor del perfeccionamiento de la industria. No faltaron los trabajos científico-técnicos sobre la materia, como el *Manual del Apicultor*, de José R. Villaón y Hechevarría, de 1867, reproducido por Balmaseda en su *Tesoro*, el cual aclara que hasta la década de los 80 no comenzaron las reformas de la industria.

Al igual que otras industrias rurales, los cortes de maderas que habían tenido un momento de esplendor y de actividad inusitada a mediados y fines del XVIII fueron quedando reducidos a zonas residuales, prácticamente solo a localidades muy precisas de la región oriental. En la región al Norte de Oriente quedaban grandes reservas boscosas que fueron intensamente explotadas en este período para la exportación de las maderas a los Estados Unidos por los puertos de Gibara y Manzanillo. No faltaban cortes de maderas en menor escala en otras localidades de la Isla, como parece deducirse de la presencia de aserraderos; pero no tenían importancia para la exportación, sino solamente para el consumo interno de maderas.

Industrias rurales de un valor puramente local eran las de fabricación de tejidos de fibras, la de fabricación de carbón vegetal y la de casabe.

7. El panorama de las industrias de Cuba durante este período tiene interés por cuanto muestra que había fuerzas económicas con posibilidades de desarrollo independiente de la gran agricultura comercial. Tales fuerzas presionaban continuamente y despuntaban abriendo nuevas perspectivas al desarrollo general del país. Hay una extraordinaria cantidad de documentos sobre la materia en los fondos administrativos que tratan de los privilegios de invención y de explotación. Su estudio no ha sido realizado hasta hoy, pero una simple ojeada sobre ellos permite completar el panorama industrial de Cuba durante el período colonial.

Muchos de los esfuerzos industrialistas contemporáneos estaban evidentemente anticipados o carecían de las condiciones que les permitieran subsistir en medio de la crisis estructural de la economía. Casos como el del molino de harina (1837), del horno para fabricar coke (1840), iniciativa en la que participó Domingo Goicuría, de la fabricación de gas (1864) y de la destilación del petróleo (1866), que no se prosiguió después de haber comenzado a montar la fábrica, muestran cómo las necesidades surgidas del desarrollo general pugnaban por abrir un camino nuevo a la economía colonial.

CAPÍTULO VI

LA EXPANSION IRREGULAR DEL COMERCIO

A la expansión de la producción industrial corresponde durante el período de 1837 a 1868 un creciente intercambio comercial, que se caracteriza por sus fuertes oscilaciones, mucho más visibles y de más significación que las observadas durante el período anterior, no obstante haber intervenido en estas los conflictos bélicos suscitados en Europa. Desde principios del siglo el comercio era el mejor índice de la situación y del desarrollo de la colonia. En este período veremos cómo representa igualmente un indicador de la crisis que se está formando en la raíz de la economía colonial y de los trastornos que en ella producen las crisis internacionales. Por ello hemos preferido destacar en el título del capítulo el hecho que el comercio tuvo un desarrollo progresivo pero irregular, fluctuante.

Tanto el comercio internacional como el interno se expanden, se diversifican y se organizan durante estos años, marcando el momento de mayor equilibrio —no obstante las fluctuaciones— en este aspecto de la economía colonial cubana. Solo después de 1878 comienzan a sentirse los efectos definitivos del crecimiento de los Estados Unidos sobre el comercio internacional del país. En cambio, durante los años que corren entre 1837 y 1868 aun cuando la posición norteamericana —como mercado de abastecimiento y de consumo— era principal no le cedían en muchos otros mercados como Gran Bretaña y la propia Metrópoli, si bien esta deducía su importancia más de las restricciones que del efecto natural de su desarrollo y sus necesidades sobre el comercio de Cuba.

1. El comercio interior de la colonia sigue organizado sobre las bases ya establecidas desde principios del siglo. La alta importancia del comercio de importación concede a ciertas "unidades" comerciales una significación esencial en el desarrollo de la economía del país y contribuye a establecer categorías definidas dentro de la organización general del comercio doméstico. Esta influencia del comercio de importación se conjuga con el crecimiento de algunos centros urbanos que tienden

a una organización superior del tráfico y de la distribución de los productos, progreso al cual ofrecen facilidades los perfeccionamientos en las comunicaciones (ferrocarril, navegación y carreteras). Sin embargo, este comercio de importación va perdiendo importancia a medida que nos adentramos más en el interior del país, donde se desconoce o está solamente en embrión y domina propiamente sobre el mercado local. Sin embargo, la importancia interna del comercio de importación de los grandes centros urbano-portuarios, como La Habana, Matanzas y Santiago, va cediendo, en otro sentido, ante la aparición del comercio de importación en grande en los centros más jóvenes o que estaban empezando a recibir el influjo del desarrollo agrícola-demográfico general.

En La Habana, Matanzas y Santiago de Cuba, por ejemplo, este comercio de importación mayorista, además de su multiplicación a través de "casas comerciales" de gran capital, sirvió de base para la organización del crédito. Este fenómeno parece quedar debidamente ilustrado en la participación de los comerciantes habaneros en la fundación y mantenimiento del Banco Español de la Isla de Cuba (1856-66) y en la de los comerciantes santiagueros en la de Banco Mercantil (1857). Las vinculaciones de este comercio con el crédito se extienden posiblemente al extranjero, a través de numerosas firmas norteamericanas establecidas en La Habana, Matanzas y Cárdenas. Es significativo el hecho que desde tiempo atrás hubiera en la capital un periódico como *The Mercantile Weekly Report and The Havana Prices Current* que muestra una organización muy moderna del mercado.

Pero este gran comercio no es general o indiscriminado. Dentro del mismo se han operado algunos cambios que dan la impresión de cierta especialización. Había "casas" o establecimientos comerciales dedicados a la exportación, aun cuando es sabido que los grandes importadores continuaron, mediante operaciones de tipo bancario, a lo menos hasta 1855, dominando grandes porciones de la producción exportable del país. La existencia de almacenes de azúcar y de café al por mayor en La Habana, Matanzas, Puerto Príncipe y Villa Clara indica que este tipo de comercio especializado se estaba extendiendo por todo el país siguiendo la expansión de la industria azucarera. En la propia Habana existían almacenes de envases de azúcar, lo que muestra cómo la especialización se producía en diversos sentidos. Y en Matanzas había once almacenes de mieles.

En el ramo del tabaco aparecieron también los comerciantes-exportadores especializados, posiblemente con mayor dominio sobre la pro-

ducción que en el caso de los exportadores de azúcar, pues el cultivo del tabaco limitaba las posibilidades de operación directa del cultivador. Este tipo de establecimiento estaba fundamentalmente concentrado en La Habana, donde se centralizaba la mayor parte de la producción; había hacia 1859 unos 62 almacenes de este tipo, según Pezuela, y 66, según una lista más exacta publicada por González del Valle. En Matanzas y en Puerto Príncipe había uno respectivamente. Si se tomasen los datos de renta estimada que publica Pezuela en su *Diccionario* como verdaderos indicadores de la capacidad de los diversos tipos de comercio especializado habría que concluir que los almacenes de tabaco eran los de mayor volumen. Sin embargo, esas cifras no constituyen más que estimados, en los cuales se observa una casi constante tendencia a atribuir cantidades fijas como "renta" de cada establecimiento.

Los establecimientos comerciales en pequeño dedicados a la distribución regional o local dependían de muy diversos factores. En primer lugar, claro está, la población (el mercado). En este sentido, La Habana y Matanzas presentaban un cuadro muy distinto de las demás poblaciones, no solo por la variedad de tipos sino igualmente por su número. Las tradicionales "pulperías", llamadas ahora según voz popular, "bodegas" eran más de 900 en la capital y más de 250 en Matanzas. En las demás ciudades, incluyendo Santiago de Cuba, donde había solo unas 16 pulperías, no existían como tiendas o comercios especializados en productos de importación o ultramarinos. En las zonas urbanas retrasadas o rurales, el tipo de establecimiento que predomina es la tienda mixta, que no faltaba, por cierto, en las zonas urbanas de importancia, pero que era el único comercio local en aquellas. Estas tiendas mixtas no han variado fundamentalmente en nuestro campo y resultan de la necesidad del abastecimiento en localidades poco desarrolladas o relativamente aisladas. En La Habana, cuya jurisdicción comprendía, distritos rurales, había unas 462 tiendas de este tipo, en Puerto Príncipe, 339, en Villa Clara, 261, en Pinar del Río, 206, en Matanzas, 181, en Santiago de Cuba, 126, y en Cárdenas, 80. Posiblemente un factor que contribuía a mantenerlas vigentes, y a limitar la multiplicación de las bodegas era el hecho que los comerciantes mayoristas disfrutaban de permiso especial para vender por menor compitiendo con las bodegas.

Dentro del comercio por menor, distribuidor, digamos, había otras categorías. Algunas respondían a una especialización tradicional, como las carnicerías y pescaderías, otras a ciertas necesidades específicas de la población como las maicerías de la zona occidental (Pinar del Río,

Matanzas y La Habana); otras se creaban como resultado de la especialización por tipo o calidad de producto como las carbonerías, especialmente concentradas en La Habana, las ferreterías "no importadoras", las locerías y las quincallerías "no importadoras".

Las carnicerías y las pescaderías estaban sujetas a un régimen especial que procedía de las antiguas regulaciones municipales para el abastecimiento, las cuales fueron prácticamente eliminadas durante este período.

No menos importante era el comercio de artículos para el vestido. En este caso, debe señalarse que una parte de los establecimientos era, al par, importadores y vendedores al por menor. Por lo general, las llamadas "tiendas de ropa" eran abundantes o existían en las ciudades y las poblaciones de menor categoría. Pero en La Habana aparecen ya las "ventas de ropa hecha" que suponen una nueva especialización dentro de este giro, así como el comienzo de la desaparición de la confección artesanal, que no ha desaparecido aun en nuestros días. Los establecimientos dedicados a las confecciones eran las sastrerías que constituían una modalidad superior del artesanado urbano.

Las peleterías y las zapaterías representaban una evolución distinta. A diferencia de lo que ocurría entre las tiendas de ropa y las sastrerías, las peleterías se dedicaban al comercio de pieles y las zapaterías a la confección y reparación del calzado, y como es lógico, eran numerosas en todos los centros de población, mientras las peleterías solo se encontraban en determinadas localidades.

Los problemas de distribución eran más complejos, claro está, mientras más grande era el centro de población. Este período se caracteriza por transformaciones importantes en la legislación y la organización de la distribución. Desde el gobierno de Tacón comenzaron a construirse grandes "plazas de mercado" en La Habana, los llamados de Cristina, Tacón, Santo Cristo y el Vapor, donde se pretendía concentrar la mayor parte del abastecimiento diario en frutos del país y carne. A partir de 1835-37 estas mejoras, independientemente de las confabulaciones, monopolios y fraudes públicos que implicaron, fueron difundándose por todo el país. Hacia 1858 se producían en Santiago de Cuba y en Remedios.

No bastaba con esta centralización, pues el mercado urbano, especialmente, en La Habana exigía formas descentralizadas del comercio al por menor. Así fué que aparecieron, al par que otras regulaciones leyes destinadas a reglamentar el comercio en puestos públicos o ambulatorios.

Esa organización jerarquizada del comercio, desde el gran comercio de importación y exportación hasta los vendedores ambulantes se mantuvo en su esencia invariable, debido a que respondía, como responde hoy, a necesidades de los mercados; pero a medida que discurre el período el número de comercios aumenta y se diversifica, penetrando las formas superiores de organización en las zonas más apartadas del país. Este proceso continuó vigorosamente durante los años posteriores a 1878, como veremos oportunamente.

La reglamentación del comercio estaba fundamentalmente a cargo del Gobierno Superior Civil y de los Ayuntamientos, aquél en lo que se refiere a la licencia general para todo establecimiento, éste en lo que hace especialmente al comercio local, interno. El Gobierno Superior Civil concedía licencia a los comerciantes a propuesta del Tribunal Mercantil; pero para ello era preciso que acreditaran su condición de matriculados de comercio en el Ayuntamiento. Por lo general, sobre unos y otros comerciantes, regía casi exclusivamente el Código de Comercio. Pero la gradual intervención del Estado después del período corto de libertad producido a partir de 1818 determinó la aplicación de una serie de medidas adicionales. Por el decreto de 1º de octubre de 1855 se estableció la matrícula obligatoria para todo comercio, profesión, arte u oficio, que había sido ordenada por el de 8 de diciembre de 1851 arbitrariamente incumplido. Se excluían de la matrícula, los obreros, los médicos cirujanos, los boticarios del ejército y la marina, los capitanes y patrones de buques, los pescadores, los calafates, los aguadores y los maquinistas de ingenios y maestros de azúcar. Y era una matrícula obligatoria solamente para los que vivieran en poblados. Se concedía gratuitamente y se acreditaba por medio de una cédula especial.

Desde 1852 se cobraba una contribución municipal a todos los comercios y establecimientos. Para regular el pago de este derecho se establecieron clases, discriminadas por la cuantía del capital y las ramas a que se dedicaba el establecimiento. Hasta 1855 había 7 clases, llamados a veces "gremios", pero por orden de 20 de diciembre de ese año se establecieron 10 clases, con un aumento sustancial de la contribución.

Estas regulaciones no se difundieron por toda la Isla inmediatamente. En algunas zonas interiores perduraron formas tradicionales como las prescripciones contra la regatonería en Remedios (1862) o no se establecieron normas por el escaso desarrollo y especialización del comercio.

2. Los aranceles de aduanas sufrieron pocas modificaciones durante este período. Su estructura, su alcance, su aplicación se mantuvieron estables desde la reforma de 1822, aun cuando se fueran produciendo modificaciones parciales. Entre todas las modificaciones hay que señalar el aumento al 6% de los derechos de las mercancías importadas nacionales, así como un aumento sobre los vinos y licores de todas las procedencias, en 1835. Y el recargo llamado subsidio extraordinario de guerra creado en 1838.

Como consecuencia del establecimiento de las Cortes en la Metrópoli en 1837 se quitó a la Superintendencia de Hacienda la mayor parte de sus atribuciones en materia arancelaria; pero le fué restituída en 1838 la facultad de modificar los avalúos, pues era cuestión que debía realizarse en presencia de los fuertes cambios comerciales y para operar inmediatamente.

La distribución en partidas y en columnas se mantuvo inalterable. Hasta 1853 no se produjeron las reformas que habrían de continuar vigentes hasta la terminación del período. Los aranceles generales de ese año constaban de 3,061 partidas y éstas abarcaban generalmente un artículo o un pequeño grupo de ellos. Estaban distribuidas por orden alfabético de productos. Cada letra tenía partidas adicionales, resultantes de desgloses o de nuevas partidas iniciados durante el período que media entre 1838 y 1853. Estas adiciones comprendían un total de 362 partidas. Las partidas de la exportación eran solo 31. La lista de productos libres de derechos comprendía unos 46 artículos, aunque con frecuencia se introducían nuevas excepciones al tratamiento arancelario o se retiraban algunos productos de la lista. En algunas circunstancias esta lista de artículos exentos o con derechos reducidos se establecía solo para determinado puerto, como fué el caso de Santiago de Cuba después del terremoto de 1852.

Con posterioridad a esta reforma se continuaron añadiendo productos a la lista de exenciones; entre éstos es preciso señalar los materiales de construcción y de explotación de los ferrocarriles fijados en la Ley de Ferrocarriles de 1860.

Conforme a los nuevos aranceles de 1853 los artículos extranjeros pagaban en bandera nacional, $21\frac{1}{2}\%$ ó $25\frac{1}{2}\%$ ad valorem; en bandera extranjera, $29\frac{1}{2}\%$ ó $35\frac{1}{2}\%$ ad valorem. Los artículos nacionales pagaban, en bandera nacional, un 6%, y en bandera extranjera, $16\frac{1}{2}\%$ ó $19\frac{1}{2}\%$.

Los artículos de exportación pagaban según fueran extranjeros en bandera nacional, $2\frac{1}{2}\%$, $3\frac{1}{2}\%$, 5% y $7\frac{1}{2}\%$; o, en bandera extranjera, 3% y 4%; los nacionales en bandera extranjera pagaban solo 3%.

Había habido un aumento pequeño pero progresivo desde el establecimiento de los aranceles de 1822, con el objeto de acentuar la protección de los productos y de la marina española.

Pero esos tipos de derechos no dan la medida exacta de las cargas que pesaban sobre la importación. Había una primera categoría, constituida por los recargos o derechos accesorios que ascendían por lo general a 7%, distribuidos entre: el subsidio extraordinario, 2½%, el aumento a la importación, 1½%, un recargo adicional, 1%, el derecho de extinción de pesetas, 1% y el derecho de consulado, 1%, que recaían sobre todas las procedencias y en algunos casos sobre los artículos nacionales importados en bandera nacional.

Otro grupo de derechos llamados de navegación y puerto gravaban indirectamente las importaciones, aunque no fuera este su objeto específico. En primer lugar, se encontraba el derecho de toneladas que pagaban a razón de 12 rls. por toneladas los buques extranjeros y de 5 rls. los nacionales. Existía, además, el derecho de pontón sobre todos los buques, de ¾ de rl. por tonelada; el de faros, de ¼ y ½ rl. por tonelada respectivamente para los buques nacionales y los extranjeros el de sanidad, de 1½ rl. y 3 rls. por tonelada respectivamente para nacionales y extranjeros, y el derecho de patente que comprendía tres clases según el buque fuera de más de 150 toneladas, de 99 a 150 y de menos de 99, pagándose por este concepto 6, 4 y 3 pesos fuertes.

Finalmente había otro grupo de derechos ocasionados por el movimiento portuario como el atraque al muelle y derechos municipales que completaban el cuadro de un gravoso y complicado sistema fiscal en torno al comercio internacional.

No es extraño que algunos contemporáneos después de ponderar el efecto de estos diversos grupos de derechos, fijaran la totalidad de lo que contribuían las mercancías de importación en un 10% más de lo que fijaban los aranceles de aduanas, para todas las clases.

El régimen arancelario de la harina de trigo sufrió diversas modificaciones durante este período. Este artículo constituyó durante todo el siglo pasado el más fraudulento y escandaloso ejemplo de la protección que los intereses políticos metropolitanos mantenían a favor de los productos españoles. Por exigencias de orden interno de la Península fué estableciéndose un arancel diferencial muy fuerte en favor de la harina nacional. Sin embargo, como España no podía producir lo suficiente para abastecer a Cuba, ni, por otra parte, tenía organizadas sus comunicaciones debidamente, al amparo de esos derechos diferenciales que daban un monopolio al comercio santanderino en Cuba se importaban harinas norteamericanas que antes habían sido transborda-

das en puertos españoles. Las harinas extranjeras en cualquier bandera pagaban 8 pesos por barril más el 2% sobre su avalúo, mientras el producto "nacional" pagaba solo 2 pesos por barril.

Existía el depósito mercantil desde 1822 en La Habana y desde 1848 en Santiago de Cuba, mediante el cual podían almacenarse en los puertos las mercancías duraderas con el fin de declararlas a consumo o de reexportarlas cuando se considerase conveniente. El derecho a pagar por este almacenaje era del 2½% ad valorem.

Desde 1850 se estaba difundiendo el criterio de que era preciso reducir la protección, no con el objeto de favorecer a los competidores extranjeros sino con el de facilitar el consumo de los artículos de importación que no tenían sustitutivo nacional, español o cubano. Algunos de los partidarios de esta reforma, como Torrente, sostenían que era posible reducir en un tercio los derechos de aduanas sin que se disminuyera la protección. Pero, de una parte, el interés fiscal del Estado, que obtenía muy buenos ingresos a través de las aduanas y, de otra, el proteccionismo cerril de algunos grupos de intereses metropolitanos y cubanos impedían una reforma que beneficiaba al consumidor. Sin embargo, al producirse los acontecimientos de 1857 y su secuela de años de depresión y plantearse la necesidad de una reforma fiscal comprensiva se decidió reducir los derechos diferenciales, lo cual se puso en práctica por el decreto de 1º de abril de 1865, pero en una proporción mezquina que no alteró el sistema proteccionista tradicional.

Otras reformas necesitaban las aduanas que no eran simplemente de tipo arancelario. El contrabando, por ejemplo, siguió siendo un factor importante en el manejo de las oficinas aduanales del país, como lo había sido en los períodos anteriores, con la simple diferencia que ahora era más bien un nuevo tipo de "negocio" y estaba organizado sistemáticamente con la participación de los importadores y de las autoridades. Con razón diría Erenchun en sus *Anales*: "Para evitar la inmoralidad del empleado la mejor ordenanza es la que asegura su suerte futura". Esto era cierto, respecto de las constantes remociones de los dependientes de esas oficinas; pero no lo era respecto de aquellos funcionarios a quienes los políticos metropolitanos enviaban a las aduanas de Cuba precisamente para asegurarles, por medio de una buena temporada de fraudes, "su suerte futura". Ya veremos en el período siguiente que esta situación no varió esencialmente, como demuestran algunos de los trabajos de Rafael Fernández de Castro.

3. Durante este período el comercio internacional de Cuba aumenta, en medio de fluctuaciones fuertes, algunas veces realmente extraordinarias. Aumenta en volumen y en valor y se diversifica, sin

que ello signifique que dejara de producirse o de mantenerse aquella propensión a comerciar especialmente con Estados Unidos que había surgido pujantemente en los tiempos de las Guerras napoleónicas. Los cambios operados en la composición del comercio internacional de Cuba produjeron en este período, por primera vez desde fines del XVIII, las balanzas de mercaderías favorables, con fuertes alternativas, por lo general en períodos de dos a cuatro años.

Esta cuestión de las balanzas favorables tiene su explicación en el hecho de la existencia de dos saldos favorables de gran importancia en el comercio de la colonia: el del intercambio con Estados Unidos y con Gran Bretaña. Sistemáticamente, durante los años que corren entre 1840 y 1860, el intercambio con esos países produjo saldos parciales favorables a Cuba, salvo en lo que hace al quinquenio 1841-1845 con Estados Unidos. Este último hecho parece deberse al hecho que desde 1834 tanto la política norteamericana como la española tendían a impedir las relaciones comerciales entre la colonia y la vecina República. Hasta 1842 existió en ésta una tarifa proteccionista de la industria de refinación del azúcar. Pero una vez aplicadas las nuevas tarifas y orientadas las relaciones hacia un tratamiento recíproco más favorable, la corriente de exportaciones de Cuba a los Estados Unidos se engrosó fundamentalmente. Los saldos se produjeron entonces de la siguiente manera:

	Importación	Exportación	Saldo
1846-50	27,838,109 ps.	37,426,137 ps.	+ 9,588,028
1851-55	35,978,782 „	61,817,757 „	+ 25,838,975
1856-59	40,308,024 „	68,339,765 „	+ 28,031,741

En el intercambio con Gran Bretaña, el fenómeno se manifestó en una forma menos intensa, pero idéntica en su esencia. Alrededor de 1840 ese país evoluciona hacia la posición librecambista cuyo primer efecto será la admisión del azúcar de Cuba en sus mercados.

	Importación	Exportación	Saldo
1841-45	17,645,689	36,158,801	+ 18,513,112
1846-50	21,682,071	35,105,554	+ 13,423,483
1851-55	31,991,162	42,388,062	+ 10,396,900
1856-59	29,406,043	37,294,907	+ 7,888,864

Estos saldos parciales produjeron con frecuencia saldos generales favorables, no empuje a que Cuba tenía una balanza negativa con casi todos los demás países, especialmente con España, desde 1841 hasta

1859 y más adelante. El interés de España consistía en proteger su desmedrada industria y lo obtenía adecuadamente, mientras por otro lado las exportaciones cubanas disminuían o se estancaban.

	Importación	Exportación	
1841-45	33,639,553	19,403,609	— 14,236,944
1846-50	27,210,359	16,957,598	— 10,252,761
1851-55	44,729,949	17,727,085	— 27,002,864
1856-59	31,042,212	20,974,554	— 10,067,658

Estos cuadros indican que hubo durante esos veinte años tres tendencias: 1º hacia el aumento del porcentaje de las exportaciones a Estados Unidos; 2º hacia el crecimiento irregular de las exportaciones a Gran Bretaña y 3º hacia el estancamiento de las exportaciones a España. En 1865 las exportaciones a Estados Unidos, a Gran Bretaña y otros países, y a España representaban el 62%, el 22% y el 3% del total.

Sin embargo, estas cifras quinquenales no dan la medida exacta de las oscilaciones sufridas por el comercio de Cuba durante este período. Las balanzas favorables anuales se extendían de 1840 a 1844. Se produce entonces un período depresivo que —con excepción del año 1848— se extiende hasta 1852, caracterizado por balanzas desfavorables. Entre 1853 y 1856 se producen nuevamente los saldos favorables. Desde esa última fecha hasta 1868 se mantendrían las alternativas anuales. Está claro que desde 1844 hasta 1866 hay en los principales mercados europeos y americanos una cadena de crisis que se reflejan profundamente sobre el comercio y la industria cubanos. Pero si se repara en la evolución independiente de las importaciones y las exportaciones se observará que aquellas sufrieron fluctuaciones de menor intensidad que éstas, lo cual se explica, porque los artículos básicos de la exportación de Cuba, azúcar y café, eran muy sensibles a los cambios internacionales y constituía más del 70% del valor de las exportaciones.

Desde luego, debe tenerse presente que el análisis a base de los valores puede a ocasiones producir una falsa impresión. Casos típicos de este efecto son los años 1847 y 1848, en el primero de los cuales el precio de los artículos básicos de exportación disminuyó, aumentando, sin embargo, el volumen, mientras en el segundo ocurrió lo contrario, subió el precio y disminuyó el volumen de las exportaciones, dando por resultado esta combinación una balanza desfavorable el primer año y favorable el segundo.

El comercio de importación y exportación se realizaba fundamentalmente por el puerto de La Habana; pero los puertos de menor categoría fueron progresando paulatinamente durante este período. El caso de Matanzas, cuyo comercio siempre presentó un saldo favorable durante todo el período significa que los puertos "menores" eran fundamentalmente exportadores, lo cual concuerda con lo que hemos dicho en los tomos precedentes sobre el papel que el desarrollo agrícola-industrial de las zonas nuevas tuvo sobre la apertura de nuevos puertos y la formación de ciudades portuarias. La evolución del comercio de Santiago de Cuba durante estos años confirma este fenómeno, aunque haya dos años de balanza desfavorable (1850 y 1858). La distribución de las exportaciones básicas entre estos puertos era irregular. Desde luego, casi todos los puertos principales eran fundamentalmente exportadores de azúcar; pero en el caso de Santiago de Cuba se nota cierto equilibrio entre las exportaciones de azúcar, las de café y las de mineral de cobre que comunican a esa ciudad un carácter comercial propio. Esta influencia decisiva de la trastierra o hinterland se prueba en Cárdenas, puerto casi exclusivamente azucarero. Solo los puertos con escasa exportación de productos básicos, como Nuevitas y Remedios, presentaron balanzas regularmente desfavorables.

Las exportaciones básicas de Cuba estaban constituídas por el azúcar, la miel de purga, el café, la cera, el tabaco en rama y manufacturado y el aguardiente de caña y el mineral de cobre. La posición respectiva dentro del cuadro general del comercio contemporáneo osciló notablemente. Un hecho debe tenerse en cuenta, como hemos tenido ocasión de señalar reiteradamente, y es la decadencia progresiva de las exportaciones de café que se observa desde antes de 1840. Hacia 1860 prácticamente Cuba ha cesado de exportar café. Hecho negativo que tiene su contrapartida en el aumento realmente asombroso de las exportaciones de tabaco en todas sus formas.

Las exportaciones de azúcar se mantuvieron en un ritmo irregular de crecimiento, factor que comunica esa característica al comercio general de la Isla. El empuje originado después de 1815 no cesó realmente hasta la depresión posterior a la Guerra de los Diez Años. Sin embargo, con frecuencia al aumento absoluto de las exportaciones de azúcar procedía por "empujes" de dos o tres años y sufría inmediatamente reducciones a veces considerables sobre los niveles anteriores. Estas oscilaciones no fueron características del comercio azucarero de Cuba en el período anterior. El hecho se podrá constatar entre 1840 y 1868, aun cuando los años de depresión intercalados en este período lo desfiguran, acentuándolo. Un ejemplo sería el año 1847 durante el

cual las exportaciones de azúcar descienden a un nivel que había sido superado desde 1832. En 1857 se vuelve al nivel superado desde 1853. Tales alternativas del comercio de azúcar repercutían como es lógico sobre la normal liquidación de las zafras.

Dentro del cuadro del progreso de las exportaciones el hecho singular más interesante fué el aumento súbito de las de tabaco en rama y tabaco manufacturado a partir de 1840, movimiento que culmina en 1855-56, años en los cuales ambas ramas alcanzan niveles extraordinariamente altos. La rama conservó esos niveles, no así el torcido que siguió presentando oscilaciones anuales muy pronunciadas, seguidas de una baja continua.

El mineral de cobre contribuyó con cantidades sustanciales a las exportaciones del país durante este período. Sin embargo, había tenido una trayectoria especial, consistente en altos niveles en la década de los 40 y un descenso en la de los 50, solo para alcanzar súbitamente en 1859 la cifra de más de un millón de quintales.

Durante este período la distribución del comercio internacional de Cuba se mantiene en sus líneas tal como estaba situada desde los años posteriores a 1820. La aparición de Bélgica no se debe más que al hecho de la fundación de su monarquía independiente. En general no se abrieron nuevos mercados a los ya existentes. Cuba exportaba a España, Estados Unidos, Gran Bretaña, a Francia, con la cual tenía una balanza favorable solo por excepción, a Alemania, que comenzaba a ser uno de los grandes mercados azucareros del mundo, a Holanda, que también proporcionaba un intercambio favorable, como ocurría con Italia, Suecia y Noruega y Rusia. Bélgica, Dinamarca, Portugal y Brasil producían balanzas desfavorables regularmente. Turquía, algunos territorios de Africa y de Asia carecían de importancia. Por lo general el grupo compuesto por España, Hispano-América, Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Alemania y Holanda constituían más o menos un 70% del volumen total del comercio.

El comercio de importación continuó, como era desde fines del siglo XVIII, constituido por una variadísima serie de productos, la mayor de los artículos de consumo del país. Dos grupos es preciso distinguir entre las importaciones: los alimentos y los tejidos. Posiblemente constituían no menos del 50% del total del valor importado. Los suministradores de estos artículos se distribuían en una forma distinta de los importadores de productos cubanos. España, por lo general, representaba un 25-30% de las importaciones, superando, por lo general a Estados Unidos y a Gran Bretaña, que cada uno por sí alcanzaba al-

rededor del 20%. Sin embargo, hacia 1860 se observaba una franca tendencia hacia la primacía de las importaciones procedentes de Estados Unidos.

Se importaban de la vecina República especialmente carnes para la alimentación de las dotaciones de esclavos y del pueblo en general, manteca de cerdo, maquinaria; de España procedían gran parte de los tejidos, arroz, aceite, vinos, harinas norteamericanas reexportadas; de Gran Bretaña, los tejidos finos, manufacturas metálicas y maquinarias.

CAPÍTULO VII

PREDOMINIO DEL FERROCARRIL. EL TELEGRAFO

EL progreso de las comunicaciones modernas corresponde propiamente al período que estamos estudiando, porque es, asimismo, el momento de mayor esplendor de la economía colonial. A partir de 1878 hasta la segunda década del siglo xx, el desarrollo de las comunicaciones quedaría más bien detenido.

Al mismo tiempo que se está produciendo el esfuerzo decisivo para la creación de los ferrocarriles necesario a la movilización de la producción del país, surgen nuevos medios de comunicación aun más rápidos, como el telégrafo y hasta se proyecta establecer el cable submarino cuando apenas se ha conseguido su primer éxito en Europa. El objetivo era, evidentemente, la aceleración de las comunicaciones, para responder a la revolución en los transportes que se está produciendo en todos los países avanzados y que constituyen los mercados principales de los productos cubanos.

1. La era de los ferrocarriles se desarrolla propiamente entre 1857 y 1860. En esos años coinciden grandes proyectos de construcción de vías y se inauguran numerosos ramales en la zona occidental del país. Durante el período que corre entre 1842, fecha en que el primer ferrocarril pasa a propiedad particular, hasta 1868 casi no hay año en que no se terminen los trabajos de instalación de alguna vía. Como es natural esta constante actividad produce una saturación de las principales zonas productoras del país, que eran reducidas, en comparación con las necesidades que el ferrocarril se suponía apto a satisfacer.

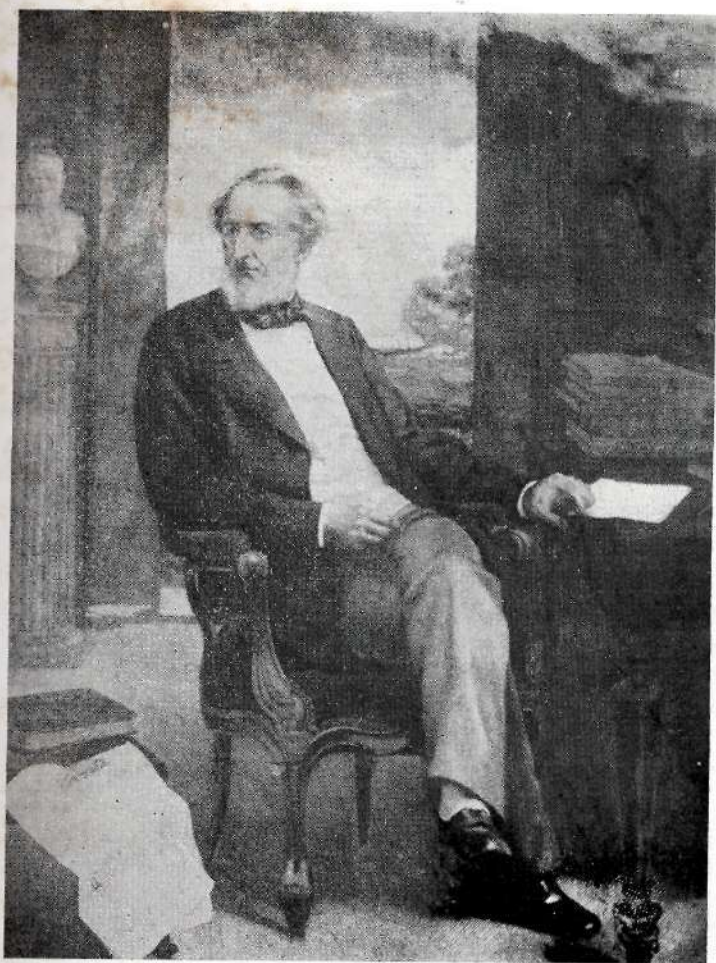
Este movimiento de creación de nuevos ferrocarriles se produce especialmente en la región azucarera de Matanzas, donde los primeros proyectos alentados por hacendados, surgieron casi al mismo tiempo que se terminaba con éxito el ensayo de ferrocarril en la región habanera. En esta provincia económica, formada por las jurisdicciones de Matanzas, Cárdenas y Colón, la saturación de las líneas ferroviarias se caracteriza por la rivalidad y la competencia entre algunas empresas. Es curioso

observar cómo desde 1840, las líneas que servían los diversos puntos de concentración azucarera de la zona matancera se duplican y, según parece, entran en conflicto, debido a su inmediata incapacidad para rendir los beneficios esperados. El primer hecho de este tipo es la duplicidad del ferrocarril de Cárdenas, que se forma primero (1840) entre Bemba (Jovellanos) y el progresista puerto azucarero, y, después, entre éste y Júcaro (1842) prologándose sucesivamente hasta diciembre de 1855, fecha en que se pone al servicio desde San José de los Ramos. Sin embargo, con el transcurso de los años estas líneas dejaron de ser competidoras.

No faltaría otro caso que se asemejara a esta situación inicial entre las dos líneas de Cárdenas. Desde 1845 se comenzó la construcción del ferrocarril de Matanzas a Coliseo, el cual no pudo inicialmente utilizar parte del recorrido de la línea Sabanilla-Unión-Matanzas, con lo que hubiera evitado la duplicación de recorrido. Hubo más tarde un avenimiento entre las compañías y pudo entroncarse con el de Matanzas, en Guanábana, hasta Coliseo (1848) y se prolongó posteriormente (1859) hasta Bemba, donde se unía con el de Cárdenas. Esta última línea fué una de las de peor rendimiento y solo tuvo una función de entronque entre dos líneas principales.

Al quedar trazadas estas líneas que unían las zonas principales de la región con los dos puertos principales, se completaba el servicio de transporte por el E. de la región matancera. Por el Oeste y el Sur habían estado estableciéndose otras líneas. La primera de ellas era la de Güines-Unión terminada en 1848 como ramal del "primer ferrocarril" que lógicamente debía tratar de llegar a Matanzas, pues la posición de Unión hacía demasiado costoso el tirar los productos por la Habana. Así fué; se construyó la vía entre Unión y Matanzas que fué puesta al servicio público el año 1845 prolongándose después hasta Corral Falso e Isabel (1849). De este modo la rica zona de Alacranes quedó unida al puerto de Matanzas. Esta es la vía con la cual entroncaba en Guanabacoa el ferrocarril de Coliseo.

Lógicamente, el proyecto de unir los dos puertos principales de la Isla apareció desde temprano. Desde los primeros años de la era de los ferrocarriles, los Alfonso-Aldama tenían una concesión para trazar la vía entre Güines y Matanzas. El año 1856 una Compañía, de las muchas que se fundaron, entonces adquirió la concesión y comenzó las obras. El año 1861 quedó terminado este ferrocarril que se extendía entre Güines y Matanzas pasando por Catalina, Aguacate y Ceiba Mocha. Esta línea no respondía a su objetivo, pues tendía a dar un rodeo



GASPAR BETANCOURT CISNEROS (EL LUGAREÑO)

GASPAR BETANCOURT CISNEROS (EL LUGAREÑO). Patricio y escritor público distinguidísimo, a quien su región natal, el Camagüey, debe notables y progresistas fundaciones. Con la constancia heroica que le reconoció José Antonio Saco, EL LUGAREÑO emprendió allí todos los trabajos para derramar después sus grandes beneficios, como frutos de bendición, sobre su pueblo. Partidario convencido de la anexión, ésta, para él, no era un sentimiento sino un cálculo; el plazo cierto que impidiendo la emancipación repentina de los esclavos, que todos temían, permitiera adoptar medidas salvadoras que reemplazasen o mejorasen los medios existentes de trabajo y de riqueza; y también la fianza de los Estados Unidos frente a las pretensiones de las potencias europeas, no menos que contra nosotros mismos, que éramos del mismo barro de los que habían conseguido erigirse en países independientes, pero no organizarse como pueblos libres y felices. Vuelto a Cuba, después del rudo fracaso de sus aspiraciones políticas, murió a poco en La Habana, y el traslado de sus restos al Camagüey dió lugar, en esta ciudad y en la población príncipeña, a sinceras y hondas manifestaciones populares de dolor.

El retrato al óleo que se reproduce fué pintado por Francisco Cisneros, artista salvadoreño que dirigió la Escuela de San Alejandro, en esta ciudad. La Sociedad Filarmónica de Puerto Príncipe quiso consagrar este recuerdo pictórico a la memoria del benemérito patricio en el primer aniversario de su muerte.

desde La Habana que imposibilitaba su uso como comunicación directa con Matanzas.

El defecto que habían tenido las primitivas líneas de Güines-Unión y de Güines-Guanábana para la comunicación con Matanzas fué subsanado por el ferrocarril de la Bahía de La Habana a ese puerto. También se originó su construcción en el auge inversionista de 1856-57. El año 1858 quedó terminado hasta Guanabacoa; el siguiente tramo hasta Campo Florido terminó en 1859 y en 1861 quedó terminada la vía desde Aguacate a Matanzas. En este último tramo era paralela a la del ferrocarril de Güines. Esta línea que tendía a atraer hacia el puerto de la capital algunas de las zonas agrícolas del Oeste, tenía la ventaja de que permitía escoger entre los dos puertos principales. Como puede observarse este en otro caso de duplicación y competencia de recorrido.

La extensión hacia el Oeste de La Habana se efectuó en dos etapas. La primera está constituida por la construcción de los "ramales" del "primer ferrocarril" que saliendo del Rincón se extendían hasta San Antonio de los Baños y de ahí seguían hasta Guanajay, servicio que quedó establecido el año 1849. El de San Antonio a Batabanó fué terminado en 1843. Pero a medida que progresaban las zonas del occidente se necesitaba más la comunicación rápida con la capital. Se comenzó a construir el ferrocarril de Cristina (La Habana) a Calabazar, a Alquizar y Artemisa en 1860 y fué terminado en 1864, marcando la mayor penetración del ferrocarril en dirección a Pinar del Río.

Al llegar a este punto cabe señalar que en 1859 toda la zona azucarera occidental formada por Güines, Alacranes, Matanzas, Colón y Cárdenas estaba servida por ferrocarriles y, en algunos casos, por doubles vías competidoras.

No tardaría en producirse una extensión de los proyectos hacia el Este, en prosecución del desarrollo —ya muy lento— de la zona central del país. La línea de Cienfuegos-Villa Clara pasando por la Esperanza quedó terminada en 1860 y la línea de Sagua La Grande-Encrucijada fué puesta al servicio público en 1863. A diferencia de lo ocurrido en la zona habanera y matancera, estas líneas quedarían sin vinculación entre sí, debido a que les alcanzó el momento de paralización general de los negocios que precede a la Guerra de los Diez Años. La forma de entroncar estas vías con el Occidente tenía que tomar como punto de partida el extremo del ferrocarril de Cárdenas que era Macagua.

Al igual que ocurría con Cienfuegos y Sagua, donde terminaban líneas locales, se produjo en Caibarién a donde terminó la línea de

Taguayabón-Remedios el año 1863. Y se repitió la experiencia en Casilda donde se terminó el ferrocarril de Trinidad hasta Paso Real el año 1860. Al fracasar la prolongación de esta última vía hasta Sancti-Spíritus se frustró una de las más fuertes razones para la supervivencia de la importancia económica de Trinidad, pues Sancti-Spíritus desde 1858 disponía de otro proyecto con terminal en Tunas, que fué acabado el año 1865.

Antes de 1850 el único ferrocarril existente fuera de la zona occidental era el del Cobre que se terminó el año 1846 cubriendo el recorrido entre Punta de Sal y las minas. Era un servicio que aprovechaba en ciertos lugares la gravedad y en otros la fuerza animal. Hacia 1856 se están proyectando las primeras líneas verdaderamente interiores que habían de terminar en Santiago de Cuba. La primera fué la del ferrocarril de Santiago-Sabanilla-Valle de Maroto, cuyos tramos hasta el Cristo quedaron terminados en 1859. El ferrocarril de Guantánamo quedó establecido desde 1863, también para el servicio estrictamente local de la zona portuaria, aunque ya tenía, por la parte de Santiago de Cuba, el punto de unión de Sabanilla.

Ferrocarriles menores como el de La Habana-Marianao, que fué terminado en 1863, y el del Ingenio La Esperanza a los muelles de Cárdenas, terminado en 1860 y que operaba con tracción animal, completa el cuadro de la era de construcción de estas vías que se extiende durante unos veinticinco años.

El primer hecho que puede destacarse es la forma radial, digamos, que tendía a unir zonas interiores con los puertos más cercanos. Esto dió origen a los ferrocarriles locales como fueron los de la zona central y oriental. Claro está que la prolongación de estas líneas hasta entroncarlas —como había sucedido en La Habana y en Matanzas— se dificultaba por el hecho que tenían que atravesar zonas aun no desarrolladas debidamente, lo cual elevaba los costes y disminuía las perspectivas de beneficios.

Pero no tardaría, hacia 1854 en surgir un fuerte movimiento a favor del llamado ferrocarril central, que no era sino la unión de todos los sistemas desde La Habana hasta Santiago de Cuba. Respondiendo a la misma libertad de iniciativa que había caracterizado la construcción de las principales líneas occidentales, el proyecto de Ferrocarril Central fué iniciado por secciones. En 1856 se concedió permiso para la línea de Bayamo-Santiago de Cuba; dos años antes se estaba planeando la continuación de Macagua a Villa Clara, que no se realizó. Pero la influencia de la legislación de ferrocarriles de 1858 determinó un cambio de política. En lo sucesivo, la intervención de la Dirección

de Obras Públicas se traduciría en un estudio más sistemático de las líneas que era preciso establecer para efectuar esta unión de todos los sistemas a través del territorio de la Isla.

Entre 1861 y 1865 se produjeron los planes de las secciones siguientes; Villa Clara a Sancti-Spíritus, Ciego de Avila y Puerto Príncipe; Puerto Príncipe a Tunas y Tunas a Bayamo que quedaron fijados como parte del futuro ferrocarril central, realizado después de 1878.

El otro hecho que debe destacarse en este proceso ingente de fundación de ferrocarriles es la decadencia que se observa desde 1861. Hasta ese año se habían construido líneas por un total de 1,029 kilómetros, de los cuales 244 correspondían a 1860 y 1861. Desde 1862 hasta 1865 solo se construyeron unos 180 kilómetros completándose hasta más de 1,200 kilómetros que existían en la víspera de la Guerra de los Diez Años. Esta paralización no se debió solamente a la depresión posterior al año 1857-58 sino a que la crisis de la industria azucarera ya se había desatado completamente. Los ferrocarriles fueron establecidos principalmente por hacendados para el servicio de transporte de los azúcares hasta los puertos de embarque y al paralizarse la expansión de la industria quedó detenido el programa de construcción de ferrocarriles, limitándose entonces a cubrir aquellas zonas que estaban necesítandolo desde la década anterior. Es esta la razón fundamental para la paralización de todos los proyectos relativos al ferrocarril central que no tendían a unir el interior con la costa sino solo los puntos principales del interior. Tenía, desde luego, una utilidad político-estratégica que no se ocultaba a las autoridades coloniales; pero que no atraía a los inversionistas.

2. Aun cuando las comunicaciones marítimas constituían, desde el siglo XVI, la base de la existencia económica del país, su desarrollo en este período no se muestra, como en el caso de los ferrocarriles, tan vigoroso y continuado. Ya desde la década de los 30, las comunicaciones internacionales se encuentran organizadas sobre la base de relaciones periódicas con los Estados Unidos, España y Gran Bretaña. Pero durante los años que corren entre 1840 y 1868 estas comunicaciones no sufrieron alteración sustancial, si bien puede observarse un aumento absoluto del número de barcos empleados y del tonelaje que representaban. Al parecer las mejorías en el transporte marítimo que se estaban produciendo en el Atlántico no repercutieron inmediatamente en Cuba, posiblemente porque su proximidad a los Estados Unidos impidió que se necesitara aplicar los últimos progresos a su tráfico comercial.

El aumento del número de barcos y de tonelaje corresponde, desde luego, al crecimiento del volumen del comercio internacional que he-

mos tenido ocasión de señalar en el capítulo precedente. El total de entradas y de salidas pasa de 5,000 en 1840 y llega a 9,000 en 1859. Lo que viene a representar un promedio de 2,500 buques en la primera fecha y de 3,500 alrededor de la última fecha mencionada. La capacidad de carga aumenta visiblemente desde un promedio de 400,000 toneladas en 1840 hasta 650,000 ó más en 1859.

Desde luego, la participación de los buques extranjeros en este tráfico era un hecho decisivo. Por lo general, los barcos nacionales, españoles o cubanos, no llegaban a la mitad de los extranjeros. Y aun cuando la protección a la marina española era una de las bases de todo el sistema aduanal y marítimo, ya en 1859 se observa que los buques españoles no aumentan en la proporción que estaban aumentando los extranjeros, paralización relativa que se debe a que la Metrópoli se empeñaba en exportar a Cuba mucho más de lo que importaba de ella, lo cual tenía forzosamente que reflejarse sobre el estado de las comunicaciones marítimas, mientras la proporción de los Estados Unidos en ambos sentidos —exportación e importación— crecía sustancialmente, determinando un aumento del tráfico marítimo. Esta situación sufriría un fuerte impacto con motivo de la Guerra de Secesión, tras la cual cambiaría no solo el volumen del tráfico sino también las líneas de navegación entre Cuba y los Estados Unidos.

Las comunicaciones marítimas internacionales de Cuba durante este período estaban constituidas por varias líneas norteamericanas que unían los puertos de New York, Charleston, que era el verdadero centro atlántico, Savannah, New Orleans y La Habana, servicio que ya estaba regularizado antes de 1851. Estas líneas entraron en crisis hacia 1858, cuando el periódico *La Prensa* se quejaba de la disminución de los barcos, pero se repusieron hasta cierto punto antes de que comenzara la guerra civil. En realidad, lo que estaba ocurriendo en Estados Unidos era el desplazamiento del centro del comercio hacia el Norte, esto es, hacia New York, lo que entrañaba la decadencia de Charleston como punto terminal de unión con Cuba. Para esta época también llegaban los barcos ingleses a La Habana aunque con una frecuencia menor. Las líneas inglesas dejaban casi todo el transporte de los productos cubanos o exportados a Cuba a cargo de los barcos norteamericanos, que entroncaban en New York y en Charleston con las líneas transatlánticas.

Había, desde luego, barcos de otras nacionalidades, pero su servicio con los puertos de Cuba no era regular y, sobre todo, tan frecuente como el de los barcos norteamericanos. Los dos centros españoles eran

Cádiz y Santander, servidos por compañías pequeñas y armadores independientes.

El comercio marítimo de cabotaje se desarrolló durante este período sobre la base de su creciente unificación y centralización. Ya existía, como sabemos, un tráfico con barcos de vapor entre La Habana y Matanzas, y entre La Habana y algunos puertos del occidente; pero estas líneas no solo se prolongan sino que se entrelazan con las demás hasta que surge la Compañía General Cubana de Navegación.

En 1841 había un servicio de vapores entre La Habana y Matanzas; también existía uno entre Cárdenas y Matanzas. Por el Occidente, el vapor "Almendares" hacía viajes regulares a Mariel, Cabañas y Bahía Honda. Un vapor con el curioso nombre de "Jején" hacía los viajes entre Sagua La Grande y Remedios. Por la costa sur, no había comunicación más que entre Batabanó y Santiago de Cuba por medio del vapor "Villanueva" que hacía el recorrido dos veces al mes. Claro está que se formaron las correspondientes escalas en Cienfuegos y Trinidad-Casilda. Por la sección más occidental de la costa sur no había navegación regular y, al parecer, hacia 1851 el privilegio para establecerla estaba concedido a una compañía que no lo aprovechaba. Había dificultades específicas en esta zona, debido al escaso desarrollo de los puertos intermedios, como La Coloma, que no estaba habilitado para el comercio.

Puede afirmarse que en 1857 al iniciarse el movimiento de formación de las primeras grandes compañías de navegación cubanas casi todos los puertos de la Isla tenían comunicaciones marítimas con los restantes, siempre, desde luego, con tendencia a concentrar las líneas en puntos terminales como Santiago de Cuba, por el sur, y La Habana y Matanzas por el norte.

En 1858 se fundó la compañía de Herrera propietaria del vapor "Pájaro del Océano" que hacía viajes a St. Thomas, la cual recibió una subvención de seis mil pesos, ampliando su servicio al Golfo y las Antillas Menores en 1865, haciéndose cargo, además, de varios de los barcos que poseía la Compañía General Cubana de Navegación.

La Compañía General Cubana de Navegación fué fundada en 1857 y estaba destinada a unificar y fundir todas las líneas y compañías dedicadas al cabotaje hasta entonces. Con un total de seis vapores de ruedas y 3 de "tornillo" (hélice) emprendió sus operaciones por ambas costas estableciendo múltiples servicios que partiendo de La Habana servían, en líneas independientes, a Matanzas y Cárdenas, a Sagua y Caibarién, a Sagua, Nuevitas, Gibara, Baracoa y Santiago de Cuba, y a Nuevitas, Gibara, Baracoa y Santiago de Cuba, con un total de cua-

tro líneas. Por la costa sur, estableció dos líneas que comprendían a Batabanó, Cienfuegos y Trinidad, y a Batabanó, Cienfuegos, Trinidad, Santa Cruz, Manzanillo y Santiago de Cuba. Guantánamo quedó aislado de este sistema, aunque desde 1856 el antiguo vapor "General Tacón" hacía viajes regulares a Santiago de Cuba. Al parecer antes de la constitución de la Compañía General Cubana había servicios de tipo local como el de Remedios al embarcadero de los Perros, donde había salinas y cortes de maderas.

Debía abundar el tráfico menor, pues sabemos que no faltaban los embarcaderos. Por ejemplo, en la región de Baja había cinco embarcaderos utilizados para el pequeño tráfico hasta los puertos más cercanos o para el servicio irregular con La Habana. Una modalidad especial de las comunicaciones por barco eran las fluviales. Había dos vías particularmente aprovechadas. Una, era el río Damují, que servía de salida y comunicación a un grupo de ingenios de la zona de Cienfuegos (Dos Hermanos, Manuelita, Reglita, San Antonio, San Ignacio, San Nicolás, Santa Marta y Silverita). Otra, el Agabama que, además de proveer de pesca, servía para el transporte del azúcar de los ingenios de la zona de Trinidad.

A medida que el comercio de cabotaje tuvo que sufrir la competencia de las grandes compañías extranjeras que, paulatinamente, después de 1868, fueron adoptando la política de comunicarse directamente con los puertos exportadores de Cuba, fué disminuyendo. Antes de 1900 ya había quedado limitado a muy pocas líneas. La construcción del ferrocarril central le dió un golpe de muerte.

3. Las carreteras y los caminos progresaron muy lentamente durante este período. Aparte de las razones que habían pesado anteriormente, como el escaso desarrollo de ciertas zonas, el costo de las obras, la ineficacia de la carretera para el transporte rápido, si era preciso utilizar animales de tiro, ahora intervendría un nuevo factor: la influencia negativa de los ferrocarriles que habían relegado las carreteras a un plano muy secundario. Pero este relegamiento tenía sentido siempre que se pensase en el transporte de los frutos principales de exportación, sobre todo el azúcar, la miel y el café; pero no tenía igual explicación respecto de los demás ramos de la producción. Estos no hallaron ayuda alguna en el ferrocarril; a lo menos no la hallaron en la escala que requerían. El tráfico interior con los frutos, digamos menores, se mantuvo reducido a muy cortas posibilidades de transporte terrestre. Tanto el ferrocarril como el transporte en arrias o en carretas resultaban caros y poco estimulantes para la producción de consumo doméstico. Quizás en La Habana fué donde el ferrocarril sirvió más

positivamente a estas ramas menores de la agricultura, a consecuencia del cambio en el uso de la tierra ocurrido después de la fundación del "primer ferrocarril".

Resultado de estas causas coincidentes fué el atraso constante de la construcción de carreteras y de la conservación de los caminos de tierra tradicionales. Al inaugurarse los trabajos de la Dirección de Obras Públicas el año 1854 solo había un total de 107 kilómetros de carreteras. Este organismo técnico logró construir unos 99 kilómetros más hasta 1866, fecha en la cual quedaron sus actividades prácticamente, paralizadas, pues poco después las necesidades militares absorberían todas las fuerzas de la organización.

Hasta 1854 los escasos kilómetros de carreteras que había estaban principalmente centrados en torno a La Habana y ninguno de los trazados había sido terminado en puntos importantes del interior. La generalidad de las "calzadas" estaban por terminar. La Dirección de Obras Públicas extendió a otros lugares del interior las carreteras y trató de terminar las "calzadas" habaneras. Hacia 1865 los progresos realizados en dirección a Vuelta Abajo eran visibles, pues la carretera llegaba casi hasta San Cristóbal. Fuera de estos pequeños progresos, las demás zonas del país solo contaban con "caminos vecinales" y "caminos reales" tradicionales.

La mejoría observada respecto de la conservación de algunos de los caminos tradicionales se debe principalmente al aumento de la riqueza de ciertos centros económicos y de población interiores, que estimuló la iniciativa de propietarios de la zona. Con frecuencia, la Dirección de Obras Públicas no realizaba siquiera las obras de conservación correspondientes; todo corría de cuenta de los vecinos interesados en el asunto.

La técnica de construcción de las carreteras no mejoró gran cosa. Las "calzadas" habaneras eran empedradas, como las principales carreteras del interior. Se les acondicionaba con cunetas y desagües, para evitar los efectos de las temporadas de lluvia, y con frecuencia, se trazaban con una ligera altura mayor sobre el nivel general de la región para facilitar su conservación.

4. Si los ferrocarriles tendieron a depreciar las comunicaciones terrestres, el telégrafo operó similares efectos sobre el correo. Apenas se realizaron en los Estados Unidos los primeros ensayos venturosos de la telegrafía, ya se proponía su establecimiento en Cuba, al parecer a iniciativa de Antonio María Escobedo (1840). En 1841 Pedro Alejandro Auber desde las columnas del *Diario de La Habana* proponía

igualmente la adopción de este invento. Sin embargo, pasarían algunos años más antes de que fuera implantado el servicio telegráfico.

La razón de esta demora no radica solamente en las dudas que se tenían sobre la viabilidad del invento si se aplicaba a grandes distancias, extremo que la práctica internacional iba demostrando ser falso, sino, sobre todo, por las escasas perspectivas de beneficio que presentaba la explotación del servicio de telégrafos para el capital privado. Hasta 1851 no se autorizó un ensayo en pequeña escala dentro de la propia ciudad de La Habana, el cual fué realizado por un norteamericano de apellido Kennedy.

El Capitán General Cañedo, al notar el escaso entusiasmo por solicitar la concesión de este servicio, invitó a los comerciantes habaneros a reunir un fondo para emprenderlo. Se dieron los primeros pasos y después de reunir cierta cantidad se confrontó el fracaso de la iniciativa, por lo cual se decidió emprender el tendido de las líneas y la prestación del servicio por cuenta del Estado que, en definitiva, era el primer interesado en este tipo de comunicación, sobre todo después de la sorpresa de Cárdenas por las fuerzas expedicionarias de Narciso López.

La primera línea se extendió de La Habana a Batabanó y fué inaugurada el año 1853. Se continuó durante las siguientes administraciones este trabajo de tal modo que ya en 1860 se establecía la comunicación directa entre Caibarién-Remedios y la capital. Sin embargo, el procedimiento de tendido de las líneas fué parecido al de los ferrocarriles, pues la línea "central" digamos, no pasó de Sancti-Spíritus, continuando de allí a Santiago por medio de entronques locales. Todo ello estaba realizado ya en 1865, cubriendo un total de 1,540 kilómetros de líneas, entre los cuales se incluía la del occidente que llegaba hasta San Cristóbal y de ahí a Pinar del Río.

Al mismo tiempo que se montaba el sistema oficial de telégrafos con una rapidez y eficiencia extraordinarias, se exigía a las compañías de ferrocarriles que establecieran los sistemas propios de sus líneas que servirían para la mejor operación y cuidado de las mismas. Estas líneas servían de comunicación adicional entre grandes ciudades y, sobre todo, entre éstas y ciertos puntos del interior, que el sistema oficial había dejado al margen. En 1866 muy pocas de las líneas ferroviarias carecían de su telégrafo, quizás solo la línea de Puerto Príncipe a Nuevitás. El total de líneas era de 1,021 kilómetros, haciendo, junto con las líneas estatales, un total de 2,561 kilómetros de telégrafos. En el término de unos diez años había quedado establecida la red esencial de comunicaciones telegráficas del país, lo cual sería de gran ayuda al po-

der español, a raíz de la sublevación de los cubanos el año 1868. Pero este hecho de tipo político, no debe ocultar la importancia que tenía este progreso para la unificación y mejoría económica del país. Precisamente, como podrá apreciarse en un capítulo posterior, uno de los hechos más significativos de la economía cubana antes de 1868 es su zonificación, lo que puede observarse por el diferente efecto de las crisis cíclicas en las diversas ciudades. La terminación del ferrocarril central, el funcionamiento eficaz del telégrafo y la gradual penetración hacia el interior de la organización financiera surgida primero en La Habana, harían de la Isla un solo mercado y una sola entidad económica a partir de 1878.

La realidad es que Cuba, por sus estrechas vinculaciones económicas con Estados Unidos y Gran Bretaña estaba siempre alerta a los últimos adelantos. Una prueba de ello es la rapidez con que al difundirse la noticia de los primeros éxitos obtenidos con el cable submarino se agita en La Habana el proyecto de establecer esta comunicación con los Estados Unidos. La prensa periódica del año 1858 es particularmente interesante en este sentido.

5. El servicio de correos que había tenido adelantos notables durante el período anterior, continuó mejorándose, a merced del adelanto general de las comunicaciones y los transportes. En realidad, la organización moderna del servicio y el aumento de su eficacia se produjo durante los años que corren entre 1850 y 1860. Pero los adelantos más notables en esta organización se obtuvieron solo en cuanto al correo interior, pues el correo marítimo que, como se sabe, hasta el año 1850 permaneció en manos de una empresa privada que mantenía el servicio en conexión mensual con La Coruña, pasó a la administración pública sin mejorar visiblemente en la rapidez ni en el número de expediciones mensuales.

El año 1855 se realizaron las principales reformas, consistentes en aumentar las salidas del llamado "correo general" de la Isla que era el que unía a La Habana con Santiago de Cuba. Se aprovechó el ferrocarril que llegaba a Macagua para conducir hasta allí las balijs y de ahí, por tierra a Sancti-Spíritus, abandonándose la ruta de Trinidad, que como se sabe existía desde mediados del XVIII y, en las actuales circunstancias, demoraba el tránsito de la correspondencia enviada a Santiago de Cuba. El año 1856 quedó definitivamente establecido el sistema de distribución central con extensiones radiales que servían a los pueblos como Cienfuegos, Trinidad, Bayamo, Gibara, etc., situados un poco al Norte o al Sur de la línea central. Este servicio se mantuvo bajo contrata; pero sujeto a la inspección y a los reglamentos del Go-

bierno. En el propio año de 1856 se establecieron los sellos de correos que uniformaron el cobro del servicio, que hasta entonces además de variables se basaban en las distancias lo que hacía demasiado costoso el uso del correo.

Para las comunicaciones con España y Europa una vez cesada la compañía de correos se utilizaban por medio de contratas distintas vías. La correspondencia salía por los vapores de la Mala Real Inglesa, los días 9 y 19 de cada mes, por vapores españoles los días 12 y los días 22 por el vapor correo a Saint Thomas (de la Compañía de Herrera), que transbordaba la correspondencia para los vapores ingleses que terminaban en Southampton. Para los Estados Unidos, los vapores correos norteamericanos con seis salidas para puertos del Este y cinco para puertos del Golfo. El servicio con México lo hacían vapores españoles. Para el resto de América los correos eran ingleses, salvo para Puerto Rico y Santo Domingo y Saint Thomas, que eran españoles.

6. Los progresos realizados en materia de comunicaciones y de transportes durante los veinte años que corren entre 1840 y 1860 determinaron nuevas necesidades de orden administrativo y público. Estas necesidades pudieran resumirse en la intervención estatal. En efecto, la expansión de las nuevas comunicaciones determinó la aparición de una política caracterizada por la mayor intervención estatal en la organización y operación de los servicios públicos de transporte. Pero también aparecieron otros cuerpos legales destinados a acentuar, a mejorar y afirmar las atribuciones del poder público en cuanto a la administración de las comunicaciones.

Sin duda, el texto de mayor importancia fué el Real decreto de 10 de diciembre de 1858 que constituyó el primer cuerpo uniforme de regulaciones sobre la materia. Hasta entonces, el Gobierno Superior Civil concedía los permisos a empresas particulares sin sujetarse a normas como no fueran las de un simple procedimiento para el examen del proyecto y su aprobación. En lo sucesivo, la aprobación del proyecto debía realizarse por medio de Real orden, lo cual ponía en manos de las autoridades metropolitanas la creación de los ferrocarriles de Cuba, aunque previos los informes de autoridades coloniales como ciertos organismos locales, Real Junta de Fomento y corporaciones o personas que a juicio del gobernador civil debieran informar.

Se concedían desde luego a los concesionarios una serie de privilegios y exenciones, como los terrenos de dominio público que tuvieran que utilizar, el beneficio de vecindad para el aprovechamiento de leñas, pastos y otros bienes comunales de los pueblos donde estuviesen establecidos los obreros constructores de la línea, el derecho de abrir can-

teras para aprovechar la cal y fabricar materiales necesarios para la construcción, la devolución de los derechos devengados por los materiales y aparatos y maquinaria importados durante la construcción y los primeros diez años de funcionamiento de la línea y la exención del derecho de hipoteca.

También determinaba esta ley las medidas de la entrevía y la distancia entre los bordes de los carriles, determinándose las demás dimensiones en cada caso particular. Se regulaba igualmente las tarifas, especialmente su revisión de cinco en cinco años y se obligaba al establecimiento de un telégrafo que podía servir también para uso general.

El capítulo noveno de este Real Decreto especificaba los requisitos exigidos de las compañías por acciones formadas para la construcción y explotación de un ferrocarril. Tenía primero que constituirse provisionalmente mientras no obtuviera la concesión, a partir de la cual podía emitir acciones y demás valores que solo podrían transformarse en valores al portador cuando los suscribientes hubieran pagado la totalidad del capital. Las concesiones no podían hacerse más que por noventa y nueve años, a perpetuidad o temporalmente; estas dos últimas solo cuando no hubiere mediados subvención estatal.

Al Decreto en cuestión acompañó una detallada Instrucción para su cumplimiento. Esta legislación quedaba completada con la Ordenanza Provisional para la conservación y policía de los ferrocarriles.

La legislación sobre las comunicaciones marítimas quedaba incorporada a las leyes sobre aduanas y navegación que formaban un cuerpo casi unificado desde principios del siglo y sobre la cual no hemos de insistir en este lugar, porque fundamentalmente tenía fines fiscales, que han sido debidamente expresados en el capítulo precedente.

También fué establecida una legislación sobre carreteras. Las Ordenanzas para la conservación y policía de carreteras, de 25 de agosto de 1856, que se ocupaba en materias de tipo público como obras, arbolado, tránsito, construcciones contiguas, denuncias por infracciones de las ordenanzas. Los portazgos y los peajes se regulaban por disposiciones específicas.

No menos importante fué el Reglamento provisional del cuerpo y servicio de telégrafos, de 2 de marzo de 1857. Por este texto, el servicio telegráfico quedaba bajo la jurisdicción de la Dirección de Obras Públicas, o sea, bajo la inmediata dependencia del Gobierno Superior Civil. Se organizaba a continuación el cuerpo de telégrafos con un Director que lo era el de Obras Públicas, un inspector, que lo era, el de Obras Públicas, jefes de líneas, jefes de estaciones y telegrafistas. Desde luego, también tenía su cuerpo de vigilancia propio. Se esta-

blecía el ingreso en el cuerpo por las plazas inferiores, con alumnos graduados de la Escuela Especial de Telegrafistas y cuando hubiera más de un aspirante calificado se celebraría oposición. Los demás cargos se cubrían por ascenso.

El Reglamento provisional incluía una Instrucción también provisional fijando las tarifas de la comunicación telegráfica así como los demás requisitos de la prestación del servicio.

6. El progreso realizado por Cuba en materia de comunicaciones durante este período constituye uno de los hechos más notables del siglo XIX. Debía continuar este impulso después de 1878; pero fué preciso, primeramente, reponer los perjuicios provocados por la Guerra. En buena medida, muchas de las líneas telegráficas tuvieron que ser reconstruídas, los caminos, a menos que hubiesen sido necesitados por las tropas españolas, quedaron abandonados e intransitables. Algunos de los ferrocarriles sufrieron pérdidas muy serias. No se habían recuperado de estas adversidades, cuando la nueva insurrección dió lugar a una destrucción aun más sistemática, como veremos en un tomo próximo.

CAPÍTULO VIII

ASPECTOS FINANCIEROS

DURANTE el período que estamos analizando el crédito se organiza con formas modernas. Es un hecho fundamental en el desarrollo de la economía colonial, que indica el grado de crecimiento a que había llegado, por una parte, y que, por otra, serviría para mostrar hasta qué punto la economía de la Isla estaba vinculada a la economía internacional, pues esta organización moderna y los fenómenos que la acompañan siguen un camino paralelo a los acontecimientos del mismo tenor que sucedían en Europa los veinte años que corren entre 1840 y 1860.

Esta organización del crédito se traduce, claro está, en una acentuada especialización de las instituciones. Aun cuando no quedase liquidada la organización tradicional de las casas de comercio que se dedicaban a operaciones financieras, ella se reducía grandemente por la aparición de sociedades anónimas dedicadas a operaciones fundamentalmente bancarias y de crédito. Con esta transformación aparece claramente el que pudiéramos llamar "capitalismo financiero" en la economía colonial, que ya asomaba desde 1835-38, cuando los intereses azucareros se fundieron con los intereses ferroviarios en una forma embrionaria de "integración". Esta transformación supone, desde luego, la participación del capitalismo comercial que hasta entonces había estado perfectamente diferenciado de los demás tipos. Hacendados y comerciantes fueron los animadores de las numerosas sociedades de crédito, de los Bancos y de los llamados almacenes de depósito.

Paralelamente, la organización moderna del crédito se refleja en la forma jurídica de los agrupamientos especializados en estos negocios. De ahí, la súbita difusión de las sociedades anónimas. Aun cuando las crisis del momento repercutieron desfavorablemente sobre estas sociedades, puede afirmarse que desde entonces quedaron definitivamente insertadas en la economía cubana, como forma superior de organizar las disponibilidades de capital.

En cambio, la organización monetaria de la colonia se mantiene sobre sus bases tradicionales, sujeta fundamentalmente a los trastornos que se producían en los Estados Unidos, factor de mayor influencia en el movimiento de fondos del país.

1. La reforma de 1842, consistente —como sabemos— en retirar de la circulación las pesetas sevillanas que inundaban el mercado insular provocando la salida del oro y de la plata columnaria, no sirvió para restablecer sobre buenas bases el sistema monetario imperante, si es que se pudiera llamar sistema a la libre circulación de moneda de muy diversas procedencia y de ley distinta. Desde luego, las pesetas sevillanas, al ser desvalorizadas en más de lo que les correspondía, salieron de Cuba, reexportadas a España.

La situación, como veremos, se agravó repetidamente en años posteriores; pero de inmediato la huida de la moneda mala restablecía en su justo papel al oro. Sin embargo, faltaron las monedas de plata por la desaparición casi completa de la moneda columnaria o peso fuerte tradicional. Para las transacciones menudas seguían faltando signos de menor valor. Solo corría el medio o real de vellón que, con frecuencia, cubría con creces el valor de las compras en las calles y en los mercados, de modo que o se consumía por el total de su valor o se aceptaban los pedacillos de lata que algunos comerciantes al menudeo “emitían” para vuelto y que forzaban a seguir adquiriendo en su establecimiento. Mientras no se acuñaran monedas de cuartillo tal inconveniente seguiría presentándose, como sucedió durante todo este período.

Pero estas dificultades no eran comparables a las que procedían de desarreglo de las monedas de mayor denominación. La perduración de la prima del $6\frac{1}{2}\%$ sobre el oro en onzas, que se convertía a razón de 17 pesos fuertes, en lugar de dieciséis, siguió contribuyendo a la huida de la plata. La primera variación que se observa en este aspecto se debió a la afluencia de oro procedente de California entre 1847 y 1850. La Habana se transformó en un centro de operaciones en oro por el tránsito de los norteamericanos que venían de las tierras auríferas del Pacífico. La Habana, que ya tenía grandes reservas en oro y escaseaba en plata, aumentó su circulación de onzas sobrevaloradas aun en mayor grado a consecuencia de la baja del valor del metal básico. Las exportaciones de plata a los Estados Unidos se acentuaron. Toda la colonia se resentía del fenómeno, pues en Santiago de Cuba se producían quejas en tal sentido hacia 1853.

El Marqués de la Pezuela, cuyo gobierno se caracterizó por un gran interés en las cuestiones económico-financieras, intentó una medida en-

caminada a poner coto a la situación, proponiéndose equilibrar el valor relativo de las monedas de oro y de plata mediante el establecimiento del cambio de la onza de oro a 16 pesos fuertes. Con esto se pretendía acercar el valor nominal de ambos metales a la relación real que resultaba de la entrada en circulación del oro de California. El simple anuncio de esta medida provocó la resistencia del comercio y de todos los que habían celebrado contratos que implicaban pagos en dinero corriente, pues suponía una modificación en éstos. Se pasó la cuestión a consulta de la Junta de Fomento; el dictamen fué desfavorable. En lugar de esta medida se propusieron otras, en verdad coincidentes con ella, aunque más radicales. La conclusión de los informantes sobre la materia fué que no podía conservarse el sistema imperante, que debía reformarse la moneda de plata, creando una moneda provincial cuya ley fuera ajustada a las necesidades del país y a las relaciones monetarias que éste tenía con Estados Unidos. En suma, lo que se proponía era la acuñación de monedas de plata de menor valor intrínseco, de modo que respondieran convenientemente al valor de la moneda de plata americana e hispanoamericana que circulaba entonces.

Como es lógico esta solución se tuvo por demasiado radical y la situación quedó sin remedio momentáneo. Sin embargo, una medida dictada en los Estados Unidos pareció operar efectos similares en Cuba. En 1853, con el objeto de impedir la continuación de las importaciones de plata extranjera, se procedió en aquel país a reducir la ley de la moneda de modo que respondiera lo más adecuadamente a la relación real entre los metales. En lo sucesivo se detuvo la huída de la plata cubana hacia Estados Unidos; pero se presentó el fenómeno inverso, pues los reales y medios americanos ya desvalorizados tuvieron cabida en Cuba al cambio nominal que existía de tiempo atrás.

Pero seguían confrontándose las dificultades resultantes de la multiplicidad de signos y de valores, razón por la cual no pocos opinantes de esta época se decidieron por la creación de una Casa de Moneda, que sobre las bases tradicionales de una moneda de plata desvalorizada permitiera alcanzar un grado de estabilidad que no se tenía mientras las monedas hispanoamericanas, norteamericanas y españolas circularan libremente.

2. Fué la organización del crédito aquella actividad financiera que sufrió la mayor transformación durante este período, como hemos dicho. En verdad ni los proyectos anteriores —fallidos o ni siquiera ensayados—, ni el Banco de San Fernando o de Fernando VII, habían logrado establecer sobre bases modernas el crédito. El éxito de la Caja de Descuentos y Depósitos, creada en 1840 por iniciativa de Carlos del

Castillo, bajo la presidencia del Conde de Cañongo y de la cual fué secretario Bachiller y Morales, no bastaba, aunque debió ser alentador. Sin embargo, la agricultura básica del país requería cada vez más una expansión de los medios financieros, pues tanto el coste de la mano de obra como de las maquinarias y aparatos azucareros requerían un financiamiento mucho más grande que el disponible de acuerdo con la organización tradicional de los comerciantes-banqueros. Por otra parte, las crecientes relaciones económicas con los Estados Unidos imponían las prácticas que allí estaban imperando, esto es, el ensayo de sociedades y de Bancos.

La primera finalidad que debía obtenerse con el establecimiento de un sistema de crédito moderno era dar flexibilidad al financiamiento y abaratar el capital. Sustrayendo los capitales de los negocios particulares estrictamente especulativos como el comercio y la propiedad inmueble se podían alcanzar esos dos objetivos. El capital, desde luego, seguía siendo *caro*. Los testimonios contemporáneos, desde Torrente que fija el interés en 18 a 20% hasta d'Hespel d'Arponville, que se refiere a un 14% dan la medida del alto interés —verdaderamente usurario— que se cobraba en la refacción de los productores. Al parecer se obtenía más barato en inversiones sobre bienes inmuebles. Posiblemente el testimonio de Balmaseda que reproduce Martínez Fortún en sus *Anales* no sea exacto cuando fija el interés a “solo el 6% mensual con excelentes hipotecas”, pues, al parecer en la misma ciudad de Remedios hay quejas en 1862 de que la usura fija un interés de 2% mensual, lo cual es más concebible. Sin embargo, esta última cantidad con ser menor significa, desde luego, que la situación era difícil en todo el país, más grave cuanto menos desarrollada fuese la zona.

Posiblemente una parte del financiamiento necesario para realizar las grandes transformaciones de la industria azucarera, donde según la expresión de F. del Monte, desde las columnas de El Siglo era preciso “ser un capitalista” para realizarlos, procedieron del financiamiento internacional, concretamente norteamericano, inglés y francés. Los norteamericanos lo ejercieron especialmente a través de formas consagradas por la tradición colonial cubana. Se citan con frecuencia “casas” de comercio norteamericanas establecidas en distintos puertos cubanos. Los constructores de maquinarias y aparatos tanto de Estados Unidos, como de Gran Bretaña y de Francia contribuyeron con créditos, como fué el caso de Derosne cuando se estableció el primer tren de su nombre en el ingenio de Villa Urrutia. La misma participación de armadores y piratas norteamericanos en la trata negrera clandestina repre-

seña, a través del suministro de esclavos a plazos, una forma clásica de financiamiento.

El refaccionamiento tradicional consistía en la simple anticipación de dinero, a cambio de un alto interés o en el suministro de esclavos, envases y utensilios, a más alto precio, lo cual constituía de por sí una usura y, finalmente, el cobro de ambos tipos de servicios en frutos, para lo cual se exigía una comisión de venta consistente en apreciarlos por debajo de la cotización del mercado.

Posiblemente los efectos de los años críticos de 1845 a 1848 fueron decisivos para la aparición de un nuevo ritmo financiero en el país. No se tienen datos sobre el movimiento de fundación de ingenios en estos años; pero debe considerarse que, por lo general, fué el momento en que se abrieron definitivamente las nuevas zonas cañeras de Matanzas y que se fomentaron nuevas líneas de ferrocarriles. En consecuencia, la memoria de 1847 de la Caja de Descuentos y Depósitos de La Habana anunciaba la necesidad de crear un Banco Agrícola e Hipotecario destinado a operaciones a largo plazo típicas del financiamiento de los ferrocarriles y de la fundación de ingenios. La misma institución se manifestó más liberal en 1851 cuando al reformar su reglamento aumentó su capacidad de operación.

La aparición de los Almacenes de Depósito tiene el mismo significado que la reforma introducida por la Caja. La creación del primero de ellos, llamados Almacenes de Depósito de Regla y Banco de Comercio data de 1844. En esta ocasión la expansión del crédito se opera por medio de una organización más completa del comerciante-exportador, que ya no es individual sino colectivo o en forma de sociedad anónima y que, en la práctica, realiza operaciones típicamente bancarias. La operación básica era la pignoración de los frutos. Por lo pronto, la escala en que procedieron estos Almacenes les permitió rebajar considerablemente el costo de almacenaje y transporte, así como los intereses de los préstamos. La situación que vinieron a corregir está expresada por un número de cajas de azúcar con la que operaron desde sus inicios, y, aun más, durante la época de auge en que llegaron a manipular hasta cerca de 700,000 cajas de azúcar en un año, o sea no menos del 50% de las exportaciones totales de azúcar.

Los Almacenes de Regla no tardaron en ser imitados. En 1847 se crearon los Almacenes de San José, los cuales operaban principalmente con artículos importados para su venta y distribución en el interior del país. Finalmente en 1855-57 se crearon los Almacenes de Depósito de Hacendados, que no pudieron operar hasta 1858, los Almacenes de Santa Catalina y los de Marimelena. Todas estas instituciones realiza-

ban operaciones de almacenaje, de descuentos, de pignoración, de depósito de valores y de venta de los frutos. Eran verdaderos bancos. En ellas estaban interesados algunos de los principales comerciantes de La Habana y, por lo menos una, fué obra de asociación de un grupo de hacendados entre los que se contaba Miguel Aldama.

Este desarrollo se extendió por otras ciudades. Que sepamos hacia 1860 había almacenes de depósito en Matanzas, si bien parece que eran fundamentalmente de tipo individual, como los de Torriente, los de Fonrodone y Cía., etc.

No debe olvidarse que este movimiento, del cual hemos expuesto solo aquellas realizaciones más destacadas, encontró ciertas facilidades que tradicionalmente no existían. El privilegio de exención de embargo de los ingenios establecido desde el siglo XVI y que desde fines del XVIII algunas corporaciones y grupos de intereses estaban combatiendo sin cesar, desapareció durante este período. Ya sabemos que mientras el Consulado formado por los comerciantes-refaccionistas y hacendados, se había inclinado a su abolición, otras instituciones y especialmente el Ayuntamiento de La Habana se había opuesto. Las razones que aducían los defensores de esta legislación eran valederas sobre todo para aquellos ingenios anticuados, pequeños, que difícilmente podrían resistir los altos intereses del capital refaccionista.

La necesidad creciente de financiar a la industria se evidenció a medida que aumentó la capacidad de producción por ingenio. Es de notar que fué precisamente la Caja de Descuentos de La Habana, creada en la década de los 40, esto es, coincidiendo con el momento en que se crean los nuevos ingenios, la que solicitó con más insistencia, desde su primera memoria anual, la eliminación de esta traba financiera. Y en su reforma del año 1851 se lanzó por la vía directa a exigir la renuncia de ese privilegio y de otros fueros a los que contratasen con ella. Pero para esa fecha ya estaba decidiéndose la legislación que liberalizaría el financiamiento azucarero. En efecto, la Real Cédula de 11 de abril de 1852 prescribió que los ingenios nuevos estarían sujetos al derecho común. Se abrió un período de liquidación del privilegio que terminó el 1º de enero de 1865. Aun cuando había los almacenes de depósito, aun cuando otras instituciones, como la Compañía de Seguros Marítimos, creada en 1838, y los "capitalistas" individuales se dedicaban todos a los negocios de crédito y refacción, parece que ciertos sectores de la economía habanera carecían de instrumentos apropiados a estas finalidades. Posiblemente una parte del comercio-bancario tradicional quedó desplazada del mercado de dinero y pasó a su vez, a requerir el crédito.

Se acudió, como otras veces a las autoridades, y el resultado de las gestiones fué la fundación de la Real Caja de Descuentos con 800,000 pesos de las reservas de Hacienda. Esta nueva institución comenzó sus operaciones el 15 de mayo de 1854, y no tardaría —el 7 de enero de 1856— en transformarse en Banco Español de la Habana, más tarde Banco Español de la Isla de Cuba. Entre una y otra etapa aumentó su capital a 3 millones de pesos. No es cosa de seguir en este lugar el detalle de sus operaciones de descuentos de pagarés y de letras, de préstamos y anticipos con garantía de frutos o de valores, de depósito voluntario, de cobros, de cuenta corriente, etc. Sus operaciones abarcaban toda la gama de las generalmente realizadas en la plaza de La Habana. Pero sí es de observar que su política en cierto sentido fué más conservadora que la practicada por la Caja de Descuentos. Esta institución, aun en contra de la práctica seguida en plazas europeas para los descuentos, exigía solo dos firmas satisfactorias y permitía que el plazo se extendiera a 180 días. El Banco Español no descontaba esos documentos por más de 90 días. Pero la política del Banco respecto de otras cuestiones, principalmente las reservas, aunque tildada de conservadora, precisamente por los conservadores de la época, parece, a la luz de la experiencia de la crisis de 1857, haber sido acertada.

La creación de Bancos fué uno de los hechos más importantes del período de auge que se extiende entre 1854 y 1858. En 1856 se fundó el llamado Crédito Industrial, en 1857 comenzó a operar la sociedad Crédito Territorial Cubano. La Alianza, creada en 1857 para operaciones de seguros, al fusionarse con las sociedades llamadas Caja Central de Comercio, Crédito Agrícola de Cárdenas, la Positiva y el Banco de Pinar del Río pudo ampliar sus objetivos hasta la explotación de servicios públicos.

Pero de la prensa periódica de 1857 y 1858 se obtiene una visión aun más cabal de este movimiento. Aparecen en ella sociedades como el Crédito Industrial y Mercantil de Pinar del Río, el Banco Industrial Pecuario, el Crédito Mobiliario y Fomento Cubano, el Banco de Garantía y de Crédito y otras más, muchas de las cuales no pasaron de proyectos, sorprendiéndolas el crack del mes de julio de 1857.

En Santiago de Cuba se creó un Banco Mercantil en 1856, con aportes de comerciantes y hacendados; pero en otras ciudades de la Isla no se difundió igualmente la institución. En 1862 se reclamaba la creación de una sucursal del Banco Español en Remedios para combatir la usura.

En la zona de Pinar del Río, donde la situación agraria era especial no logró consolidarse ninguna institución. El crédito siguió operando

mediante los comerciantes-refaccionistas y los vegueros "ligados" a los cuales se imponían las condiciones del contrato. Los comerciantes locales y los almacenistas de las grandes ciudades mantuvieron en esa región y respecto del cultivo del tabaco los procedimientos financieros tradicionales. Los esfuerzos en este sentido no se circunscribieron a la región vueltabajera; en 1866 se proyectó la creación de una Sociedad Protectora del veguero pobre en Mayarí, Oriente, de cuya efectiva existencia no sabemos nada.

3. El desarrollo institucional que hemos esbozado se produce entre dos grandes crisis generales, que tuvieron manifestaciones muy visibles y profundas en Cuba. La significación general de estas crisis es clara: Cuba se hallaba ya estrechamente vinculada a la economía internacional europea y norteamericana, de tal modo que su sensibilidad a los cambios producidos en ella crecía por día. Si bien se mira esta vinculación databa de tiempo atrás, posiblemente ya es una razón suficiente del desarrollo de la economía cubana a fines del XVIII. Sin embargo, la trascendencia del fenómeno es mayor cuando se producen los primeros grandes cambios en la economía norteamericana, esto es, durante el período que estudiamos. A fines del XVIII la repercusión de los períodos alcistas o depresivos sobre Cuba podía operarse, indistintamente a través de sus vinculaciones con Gran Bretaña —primer mercado azucarero— o con Estados Unidos. Ahora, la vinculación entre Cuba y los Estados Unidos se encuentra reforzada por las estrechas relaciones entre la economía norteamericana y la británica. La onda podía llegar a Cuba no solo directamente sino reforzada. Y es lo que ocurrió, especialmente en 1857.

Pero el hecho que en Cuba no se sintieran particularmente los efectos de la crisis norteamericana de 1837, ni que, con anterioridad, se sufrieran lo de la depresión de 1825 significa quizás que su incorporación a la economía internacional no era todavía estrecha. Por lo general, la vía de esta incorporación era el comercio internacional y, por ende, las oscilaciones en las exportaciones constituyen un índice no siempre totalmente eficiente para apreciar la gravedad de la crisis.

Se tiene la impresión, de acuerdo con los datos de que se dispone actualmente, que las crisis más profundas fueron precisamente las de carácter secundario desde el punto de vista europeo. Posiblemente ello se debió a que coincidieron —a diferencia de las crisis principales— con cambios internos de importancia. En efecto, la crisis de 1845-46 parece haber sido menos intensa que la de 1857, no obstante responder aquella a verdaderas conmociones universales y ésta más bien a fenó-

menos locales "contagiados" y expandidos en onda por el mundo americano y europeo.

El primer período de crisis que debemos comentar es el de los años 1844-47, entre los cuales debe delimitarse, con cierta amplitud, la depresión que azota a la economía europea, tras de los primeros cambios básicos resultantes de la revolución industrial en Gran Bretaña y en Francia. Esta crisis parece originarse en Gran Bretaña, a consecuencia de una expansión extraordinaria de la industria ferroviaria, con su secuela de especulación, de inflación, de altas importaciones. La política empleada por el Banco de Inglaterra, basada en la reducción del interés para ponerse en plan competitivo como las demás instituciones bancarias de la época, no hizo sino acelerar el desenlace. Este quedó agravado por el hecho que desde 1846 se notaban los efectos de condiciones climáticas adversas para las cosechas. En la primavera de 1847 se sucedieron una serie de quiebras que no terminaron hasta 1848. Por su parte, en los Estados Unidos estaban ocurriendo fenómenos similares. Hubo malas cosechas desde 1844, la especulación ferroviaria se desarrollaba igualmente desde cuatro o cinco años antes.

Sintomáticamente, este período fué de grandes movimientos sociales que contribuyeron a agravar la crisis.

La situación en Cuba venía desarrollándose también desde 1844. Los mismos trastornos políticos —traducidos a las condiciones sociales de la colonia—, la prolongada sequía hasta junio de 1844, el ciclón del mismo año que azotó las zonas occidentales, y un nuevo ciclón en 1846, fueron factores adicionales de la crisis. Esta se produjo esencialmente por la repercusión que sobre las exportaciones básicas de Cuba tuvo la depresión europea y norteamericana. Esta baja de las exportaciones coincide con una baja drástica en los precios del azúcar.

En 1845 las exportaciones de azúcar volvieron al nivel de 1832, bajando en un 50% con relación a 1844. Aun cuando se repusieron al año siguiente, ocurrió entonces la súbita baja de las exportaciones de café que quedaron reducidas en casi dos terceras partes con relación a 1845; igualmente sufrieron reducciones cuantiosas las exportaciones de tabaco elaborado que era uno de los elementos de mayor activación de la economía colonial. En consecuencia de estas alteraciones las balanzas desfavorables se sucedieron entre 1845 y 1847. En 1847 se alcanzaron nuevos niveles hasta entonces no vistos de exportaciones de azúcar; al mismo tiempo se expandieron las demás exportaciones. Sin embargo, la recesión se producía en medio de niveles muy bajos de precios. Con solo apreciar los índices de Sauerbeck, que reproduce el doctor Guerra en su *Manual*, se tiene una impresión del impacto que

ello produciría en la economía cubana. Con razón diría un comentarista de la zona de Remedios "la miseria es grande; la riqueza estacionada". Después de esta crisis quedó eliminada prácticamente la industria del café que ya venía sufriendo los efectos de la competencia de otros productores.

Hacia mediados de 1848 ya estaba superada la situación y comenzaría un período de alza. Fué el momento en que comenzaron a desarrollarse las sociedades anónimas, protegidas desde 1846 por una exención de pago de alcabala en su constitución y en la transmisión de sus acciones.

La vuelta a la normalidad se caracteriza por un alza progresiva y extraordinaria de las exportaciones básicas, especialmente de azúcar a Estados Unidos, las cuales, al parecer, fueron acompañadas de una extensión del crédito a los exportadores cubanos, por parte de los importadores de la vecina república. En consecuencia, los años que corren entre 1853 y 1857 se caracterizaron por una era de especulación y de inflación que terminó violentamente.

La crisis de 1857 se originó fundamentalmente en los Estados Unidos, a donde el capital inglés estaba afluyendo continuamente para participar del amplio movimiento financiero ferroviario y en el desarrollo de zonas como la parte media y superior del valle del Mississippi, sobre la cual refluó un alud de población y de medios económicos parecido al de California, años antes. La explotación de las minas de California permitió financiar las grandes importaciones realizadas en esos años y contribuyeron a la expansión del crédito que se manifiesta por la creación de multitud de bancos, sobre todo en las zonas del Oeste. En los primeros días de agosto de 1857 la crisis llegó a su climax a consecuencia de la contracción del crédito en el Oeste. La salida de metálico a consecuencia de las exportaciones halló a los grandes bancos de New York sin medios para respaldar a los bancos del Oeste. Comenzaron a bajar las acciones de las grandes compañías y a producirse descubiertos como el de la Ohio Life Insurance and Trust Co. que quebró el 24 de agosto, iniciando el período de suspensiones de pagos.

En Gran Bretaña había ocurrido algo similar, debido a la expansión del crédito resultante de las inversiones en Estados Unidos. Aun cuando el Banco de Inglaterra decidió alzar el tipo de interés con la finalidad de restringir el crédito, no pudo impedir que las noticias de crisis en los Estados Unidos se recibieran de Glasgow y produjeran la quiebra de una serie de casas comerciales y "bill brokers". Durante el año 1858 se emplearon algunos medios de limitación del crédito, como no redescantar documentos presentados por los "bill brokers",

lográndose superar la crisis, sin, por otra parte, hacer desaparecer los factores depresivos que siguieron manifestándose hasta 1866.

No obstante proceder directamente de una crisis norteamericana, esta del 57 tuvo repercusiones muy notables en Cuba. Sin duda, operó efectos de gran profundidad debido a que se acumuló a la crisis interna de la economía colonial, caracterizada por la creciente dificultad de producir a bajo coste y por la coexistencia de ingenios altamente tecnificados, de "cachimbos" y trapiches ineficientes. Al mismo tiempo, la industria entraba de lleno en una organización superior del crédito que la hacía más sensible a los cambios exteriores.

Desde 1853 se estaban produciendo fuertes oscilaciones en las exportaciones de azúcar, oscilaciones más sentidas por las variaciones de los precios. En 1855 comenzaron a subir los precios del azúcar, determinando un ascenso súbito de la producción de azúcar de remolacha en Europa a la que sigue una disminución de las exportaciones cubanas, las cuales alcanzan en 1857 un nivel absoluto y relativo superado desde 1853. En general, las exportaciones bajaron durante los años 1856 y 1857, aunque coincidieron con escasas fluctuaciones en los precios. La situación se prolongó durante el año 1858.

En medio de este cuadro se estaba produciendo un fenómeno de especulación e inflación realmente notables. Con razón diría Alcalá Galiano: "Todos aquí trapicheamos y especulamos por vía de episodio a nuestra ocupación principal". A principios del 1857 este movimiento de expansión del crédito alcanzó caracteres realmente extraordinarios. Se creaban diariamente nuevas instituciones de crédito o de fomento, se emitían acciones y se colocaban en el mercado cada día más saturado. Se ensayó, al parecer, una restricción voluntaria al crédito, pero el recurso no dió resultado. El Banco Español de la Isla de Cuba cometió el error de ensanchar su crédito situándose en condiciones de competencia con los demás bancos, al bajar su tipo de descuento.

Llegó a haber solicitudes para la fundación de 263 sociedades anónimas dedicadas a la especulación con valores. El 6 de julio el Capitán General dispuso en una circular que no se abieran nuevas suscripciones de acciones hasta que las compañías fueran autorizadas en firme para operar, por lo cual se daba un plazo de un mes para presentar las solicitudes definitivas pasado el cual se consideraría anulada la primera autorización dada para emitir sus acciones y colocarlas en el mercado. En contradicción con esta política de restricción del crédito —que implicaba, por otra parte— un fuerte movimiento de restitución de fondos en los casos de las sociedades que no resultasen definitivamente autorizadas, cinco días después (11 de julio), el Capitán General con-

cedió permiso para constituirse a 18 compañías. Son famosos los nombres de estas dieciocho sociedades autorizadas por denunciar el grado de extravagancia a que se había llegado en las empresas de fomento.

La demanda de redescuentos y de fondos en el Banco Español produjo inmediatamente una disminución peligrosa de sus reservas. El día 31 de julio un decreto del Gobierno Superior Civil determinaba que las autorizaciones para crear nuevas sociedades debían tramitarse ante el Gobierno metropolitano, si no hubieran sido aprobadas conforme a la Real Cédula de 29 de noviembre de 1853 que regulaba la creación de las sociedades anónimas. Esta medida paró en seco la especulación; pero determinó la necesidad de devolver los fondos ingresados por acciones de compañías que no estaban operando efectivamente. En consecuencia la demanda contra el Banco Español y las demás instituciones financieras arreció.

El 4 de agosto se convocó a una junta de propietarios y de comerciantes para resolver sobre los medios de aumentar las reservas del Banco. Se acordó que los propietarios contribuyeran por medio de hipotecas sobre sus bienes, para responder a los compromisos del Banco por el término de seis meses; otros propietarios podrían contribuir con cantidades en especie. El Banco emitió bonos por valor de varios millones de pesos para respaldar esta operación, que lo salvó de una suspensión de pagos (decreto de 6 de agosto). Estos bonos eran al 10%, que no representaba precisamente un tipo restrictivo. Se autorizó al Banco a cobrar un 1% adicional en todo descuento hasta la total liquidación del empréstito.

La continuación del movimiento, no obstante las quiebras, dieron origen al decreto de 17 de octubre por el cual se ordenaba una reunión de las juntas de accionistas de todas las sociedades para acordar, su fusión o su liquidación, la reducción de su capital o su división en diferentes emisiones con disminución del valor nominal a fin de emitir los que correspondían a los dividendos no pagados o el aplazamiento de pagos. Esta medida dió fin a muchas sociedades y produjo, por ejemplo, la fusión de la Alianza, con la Caja Central de Comercio, el Crédito Agrícola de Cárdenas, La Positiva y el Banco de Pinar del Río.

Las quiebras que se produjeron durante el mes de julio y de agosto alcanzaron según datos posteriores la cifra de mil millones de reales de vellón, de los cuales las comisiones liquidadores nombradas al efecto habían pagado unos 440 millones el año 1864.

Sin embargo, una serie de instituciones fundadas durante este período o con anterioridad perduraron. Los Almacenes de Depósito de Regla, de San José, la Compañía de Seguros Marítimos, la Alianza, ya

mencionadas, continuaron sus operaciones y algunas lograron inmediatamente después del pánico cubrir su capital y hasta ampliarlo. Parecía llegado el momento en que la organización financiera colonial eliminaba a todas las empresas y productores organizados sobre bases tradicionales. Los datos que se tienen sobre dividendos de estas organizaciones modernas indican que sus operaciones aumentaban continuamente y que la industria del país, así como las exportaciones, habían caído bajo su dominio.

La situación internacional se mantuvo inestable durante los años siguientes y como se sabe desembocó en la crisis de 1873. Pero la continuación de los ajustes especialmente en Estados Unidos y en Gran Bretaña produjo un nuevo pánico en 1866, iniciado sobre todo por la quiebra de una casa inglesa dedicada a descuentos.

Cuba sintió los efectos de esta crisis que no era sino un episodio menor dentro del ciclo. Sin embargo, nuevamente se aprecian los efectos debidos a la situación propia de la colonia. Al comenzar el año 1866 los precios del azúcar bajan hasta el nivel promedio alcanzado en 1853, tendencia que se estaba produciendo desde el año anterior, en medio de una gran expansión de las exportaciones cubanas y de un aumento sustancial de la producción de azúcar de remolacha.

A principios del año las reservas metálicas del Banco Español parecían satisfactorias; pero hacia agosto subió el tipo de interés a 15, 18% y aun más, mientras el Banco mantenía sus descuentos al 5%. Comenzó a restringirse el crédito, de tal modo que numerosos hacendados tuvieron que preparar la zafra de 1867 sin refacción. La contracción del crédito y el mantenimiento del tipo bajo por el Banco hizo derivar hacia éste una fuerte demanda de metálico. Ante esta situación se autorizó la comisión de descuentos del Banco para fijar el tipo apropiado a cada negocio, sin que ello —por haberse mantenido un tipo bajo general— operase efecto alguno sobre la demanda. En diciembre se confrontó la crisis debido a la falta casi completa de reservas y el Banco suspendió pagos el 22 de diciembre.

Las demás instituciones —Banco de Comercio, Industrial, de San José, La Alianza, Compañía de Seguros Marítimos y Caja de Ahorros— suspendieron igualmente pagos; pero su situación era más clara que la del Banco Español debido a que éste había efectuado operaciones para el sostenimiento de la guerra de intervención en Santo Domingo y se encontraba en muy malas condiciones.

Pero esta crisis que no cesó debido a que vino a sumarse el estado depresivo resultante de la Guerra de los Diez Años, dió fin a la etapa de organización del crédito y de la industria. En lo sucesivo la inversión de

capitales extranjeros y la ausencia casi total de crédito interior sería la característica de la nueva estructura de la economía colonial. Pocos años después de la crisis de 1866 ya no existía más Banco que el Español de la Isla de Cuba, dedicado a financiar la guerra contra los cubanos.

Para 1869 la nueva tendencia del desarrollo financiero, esto es, la aparición de los capitales extranjeros invertidos en los negocios de Cuba se refleja en la aparición, por primera vez, de veinte y cinco millones de "cuban moneys" en un estado de valores extranjeros en Estados Unidos.

4. Las crisis que hemos comentado, ateniéndonos a la escasa información que se dispone fueron principalmente sentidas en La Habana y en Matanzas, esto es en los dos grandes centros de la economía colonial. Los datos sobre la situación en las demás plazas y en zonas del interior no permiten seguirlas debidamente.

Desde 1847 hasta 1857 se produce una continuada expansión industrial y comercial que constituye el último período de esplendor de la economía colonial. A partir de 1857 la situación se agrava de tal modo que comienzan a plantearse los grandes problemas de tipo social y político que desembocarían en la Guerra de los Diez Años. Las dificultades financieras públicas aumentan al punto de exigir, de una vez, la decantada reforma del sistema tributario, que constituye el antecedente visible de la sublevación de los cubanos.

La Hacienda en Cuba durante este período entró en una etapa de reorganización. Sin embargo, esta reorganización no abarcó a las bases del sistema tradicional que siguió imperando y pesando gravosamente sobre la economía y el pueblo de Cuba. Ya durante este período antes de que se acumularan sobre las cajas públicas del país las grandes erogaciones de la Guerra y de la administración metropolitana, manejada por políticos irresponsables y militares insaciables, Cuba recibía el significativo nombre de "la vaca de ordeñar", pues sobre ella recaían libranzas, pagos y contribuciones forzosas o voluntarias relacionadas con toda clase de actividades metropolitanas. La crisis interna de la economía, acentuada por las depresiones de 1847, 1857 y 1866, hacía más pesada esta multitud de cargas, pues la capacidad general para contribuir se reducía visiblemente.

Durante este período se observa un crecimiento constante de las rentas públicas. Esta tendencia se manifestó, como sabemos, desde el momento en que el Conde de Villanueva se hace cargo de la Intendencia e introduce algunas modificaciones que permitieron realizar una mejor cobranza de las contribuciones. Por otra parte, y aun más que las reformas del Conde, el florecimiento del comercio producía los dos ingresos más cuantiosos: los derechos de importación y de exportación.

Desde 1838 hasta 1849 fecha en que se publicaron los datos de ingresos y gastos y desde 1860 a 1864, el aumento de los ingresos y la distribución de los gastos públicos, muestran esa tendencia. Sintómicamente, los datos de 1850 en adelante no se publicaron, como que, al parecer, constituyó un período de cambio extraordinario en que los gastos militares y las remesas a España, constituyeron un alarmante síntoma de la situación. Por lo general, los gastos civiles del país comprendían alrededor de un tercio de las rentas públicas. Durante los años comprendidos entre 1838-42, 1843-47 y 1848-49 estos gastos civiles se elevaron respectivamente a 9,100,000 pesos, 8,400,000 pesos y 5,095,000 pesos. Superados, salvo una pequeña excepción, por los gastos militares y las remesas a la Península que fueron 13,900,000, 14,400,000 y 6,800,000, y 16,800,000, 12,040,000 y 3,500,000 pesos respectivamente. A corta diferencia de los gastos civiles se situaban los gastos de la Real Marina. Lógicamente, de todas las cantidades extraídas del pueblo de Cuba la proporción que se destinaba al fomento de servicios públicos o a obras reproductivas era mínima. La situación se agravó en el período 1860-64 en que mientras los gastos civiles constituyeron solamente 31,200,000 pesos, los restantes gastos militares sumaron 39,500,000, los de Real Marina 18,300,000, las remesas a la Península, 17,400,000 y otros pagos 1,700,000 pesos. Las cantidades empleadas en obras y servicios de utilidad para el país eran menos del 28% del total de las rentas públicas. Esta distribución viciosa, corría pareja y se agravaba con el aumento de las recaudaciones.

El aumento de gastos de la propia Hacienda, de lo cual se quejaban no pocos escritores de la época, especialmente los españoles, indica que una gran parte de los fondos empleados en los gastos civiles se empleaban mal, pero con el fin de garantizar las recaudaciones destinadas a pagar un ejército, una marina y los déficit de la hacienda metropolitana, o sea, en finalidades que no hacían sino consagrar el sistema tradicional.

Hacia 1855 un escritor dedicado a cuestiones económicas, Pasarón y Lastra, definía así la situación financiera pública de Cuba: "Reinaba la desigualdad en el impuesto, la intervención fiscal en los negocios privados, el veto fiscal en muchas transacciones particulares, la imposición de tributos en los momentos en que arruina al contribuyente, la exacción del impuesto con inoportunidad, la diversificación del impuesto que lleva consigo la diversificación en los cargos, el mantenimiento de las dificultades, de la oscuridad y de la complicación, el aumento, en fin, de los gastos de recaudación y el consiguiente en el impuesto para pagar a los empleados". El cuadro es un magnífico re-

sumen de la situación que desde la década de los 50 algunos trataban de reformar para dar más eficacia a la Hacienda y producir más ingresos.

La administración relacionada con las finanzas públicas era, además de complicada, muy diversa. Estaba constituida fundamentalmente por dos instituciones: la Intendencia de Hacienda y el Tribunal de Cuentas. La Intendencia estaba bajo la dirección de un Superintendente y comprendían dos intendencias subordinadas, una para el Departamento occidental, otra, para el oriental, hasta que en 1854 se fundieron en una sola, manteniéndose la división territorial como administraciones simples.

La Intendencia comprendía una administración central, que después de 1856 estuvo constituida por la Secretaría de la Superintendencia y, en virtud de los esfuerzos centralizadores realizados durante todo el período, quedó incorporada como Sección de Hacienda Pública al Gobierno Superior Civil, una administración de rentas marítimas y una administración de rentas terrestres; las dos últimas se ramificaban por todo el territorio en forma de administraciones locales subalternas. La división de administraciones respondía al tipo de impuesto o de ingreso que tenían a su cargo. Las Rentas Marítimas eran los derechos de importación y de exportación así como los demás accesorios al comercio internacional y las rentas terrestre comprendían todos los impuestos e ingresos por conceptos que no fueran aquellos.

Desde luego, el principal elemento de las rentas públicas eran las Rentas marítimas que, por lo general, duplicaban a las rentas terrestres. Además, las rentas marítimas se caracterizaban por su corto número y su relativa facilidad de percepción, puesto que las aduanas constituían un trámite ineludible de la materia imponible. Las Rentas Terrestres eran, por lo contrario, diversas y de escaso rendimiento. Un cuadro de los grupos puede dar idea de la diversidad, la complicación y la ineficiencia del sistema.

Rentas marítimas

Derechos de importación.
 „ „ exportación.
 „ „ toneladas.
 Registro.
 Derechos de importación del depósito mercantil.
 Multas y condenaciones.
 Depósito mercantil.
 Habilitación de bandera.

Rentas terrestres

Alcabala de fincas.
 Consumo de ganado.
 Alcabala de esclavos.
 Papel sellado.
 Cédulas de esclavos.
 Correos.
 Derecho de tiendas.
 Alcabala de remates.
 Sellos y derechos judiciales.
 Papel de multas.
 Derecho de hipotecas, etc.

La lista de las rentas terrestres abarcaba unos treinta títulos diferentes más. De todos los ingresos allí agrupados solo los siete primeros producían alrededor del 80% o más del total del grupo; las restantes eran todas rentas que producían menos de 100,000 pesos anuales y, a veces, solo menos de 10,000 pesos.

A ello se refería Pasarón y Lastra al hablar de la diversificación del impuesto. Se imponía una simplificación, fundiendo en una sola distintas contribuciones similares o sustituyendo un grupo de ellas por otra de distinta base. Este es el origen del llamado impuesto directo que tanta resonancia tendría sobre la situación política del país en 1867.

La tendencia a la centralización que se manifiesta no solo en la supeditación de la Hacienda a los capitanes generales sino también en la fusión de la Secretaría de la Superintendencia con la Secretaría del Gobierno Superior Civil operó igualmente en beneficio de la propia hacienda, sobre la cual revirtieron fondos a cargo de otras instituciones y organismos. Durante el gran período de reforma que transcurre entre 1850 y 1860, la renta de Correos, las recaudaciones a cargo de la Junta de Fomento, y otras recaudaciones menores como la de los documentos de policía fueron incorporadas a la administración de rentas terrestres.

No pararon en este aspecto. Las reformas establecieron en esos años nuevos sistemas de contabilidad y regularizaron la formación de presupuestos que hasta entonces no existían en su forma propia.

Hubo igualmente una legislación sobre los empleados y funcionarios de la Hacienda y, especialmente, de las aduanas. Con frecuencia, el comentario sobre estas disposiciones hacía depender de su cumplimiento la eliminación no solo de las malas prácticas fiscales sino también del contrabando y el fraude que eran planta silvestre de la administración, cada día más sometida a las necesidades de los grupos políticos metropolitanos y de sus "asociados" de Cuba.

Desde luego, las reformas establecidas en este período condujeron cada día más a la conclusión de que era preciso profundizarlas y adecuarlas a fines fiscales y económicos más congruentes con el desarrollo del país.

5. No menos importantes, posiblemente más, que las reformas en la hacienda estatal, fueron las reformas de la hacienda municipal. Durante este período hasta la década de los 50, los Ayuntamientos conservaron viejas atribuciones, fundamentalmente relacionadas con el abastecimiento de las ciudades y tuvieron atribuciones recaudadoras. Pero, además, de no estar sujetas a reglas uniformes, carecían de fijeza dentro del propio ayuntamiento. La creciente diversificación de la

vida urbana exigió que algunos de los ayuntamientos principales como los de La Habana, Matanzas y Santiago de Cuba tuvieran normas claras y uniformes por las cuales regir sus actividades económicas.

Desde el año 1856 las rentas municipales entraron en una etapa de reforma general, que correspondía adecuadamente a las reformas en la Hacienda estatal que hemos comentado más arriba. El 1º de diciembre de 1855 quedó establecido por primera vez el impuesto municipal, directo, regulado por la Instrucción de 20 de diciembre. Este impuesto consistía en un por ciento variable sobre las rentas de las fincas urbanas, según fueran las necesidades de los presupuestos anuales de cada ayuntamiento. De este modo, la contribución podía variar de año en año.

Como tuvimos ocasión de ver en el capítulo correspondiente al comercio, para esa fecha ya se había regulado la contribución municipal sobre las tiendas, los oficios, las profesiones, etc., que era de suma importancia en la vida urbana.

Esas dos reformas se complementaban con el establecimiento de un sistema regular de formación de presupuestos municipales, aprobado el 30 de septiembre de 1855 y que debía funcionar bajo la vigilancia y la supervisión del Gobierno Superior Civil.

Todas estas modificaciones fueron coronadas por el Decreto de 27 de julio de 1859 que puso en vigor una Ley orgánica de los Ayuntamientos, bajo cuyo imperio se formalizarían varios de los municipios ya desarrollados económica y demográficamente durante este período.

6. Todos los pasos dados con el objeto de arreglar la Hacienda respondieron al impulso dado en España por las reformas de Mon el año 1845. Desde entonces, una serie de publicistas, españoles principalmente, abordaron los problemas de las finanzas públicas con un espíritu reformista. Entre ellos, deben mencionarse a Mariano Torrente y a Jacobo de la Pezuela, quienes reconocían los efectos depresivos de la organización tradicional de la Intendencia. El primero de los mencionados fué uno de los más entusiastas partidarios de la implantación de los impuestos directos, especialmente de uno sobre la renta de las tierras y de las explotaciones agrícolas e industriales, que sustituyera a los derechos de exportación, justificados solamente mientras faltaron datos sobre la riqueza agrícola, y a otros derechos sobre transmisión de bienes. Había antecedentes de esta idea desde 1838.

La medida era acertada y de ser planeada convenientemente hubiera redundado en un progreso evidente de la economía colonial, tanto la pública como la privada, liberalizando numerosas transacciones que entonces se rehuían por evitar los engorros y la presión de las alcabalas y otros impuestos.

El Intendente Conde Armildez de Toledo, que dirigió la Hacienda cuando se realizó el Censo de 1860, preparó un plan de reforma a base de la implantación de un impuesto directo sobre la propiedad agrícola e industrial que pretendió poner en ejecución el propio año. Pasado el asunto a consulta del Capitán General, que era el Duque de la Torre, éste aceptó un dictamen del Secretario del Gobierno Superior Civil por el cual se explicaban claramente las razones que aconsejaban desechar el proyecto. El proyecto de Armildez consistía fundamentalmente en refundir en uno solo los derechos de alcabalas y diezmo, fijándolo en un 5.95% sobre la riqueza inmueble; tras de ello seguiría la reforma del derecho único de tiendas y almacenes, los derechos de aduanas y los demás derechos y contribuciones. Pero aquella primera parte de la reforma dejaba subsistentes los derechos de exportación y no restablecía el equilibrio en la contribución de la riqueza, pues, como es sabido, los diezmos, por ejemplo, eran distintos para las fincas básicas del país y para las demás explotaciones, que pagaban más que aquéllas, beneficiadas de antaño por la política de fomento basada en las exenciones de tributación o de pago de derechos de aduanas.

Como que las explotaciones sujetas a este impuesto directo ya estaban gravadas con la contribución municipal ascendente a 2%, el total de la imposición directa sobre la agricultura se elevaría al 8% y sobre la riqueza urbana al 10%.

La reforma era difícil de realizar debido a la falta de datos sobre la renta de la tierra y de las explotaciones agrarias. Se demostró en esa ocasión que la contribución municipal no servía para ese objeto por ser muy incompleta. Es más, según los cálculos realizados a raíz de la iniciativa de Armildez, la creación de este impuesto directo con la supresión de la alcabala y los diezmos produciría, al parecer, un déficit.

La iniciativa quedó aplazada, pesando mucho en el ánimo del Duque de la Torre la posible repercusión política que tendría entre las clases económicas principales un sistema de contribución que les afectaba tan directamente. Como es lógico, estas clases estaban muy a favor de los impuestos indirectos que descargaban sobre la población desposeída una buena parte de las cargas públicas.

Durante los años siguientes, aun cuando no se abandonaba la idea de esta contribución, recogida incluso por los reformistas como un medio de hacer contribuir a los grupos económicos comerciales y de propietarios que, por su vinculación política a la dominación española, estaban libres de una serie de cargas, continuaron los planes de reforma. Se tiene la impresión que uno de los objetos que se persiguió al convocar la famosa Junta de Información fué precisamente este de propiciar una

declaración pública de los reformistas a favor del sistema para poder implantarlo con una pretendida anuencia de los cubanos.

En los momentos en que los comisionados antillanos se manifestaban partidarios de una reforma fiscal que incluyera la implantación del impuesto directo, se promulgó el Decreto de 12 de febrero de 1867 que estableció un impuesto directo sobre la propiedad de todo tipo. Este decreto suprimía la alcabala de fincas, de esclavos, el consumo de ganado, la alcabala de remates, el derecho de vendutas, el diezmo, la manda pía forzosa, el impuesto a las salinas, los portazgos, el derecho de almacenes y de tiendas, la media annata secular, el estanco de gallos, la alcabala de ganado, el derecho sobre costas procesales y los derechos de exportación. Quedaban sustituidos por un impuesto de 10% sobre la propiedad rural y urbana.

El efecto que causó esta medida fué funesto para el desarrollo de la situación política. En el interior, especialmente en zonas donde la propiedad rural se caracterizaba por muy bajos rendimientos, por su atraso y su falta de financiamiento, como en Oriente, la resistencia al pago del impuesto fué cosa corriente en el año 1867 y desde luego en el año siguiente.

La reforma presentaba aspectos positivos, como señala Ramiro Guerra en su *Manual*; pero el problema es que las circunstancias en que se estableció no eran precisamente las más propicias para recargar la producción con impuestos directos que, sumados a los demás existentes, venían a gravar, aunque fuera ligeramente, aun más la propiedad económicamente productiva. Quizás los ingenios de la zona occidental podían resistir la nueva exacción; pero los que no podían en modo alguno eran los ingenios de las zonas retrasadas y otras explotaciones rurales, ganaderas y de frutos menores. Por otra parte, la resistencia civil tuvo el apoyo de las clases más ligadas a la dominación colonial que también se sentían agredidas por el nuevo impuesto.

CAPÍTULO IX

LAS INSTITUCIONES ECONOMICAS. LAS IDEAS Y LOS GRUPOS SOCIALES

MIENTRAS el período de 1790 a 1837 se caracterizó por la formación de las primeras instituciones económicas de tipo mixto, público-privado, donde la iniciativa de los criollos interesados en el desarrollo de la colonia podía manifestarse con cierta libertad y determinar en alguna medida la política estatal, durante los años que corren entre 1837 y 1868 se produce una reacción a la inversa, por lo menos en cuanto a la composición de las instituciones. Ciertamente es que durante este período se manifiesta francamente una tendencia a la constitución de una organización verdaderamente estatal, en la que las instituciones van formando simples escalones en una compleja jerarquía que termina en el Gobierno Superior Civil y Militar de la Isla, en lo que diríamos hoy el Poder Ejecutivo, encarnado por el Capitán General. Hay un verdadero desplazamiento de la iniciativa privada en materia de gobierno y, por lo contrario, un intervencionismo estatal que anuncia la maduración del país para una vida política superior.

1. Algunas de las instituciones tradicionales, de las que formaron el núcleo en torno al cual se realizó el primer impulso del progreso colonial, sufrieron fuertes cambios durante este período. En el caso de la Sociedad Económica de Amigos del País esta alteración no atentó a su organización interna sino simplemente a su idoneidad y repercusión externas.

Como es sabido la Sociedad había sido durante los años primeros del siglo y bajo el gobierno de algunos capitanes generales un organismo consejero y de iniciativas que se transmitían al poder público que las acogía, con frecuencia, simpáticamente. A medida, claro está, que las corrientes políticas coloniales se diversifican, la Sociedad resulta cada día menos el órgano de expresión de sentimientos y objetivos más o menos comunes; la tirantez interna se refleja sobre su eficacia para la acción pública. Este período de relativa decadencia de su actuación se origina igualmente en la aparición de capitanes generales encaminados

a gobernar sin tener en cuenta los factores nacionales, sino solo aquellos que podían contribuir al mantenimiento de la dominación española. El incidente de Turnbull en la Sociedad prueba que ya estaba bajo los azotes de la profunda crisis política que se iniciaba hacia 1830-40. A partir de 1840, aun cuando sus actividades no decayeron, la Sociedad se transformó paulatinamente en un organismo de divulgación, de propaganda, de iniciativa puramente privada sobre materias que no tuvieran tintes políticos inmediatos.

Durante estos años no faltaron los grandes proyectos y las realizaciones. En 1847 y 1853 se organizaron y efectuaron las primeras exposiciones industriales del país, que tendrían, desde luego, un efecto estimulante sobre la difusión de las nuevas técnicas económicas. La publicación de los *Anales*, en conjunción con la Junta de Fomento, da la medida del tipo de actividad a que se dedicó durante estos años la Sociedad.

Mantuvo desde luego, las cátedras que había protegido y auspiciado como la de Química y la de Economía Política y en diversas ocasiones informó sobre problemas capitales de la política educativa, cultural o económica del país. Pero la última gran iniciativa seguiría siendo el primer ferrocarril, que es anterior al período que estamos estudiando. Entre los informes de esta época se encuentra uno sobre el desestanco del tabaco en la Península del año 1865.

2. Quizás la institución que sufrió las más fuertes modificaciones hasta su disolución en la práctica, fué la Junta de Fomento. Al separarse el Tribunal de Comercio de las funciones de fomento y de obras públicas durante la administración del Conde de Villanueva, parecía que la Junta estaba destinada a aumentar sus funciones y a adquirir mayor eficacia en su gestión. No fué así, pues ni los fondos de que dispuso, ni los medios técnicos a su alcance le permitieron realizar algo más que unas escasas construcciones de caminos, puentes y carreteras. Aun cuando la Junta en su nueva forma había perdido mucho de su autoridad y no pocos de los criollos contemporáneos consideraban que había perdido su virtud de dar participación a los cubanos en la gobernación y administración del país, las autoridades centrales no consideraban que merecía mucha confianza. Sobre ella también se proyectaba la sombra de las disensiones políticas.

La gestión no fué eficaz. Por decreto de 17 de agosto de 1854 la Junta de Fomento sufrió una modificación que le restaría algunas de sus funciones ejecutivas de más importancia. En esa fecha quedó constituida la Dirección de Obras Públicas, dependiente del Gobierno Superior Civil, con las atribuciones relativas a la proyección y ejecución

de las obras así como la vigilancia de las mismas. La antigua Junta quedó relagada a una posición meramente consultiva y de jurisdicción sobre las juntas departamentales y locales de fomento. Desde 1855 se le quitaron efectivamente todas las funciones de recaudación y administración de los fondos para obras públicas a su cargo hasta 1854, las cuales pasaron a la hacienda pública.

La nueva institución fué relativamente más eficaz. Sin embargo, los tiempos en que tuvo que desarrollar sus primeros pasos no eran favorables, pues tanto la crisis de 1857 como la de 1866 repercutieron sobre la hacienda pública agravando la política de malos manejos que se había seguido con los fondos cubanos, empleados en financiar la intervención en Santo Domingo y la política metropolitana. Pero a la Dirección le correspondió, a lo menos, aprovecharse de la diversificación institucional y de la creación de los primeros servicios públicos centralizados como los Telégrafos, que quedaron bajo su jurisdicción. En otros aspectos, como el de los ferrocarriles participó del movimiento de creación que transcurre entre 1857 y 1860, pero los trabajos para el ferrocarril central no fueron siquiera terminados como proyecto.

3. Una nueva institución apareció durante este período, entre cuyas funciones figurarían, claro está, las de tipo económico o relacionadas con la economía y las finanzas públicas.

La necesidad de dar nuevas formas de organización se reflejó en la creación del Consejo de Administración por el Decreto de 4 de julio de 1861. Se trataba de un organismo consultivo, que diera la sensación de que en Cuba había una cierta neutralización del poder dominante de los Capitanes Generales y que semejase a un Consejo colonial que era una de las tantas demandas levantadas por grupos de criollos y de peninsulares. El Consejo de Administración venía a ser en esta forma una nueva edición de las Juntas de Autoridades tradicionales compuestas de los jefes militares, navales y de la hacienda. Participaban del mismo como consejeros natos el Capitán General, los Prelados de La Habana y de Santiago de Cuba, el Comandante General del Apostadero, el Regente de la Audiencia Pretorial, el Intendente General del Ejército y Hacienda, el Fiscal de la Real Audiencia y el Presidente del Tribunal de Cuentas; los demás eran designados.

El Consejo tenía tres secciones: contenciosa, de hacienda y de gobierno. En realidad, participaba tanto de las atribuciones de la Junta de Autoridades como de las del Real Acuerdo, que explicamos en el tomo precedente.

Desde luego, la limitación de sus atribuciones a una función de asesoramiento dejó al Consejo en condiciones de ineficacia que han ori-

ginado la poca estimación histórica en que se le tiene. Sin embargo, los fondos de la institución, que se conservan en el Archivo Nacional, indican que trató los problemas esenciales de la época y constituyen una fuente de conocimiento histórico de gran importancia. Pero, por lo general, no tuvo en sus operaciones aquella profundidad, aquel interés que caracterizaron al Consulado y a la Junta de Fomento. Fué mucho más burocrático y de tramitación que los organismos que le habían precedido.

4. Otra institución nueva, a la cual nos hemos referido ya, fué el Instituto de Investigaciones Químicas. Su naturaleza y sus funciones la diferencian claramente de las demás que hemos analizado hasta ahora, incluso de la Sociedad Económica. Desde 1837 el químico español José Luis Casaseca desempeñaba la cátedra de Química auspiciada y dotada por la Sociedad. Hombre activo, bien preparado y laborioso, el profesor se acreditó inmediatamente y logró el apoyo de algunas personalidades para desarrollar sus planes, como, por ejemplo, cuando hizo el viaje a Francia en 1842 para estudiar los aparatos Derone. Desde esos años estaba empeñado en investigaciones que llevaban por la buena vía a descubrir y satisfacer las necesidades de la industria básica del país.

En 1848 se dió forma al Instituto de Investigaciones Químicas, al parecer condicionado a una revisión de sus actividades. El año 1851 con motivo de la discusión en la Junta de Fomento sobre la conveniencia de mantener la institución, el Conde de Pozos Dulces a quien se encomendó el análisis de la labor realizada por la organización, compuesta al decir de Pezuela, años después, por "su director y único empleado", expresó que "no hay motivo porque deba arrepentirse la Junta de haber dedicado sus fondos a la creación y sostenimiento del Instituto".

Durante un corto período de tres años, el Instituto había realizado numerosas investigaciones que sumaban un total de diecisiete memorias sobre problemas técnico-prácticos industriales y agrícolas y numerosas memorias científicas, algunas de las cuales habían sido bien recibidas por la Academia de Ciencias de París, a la cual las remitió Casaseca. No pocos hacendados progresistas se acercaron al químico español para recibir sus consejos y le dieron facilidades para sus investigaciones; pero, en general, el Instituto careció de fondos, de personal y, sobre todo, de colaboradores jóvenes.

Pero ahí están las memorias sobre el rendimiento de los ingenios de la zona de Colón, sobre la composición de las variedades de caña sembradas en Cuba, para acreditarle un buen juicio histórico. Y no

debe olvidarse que el sucesor de Casaseca en la cátedra y en el Instituto, ya languideciente, claro está, fué un discípulo aventajado, que después perfeccionó sus conocimientos en Europa, Alvaro Reynoso. Serían estos títulos suficientes para reconocer que con todos los obstáculos y deficiencias la institución prestó grandes servicios a la economía del país. Si la experiencia posterior hubiera mostrado la capacidad del país para crear siquiera una institución semejante como señala el Ing. Emiliano Ramos, la obra de Casaseca y del Instituto de Investigaciones Químicas nos parecería mucho más pobre.

5. La enseñanza doctrinal de la Economía Política continuó, durante este período encargada a la cátedra de la materia, la cual desde 1842 fué declarada permanente en la Universidad. Se sucedieron en la cátedra unos siete profesores durante este período. En realidad, ninguno de ellos, salvo quizás Antonio Bachiller y Morales, representa una aportación efectiva al movimiento de las ideas económicas del país. Claro está que incluso en este caso las ideas introducidas en el país no respondían adecuadamente a las necesidades del medio. Vale repetir lo que tantas veces hemos advertido, que el interés de las ideas económicas radica, sobre todo, en aquellas manifestaciones que parten de la propia realidad de la economía colonial y la aprecian, estudian y orientan en alguna forma, sin preocupación especial por seguir ideas surgidas del desarrollo de las economías europeas.

6. La prensa siguió siendo un instrumento de desarrollo de las ideas y de progreso de la economía durante este período. Desde luego, deben excluirse de estas consideraciones la prensa periódica más importante de La Habana y de las demás ciudades. Publicaciones como *El Faro Industrial*, *El Diario de la Marina*, *La Prensa* y otras, contienen abundantes materiales sobre el desarrollo de la economía colonial. Tiene, además, el valor que les concedía el hecho de representar, más o menos consecuentemente las ideas y los intereses de determinados grupos económicos y políticos, lo cual supone precisamente la disparidad de criterios que, con frecuencia, se expresaban en ellos.

Pero durante esta época se publicaron numerosas revistas que trataron primordialmente de temas económicos. Ya hemos mencionado *The Mercantile Weekly Report*, editado en inglés y que fué una publicación estrictamente especializada, con una información completa semanal sobre el movimiento comercial, los precios y demás elementos de información. Pero deben citarse también como importantes *El Correo de la Tarde*, *El Porvenir del Carmelo*, la *Revista de Jurisprudencia*, *Administración y Comercio*, y *El Labrador*.

Sería prolijo estudiar toda esta prensa. Por otra parte, no resulta fácil reducirla a sus grandes líneas, pues como toda publicación actualista responde a requerimientos momentáneos. Desde el punto de vista de la narración histórica el grupo de más importancia lo constituyen los materiales publicados por los *Anales de las Reales Junta de Fomento* y *Sociedad Económica de La Habana* que se referían, por lo general, a cuestiones técnicas industriales y a problemas de desarrollo general. Otro grupo de sumo interés son los artículos relativos a las crisis que se extienden entre los años 1857 y 1866 en diversas publicaciones, especialmente *El Siglo* y *El Correo de la Tarde* y en una publicación española de plataforma reformista, *La América* de Eduardo Asquerino. Una mención aparte debe hacerse del primer periódico obrero, *La Aurora*, que tiene particular importancia para la historia social.

7. Siguiendo el plan trazado en los tomos precedentes, vamos a considerar en este lugar las grandes corrientes del pensamiento económico a la luz de los problemas planteados por el desarrollo industrial y agrícola del país. Una vez más debe advertirse que el estudio de las ideas económicas sistemáticas pierde todo su valor, no solo por la escasa importancia que ellas tuvieron dentro del panorama general de la evolución económica de este período sino, sobre todo, por tratarse de fórmulas y de criterios que necesitaban una adecuación a la realidad colonial. Para este tipo de análisis remitimos a la obra Friedlaender que constituye el mejor aporte sobre la materia.

Desde luego, el problema de la estructura de la economía colonial, que hasta mediados del siglo estaba centrado sobre la expansión de la agricultura comercial, sigue siendo el más importante; pero ya no aparecen, con la misma reiteración precedente, las tendencias al desarrollo diversificado. Con razón señala Felipe Pazos que la economía cubana fluctúa entre las afirmaciones de Arango y Parreño y las dudas del Conde de Pozos Dulces, como si estas actitudes constituyeran un resumen del "contrapunto" ideológico en materia de desarrollo; pero es evidente que, salvo el renacimiento efímero de las tesis pro-diversificación de los reformistas, la preocupación central de los elementos más ligados a la economía real del país es el progreso y la expansión de la gran agricultura comercial.

No se trata efectivamente de un simple reflejo de la primacía que los hacendados tienen en la política y en la sociedad, pues ambos quedan hasta cierto punto disminuídas con la agudización de la crisis política que se produce en el país desde 1840 a 1868. Entre otras razones, por el hecho que una gran parte, la mayoría de los propietarios de ingenios, eran cubanos "viejos" o españoles arraigados en el país. En

realidad, el fenómeno se imponía por tradición, por oportunidad y por inercia a los grupos más activos de la población. Cuando el Conde de Pozos Dulces en su *Memoria* sobre la industria pecuaria reconoce que los beneficios producidos por la tierra empleada en plantaciones de caña anulan todo intento de expansión de la ganadería, está postulando un hecho que dominaba por encima de toda otra consideración, dado que se trataba de una economía basada en la atracción del beneficio y no en la utilidad social de la explotación. Por otra parte, el desarrollo de los Estados Unidos durante estos años produjo una acentuación del impulso pro-azucarero.

El elemento comercial que, por su vinculación a la política, tuvo una creciente influencia en la gobernación del país no tenía ya intereses opuestos al desarrollo agrícola comercial centrada en el azúcar. Por lo contrario, se reconocía paladinamente que había que liberalizar las posibilidades de exportar azúcar a los Estados Unidos para mantener el alto nivel de comercio alcanzado hasta mediados del siglo. Y hasta en alguna ocasión escritores españoles se inclinaron a la creación de un régimen especial —un antecedente, digamos, del sistema preferencial— para favorecer estas relaciones con los Estados Unidos. Entre estos debe citarse a Pezuela.

Sin embargo, a diferencia del período anterior, las ideas predominantes no estaban revestidas de aquel optimismo, digamos, que parecía reflejar el auge azucarero. Las condiciones generales del país y especialmente el régimen de trabajo sobre el cual se basaba fundamentalmente la industria azucarera mostraban elementos de crisis que los propios hacendados —más directamente interesados— percibían y consideraban. Los abundantes materiales sobre la trata de esclavos, sobre los ingenios modelos, sobre la técnica de producción y de cultivo, sobre la abolición de la esclavitud, están todos vinculados a esta preocupación, a esta visión pesimista sobre las posibilidades de desarrollo de la industria.

Aun cuando, como hemos señalado en un capítulo anterior, el pensamiento sobre la crisis comienza a desarrollarse y difundirse después de 1840, por lo cual quedan fuera de su esfera las ideas básicas de José Antonio Saco, cuyo origen responde a condiciones pre-críticas, el momento en que adquieren su mayor fuerza, al punto de originar un renacimiento de la actitud anti-azucarera, puede situarse entre los años 1857 y 1866. Las fechas indican claramente cuál es la causa de esta expansión ideológica. En el curso de unos pocos años se había logrado establecer una organización financiera privada que requería una transformación radical de la industria. Esta transformación suponía la elimi-

nación de numerosos ingenios y propietarios de ingenios incapacitados para abordarla eficazmente. La introducción de las sociedades anónimas hasta en la propia industria amenazaba al tradicional propietario individual y lo situaba en condiciones de inferioridad que ponía en peligro su existencia, tanto como podían ponerla las crecientes dificultades para producir en competencia con los demás ingenios y con los productores de azúcar extranjeros.

Una parte importante de la población criolla, económica e intelectualmente predominante, rompió con el conformismo y se lanzó por el camino de la liquidación del desarrollo azucarero tradicional. Cuando el Conde de Pozos Dulces, como vocero del Reformismo, aventura la hipótesis de que quizás la solución del país fuera la exportación de materia prima azucarera, esto es, de caña, está indicando el grado de incapacidad para afrontar la crisis a que se había llegado. La "Cuba pequeña", ideal de los partidarios de una agricultura diversificada, renació, pues, como resultado de la convicción a que se había llegado de que ya no era posible esperar una reorganización y expansión apropiadas de la industria azucarera.

No ignoraban los criollos vinculados directamente a la economía de la colonia la posición cada día más débil de su industria en los mercados internacionales. El crecimiento de la industria del azúcar de remolacha, la expansión de la industria refinadora norteamericana, con su secuela de reformas arancelarias tendientes a limitar la importación de azúcar purgado, la reducción visible del beneficio de los ingenios, que Juan Poey, por ejemplo, fija en menos de un 5% forman el marco en que se encuadran las aspiraciones reformistas, por lo menos de aquella parte de los reformistas más decidida a abandonar el ritmo tradicional de desarrollo económico. En realidad, en este grupo se aprecia hasta qué punto la presión de la crisis, por un lado, y la resistencia de los intereses particulares, por otro, impedían ver claramente la salida. Si los reformistas hubieran estado en plena libertad de actuar, lógicamente hubieran aceptado la abolición de la esclavitud como solución final a la crisis; pero el temor de un conflicto con el criterio de conservar a todo trance la institución —como solución "menos mala"— los forzó a adoptar una actitud derrotista ante la crisis. Es evidente que la consigna de producir caña para la exportación, que, por otra parte, no fué criterio general de los reformistas, no podía atraer a nadie, ni propendía efectivamente a la diversificación.

Pero esa tesis extrema, era contrarrestada en el seno del movimiento reformista por la de la "división del trabajo", que tenía positivamente implicaciones económicas y sociales mucho más interesantes para el fu-

turo del país. Claro está que la "división del trabajo" era, igualmente, una consigna en la que influía aquel temor del reformismo a las implicaciones de la abolición de la esclavitud. Vale la pena reparar en que el movimiento a favor de la división del trabajo en la producción azucarera se produce casi contemporáneamente con los primeros síntomas de crisis. Esta crisis que se desarrolla y profundiza durante un corto período de veinte años, y se agrava con la aparición de los movimientos cíclicos en la economía colonial —como repercusión de las grandes alternativas internacionales— pareció poder evitarse mediante la aplicación de recursos técnicos y de otro tipo.

Cuando los reformistas se transforman momentáneamente en los paladines de la división del trabajo están tratando desesperadamente de consumir una política que permita superar la crisis sin atentar a la organización social básica. Las dudas sobre esta posibilidad aparecerían en el mismo periódico *El Siglo*, puesto que un articulista se encargaría de expresar la imposibilidad de dividir el trabajo e implantar las técnicas modernas si no se lograban previamente otras mejoras y especialmente una capacidad financiera adecuada. Pero la división del trabajo tenía el atractivo de sugerir una, digamos, redistribución de la tierra y una mayor colonización blanca que se suponían requisitos previos a la abolición de la esclavitud. Antes de que pudiera demostrarse su perfecta viabilidad, dentro de las condiciones presentes, estalló la Guerra de los Diez Años, tras la cual quedó de hecho abolida la esclavitud.

Con todas sus limitaciones, el pensamiento económico de los reformistas es el único que se aventuró a plantear los problemas centrales del momento. Los grupos criollos partidarios del mantenimiento sin reservas del sistema están presentes, solo por eliminación, puesto que carecieron de órganos o de agrupaciones que les permitieran expresar su pensamiento. Sin embargo, conviene tener presente que entre los reformistas había diversos matices y que toda aceptación de una implícita unanimidad conduce a errores de juicio sobre el papel de ese movimiento.

Sin embargo, la tendencia filo-agrícola tiene nuevas manifestaciones. Es evidente que la oposición tradicional entre los partidarios de la agricultura comercial y los de la agricultura en pequeño se mantiene en este período y se desarrolla a través de ciertos aspectos de la doctrina Reformista; pero no lo es menos que hay destellos de una nueva actitud que cifra el desarrollo equilibrado de la economía cubana en la creación de una agricultura comercial diversificada. No hay muchos elementos de información de esta nueva línea de pensamiento

económico, empero debe señalarse que parece ser la base de las ideas expuestas por Alvaro Reynoso respecto de los cultivos no básicos, los cuales pudieran ser susceptibles de una expansión de tipo comercial similar a la de la caña.

Estas ideas constituyen una desviación de los criterios sobre la solución de la crisis de las industrias básicas, la cual se pudiera aminorar si las demás posibilidades agrícolas del país tuvieran un tratamiento inspirado en la experiencia azucarera. Un poco más tarde de 1868 un agrónomo, cuya formación vital corre entre los años 1840 y 1868, trataría de desarrollar estas ideas y dedicaría su vida a la propaganda de las mismas: Francisco Javier Balmaseda, cuya labor publicitaria en materias agronómicas de desarrollo se extiende casi hasta la República, parece encarnar esta tendencia que ya no admite el ideal de una agricultura ineficiente y limitada, de "sitieros" o campesinos autosuficientes. La circunstancia, en realidad, imponían, desde antes de 1868, la aplicación de medidas técnicas y financieras a los cultivos llamados secundarios o menores que los colocara en condiciones de atraer efectivamente la iniciativa privada capitalista, que no se sentía inclinada a invertir en explotaciones carentes de mercados de exportación y de perspectivas de altos beneficios.

8. Es difícil precisar la actitud de los diversos grupos sociales respecto de estos problemas básicos del desarrollo económico del país. Con frecuencia se han intentado interpretaciones. Algunas de ellas parecen bien encaminadas en sus líneas generales; pero generalmente parten de supuestos indebidamente sustanciados. El grupo económico capital, o sea el de los hacendados azucareros, no estaba precisamente constituido por un estrato social parejo sino por una diversidad de grupos. No tiene igual significación, ni confronta idénticos problemas, el hacendado de las zonas occidentales, especialmente de la región de Matanzas y Colón, que el de los centros azucareros situados más al Este, o sea en Sancti-Spíritus o en Puerto Príncipe y en Oriente. Los grandes movimientos de opinión se gestan en la región occidental, lo cual quiere decir que en ellos participaban los grupos económicos propios de la zona, en mayor medida que los de las demás zonas del país. Sin embargo, estos movimientos no se forman con la participación exclusiva de algún grupo. El Movimiento Reformista se forma, precisamente, como una alianza de tipo político entre hacendados, letrados, propietarios y terratenientes, cuya coincidencia mínima en el campo de la situación social del país se produce en torno a la cuestión de la esclavitud y al régimen fiscal; pero en los demás aspectos salta a la vista la falta de unidad. No podía haberla entre hombres cuyos inte-



FRANCISCO FRÍAS Y JACOTT, CONDE DE POZOS DULCES

FRANCISCO FRÍAS Y JACOTT, CONDE DE POZOS DULCES. Escritor público de bien ganada y extendida reputación; polemista por convicción y por temperamento; muy dado al examen y discusión de los problemas económicos y sociales de su época e inteligente conocedor también de la política internacional. Colaborador en los empeños anexionistas de EL LUGAREÑO y de Porfirio Valiente, obra suya fué el célebre manifiesto de 25 de agosto de 1855, donde la Junta Cubana —lo que aun quedaba de ella— ratificó su inquebrantable decisión de abandonar, de una vez y para siempre, la maltrecha tendencia anexionista como solución de los problemas cubanos. Para Pozos Dulces, la cuestión de Cuba era un problema de orden internacional que podía y debía resolverse por una bien concertada acción de las potencias. Vuelto a Cuba, se hace cargo de la dirección de *El Siglo*, anima la campaña reformista y es elegido Comisionado de la Junta de Información. Murió en París, en vísperas del Pacto del Zanjón, en 1877.

El grabado que se publica (Imp. Bertaute, París; A. Mouilleron, del.), forma parte de la Colección Figarola-Caneda del Archivo de la Academia de la Historia de Cuba.

reses diferían grandemente: Conde de Pozos Dulces, José Morales Lemus, José Antonio Echevarría, José Antonio Saco.

Esta disensión implícita explicaría lo que algunos historiadores han señalado en el Reformismo, unos como timidez, otros como "diletantismo", otros como conservatismo, esto es, la vacilación ante los problemas de sustancia y, es más, ante la misma cuestión de la esclavitud que parece, sin embargo, haber sido la que motivó esa alianza política. Pero esta alianza tenía igualmente una razón: la oposición de otros grupos económicos —los comerciantes urbanos, grandes y pequeños—, a toda reforma que tendiera a restaurar la preponderancia de los grupos fundamentalmente compuestos por criollos, que tradicionalmente habían sostenido el peso de los impuestos que en estos años les era muy difícil sostener sin la colaboración de los grupos exentos o más desahogados como los comerciantes y los propietarios urbanos.

La actitud de los hacendados y terratenientes en las zonas más retrasadas económicamente estaba condicionada por otros factores. Con certeza el doctor Guerra ha señalado la vinculación estrecha entre las condiciones sociales y económicas de las zonas orientales donde se inicia la sublevación de 1868 y los orígenes del movimiento separatista. Céspedes, Aguilera, Agramonte, tenían sus intereses en zonas donde no predominaba la esclavitud, ni la gran agricultura comercial imperaba. Se ha dicho que la situación económica de Céspedes, en la víspera del 10 de octubre era precaria, lo cual no hace sino ratificar la impresión de que en ciertas zonas la industria básica del país estaba en condiciones de crisis mucho más agudas que las imperantes en el Occidente, agobiada por hipotecas y usuras. La resistencia civil contra la reforma fiscal de 1867 no refleja otra cosa, sino la incapacidad de ciertas explotaciones agrarias para contribuir efectivamente. En especial de aquellas explotaciones que no eran compensadas con la desaparición de los derechos de exportación, por que no exportaban sus productos, como eran los sitios, las estancias, los potreros, e ingenios pequeños también característicos de las regiones de Puerto Príncipe y de Bayamo.

El grueso de los intereses económicos de la zona occidental era conservador. El temor a que la abolición de la esclavitud produjera efectos arrasadores sobre su riqueza determinaba una actitud centrada en el mantenimiento del status, sin que ello signifique que, en aspectos particulares del desarrollo económico, dejaran de ser efectivamente progresistas.

3. El otro problema básico, aunque se hallaba, claro está, presente en las orientaciones sobre el desarrollo, fué el de la esclavitud. El iniciador de las grandes polémicas sobre este asunto fué, como es sabido,

José Antonio Saco, que vió claro antes que los demás sobre la crisis que la institución produciría. Cuando Saco comenzó a atacar la trata no había ningún grupo de los económicamente dirigidos interesado en alterar el status. A diferencia de Varela que se anticipó a los tiempos, Saco realísticamente, esto es, a ras de la experiencia colonial, planteó la necesidad de superar la esclavitud, primero, aboliendo la trata, después "blanqueando" la población. No nos interesa en este lugar juzgar sus ideas por nuestros criterios actuales. Lo cierto es que percibió la crisis de la estructura económico-social antes que la mayoría de los hacendados. Estos estaban muy adormecidos por los altos rendimientos y por la posibilidad de superar la crisis mediante la aplicación de técnicas modernas. Estos hechos explican la vigencia del pensamiento de Saco entre los grupos criollos principales hasta después de 1868. Su esperanza de que la inmigración "dirigida" tendría efectos depresivos sobre los salarios, estaba indicando desde 1843 una verdad en la que ya creían —un poco a la fuerza— muchos hacendados de la década de los 60. Si Saco hubiera representado los intereses y el criterio de los grupos azucareros predominantes no hubiera sido sino un conformista público y reformista vergonzante como lo fueron otros destacados intelectuales cubanos de la época del apogeo patricio, la época de Domingo del Monte. Por lo contrario su posición fué clara, paladina desde el juicio.

La vieja consigna de la "población blanca", como instrumento de rectificación de la estructura social cambió de sentido al producirse la crisis final, a partir de 1840. Los intereses económicos directamente afectados por la esclavitud recogieron aquella política y bajo el nombre perdurable encubrieron una nueva política de "importación de braceros", que no es colonización, ni responde a los intereses perdurables del país y de la nacionalidad, sino a la necesidad inmediata de obtener mano de obra barata. Y en este tipo de política de "vino nuevo en odres viejos" se sumaron casi todos los elementos importantes de la economía y de la sociedad. No es un azar que figuren en la lista de los que propugnaron por la contratación de braceros, desde Betancourt Cisneros, el travieso y deslenguado camagüeyano, hasta Domingo Goicouría, el Conde de Jaruco, Julián Zulueta, y numerosos hombres principales de la época. Como hemos indicado en el capítulo III la experiencia demostró casi inmediatamente que solo la inmigración "compulsiva" y el trabajo semi-esclavo, podrían de inmediato satisfacer la necesidad de abastecimiento de brazos que requería el mantenimiento de los niveles de exportación alcanzados hasta entonces. Esto es, un

sistema que permitiera y justificara, a su vez, el mantenimiento de la esclavitud.

No es de señalar especialmente la actitud reservada de los reformistas en cuanto a la abolición. Cuando Morales Lemus en carta a José A. Echevarría confiesa que "las notabilidades adineradas han abdicado, hasta cierto punto, el derecho de ejercer su influencia en esas materias (de índole política) para dedicar todo su tiempo al culto del becerro de oro y a mendigar las sonrisas del poder", muestra claramente la escisión que se produce en la población criolla cuando la crisis institucional llega a su máximo alrededor de 1862; pero en el mismo documento solicita que el periódico proyectado por Saco en Madrid, entre otras cosas se dedique a "estudiar la cuestión de la esclavitud, y tratar de resolverla, conciliando la resolución con los intereses de los propietarios, a fin de conjurar la revolución y sus peligros". Esto es, se quería contar con los sentimientos de aquellos que volvían la espalda a la política y se dedicaban al cultivo de becerro de oro. Con razón se diría en la época que la mayor parte del reformismo estaba constituido por una especie de "clase media", que no podía ir sola a la lucha, ni obtenía que la acompañasen los factores decisivos. Esta grave disensión interna decide a José Silveria Jorrín —hacia 1863— a ocuparse en reformas prácticas: ... he vuelto los ojos como a la estrella luminosa del porvenir cubano, a la propagación de la agricultura científica...; llevar la instrucción y la moralidad a nuestros campos; ... dar gran impulso a la ganadería y a los propietarios dedicados a cultivos menores; ...". Con ayuda de este plan se resolvería el problema de la esclavitud. La Guerra de los Diez Años se encargaría, independientemente de la política oficial de la Revolución, de dar el golpe de muerte a la institución. Repárese en los numerosos casos en que Máximo Gómez consigna en su *Diario* la liquidación de dotaciones de esclavos de las fincas ocupadas por las fuerzas revolucionarias.

9. Una voz nueva aparece en el panorama económico-social de la colonia en 1865. Hasta entonces todos aquellos grupos que quedaban excluidos de la aristocracia, o sea, los que hemos denominado "tercer estado" colonial y los asalariados o dependientes, no habían tenido manifestación alguna de su pensamiento, de sus propensiones o de sus intereses. El populismo de un historiador como Antonio José Valdés tiene un carácter indefinido todavía. No sucederá lo mismo con las ideas formuladas por el periódico de los artesanos, *La Aurora*, que comenzó a publicarse en 1865. Sus columnas estuvieron fundamentalmente dedicadas a presentar los problemas de su grupo. Por lo general, el contenido de los artículos no aborda los problemas básicos

del desarrollo económico sino solo en tanto en cuanto afectaban a los asalariados urbanos, principalmente a los tabaqueros, que eran los animadores del periódico. Esto supone una efectiva disención, producto de la posición que ocupaban los artesanos dentro de la economía. Esto es lo que individualiza debidamente el periódico y le da mayor interés: la precisa formulación de nuevos problemas y de preocupaciones distintas de las expuestas por los demás grupos. No debe extraviarse el juicio histórico. Si el periódico *La Aurora* parece desentenderse de la cuestión de la esclavitud o de la reforma fiscal, ello se debe a que le interesaban otras cuestiones, que nadie atendía, cuya presencia —por otra parte— indica que en la sociedad se estaban produciendo procesos que exigían un tratamiento de ellas, puesto que el desarrollo económico del país producía el extraordinario caso de la coexistencia de los dos regímenes de trabajo.

Sería interesante investigar hasta qué punto las ideas expuestas en *La Aurora* representan un efectivo paso de progreso en el mismo sentido que estaba realizándose en Europa desde 1830. Sus relaciones con *El Siglo* fueron, aunque no inmejorables, más cordiales que con el resto de la prensa, que se opuso a la lectura en voz alta en los talleres de tabaquería, mientras los obreros trabajaban. Pero, en general, su tono fué singular, propio. De este modo *La Aurora* introducía en el panorama político un elemento nuevo —el pueblo— cuya presencia quebrantaba, con una proyección demo-liberal, el viejo esquema social y económico de la colonia, dentro del cual se hallaban todos los grupos entonces actuantes, incluso, claro está, los Reformistas. No es posible afirmar cuál fué el éxito de este periódico en la propaganda de esas nuevas ideas; pero lo cierto es que pasado el período de los Diez Años volvieron a brotar esas manifestaciones artesanales y que aparecieron los primeros conflictos obreros, nuncios de que al abolirse la esclavitud ya estaban reagrupados los componentes económicos y sociales de la colonia.

FUENTES

CAPITULO I

- ARCHIVO NACIONAL. *Gobierno Superior Civil*. Leg. 1056, n° 37601; 1115, n° 41448.
— *Gobierno General*. Leg. 436, n° 21118.
BACARDÍ MOREAU, EMILIO. *Crónicas de Santiago de Cuba*, ts. II y III, Santiago de Cuba, 1925.
CATÁLOGO DESCRIPTIVO DE INSTRUMENTOS DE AGRICULTURA Y HORTICULTURA Y DE SEMILLAS PARA EL CAMPO Y LAS HUERTAS. New York, 1849; hay edición de 1850.
"CULTIVO DEL CACAO". *Anales de las Reales Junta de Fomento y Sociedad Económica de la Habana*, t. II, 1850.
CELORIO, BENITO. *Haciendas comuneras*. La Habana.
FRÍAS Y JACOTT, FRANCISCO DE. *Colección de escritos sobre agricultura, industria, ciencias y otros ramos de interés para la Isla de Cuba*. París, 1860.
FRIEDLAENDER, H. F. *Historia Económica de Cuba*. La Habana, 1945.
GONZÁLEZ DEL VALLE, ANGEL. *Memorandum presentado a la Comisión Nacional de Propaganda y Defensa del Tabaco Habano*. La Habana, 1929.
GUERRA, RAMIRO. *Azúcar y Población en las Antillas*. 2ª edic. La Habana.
LA SAGRA, RAMÓN. *Cuba en 1860*.
ORTÍZ, FERNANDO. *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. La Habana, 1941.
MARTÍNEZ-FORTÚN Y FOYO, JOSÉ A. *Anales y Efemérides de San Juan de los Remedios*, tomos I, II. La Habana, 1930.
PEZUELA, JACOBO DE LA. *Diccionario geográfico, histórico, estadístico de la Isla de Cuba*. Madrid, 1863. 4 ts.
PÉREZ DE LA RIVA, FRANCISCO. *El Café, Historia de su cultivo y explotación en Cuba*. 1944.
ORDEN MILITAR 62, de 5 de marzo de 1902.
PRENSA, LA. Periódico de La Habana, 1841.
REYNOSO, ALVARO. *Estudios progresivos sobre varias materias científicas, agrícolas e industriales*. La Habana, 1861.
— *Ensayo sobre el cultivo de la caña de azúcar*. La Habana, 1862.
— *Apuntes acerca de varios cultivos cubanos*. La Habana, 1867.
SALAZAR, TOMÁS DE. *Cartilla agraria para el cultivo del tabaco*. Anales de las Reales Junta de Fomento y Sociedad Económica de La Habana, t. III, 1850.
SIGLO, EL. Periódico de La Habana, espec. años 1862, 1863 y 1864.
TORRENTE, MARIANO. *Bosquejo Económico-político de la Isla de Cuba*. Madrid-Habana, 1852-1853.
VÁZQUEZ QUEIRO, VICENTE. *Informe fiscal sobre fomento de la población blanca en la Isla de Cuba*. Madrid, 1845.

CAPITULO II

- CUADRO ESTADÍSTICO DE LA ISLA DE CUBA. La Habana, 1847.
FRIEDLAENDER, H. E. Op. cit.
GUERRA, RAMIRO. *Manual*, cit.
LA SAGRA, RAMÓN. Op. cit.
ORTÍZ, FERNANDO. *Los negros esclavos*. La Habana, 1916.
PEZUELA, JACOBO DE LA. *Diccionario*, cit.

- RODRÍGUEZ FERRER, MIGUEL. *Naturaleza y Civilización de la Grandiosa Isla de Cuba*. Parte Primera. Madrid, 1876.
 SEDANO, CARLOS DE. *Cuba desde 1850 a 1873*. Madrid, 1873.
 TORRENTE, MARIANO. *Bosquejo económico*, cit.

CAPITULO III

- ARCHIVO NACIONAL. *Junta de Fomento*. Legs. 97, n° 4074; 197, n° 8890; 168, n° 8044; 202, n° 8976.
 AURORA, LA. Periódico, La Habana, espec. 1865.
 BACARDÍ MOREAU, EMILIO. Op. cit., espec. t. III.
 BOLETÍN DEL ARCHIVO NACIONAL. *Papeles inéditos relativos a las expediciones del General Narciso López*. XVI-(1917), núms. 4 y 5-6.
 BOLETÍN DE COLONIZACIÓN. La Habana, 1873-76.
 COCHIN, AUGUSTE. *L'Abolition de l'esclavage*. 2 ts. Paris, 1861.
 CEPERO BONILLA, RAÚL. *Azúcar y abolición*. La Habana, 1948.
 CENTÓN EPISTOLARIO DE DOMINGO DEL MONTE, t. III y IV. La Habana, 1926 y 1930.
 CORBITT, DUVON C. *Immigration in Cuba*. *Hispanie American Historicae Review*. Mayo, 1942.
 CUADRO ESTADÍSTICO DE LA ISLA DE CUBA. Habana, 1847.
 UN CUBANO PROPIETARIO. *La cuestión africana en la Isla de Cuba*. Madrid, 1863.
 ERENCHUN, FÉLIX. *Anales de la Isla de Cuba*. Año de 1855. La Habana, 1858.
 FRIEDLAENDER, H. E. Op. cit.
 GUERRA, RAMIRO. *Guerra de los Diez Años, 1868-1878*. La Habana, 1950.
 — *Manual* cit.
 GONZÁLEZ DEL VALLE, ANGEL. *Memorandum* cit.
 LA SAGRA, RAMÓN. *Cuba en 1860*.
 MENÉNDEZ, CARLOS R. *Historia del infame y vergonzoso comercio de Indios*. Mérida, 1923.
 MERLIN, CONDESA. *La Havane*. 3 ts. Paris, 1844.
 MONTALVO Y CASTILLO, JUAN. *Tratado general de escuela teórico-práctica para el gobierno de los ingenios de la Isla de Cuba*. La Habana, 1856.
 ORTÍZ, FERNANDO. Op. cit.
 PEZUELA, JACOBO DE LA. Op. cit.
 REYNOSO, ALVARO. *Estudios progresivos*, cit.
 SAGO, JOSÉ A. *Colección de Papeles*. 4 ts. Madrid-La Habana, 1854-1881.
 SEDANO, CARLOS DE. *Cuba desde 1850 a 1873*. Madrid, 1873.
 TORRENTE, MARIANO. *Bosquejo Económico*, cit.
 — *Política ultramarina*. Madrid, 1854.
 VÁZQUEZ QUEIPO, VICENTE. Op. cit.

CAPITULO IV

- ARCHIVO NACIONAL. *Intendencia Hacienda*. Leg. 761, n° 6; 765, n° 88; 812, n° 68.
 — *Junta de Fomento*. Legs. 39, n° 1717; 94, núms. 39,88 y 3975; 95, n° 4006; 97 n° 4054; 170, n° 8101; 180, n° 8253.
 — *Gobierno Superior Civil*. 372, n° 14200; 391, n° 18521; 522, n° 26927; 1,034, n° 35800; 1651, núms. 82704 y 82707.
 BACARDÍ MOREAU, EMILIO. Op. cit., espec. t. III.
 CASASECA, JOSÉ LUIS. *De la necesidad de mejorar la elaboración de azúcar en la Isla de Cuba y de las mejoras que es susceptible esta fabricación*. La Habana, 1843.
 — *Memoria sobre el rendimiento en caña y azúcar de los ingenios de esta Isla y sobre el estado actual de la elaboración*. . . . *Anales de las Reales Junta de Fomento y Sociedad Económica de la Habana*, 1851, t. IV, n° 3°.
 DEROSNE Y CAIL, SEÑORES. *De la elaboración del azúcar en las colonias y de los nuevos aparatos destinados a mejorarle por los señores*. . . precedida de una noticia de los resultados ventajosos obtenidos con sus aparatos no tan solo en Europa, sino asimismo en la Isla de Borbón y en la de Cuba. . . . Aumentada con una Memoria presentada al Instituto de Francia sobre el análisis de la caña de la tierra de La Habana, por el Señor D. José Luis Casaseca. Habana, 1844.

- EVANS, W. E. *Manual del hacendado azucarero, o sea arte de obtener el azúcar de la caña*. La Habana, 1849.
- FRIEDLAENDER, H. E. Op. cit.
- HORINEK, A. *Sugar production of the world, 1853-1888. The Louisian Planter and Sugar manufacturer*, enero 9, 1892.
- GUERRA, RAMIRO. *Azúcar y población...*, cit.
- KERR, THOMAS. *A practical treatise on the cultivation of the sugar cane and the manufacture of sugar*. London, 1851.
- LABRADOR, EL. Periódico, editado por José M. Dau, espec. 1865.
- LE RIVEREND, JULIO. *Sobre la industria azucarera de Cuba durante el siglo XIX*. El Triestre Económico, XI, 1 (abril-junio) 1944.
- MERLIN, CONDESA. Op. cit.
- ORTÍZ, FERNANDO. *Contrapunteo*, cit.
- PAYEN, A. *Precis de Chimie Industrielle*. Paris, 1861.
- PEZUELA, JACOBO DE LA. *Diccionario*, cit.
- POEY, JUAN. *Informe presentado... sobre el proyecto de colonización africana*. La Habana, 1862.
- REBELLO, CARLOS. *Estados relativos a la producción azucarera de la Isla de Cuba*. Habana, 1860.
- SIGLO, EL. Periódico, espec. 1863.
- SUGAR CANE, THE. Manchester, 1869-70.
- VILLANUEVA, PELAYO. *La vida útil y fecunda de Don Fernando Diago y Tato del Castillo*. Anales de la Academia de la Historia de Cuba, XX, enero-diciembre, 1938.
- VILLA-URRUTIA, WENCESLAO DE. *Informe presentado a la Real Junta de Fomento, de Agricultura y Comercio de esta Isla... sobre los resultados de la zafra que este año ha hecho su ingenio en un tren de Derosne*. Anales y Memorias de las Reales Junta de Fomento y Sociedad Económica de la Habana, t. V, n° 1, (1852). Esta Memoria se puede consultar en el exp. Gobierno Superior Civil, leg. 391, n° 18521, cit.

CAPITULO V

- ARCHIVO NACIONAL. *Junta de Fomento*. Leg. 92, n° 3906; 105, 4502; 192, 8609; 205, 9075; 206, 9167, y 206, 9267.
- *Consejo de Administración*. Leg. 8, n° 632; 17, 1960.
- BACARDÍ MOREAU, EMILIO. Op. cit., t. III.
- BALMASEDA, FRANCISCO JAVIER. *Tesoro del Agricultor Cubano*, t. III. La Habana, 1892.
- CISNEROS Y SACO, HILARIO. *Sección Científica*. El Liceo de la Habana, enero, 1860.
- CUADRO ESTADÍSTICO DE LA SIEMPRE FIEL ISLA DE CUBA. La Habana, 1847.
- ESCALADA Y GIL, MIGUEL DE. *Memoria sobre el comercio y consumo de ganados en el rastro y carnicerías de la Habana*. Anales de las Reales Junta de Fomento y Sociedad Económica de la Habana, t. III, 1850.
- *Abasto de pescaderías*. Anales de las Reales Junta de Fomento y Sociedad Económica de la Habana, t. II, 1850.
- FRÍAS, FRANCISCO DE. *Memoria sobre la industria pecuaria en la Isla de Cuba*. Anales de las Reales... cit.
- FRÍAS, JOSÉ DE. *Ensayo sobre la cría de ganados en la Isla de Cuba en Balmaseda*, op. cit., t. III.
- GONZÁLEZ DEL VALLE, ANGEL. Op. cit.
- GONZÁLEZ DEL VALLE, FRANCISCO. Op. cit.
- HAYES Y OTROS, C. WILLARD. *Informe sobre un reconocimiento geológico de Cuba*. La Habana, 1925.
- LA SAGRA, RAMÓN. Op. cit.
- LICEO DE LA HABANA, EL. Especialmente 1859 y 1860.
- MARTÍNEZ FORTÚN Y FOYO, JOSÉ A. *Anales y Efemérides*, cit., t. II.
- PEZUELA, JACOBO DE LA. Op. cit.
- RIVERO MUÑIZ, JOSÉ. Art. cit.
- *Reseña histórica de la Sociedad de Fileteadores de La Habana*. Tabaco, 1933.
- *Bosquejo histórico de la Sociedad de Escogedores de La Habana*. Tabaco, 1933.
- RODRÍGUEZ FERRER, MIGUEL. Op. cit.
- ZAMORA CORONADO, JOSÉ MARÍA. Op. cit.

CAPITULO VI

- ALCALÁ GALIANO, DIONISIO. *Cuba en 1858*. Madrid, 1859.
 CUADRO GENERAL DEL COMERCIO, NAVEGACIÓN Y RENTAS DE LA ISLA DE CUBA DESDE 1826 A 1848. *Anales de las Reales Junta de Fomento y Sociedad Económica de la Habana*. T. II, n° 5 (mayo, 1850).
 BRENCUN, FÉLIX. *Anales de la Isla de Cuba*. Año de 1855. C. Habana, 1858.
 MERCANTILE WEEKLY AND THE HAVANA PRICES CURRENT, THE. Periódico semanal. S. Spencer, edit., 1857-1859.
 PÉREZ DE LA RIVA, FRANCISCO. Op. cit.
 PEZUELA, JACOBO DE LA. *Diccionario*, cit.
 — *Necesidades*, cit.
 TORRENTE, MARIANO. Op. cit.
 ZAMORA, JOSÉ MARÍA. *Legislación Ultramarina*, cit.

CAPITULO VII

- MEMORIA SOBRE EL PROGRESO DE LAS OBRAS PÚBLICAS EN LA ISLA DE CUBA. La Habana, 1866.
 PEZUELA, JACOBO DE LA. *Diccionario*, cit.
 PORTELL VILÁ, HERMINIO. *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España*, ts. I y II. La Habana, 1938.
 COLECCIÓN DE REALES ORDENES Y DISPOSICIONES DE LAS AUTORIDADES SUPERIORES DE LA ISLA DE CUBA. Habana, 1858.
 BRENCUN, FÉLIX. *Anales*, cit.
 ZAMORA, JOSÉ MARÍA. Op. cit.

CAPITULO VIII

- ALCALÁ GALIANO, DIONISIO. Op. cit.
 AMÉRICA, LA. Madrid, especialmente, 1862.
 ARCHIVO NACIONAL. *Junta de Fomento*. Leg. 204, n° 9002.
 BACARDÍ MOREAU, EMILIO. Op. cit., espec. ts. III y IV.
 CORREO DE LA TARDE, EL. Periódico, 1857.
 FRIEDLAENDER, H. F. Op. cit.
 GUERRA, RAMIRO. *Manual*, cit.
 PEZUELA, JACOBO DE LA. *Diccionario*, cit.
 — *Necesidades de Cuba*, cit.
 SEDANO, CARLOS DE. Op. cit.
 SIGLO, EL. Periódico, especialmente 1866 y 1867.
 ZAMORA, JOSÉ MARÍA. Op. cit.

CAPITULO IX

- BROWN, GERARDO. Op. cit.
 CEPERO BONILLA, RAÚL. Op. cit.
 GUERRA, RAMIRO. *Manual*, cit.
 — *Guerra de los Diez Años*, cit.
 ENTRALGO, ELÍAS. *José Silverio Jorrín o la timidez política*. La Habana, 1937.
 MORALES, VIDAL. *Iniciadores y primeros mártires de la Revolución Cubana*. La Habana, 1901.
 RAMOS, JOSÉ ANTONIO. *Pozos Dulces, el inútil vidente*. Cuaderno de Historia Habanera, n° 9.

LIBRO CUARTO

HISTORIA SOCIAL

LIBRO CINQUE

LIBRO CINQUE

CAPÍTULO I

ESTUDIO DE LOS FACTORES CUANTITATIVOS

LA de 1837 es fecha de simple significación política en nuestra historia. La de 1868, a más de significación política, tuvo trascendencia económica y social. Por ello puede decirse que la primera fecha es de mera evolución, para este extremo de nuestro proceso histórico que estamos considerando, en tanto que la segunda es de transmutación.

Comenzaremos por el estudio de los factores cuantitativos, es decir por los aportes que van suministrando los censos de población.

La persecución que en 1829 dictó el gobierno de México contra los españoles, la emigración de los franceses que habitaban en aquel país cuando estuvo en pugna con Francia, los sucesivos refuerzos de tropas enviadas por España a Cuba, el gran número de españoles que una larga guerra civil trajo a nuestras costas desde 1833 hasta 1840, y cerca de 500 cargamentos de negros arribados a las Isla desde 1827, determinaron el aumento de población que se puso de manifiesto en el censo de 1841. El número total de habitantes ascendió entonces a 1,007,624, aunque no faltan quienes consideran este guarismo un poco exagerado por motivo de algunos errores e irregularidades en varios empadronamientos de partidos y jurisdicciones.

A la paz que reinaba en todas partes, al reconocimiento por España de la independencia de casi todos los estados de América que habían sido sus anteriores colonias, y a varias medidas represivas de la trata de Africa, atribuye un publicista el que, lejos de aumentar la población en el censo de 1846, disminuyese la misma. Además, se ausentaron en este período multitud de capitales. La población general constaba entonces de 898,752 habitantes, es decir 108,872 menos que la del censo de 1841.

De la enumeración de bautismos, matrimonios y entierros se pueden extraer ciertas conclusiones. Si se compara el nacimiento y la mortalidad de la raza blanca con los de las razas de color, resulta en el quinquenio referido una proporción de 1.17 entre los nacimientos de los blancos, por uno entre los de color, o sea, que nacieron 100 blancos

por 85 entre negros y mulatos; y también resulta que murieron 89 blancos por cada 100 de color; diferencia que ha tratado de explicarse como motivada por la de los hábitos, régimen y trabajos en que vivían unos y otros. La falta de reproducción y la mortalidad entre las gentes de color se estimó que no disminuía apenas del estado de servidumbre de una gran parte de sus individuos; sino que tenía principalmente su origen en la falta de equilibrio que se observaba entre los sexos, en el costoso celibato en que tenían que vivir muchos esclavos de no pocas haciendas donde apenas había mujeres, y en la pérdida de un 10 ó un 12% que sufrían en los primeros meses de su llegada a Cuba las introducciones de africanos, víctimas de dolencias anteriores a su arribo.

Considerando las circunstancias en que llegaban los africanos, el medio en que vivían, los trabajos a que se dedicaban y el abandono en que estaban, aparecía proporcionalmente mayor la mortalidad entre los blancos.

Según los datos recogidos por la Comisión de Estadística, la población de la Isla era en 1849 la siguiente:

	Varones	Hembras	TOTAL
Blancos	245,694	211,438	457,138
Libres de color	79,624	84,787	164,411
Esclavos	199,177	124,720	323,897
TOTALES	524,495	420,945	945,440

Del examen de esos guarismos resultaba que la población blanca representaba el 48.35% de la totalidad, y la de color el 51.65%; la libre sin distinción de clases el 55.16% y la esclava el 44.84%. La libre de color representaba un 17.3%.

En el trienio de 1847, 48 y 49 hubo un aumento de población de 48,180 individuos. Se advertía que la población no crecía en proporción al desarrollo de la agricultura y del comercio, a pesar de los esfuerzos que se realizaban para aumentarla.

El exceso de nacidos sobre muertos equivalía a 1.6% entre los blancos. El aumento en la raza de color era de 0.7% anual. La población esclava mermaba en 0.04% anualmente.

Destacábase que la falta de brazos para las labores agrícolas se hacía sentir muy vivamente. En 1847 con permiso del Capitán General, y con el propósito de ensayo, algunos especuladores apelaron al recurso de introducir remesas de naturales de los puertos del mediodía de China contratados por varios años. Los tomaron algunos hacendados bajo condiciones ventajosas para los contratistas, y al emplearlos en sus fincas

descubrieron que podrían sacar cierto partido de ellos por su astucia; pero que no era comparable su vigor con el de los negros para los trabajos del cultivo y corte de la caña. Por otra parte, por no avenirse su carácter a aquellas faenas, cometieron algunos asesinatos de mayores y dependientes blancos y aún entre ellos mismos. Además, en aquellos primeros tiempos no parecían llevarse bien con las otras clases populares del país.

Otro ensayo también nuevo fué el que se le ocurrió a un especulador consistente en emplear algunos barcos de sus pesquerías para traer indios yucatecos, de los que se sublevaban en tal península mexicana contra los funcionarios de su gobierno. Esos indios, repartidos entre los hacendados, resultaban aptos para las industrias rurales, y eran muy vigorosos. Venían con sus mujeres y sus hijos, y por ello le tomaban cariño a las localidades en que se les empleaba. Pero al apaciguarse las sediciones en Yucatán se opuso el gobierno mexicano a que continuasen saliendo de aquel país.

Del cómputo de varios guarismos resultaba que la población general de la Isla en 1855 era de 1,044,185 habitantes de toda clase, sexo y condición. Otra vez los publicistas y críticos de la época señalaban que el avance de la población no guardaba correspondencia con el desarrollo que habían tomado la agricultura, la riqueza pública y las rentas del erario.

Los documentos oficiales fijaban la población general a fines de 1859 en 1,180,013 habitantes, presentando un aumento de 135,828 sobre el cómputo de la población en 1855. Por esos datos se sabe que a fines de 1859 existían en la Isla 622,797 habitantes blancos, 189,848 de color libres, y 367,368 de color esclavos. Comparados con los 498,752 blancos, los 179,012 de color libres y los 366,421 de color esclavos del cómputo del año 1855, revelaban un aumento de 1,420,045 de blancos, 10,836 de color libres y 947 de color esclavos.

Al aumento de la población blanca habían contribuido la libertad concedida en 23 de diciembre de 1853 por el Capitán General para la introducción de colonos y jornaleros españoles, el constante desarrollo que iban tomando el cultivo del tabaco y otros frutos, y el fomento de nuevos intereses, tales como múltiples líneas de ferrocarriles y empresas de utilidad pública.

El aumento de las personas de color libres estaba determinado por las franquicias que les había proporcionado para obtener esa libertad la legislación ultramarina, el juego de la lotería y la generosidad de la mayor parte de los propietarios. A estas causas comunes había que aña-

dir la extraordinaria de que el Gobierno había emancipado en 1854 a 3,000 africanos.

El aumento de los esclavos se debía a introducciones.

Los indios yucatecos, cuya mayor parte residía cerca de la ciudad de la Habana, eran 576 varones y 192 hembras.

Los asiáticos, principalmente agrupados por Colón, Cárdenas, Matanzas y la Habana, eran 16,373 varones y 13 hembras solamente.

Pasando ya de lo individual a lo colectivo, puede decirse que de las tres grandes clasificaciones sociales en que suele considerarse dividida la humanidad, la clase alta y la clase media no sufrieron sustanciales transformaciones en este período de 1837 a 1868. En el régimen de castas en que vivía la sociedad cubana por entonces, la que arribaba en aquel momento a un período crítico era la de los esclavos. No siempre conforme con su dura y cruel situación, más bien rebelde muchas veces frente a ella, empezó a tener argumentos favorables para liberarse desde la primera abolición de la esclavitud en América, la decretada por la Convención Nacional Francesa que tan honda repercusión produjo en Haití, y después las sucesivas liberaciones graduales decretadas por los gobiernos de Inglaterra y Holanda en sus colonias. Si para las clases dominantes la esclavitud no había aún entrado en crisis, el mantenimiento de la trata sí iba contando ya con un pensamiento uniforme en contra de la misma.

Al comienzo de este período la clase media era muy reducida. La población blanca de Cuba en gran mayoría estaba poblada por grandes familias que tenían en sus manos casi toda la riqueza territorial de Cuba; eran los hacendados, que entonces se contaban por varios miles, los dueños de cafetales, que también sumaban millares, y los dueños de las grandes haciendas de crianza de ganado, que no eran pocos. Había, por lo tanto, una clase alta de grandes terratenientes, muy numerosa; una pequeña clase media, porque no existían industrias que la diversificaran ni ampliaran, la clase media de los vegueros o estancieros, y más abajo la enorme masa de esclavos.

Todo eso se fué transformando poco antes de 1868. Por entonces se destruyeron casi todos los cafetales. La industria del café tuvo una quiebra casi violenta, hasta el extremo que desaparecieron completamente más de dos mil cafetales, todo ello determinado por la política arancelaria de los Estados Unidos hacia Cuba. Por otra parte, se produjo el proceso de desaparición de los pequeños ingenios azucareros. A medida que se fueron introduciendo y perfeccionando las máquinas, los pequeños ingenios empezaron a desaparecer. Muchas familias que hasta

entonces habían gozado de la posición de hacendados y amos de ingenios, pasaron a una situación inferior, subalterna. Los amos de ingenios empezaron a ser menos, porque se estaba preparando el tránsito del pequeño ingenio al gran central. En el pequeño ingenio, el cultivador agrícola de la caña, desde el punto de vista del capital, era el mismo que la transformaba en azúcar; pero después el hacendado se quedaría con la parte industrial y aparecería el colono para la parte agrícola. Todos estos fenómenos se van presentando al final de este período. Al principio, como ya queda dicho, lo que sobresale es la situación crítica en que se encuentran los esclavos.

Por razones provenientes de la política interior e internacional de Inglaterra, la campaña liberadora de la esclavitud, realizada en el orden del interés por el Estado británico y en el orden del ideal por ciertas sectas religiosas, se extiende y ramifica durante los primeros lustros de este período. No corresponde a esta parte de la presente historia el estudiarla dentro de sus lineamientos de tipo político o de índole individual. Quede solamente la constancia de que se hacía sentir entre los altos dirigentes políticos del país y entre las clases dominantes en la vida económica. Unos y otras vivían preocupados por aquellas intrigas y conociendo o aumentando las conspiraciones de los esclavos. El miedo engendraba la violencia y la crueldad. Se estaba a caza de oportunidades para realizar un gran escarmiento. Ciertos sucesos, aumentados y agrandados, dieron la oportunidad que se estaba buscando, y el acontecimiento de La Escalera fué el remate y culminación de aquel proceso, que silenciaría todos los empeños liberadores de los esclavos por algún tiempo.

Pero de todas maneras, como ha señalado el historiógrafo Ramiro Guerra, el quinquenio de 1840 a 1845 marca el punto más alto a que llegó la marea creciente de la esclavitud iniciada en 1790. Después de 1844 y de la aprobación de la ley de represión de la trata de 1845, continúa la introducción de esclavos por la vía de contrabando, pero en proporción cada vez menor. Los mismos acontecimientos de 1844 contribuyeron a ello, con la enorme huella de espanto que dejaron. Los negreros y la mayoría de las autoridades coloniales, para los que el contrabando africano era, como se sabe, una pródiga fuente de lucro, continuaban inclinándose a la trata clandestina, pero no pocos hacendados ilustrados y previsores y hasta algunos componentes del gobierno metropolitano se iban mostrando opuestos cada vez más al incremento de la esclavitud.

El propio historiógrafo Ramiro Guerra señala que otras causas contribuyeron, a partir de 1845, a reducir el contrabando de africanos y

a producir el aumento de la población blanca. Por una parte, los tratados internacionales, auspiciados firmemente por la Gran Bretaña; por otra parte, la decadencia de la industria cafetalera; por otra parte, el maquinismo, con su consiguiente reducción del número de brazos, sobre todo en la industria azucarera.

Después de la conspiración de 1844 y de la aprobación de la ley de 1845, los antiguos planes de fomento de población blanca, se revivieron con mayor impulso.

Un escritor y publicista español consignaba, a mediados del siglo, entre protestas de sinceridad y honradez, que el elemento español que imperaba en Cuba no estaba compuesto en general de hombres de gran ilustración y cultura sino por hombres de dinero, y consideraba que éste era un motivo más de menosprecio para la gente ilustrada del país, educada en los principales colegios del extranjero. Entre los razonamientos del propio escritor y publicista estaba el de que en todos los países mercantiles, pero en Cuba principalmente, la gran masa de inmigrantes que venían destinados al comercio, salían de las aldeas de las provincias del Norte, sin haber tenido trato alguno con la gente culta y sin más conocimientos que las primeras letras. En Cuba, en el contacto con una sociedad adelantada, muchos adquirían algunos rudimientos de educación y un barníz puramente exterior de refinamiento de costumbres y gustos; y cuando hacían dinero y se encontraban al frente de sus negocios o se retiraban a vivir de sus rentas, se llenaban de vanidad y orgullo y se creían, por su posición adinerada, competentes en todos los conocimientos que afectaban a la administración y a la política. Por regla general se hacían conservadores, porque les parecía que lo liberal delataba un origen plebeyo y se les podía descubrir la hilaza de su origen. Se volvían intransigentes en toda clase de asuntos que se ventilaran, como para demostrar que obedecía su tesón a profundas convicciones procedentes de sus estudios y su talento; hablaban en tono dogmático y se hacían tan insoportables, empalagosos, pedantes y ridículos para la gente culta, que acababa por no alternar con ellos, dejándolos en sus tertulias que resolvieran sin contradicción todos los problemas económicos, sociales, políticos, religiosos y hasta internacionales. Eran los clásicamente conocidos en España con el nombre de *indianos*.

Los negros esclavos, continuaban dividiéndose en: de *nación* o africanos procedentes de la trata, y los nativos del país o criollos.

La gente de color no podía mezclarse con los blancos en los bailes ni en los espectáculos públicos. Entonces tenían un lugar aislado para

ella en el teatro, en los circos y en los demás lugares de distracción. Se les permitía celebrar bailes públicos, pero exclusivamente para ellos. Era en las iglesias donde no había distinción, ni en los cementerios.

El dato más peculiar acaso sobre la composición de la familia recogido por los observadores de la época, era el de su fecundidad. Ramón de la Sagra, en sus andanzas por Trinidad, se fijó en que el matrimonio de Pedro Castellanos con Doña Serafina, tuvo 24 hijos; el de Rafael González con Dolores Pérez tuvo 21 hijos y ninguno murió siendo niño; el de Mariano Castillo con Antonia López, 21; el de Félix Iznaga con la Sra. Rendón, 18; el de Gregorio Ferrer con Clotilde Calderón, 16; el de José Cadalso con Juana Padín, 15; el del Sr. Puertas con Juana López, 15; el de Antonio Pérez con Catalina Muñoz, 13; el de Antonio Germán Castiñeira de Romay con Bárbara Llanes también 13; y el mismo número de hijos tuvieron los matrimonios de José Felipe Pomares con Ana Monteros, de Juan Sánchez con Trinidad Pomares, de Domingo Ortega con Felipa Fernández, de José de Jesús Calderón con Simona Matanzas, de Antonio Pérez con Catalina Muñoz, de Fernando Castro con Concepción Bermúdez y de Pío Bastida con Josefa Hernández. Le llamó también la atención a La Sagra el que hubiera un número considerable de otros matrimonios con 12, 11 y 10 hijos, así como también el que no se mencionaran como notables los que no tenían más que ocho o siete; se fijó igualmente en multitud de casos de nacimientos de gemelos y en que hubieran casos de fecundidad hasta los 50 años. Se enteró de que los matrimonios fecundos eran más numerosos en Santiago de Cuba todavía. El padrón de Trinidad verificado en 1853, consignaba el número de 123 matrimonios que tenían entre 8 y 10 hijos vivos.

Parecidos fenómenos de fecundidad los encontró La Sagra en Sancti-Spíritus. El matrimonio de Nicolás Abad Cancio con María de la Soledad Ochoa tuvo 26 hijos; el de Manuel Reyes y Cancio con Ana del Carmen Madrigal tuvo 24; el de Manuel del Castillo con Francisca Piña, 23; el de Roque Piña con Dolores del Castillo, 22; el de Camilo Padilla con Rosa Fuentes, 20, y 3 de ellos gemelos; el de Eduardo Gómez con Mauricia del Castillo, 19; y los de Domingo Estrada con Rafaela Pina, José María Echemendía con María Francisca Pina, 18; el de Agustín Brizuela con Inés María Fernández, 17; el de Antonio del Valle con Catalina Iznaga, 16. En varios de los casos citados, algunas mujeres habían sido madres a la edad de 13 años, por haberse casado a los 12, y otras continuaron teniendo familia hasta los 50 años.

CAPÍTULO II

LAS COSTUMBRES

FORMA parte también de este capítulo lo referente a las costumbres, por lo que destacaremos las más caracterizadas de aquella época.

Una de ellas era la de felicitar en verso el día del cumpleaños. Por entonces era raro el día en que no publicaban los periódicos sonetos u otro género de composiciones dedicados a los *natales* de tal o cual persona.

Otra costumbre que se manifestaba por entonces era la de la retreta, más acentuada y frecuente en la Capital que en ciertas ciudades del Interior. La de la Habana se tocaba todas las noches en la Plaza de Armas. Era de ocho a nueve. Una banda militar ejecutaba las piezas musicales. La plaza se llenaba de gentes pertenecientes a las clases alta y media. En los alrededores se situaban los carruajes.

Concluída la retreta, se producía el desfile de los concurrentes; pero los cafés y casas de refrescos que había por los alrededores conservaban cierta animación hasta las diez o diez y media de la noche, en que se cerraban. Era costumbre muy generalizada en la época la de acostarse temprano.

Los observadores y cronistas extranjeros se fijaban en la indolencia de los cubanos de la época. La cargaban en la cuenta del clima, en la condición de país tropical, cálido. Advertían que a los hijos de esta tierra les fatigaba moverse de un punto para otro. A ello atribuían el uso excesivo del carruaje en los que podían sostenerlo. Consideraban que el uso de ese medio de transporte estaba en Cuba mucho más extendido que en otras partes del mundo. Las señoras de la clase alta nunca salían a pie a la calle, salvo el jueves y el viernes santos. A pesar de que se habían introducido en las ciudades ciertos carruajes europeos, como victorias, coches, tálburis, etc., prevalecía el gusto por el quitrín o la volanta, que era un carruaje cómodo, de dos asientos, montado sobre sopandas en dos grandes ruedas y tirado por un caballo sobre el que

iba montado el calesero. Otros llevaban dos caballos o tres pareados, que llamaban pareja o trío, y entonces el calesero iba montado en uno de los de fuera de los varales, que siempre era el de la izquierda. Esos carruajes solían ser muy lujosos. Recordaban mucho las calesas andaluzas. Las mujeres de la aristocracia no los utilizaban solamente para sus paseos sino también para sus quehaceres.

La Isla vivió en aquellos tiempos una etapa de gran trasiego inmigratorio. Se destacaban dentro del mismo los españoles que venían a hacer fortuna. Privaba ese tipo obsesivo de las factorías que tiene una concepción unilateral de la vida, consistente en que ésta no existe más que para acumular dinero. En esas situaciones sociales el egoísmo sube mucho, y en la misma proporción bajan los sentimientos morales.

Algunas personalidades con mucha experiencia en viajes notaban y anotaban la falta de ideas místicas en el pueblo cubano de aquella etapa, y les llamaba la atención el indiferentismo y la libertad de costumbres, sobre todo en la Capital. Algunos publicistas advirtieron la ya creciente influencia del pragmatismo norteamericano sobre ciertas zonas de la sociedad cubana. La veían como una protesta contra las rancias preocupaciones de los españoles y contra la desmoralización política y administrativa del gobierno español. El mimetismo hacia los Estados Unidos iba, así, revestido de cierto espíritu progresista.

El trato social era bastante despreocupado, pero sincero, sin doblez, sin hipocresía. En el pueblo predominaba la indiferencia religiosa. La inmensa mayoría de las familias de las clases alta y media no oían misa sino el día 1º de enero, y entendían que esa misa cubría su obligación con respecto a la misma para todo el año recién iniciado. A las clases populares, sobre todo a los esclavos, no llegaba apenas la instrucción y la propaganda del credo religioso prevaleciente, del catolicismo. Algunos extranjeros practicaban los cultos de otras sectas cristianas; pero con gran sentido de tolerancia y respeto, sin asomos de fanatismo, eran tratados por los nativos.

El clero católico era bastante tolerante y solía ser muy respetado. No se le discutían sus derechos. Ese clero reservaba su intransigencia para los matrimonios entre parientes, los cuales ocasionaban dispensas muy costosas y grandes dilaciones. Un cronista apunta que algunos interesados de las clases poderosas, para evitarse molestias y gastos, preferían embarcarse hacia Nueva Orleans, y allí, sin más ni más, los casaba el obispo a muy poco costo, perdiendo con ello los obispos de Cuba todos sus derechos. Esto se debía a que los obispos de los Estados Unidos estaban facultados por el Papa para toda clase de dispensas.

La gente de color era la que practicaba la religión con más fe y hasta con cierto fanatismo. Era la que daba casi todo el contingente de las procesiones públicas.

El espíritu igualitario y democrático de nuestro pueblo se advertía ya desde entonces en la tendencia a la uniformidad de la vestimenta. "No hay en el pueblo distinción de trajes —advertía un viajero español de mediados del siglo—; todo el mundo viste con igualdad, aunque claro que con más o menos lujo según sus recursos. Aquí gastan levita el carnicero y el conde, el negro y el blanco. El torero que llega de España, acostumbrado a su sombrero calañés, su chaqueta y su faja, no aguanta ocho días su traje nacional, y se avergüenza de llevarlo cambiándolo por el de moda corriente en los pueblos civilizados."

La igualdad de trajes se estimaba una demostración de la tendencia a la igualdad de condiciones. Había una marcada inclinación al refinamiento en todas las clases sociales. Las categorías estaban determinadas por el dinero y el saber, mucho más por el primero que por el segundo. El respeto de unas clases hacia otras iba disminuyendo, sobre todo en el trato social.

"Esta sociedad, como más positivista, ha dado de lado a los convencionalismos que aún imperan en los pueblos viejos, y se presenta desnuda, con todas sus llagas, que aunque en otras partes no se vean no por eso dejan de existir." Son observaciones de un viajero que visitó a Cuba a mediados de la centuria.

El lujo había tomado grandes proporciones, afectando directa o indirectamente a la moralidad de las costumbres. En las familias ricas las señoras solían vestir muy bien. En esas familias solían utilizarse gran número de criados, porque sus mujeres no tomaban parte alguna en las faenas de la casa. La vida era cara. La vanidad incitaba, en más de una clase social, a aparentar una opulencia que las más de las veces no se tenía. El lujo en sí no perturbaba tanto como la impaciencia de muchas personas por ostentarlo precipitadamente, sin esperar a adquirir mediante el trabajo una posición económica sólida, que les permitiera disfrutar de ese lujo sin menoscabo de la dignidad.

Ya entre los hijos del país y los españoles existía una marcada división. En las reuniones a que asistían unos y otros no se mantenía la cordialidad. Siempre tenía que dominar uno de los dos. Entre las mujeres, las españolas o españolizantes preferían el color rojo, las cubanas el azul.

El pueblo seguía siendo muy aficionado en todas sus clases sociales al baile y a los juegos de cartas, y en la clase campesina a las peleas de

gallos. Todo ello había sido importación española. El baile era la expansión que contaba con mayor predicamento por tomar parte los dos sexos en un sentido de acercamiento. No había reunión, jira o celebración de algo que no tuviera baile. "Es verdad —afirmaba un cronista— que el baile íntimo y voluptuoso de este país es de lo más sugestivo que puede imaginarse y no es extraño que sean tan aficionados a él los que se han criado a su arrullo, cuando con el mismo entusiasmo suelen tomarlo los españoles y extranjeros que viven aquí."

El tipo de baile predominante era la danza, compuesta cada *sedazo* o parte del *paseo*, la *cadena* y el *sostenido*, según los iba marcando la música. Esta era muy animada y alegre, y no tenía mejores intérpretes que los ejecutantes locales. Un publicista extranjero anotó lo siguiente: "Al que no está acostumbrado a oír las danzas, se le figura escuchar una algarabía infernal, pues parece que cada instrumento *va por su lado*, como suele decirse; pero poniendo atención, no sólo se distingue la belleza de la composición, sino que, eso que parece algarabía, forma un todo armónico, de un efecto sorprendente, sujeto a un compás obligado que marca con exactitud los pasos de la danza. No he visto en mi vida baile más animado e incitante, ni he oído tampoco música más entusiasta y deliciosa; así es que no es extraño ver en un baile a la mayor parte de los mirones llevar involuntariamente el compás con los pies o con el cuerpo, como arrastrados por una fuerza superior. El compás es el mismo que tocan los negros en sus tambores e instrumentos para sus bailes grotescos y voluptuosos". Constituía el baile una diversión de todo el año; pero se acentuaba, con disfraces, durante la temporada de carnaval.

En algunas poblaciones las peleas de gallos se organizaban en torno a dos bandos, el azul y el punzó. Cada bando ostentaba su color respectivo, y cada uno elegía su reina de la hermosura, y cada una de éstas, por medio de diplomas, nombraba su corte. Los agraciados con los cargos de cortesanos se entregaban al desempeño de los mismos con gran formalidad. Las reinas recibían a su corte sentadas en un trono; y cuando salían a la calle iban acompañadas de una banda de música. El pueblo solía dividirse entre ambos bandos, ostentando cada cual, ora en la corbata, ya en la cinta del sombrero, el color de que era partidario. Las peleas de gallos decidían cuál de las dos reinas era la más hermosa. Los periódicos en esos días insertaban muchos versos escritos por los trovadores afiliados a uno u otro bando, ensalzando cada uno tanto la hermosura de su reina como del color respectivo. La pasión política andaba muchas veces por dentro de esas fiestas, y la vanidad y el donjuanismo por fuera.

Además de los distintos juegos de cartas, ya mencionados, estaba muy extendido el juego de billar en lugares públicos. Las más de las veces no se practicaban unos y otros por simple recreo, por mero pasatiempo; antes por el contrario se le señalaba como un resultado de la impaciencia por hacer dinero en poco tiempo. Hasta la trata de esclavos no faltó quien la viese como un juego de azar, con los riesgos del contrabando, en el que el explotador era el banquero y el comprador de buena fe la víctima.

El júbilo en ciertas fechas conmemorativas se exteriorizaba con manifestaciones estrepitosas. El entusiasmo público se desbordaba por medios atronadores. Había tiros de fusil desde las tiendas, músicas, gritos, fogatas de resina...

Los campesinos, hombres y mujeres, mantenían su tradicional adhesión a la poesía lírica, mediante el preferente cultivo de la décima, cantada por lo general al son de la guitarra. Hacia 1860 se oían en tierra adentro décimas cantadas de ese modo, como las siguientes:

En una fresca mañana
del florido mes de Abril,
cuando el céfiro sutil
agita la palma indiana,
una guajira lozana
más hermosa que una jagua,
bajo una esbelta macagua
medio dormida encontré,
y al verla allí la pensé
la flor de Manicaragua.

Hija del trópico ardiente
exclamé, despierta, indiana,
que de la región cubana
mece el céfiro al oriente.
Si tu noble pecho siente
placer bajo esta macagua,
yo con pasos de camagua
te fabricaré un bohío,
y tú serás, dueño mío,
la flor de Manicaragua.

Siguiendo las costumbres del catolicismo español, las ceremonias religiosas de la Semana Santa adoptaban una especial solemnidad. Aumentaba la concurrencia de feligreses a los templos, en mucho mayor proporción la del sexo femenino.

Los placeres de la mesa se caracterizaban por la sobriedad y la rutina en las capas más bajas de la población —los esclavos, los hombres de color libres, los campesinos...— y por el lujo y la prodigalidad de manjares en las más altas categorías sociales. Un extranjero muy distinguido estimaba que con los comestibles que a él solamente le pusieron a la mesa una vez, un cocinero francés arreglaría comidas para cuatro y hasta para seis personas. Y llamaban la atención de los extraños no solamente el número de platos, sino su complicada composición. Un cocinero cubano de la época opinábase que no se quedaría contento si no aglomeraba cuatro o cinco sustancias en el mismo guiso; y su habilidad mejor vista debía consistir en transformar la sustancia principal de ese guiso en algo que en nada se le pareciera.

Los más hábiles en la artesanía culinaria eran los negros y los mulatos. Pero se les añadieron los cocineros chinos, los cuales embellecieron las grandes mesas cubanas con adornos graciosos, desconocidos en Europa, contribuyendo a alejarlas no poco del tradicional ajiao. También eran abundantes los postres, especialmente los dulces, en esas mesas de familias ricas.

A la Condesa de Merlin, durante su viaje a la Habana en 1840, le llamaron la atención las preciosas casas bajas de la clase media en la Habana, casas que se le destacaron por sus grandes puertas cocheras, por sus inmensas ventanas enrejadas, puertas y ventanas siempre abiertas, por donde se podía penetrar con una sola mirada hasta las más íntimas intimidades del vivir doméstico, desde el patio regado y florido hasta el aposento de la niña, cuyo lecho estaba cubierto de cortinas de limón con lazos de color de rosa.

Las casas aristocráticas no eran más que de un piso, rodeadas de galerías que se destacaban desde lejos por largas filas de persianas verdes. Es decir, más de un trozo de Andalucía transportado al trópico americano.

La Condesa advirtió que los cubanos de entonces practicaban la caridad sin ostentación, en forma sencilla y candorosa. Vió las negras manejadoras, vestidas de muselina, sin medias y sin zapatos. Observó que las muchachas blancas eran de esbelta estatura y de tez pálida, negra la cabellera y suelta en bucles flotantes, con vestidos tan ligeros que los agitaba la brisa y tan diáfanos que se transparentaban al sol.

Insistía ella en su visión de la Habana de aquellos tiempos, que le parecía una ciudad medieval conservada intacta bajo el trópico, con unas costumbres en que se mezclaban España y América. Las calles estrechas, las casas bajas con balcones de madera y ventanas enrejadas

siempre abiertas. Las habitaciones rezumando aseo, saturadas de luz, palpitantes de alegría, aleteadas de frescura. La niña, como la denominaban típicamente, cubierta con un ropaje aéreo, desnudos los brazos y enlazados a la reja, curioseando hacia la calle. Y allá en el fondo el patio cubierto de flores, y las fuentes derramando sus saltos de agua clara y limpia sobre los pétalos de la pitahaya y el volador.

Los ricos cubanos de entonces cultivaban la filantropía. El carácter cubano de aquel momento era una mezcla de la gravedad española y de la indolencia nativa. Estaban muy acendradas ciertas tradiciones religiosas del catolicismo. Al oscurecer, cuando sonaba la primer campanada de la oración, se silenciaban todas las conversaciones. Todos los presentes se ponían de pie y rezaban en voz baja hasta que terminaba de sonar la campana. Después, todos se abrazaban, y se daba las buenas noches. Los niños besaban la mano de la madre y se iban a dormir. Y la tertulia de los mayores continuaba. La sencillez de las mujeres comunicaba a su trato un atractivo indecible; todo era naturalidad en ellas. Cuando envejecían, ni se teñían las canas ni trataban de ocultar las arrugas. Y, hecho curioso: por esa misma abnegación voluntaria, no sólo se hacían más amables, sino que daban hasta la sensación de prolongar su juventud. "Siempre se encuentran aquí —decía la Condesa de Merlín— un trato candoroso y apasionado, el abandono y la confianza, la fe en el amor y en la amistad; hay en estas gentes algo de simpático y de acariciador que penetra hasta el fondo del corazón." Una niveladora costumbre cubana no distinguía categorías: el tuteo. Las edades se confundían en la conversación. La prodigalidad de la familia se expresaba por el inter-regalo de onzas de oro.

Los negocios y las transacciones comerciales pocas veces se hacían bien y siempre duraban mucho, porque los cubanos de entonces para ahorrarse de dar un paso, de decir una palabra, de poner una firma, tenían siempre una disculpa, hallaban siempre un pretexto, encontraban siempre un mañana; porque el sol, un sol implacable, se interponía perpetuamente entre las actividades económicas.

Un día atravesaba la Condesa de Merlín la plaza de Belén, cuando le sorprendió una especie de motín junto a la iglesia. La multitud se agolpaba a la entrada, pero no se decidía a penetrar dentro del templo. Una de las puertas estaba cerrada, la otra entreabierta, y por ella asomaba la cabeza un hombre que decía en voz alta y solemne: "Rogad por el criminal, hermanos míos". Indagó la Condesa el significado de todo aquello, y le informaron que un asesino se había escapado de los frenos de la justicia y se había refugiado en aquella iglesia que gozaba

del derecho de asilo, privilegio que solamente tenían dos templos de la Habana. Es decir, que ese fuero de asilo eclesiástico, tan típicamente medieval, se mantenía en la Habana casi a mediados del siglo XIX. Por lo demás, los asesinatos abundaban y se cometían a plena luz del día, generalmente respondiendo a móviles de venganza. En las estadísticas de criminalidad prevalecía el asesinato sobre el robo. El ladrón de caminos rara vez empezaba a serlo por elección; por lo general era empujado a esas actividades por crímenes.

Los campesinos, los guajiros, eran enamorados, celosos y pendencieros. Solían tener pendencias a la salida de los bailes o de las peleas de gallos. El guajiro que mataba a otro huía al interior del monte, hasta donde lo perseguían, poniéndole precio a su cabeza. Abandonado, temeroso, obligado a defenderse, se convertía en ladrón para sostener su existencia, y en asesino para conservarla. Pero esos bandoleros del campo cubano no perdían el carácter aventurero, caballeresco y generoso de sus indudables precursores: los bandoleros andaluces. Eran temibles, y sin embargo presentaban paradójicos rasgos de lealtad y de confianza. El ladrón de los campos, el bandolero que se decidía a ser amigo, no traicionaba nunca, y era valeroso hasta la temeridad.

Notó la Condesa de Merlín que a los cubanos y cubanas de aquella época gustábales preferentemente una posición: la de estar sentado. Las muchachas se sentaban junto a las ventanas, se recostaban voluptuosamente en los quitrines. Los hombres se sumergían en el fondo de las volantas. Hombres y mujeres de la clase media, lo mismo que los de la clase alta, poseían qitrín y disfrutaban de la molicie del mismo. Los primeros ahorros se empleaban siempre en la adquisición de un quitrín o de un piano.

En las reuniones de la aristocracia no usaban los hombres chaqueta ni gorra. Usaban ya desde entonces el frac, con corbata, chaleco y pantalones blancos.

Abundaban los halagos musicales y poéticos. Se cultivaba la música y el verso improvisado callejeramente. Destacaba la Condesa el entusiasmo melomaniaco de los negros y la especial capacidad de que estaban dotados para el cultivo del arte musical.

Mercedes de Santa Cruz penetró con seguridad en ciertos aspectos del carácter cubano que han tenido vigencia posteriormente. "La vista de los recuerdos, la fe de las reliquias faltan enteramente aquí. La pereza y la poesía de lo presente lo absorben todo, y si los habaneros se ocupan del porvenir, se ocupan de él solamente como de una dicha inmediata. Esta imprevisión se reproduce frecuentemente en la falta de

orden y de conservación de los caudales." Y ratificaba esas afirmaciones con el aporte de datos concretos. Era muy raro que el millonario guardara ni una mínima parte de sus rentas. Si era buena la cosecha, gastaba todo su producto al año siguiente. Si el azúcar no se vendía o se vendía a precios inferiores, el rico estaba apurado, pero seguía manteniendo el mismo boato. El lujo, el desorden y el vicio del juego hundían los patrimonios. Y es que el cubano de entonces, como el de ahora, padecía la torpe costumbre de no vivir sino en el tiempo presente. Con sensibilidad ardiente, con entendimiento vivo, era capaz de comprenderlo todo. Influenciado por los afectos que le rodeaban, estaba abierto a una generosa simpatía, y generosamente estaba dispuesto a dar su fortuna y hasta su vida por un cariño, por una amistad o por su patria; pero arrancado de esa influencia, la pereza y la negligencia enervaban su voluntad. Si la sangre, concentrada por el ardor de la atmósfera, huía de la superficie de su piel, y refugiándose en el fondo de sus venas le daba esa palidez innata y característica de los habitantes de los trópicos, del mismo modo su voluntad, delimitada por el olvido o por la indiferencia, no se volvía a despertar en él sino por la sacudida de grandes pasiones o de grandes necesidades.

Los campesinos se singularizaban por su carácter excéntrico. Eran aficionados al canto, dados a los placeres y a las aventuras. Tenían una pasión indomable por su independencia.

Los criollos rara vez aceptaban una ocupación dependiente, con excepción de la de maestro de ingenio. En el campo, los españoles eran mayoresales, mayordomos, o se dedicaban a ciertas ocupaciones asalariadas; pero el campesino cubano prefería vivir con poco con tal de vivir con independencia. Su comida era frugal: plátanos, boniatos, papas... En sus viviendas había la misma confusión y falta de higiene que en la de tiempos posteriores. La tierra no le exigía un cultivo esmerado, ni abono. Para recoger algunas cosechas al año le bastaba con algunos días de arado y esparcimiento de granos. Las campesinas eran delicadas y cuidaban no poco de su adorno. Estaban siempre vestidas de blanco y llevaban flores naturales en la cabeza. Las casadas tenían gran influencia sobre sus maridos, y sus "atenciones y buenas maneras podrían servir de modelo a nuestros elegantes...". La guajiras no correspondían a los requiebros amorosos sino tras muchas pruebas de constancia de los enamorados; y los guajiros no contraían matrimonio sino poseídos de amor desenfrenado. La facilidad de ganarse la vida con poco trabajo les permitía pasarla en gran parte entre el amor y el placer. La pereza, la voluptuosidad y el amor a la independencia dominaban el espíritu

de los campesinos a mediados del siglo XIX. Pasaban las mañanas en las vallas de gallos y las noches bailando o cantando al son de la guitarra junto al bohío de la amada. Si haciendo esto último llegaba por allí un rival podía producirse sin dificultad un duelo irregular a machetazos. Muy de mañana, al amanecer, armado el guajiro de su machete y de su espuela, apretaba el caballo para realizar su trabajo. Procuraba el lujo en sus arreos. Aunque amaba a una sola mujer, las cortejaba a todas. Su baile predilecto y casi único, el zapateo, ha llegado a nuestros tiempos con similares características. Cualidades psíquicas prevalecientes en él eran su memoria y su facilidad para improvisar versos.

Costumbres cubanas que llamaron poderosamente la atención de la Condesa de Merlín por lo genuinas fueron las funerarias. La pompa y ostentación de los entierros de las familias habaneras se apoderaron de su rutina. Para ella la memoria amnésica de los cubanos se reflejaba particularmente en su sentido de la muerte. Decía que no la comprendían, que no les inquietaba, y por eso la comentaban como un banquete o como un baile. Encontraba ella la causa de este sentido de la muerte en un clima de tanto lujo vital, donde la vida en su vigorosa energía absorbía todas las facultades y las sometía a un como renacimiento perpetuo de la Naturaleza. La atracción tan poderosa de la Naturaleza, la sumersión en todas las potencias de la vida, hacía que el cubano no tuviera ni tiempo para contemplar a la muerte cuando esta pasaba por su lado. Era por esas razones, no por el sentimiento debilitado por el interés, por las que se producía ese fenómeno, pues en Cuba entonces los hijos no tenían que esperar a la muerte de los padres para compartir sus bienes materiales. Estos se los iban entregando a medida que llegaban a la mayoría de edad. Este sentido alegre de la muerte se manifestaba en la ceremonia funeraria del velorio. La familia del fallecido quedaba recluída con su dolor en una habitación interna de la casa la noche antes del entierro. Mientras tanto, los amigos y vecinos formaban grupos en la sala. Se hablaba de temas muy distantes de la memoria del muerto. Se reía a carcajadas. Se jugaba a las prendas. Se comían confites. Se tomaba chocolate y se bebía vino moscatel. Esos velorios no acostumbraban a celebrarlos las clases aristocráticas, sino la clase media.

En volantas paseaban las habaneras de un extremo a otro de la entonces no muy extensa ciudad, desde las seis de la tarde hasta mediada la prima noche. A veces formaban tertulias en las casas. El movimiento de los abanicos, agitados cadenciosamente, la vestimenta de las señoras, su colocación en círculo, le recordaban a la Condesa de Merlín a la antigua España. Pero los grandes portones abiertos de par en par, las bu-

jías dentro de los fanales de cristal, los grupos de hombres hablando en los balcones o circulando en los corredores, los grandes faroles que iluminaban esos corredores, le pregonaban a Mercedes de Santa Cruz, Condesa de Merlín, que estaba viviendo en Cuba.

Al lento avance de la evolución social contribuía mucho el deplorable estado de la enseñanza primaria. En varios pueblos del interior de la Isla no pasaban del 8% o del 7% los niños de edad escolar que recibían instrucción.

Invitados los padres a los exámenes de los hijos en la instrucción primaria, no acudían a ellos. No había consideración ni repeto para el maestro público. Se le remuneraba muy escasamente. Los padres no secundaban los esfuerzos de los profesores en la educación de sus hijos. Maestros muy distinguidos deploraban una y otra vez esa indiferencia de los padres hacia la educación de sus hijos. El resto del ambiente, típicamente factoril, era todavía más indiferente, si cabe para el adelanto educativo e intelectual de las nuevas generaciones. Por todo ello, el tesón y el espíritu de lucha de los maestros les ganaba la admiración de los propios y extraños capaces de apreciar el mérito de sus esfuerzos.

Pese a la educación esmerada que se impartía a los jóvenes en no pocos colegios privados, muchos padres pudientes mandaban a educar sus hijos a centros docentes de Francia y de los Estados Unidos.

Pese a tantas adversidades, el país iba tomando el camino de la civilización, sobre todo su Capital. Extranjeros que llegaban a esta última no echaban de menos en ella nada de lo que caracterizaba a una población civilizada, particularmente en cuanto a lugares de expansión y recreo. Alguno de esos viajeros se atrevía a afirmar, a mediados del siglo, que el teatro Tacón era probablemente el mejor de América. La importancia de sus espectáculos públicos hacían famosa a la Habana. Las mejores compañías de ópera italiana se presentaban en los escenarios habaneros. En ese extremo nada tenía que envidiarle la capital de la Isla a Nueva York, Londres, París y Madrid. En la Habana de entonces se oían notabilidades como la Tedesco, la Bossio, la Alboni, la Lagrange, la Fezzoli, la Garraniga, la Cortessi, la Lotti y la Cruz Gasier; contraltos como la Philips; tenores como Salvi, Brignoli, Musiani y Pancani; barítonos como Benenvetano, Gasier y Ronconi; bajos como Marini. Otras veces se presentaban al público cubano de la época excelentes compañías de zarzuela española. Circos que gozaban de fama en Europa y en los Estados Unidos presentaban también sus variados números en la Habana y en algunas importantes poblaciones del interior de la Isla.

Signos de la cultura de la época eran varias sociedades artísticas, entre las que descollaba el Liceo de la Habana, especialmente por sus secciones de declamación y canto.

La Universidad de la Habana iba ganando crédito como centro difusor de cultura; pero ya desde entonces algunos investigadores y estudiosos le cargaban en la cuenta de su déficit el fenómeno de su poco rigor selectivo y de no marchar a compás con las necesidades sociales, aumentando con exceso el número de profesionales, sobre todo en las carreras de Derecho y Medicina. A uno de esos investigadores y estudiosos de la época pertenece este juicio: "No pequeña porción del descontento sordo, cuya presencia me veo obligado a reconocer, acusa este origen, viniendo a ser por su turno efecto y causa, merced a la cantidad de abogados sin pleitos y de doctores sin pacientes que procede de esa concentración de ambiciones sobre el número más reducido de carreras".

CAPÍTULO III

SITUACION JURIDICA INTERNA DE LA ESCLAVITUD

LA situación jurídica interna de la esclavitud se abre en este período con una real orden de 2 de noviembre de 1838 en la que la Reina Gobernadora trataba de excitar el celo de las autoridades insulares para que persiguiesen el contrabando de esclavos.

Por otra parte, los esclavistas no estaban muy conformes con las funciones de los síndicos. Estos habían venido a ser unos parásitos burocráticos, que amparados en sus grandes atribuciones se beneficiaban ampliamente de los amos de esclavos por la puerta accesible del cohecho. Aparentando defender el mejoramiento de los esclavos, estos síndicos penetraban más cada día en las atribuciones y derechos de los amos. La Real Audiencia Pretorial estimó necesario poner coto a ese nuevo e irritante *modus vivendi* que venía a ser una trituradora más en la maquinaria infernal de la esclavitud; y en un expediente sobre derechos devengados por un síndico de la Habana se dictó un auto (24 de octubre de 1840) regulando el procedimiento que debían seguir los síndicos y los jueces en las cuestiones y querellas de los esclavos contra los amos. Los síndicos, además de promovedores de esos procedimientos y de defensores de los derechos de los esclavos, ejercían funciones de amigables componedores, y por ese auto se les restringieron las atribuciones que por una práctica abusiva se habían arrogado, suprimiéndoseles además los derechos fiscales que devengaban, fuente inextinguible de exacciones injustas y abusivas.

Pero esas eran medidas parciales que no resolvían el problema central de regular el trabajo, la alimentación, la educación, el régimen de vida, en fin, de los esclavos en las plantaciones. Esa ausencia trató de subsanarse con la presencia de una legislación sistemática en 1842. Esta fecha marca el inicio de una nueva etapa en la historia de la esclavitud entre nosotros. Hasta entonces, en la confusión, en el caos, todos habían sido privilegiados para el amo y deberes ominosos para el esclavo. Fernando Ortiz ha hecho notar el caso curioso de la sistematización de la esclavitud en Cuba coincidiendo con las dificultades de la

trata por la política internacional de Inglaterra y con el robustecimiento de una conciencia abolicionista en la sociedad cubana.

El capitán general Gerónimo Valdés dictó un Bando de Gobernación y Policía de la Isla de Cuba (14 de noviembre de 1842), implantado el 1º de enero de 1843, en el que figuraban como anexos un Reglamento de Esclavos y unas Instrucciones de Pedáneos. Es ahí donde se enfrenta la sistematización de la esclavitud. En el Bando no hay ningún precepto sobre la condición civil del esclavo. Sí hay artículos acerca de su religión, sus diversiones y su ordenamiento policíaco. En el articulado del Reglamento de Esclavos se regulaban los más variados aspectos. En primer término, la enseñanza religiosa. Los amos tenían que instruir a sus esclavos en los principios de la Religión católica, enseñanza que debía verificarse por la noche, después de terminar el trabajo, y después debían hacer ciertos rezos. El reposo dominical del esclavo quedaba, en realidad, arbitrariamente, al capricho del amo. El artículo 5 del Reglamento era toda una definición de conducta de los esclavos, dirigida por los amos: "Pondrán el mayor esmero y diligencia posible en hacerles comprender la obediencia que deben a las autoridades constituídas, la obligación de reverenciar a los sacerdotes, de respetar a las personas blancas, de comportarse bien con las gentes de color, y de vivir en buena armonía con sus compañeros". Después trataba el Reglamento de la alimentación y vestido de los esclavos, de la crianza de los esclavitos, de ciertos preceptos preventivos de orden público, de las diversiones lícitas de los esclavos, de las habitaciones, de las enfermerías. Los preceptos referentes al matrimonio y a la familia tendían a humanizar la esclavitud. Así se procuraba facilitar el matrimonio y reprimir las uniones ilícitas, para lo cual los dueños no podrían impedir el matrimonio de sus esclavos con los de otros dueños.

Para lograr esa reunión, y que los cónyuges cumplieran el fin del matrimonio, seguiría la mujer al marido, comprándola el dueño de éste por el precio en que se conviniera con el de aquélla, y si no en justa tasación por peritos de ambas partes o de un tercero en caso de discordia; y si el amo del marido no se allanara a hacer la compra, tendría acción el amo de la mujer para comprar al marido. En el caso que ni uno ni otro dueño estuvieren en disposición de hacer la compra, se vendería el matrimonio esclavo reunido a un tercero. Cuando el amo del marido comprara a la mujer tendría también que comprar con ella a sus hijos menores de tres años. Se establecía también en ese Reglamento la venta forzosa en casos de sevicia. Los amos podrían ser obligados por las justicias a vender sus esclavos cuando les causaran vejaciones, les

dieran mal trato o cometieran con ellos otros excesos contrarios a la humanidad y a la razón. En estos casos la venta se haría por el precio de tasación de los peritos de ambas partes, o por la justicia en el caso de que algunos de ellos se negare a nombrar perito. El artículo 38 del Reglamento de Esclavos contenía un precepto muy significativo en relación con la época: "Ganará la libertad y además un premio de quinientos pesos el esclavo que descubra cualquiera conspiración tramada por otro de su clase o por personas libres para trastornar el orden público".

Muy poco duró la vigencia del Reglamento de Esclavos, pues no habían decursado dos años desde su promulgación, cuando sus principales preceptos fueron derogados, para levantar de nuevo sobre ellos la plena postestad arbitraria del amo sobre el esclavo.

La conspiración de los negros en 1844 y la causa de La Escalera produjeron consecuencias muy variadas. Pueden clasificarse en dos grandes grupos: unas de orden público y otras de política racial.

En vista de la resonancia universal que tuvieron aquellos acontecimientos, Inglaterra insistió, apremiantemente, en el cumplimiento de los tratados. Y España no tuvo otra salida que cambiar su política internacional y local. A partir de esa fecha (1844) vemos cómo se ramifica y prolifera la legislación en todo lo relacionado con la esclavitud. La Capitanía General, respondiendo a proposiciones de la Junta de Fomento, dictó dos providencias de policía esclavitoria en 31 de mayo de 1844. Una de esas providencias debía implantarse dentro de las haciendas, encargada a los dueños, que a su vez harían responsables del cumplimiento de la misma a sus administradores y mayoresales. En virtud de esa primera providencia los dueños de esclavos destinados a la agricultura cuidarían de que a los esclavos de su propiedad se les diera por el administrador, mayoral o mayordomo de cada finca instrucción en los principales ministerios de la religión católica; y esos mismos dueños debían cuidar de que los esclavos cumplieran oportunamente los preceptos de la religión católica y de que les fueran administrados por los párrocos los sacramentos de esa religión. "*Dichos amos, usando en toda su plenitud de la autoridad dominica que les conceden las leyes sobre sus siervos, como el único medio de mantenerlos en subordinación*", dispondrían que por cualquiera de sus empleados se les diera alimento, ropa y asistencia en las enfermedades, dejando todo eso al prudente arbitrio de los empleados, quienes también lo tendrían, ante la comisión de delitos, por ellos libremente apreciada, para castigar a los esclavos con azotes o prisiones en el número y por el tiempo que el

empleado o encargado considerara conforme con las instrucciones que para cada caso hubiera recibido del amo, sin más limitaciones que la de que en ningún caso aplicaría el empleado por su propia mano ese castigo de azotes, y que al disponerlo se inclinara más bien a la moderación que al exceso.

Otra de esas disposiciones de 31 de mayo de 1844 ordenaba a los amos que previnieran a administradores, mayores o mayordomos para que bajo la más estrecha responsabilidad de los empleados de las fincas se vigilara la conducta de las personas libres de color que se estimara conveniente y necesario admitir en esas fincas. Fuera cierta o falsa la participación de negros y mulatos libres en la conspiración de 1844, o fuérole en menos grado e importancia que lo que las autoridades españolas supusieron, es evidente que los hombres de la raza de color que habían logrado la libertad poseían mucha más cultura y capacidad que las de su co-raciales esclavos, y por lo tanto aunque no los hubieren lanzado a la rebeldía anteriormente, algunos de ellos podrían continuar identificados con las penas de los que seguían gimiendo en la esclavitud, y por eso se dictaba ese precepto ordenando una especial vigilancia sobre esos hombres de color libres, para evitar contactos que determinaran actividades insurreccionales.

Otra medida de la misma fecha que las que anteriormente hemos descrito disponía que fueran precisamente blancos los carreteros, arrieros, mandaderos y demás proletarios que tuvieran que realizar diligencias fuera de los linderos de las fincas. Como se vé, con ello se trataba de evitar que los esclavos, saliendo de ingenios y estancias, se pusieran en relación con quienes pudieran excitarlos a la rebeldía.

Y, por último, entre esas providencias policíacas para ser cumplidas dentro de las haciendas, debemos destacar aquella otra en virtud de la cual en cada finca, por grande que fuere, tendría que hacer un número de empleados blancos correspondiente al 5% de su dotación de color. Ya se dudaba de la vigilancia y fiscalización que unos esclavos pudieran realizar sobre los demás. Ya no se quería establecer jerarquías en la organización económica del trabajo en los ingenios. Estos empleados vendrían a ser los superiores jerárquicos de las dotaciones de color. Además, en ese precepto asoma ya el estímulo a una nueva política racial de que luego habremos de ocuparnos.

La otra serie de medidas dictadas en la misma fecha a que ya hemos hecho repetida mención con anterioridad (31 de mayo de 1844) encargaba su aplicación a las autoridades locales. Estas quedaban encargadas de recoger los negros emancipados existentes en la Isla tan pronto

como empezaran a disfrutar de su libertad por haber terminado su instrucción civil y religiosa, para sacarlos fuera de Cuba en el modo y forma que resolviera la Corona.

Las autoridades locales averiguarían los hombres de color libres que existieran en el territorio de su jurisdicción respectiva que no tuvieran oficio, propiedad o modo de vivir conocido para que fueran juzgados por el tribunal privativo de vagos. En un plazo corto serían expulsados los hombres de color libres que procedieran de otros países.

Se cumpliría puntual y rigurosamente la prohibición que existía de permitir el desembarco de ningún hombre de color libre o esclavo. Esta medida implicaba cierto respeto a las nuevas y constantes exigencias de la diplomacia británica, y se adelantaba a otras provenientes de España que luego examinaremos.

Las autoridades locales vigilarían la conducta de los arrendatarios de color que vivían en los campos. Se observaría exactamente la prohibición de reuniones de individuos de color sin autorización de la respectiva autoridad local, castigándose severamente cualquiera falta que cometieran contra los blancos.

Se prohibía expresa y absolutamente que se emplearan en las boticas hombres de color ni aun para verificar los preparados más simples. Esta discriminación tan taxativa nos parece muy imbuída del espíritu negrófobo imperante en la época, por parte de las autoridades, pues no recordamos haber leído que en ninguna de las conspiraciones y sublevaciones de hombres de color hubiera alguno que, trabajando en una farmacia, envenenase a ningún blanco. Esa medida gubernativa, muy propia de los delirios imaginativos de aquellos tiempos de miedo y terror, era previsoramente con exceso...

Se excitaría a los propietarios de fincas para que se reuniesen los más cercanos y procuraran costear eclesiásticos de virtud conocida con el fin de que instruyeran a los esclavos de sus respectivas dotaciones en los preceptos de la Religión católica y en los que se consideraban deberes de moralidad, obediencia y sumisión "que las leyes y la sociedad les imponen y deben guardar".

El 2 de marzo de 1845 Isabel II sancionó y Francisco Martínez de La Rosa, como Ministro de Estado, refrendó la Ley de Represión del Tráfico de Negros. Después de esa ley puede afirmarse que la trata clandestina desapareció completamente. Y es que la ley contenía penas muy severas para todos los que tomaran parte en el que llamaba reiteradamente "ilícito comercio de esclavos", así como también señalaba procedimientos de muy difícil evasión. Caían dentro de sus sanciones

los capitanes, sobrecargos, pilotos y contra maestres de los buques apresados con negros bozales a bordo procedentes de Africa, que fueren detenidos por los cruceros autorizados para ejercer el derecho de registro.

Establecía la ley varias penas de presidio según el grado de resistencia que ofrecieren esas autoridades marítimas. No se escapaban tampoco de penas de presidio según el grado de resistencia que ofrecieren esas autoridades marítimas. No se escapaban tampoco de penas de presidio ni los marineros ni el resto del equipaje del barco apresado, oscilando también el número de años según el grado de resistencia.

La ley castigaba, además, a los capitanes, pilotos, sobrecargos y contra maestres, aunque no tuvieran negros dentro de sus barcos respectivos, por el solo hecho de ser apresado el buque cuando se encontraba anclado en las costas del continente africano o a menos de tres millas de distancia de las mismas si se demostrara que estaba tratando de comprar esclavos. E iba más lejos la ley: había penas de presidio aún para los responsables de los barcos que fueran apresados en alta mar con rumbo hacia Africa, y aún para los buques detenidos en el puerto de partida. La ley, sin embargo, era injusta, puesto que castigaba con inferior penalidad a los más responsables: los propietarios de buques, los armadores, los dueños de los cargamentos de esclavos y los que costeaban las expediciones sólo eran condenados a penas de destierro y a multas; aunque también es verdad que se les decomisaba el buque y todos los efectos hallados a bordo. Por cierto, que el buque tenía que ser hecho pedazos y venderse por trozos separados, todo ello con arreglo a lo dispuesto en el tratado de 1835.

En cuanto al procedimiento, se confiaba con bastante amplitud y comprensión a las autoridades superiores, a los tribunales, a los jueces ordinarios y fiscales de S.M., ya de oficio, ora a instancia de parte; pero en ningún caso ni tiempo podría procederse, ni inquietar en su posesión, a los propietarios de esclavos con el pretexto de la procedencia de los mismos. En otras palabras: la ley no tenía efecto retroactivo, y aunque represiva de la trata, quería mantener indemne la esclavitud.

La ley remitía a la legislación penal ordinaria los casos de complicidad, connivencia, soborno o cohecho de las autoridades y empleados residentes en los lugares en que se verificaran desembarcos de negros bozales de Africa. Cuando del juicio no resultare más que negligencia, omisión o falta leve, esas autoridades o empleados serían relevados. Si la culpa fuese grave tendrían pena de suspensión de empleo en distintos grados según los casos. Y la ley llevaba sus penalidades hasta el escri-

bano que autorizara alguna escritura u otro documento en contravención de la misma. Y, por último, derogaba todo fuero en las causas que se siguieran sobre estos delitos.

A partir de esa ley, los gobernantes españoles cumplieron mejor que antes sus obligaciones internacionales. Sin embargo, no dejaron de presentarse casos —si bien ya menos frecuentes, si bien mucho más aislados— de incumplimiento de las leyes y tratados. Así, el Ministerio de Estado creyó necesario explicarle a la Capitanía General de Cuba (R. O. de 27 de octubre de 1848) la inteligencia de los tratados de 1817 y 1835 sobre abolición de la trata. Había mediado anteriormente correspondencia entre el Capitán General de la Isla y el Cónsul inglés con motivo de la aprehensión de 130 negros bozales verificada en la bahía de Cabañas. No aparece muy claro este punto en cuanto a la situación de esos negros bozales. Pero el Ministerio de Estado se asió fuertemente a la clásica arrogancia española, recordando que el gobierno español había prohibido ya el tráfico de esclavos con las costas de Africa, y que esa prohibición, una vez consignada en las leyes de España, constituía un principio legal sobre el que sólo la jurisdicción española tenía derecho de intervenir y que así como constituiría una violación flagrante de la independencia jurisdiccional de España el que un poder extranjero se convirtiese en denunciador de los delitos que fuesen declarados como tales por las leyes de España, aunque esa ingerencia se quisiese justificar pretextando que el delito era grave y que estaba condenado por las leyes de todos los países civilizados, de la misma manera lo era el que los empleados ingleses en Cuba se entrometieran a denunciar los delitos que se cometían contra las leyes que prohibían la trata, y mucho más que se dedicaran a perseguir los delincuentes de ese tipo. El Ministerio de Estado no olvidaba la especialidad de esa clase de delitos por las también especiales relaciones entre España e Inglaterra para su persecución; pero esa condición en nada debía perjudicar los principios generales del derecho, ni lastimar la independencia ni la dignidad de España. El gobierno español ratificaba por medio del Ministerio de Estado su firme propósito de prohibir en sus dominios el tráfico esclavista; pero recordaba los límites precisos de los tribunales mixtos de presas. Todo lo que no fuera puramente fallar sobre aprehensiones de buques negreros hechas por barcos de guerra de las dos naciones, constituía un abuso, porque no estaba consignado en el espíritu ni en la letra de los tratados de 1817 y 1835, que se limitaban exclusivamente a señalar el derecho de visita, la forma en que había de verificarse y la manera en que se debían sentenciar las presas. Basado en esos principios recordaba el

Ministerio de Estado que el gobierno español había sostenido en 1845 una empeñada discusión diplomática con los gabinetes británicos para acabar con la práctica abusiva, iniciada durante los trastornos de la guerra civil de España de aquella época, en virtud de la cual se convertían los jueces ingleses en un tribunal de policía de negros, y pesquisaban y denunciaban hechos que a su arbitrio calificaban de infracción de los tratados. El gobierno inglés, por entonces, accediendo a lo que le pedía el español, previno a sus jueces del tribunal mixto que en lo sucesivo se abstuviesen de hacer denuncias y de participar en cuestiones que no fuesen propias de sus facultades. Y el gobierno español accedió a que el Cónsul inglés pudiese comunicar al Capitán General de Cuba cualquiera violación de los tratados de que tuviese noticia. Pero ahora el gobierno español recibía la noticia de Cuba de que en esta isla había unos agentes cuya denominación y funciones no reconocían los tratados, unos *comisarios británicos*, que eran denunciadores y fiscales de las autoridades españolas por conducto de su cónsul, y que según el Ministerio de Estado español no estaban ni en el espíritu ni en la letra de las varias estipulaciones entre una y otra nación. El Ministerio de Estado insistía en que el gobierno español había admitido la cooperación del británico para perseguir el tráfico esclavista que hicieran los súbditos españoles fuera del territorio hispánico y en mares comunes, pero que no había admitido esa intervención dentro de las partes integrantes del territorio nacional, en las cuales estimaba suficiente el desenvolvimiento de sus autoridades como si se tratara de cualquier otro delito. Y, finalizando, decía el Ministerio de Estado que al Cónsul inglés se le había concedido por el convenio de 1845 la facultad de poner en conocimiento del Capitán general cualquier hecho contrario a los tratados, pero que no podía sostener discusiones con la primera autoridad de Cuba ni mucho menos indicarle el giro que debía dar a los procedimientos judiciales.

Como se ve, paralelamente con la Ley de Represión de la Trata de 1845, España negoció con Inglaterra nuevas estipulaciones concordantes con los tratados de 1817 y 1835.

Otra consecuencia reactiva, represiva y previsor de los acontecimientos de 1844 fué el Reglamento de Cimarrones, reformado por la Junta de Fomento, y que constituyó parte del Bando de Gobierno y Policía de la Habana promulgado el 1º de enero de 1846. Ese reglamento en su artículo 1º definía los cimarrones simples en esta forma: "Se considera cimarrón en las poblaciones el esclavo que pernocte fuera de su casa sin licencia de su amo, y en los campos el que se encuentra

sin licencia a una legua del lindero de la finca a que corresponde". Ese reglamento estimulaba la búsqueda y aprehensión de los cimarrones mediante el pago a los que las verificaban de un llamado "derecho de captura" que oscilaba en su precio según los esfuerzos que hubiera tenido que realizar el perseguidor y aprehensor. Ese derecho de captura, minuciosamente regulado y amparado por el reglamento, debían abonarlo los amos, y en su ausencia los administradores, mayores o mayoresdomos.

Había ciertos preceptos en ese reglamento que indicaban una tendencia a la humanización de la esclavitud, quien sabe si no tan espontánea y generosa como derivada de la situación misma en que se encontraba esa institución después de la ley represiva del tráfico de 2 de marzo de 1845. Es evidente que a partir de esa ley se hacía ya muy difícil el tráfico clandestino de esclavos, y que ya la institución de la esclavitud casi no podía mantenerse sino por la reproducción de las uniones sexuales. Por lo tanto, los esclavos valían más que antes, valían más que nunca, y era preciso cuidarlos. Por eso, el artículo 10º de ese reglamento disponía que las justicias territoriales sólo podrían detener a los cimarrones los días precisos para que se restablecieran cuando en el momento de aprehenderlos hubieran sido heridos o se encontraran tan enfermos que no pudieran hacer el camino sin riesgo de la vida; y en ambos casos las justicias territoriales tendrían que avisarlo a la finca correspondiente. El artículo 11º añadía que en cualquiera de esos casos del precepto citado anteriormente el esclavo sería reconocido y asistido por el sub-delegado de medicina residente en el partido o el facultativo que viviera más cerca hasta que hubiera sanado. Los cimarrones que padecieran de enfermedad leve serían llevados a su destino en cabalgadura. El reglamento multaba o encarcelaba, según los casos, a los que indebidamente se apoderaran de esclavos que no eran cimarrones, quitándoles la licencia, o a los conductores de cimarrones que los dejaran escapar.

El derecho absoluto de los amos sobre sus esclavos, aún en la condición de cimarrones, se respetaba tanto que el artículo 32º de ese reglamento establecía que nadie, ni autoridad ni particular, podría ocupar el cimarrón en su servicio privado, y el que tal hiciese sería responsable del pago de los jornales, además de tener que abonar una multa. Y los amos podían reclamar el cumplimiento de ese precepto ante cualquier tribunal.

La parte segunda de ese reglamento se destinaba a los cimarrones apalencados, que definía de esta manera: "Se consideran apalencados

seis o más cimarrones que se encuentren reunidos". Las justicias territoriales quedaban obligadas a participar inmediatamente al gobierno superior civil de los palenques de que tuviesen noticia en sus jurisdicciones, que procedería "sin demora, con servicio preferente, a destruirlos, empleando la fuerza armada que fuere necesaria". "En el momento de atacar un palenque —añadía inmediatamente el reglamento— no se perdonará medio alguno para reducirlos y escarmentarlos; pero cuando ya están rendidos y desarmados los esclavos no será permitido maltratarlos."

Existía un precepto en el Reglamento, el número 45º, que tendía evidentemente a aislar las sublevaciones de esclavos: "Los apalencados aprehendidos serán devueltos a sus amos, excepto aquellos que por ser cabecillas de importancia juzgue la Junta (la de Fomento) que es peligroso que vuelvan al partido de que desertaron; lo que hará presente al Gobierno para que determine el lugar a que deben ser confinados".

La tendencia a humanizar la esclavitud la impulsaron los tribunales de justicia; y la Audiencia Pretorial dictó un auto (19 de junio de 1848) propendiendo a fijar reglas propias para dar unidad y energía a la defensa de esclavos que estaba cometida a los síndicos. En ese auto se establecía que para lo sucesivo los síndicos procuradores generales de los Ayuntamientos del distrito que hubieran tomado en primera instancia la defensa de un esclavo, tanto en lo criminal como en lo civil, se consideraran sus legítimos representantes para seguir gestionando la prosecución de las segundas o terceras instancias, sin que tuvieran necesidad de otorgar poder en forma a favor del procurador de esa superioridad, bastando con que designaran apud-acta al que hubiera de encabezar sus escritos, previa exhibición que se les haría en los juzgados inferiores de la lista de los procuradores de la Audiencia antes de elevarse los autos; y en el caso de no aceptar voluntariamente el mandato el procurador que así fuera nombrado, se encargaría el asunto al que le tocara por turno con el abogado que también le correspondiera. Además, cuando el cargo de Síndico de la Habana se encontrara desempeñado, como era frecuente, por letrado, este mismo sería quien en tal concepto formularía las alegaciones y concurriría a los estrados.

En 112,736 había descendido el número de esclavos en el censo de 1846 en relación con el de 1841. Esta disminución en la población esclava hay que anotársela principalmente a dos causas: a los asesinatos clandestinos perpetrados durante la causa de La Escalera y a la Ley de Represión de la Trata de 2 de marzo de 1845.

CAPÍTULO IV

FOMENTO DE LA POBLACION BLANCA. OTROS FACTORES ETNICOS

REPRIMIDA la Trata, empezaron a oírse clamores de los hacendados, desde todas partes de la Isla, en demanda de brazos para la industria azucarera. Pero, ¿dónde buscarlos?

La Sociedad Económica de Amigos del país tenía establecida desde hacía algún tiempo una Comisión de Población Blanca. Desde la época del gobierno del capitán general Vives, y a petición del mismo, el señor José Hipólito Odoard Grand Pré había presentado un informe (23 de noviembre de 1826) sobre el fomento de la población blanca en Cuba y especialmente en Isla de Pinos, informe en que se abogaba por la preferencia a los españoles, y a falta de los mismos, a los europeos católicos de potencias amigas. En tiempos posteriores, ya dentro de la época que estamos analizando, se presentaron trabajos con propósitos parecidos en una junta general de la Sociedad Económica (14 de diciembre de 1841), llamando la atención el de un *amigo del país*, de la diputación de Puerto Príncipe, Miguel Estorch. Había hacendados catalanes que estaban poniendo en práctica esas teorías de fomento de la población blanca. La Sociedad Económica solicitaba del Gobierno que se declararan libres de todo derecho de exportación por cierto número de años a los azúcares elaborados por brazos blancos. La Real Junta de Fomento pedía también al Gobierno que se estimulara la elaboración del azúcar y del café por brazos libres. José María Deu escribía una memoria titulada *Ingenios sin esclavos*, en la que proponía la fundación de una sociedad de agricultura en que, al mismo tiempo que se mejoraran los cultivos, se proporcionarán medios de aumentar la población blanca. En los certámenes que anualmente convocaba la Sociedad Económica, se presentaban con frecuencia, por esta época, trabajos sobre inmigración blanca. La memoria de Estorch, a que antes hicimos referencia, fué uno de los trabajos presentados en esos concursos, y por la misma mereció su autor el título de socio de mérito. Después (junta del 7 de agosto de 1843)

presentaron un informe a la misma Sociedad Económica su Presidente Tomás Romay y Laureano José Miranda, en el que abogaba porque todos los esfuerzos de la Corporación se concentraran en el propósito de conseguir el aumento de la población blanca. Ellos proponían, entre otros medios, que se reuniera un número considerable de hacendados, animados de espíritu patriótico y convencidos íntimamente de la necesidad del fomento de la población blanca, que se obligasen por escrito a recibir algunos trabajadores blancos, pagando el costo del pasaje de los mismos al precio moderado que se estipulase, y colocándolos en sus fincas, donde debían trabajar por cierto tiempo bajo las condiciones y retribución que ellos acordaran. Decían los autores de ese informe que muchos agricultores, horticultores y jardineros de España, Irlanda y otros países extranjeros no esperaban más que una invitación decidida y las garantías de un porvenir útil para trasladarse a Cuba, hacer que adelantase la agricultura y poblar los campos de la Isla. En el expediente que sobre esos particulares estaba formando la Sociedad Económica se encontraba también una Memoria del Sr. Lucas Ariza, en la que se pedía el aumento de la población blanca mediante un plan de adelanto de la horticultura y jardinería, impulsando la abundancia de frutos y las mejoras en los que produce Cuba y aclimatando ciertas plantas exóticas.

Pero a pesar de todo ello, de las risueñas y optimistas esperanzas que tenían puestas en esa inmigración blanca los ideólogos y teorizantes, los inmigrantes blancos no llegaban a Cuba. Y es que en la realidad se oponían a esa inmigración factores de muy diversa índole. Unos provenían de los que debían inmigrar; otros de los que tenían que favorecer la inmigración. El trabajador blanco de Europa, adaptado a su ambiente climático y telúrico, arraigado a su tierra, no iba a dejar aquél y ésta para venir a un país de clima distinto, sobre cuyos infernales calores se contaban anécdotas y hasta leyendas en la Europa de entonces, y donde, además, epidemias terribles como la fiebre amarilla, el vómito negro, devastaban poblaciones enteras. Por otra parte, aquellos trabajadores blancos, acostumbrados a ganar en Europa salarios muy superiores a los que podían pagarles quienes estaban acostumbrados a la compra de esclavos de por vida, no iban a verificar un cambio en su economía doméstica que *a priori* se les presentaba como desfavorable; mientras, por otra parte, por muy duras que fueran las condiciones de trabajo en sus respectivos países del viejo continente, siempre era muy superior el trato que recibían de sus patronos de aquel otro que estaban acostumbrados a tener los amos de la economía cubana. Y éstos, por

otro lado, tenían incrustada en la mente la idea de que sólo el negro africano era el que resistía los rigores del clima tropical.

Por eso es que, aunque como vamos a ver en seguida, las autoridades locales y peninsulares dieron favorable acogida a todas esas iniciativas para fomentar la población blanca, la misma fracasó por completo. Una real orden (29 de julio de 1844), enviada por la gobernación de Ultramar, concedía a la Junta de Fomento de la Habana un nuevo impuesto para la colonización. Era un impuesto de capitación de un peso por cada negro empleado en el servicio doméstico, de un peso y diez reales por el que tuviera dos, y así sucesivamente. Ese tributo debía limitarse el servicio doméstico en las poblaciones, y de ningún modo podía pasar a las haciendas del campo. Sin embargo, tuvo repercusiones insospechadas, porque los dueños de ingenios, temiendo que se lo aplicaran en el andar del tiempo, ocultaban gran cantidad de esclavos a los enumeradores de los censos; y esa fué una causa ficticia de disminución de la población en las estadísticas posteriores, y, por ende, de falsedad en las mismas. Y es porque se habían dictado providencias complementarias (31 de octubre de 1844) disponiendo que se reunieran las noticias de los esclavos del servicio doméstico para la formación de un censo que orientara a los encargados de cobrar el impuesto por semestres a partir del año 1845, con cuyo fin se celebrarían también remates en cada pueblo. Una real orden posterior (8 de febrero de 1845) fué circulada por el Ministerio de Estado a los agentes diplomáticos y consulares del gobierno español en el extranjero, respondiendo a una solicitud del Comisionado de colonización en Cuba, Domingo de Goicuría. Por esa real orden debían ponerse de acuerdo tales agentes diplomáticos y consulares con Goicuría para proteger su proyecto de transportar a los hombres blancos que quisieran incorporarse al sistema de colonización de esa raza que se iba a implantar en la isla de Cuba, concediendo el pasaporte necesario a los soldados o artesanos que lo pidieran con ese propósito, con excepción de aquellos que por sus antecedentes penales, o su conducta viciosa, o por su exageración de principios políticos pudieran perjudicar la tranquilidad de la Isla.

Domingo de Goicuría, vocal de la Junta de Fomento, expresamente comisionado para desarrollar ese sistema de colonización blanca, estableció las siguientes condiciones iniciales de su plan en una escritura de 5 de noviembre de 1844: 1. Traer a la Habana, dentro de un año, quinientos colonos agricultores de las provincias de España, de 18 a 40 años de edad, sanos, robustos, de buena vida y costumbres, conocedores de su oficio, acreditado todo ello por certificados de sus respec-

tivos alcaldes. 2. Traer también sus familias, con tal de que no excedieran de cien personas más que sumar a las quinientas anteriores. 3. Traer los colonos artesanos que conviniera de las mismas provincias. 4. Por su transporte, la Junta de Fomento abonaría cuarenta y cinco pesos a cada colono agricultor o artesano, y por sus mujeres, padres, hermanos e hijos, de 12 hasta 40 años; pagarían por los menores de 12 hasta 2 años veinte y dos pesos, y viajarían gratis los menores de 2. La Junta de Fomento se comprometía a proporcionar gratis un cómodo alojamiento y alimento sano y abundante a los colonos durante el primer mes de su estancia en Cuba, mientras una comisión del seno de la misma Junta les diligenciaba colocaciones en la ciudad o en el campo, con entera libertad; y si durante el mes ellos no encontraban colocación satisfactoria, la Junta de Fomento los emplearía en su propio trabajo pagándoles la comida y una gratificación mensual de cuatro pesos. A los tres años es cuando la Junta les vendría a exigir la mitad del pasaje y habilitación que hubiesen satisfecho por ellos a su llegada, pero no les cobraría la otra mitad. En reciprocidad, los colonos contraían la obligación de permanecer en Cuba durante tres años por lo menos, inscribiéndose en un registro para asegurar el cumplimiento de ese requisito. Se les prepararía una casa de salud para curarles gratis, sobre todo si eran atacados por el vómito negro. Se les pensaba dedicar preferentemente al cultivo y extensión de las vegas de tabaco, a las labores de pequeños cafetales y estancias, a la parte industrial del azúcar, que ya por entonces se pensaba en separar de la agrícola, al cultivo intensivo de pequeños lotes de terrenos cañeros, a la ocupación de las plazas de administradores, mayoresales, mayordomos y dependientes de las haciendas, y a los oficios de artesanos por entonces ocupados casi exclusivamente por los hombres de color libres.

Hacia 1847 volvemos a ver que se habla del proyecto de Domingo Goicouría como presentado a la Real Junta de Fomento y circulado entre varias corporaciones. Parece que la Real Junta de Fomento no le fué favorable en esa época. Tampoco le fué propicio el Ayuntamiento de la Habana, que en una sesión (14 de julio de 1847) aprobó un informe de su comisario y síndico, el distinguido jurisconsulto José Antonio Cintra. En ese informe afirmaba Cintra que ni el proyecto del Sr. Goicouría, ni la contrata que en años anteriores había celebrado con la Real Junta de Fomento para la inmigración de colonos peninsulares, ni ninguna medida que se utilizara para traer colonos o pobladores, sería suficiente por sí sólo para aumentar la población con la rapidez y con la intensidad que se deseaba. En varios razonamientos fundaba Cintra su

pesimismo. Aún suponiendo, decía él, que vinieran dos mil colonos al año, y que a los diez años hubiera veinte mil, eso no significaba nada, eso no estaba en proporción con los millares de pesos y los muchos sacrificios que se habrían tenido que realizar. Los razonamientos económicos que le servían a Cintra de base para su pesimismo no estaban exentos de importancia. Los hombres —decía él— siguen las leyes generales de la Naturaleza. Porque sean racionales no están dispensados de las leyes y necesidades físicas. Los hombres se aumentan —en su concepto— cuando se aumentan los medios de subsistencia, y se disminuyen cuando escasean estos medios. Hay más hombres donde con más facilidad y comodidad puedan subsistir. Cintra busca un símil en el mundo vegetal. En los terrenos feraces —recordaba— se forman tupidos bosques con árboles vigorosos y gigantescos, sin que nadie los cuide ni, a veces, los siembre; mientras que en tierras estériles la mejor industria y el más esmerado trabajo sólo consigue árboles raquíticos y débiles. De donde él deducía que había que buscar medios de subsistencia, facilitar los mismos, aumentarlos, para lograr que se aumentara la población. He ahí donde, a juicio de Cintra, había que buscar medios, por pocos que fueran, y ventajas, por pequeñas que parecieran, para producir el constante y permanente aumento de población, por encima de todas las contratas. Había que procurar la repartición de tierras, la mejor garantía para las propiedades, los menos tributos posibles, equitativa libertad de la industria y del trabajo, buena administración municipal en todas sus ramificaciones, fomento del espíritu de ahorro. Esos eran los medios más seguros, y acaso los más baratos, de aumentar la población, a juicio de Cintra. Con ese dictamen, y con otros emitidos por las varias corporaciones consultadas, el proyecto de Goicouría fracasó.

Otras iniciativas anteriores, coetáneas o posteriores fracasaron también. La Real Junta de Fomento había propuesto una serie de estimulantes premios. Ofrecía mil doscientos pesos para cada uno de los tres primeros hacendados que establecieran en los años 1845, 1846 y 1847 cincuenta familias blancas en sus ingenios con todos los instrumentos necesarios para las labores agrícolas. Ofrecía también la Real Junta de Fomento seis mil pesos a cada uno de los tres primeros propietarios de ingenios que durante el antes citado período establecieran veinte y cinco familias blancas en veinte y cinco lotes de tierra, con tal que la mitad de estos colonos se dedicaran a sembrar y cultivar la caña de azúcar. Y, por último, ofrecía la Real Junta de Fomento veinte mil pesos al hacendado que dentro del plazo mencionado anteriormente pudiera

plantar un campo de caña que produjera anualmente cuarenta y cinco mil arrobas de azúcar purificada por concentración o en el vacío, siempre que la caña hubiera sido cultivada por treinta familias blancas en treinta parcelas de tierra determinadas.

A pesar de todo ello, no se recogían los frutos que se esperaban de tales incitaciones. No crecía la inmigración blanca. Y el clamor por la necesidad de brazos para la agricultura continuaba. Entonces, a la Real Junta de Fomento se le ocurrió en 1847 que los chinos podían sustituir a los negros. Una real orden (3 de julio de 1847) aceptó la proposición de la Real Junta de Fomento, y al propio tiempo dictó las reglas para la inmigración de esos nuevos colonos, eufemismo con el que se cubría a los que iban a ser, en realidad, nuevos esclavos. Esa nueva inmigración comenzó con una contrata o asiento entre la Real Junta de Fomento y un individuo llamado Julián de Zulueta, que se comprometía a traer a Cuba, por primera vez, seiscientos chinos. El gobierno metropolitano aplaudió y apoyó esa iniciativa, fundándose en que había "acreditado la experiencia que esos colonos eran dóciles, laboriosos, frugales, morigerados y duros para las fatigas del cultivo de la caña". En la real orden que antes mencionamos (3 de julio de 1847) se recomendaba que esos nuevos colonos asiáticos fueran tratados con los miramientos que la religión y la humanidad exigían; que se trajeran también mujeres asiáticas; que se estudiara la conveniencia de que se mezclaran con los negros y, por último, que se nombrara un protector de asiáticos, tal como el que existía en Filipinas.

Las primeras introducciones de chinos no lograron el éxito que de ellas esperaba la Real Junta de Fomento, porque la resistencia al trabajo y las insubordinaciones, en muchos casos, dieron pábulo a algunos para sostener que eran infructuosas esas inmigraciones. Pero a pesar de que parecían no responder a los propósitos que se pusieron en práctica al fomentarlas en gran escala, la Real Junta de Fomento no estuvo dispuesta a desechar el proyecto en vías de realización, y solicitó informes de muchos hacendados sobre las ventajas que podía recibir el país de esa inmigración. Provocaba también esas consultas una solicitud de Manuel B. Pereda para traer de Amoy cierta cantidad de chinos para los trabajos de fabricación del azúcar. Contestaron a la solicitud de la Real Junta de Fomento Francisco Pedroso y Herrera, José María Lanz, Juan de Urbea, Ignacio de Arrieta, Julián de Zulueta, Juan Ignacio Echarte, Juan Urbano Feijoo, Fernández y Pozo, el Conde de Peñalver y Francisco, Federico y Pedro Diago. No podemos detenernos a exa-

minar todos los informes de los mismos; pero sí debemos siquiera destacar los razonamientos del informe más representativo, del que pudiera considerarse como informe-síntesis, que era el de Francisco Diago. El tenía asiáticos a su servicio desde 1847, y se disponía a opinar sobre la pregunta que se le hacía acerca de si era conveniente esa inmigración. El decía que los colonos chinos que le habían sido consignados en el reparto de la Real Junta de Fomento y los que por su conducto se habían concedido a algunas personas de su familia o de su amistad, se encontraban entonces empleados a completa satisfacción de sus patrones en todas las faenas a que se acostumbraba a dedicar a la población negra esclava, desde las suaves tareas del servicio doméstico urbano hasta las fatigosas que se exigían en la explotación de los ingenios. La experiencia propia de cuatro años, la de su familia y la de sus vecinos confirmaban a Francisco Diago en el juicio favorable en que tenía a los chinos desde los primeros tiempos de su introducción en la Isla, por la aptitud que los mismos demostraban en toda clase de trabajos, y por la suma facilidad con que se les conducía y gobernaba, sin necesidad de emplear la violencia física, cuando se utilizaba un sistema humano y racional que guardara proporción armónica con la inteligencia de esos colonos. Sin embargo, Francisco Diago le salía al paso a la paradoja de que siendo tan patentes esos satisfactorios resultados, no faltaran personas de juicio y capacidad que estuvieran informando a la Junta en distinto sentido. Esta aparente contradicción residía, para Diago, en las circunstancias que siguieron a los primeros ensayos. Los primeros chinos que llegaron venían en mal estado de salud, cubiertos de parásitos, después del largo viaje en que no habían recibido buen trato ni alimento sano y abundante. Desconocedores del idioma del país, sin facilidades para entender o ser entendidos en su propia lengua, no se les pudo aprovechar inmediatamente. Además, no imperó un principio selectivo en los embarques, sino que se aceptaron indistintamente cuantos se presentaron dispuestos a partir bajo los muy inferiores términos de las primeras contratas que se le ofrecieron, términos más bajos que los que la Real Junta de Fomento había autorizado. El contratista creía que sería utilidad para él toda economía que pudiera conseguir en el salario de cuatro pesos mensuales convenido con la Real Junta de Fomento. De ahí que viniesen algunos individuos viejos, inválidos, enfermos o por otros motivos inútiles para el trabajo a que se les destinaba. Pero Diago insistía en que algunos hacendados que en 1847 no estaban satisfechos del servicio de los chinos que se les había asignado, en la fecha en que él emitía su informe estaba muy contento con ellos,

y hasta deseoso de seguir adquiriéndolos. De ahí que Diago estimara que era muy conveniente esa inmigración asiática, como el medio más fácil, y tal vez el único que por entonces se les presentaba a los hacendados de atajar el continuo encarecimiento de la mano de obra. El recordaba el fracaso de los intentos de inmigración de colonos blancos. Y señalaba la anomalía —solo explicable por la repulsión a amalgamarse los blancos libres con los negros esclavos en el trabajo común— de que habiéndose encarecido extraordinariamente el precio del trabajo del peonaje para las labores agrícolas e industriales, o sea, el que desempeñaba exclusivamente la raza esclava, no hubiera sufrido alteración alguna el precio del trabajo de artes y oficios que practicaban individuos de la raza blanca. De ahí que Diago pidiera una ancha puerta para la inmigración de trabajadores chinos traídos de los puertos de Amoy, Hong Kong y Shanghai. Para él no había raza más adecuada por su laboriosidad, inteligencia, docilidad y frugales costumbres para cubrir las necesidades de la industria cubana en aquellos momentos: 17 de octubre de 1851.

Antes nos referimos a la real cédula (3 de julio de 1847) que proponía un buen tratamiento para los nuevos colonos asiáticos. Pero ahora debemos decir que esa real cédula *proponía* desde España; en tanto que las torpes realidades del contubernio entre los plutócratas del lado de acá del Atlántico y los altos gobernantes *disponían* otra cosa muy distinta. Fué la eterna contradicción y la eterna tragedia de nuestra historia: la contradicción trágica entre la ley peninsular y la realidad insular. Por eso se equivocan de buena fe o mienten a sabiendas quienes a estas alturas pretenden interpretar la historia del pueblo cubano teniendo sólo a la vista la legislación redactada en España. Ya Enrique José Varona había afirmado en su folleto sobre *La instrucción pública en Cuba. Su pasado. Su presente*, publicado en 1901, que "siempre que se acusa a los españoles de su mal gobierno contestan invocando sus buenas leyes". Frente a la real orden del 3 de julio de 1847, se alzó el reglamento dictado por el gobierno de la Isla para el manejo y trato de los colonos asiáticos el 10 de abril de 1849. Y ese reglamento se confeccionó, según se expresa en su mismo preámbulo, porque "los hacendados comenzaron bien pronto a tocar obstáculos en la manera de tratar y manejar la raza asiática, ya porque constituía un elemento nuevo y desconocido en el país, ya porque se carecía de reglas para darles dirección al lado de otra, sujeta a disposiciones muy especiales". Endurecido, encallecido el hacendado en su trato con el negro esclavo, no se resignó a tratar al chino como libre, y por este reglamento lo

condenó también a la esclavitud. Pero como tal reglamento era común en casi todos sus extremos a los chinos y a los indios yucatecos, nos detendremos en él cuando hayamos analizado lo referente a esta otra inmigración.

Es curioso que ante la Comisión de Población Blanca de la Real Junta de Fomento, compuesta por los señores Domingo Arozarena, Francisco de Goyri y Juan B. de la Cantera, se presentaran informes pidiendo el aumento de la inmigración asiática, como aquel (10 de diciembre de 1851) que determinó la aprobación por unanimidad de nuevos proyectos de importación de esos trabajadores, por estimarlos no sólo convenientes sino indispensables. En ese informe se invocaba el ejemplo seguido por Inglaterra en el fomento de sus posesiones y los eficientes resultados obtenidos en la isla de Mauricio con la colonización china; y se recordaba una obra de Mr. Wray, titulada *The Practical Sugar Planter*, en la que se decía: "De todos los labradores que he tenido ocasión de observar no conozco ninguno que bajo ningún concepto se pueda comparar con los chinos bajo el punto de vista de su espíritu industrial, su energía, sobriedad, inteligencia, aplicación, fuerza física, perseverancia, agudeza y prudente economía combinada". Y Mr. Wray decía que esa afirmación era el resultado de su maduro examen y de su constante observación durante más de diez y seis años de experiencia en las Indias orientales, en Bengala y en los establecimientos de Malaya, en cuyo tiempo había inspeccionado millares de trabajadores negros, indostanes, bengalíes, malayos y chinos.

El tráfico de chinos se organizó comercialmente, como la trata de negros, con asientos o contratos efectuados por compañías expresamente dedicadas a ese negocio. Así, la casa de Villoldo, Waltrop y Cía. propuso a la Real Junta de Fomento un contrato mediante el cual se comprometía a traer a Cuba de seis mil a ocho mil chinos, con la condición de que la Real Junta de Fomento saliese fiadora de los hacendados que se comprometieran por escrituras a recibir el lote de colonos que de antemano habían señalado. Este contrato fué elevado al gobierno de España. Se fijaba como precio de cada chino la suma de ciento veinte y cinco pesos. Estos chinos habrían de servir un mínimo de cuatro años. Tratábase, como se ve, de una compra-venta por la que los chinos se sometían indudablemente a la esclavitud. Concedida la autorización para introducir seis mil chinos, se dictó una real orden (16 de septiembre de 1852) en la que se disponía que para lo sucesivo debía preceder consulta y autorización del gobierno supremo para disponer en la Isla nuevos permisos de introducción de

asiáticos. Por esa época se remitió a Madrid una instancia (20 de mayo de 1852) de Manuel B. Pereda y otra de la casa Villoldo, Waltrop y Cía., en las que los interesados pedían que se les ampliara el permiso que habían conseguido para introducir tres mil chinos hasta seis mil. A esas solicitudes contestó el gobierno metropolitano con una real orden (16 de enero de 1853), negando el permiso que se pedía, fundando la negativa en que, si bien era cierta la escasez progresiva de brazos, no lo era el que los colonos chinos pudieran sustituir a la población negra en las fincas agrícolas, ni mucho menos que fuesen evidentes la moralidad y virtudes de los asiáticos "sobre lo cual los informes son del todo contradictorios". Como se ve seguía prevaleciendo el criterio, llevado hasta las altas esferas del gobierno de Madrid, de que solamente los negros resistían el trabajo en los campos de estas tierras tropicales.

Conviene decir aquí que la trata africana, si bien con mucha menos intensidad que antes de 1845, no había desaparecido del todo. En una carta (Madrid, 17 de enero de 1848) le decía Domingo Delmonte a José Antonio Saco cómo prevalecía el criterio antes mencionado, y le añadía que Vázquez Queipo pensaba que no había más remedio que volver a meter negros, si los cubanos no querían que se arruinase el cultivo de la caña, y con él la Isla entera. Por esa época también (New York, agosto 30 de 1848) *El Lugareño* le daba cuenta a Saco de que seguía practicándose la trata clandestina, de que se estaba reorganizando la sociedad negrera con la duquesa de Rianzares, madre de Isabel II a la cabeza, y de que el capitán general Roncali quería traer diez mil negros del Brasil. Más tarde (agosto 7 de 1849) le añadía que eran de Africa "y juran que son del Brasil; ...". Eran varias las compañías que, según *El Lugareño* le expresaba a Saco (agosto 14 de 1849) seguían burlando los tratados contrarios a la trata: las de Cristina, Parejo, Pastor, Font y Forcade. Pastor era, además, funcionario de la Administración colonial, y era el que cobraba para la reina madre María Cristina la cuota por cada negro esclavo que entraba en Cuba. (New York, marzo 19 de 1850.)

A pesar de la real orden que antes mencionamos (16 de enero de 1853), se dictaron otras, así como también decretos autorizando la introducción de chinos en Cuba. Desde 1847 a 1855 habían penetrado por el puerto de la Habana —único autorizado para esa contratación— más de treienta mil chinos.

Otro factor étnico más en la población de Cuba vino a constituirlo en el año 1848 el indio yucateco. Por esa época, como ya dijimos, se habían sublevado los indios de Yucatán contra sus dominadores, y és-

tos habían adoptado la resolución de expulsar del territorio del Estado a los que caían prisioneros de los fuerzas del Gobierno, concediéndolos a contratistas extranjeros que los traían a trabajar en Cuba a tanto por cabeza. Los mayas se habían sublevado en justa protesta por los abusos de que eran víctimas. Y el gobernador Miguel Barbachano había dictado un decreto (6 de noviembre de 1848) disponiendo que todo indio que fuera hecho prisionero con las armas en la mano, o que habiendo tomado partido con los sublevados no se hubiese acogido en tiempo hábil a la gracia de indulto, podría el Gobierno alejarlo de su respectivo domicilio y aún expulsar del Estado, por diez años a lo menos, al que tuviera por conveniente. Tres meses después de haber expedido el gobernador Barbachano ese decreto comenzó a hablarse en Yucatán de varios proyectos tendientes a sacar a los indios prisioneros de la península yucateca. Se hablaba de una empresa establecida en Cuba para introducir esos indios yucatecos. Poco tiempo después (marzo de 1849) se publicaba en la prensa yucateca que el vapor *Cetro*, procedente de la Habana, había fondeado en la rada de Sisal, llevando a bordo un agente de la empresa establecida en Cuba para introducir los indios yucatecos, y que ese agente había hecho la proposición al gobierno de Yucatán de dar veinticinco pesos en efectivo por cada indio, comprometiéndose los empresarios a pagar el trabajo de cada uno, mantenerlo y dejarlo en libertad al cabo de algún tiempo. Aquella prensa yucateca estimaba que debía aceptarse la proposición, porque esos prisioneros, conforme a la legislación de guerra, debían sufrir la pena de muerte, y que resultaba una media transaccional con la civilización la de perdonarle la vida y enviarlos a trabajar a Cuba, para resarcirse el gobierno de los gastos que le costaba sostener la guerra, con la aglomeración de tantos prisioneros, y para evitarse ese mismo gobierno el tener que distraer tropas en el cuidado de los prisioneros. Efectivamente, por aquella fecha (5 de marzo de 1849), el vapor *Cetro* partió de Sisal trayendo para Cuba los primeros 140 indios yucatecos, so pretexto de que iban a ser trabajadores libres, puesto que habían firmado un contrato en idioma español y en lengua maya. Por ese documento cada indio se daba por contratado libre y voluntariamente, para pasar a la Isla de Cuba, obligándose desde su llegada a la misma a trabajar a la orden del contratante por el término de diez años en ingenios, cafetales, potreros, vegas y cualesquiera otra clase de fincas, o en algún otro trabajo de camino, fábrica, taller o servicio doméstico, y no sólo en las horas de costumbre durante el día, sino en las faenas extraordinarias que estaban establecidas en los campos de Cuba. Por el mismo contrato, si el indio

traía mujer, ésta se ocuparía de su cuidado y asistencia, y además de las faenas propias de su sexo en el campo, y en las ciudades o pueblos en el servicio doméstico. Los hijos estarían bajo la protección de los padres hasta los nueve años, pero desde esa edad hasta los catorce desempeñarían ciertos trabajos ligeros. Se les pagaba a los indios el pasaje y manutención a bordo y los gastos de desembarco y traslado, sin que se les restaran después de sus salarios. Este se reducía a dos pesos al mes en moneda corriente, y además la ración semanal de maíz, café en el desayuno, carne salada, plátanos u otras raíces alimenticias. El indio contratado, su mujer y sus hijos, si los tuviese, tendrían dos mudas de ropa de algodón al año y un par de sandalias de cuero. Esos indios se compraban en Mérida al precio de tres onzas de oro cada uno, y se vendían en la Habana al precio de diez onzas.

Ese negocio de los indios yucatecos levantó en México tal protesta que el gobierno de la nación, presidido interinamente por Manuel de la Peña y Peña mandó a suspender ese tráfico en el mes de mayo de 1849, cuando acababa de salir el segundo cargamento de indios, en número de 175, para la Habana, a bordo nuevamente del vapor *Cetro*. Desde 1849 hasta 1853 ese tráfico estuvo en suspenso. Pero en el año 1854 lo restauró el general Antonio López de Santa Ana, desde la presidencia de la República; es decir, antes había sido una arbitrariedad abusiva del gobernador de Yucatán, ahora lo era del presidente de la República. Los ingleses, con sus barcos, persiguieron también ese tráfico. En esta nueva etapa los indios yucatecos se vendían a Cuba a diez pesos. Todo parece indicar que ese comercio con los indios yucatecos duró hasta 1861.

Había un fenómeno muy elocuente para que los hacendados siguieran pidiendo brazos asiáticos o yucatecos, y es que, disminuídos los brazos africanos por la reducción de la trata clandestina y por las invasiones del cólera morbo asiático, se había encarecido el precio de los esclavos. Si antes se compraba en cuatrocientos pesos un negro esclavo y se alquilaba en ciento veinte pesos al año para los trabajos del campo, ahora sólo se conseguían para los meses de zafra, y había que pagar por cada uno veinte o veinte y cinco pesos mensuales.

Al fin se había llegado a estimar unánimemente que los chinos eran tan útiles para las faenas del campo como los negros, y que daban grandes muestras de listeza en las atenciones de la casa de caldera, de purga, en el manejo de trapiches y en otras operaciones de la manufactura azucarera. Se los tenía por inteligentes, constantes y de buen comportamiento. Y se formalizaba un acuerdo (6 de febrero de 1852) entre

la Real Junta de Fomento y la casa de Villoldo, Waltrop y Cía. Esta se obligaba a introducir colonos asiáticos, mientras los hacendados se comprometían a tomarlos, suscribiéndose con ciento veinticico pesos por cada uno de los que entregaran en el puerto de la Habana. Cada colono venía escriturado por ocho años y obligado a trabajar durante ellos por cuatro pesos mensuales los varones y tres las hembras. Las contratas escritas que trajeran serían iguales a las de los venidos en 1847. Las de las hembras serían también iguales, pero agregándole una cláusula sobre el embarazo, por la que se le pagaba el salario sin trabajo durante el último mes de la preñez y el primero después del parto. Los colonos debían ser varones en la proporción de cuatro quintas partes, y la otra quinta parte de hembras. Los varones no serían menores de 15 ni mayores de 35. No se admitían matrimonios que trajeran hijos menores de diez años. Tenían que ser sanos, sin defectos corporales ni mentales.

Esas contratas tienen el interés histórico de que en ellas tuvo nacimiento el salariado colectivo en el pueblo cubano. No parece que se cumplieran en cuanto a la introducción de las hembras. Muy pocas, poquísimas chinas han venido a Cuba.

Pero si esas contratas daban origen al salariado colectivo, el Reglamento para el manejo y trato de los colonos asiáticos e indios (10 de abril de 1849) mantenía algunas de las ominosas formas de la esclavitud. Comenzaba ese reglamento con un preámbulo justificativo. En él se afirmaba que la introducción en Cuba de colonos asiáticos y de indígenas procedentes de países que en otra época formaban parte del territorio español, consideróse de utilidad por la Real Junta de Fomento para favorecer la agricultura. Pero añadía inmediatamente ese preámbulo que los hacendados empezaron pronto a tropezar con obstáculos en el trato y manejo de la raza asiática, bien porque constituía un factor étnico nuevo y desconocido en el país, bien porque faltaban reglas para dirigir a los asiáticos, mientras las había para sujetar a los africanos. Otro tanto sucedía con los indios. Para remediar esa dificultad con la urgencia que se creía necesaria dictáronse reglas "que al paso que protejan los derechos de los colonos, aseguren también la subordinación y disciplina, sin las cuales podrían dañar en vez de producir beneficio a la agricultura". Para eso, el preámbulo seguía diciendo que era indispensable precisar las obligaciones de colonos y consignatarios, procurando que estos últimos comprendieran "los límites de las correcciones domésticas para evitar excesos en la facultad privada, y marcar el término desde donde empieza la intervención de la autoridad pú-

blica". El preámbulo añadía —e insistimos en la glosa de sus afirmaciones porque éstas demuestran muy elocuentemente el estado social de la época— que la experiencia había demostrado que sin esas correcciones aplicadas domésticamente, era "de todo punto imposible la acertada dirección de los trabajos e inevitable la indisciplina". Para ello se escudaba en que los colonos no empeoraban su situación con respecto a la que tenían en los países de que procedían. Inspirándose en estos principios, y correspondiendo a las muchas peticiones y quejas de los que advertían la ausencia de disposiciones que seguir en estas actividades —a reserva de comunicárselo a la Corona— se dispuso, sin perder de vista lo ordenado en la Recopilación de Indias (Ley 10, título 16, libro II) el Reglamento, cuyas cláusulas más significativas pasamos a examinar. Las primeras se referían concretamente a los colonos asiáticos. Sus encargados procurarían iniciarlos en los dogmas de la Religión Católica, Apostólica y Romana, y si los colonos asiáticos manifestasen deseos de abrazar esta religión, sus encargados se lo comunicarían al párroco respectivo. Los encargados le harían "también entender la obediencia y respeto que deben a las autoridades y a los superiores de quienes inmediatamente dependan". A esos colonos asiáticos se les pagaban cuatro pesos al mes, se le daban dos mudas de ropa al año y una frazada, y su alimento se reducía diariamente a ocho onzas de carne salada o bacalao, y libra y media de plátanos, boniatos u otras raíces alimenticias. Si se enfermaban por más de quince días, perdían el salario mensual de los cuatro pesos. También lo perdían en el mes posterior a la fuga de la finca o casa en que trabajaban, y los gastos que ocasionaba la captura y restitución del fugado se los descontaban del salario. En los domingos, en los días festivos y en las horas de descanso de los días laborables, se les permitía emplearse dentro de la finca en manufacturas u otras ocupaciones de beneficio personal propio. También en los días festivos y también dentro de la finca en que trabajaban se les permitían diversiones lícitas que *les sirvieran de descanso y solaz al paso que los fortificaran para las faenas*. Cada grupo de diez asiáticos estaba bajo la dirección de un mayoral blanco.

El régimen de castigos, si bien no llegaba en su refinada variedad al sadismo que había caracterizado al que se practicó con los esclavos negros durante más de tres centurias, conservaba algunas de sus crueldades. El colono asiático que desobedeciera las órdenes superiores, ora resistiéndose al trabajo, ya incumpliendo cualquiera otra de sus obligaciones, podía ser castigado con doce cuerazos; si persistía, con dieciocho

más; y si aún así no cambiaba de conducta, se le ponía un grillete y se le hacía dormir en el cepo. Había el cepo de cabeza y mano, gran tablón con agujeros donde se introducían la cabeza y una mano del colono asiático castigado. A veces se le amarraban también los dos pies, y entonces el que sufría el castigo quedaba apoyado sobre el tórax o sobre el abdomen. Era un verdadero suplicio, sobre todo cuando se prolongaba, pues debido a las condiciones climáticas de nuestra Isla, los mosquitos, las moscas, los más variados insectos se aprovechaban de la posición inerte del castigado para caerle encima sin que pudiera espararlos. Había otro tipo de cepo para pies y manos, con agujeros más pequeños que el anteriormente descrito. Si transcurridos dos meses —tiempo máximo del castigo nocturno en el cepo según el Reglamento—, el asiático no se enmendaba, dábse cuenta de su conducta a la autoridad local para que ésta lo comunicase a las autoridades superiores de la Isla. Cuando los que se resistían al trabajo pasaban de dos, se les imponía el castigo múltiple de veinticinco cuerazos, llevaban grilletes y dormían en el cepo durante dos meses. Cuando la resistencia al trabajo estaba compuesta por un número de asiáticos que inspiraba temores al mayoral o encargado, éste acudía a la autoridad local para que fuera la encargada de aplicar los anteriores castigos o los que estimase pertinentes de acuerdo con la índole de la rebeldía. El asiático fugado, además de recibir la sanción pecuniaria de que hablamos anteriormente, llevaría el grillete por dos meses, por cuatro meses en la primera reincidencia y por seis meses en la segunda reincidencia, y durante ese castigo dormiría también en el cepo.

La persona que escondiese a un asiático prófugo pagaría cuatro reales diarios al amo del colono, mientras durare su ausencia, y además el costo de la restitución del asiático al fundo de que se había huido. Como se ve, por ese precepto del Reglamento, la política represiva del mismo llegaba un poco lejos en sus sanciones.

El artículo 18 del Reglamento trataba de humanizar, aunque de un modo un poco vago y genérico, el trato de los dueños o encargados de fincas, disponiendo que en el caso de que no diesen a los colonos lo que por la contrata estaban obligados a darles, o los castigaran excesivamente, o no acertaran a manejarlos y dirigirlos, el gobernador de la jurisdicción tomaría cuenta de todo ello y adoptaría las disposiciones que estimara oportunas a seguir con los culpables, comunicándolas al gobierno y capitanía general.

El Reglamento sometía a la jurisdicción ordinaria los delitos comunes.

Esas disposiciones, y otras de menos importancia que hemos omitido, se aplicaban también a los indios yucatecos, sin más excepción que en lo referente a la catequesis católica de los mismos, puesto que éstos procedían de un país que practicaba esa creencia religiosa; pero se recomendaba que se tratara de conservar en ellos el apego a esas prácticas del culto católico.

Mientras los colonos asiáticos y yucatecos no terminaban las contrataciones que los ligaban a sus consignatarios, no podían obtener pasaporte, licencia de tránsito ni pase por sí mismos, sino por los consignatarios o encargados en las mismas condiciones que se señalaban en la instrucción reglamentaria para la expedición de esos documentos a clases de color no libres.

El problema de la inmigración y de la colonización continuaba siendo inquietante en los años postreros de este período. Una real orden (16 de septiembre de 1852) dió origen a unas ordenanzas dictadas en 23 de diciembre de 1853 por el Marqués de la Pezuela, capitán general de la Isla entonces, luego revisadas por el gobierno de la Metrópoli y más tarde modificadas por un Reglamento (22 de marzo de 1854). Ese reglamento ampliaba la autorización para introducir, además de colonos chinos y yucatecos, españoles, durante un término de dos años inmediatos, mediante la obtención previa de un permiso gubernativo, presentándose con la solicitud una certificación que acreditara que el buque destinado al transporte se encontraba en buen estado para emprender la navegación. Esa reglamentación tendía a ser más justa y humana que las que ya conocemos. Los colonos que habían celebrado sus contrataciones siendo menores de veinte años, adquirirían el derecho de rescindirlos a los veinticinco. Los que hubieran sido contratados con más de veinte años tenían también ese derecho a los seis de servicios; pero los colonos no podían ejercitarlo sin indemnizar ante al patrono, con trabajo o por otro medio, de lo que le debían. Los colonos adquirirían también el derecho de salir de la potestad del patrono abonando al contado la cantidad que éste hubiera satisfecho por su adquisición, la que el mismo colono le debiera por indemnización del trabajo o por otro cualquier motivo, o el mayor valor que a juicio de perito hubiesen adquirido los servicios del colono desde que entró en poder del patrono. Este derecho de libertad no podía utilizarlo el colono en la época de la zafra o en la de faenas perentorias de las toleradas en los días festivos.

Ahora bien, conviene destacar, para que se tenga muy en cuenta, que los asiáticos no podían libertarse en el tiempo y en las condiciones

antes expuestas, porque se burlaban esos preceptos del Reglamento de 22 de marzo de 1854 exigiéndoseles que firmaran unas contratas en las cuales aparecía que ellos renunciaban previamente a esos derechos.

Hacia 1853 se trajeron a Cuba grandes cargamentos de gallegos que al llegar a nuestras costas se vendían como mercancías libradas al comercio. Así se aplicaba un proyecto de inmigración gallega que puso en ejecución Urbano Feijoo y Sotomayor. Pero a poco de desembarcar los colonos, pidieron la rescisión de sus contratas, y nombrados los árbitros, declaráronse con derecho a reclamar once mil pesos que se habían tasado en el concurso empresario.

De ese propósito de introducir colonos como trabajadores por tiempo determinado, para después de vencido el mismo devolverlos a su país, participó también la Sociedad Económica de Amigos del País. También se hablaba en esta institución de suplir la carencia de brazos en las fincas con los mismos negros existentes en la Isla dedicados al servicio doméstico o a otras actividades de menos importancia.

Las Cortes Constituyentes españolas, aprobando lo propuesto por una comisión de las mismas con vista del expediente instruido sobre inmigración de trabajadores gallegos en Cuba, realizada por Urbano Feijoo y Sotomayor, acordaron rescindir el contrato celebrado con éste, quedando los inmigrantes gallegos desde entonces en libertad de apartarse de la empresa, o continuar en ella como jornaleros libres sin sujeción a ninguna de las limitaciones que rebajaban sus derechos de hombres. Ese acuerdo de las Cortes Constituyentes, comunicado al capitán general de la Isla por real orden de 7 de julio de 1855, introdujo una variante excepcional en el Reglamento de 22 de marzo de 1854, pues a partir de entonces solamente la inmigración gallega tenía derecho a la libertad, y quedaban condenados a la esclavitud los colonos de las otras tierras que habían sido traídos por medio de contratas iguales a las firmadas por los gallegos.

A la inmigración asiática se le comenzaron a poner limitaciones. En 1858 se dispuso que los colonos chinos no podían permanecer en la Isla, una vez terminados y refundidos sus contratos, sin permiso expreso del Gobierno, y el que no lo obtuviere sería inmediatamente remitido por su cuenta al país de su procedencia o al que eligiere. En 1860 se publicó un decreto declarándose suspendida la introducción de chinos, prohibiéndose terminantemente su entrada a partir del año siguiente.

Pero los efectos de esa disposición no duraron más que unos pocos meses, y antes de que venciera el año 1860 ya se publicaba una real

orden con un nuevo Reglamento para la introducción de trabajadores chinos, dictado "con objeto de proporcionar a la agricultura los brazos que le eran necesarios para que su prosperidad no decayera, y considerando que la introducción de ellos era entre todos los ensayos el que menos inconvenientes presentaba".

Continuaron las importaciones de asiáticos, y pronto surgieron las protestas de Inglaterra. La propia China denunció el hecho ante el mundo, sosteniendo que los reclutamientos se hacían allí con engaño y violencia. Una vez el pueblo de Cantón, en señal de protesta, dió muerte a varios agentes de chinos que medraban allí al servicio de casas importadoras de la Habana. En otra ocasión hubo sublevaciones a bordo de los barcos franceses e italianos que traían chinos a la Habana.

El Reglamento de 1860 tendía también a humanizar la servidumbre asiática en Cuba. En toda contrata debía estipularse la duración de la misma, el salario, la cantidad y calidad de los alimentos que iba a recibir el chino contratado, la obligación de darle asistencia médica, el número de horas de trabajo. Pero, al mismo tiempo, contenía ese reglamento preceptos que delataban bien a las claras la condición de esclavos en que venían aquellos trabajadores a Cuba. Renunciaban al ejercicio de todos los derechos civiles que no fuesen compatibles con el cumplimiento de las obligaciones que contraían. Solamente podían casarse con el consentimiento de los patronos. Pero podían adquirir bienes y disponer de los que poseían a título lucrativo u oneroso, siempre que no estuvieran en contra de sus contratas. Se mantenía en ese reglamento el derecho de emancipación y la forma de ejercicio, que ya estaban consignados en el de 1854. Los patronos podían ejercer sobre sus trabajadores asiáticos jurisdicción disciplinaria por medio de estas correcciones: 1. Arresto de uno a diez días. 2. Pérdida del salario durante el mismo tiempo. Cuando algún patrono tratara con sevicia a su trabajador asiático o faltara a las obligaciones contraídas con él, el trabajador podía utilizar el derecho de acudir al protector delegado, que lo era el capitán general, y en los distritos a los gobernadores o tenientes gobernadores, quienes serían auxiliados por los capitanes de partido. Este protector podía acordar la rescisión del contrato, sin derecho el patrono a indemnización.

Ese reglamento, aunque atenuó la esclavitud a que en realidad estaban sometidos los trabajadores asiáticos, no los libertó por completo. Aún después de cumplidas sus contratas disponía el Reglamento que era condición esencial la de que, terminado el tiempo de su empeño, el trabajador chino no podía permanecer en la Isla sino contratado de

nuevo con el mismo carácter, como aprendiz u oficial bajo la responsabilidad de un maestro, o destinado a la agricultura o a las faenas domésticas, siempre que fuese garantido por su amo; y de no suceder así, debía salir de la Isla a sus expensas y apremiado a hacerlo a los dos meses de terminada la contrata.

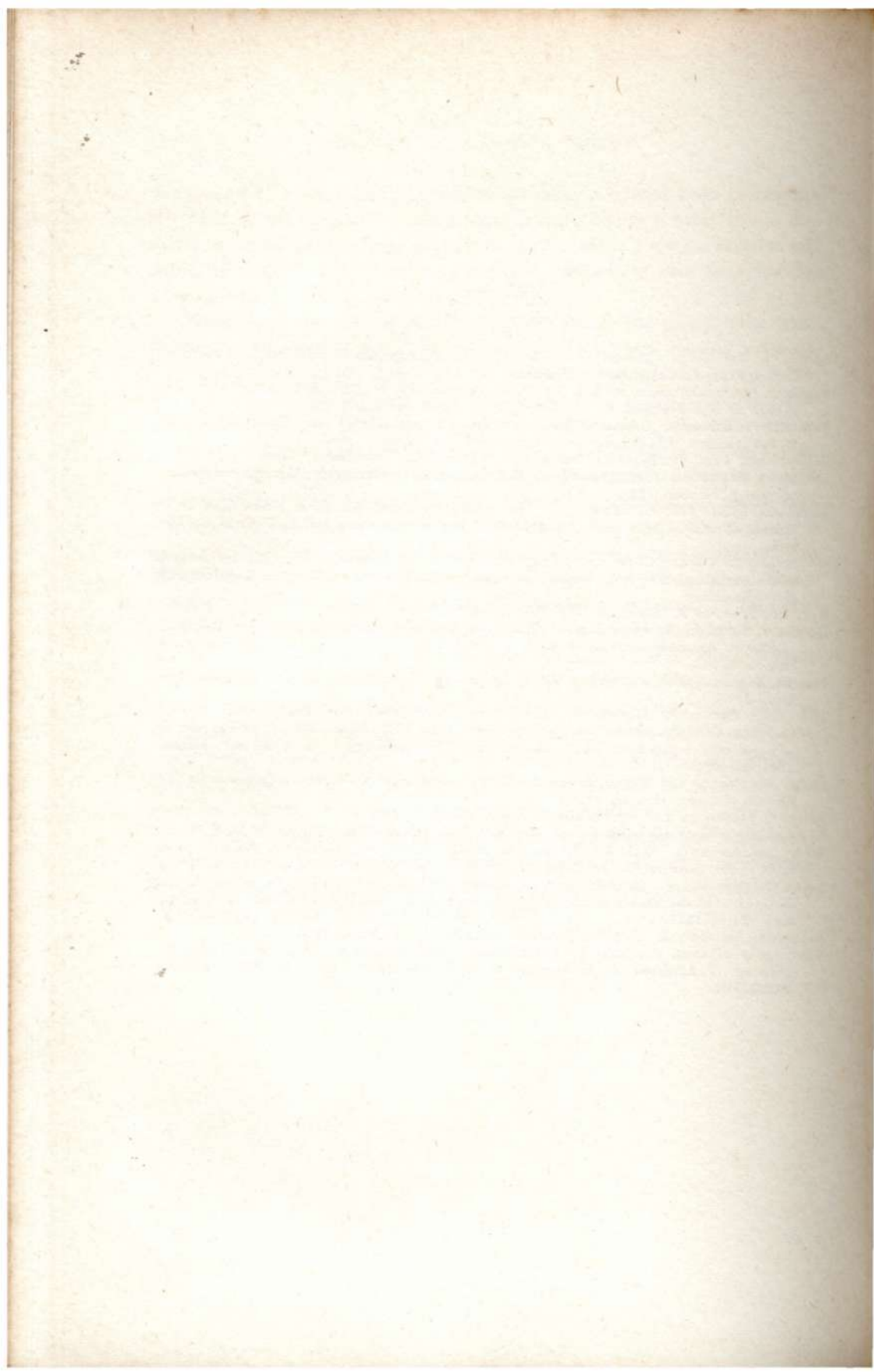
Hacia fines de 1864 la inmigración de chinos fué plenamente legalizada por un tratado que se firmó en Tien Tsin entre España y China.

La población china disminuía en la Isla en proporción de un 40%. No era que volvieran a su país. La diferencia, según cálculos de la prensa de la época, estaba en los presidios, el cadalso y los cementerios. El trabajo excesivo, el régimen excepcional e inesperado a que quedaban sometidos, el despecho que les causaba el convencimiento de que habían sido engañados bajo falsas promesas; todo ello producía, en proporción desmesurada, los suicidios, los levantamientos, los asesinatos de amos y mayores y las represalias y las venganzas entre los propios chinos. Era un problema inquietante el de la presencia de esos inmigrantes. Preocupaba a los tribunales. Desde que comenzó a aumentar la inmigración asiática en Cuba no había regente de Audiencia territorial que en el discurso de apertura de los tribunales no hablara algo sobre el trato que debía darse a los chinos. Se les trataba evidentemente con sevicia, y ellos reaccionaban de diversas maneras ante ese trato. En 1857 se suicidaron 262 chinos en Cuba. En 1863, de cada diez presidiarios, cinco eran chinos. Y no dejaba de producir consecuencias trastornadoras de muy varia índole para el equilibrio social la presencia, por aquellos tiempos, de unos 34,000 chinos sin mujeres...

Con esa sociedad de manifestaciones muy primarias, profundamente dividida y aislada desde sus cimientos, sociedad de castas y de costumbres patriarcales se presentaba Cuba ante los radicales acontecimientos económicos, sociales y políticos de 1868.

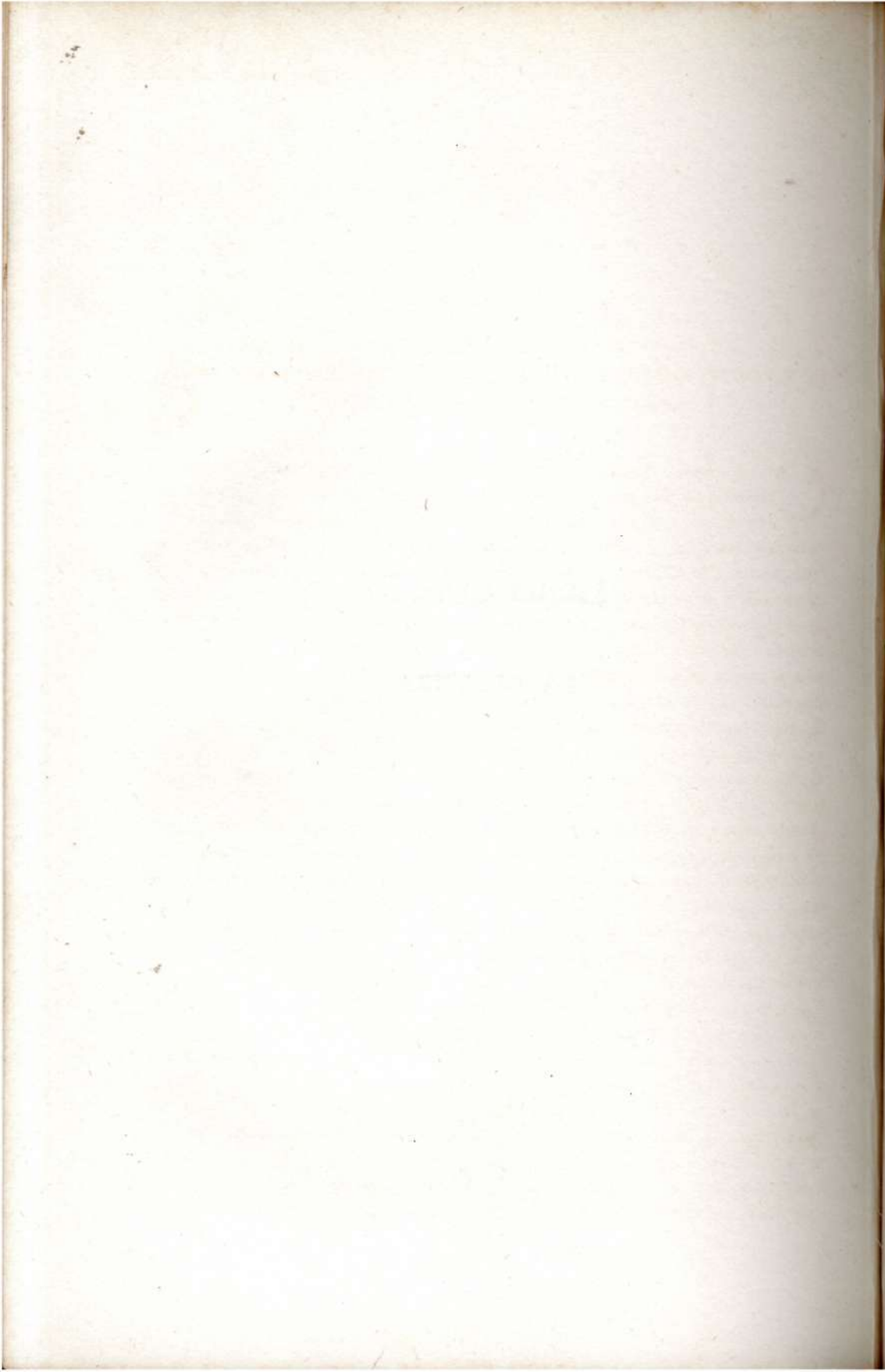
FUENTES

- ARBOLEYA, JOSÉ G. DE. *Manual de la Isla de Cuba*. (Compendio de su Historia, Geografía, Estadística y Administración.) Habana, 1852.
- BARRAS Y PRADO, ANTONIO DE LAS. *La Habana a mediados del siglo XIX*. (Memorias. Las publica su hijo Francisco de las Barras de Aragón.) Madrid, 1925.
- BETANCOURT CISNEROS, GASPAR (EL LUGAREÑO). *Escenas Cotidianas*. Clásicos Cubanos: 1. Publicaciones del Ministerio de Educación. La Habana, 1950.
- BETANCOURT, LUIS VICTORIANO. *Artículos de Costumbres*. Guanabacoa, 1867.
- CALCAGNO, FRANCISCO. *Los Crímenes de Concha*. (Escenas Cubanas.) (Escritas en Güines en 1863.) Habana, 1887.
- ENTRALGO, ELÍAS. *Historia de Cuba*. (Curso monográfico explicado en la Universidad de la Habana durante el año académico 1937-38.) Impreso en mimeógrafo. Facultad de Derecho.
- *Historia de Cuba*. (Curso monográfico explicado en la Universidad de la Habana durante el año académico 1938-39.) Impreso en mimeógrafo. Facultad de Derecho. Departamento de Publicaciones.
- GALIANO, DIONISIO A. *Cuba en 1858*. Madrid, 1859.
- GUERRA Y SÁNCHEZ, RAMIRO. *Manual de Historia de Cuba*. (Económica, Social y Política.) (Desde su descubrimiento hasta 1868, y un Apéndice con la historia contemporánea.) Habana, 1938.
- HAZARD, SAMUEL. *Cuba a pluma y lápiz*. Traducción del inglés por Adrián del Valle. Habana, 1928.
- MENÉNDEZ, CARLOS R. *Historia del infame y vergonzoso comercio de indios vendidos a los esclavistas de Cuba por los políticos yucatecos, desde 1848 hasta 1861*. (Justificación de la Revolución Indígena de 1847. Documentos irrefutables que lo comprueban.) Mérida, Yucatán, México, 1923.
- ORTIZ, FERNANDO. *Los Negros Esclavos*. (Estudio sociológico y de derecho público, *Revista Bimestre Cubana*, Habana, 1916.)
- PEZUELA, JACOBO DE LA. *Necesidades de Cuba*. Madrid, 1865.
- *Diccionario Geográfico, Estadístico, Histórico de la Isla de Cuba*. Madrid, 1866, t. cuarto.
- SACO, JOSÉ ANTONIO. *Colección Póstuma de Papeles Científicos, Históricos, Políticos y de otros ramos sobre la Isla de Cuba, ya publicados, ya inéditos*. Habana, 1881.
- SAGRA, RAMÓN DE LA. *Historia Física, Económico-Política, Intelectual y Moral de la Isla de Cuba*. (Nueva edición considerablemente aumentada. Relación del último viaje del autor.) París, 1861.
- VALVERDE, ANTONIO L. *Estudios Jurídicos e Históricos*. Habana, 1918.
- VALVERDE Y MARURI, ANTONIO L. *Colonización e inmigraciones en Cuba*. Discurso de ingreso en la Academia de la Historia la noche del 28 de junio de 1923. Habana, MCMXXIII.



LIBRO QUINTO

LA CULTURA



CAPÍTULO I

EL ROMANTICISMO LITERARIO. POETAS Y COSTUMBRISTAS. REACCION DEL GUSTO POETICO

CON el Romanticismo nace plenamente, en la literatura cubana, la preocupación por los motivos nacionales y los destinos patrióticos. Es en este aspecto que Heredia y Del Monte resaltan como precursores, tal como los hemos estudiado anteriormente. Los pensadores, educadores y estadistas de este período de nuestra historia, se empeñan en definir y orientar las esencias de lo que ha de constituir la conciencia de la nación; y los poetas, novelistas y articulistas van al cogollo del sentimiento patriótico, de los perfiles de la vida cubana, que reflejan espíritu y proyecciones propios, y en las costumbres ofrecen una fisonomía singular y característica. En todo el país palpita el ansia sin disimulo de una transformación que para unos habrá de ser reforma y para otros soberanía. Sucede como en el resto de Hispanoamérica, y "es algo que se quiere ser, para dejar de ser lo que se ha sido" (1). Por eso la literatura romántica está imbuída de alientos y trascendencia sociales. Sus obras transpiran todo aquello que ha de cambiar el *status* de la sociedad en todos sus aspectos; y en poemas, relatos, doctrinas se conjugan los conceptos de libertad, igualdad, dignidad humana, liberalismo, antiesclavismo, justicia, equidad, progreso. En el romanticismo cubano, al igual que en los europeos y en los demás de América, cuaja una literatura revolucionaria que no se circunscribe a lo estético, sino que se desborda en lo social. "Por medio de la libertad de examen quedan descubiertos los sufrimientos sociales, que son condenados en nombre de la justicia, y se hace la promesa de remediarlos en nombre del progreso" (2).

El tema nativista, tímidamente apuntado por Zequeira y Rubalcava, y abordado por Del Monte y sus discípulos con más decisión, cobra ahora ilimitadas amplitudes; y la naturaleza, como el estilo de vida, se vuelcan en la literatura de ficción, en el poema, en la didáctica misma y en la doctrinal; el costumbrismo colora todo el proceso romántico; y la poesía canta la belleza y las peculiaridades de la naturaleza criolla, exaltando el paisaje, que es una de las predilecciones en los nuevos temas.

Junto a las particularidades del escenario, espiga en la poesía el acento separatista, el anhelo de libertad, la condenación a la coyunda opresora y oprobiosa; y no falta en la lira la cuerda en que vibra el motivo moral y de reacción y mejoramiento en la organización colectiva. Con el propósito de subrayar lo propio, siguiendo la corriente del Romanticismo universal, que busca en el pasado remoto del país, huellas de autoctonía, y en ellas suele basar razones de singularidad nacional, nació también la evocación del ayer ciboney; y bajo el recuerdo de su vida y sus leyendas, los poetas cobijaron el ideal anticolonista y solieron disfrazar los sentimientos separatistas, ante las autoridades metropolitanas. En una literatura que se erguía frente a aquel cuadro de opresión, el antiesclavismo tenía que ser (como fué) otro de los temas principales. Sumados a éstos, que bien podemos distinguir como asuntos muy característicos de las letras cubanas, se registran en ellas, en este período, cuantos temas han sido comunes a todas las literaturas en su etapa romántica: el fervor del amor idealista, el dolor melancólico, la angustia de la lejanía, la atracción de lugares exóticos, el sentido de la vida y de la muerte, Dios, el destino, el alma, los derechos del pueblo; en fin, cuanto tocan los salientes universales de la escuela.

Zorrilla, Mesonero Romanos y Walter Scott fueron los escritores europeos que más influyeron en nuestros románticos, en la lírica, el artículo de costumbres y la novela, respectivamente. Esto no obsta para que otros hayan pesado también considerablemente, en el gusto de poetas y novelistas: los alemanes Körner y Ruckert, por ejemplo, fueron muy gratos a la experiencia de la poesía patriótica de nuestra plenitud romántica. También lo fueron, en otras manifestaciones de la lírica, Víctor Hugo, Byron, Musset, Grossi, Rosmini, y en la novela: Manzoni. Es innegable que nuestro romanticismo está más bien a tono con el sentido que dieron a la escuela los poetas meridionales de Europa; romanticismo basado fundamentalmente en el espíritu nacional, choque de pasiones, idealismo, liberación de los preceptos neoclásicos, amor a las tradiciones populares; romanticismo muy otro del de las literaturas norteanas, en las que predomina, por lo general, lo filosófico, se acentúa la tendencia a lo fantástico, y el más puro lirismo cubre todas sus concepciones, tanto en verso como en prosa; lo cual no fué óbice para que España ofreciera el caso singular de *El Diablo Mundo*, de Espronceda, con alicentos muy propios de aquellas literaturas.

El cubano del Romanticismo vivió los fervores y las inquietudes que el momento histórico (del que es fiel reflejo la escuela) identifica, en franca oposición a la actitud serena, sobria, críticoanalítica del siglo XVIII, cuya voz artística resuena en el Neoclasicismo. El entusiasmo, la pro-

yección individual, la preocupación por un reajuste en la vida del individuo y de la colectividad, alentando el espíritu revolucionario y abriendo los cauces de una liberalidad que buscaba, aún más en el impulso espontáneo que en la razón misma y en el sentimiento religioso, la cristalización de un idealismo salvador frente a una realidad negativa, prosaica y agobiadora; todo ello, tan evidente en el hombre del Romanticismo, se traduce estéticamente en las desesperaciones que vibran en nuestra literatura romántica; en las palpitaciones autobiográficas; en una expresión que acusa la excitación de la sensibilidad y que se vale de lo retórico, para dar vigor y colorido a la expansión de los sentimientos, cayendo, como sucedió en todas partes, en las extravagancias, gimoteos y efectismos contraproducentes, que dieron al traste con el prestigio del movimiento de mayor trascendencia en el arte, después del Renacimiento y del Barroquismo, ya que sus esencias aún persisten, a despecho de todas las nuevas teorías, que en el fondo se alimentan de la misma principal razón estética del Romanticismo: liberación.

— * El romanticismo cubano cargó la mano en la dosificación realista que caracterizó la realización del sentido nacional, nativista, de fuentes propias, que persiguió la escuela. Novelistas y articulistas trazaron cuadros vívidos de la realidad cubana, sin perder el trasfondo romántico que debe haber en todo reflejo de lo real, contemplado a través del prisma idealizador del movimiento, y que permite exaltar el anhelo de una realidad superior en sus entrañas, con la que se logra que deje de ser lo que, siendo, niega las nobles aspiraciones del espíritu humano.

La extensión del Romanticismo en Cuba hay que fijarla desde 1838, en que aparece la primera edición de las poesías de *Plácido*, se da a conocer *El Conde Alarcos*, de Milánés; se publican en *El Album* las pequeñas novelas de Cirilo Villaverde y Ramón de Palma y se inicia la polémica filosófica, con Luz y Caballero como centro. Hasta la aparición de los poetas de *Arpas Amigas* (1879), el Romanticismo mantiene sus primigenias esencias en nuestra literatura, aunque con la favorable reacción de buen gusto que propician, después de 1850, Mendive, Luaces, Zenea. Con los poetas de *Arpas Amigas* (Tejera, los Sellén, Borrero, Varona, etc.) el Romanticismo se desvía hacia un nuevo rumbo, inspirado por el eclecticismo de Bécquer, de Campoamor y de Núñez de Arce, y aunque conserva (como en la poesía de éstos) la sustancia que lo anima, la técnica y las ideas dan un nuevo gusto a la sensibilidad. Con razón llamó Enrique José Varona a este momento "la nueva era". A los dos tiempos en que se desdobra el Romanticismo propiamente dicho, en nuestra literatura, corresponden dos generaciones literarias: la que florece en 1838 y la que despunta sobre 1850. Hacemos esta afir-

mación, ateniéndonos al concepto de Ortega y Gasset que atiende a la vida histórica y no a la vida individual, identificando la generación por el sistema de vigencias que hay en el momento histórico; y que afirma que la edad no es una fecha, sino "una zona de fechas"; y que tienen la misma edad, por tanto, no únicamente los que nacen en un mismo año, sino los que nacen dentro de una zona de fechas. Además, si en algún caso tiene justa aplicación la teoría de Ortega, que fija quince años para la duración de una generación, es en estos dos momentos románticos de Cuba, pues el segundo aflora ostensiblemente hacia 1853, en que aparece la *Revista de la Habana*, de Menvive, que representa la reacción del gusto; es decir, quince años después de la eclosión de 1838. Las fluctuaciones de la edad individual se aprecian en la coincidencia de Gaspar Betancourt Cisneros, que nace en 1803, y Anacleto Bermúdez, en 1806, con la Avellaneda y Milanés (1814 ambos).

En la poesía, el poeta de primera calidad que sobresale cronológicamente es Gabriel de la Concepción Valdés (*Plácido*), cuya vida (Habana, 1809-Matanzas, 1844) fué triste y angustiosa. Fué un mestizo (hijo de una bailarina española y de un mulato peluquero) que, como incluso de la Casa de Beneficencia de La Habana, llevó el apellido Valdés. Ganó la vida practicando varios oficios (peinetero, tipógrafo, etc.) en La Habana y en Matanzas; y comerciando con las musas, haciendo poesía de ocasión. Fué perseguido por las autoridades coloniales, más que como conspirador, por su relieve poético, que le hacía la figura más destacada de su raza; aunque no dejó en reiteradas ocasiones de expresar sus sentimientos de simpatía a la idea de la libertad. Se le incluyó arbitrariamente en el proceso de La Escalera, y murió fusilado. El seudónimo con que es universalmente conocido, *Plácido*, parece haberlo tomado de la novela de Genlis, *Plácido y Blanca*, aunque no han faltado quienes opinen que lo prefirió por ser el nombre de un cercano y amado pariente.

Aunque *Plácido* cae en la mayor parte de su labor poética en el "tropicalismo" (abundancia efectista, exceso melódico, acentuada ingenuidad íntima), hay, sin embargo, un pequeño grupo de composiciones que lo salvan para la posteridad y que compensan con creces el crecido volumen de sus desaciertos. Tipo genuino del repentista, de una cultura atropellada y desorganizada (producto de su propia vida carente de los más elementales recursos), le llevó con frecuencia al empleo de consonantes vulgares, pobreza de léxico, prosaísmo y conceptos erróneos o por lo menos confusos. Sin embargo, el vigor de su fantasía, la espontaneidad del verso, que brotaba musical y sonoro, el colorido y el plasticismo, logrados en aquellas composiciones aludidas, le colocan a la ca-

beza de nuestra poesía lírica. Mucho tiempo escribió bajo el influjo neoclásico de Quintana, Gallego y Martínez de la Rosa; pero el Romanticismo, por la vía de Zorrilla, le impresionó y le contó entre sus cultivadores.

La primera edición de sus *Poesías* vió la luz en Matanzas, en 1838. En su copiosa producción cantó el tema amoroso, en múltiples sonetos y en letrillas, algunas deliciosas, como *La flor de la caña*; gustó del motivo festivo; se asomó a la intención civil, como en el feliz soneto *La muerte de Gesler* y el que más descubre sus sentimientos de libertad: *El Juramento*; escribió leyendas y romances, odas, elegías, fábulas. La más famosa de sus poesías es la *Plegaria a Dios*, que escribió en la prisión, en vísperas de su fusilamiento, como los sonetos *La fatalidad* y *Despedida a mi madre* y la oda *Adiós a mi lira*. La *Plegaria* (que ha sido traducida a diversos idiomas) admira por su tensión lírica, el tono optativo y el conmovedor acento de resignación. Aunque se discutió su autenticidad, la duda ha sido absolutamente deshecha (3). La más perfecta de sus composiciones es el romance *Jicotencal*, que Menéndez y Pelayo considera "magistral y primoroso... que Góngora no desdenaría entre los suyos" (4). Su fluidez rítmica, la naturalidad y sencillez del relato y el vigor con que en breves líneas describe al protagonista y exalta su carácter, así como el movimiento y color dramático, dan a este romance una fuerza expresiva y una emoción insuperables.

Coetáneos (por la edad individual) de Plácido son varios poetas que también son sus contemporáneos en la vida histórica y que estéticamente producen una poesía familiar de la suya: Ramón Vélez Herrera (1809-1886), fecundo y (por el contrario de Plácido) de bien formada cultura, a quien llamaron sus contemporáneos *El Vate*. Publicó sus *Poesías* en tres tomos (1833, 1837 y 1838, respectivamente); y más tarde *Flores de Otoño* (1846) y *Romances Cubanos* (1856); estos últimos muy apreciables por su habilidad narrativa. Su poesía es suave y correcta. Fué el verdadero descubridor de las cualidades excepcionales de Plácido y lo alentó y le facilitó libros. José Policarpo Valdés (1807-1852), que publicó sus versos con el seudónimo de *Polidoro*, demostró, por el contrario de Plácido y Vélez Herrera, poca fecundidad; pero dejó un saldo poético muy estimable por su fondo reflexivo y su forma cuidada, con exponentes tan bellos como su elegía *A una rosa blanca* y su soneto *A una boca*. Miguel de Cárdenas (1808-1890) fué más dado a la poesía incidental, coleccionada en *Flores cubanas dedicadas a las habaneras* (1842) y en *Poesías* (Madrid, 1854); lo mismo que José L. Alfonso y García (1810-1881), que editó en París sus *Cantos de un peregrino* (1863), que acusan cultura y buen gusto. Angel Turla (1813-

1834), nacido accidentalmente en los Estados Unidos, de muy corta vida, era una gran promesa por su ternura, delicadeza, sencillez, cultura y refinamiento artístico. Aunque anterior en nacimiento a todos los de este grupo, Anacleto Bermúdez (1806-1852) se identifica con el mismo en su técnica y en sus temas (*A la brisa, La rosa de la playa*, etc.). En el mismo se cuentan también Ramón de Palma y José Victoriano Betancourt, más significados como costumbristas. El de más condiciones fué Francisco de Paula Orgaz (1815-1873), muy influido por Zorrilla y cuyos *Preludios del arpa* (1841) motivaron que el Capitán General prohibiera su circulación, por su contenido patriótico. El *ciboneyismo* le contó entre sus adeptos, según puntualizaremos más adelante, al referirnos a esta modalidad de nuestra poesía.

Otro de nuestros mejores poetas y la más insigne de nuestras poetisas, nacen en 1814: José Jacinto Milanés y Gertrudis Gómez de Avellaneda.

José Jacinto Milanés (Matanzas, 1814-1863) es uno de los máximos líricos cubanos destacados por Enrique Piñeyro. Su nombre, sin embargo, se consagra en su tiempo, en el teatro. Asiduo concurrente a las tertulias de Domingo del Monte, recibe el aliento del ilustre humanista y mecenas, y animado por su consejo escribe su drama *El Conde Alarcos*, que se estrena en La Habana en 1838. El verso fácil y la tensión dramática son cualidades que avaloran este drama de ambiente romántico, inspirado en un romance anónimo, que figura en la colección publicada por Durán y que había servido de inspiración a otros poetas, desde Lope de Vega hasta Federico Schlegel, y que después, ya en nuestro siglo, sugirió la tragedia escrita por Jacinto Grau. No era el teatro precisamente el campo más propicio para que Milanés desarrollara a plenitud sus cualidades características; a pesar de que se ensayó también en él con otras obras: *Un Poeta en la Corte*, *A buena hambre no hay pan duro* (proverbio que le sirve para enmarcar un episodio de la vida de Cervantes), *Ojo a la finca*. Le faltó habilidad para sostener los caracteres (que suele concebir con fuerza); y esto se advierte en su mejor producción, *El Conde Alarcos*, en que chocan las pasiones más en la trama que en la vitalidad de los personajes, que a ratos lucen algo desvaídos, en medio de la tempestad en que se mueven. No puede negársele a Milanés, en cambio, su seria documentación, su buen conocimiento del espíritu romántico del teatro clásico, que aplicó sin duda con decoro y acierto, logrando emoción de ambiente y fluidez en el diálogo. El mayor defecto que tiene la obra es que el protagonista es el personaje más débilmente creado, muy desigual.

Persistiendo en la forma dialogada, escribió los cuadritos de costumbres que tituló *El Mirón Cubano* (1840). Están compuestos en verso y persiguen un fin moralista, atacando las ideas y procedimientos malos de su tiempo; algo así como el *Entremés de los Mirones*, del siglo XVIII español. El Mirón es un personaje obligado en los cuadritos, que observa y comenta cuanto ve y escucha; parece ser el propio poeta, que ejerce así su sátira social. Milanés es uno de los representantes del romanticismo cubano que más justifican la proyección social de la escuela. Esa tendencia moralista se advierte en su poesía lírica: *El Mendigo*, contraste del dolor que gime en los labios de un anciano que pide limosna a las puertas de un baile, y el fausto y la alegría que desbordanse en éste; *El Expósito*, en que se apostrofa al padre que abandona al hijo en la inclusa; *El Poeta envilecido*, protesta contra el vate que trafica con su pluma, y en el que ha querido identificarse a Plácido; *La Guajirita del Yumuri*, letrilla en que se canta la triste burla que, de una ingenua campesina hace un ricacho de la ciudad. El sentido civil alentó los alejandrinos *Los Dormidos*, en que increpa a jóvenes y ancianos, hombres y mujeres, que embebidos en el festín (alegoría de la cómoda indiferencia y el goce de una transigencia antipatriótica) olvidan sus deberes de cubanos; y asimismo inspiró su viril y valiente *Epístola a Ignacio Rodríguez Galván*, en que afirma su postura patriótica, esperando el momento en que la obligación lo llame: "mas siempre voy contigo, ¡oh, Cuba hermosa! — y apoyado al timón, espero el día".

El mejor valor lírico de Milanés se halla en sus poesías amorosas, a pesar de llamársele a veces el poeta de *La Madrugada*, por haber cantado el amanecer en nuestro país, y tener esta oda pasajes muy bellos, más subjetivos que descriptivos, pues en ella, como en otros cantos inspirados en la naturaleza (*Orillas del mar*, *El alba y la tarde*, *Invierno en Cuba*, *Niágara*, etc.), no se manifiestan en toda su intensidad la ternura y exquisitez de su temperamento lírico, que tan justamente elogió Longfellow, y que nos llegan a través de las estrofas de *La fuga de la tórtola*, *El beso*, *Las lágrimas* y otras creaciones suyas de tema erótico.

La primera edición de las *Poesías* de Milanés fué dada a la estampa en 1846, y una más amplia, dos años después de su muerte; ambas prologadas por su hermano Federico, también poeta. Su musa va de lo místico a lo festivo. Como en *Plácido*, la obra completa le perjudica estéticamente. La musa popular le sopló; pero ni sus *Glosas Cubanas*, ni las leyendas basadas en tradiciones cubanas abonan en su fama, como tampoco el *Cancionero de Tristán Morales*. Temperamento fino, atormentado por un conflicto íntimo que al cabo dió al traste con su cordura, terminando sus días completamente loco, Milanés perdurará por

la delicadeza y hondo lirismo de sus poemas idílicos. Poseyó una cultura muy bien orientada, que no sólo probó en algunos trabajos críticos que escribió, sino en sus traducciones del italiano y del francés (Ariosto, Víctor Hugo, Beranger, Millevoye), realizando versiones en verso dignas de los originales.

Gertrudis Gómez de Avellaneda (Camagüey, 1814-Madrid, 1873), en quien la abundancia no afectó a la calidad, cosechó sus triunfos literarios en España, donde maduró su cultura y encauzó sus excepcionales dotes poéticas, con maestros tan calificados como Gallego y Quintana. Aunque muy vinculada a España por su larga estancia en ella, por sus estudios, por sus amores y matrimonios, así como por sus resonantes éxitos consagradores, pertenece por completo a las letras cubanas, porque su genio se manifestó, desde su adolescencia, en Camagüey; y llegó a España, a los veintidós años, con su sensibilidad criolla bien definida, de tal modo que nunca renunció al amor de su cuna, rechazando invitaciones a figurar en antologías como española y exigiendo su clasificación en el parnaso cubano, y exteriorizando su devoción cubana en varias composiciones suyas: *Al partir* (soneto que ha ganado justa celebridad), *La vuelta a la patria*, *A las cubanas*. Que no cantara los anhelos de libertad que anidaban en el corazón de los cubanos, nada significa: casada con españoles, radicada en Madrid, no dejó de recordar y de enaltecer a su patria; y quien cantó *A Washington* y *A Francia* no disimulaba su simpatía por la libertad.

Por la armonía, el valor castizo de su lenguaje, el vuelo poético, la elegancia, nitidez y elevación del estilo, la rotunda sonoridad de los versos, el énfasis eficaz, pero medido, de su expresión, la profunda pasión humana que transpira y la sinceridad desbordada que la inspira, la obra de la Avellaneda la coloca entre los poetas más grandes de nuestra lengua. La perfección de su forma le da jerarquía clásica. Por sus sentimientos, por sus ideas, por su postura ante la vida, rezumada de sus poemas, de sus dramas, de sus novelas y leyendas, la obra de la Avellaneda es fruto del Romanticismo; pero dentro de un equilibrio magistral que la libra de todos sus extremismos. El lamento de su dolor no llega a la sensiblería; la expresión de su tristeza está tocada de una aristocracia emocional que ennoblece sus pesares; cuando llora y no calla su tormento, no hiere la eufonía ni hace agresión al buen gusto; huye de la estridencia y de todo lo destemplado y desmedido.

Espontánea en su arte como en su vida, infundió a su poesía lírica el calor de sus ardientes sentimientos. Selecta en sus costumbres, imprimiéndole a su vida un matiz de acendrado idealismo, con lo que salvaba su propia sensibilidad, en los choques más rudos con la realidad,



GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA

GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA. Mujer de genio extraordinario y multiforme: poetisa lírica, autora dramática, novelista, memoriógrafa, articulista..., "en sus versos se ve reflejada, asegura don Marcelino Menéndez y Pelayo, que glosa una opinión de don Juan Valera, no esta o aquella fase del amor, como acontece en otros poetas eróticos, sino *el amor en todas sus manifestaciones y desenvolvimientos*". Su teatro, ha escrito Remos, "coloca su nombre a la altura de los príncipes del romanticismo castellano". Sus narraciones imaginativas, inferiores sin duda a sus grandes aciertos líricos y a sus celebradas obras teatrales, ponen de manifiesto sin embargo dotes y características apreciables, "que serían suficientes para prestigiar la personalidad de un artista, si otras más altas aun no la prestigiaran en otros aspectos del pensamiento estético". La Avellaneda, nacida en la ciudad de Santa María del Puerto del Príncipe, hoy día Camagüey, dedicó la colección de sus obras, "en pequeña demostración de grande afecto", a su "Isla natal, a la hermosa Cuba".

Domingo Figarola-Caneda publica el grabado que reproducimos (*Gertrudis Gómez de Avellaneda*, obra póstuma, ordenada y dispuesta para la impresión por la señora viuda del eminente bibliógrafo cubano, Madrid, 1929), calificándolo de "un retrato muy conocido de la excelsa poetisa".

pero sin dejar de hacer predominar en todo instante lo que en ella pesó tanto, de hembra y de artista, dió a su poesía esa misma tónica con que animó su intimidad. Su lira es de acentos cálidos y sonoros como sus sentimientos y como las resonancias que en su espíritu tuvieron siempre todos los episodios de su vida; debiéndose a ello la sinceridad de su poesía. Por su pasión y por su estro poético, Valera la ha comparado con Safo y Corina. Pero en la lira de la Avellaneda el amor no se atiene a una cuerda, como suele suceder con casi todos los poetas, sino que recorre todas las esencias de la pasión; y en su estro vibran, con análoga elevación e idéntica sinceridad e intenso fuego, el amor humano y el amor divino, porque aquella sensibilidad suya estaba afinada para las más puras y sublimes inspiraciones del cielo y de la tierra.

La primera colección de sus *Poesías* fué editada en Madrid, en 1841, con prólogo de Juan Nicasio Gallego. En ellas se asoma el lector al cosmos interior de la poetisa, que vuelca el fervor de sus íntimos deliquios, de sus éxtasis de enamorada soñadora, de sus infinitas ansias de amor inquieto, y el alborozo de sus ilusiones y el quebranto de sus desengaños, en composiciones tan representativas de su lírica, como *Amor y Orgullo*, *A él* y *Ley es amar*; que canta su reacción ante el paisaje; que medita ante lo abstracto; que expresa su devoción a la esencia de la poesía, al genio poético y a la gracia de quienes fueron de los más distinguidos poetas de su tiempo; que dice de su aptitud para ansiar y sentir el arrobamiento de lo místico, en la *Dedicación de la lira a Dios* y en la *Solitud del alma*, en las que aspira a lograr el último grado de la ascensión espiritual: la unión del alma con Dios. Sólo un estro como el suyo podía arrancar como ella lo hizo, a su lira, acentos tan sublimes como los que entrañan estas dos odas místicas. La Avellaneda empleó en su lírica una variedad extraordinaria de metros, aplicando con lujo la innovación romántica de la diversidad frente a la unidad. Su fantasía *La noche de insomnio y el alba* es un ejemplo muy original de su rica gama métrica y del dominio que tenía sobre todos los ritmos, pues comienza el poema con un verso de dos sílabas, y continúa, empleando todas las medidas, hasta la de dieciséis, con la que termina. Las cualidades brillantísimas de la Avellaneda asombraron más en su época, por ser mujer; lo cual justifica que su prologuista dijera que la publicación de un tomo de poesías por una mujer no era frecuente en ningún país; "en el nuestro (dice) rarísima" (5). Pero en ella se sobreponían aún a esta circunstancia, para recibir con simpatía su obra, sus prendas superiores, que en un momento como el que le tocó vivir parecían privativas del hombre. De ahí que Gallego dijera: "Todo en sus cantos es nervioso

y varonil; así cuesta trabajo persuadirse que no son obra de un escritor del otro sexo" (6).

En el teatro, la Avellaneda escaló la altura de García Gutiérrez y Hartzenbusch. Creó caracteres, movió acertadamente el diálogo, conjugó admirablemente el conflicto de las pasiones, atuvo el plan a una lógica teatral atinadísima y usó del verso con la maestría que le era característica. Desde Calderón el drama bíblico no había gozado de tanto aliento poético, y *Baltasar* y *Saúl* son cumbres del género; la tragedia romántica brotó de su pluma con toda la fuerza de su fatal contraste, y *Munio Alfonso* (1844) le abrió el camino del éxito en el teatro; la comedia tuvo en su inventiva el enredo ingenioso de la clásica de capa y espada, en *Oráculos de Talía*, y la primorosa intriga de exquisito lirismo de *La Hija de las flores*. De las muchas obras que escribió para el teatro, y que fueron representadas en Madrid con feliz éxito (unas, desde luego, más que otras), la unánimemente encomiada por la crítica y colocada en primer término es *Baltasar* (1858), cuyo carácter ha sido comparado con el *Sardanápalo*, de Byron. El personaje de la Avellaneda es una de las creaciones más vigorosas del teatro de nuestra lengua, en todas sus épocas. Irreflexivo, pasional, con el desdén de los que creen ser semidioses, con la abulia propia de los que viven hastiados de poder, sin valladar a sus vicios y caprichos, alentados y servidos por la acomodaticia abyección cortesana; déspota taciturno que siendo la síntesis de una época, es a la vez el símbolo de la tiranía sin freno y sin razón. Frente a él, la fe y la virtud encarnadas en Elda; y como desenlace el cumplimiento de la predicción profética y el fallo de la justicia divina, encarnada circunstancialmente en los ejércitos persas de Ciro. Todo ello enmarcado en un ambiente de precisión fidelísima y articulado en magníficas estampas, inspiradas en el pasaje bíblico que prendió también en la fantasía de Calderón.

Los que han puesto en duda los sentimientos de la Avellaneda, con respecto a los legítimos anhelos de los cubanos, podrán una vez más rectificar su postura negativa, ante esta pieza condenatoria del despotismo y de la tiranía, algunos de cuyos versos bien pueden hacer pensar que la autora no tenía lejos de Cuba su pensamiento: "alas no halla el pensamiento — en donde no hay libertad". *Baltasar*, por su pensamiento, por su emocionante trama, por las situaciones tan bien dispuestas, por la pintura de sus personajes y por la garra teatral de varias de sus escenas, como el diálogo del acto segundo del protagonista con Elda, la locura de ésta y el desenlace, de gran efecto, colocan la obra de la Avellaneda al lado de *El Trovador* y de *Los Amantes de Teruel*, a los que supera a trechos en la versificación. En este drama, como en todos los

de ambiente histórico, la Avellaneda hizo patente su escrupulosidad para estudiar y penetrar el espíritu y los detalles de época. Así, *Recaredo*, *El Príncipe de Viana*, *Egilona*, los citados *Munio Alfonso* y *Saúl*, podrán distar de *Baltasar* por la grandeza artística de éste; pero no por la seriedad y acierto en la evocación de ambiente.

El espíritu liberal de la Avellaneda se reafirma en algunas de sus novelas, como *Sab* (1841), de ambiente cubano; *Espatolino* (1846) y *Guatimozín* (1846). La primera, que es la más rica en bellísimas descripciones de paisajes enclavados en la región camagüeyana, tiene como protagonista a un mulato, en cuyo pecho anidan los sentimientos más puros y nobles del corazón humano; no es puramente una novela de tesis abolicionista; pero está bien claro en ella un marcado propósito de rechazar los prejuicios raciales que dominaban en su tiempo; y con los prejuicios de raza, los de clase. En *Espatolino* (cuyo protagonista es el célebre bandido italiano) persigue un fin análogo al de Schiller, en su magistral drama *Los Bandidos*: atacar las mentiras sociales, animadas por la hipocresía humana, la ambición convencional y la falsa virtud. En *Guatimozín* (el emperador azteca), aunque violenta un poco la historia, lo hace precisamente en favor de sus ideales, atribuyendo a los indígenas pensamientos y sentimientos que, aunque no cuadran con la época de la Conquista, sí sirven al amplio criterio que distinguió en todo a la Avellaneda. Sus novelas, en general, no tienen la jerarquía literaria de su lírica y de su teatro; pero en todas infundió el hálito poético que fué privilegio de su ingenio; y tanto aquéllas, como sus leyendas (*La Ondina del lago azul*, *El aura blanca*, *La dama de Amboto*, etc.), atraen por su prosa de belleza en caudal, revelada en sus imágenes y detalles, por la atmósfera en que dió vida a la fábula. No es raro: todo cuanto escribió la Avellaneda lo impregnó de esa belleza en que envolvió su propia vida; y lo advertimos en sus cartas íntimas, en sus memorias, en sus impresiones de viaje, en los apuntes biográficos y en los diversos artículos que escribió para aquella revista que fundó en La Habana, cuando volvió a Cuba, en el año 1860: *Album Cubano de lo Bueno y de lo Bello*. Dondequiera que estampó su pluma dejó un destello de poesía, porque el sentido de lo poético era innato en ella. De sus obras se hizo una edición en Madrid, de 1869 a 1871, precedida por una biografía escrita por Nicomedes Pastor Díaz, y otra oficial en La Habana, en la fecha de su centenario (1914).

Costumbristas fueron en parte de su obra (como hemos visto) Milánés y la Avellaneda; pero incidentalmente. Como tales hemos de considerar más bien a quienes se han distinguido por una dedicación especial

a la novela y al artículo de costumbres. El más notable de nuestros costumbristas fué Cirilo Villaverde (San Diego, Pinar del Río, 1812-New York, 1894), profesor, periodista y patriota, que secundó los planes separatistas de Narciso López, a quien ayudó a confeccionar la bandera del movimiento encabezado por éste, y que es hoy la enseña nacional de la República; fundador en la emigración de varios periódicos consagrados a los empeños cubanos de separarse de España; y en ciertos momentos de su vida consagrada a la causa patria, partidario de la anexión de Cuba a los Estados Unidos, como mal menor. En 1837 comenzó su producción novelesca, con cuatro cuentos extensos, que aparecen en la *Miscelánea de útil y agradable recreo*; pero es en 1938, cuando se insertan en *El Album* sus novelas cortas *El Espetón de oro* y *Engañar con la verdad*, que se revela el excelente narrador que había en Villaverde. Otros cuentos y novelitas, insertados en *El Plantel*, *La Cartera Cubana* y otras publicaciones, le hicieron predilecto de los lectores; pero su consagración definitiva la debió a su novela *Cecilia Valdés*, cuya primera parte vió la luz en La Habana, en 1839, después de haberse insertado en el periódico *La Siempreviva*, editándose completa en New York (1882).

El título completo de esta novela de Villaverde (la más representativa de la novelística cubana) es *Cecilia Valdés o La Loma del Angel*; y es un gran lienzo, rico de colorido descriptivo, de las costumbres cubanas en las primeras décadas del siglo pasado. Es la epopeya social de Cuba en el período a que su acción se contrae; cuadro admirablemente trazado, lleno de interés y vida, en el que se animan hombres e instituciones; y en que los tipos desfilan con fuerza realista, como se ofrecen los encantos de la naturaleza y la topografía urbana. En sus páginas sabemos del drama de cada espécimen de la escala social, desde el potentado dueño de haciendas e ingenios, hasta el sufrido mestizo que busca el sustento en las reuniones bailables de la clase pobre; desde el más alto dignatario del gobierno, hasta el triste esclavo que gime por las torturas del *bocabajo*. La técnica de Walter Scott influyó en el gusto de Villaverde, y tejiendo los hilos de la urdimbre sobre un plan que denuncia la filiación al estilo del gran novelista escocés, descubre la vida cubana en la ciudad y en el campo, con todas sus peculiaridades, en los distintos estratos sociales; enaltecida por los altos ideales de quienes aspiraban a una superación colectiva, empequeñecida por los vicios, las crueldades, la esclavitud, la insania gubernamental y las prerrogativas de los pania-guados. Cafetales, ingenios, fiestas populares, tradiciones religiosas, abismos de razas, plazas y templos, prejuicios y sistemáticas normas en las relaciones sociales, diversiones típicas, escuela y mercado; todo cuanto

decora y alimenta el panorama cubano, en lo rural y en lo urbano, en los treinta primeros años del ochocientos, palpita y toma relieve en *Cecilia Valdés*.

Un idilio amoroso entre una mestiza de singular belleza y un joven blanco, rico, estudiante del Seminario de San Carlos y que resultan ser hermanos, por azares del destino, constituye el motivo de la acción principal, que el autor ciñe a la época del omnímodo General Vives. Alrededor del idilio toman cuerpo otras acciones y se relatan episodios diversos que dan al conjunto una amenidad deleitosa. En todo ello juegan las costumbres con una suerte de realidad asombrosa; en lo cual estriba el mayor mérito de la pluma de Villaverde, en una prosa clara y precisa. La evocación del barrio del Angel, en la capital de la Isla, escenario de los pasajes más importantes del drama central de la novela, lo hará perdurable en la misma forma en que lo describe el autor, aunque el progreso urbano le haya transformado hoy su fisonomía; tal es el milagro de color y emoción que nace de la hábil paleta de quien fué maestro de la descripción y del relato.

Esas mismas cualidades identifican a Villaverde en *El Penitente* (cuya publicación se inició en *El Faro Industrial* en 1844, y se hizo completa en New York en 1889) y en *Dos Amores* (1858), las novelas que le siguen en valor a *Cecilia Valdés*; la primera, revive La Habana del siglo XVIII; la segunda, la de 1836; una y otra son excelentes fuentes para reconstruir nuestra historia en las respectivas épocas en que la acción se desarrolla. Partiendo de *El Penitente* y siguiendo la lectura de *Cecilia Valdés*, primero, y después la de *Dos Amores*, puede rehacerse el ambiente histórico cubano, hasta incluir el primer tercio del siglo XIX. Asistente asiduo a las tertulias de Del Monte, quien apreció sus dotes naturales, orientó sus lecturas y le animó en la elección de algunos de sus temas, Villaverde asimiló de aquellas reuniones memorables el gran amor a los valores nativos, la gran curiosidad por investigar y tratar todo lo que fuera característico de nuestro suelo, y el fruto de aquella influencia fué su nutrida bibliografía de cuentos, novelas y artículos, inspirados en la historia y en las costumbres del país.

Otros novelistas agrúpanse en nuestra historia literaria alrededor de Villaverde, aunque sin sus alientos; cultivan más bien la novela de cortas dimensiones, el cuento extenso si se quiere. Ramón de Palma (1812-1860), poeta lírico de fondo triste y melancólico, que publicó tres tomos de versos, concurrente también a las tertulias de Del Monte, escribió preciosos cuentos costumbristas, de los que fueron los mejores: el relato sentimental *Una Pascua en San Marcos* (enmarcada en la espléndida naturaleza de Artemisa, en 1818) y *El Cólera en la Habana* (tra-

ma amorosa tejida en torno a la epidemia que arrasó a La Habana en 1833), ambos publicados en *El Album* (1838). Otro compañero de las tertulias, José Antonio Echeverría (1815-1855), de cuna venezolana, como Del Monte, ensayaba la novela histórica con *Antonelli* (publicada en *La Cartera Cubana*, 1839), que gira sobre un rumor que corrió acerca de una aventura amorosa que, en el siglo XVI, tuvo en La Habana el protagonista, ingeniero que vino a esta ciudad para fortificar el castillo del Morro; el autor (poeta también) era muy inclinado a los estudios históricos, como lo prueban sus biografías publicadas en *El Plantel*. Otro extranjero, también vinculado a Cuba, el colombiano Félix M. Tanco (de quien ya hablamos en el anterior período, como poeta lírico), es autor de la novelita de costumbres *Petrona y Rosalía* (producto de las conversaciones en las tertulias famosas), y que no se publicó hasta 1925, en *Cuba Contemporánea*, y que al parecer debía formar parte de un libro de novelitas titulado *Escenas de la vida privada en la Isla de Cuba*, y que fué concebido en 1838, año en que la literatura costumbrista había ganado el favor del público, y en que se editaba la colección de escritos de esta índole, profusamente ilustrada, que lleva por título: *Paseo pintoresco por la Isla de Cuba*.

Entre aquellos contertulios, el que nos da la nota esclavista más vibrante es Anselmo Suárez y Romero (1818-1878) con su novela *Francisco*, escrita entre 1838 y 1839, y publicada en New York en 1880. Ofrecese en ella un cuadro emocionante, vívido, de la tragedia humana sufrida por los negros que en Cuba gemían, víctimas de la onerosa institución. Narra los desdichados amores de dos esclavos, interferidos por los apetitos carnales del amo y ahogados por la más cruel impiedad. Minuciosa en la descripción de las costumbres domésticas y en las peripecias de la vida esclava, la novela de Suárez y Romero, aunque más cuidada en el estilo, no tiene el vuelo narrativo que caracteriza a Villaverde. Por su acento sentimental y sus escenas transidas de dolor, *Francisco* se desenvuelve en un ambiente de tristeza y desesperación muy propio del romanticismo. La novelita *Carlota Valdés* (bello canto doliente a la orfandad) y la *Colección de Artículos* (1859) justifican la buena literatura que hay que reconocer en la pluma del autor, de quien escogió Luz y Caballero estos últimos, como texto de lectura en su famoso colegio El Salvador. José Zacarías González del Valle (1820-1851) publicaba por aquellos días sus bien escritos cuentos románticos. Pero el de más castizo lenguaje, el de estilo cervantino, fué Ramón Piña (1819-1861), que también gustó asomarse al teatro. Su novela *Historia de un bribón dichoso* hace correr parejas lo costumbrista y lo psicológico; y el protagonista es un tipo muy corriente en la sociedad, de los

que se encumbran, por suertes de una cruel infamia, de la indigencia a la opulencia. Se publicó esta novela en Madrid, en 1859, un año después de otra que tituló *Gerónimo el bonrado*, de corte análogo. En 1841 salió de las prensas una novela que cautivó por su argumento y por su colorido: *Una Feria de la Caridad*, de José Ramón de Betancourt (1823-1890), orador y político que produjo sensación en las Cortes españolas. Dicha novela describe las costumbres camagüeyanas, en la década de 1835 a 1845, y por ella se deslizan personajes históricos. Hacia 1865 editó su novela *El Fatalista*, Esteban Pichardo, de cuya labor didáctica y filológica hicimos mención en el anterior período.

Los artículos de costumbres, más influídos por Mesonero Romanos que por Larra, contaron con un grupo de excelentes cultivadores. Además de Villaverde y Suárez y Romero, sobresalen otros que denotan avisado espíritu observador y delicioso gracejo. En primer término: el patricio camagüeyano, Gaspar Betancourt Cisneros (1803-1866), que firmó con el seudónimo *El Lugareño* sus *Escenas Cotidianas*, publicadas primeramente en *La Gaceta de Puerto Príncipe* y después en *El Fanal*, de 1838 a 1840. La proyección que *El Lugareño* tiene en la historia de Cuba toca a otro lugar de esta obra y a otra pluma explicarla; a nosotros sólo nos concierne señalar aquí los valores del escritor, que en sus *Escenas*, con una prosa de claridad meridiana, de sencillo estilo y agudo ingenio, con oportunas inclusiones folklóricas, atacó las prácticas inciviles, el atraso, la indolencia y carencia de iniciativa en que se desenvolvía la sociedad de su tiempo y de su región; describió fiestas y diversiones, refirió tradiciones y estimuló a sus contemporáneos, para que por medio del trabajo levantaran el nivel de la vida cotidiana. Ironista incisivo, se oculta tras el articulista que comenta deficiencias y desvíos, pero que apunta remedios, el estadista que había en él y que se escapaba por sus disquisiciones sobre economía, agricultura, educación, política, sociología.

Más literarios, si se quiere, fueron otros articulistas del momento: José M. de Cárdenas (1812-1882), a quien llamaron el Mesonero Romanos cubano y que usó el seudónimo *Jeremías Docaransa*. Su *Colección de Artículos* (1847) acusa una prosa atildada y un fondo satírico filosófico, que atraviesa la epidermis de una sociedad tarada por los peores vicios sociales. Sus artículos hicieron tanta fortuna, que se reprodujeron en el extranjero (*Revue des Deux Mondes*, de París) y hubo quien afirmó que él y Villaverde eran "los dos primeros escritores de costumbres de Cuba". José Victoriano Betancourt (1813-1875), poeta festivo, insertó en la prensa de Cuba y de Méjico (donde murió) artículos de fina comicidad, de mucha sal, aunque no falta en el fondo cierta

melancolía que les imprimen marcada espiritualidad. Manuel Costales y Govantes (1815-1866), autor de una novelita titulada *Florentina*, se distinguió por la elegancia y donaire con que describía las costumbres de su tiempo, colaborando en los periódicos más significados de la capital.

Varios de los costumbristas citados, y especialmente Manuel Costales, José Victoriano Betancourt y José María de Cárdenas, colaboraron en *Los Cubanos pintados por sí mismos* (Barcelona, 1852) ilustrada por Patricio de Landaluce y con grabados hechos por José Robles. Es obra análoga a *Los Españoles pintados por sí mismos*, aparecida en Madrid en 1843. Debíó constar de dos volúmenes, pero sólo vió la luz el primero. Por ella desfilan los tipos más característicos de nuestras costumbres de entonces: el lechero, el tabaquero, el vividor, la vieja verde, el pica-pleitos, el calambuco, el gallero, el *gurrupíe*, el amante de ventana, el mataperros, la solterona, el maestro de escuela, el testaferro, la comadre, etc. Perseguía esta tipología poner de relieve nuestra peculiaridad; lo que nos diferenciaba de la propia Metrópoli, como una expresión de los "fenómenos generales de la población y de las costumbres de cada clase". De otras obras de esta índole, como *Los Habaneros pintados por sí mismos*, no queda rastro, aunque a ella hace referencia Bartolomé J. Crespo, en su colección de poesías humorísticas: *Las Habaneras pintadas por sí mismas en miniatura* (Habana, 1847).

Apunta Aurelio Mitjans (primero que escribió un estudio histórico organizado del proceso literario cubano) que en la década de 1830 a 1840, decayó el gusto poético, salvo en aquellos poetas de superiores cualidades a que hemos hecho referencia. La verdad es que se produce una poesía desigual, en la que en verdad no predomina el acierto. El grupo de poetas nacidos en 1822, José Gonzalo Roldán (que muere en 1856), Francisco Javier Blanchie (en 1847), Felipe López de Briñas (en 1887) y el puertorriqueño Narciso Foxá (en 1883), ofrece altibajos en sus composiciones, como Carlos Valdés Navarrete (1837-1893) y Emilio Blanchet (1837-1915); muy fecundo y distinguido en otras disciplinas, como Ramón Zambrana (1817-1866); junto a los de ellos agólpanse multitud de nombres. Frente a esa poesía exterior, sin altos alientos poéticos, se alzan algunos poetas de depurado gusto, que cultivan un arte de más delicada emoción interior y de más culta expresión, que contrasta por su buen tono con la de dichos líricos, en quienes decae la brillantez que muestran los que mejor representan la primera etapa del Romanticismo.

Figura en primer término Rafael María de Mendive (Habana, 1821-1886), patriota que sufrió persecuciones y destierro, fundador del cole-

gio San Pablo, donde fué maestro muy amado de Martí; fundador de la *Revista de la Habana* (1853), que tanto contribuyó al encauzamiento de la buena literatura en Cuba. En 1847 publicó la pequeña colección de poesías, *Pasionarias*, y en 1860 la primera edición de sus *Poesías*, con prólogo del crítico y erudito español D. Manuel Cañete. En New York se imprimieron, en 1863, las *Melodías Irlandesas*, traducidas de Thomas Moore, y a las que había dado lectura en las tertulias que celebraba en su casa y en las que se congregaban los hombres más representativos de las letras cubanas en aquel momento. Resalta en su poesía la ternura, la delicadeza del pensamiento y el decir impecable; Menéndez y Pelayo lo juzgaba como el más elegante de su hora (7). La naturaleza estimuló sus reacciones interiores en poemitas antológicos, como *La gota de rocío* (exquisita balada de la más honda y fina espiritualidad). La nota sentimental pura y selecta dió tono a sus versos, y su canto fué tenue y suave; sólo ante el tema patriótico su lira resonó vibrante, como en su elegía *27 de Noviembre* y en la traducción de *El Pueblo*, de Víctor Hugo. Mendive colaboró en *Cuatro Laúdes* (1853), colección en que figuran, con las suyas, poesías de Ramón Zambrana, Roldán y López de Briñas.

Poeta de vasta cultura, de copiosas lecturas, de forma muy trabajada y autor de una obra, tanto lírica como teatral, en que predomina el buen gusto, fué Joaquín Lorenzo Luaces (Habana, 1826-1867), quien se dió a conocer ventajosamente en las tertulias de Felipe Poey, con la lectura de su poesía *Rosa, la hija del artesano*. Editáronse sus *Poesías* en 1857. Su inclinación a la cultura helénica, que estudió con devoción y provecho, tradúcese en sus gráciles imitaciones de Anacreonte, y en su tragedia *Aristodemo* (1867), animada de un neoclasicismo medido y excelente. En corrección poética, Luaces aventaja a los más significados cantores seleccionados por Piñeyro, excepto la Avellaneda, con quien —en esto solamente— puede hombrarse. Le faltó el vuelo de inspiración de Heredia, la espontaneidad de Plácido y el eco interior de Mendive. No es la ternura, como en éste, su mejor acento; se muestra más afecto al tono grandilocuente, en poesías en que el fondo civil se filtra por el motivo indirecto (*La caída de Misolonghi*, *Canto de Kaled*, *A Varsovia*, *Oración de Matatías*, etc.) y en odas de alientos filosóficos (*La Vida*, *La Muerte*, *El Trabajo*, *La Naturaleza*, etc.). Ensayó el poema extenso, en *Cuba*, sin feliz resultado; en cambio, acertó en los pequeños cuadros plásticos, como *La salida del cafetal* y *La muerte de la bacante*. Sobre leyendas de nuestro folklore, escribió en romances sus *Tradiciones Cubanas*. Y en el teatro no se circunscribió al

citado ensayo neoclásico: de pura cepa romántica son *El mendigo rojo* y *Arturo de Osberg*.

Este momento dió el mejor de nuestros poetas elegíacos: Juan Clemente Zenea (Bayamo, 1832-Habana, 1871), cuyo patriotismo alboreó desde temprano en su vida, costándole destierro y, como desenlace, morir fusilado. Sólo una colección de sus versos vió la luz en vida del poeta: *Cantos de la tarde* (1860). Este título bien podía cobijar toda su producción (a excepción de la patriótica vibrante) porque toda ella está a tono con la melancolía del atardecer. Zenea fué periodista (fundó la *Revista Habanera* y fué redactor de *La Revolución*, el periódico que dirigía Piñeyro en New York) y profesor (lo fué del colegio El Salvador). En sus poesías expresó con emoción comunicativa sus estados espirituales, sus íntimos dolores, estimulados por el amor y por la patria. La sinceridad dió a las elegías suyas una calidad poética inconfundible; ellas brotan como cantos incontenibles desde lo más profundo de su tribulación. Su romance *Fidelia* (desolador recuerdo del amor extinto) ganó el aprecio selectivo de las antologías, por la dulce y natural manera de cantar su tristeza crepuscular. Junto a él cabe colocar el manojo que integra el *Diario de un mártir* (título dado por Piñeyro) y que lo forman dieciséis composiciones de dimensiones breves, escritas en la fortaleza de la Cabaña e inspiradas, casi en su totalidad, en la nostalgia de la esposa y de la hija ausentes. De fondo patriótico, el poema en cuatro partes *En Días de esclavitud*, contiene su magnífico *Nocturno*, que es, con *Fidelia*, el madrigalesco soneto *A un lunar* y las dieciséis composiciones póstumas, lo mejor de su lira. Aunque se ha discutido el patriotismo de Zenea, por la sombra que se proyectó sobre su gestión suasoria cerca de Carlos Manuel de Céspedes, aclaraciones posteriores y su propia muerte desvirtúan toda sospecha. En su obra lírica no son disimuladas a ratos las influencias de Musset y Lamartine, así como la del poeta italiano Grossi, a quien imitó en su conocida canción *A una golondrina*.

Alfredo Torroella (1845-1879) de quien Martí dijera que "parecía fuerte águila que llevaba en el seno una paloma" produjo una lírica romántica sin extravíos; discreto, pero de contagiosa sinceridad; publicó dos tomos de poesías, en 1864 y en 1866. Emigrado en Méjico, escribió nuevos poemas, alentados algunos por el ideal separatista. Dirigió la revista *Ensayos Literarios* (1861). Concurrió a las tertulias de Azcárate, donde fué admirado, a la vez que como autor, como recitador. A su muerte, Martí hizo su panegírico, en memorable discurso, en el Liceo de Guanabacoa. Antonio Vinageras (1823-1905) fué poeta de fecunda lira y también cultivó el teatro; sin ser muy altas sus cuali-

dades, su verso es fácil y de grata sonoridad; en París imprimió sus *Obras* (1855) y después *Ideas* (1862).

Otro alto valor elegíaco de nuestro parnaso, constitúyelo Luisa Pérez de Zambrana (1835-1922), cuya poesía desprovista de todo artificio, natural, profundamente sentida, fácil en su expresión, le da jerarquía de primer orden. La delicada ternura que le imprimió le valió el sobrenombre de "Tojosita de Melgarejo" (su lugar natal, Santiago de Cuba). Varona afirmó que "jamás la poesía castellana ha encontrado notas más suaves, más dulces, más tiernas para trasladar los afectos de un alma férvida" (8). El dolor del hogar deshecho por la muerte de sus seres más queridos, sugirió los motivos de varias de sus mejores elegías (*Martirio*, *Dolor supremo* y *La vuelta al bosque*). Con razón dijo la Avellaneda, poniendo prólogo a sus *Poesías* (1860) que "si hay en la poesía de Luisa esa interesante "sombra de indefinible pesar", hay ese "virginal misterio" del alma que sólo se revela por suspiros melódicos; hay esa vaguedad de la melancolía que seduce y atrae". Luisa Pérez de Zambrana (exceptuada la Avellaneda) es la cumbre de un grupo de poetisas que producen en nuestro romanticismo: Mercedes Valdés Mendoza (1820-1896), de ejemplar buen gusto, bien orientada preparación y marcada originalidad, cuyas poesías fueron coleccionadas en 1854; Luisa Molina (1821-1887), magnífico caso de autodidactismo, cuya buena cosecha poética, cultivada en su apartamiento campesino, donde arrastró miseria y soledad, fué recogida por varios escritores en el *Aguiñaldo de Luisa Molina* (1856); Ursula Céspedes de Escanaverino (1832-1874), de escogido lenguaje y buena versificación, muy afín a la tónica poética de Luisa Pérez de Zambrana, cuyo volumen de versos *Ecos de la Selva* (1861) fué prologado por Carlos Manuel de Céspedes; Brígida Agüero (1837-1866), prima del mártir Joaquín Agüero, influída, como la mayoría de las poetisas de este grupo, por las bellezas del campo, que vivieron casi todas desde su infancia; la hermana de Luisa, Julia Pérez y Montes de Oca (1839-1875), suave y cadenciosa, esmerada y elegante; y Adelaida del Mármol, que sólo vivió diecisiete años (1840-1857), cuyos *Ecos de mi arpa* (1857) descubrieron una sensibilidad finísima y una gracia y belleza poco comunes, que hubieran hecho de ella una de las primeras poetisas de su tiempo.

El fabulista de nuestro romanticismo fué Francisco Javier Balmaseda (1823-1907), superior a Plácido y a José María de Cárdenas. Su tomo de *Fábulas Morales* (1861) es digno de nota por su originalidad, ya que están bien alejadas de los consabidos modelos, desde Esopo, a los que tanto saquearon por lo regular los fabulistas. Lo claro y fácil de la exposición, tanto del relato como de la moraleja, las hicieron populares

en su tiempo. Estas fábulas de Balmaseda contribuyeron con sus enseñanzas a orientar la conciencia cubana, pues en el fondo de todas ellas había la obra de un pensador, que en esta forma amena llegó al corazón de la juventud de su tiempo. Así sirvió doblemente a su patria, ya que coadyuvó con fervor y decisión a la causa de la independencia. Sus vastos conocimientos, su nutrida cultura la puso a contribución (en obras diversas) de los intereses económicos y agrícolas de Cuba; pero principalmente con sus fábulas le prestó a ésta su mejor servicio, ya que ellas corrieron por los colegios de su época y dieron su jugo a la gran generación del 68.

La poesía patriótica que desde Heredia representa una de las manifestaciones más peculiares de nuestra literatura, fué en el Romanticismo un factor muy eficaz en la preparación de la conciencia separatista, tanto en los movimientos precursores como en el que originó la Guerra Grande. En algunos de los poetas estudiados hemos anotado su contribución a ella. Algunos, como Mendive y Zenea, directamente; otros, como Luaces, simbólicamente. En 1858 fué editado en New York un tomito en que están recopiladas las más ardientes poesías patrióticas de los poetas revolucionarios; se titula *El Laúd del Desterrado*, y tuvo una significación extraordinaria, pues fué como "una especie de catecismo patriótico, en la Universidad y en los colegios cubanos", como dijera Raimundo Cabrera (*Sacando bilas*). Los ejemplares llegados a Cuba corrían rápidamente entre profesores y alumnos, que leían su contenido reiteradas veces, como si aquella fuera la biblia del movimiento.

Contenía el tomito poesías de Heredia y de Zenea (de quienes ya hemos tratado); y de otros bardos que no basta recordar sólo por su poesía patriótica, sino por haber sido también cultivadores inspirados de otros temas; tales son: Leopoldo Turla (1818-1877), hermano de Angel (ya citado), cuyo mejor saldo está precisamente en la poesía patriótica, por su entusiasmo, tono y fluidez (*Perseverancia*, *A Narciso López*, *Degradación*, etc.), ya que *Ráfagas del Trópico* (1842) no contiene apenas algo que haga recordarlo. Miguel Teurbe Tolón (1820-1857), de amplia cultura, que fué quien dibujó la bandera ideada por el héroe de Cárdenas y cultivó géneros diversos además de la poesía (teatro, novela, periodismo) y se dedicó al profesorado; sus cantos patrióticos revelan energía en el acento, rencor persistente al déspota, ardor comunicativo (*El Pobre desterrado*, *Himno de guerra cubano*, *Mi propósito*, *En la muerte de Trinidad Roa*, etc.); en general fué un poeta sentimental, que escribió mucho, contenido en sus libros: *Preludios* (1841), *Luz y sombra* y *Leyendas cubanas* (1856), *Flores y espinas* (1857). Pedro Angel Castellón (1820-1856), modesto, casi ignorado,

es el más bien dotado como poeta, y produjo versos que quedarán por su buen gusto, elegancia, corrección y sinceridad: la elegía *A Cuba*, los sonetos *A los mártires de Trinidad y Camagüey* y *En la muerte de Julio Chassagne*. Pedro Santacilia (1826-1910), el de más sólida cultura y también el de tono más agresivo (*A España*); fué un trabajador infatigable, por el ideal de independencia, en Estados Unidos y en Méjico (en este último país fué secretario y yerno de Juárez), y en su tomo de versos, *El Arpa del proscrito*, revela su aliento lírico, su musa culta y su ternura, cuando no era el motivo de la patria el que hacía vibrar el cordaje de su lira. José Agustín Quintero (1829-1885), tan estimado por Emerson y Longfellow, cinceló la forma y produjo bellas sonoridades no exentas de meduloso fondo: *Poesía, bajo la tiranía*; ¡Adelante!, *A Miss Lydia Robbins*, *El Banquete del destierro*, etc. A excepción de Teurbe Tolón, todos murieron en el destierro. El propio Zenea puede decirse que murió accidentalmente en La Habana, por haber sido hecho prisionero cuando, saliendo del campamento de Céspedes, volvía al exilio.

Un tipo de poesía, cuya finalidad es patriótica en el fondo, da motivo a otra modalidad en la lírica romántica: el *ciboneyismo*. Se inspira en leyendas y tipos aborígenes, elemento con que en nuestra literatura se sustituyó lo árabe que matiza la poesía zorrillesca. Se intentaba, a través de las angustias y persecuciones de que eran víctimas los indígenas, cantar indirectamente el dolor de la patria. Lo forzado del propósito, la misma singularidad del tema, no eran propicios al buen gusto poético; así esta tendencia perdura más por su valor histórico que por su valor estético. Inspirador y fecundo cultivador de ella fué José Fornaris (1827-1890), cantor de lo anecdótico, muy frondoso y poco selecto; aunque poseedor de extensa cultura (patentizada en sus actividades profesoras y en sus libros didácticos, así como en muchos de sus propios versos), se inclinó más al tono popular, acaso impulsado por su patriotismo, que le aconsejó mejor este camino, para llegar a todos, como creía necesario. Con J. S. León ordenó y publicó la útil antología *Cuba Poética*, que hicieron acompañar de notas y juicios. En este período escribe sus diversas colecciones de versos, aunque las publica todas juntas, bajo el título de *Poesías*, en 1888: *Cantos patrióticos* (donde está su bien lograda oda *Al General Serrano*, con motivo de la muerte de Luz y Caballero), *Cantos sociales*, *El libro de los amores*, *El arpa del bogar* y *Tropicales*, donde están los *Cantos del Siboney*, que aparecieron en 1855. La poesía de Fornaris es la genuina poesía "tropicalista"; era muy fácil en la rima, y desbordaba un franco sentimiento cordial. Las evocaciones de Hatuey, del cacique de Abaguanes, de Doreya, de Naraya, etc., le dieron gran popularidad, y los *Cantos del Siboney* tuvieron

cinco ediciones sucesivas, ya que en ellos, como dijo años después el propio Fornaris (explicando la razón de esta poesía), se veía "un símbolo, en el que los indios siboneyes representaban a los cubanos oprimidos, y los indios caribes, a los injustos opresores". A él se debió la letra de la canción más famosa de toda la época revolucionaria: *La Bayamesa*, a la que pusieron música Carlos Manuel de Céspedes (que también era poeta) y Francisco Castillo Moreno, estrenándose en una serenata, en una noche de marzo de 1851.

La influencia de Fornaris fué grande. Siguiendo sus pasos escribió el ya citado Francisco de Paula Orgaz el tomo *Las Tropicales* (1859), en que canta costumbres y leyendas de los ciboneyes. El más importante de todos es Juan Cristóbal Nápoles Fajardo (1829-1862), más conocido por su seudónimo *El Cucalambé*, quien poseyendo una vasta cultura humanística prefirió el sentido popular, como Fornaris, aunque produciendo una poesía más fresca, más pura en su intimidad, de más puro sabor campesino, porque vivió muy compenetrado con la vida rural. Su libro *Rumores del Hórmigo* (1856) es lo más legítimo y decoroso que tiene la genuina poesía popular cubana, sentida y expresada por un poeta culto que no quiso robarle su candor. Cantó en décimas las desdichas de Hatuey, del cacique de Maniabón, de Guarina, etc.; y con un ritmo delicioso y una sencillez cautivadora, dijo, como el mejor de nuestros juglares campesinos: *Mi guajira*, *La ribereña del Hórmigo*, *Adiós a mis lares*, etc. *El Cucalambé* es además imprescindible para penetrar el corazón de la poesía rural cubana y de la poesía popular en general, brotando de ella un bucolismo encantador, cantado como vivido.

CAPÍTULO II

EL TEATRO ROMANTICO. LA POLEMICA FILOSOFICA. LOS PROSISTAS. LA "REVISTA DE LA HABANA", "EL SIGLO" Y OTRAS PUBLICACIONES

NUNCA ha tenido el teatro en Cuba la fortuna que ha mostrado en otros géneros literarios. Durante el período romántico, la aportación es pobre, si exceptuamos algunos casos esporádicos, como el de la Avellaneda, difícil de superar aún en otras literaturas; el de Milánés y Luaces, con algunas obras apreciables, debidas más a las cualidades de excelentes poetas que hubo en ellos, que a su pericia en las peculiaridades tan exclusivas del arte escénico, lo cual no sucede en la autora de *Baltasar*, en quien coinciden ambas características y en alto grado. Accidentalmente también, escribieron para el teatro en este período algunos de los poetas y prosistas citados, que se consagraron más y con mejor éxito a otros géneros: Ramón de Palma, por ejemplo, produjo *La prueba del cruzado*, que data de 1837; José Victoriano Betancourt y Miguel Teurbe Tolón, en 1847 escriben en Matanzas *Las apariencias engañan* y *Una noticia*, respectivamente; Ramón Piña: *No quiero ser conde* (1838) y *Las equivocaciones* y *Dios los junta y ellos se estorban* (ambas en 1848); en este mismo año, José María de Cárdenas: *Un tío sordo*; Juan Cristóbal Nápoles Fajardo (*El Cucalambé*): *Consecuencias de una falta* (1859); José Fornaris: *La Hija del pueblo* (1865) y *Amor y sacrificio* (1866); y también en este último año: Emilio Blanchet: *El Anillo de Isabel Tudor*, y otras posteriormente.

Oportunamente señalamos el año 1838 como el que marca la insinuación romántica en Cuba, e hicimos alusión a la representación de *El Conde Alarcos*, de Milánés. Ahora debemos agregar la de un dramaturgo vizcaíno, que vivió algún tiempo en Cuba: José María Andueza (n. 1809), que estrenó su tragedia romántica *Guillermo*, cuya acción se desarrolla en Cataluña, en el siglo XII y que en su asunto novelesco denota mérito imaginativo. Aunque se advierte la influencia de los dramas de Dumás y de Víctor Hugo, conjuga el conflicto de pasio-

nes, a la manera de García Gutiérrez y Hartzenbusch. Fué autor de otras obras dramáticas: *María de Padilla* y *Blanca de Navarra*. Por él sabemos de las peripecias que sufrió la representación de un drama del dominicano Francisco Javier Foxá (1816-1895), hermano de Narciso (a quien ya nos hemos referido). Fué en el teatro "Tacón", de La Habana, el año 1840, y se titula *Don Pedro de Castilla*, en quien quiso descubrir la suspicacia española un ataque a la dignidad real, promoviéndose fuerte escándalo y ordenándose que no fuera de nuevo llevado a la escena. Según el testimonio de Andueza (9), hubo hasta quien murió a consecuencia de los golpes recibidos en la gran trifulca que se suscitó en el coliseo. Dicho drama de Foxá tiene una importancia que es preciso subrayar: fué escrito en 1836; por tanto, anterior a otras manifestaciones de esta índole en la América. Max Henríquez Ureña afirma que fué Foxá "quien llevó en Cuba el romanticismo a la escena y uno de los primeros que cultivaron el teatro romántico en lengua española"; y para respaldar esta afirmación, hace el cómputo de fechas con respecto a los dramas de Martínez de la Rosa, Duque de Rivas, García Gutiérrez y Hartzenbusch, en España (10). La censura por esta época era muy rigurosa, y a menudo prohibía la representación de obras de autores cubanos, como la propia Avellaneda, Milanés, Nicolás de Cárdenas, etc.

Los temas, en general, eran de carácter histórico; pero no sobre nuestro pasado, sino de la historia española o, por lo menos, europea. Raro era hallar una obra como *Venganza contra venganza*, de Fernando Urzáis, referente a la presencia del pirata Morgan en nuestras costas. Eran dramas sentimentaloides en su mayoría, cargados de puñal y de veneno, muy a tono con el romanticismo truculento de procedimientos extravagantes. Algunos fueron muy fecundos, como Ramón Francisco Valdés, autor de *El Doncel* (1838), *Cora* (1839), *Leonor o El Pirata* (1841), *Ivanhoe* (1842), *Doña Sol* (1852) y muchos más; Antonio Solórzano y Correoso, que dejó dos volúmenes de poesías líricas y fué aún más prolífico que Valdés en el teatro: *El Conde D. Enrique* (1847), *D. Fernando en el siglo XIV* (1848), *El Triunfo de la virtud* (1857), *El sacrificio y la víctima* (1858), *Esposa, virgen y mártir* (1859), *El Duque de Clermont* (1860), etc. Otros, apenas dieron algún que otro drama: Nicolás Pimentel: *Inés o Las Cruzadas* (1839), Juan Miguel de Losada: *La sacerdotisa del sol* (1838), el mejicano Francisco Gavito: *Gonzalo de Córdoba* (1839), José F. Broche: *El bandido* (1840), *Mendoza* (1841), *El Juglar* (1842); y algunos prefirieron la comedia, como Federico Milanés (hermano de Jacinto), que escribió varias: *Un baile de ponina* (1840), *La visita del marqués* (1861), *Mercedes* (1867), etc.; y José de Poo: *Casarse con la familia* (1864). También el proverbio

tuvo sus cultivadores: Isaac Carrillo O'Farrill, de buen saldo como lírico y de ejemplar ejecutoria patriótica, e Ignacio Miranda. No faltó la comedia satírica, contra el propio romanticismo, como *La Romanticomanía* (1838), de Andrés López Consuegra; y el drama neoclásico, pues además del citado *Aristodemo*, de Luaces (de tan innegables valores literarios), produjo Juan Francisco Manzano (de quien ya hemos hablado en estas reseñas históricas de las letras cubanas) *Zafira*, de escasísimo mérito.

Alfredo Torroella escribió dramas, comedias y proverbios. Su primera obra teatral fué el drama *Amor y pobreza* (1864), que al igual que *Careta sobre careta* (1866) fué estrenado en el teatro Tacón; el drama *Laurel y oro* se estrenó en el teatro Albisu en 1867; los bufos representaron, en 1868, sus sainetes *El Ensayo de Don Juan Tenorio* y *Un Minué*. En el exilio estrenó otras obras teatrales, según consignaremos oportunamente.

El teatro genuinamente cubano hay que buscarlo en el género bufo, en el que se continuaba la tradición de Covarrubias, y se satirizaban con gracejo y chispa las costumbres cubanas de la época, en movidos sainetes, que a veces eran harto mordaces. También los saineteros satirizaron las extravagancias románticas; y el más inclinado a ello fué el gallego Bartolomé José Crespo (1811-1871), que usó el seudónimo *Creto Gangá*; hombre de amplia cultura, que cursó estudios en el Seminario de San Carlos y en la Universidad de La Habana, colaborando en los mejores periódicos de la capital. Llevó a sus sainetes el tipo del negro "bozal", razón por la cual salpicaba mucho sus diálogos con palabras pertenecientes a dialectos africanos: *Un ajiaco* (1847), *Debajo del tamarindo* (1864). En ingeniosos pasos cómicos, hizo festivas instantáneas de su tiempo: *El chasco* (1838), *Los apuros de Covarrubias*, etc. Otro de los saineteros más notables de entonces fué José Agustín Millán, habanero, también muy culto, que hizo correctas traducciones del francés, que insertó en su *Miscelánea dramática y crítica* (1848). Escribió una considerable cantidad de sainetes; fué sin duda el más fecundo de todos, refiriéndose siempre a motivos de actualidad, por lo que, dada su gracia espontánea y aguda, hacía las delicias del público que lo prefirió siempre. Las costumbres tuvieron un cauterio en sus sainetes: *Un velorio en Jesús María*, *El novio de mi mujer*, *Apuros del carnaval*, *Un concurso de acreedores*, *El médico lo manda*, etc., ponían al desnudo errores y vicios, y al propio tiempo que provocaba incontenible hilaridad, aleccionaba. Francisco Fernández trató también el tema de los negros; pero en vez del «bozal», como Crespo, escogió el refitolero, creando el tipo del "negro catedrático", que hizo tanta fortuna en el gusto

popular. Hacia 1868 fué el sainetero de moda: *Los negros catedráticos* (que escribió en varias partes, y la última en colaboración con Pedro Néstor Pequeño), *El bautizo*, *El Avaro*, etc. El matancero Rafael Otero fué de los que también ganó justa simpatía en el público, por su comicidad fina, separándose siempre de lo grotesco: *Un novio para la niña*, *El coburgo*, *Un bobo del día*, etc. A veces abordó con buen éxito la comedia de mayores proporciones: *Quien tiene tienda, que atienda*.

Iniciase en 1838 (año, como hemos visto, tan significativo en la historia de las letras cubanas) una serie de discusiones públicas sobre problemas fundamentales de la Filosofía; es lo que en la historia del pensamiento cubano se distingue con el nombre de *Polémica Filosófica*; y cuyo curso explica el estado de las ideas en Cuba, en torno a las cuestiones esenciales de la metafísica, del método para el estudio de las ciencias del entendimiento, del alcance de la moral y del espíritu religioso. Figura central de la *Polémica* es D. José de la Luz y Caballero (Habana, 1800-1862), uno de los más eminentes maestros de la cultura cubana, educador que forjó la generación del 68 y alto *espécimen* humano, que hizo objetiva en sí mismo su propia sentencia: "Enseñar puede cualquiera; educar, sólo el que sea un evangelio vivo"; y lo fué él a través de una biografía colmada de incidentes que proclaman su integridad de carácter, su amor a la patria, a la verdad, a la justicia y al bien. Discípulo y profesor del Seminario de San Carlos, maestro del colegio *San Cristóbal* y fundador del más famoso colegio de nuestra historia educativa, *El Salvador* (1848), cuya influencia en la conciencia cubana fué intensa y decisiva (lo cual se estudia en otra parte de esta obra), desempeñó también la cátedra de Filosofía, que tuvo por sede el convento de San Francisco, de La Habana.

La *Polémica* se extiende durante dos años y se ventila en periódicos de la Isla, lo cual entraña un hecho insólito, ya que es significativo y excepcional que cuestiones que caen de lleno en la especulación filosófica y que es de suponer que no son del dominio de la mayoría, del tipo medio de lectores, merezca la atención de las planas de los diarios, dedicadas más bien a problemas e informaciones de actualidad; y mucho más no tratándose de algunos artículos que, en poco tiempo, lograran fijar la posición y el criterio de sus autores, sino de gran número que ocuparían por años el espacio hurtado a otros temas más al alcance general; y que ha dado material para varios volúmenes, al recogerla y publicarla recientemente (desde 1946) la *Biblioteca de Autores Cubanos*, editada por la Universidad de La Habana. En ella puso de manifiesto Luz y Caballero su pensamiento filosófico, su erudición en estas

cuestiones, su preocupación por la proyección de las ideas en la orientación pública cubana, y su visión amplia y lejana, que le llevó a afirmaciones, que tal vez pudieran ser consideradas como antecedentes en algunas directrices posteriores, adoptadas por el pensamiento filosófico europeo (11). *El Diario de la Habana*, el *Noticioso* y *Lucero de la Habana* y *El Plantel*, en la capital, y *La Aurora de Matanzas*, la *Gaceta de Puerto Príncipe* y otros periódicos del interior, fueron tribunas desde las cuales se libró la batalla dialéctica. A la vez que Luz, participaron: Domingo del Monte, el Pbro. Francisco Ruiz, Manuel y Zacarías González del Valle (*Tulio*, *El Ecléctico* y *Otro*), Bachiller y Morales, *El Lugareño*, Félix M. Tanco, Manuel Costales y otros que, solamente por esta circunstancia, se salvaron del anónimo, como José Tomás de la Victoria, Domingo León Mora, Juan Francisco Funes, Vicente A. de Castro, Nicolás Pardo Pimentel, Elías Ragnault y los que firmaron con los seudónimos *Rumilio*, *Dómine* y *El Adicto*, quienes han sido identificados respectivamente como el Lcdo. Manuel Castellanos Mojarrieta, licenciado Miguel Storch y Manuel Aguirre y Alentado. *El Experimentalista*, *Ayrelío*, *El Bayamés*, *Sarmiento*, *El Trinitario*, *Un Discípulo de Cousín*, *Un Ciudadano del Mundo* fueron seudónimos también empleados por varios participantes. Luz usó por su parte los seudónimos *Fair-Play* (Jugar-Limpio), *Filozeles*, *Un Amante de la Verdad*, *El Amigo de la Juventud*, *El Centinela*, *Valete*.

Ya Luz había sostenido, desde 1832, una polémica en relación con sistemas de enseñanza aplicadas en el colegio *San Cristóbal*, en la que expresó su convicción de que el estudio de las ciencias naturales es lo que más contribuye en el alumno a educar la inteligencia en los hábitos de observación e investigación. De entonces las revelaciones públicas de la postura de Luz en favor del método experimental, la cual postura explícita y reafirmala en toda su extensión, en la fase de la Polémica que se ha denominado "Cuestión de Método", que sostuvo contra *Rumilio*, *Dómine* y *El Adicto*; y que parte de la refutación que hizo el primero, de los fundamentos expuestos por Luz, en el *Elenco* para los exámenes del colegio *San Cristóbal*. Para el pensador habanero, el conocimiento de la Física debe preceder al de la Lógica, porque "empezar por la física o las ciencias naturales es empezar por el principio: el hombre naturalmente se siente arrebatado a la contemplación de los objetos externos, por el sinnúmero de sensaciones con que ellos asaltan todos los sentidos: así forzosamente ha de ser naturalista antes que ideólogo. Primero ha de empezar por lo de fuera que por lo de dentro. "Bueno es consignar cómo Luz deslindó las ciencias físico-naturales de las especulativas o intelectuales (las que denominamos ciencias del espíritu o de

la cultura) y que sostuvo que aquéllas deben preceder a éstas, para ir lógicamente de lo conocido a lo desconocido; de lo que constituye la fenomenología del universo al mundo de la inteligencia humana; imprimiéndole al estudio de unas y de otras un carácter experimental" (12). Sus contrincantes sostenían la necesidad de anteponer el estudio de las ciencias especulativas a las naturales. Esta polémica se extiende, desde mayo de 1838, hasta octubre de 1839, con sus intermitencias.

Enlázase con la polémica sobre el Método, la que iniciaron en agosto de 1838, Manuel Costales y José Zacarías González del Valle (1820-1851) sobre la Ideología, interviniendo Luz, y que duró hasta septiembre de dicho año. Apoyó éste a Costales y abordó con precisión el problema del origen de las ideas, estimándolas como el resultado del ejercicio de las facultades intelectuales, que se forman en el alma; y convino en que, debiendo conocerse primeramente las ideas que primero se adquieren, para "seguir el desarrollo gradual de las otras ideas (posteriores) para tener un conocimiento completo y exacto de ellas", el estudio de la ideología es necesario para el de la literatura, como entendía Costales y negaba González del Valle. A fines de 1838 se produjo la polémica que provocó Domingo del Monte con su artículo *Moral Religiosa*, y que tanto afectó a la honda amistad que estos dos próceres de la patria y de la cultura se profesaban. Del Monte aboga por el espiritualismo puro y ataca la postura sensualista que defiende Luz. La intervención de Tanco en favor de Del Monte agrió la discusión. Luz rechazó la calificación de materialista que se le dió a la doctrina de la sensación y de "veneno que corroe a la sociedad en sus primeros fundamentos"; y negó asimismo que la cuestión religiosa fuera una consecuencia de la cuestión metafísica, reafirmandose en el criterio de que la religión no peligra porque se defiende (como él lo hace) que la fuente de todo conocimiento radica en la razón y la experiencia. En 1839 se suscitó la controversia entre el Pbro. Francisco Ruiz (1817-1858), uno de los más altos valores de la erudición filosófica del pasado siglo, y Manuel González del Valle (1802-1882), profesor de la Universidad y director del *Colegio Cubano*, y (como su hermano Zacarías) también representante muy distinguido de los estudios filosóficos. Luz intervino como mero aludido más bien, aunque inclinándose al criterio de Ruiz (frente al de los hermanos del Valle) que ya él había aplicado en el colegio *San Cristóbal*, basándose para aceptar su bondad en que "la ley del deber, lejos de oponerse al principio de la mayor utilidad, encuentra en éste su más firme apoyo. La una es el precepto, el otro es la teoría".

De 1839 a 1840 se desarrolló la más importante de esta serie de polémicas: la que sostuvieron Luz y los González del Valle sobre el eclec-

ticismo, defendido por éstos e impugnado por Luz, que se mostraba partidario del pensamiento de Locke, y que al final recogió sus ideas en la obra inconclusa *Impugnación al examen de Cousin* (1840). Justifica Luz el método inductivo y rechaza el apriorístico; no acepta otro camino que el que propicia la armonización de lo racional con lo experimental; por eso es partidario del pensamiento de Locke, porque "cierra las puertas a toda tentativa ontológica; pero las abre de par en par a todo medio legítimo de investigación". Fué un convencido de que no hay incompatibilidad entre lo científico y lo metafísico. Medardo Vitier comenta: "Ni Dios se salva del relativismo y de la condición inductiva que atribuye José de la Luz al espíritu humano. No derivaba el concepto de Dios de la pura razón. Llegaba a él no por intuición, sino mediante las realidades universales. No exceptuaba a Dios del método inductivo. Sin embargo, estaba tan convencido, como San Pablo, de que "en él vivimos y nos movemos y somos".... "Más todavía: sentía a Dios en la tribulación y llega a decir que la saborea." (13). Es en esta polémica (complemento luminoso de la sostenida sobre el método) en que se pone de relieve, en su más largo alcance, el pensamiento filosófico de Luz, que gracias a estas discusiones llega a nosotros en su innegable importancia, ya que el maestro insigne de *San Cristóbal*, *San Francisco* y *El Salvador*, no dejó una obra orgánica que permita conocer ordenadamente sus ideas. Atacó el eclecticismo, porque lo consideró inclusive de gran peligrosidad política, ya que, abundando en sus conclusiones, hay que aceptar las cosas como son y el mundo no puede ser mejor de lo que es, lo que supone un estancamiento para el progreso y una aceptación tácita, a la vez, de la situación cubana, que los patriotas como él aspiraban precisamente a superar.

Sus *Aforismos* (publicados en parte por Enrique Piñeyro, en la *Revista del Pueblo* y en la *Revista Habanera*, y últimamente por la Universidad de La Habana), que es lo que más ha trascendido, manifiestan más bien al pensador que se coloca al margen de lo académico, que se incorpora al saber popular, reafirmando en ellos su filiación hacia lo experimental, hacia lo empírico. Son sentencias de claro fondo y expresión sencilla y clara, que utilizando el zumo de la propia experiencia, van enderezadas a orientar al hombre en sus acciones para con los demás y en su íntima moral. El pensamiento de Luz (que mucho nos interesa por lo que significa en la formación de la conciencia nacional) nos lo ofrece muy lejos del pirronismo sistemático, y a la vez contrario a todo lo que no sea producto del análisis racional, incluso lo absoluto. Su positivismo es muy particular, pues, aún con ribetes místicos, fué amante de la prueba y aseveró, no obstante, que "las ciencias son los

ríos que nos llevan al mar insondable de la divinidad". Se pronuncia en contra de los que pretenden excluir los resortes morales que influyen en el corazón humano y que niegan en él las fuentes del sentimiento y de la poesía. "Positivismo (asegura) no quiere decir más que rigor en la demostración, quedándose en la esfera de conjetura lo que no estuviere debidamente patentizado, por plausible que sea a nuestra razón y halagüeño a nuestras pasiones. Y si no, no hay ciencia, sino delirio y hasta error funesto." La metafísica, o más bien sus problemas, están condicionados por él a la investigación; y la lógica (a la que denomina "teoría de teorías") ha de ser práctica, más bien que natural, porque no la considera como resultado exclusivo de las facultades mentales, sino de la experiencia, por lo que debe preceder a su conocimiento el de las ciencias naturales.

La personalidad de Luz y Caballero (*Don Pepe* en su proyección magisterial) acusa uno de los más vigorosos talentos y de las más amplias y sólidas culturas de la prosa cubana. En contacto con otros países (Estados Unidos, Francia, Italia, Inglaterra, Bélgica, Holanda, Alemania, Suiza) a los que visitó detenidamente, cultivó el trato directo de grandes hombres de su época, en ramos distintos: Walter Scott, Cuvier, Michelet, Rosmini, Longfellow, Mezzophanti, Ticknor, Humboldt, etcétera; dominaba varias lenguas y estaba familiarizado con el espíritu humanístico, con sus instrumentos filológicos y sus grandes representativos. Además de sus escritos filosóficos y pedagógicos, dió pruebas de sus dotes literarias en varios discursos panegíricos y en eruditos y bien meditados estudios sobre la novela, la Condesa de Merlín, los valores de Walter Scott, etc.; así como en magníficas traducciones: el *Viaje a Siria*, de Volney, y la *Vida de Schiller*, publicada en un periódico de Leipzig. Su bibliografía general es extensa; y por dondequiera que pasó (Sociedad Patriótica, instituciones docentes, etc.) dejó marcada muy profundamente su huella, con ideas personales y trascendentes, y con actitudes que aleccionan.

La otra gran figura de este período, en lo patriótico y en lo literario, es José Antonio Saco (Bayamo, 1797-Barcelona, 1879), uno de los más claros estadistas de nuestra historia y de los escritores de más pura prosa. Rebelde, aunque no estridente, admira por su firmeza y por el raciocinio con que supo acompañar cuantas posturas tomó frente a las realidades que impugnó. Discípulo de Varela, lo sustituyó (cuando éste marchó a la Metrópoli, elegido Diputado a Cortes) en la cátedra de Filosofía; fundó con Varela, en New York, *El Mensajero Semanal* y dirigió en La Habana la *Revista Bimestre Cubana*, de la Sociedad Patriótica, de la que fué uno de sus miembros más distinguidos, y en el seno

de la cual promovió Saco el resonante incidente de separar la Comisión de Literatura, para fundar la Academia Cubana de Literatura; el cual adoptó un matiz político, pues los enemigos del proyecto veían en él un pretexto para asociarse los desafectos al régimen, a lo que les inducía la conducta de sus defensores, que eran (además de Saco) Del Monte, Luz y Caballero, Poey, Escovedo, Nicolás de Cárdenas, etc.; todos de bien sincera cubanía. Sus resultados fueron el destierro de Saco, que había escrito los vibrantes pronunciamientos en *Justa Defensa de la Academia*, y en cuyos conceptos se basó Tacón para confinarlo en el interior de la Isla (en Trinidad), de donde se alejó de Cuba (1834), no regresando hasta 1861; pero emigrando de nuevo para no retornar más, aunque sin dejar de preocuparse incesantemente por los problemas cubanos, desde Londres, París o Madrid, ciudades en que estuvo instalado, hasta morir en Barcelona.

Muy atinadamente ha destacado Chacón y Calvo tres notas distintivas en la producción de Saco: el enciclopedismo, la especialización y el criticismo (14). Hijos del espíritu enciclopedista son los *Papeles*; del de especialización, la *Historia de la Esclavitud*; y en todos, como tónica dominante, se acentúa el sentido crítico, al que se debió el gran polemista que fué. Profundamente analítico, todo lo sometió al estudio minucioso que le permitía la universalidad de su sólida cultura, y sus convicciones, que fueron recias y estables, nacieron a través de un proceso de razonamiento, al que acompañó siempre, como respaldo, la erudición; y como nacieron, las transmitió a los demás: con la razón por vehículo principal. El conjunto de su obra acusa un incesante desvelo por los destinos de Cuba, y toda ella puede señalarse como uno de los más fuertes y fecundos cimientos sobre los cuales se levanta la nacionalidad cubana. Fué Saco, en este aspecto, un verdadero fundador; en sus escritos están los estratos de la conciencia cívica de nuestro pueblo y se animan elementos básicos de nuestra cultura. La entereza de su carácter está vaciada en la entereza de sus ideas. Anheló la felicidad de Cuba por un camino evolutivo y no por la revolución; de ahí sus planes reformistas y no separatistas; pero la meta de su ideal era la independencia, tras la debida madurez, no sólo de nuestro propio pueblo, sino de las posibilidades. Analítico como era, no quiso lanzar a su pueblo a la aventura, sino conseguir gradualmente las ventajas que en definitiva lo separarán de la Metrópoli. Por eso también fué antianexionista, porque estimaba más difícil, al final, la emancipación de los Estados Unidos que de España. La pasión lo tachó de afecto a España; y él mismo redactaba así su epitafio, contestándole a los anexionistas:

"Aquí yace José Antonio Saco, que no fué anexionista porque fué más cubano que todos los anexionistas". Su pensamiento político lo revela como paladín del reformismo, y basa éste en la rectificación de todas las injusticias sociales; la esclavitud, en primer término. El vigor y la trascendencia de ese pensamiento, lo expresó Saco en una prosa viril, pulcra, de estirpe clásica, cargada de raciocinios y exenta de exaltaciones imaginativas, aunque no de emoción; pero de una emoción serena y reflexiva.

De 1837 a 1845, visitando archivos y bibliotecas de algunas importantes ciudades europeas, preparó Saco su monumental *Historia de la Esclavitud*, que comenzó a redactar en París en 1845; pero que no fué publicada, en definitiva, hasta 1875, año en que se publicó el primer tomo en Barcelona. El proceso de publicación siguió hasta 1879, editándose el último de los cuatro tomos que vieron la luz en vida de Saco, también en la citada ciudad; pero el segundo y el tercero, en París. Otros dos fueron dados a la estampa por Vidal Morales y Morales, en La Habana (1883-1892); y el último de ellos había quedado inconcluso. Estudia Saco la evolución de esta institución onerosa, remontándose al Egipto de Menes, aunque opina que el verdadero principio está en el Génesis, pues estima que responde al sentimiento innato de los hombres de ejercer poder sobre sus semejantes y procurar que sobre éstos caiga todo el peso de los trabajos materiales. Los tres primeros tomos abarcan el panorama de la esclavitud en el mundo antiguo y en la Europa de los tiempos medios y modernos; los restantes se contraen al Nuevo Mundo. Esta obra de Saco no ha sido superada ni en su erudición, ni en su amplitud ni en las virtudes de su estilo.

En París se publicó, entre 1858 y 1859, la *Colección de Papeles científicos, históricos, políticos y de otros ramos de la Isla de Cuba*, en la que figuran trabajos que ya habían sido publicados, y otros completamente inéditos. Consta de tres tomos, y dada la diversidad de materias que abarcan los ensayos que contienen (porque son verdaderos ensayos de índole política, económica, sociológica, etc., en que se manifiestan las dotes superiores del estadista), se aprecia en ellos la universalidad de los valores intelectuales de Saco. En el primero sobresalen: la *Memoria sobre caminos en la Isla de Cuba*, en que estudia las causas de la descomposición de las vías comunicativas, y expone el modo de construirlas y de conservarlas después, para evitar los males sociales y económicos que acarrea su ausencia; la *Memoria sobre la vagancia en la Isla de Cuba* (el más importante de todos, a nuestro juicio), en que señala la génesis de la desocupación: la negligencia gubernativa, que da alas al juego, que es germen de los peores vicios; los cafés, como gua-

ridas de vagos perniciosos; la existencia de vallas de gallos y de billares, en que se distrae la obligación durante horas del día; la cantidad considerable de días festivos que hay en el año; y también la falta de buenos caminos, las deficiencias en los sistemas educativos y el corto número de carreras y de oficios lucrativos. La polémica con Ramón la Sagra (a que hemos aludido en otro período de esta historia) sobre las poesías de Heredia, figura en este tomo, brindándole ocasión para demostrar su sensibilidad fina y su enérgica postura en el debate. En el segundo tomo descuella su magnífico alegato en pro de *La supresión del tráfico de esclavos africanos en la Isla de Cuba*, en que se propone no solamente contribuir a la abolición de la esclavitud, sino probar que la supresión del tráfico de negros no podía atrasar ni arruinar a la agricultura cubana; es uno de los más importantes ensayos brotados de su pluma, y que más contribuyeron a enquistarle la estimación de tantas voluntades poderosas que vivían en la Isla del auge del tráfico. En el tercero resalta la ardiente polémica sobre la Academia Cubana de Literatura, a que nos referimos más arriba. El doctor Vidal Morales y Morales recopiló e imprimió, en 1881, varios "papeles" inéditos de Saco, con el título de *Colección Póstuma*, entre los que se halla su famoso *Voto Particular en la Junta de Información*, cuando fué designado para integrarla; y en el que se opone al nombramiento de Diputados a Cortes, después de los fracasos anteriores, sufridos por las representaciones coloniales. Los *Papeles* definen su actitud: a la altura de los intereses políticos y económicos están los intereses educativos; y sólo es libre un pueblo cuando, gozando de personalidad política y solvencia moral y económica, está preparado intelectualmente para gobernarse a sí mismo y para contribuir al adelanto del saber humano.

Florecen en este período, además de los dos grandes prosistas cuya producción acabamos de presentar, otros de singular relieve, a quienes vamos a referirnos a continuación. En los estudios históricos ocupa el primer lugar Antonio Bachiller y Morales (1812-1889), a quien se ha dado con razón el sobrenombre de "patriarca de la erudición cubana"; patriota esclarecido a quien Martí exaltó en sus virtudes como amante de la libertad y como investigador. En la arqueología cubana su nombre ocupa los primeros planos y sus contribuciones son imprescindibles. *Cuba primitiva*, que apareció en 1838, contiene un estudio comparativo entre la etnografía, las tradiciones y el lenguaje de nuestros primitivos habitantes y los de Santo Domingo, Yucatán y Panamá, así como atisbos filológicos con respecto a Centroamérica, México y el Sur del Continente. Sus *Apuntes para la Historia de las Letras y de la Instrucción Pública en la Isla de Cuba* (1859-1861) es una contribución utilísima

e incesantemente consultada (aunque haya sido revisada en algunas afirmaciones) sobre los orígenes de la educación y de la literatura en la Isla; acusa información de primera mano y buen sentido en la apreciación de los datos. Otras monografías, como *Historia del Azúcar*, *Antropología en la Isla de Cuba*, etc., contribuyen al relieve de la personalidad de Bachiller, en relación con las fuentes de nuestra cultura y de nuestras raíces económicas.

Pedro José Guiteras (1814-1890) escribió la mejor *Historia de la Isla de Cuba*, anterior a la era republicana. Vió la luz en Estados Unidos (1865-1866) y se extiende desde los orígenes hasta el gobierno de Tacón. En ella se advierte el atinado uso de la documentación, el juicio sereno y el buen estilo; y se sigue, en bien llevado itinerario, la evolución política de Cuba, hasta las décadas en que se forma la conciencia nacional. Antes había publicado una *Historia de la Conquista de la Habana por los ingleses* (1856), que es un excelente estudio de interpretación histórica. Educador, perteneció a una familia de distinguidos consagrados a la enseñanza. El ya citado José Antonio Echeverría proyectó una serie de biografías (*Velázquez, Primeros historiadores de Cuba*) que comenzó a publicar en *El Plantel*. José María de la Torre (1815-1873) dejó una obra que se ha hecho imprescindible en el conocimiento de nuestro pasado: *Lo que fuimos y lo que somos o La Habana antigua y moderna*. A esta categoría de obras a las que irremisiblemente hay que recurrir, pertenecen: la *Memoria Histórica de la Villa de Santa Clara* (1858), de Manuel Dionisio González (1815-1883), y que comprende el recuento de la vida política, social y cultural, desde el siglo XVII, en aquella región. El poeta Pedro Santacilia publicó sus *Lecciones sobre Historia de Cuba* (1859), dadas en el Ateneo Democrático de New York; en ellas despunta más el propagandista contra la Metrópoli, que toma la propia historia como el mejor alegato. Dos obras históricas ven la luz en el presente período que reseñamos, que aunque de escritores españoles, no deben ser silenciadas, por su mérito: la *Historia Física, Política y Natural de la Isla de Cuba* (París, 1844), por Ramón la Sagra (1798-1871), y *Ensayo Histórico de la Isla de Cuba* (1842), por Jacobo de la Pezuela (1811-1882), base de una obra más amplia: *Historia de Cuba* (1868), que por la seriedad de sus fuentes y por el criterio equilibrado con que fué escrita, es estimada como manantial informativo, al igual que su *Diccionario Histórico, Geográfico y Estadístico de la Isla de Cuba* (1863). Muy utilizada ha sido asimismo la obra de José María Andueza, a quien conocemos como dramaturgo, que lleva por título *Isla de Cuba pintoresca, histórica, política, literaria, mercantil e industrial* (1841).

Historió el proceso de la educación filosófica, José Manuel Mestre (1832-1886), cuya figura, como la de Echeverría, se halla tan ligada a los destinos de la Junta Revolucionaria de New York. Su libro *De la Filosofía en la Habana* (1862) analiza los diversos sistemas, desde el Pbro. Caballero hasta su tiempo; está animado por un análisis ponderado y preciso; e imprimió a estos estudios (desde su cátedra universitaria) un sentido vitalizador en la conciencia juvenil cubana, con el propósito de hacer aptas para los ideales prácticos de la nación, a las nuevas hornadas. El espíritu crítico predominaba en la prosa de este período tan fecundo en las ideas, como pudimos apreciar en los dos más claros varones del momento: Saco y Luz y Caballero. Mestre debe ser incorporado en esa dirección. Igualmente José Silverio Jorrín (1816-1897), jurista y académico, cuyo curso sobre la *Filosofía del Arte* (1861) revela una superior cultura estética y filosófica, y bastaría de por sí para que su nombre figurara entre tan ilustres pensadores como los que Cuba gozó en el lapso brillante en que nace la conciencia nacional, si no fuera autor, además, de otras monografías notables, como *Utilidad e importancia de la Literatura* (1865) y las que posteriormente publica alrededor de Colón y del Descubrimiento, que motivaron una polémica muy interesante con Manuel Sanguily. Ramón de Palma fué el historiador y comentarista, en un magistral trabajo insertado en la *Revista de la Habana*, sobre *Cantares de Cuba* (1854); y Ramón Zambra, de las *Diferentes épocas de la poesía en Cuba*, en otro estudio de erudita consistencia y depurado gusto, publicado también en 1854 y en la misma revista. Antonio Angulo y Heredia (1837-1873), que colaboró en publicaciones de La Habana y de Madrid, dió un curso en el Ateneo de esta última ciudad, que luego recogió en un tomo voluminoso, sobre *Goethe y Schiller* (1863). Por esta época ejercía la crítica en Cuba un violento y agresivo escritor vallisoletano: Juan Martínez Villergas (1817-1894), satírico mordaz, que fundó varios periódicos en La Habana, de los que fué el más célebre *El Moro Muza* (1859). Sus polémicas solieron degenerar en fuertes escándalos, cuando defendió al régimen metropolitano; y algunas, de índole gramatical, no sólo se separaron de ese tono que en él parecía predominante, sino que fueron muy provechosas.

La literatura jurídica y política se honra con dos nombres: José Calixto Bernal (1804-1886) es uno; a quien se deben brillantísimas tesis de derecho político, basadas en conceptos muy avanzados, como su *Teoría de la Autoridad* (1856) y *La Democracia o El Individualismo* (1859), editados ambos libros en Madrid y contentivos de su criterio favorable al gobierno directo del pueblo, al sufragio universal y al re-

conocimiento del derecho de insurrección; así como a la constitución de una federación internacional, cuyos fines son los mismos que en nuestro siglo han justificado la Sociedad de Naciones, primero, y la Organización de Naciones Unidas, hoy. Otros libros y monografías le acreditan como uno de los más grandes fundadores del pensamiento político cubano, habiendo sido, por sus ideas expuestas con valentía y en la propia España, perseguido y encarcelado. Su *Tratado Político* es obra maestra. El otro nombre que dignifica la bibliografía política es el de Francisco de Frías y Jaccott, Conde de Pozos Dulces (1809-1877), director del periódico *El Siglo* (de cuya significación hablaremos más adelante), donde expuso, así como en diversas *Memorias*, su pensamiento sobre política económica y agraria, y a cuyas campañas persistentes, cargadas de razones, se debieron algunas ventajas para Cuba, y se debió el establecimiento de la Junta de Información. Pozos Dulces demostró ver muy claro el problema de la riqueza cubana, cuyas fuentes fijó en el agro, indicando el camino que, de seguirse, conduciría a la más amplia prosperidad económica del país. Contrario al separatismo, compartió la postura reformista de Saco como otros publicistas que sumaron sus voluntades a la de estos insistentes luchadores; y entre ellos, José María Zayas (1824-1887), cuyo folleto *Cuba. Su porvenir*, dado a la circulación en 1868, coincidiendo con el movimiento de opinión y actividades independentistas de ese año, fué sensacional.

Pertenece a esta época un escritor polifacético, que impresionó más por su brillante oratoria: Tristán de Jesús Medina (1833-1886). Fué católico y después protestante; la cátedra sagrada le cuenta entre sus más altas figuras, por su elocuencia subyugante, su vastísima cultura y el tono peculiar y árdido de sus discursos, no obstante la índole religiosa de sus oraciones. Cultivó también la tribuna académica, disertando en el Ateneo de Madrid, y pronunciando, en nombre de la Real Academia Española, el panegírico de Cervantes en honras anuales por el alma del egregio escritor. Sostuvo ideas liberales, y apoyó en Cuba el movimiento reformista. Fué poeta y novelista.

Sobre Cuba escribió en francés una cubana: Mercedes Santa Cruz y Montalvo, Condesa de Merlín (1798-1852). Su artículo publicado en la *Revue des deux Mondes*, titulado *Les esclaves a Cuba et dans les Colonies espagnoles* (1841), así como los tres volúmenes de su libro *La Havane* (traducido: *Viaje a la Habana*) editados en 1844, demuestran, como otros libros anteriores: *Mes douzee premiéres années* (traducido en 1838: *Mis doce primeros años*), *Souvenirs et Memoires de madame Comtesse Merlín* (que fué traducida en 1853: *Memorias y recuerdos de la señora Condesa de Merlín*), que su pensamiento no se alejó de nuestro

suelo a pesar de la fama de su salón parisino, que acogió lo más distinguido de la intelectualidad, la política y la sociedad de su tiempo, en la capital francesa. Las traducciones de sus obras fueron hechas, en su mayoría, por Agustín de Palma.

Los dos órganos de publicidad más importantes de este período fueron la *Revista de la Habana* y *El Siglo*; aquél en el orden cultural, y éste en el político. La primera fué fundada por Rafael María de Mendive en 1853, y se publicó quincenalmente hasta 1857, en dos series. Con el poeta de *La gota de rocío* cooperó, en la disposición de la revista, José de Jesús Quintillano García Valdés. En sus páginas se ofrecieron sustanciosas colaboraciones de las plumas más calificadas de entonces en Cuba y en el extranjero, constituyendo la *Revista*, por sus trabajos y autores de éstos, el órgano de cultura más representativo del período, como lo fué la *Revista Bimestre* del anterior, y habrían de serlo en el siguiente las revistas de Cortina, de Varona y de Sanguily. En la revista de Mendive se dieron a conocer monografías de incuestionable valor, que prestaron señalados servicios a la erudición y a la crítica, como los *Apuntes*, de Bachiller y Morales; las anteriormente citadas de Palma y de Zambrana; la de este último sobre *La Filosofía de Varela*; el *Elogio de Escovedo*, de Luz y Caballero y su *Informe* sobre el Instituto Cubano; *Antigüedades cubanas*, de Andrés Poey; los estudios de Mestre sobre el egoísmo y sobre el placer y el dolor; el ensayo de Guiteras: *Influencia de la mujer en la sociedad cubana*; se publicaron: la novela de Piña, *Gerónimo, el honrado*, y la de Costales, *Florentina*; poesías del propio Mendive, Del Monte, L. Turla, N. Foxá, Blanchié, Roldán; artículos de Suáñez y Romero, Tanco, José Ignacio Rodríguez, J. Q. García; los *Recuerdos de Viaje*, de Jorrín, etc. En la sección *Biblioteca de la Revista* aparecieron cuentos, leyendas, etc., de Villaverde, Echeverría, Palma, García, etc.; así como antología de poetas hispanoamericanos. Se dió cabida a muchas traducciones de producciones notables y se hicieron comentarios bibliográficos de obras recién publicadas en Europa y América; de modo que el lector estaba bien informado del movimiento intelectual del mundo. Por la calidad de todo este material, la *Revista* fué un admirable complemento de la labor educativa de la conciencia histórica, filológica y artística, con que los maestros de la cultura cubana que descollaron en este lapso (y entre los cuales ocupa puesto de honor Mendive) contribuyeron a orientar el espíritu de la nación.

El Siglo fué el vocero del movimiento reformista; se inició en 1862 y duró hasta 1868, aunque su momento más significativo comienza en 1865. Lo dirigió en un principio José Quintín Suzarte (1819-1888),

periodista de infatigables y vigorosas campañas en favor del mejoramiento cubano, y que emigró en su oportunidad para seguir la causa separatista cubana; director que fué de otros periódicos (*El Faro Industrial*, *El Diario de la Habana*, *El Correo de la Tarde*, *La Aurora del Yumurí*, de Matanzas, etc.) y fundador de muchos, en La Habana y fuera de Cuba, durante su destierro (entre los primeros: *La Siempreviva*, *El Artista*, etc.), Suzarte libró en *El Siglo* tesonerías batallas en pro de la igualdad de derechos de los cubanos y en contra de medidas arancelarias contraproducentes para los intereses del país. Pero dicho periódico alcanzó la importancia y trascendencia que tiene en nuestra historia, señalándosele como iniciador de un nuevo estilo en el periodismo cubano, cuando asumió la dirección del mismo el Conde de Pozos Dulces (a quien Suzarte secundó como vicedirector por un tiempo) al hacerse cargo de la empresa una sociedad anónima, integrada por un grupo de distinguidos patriotas: José Morales Lemus (que la presidió), Miguel Aldama, José Manuel Mestre, etc. Además de Pozos Dulces y Suzarte, escribieron en *El Siglo* cubanos ilustres que dieron fe siempre de su preocupación por los altos destinos de Cuba (José de Armas y Céspedes, Ricardo del Monte, José Manuel Mestre, Martín Rivero, etc.), quienes tenían que enfrentarse con la intransigencia española y sostener constantes polémicas con los que representaban el integrismo sin disminuciones. En las páginas de *El Siglo* queda un gran caudal de sana y constructiva doctrina nacionalista, aunque se mantuviera una línea de propaganda autonomista, ya que el logro de la reforma no sería más que el primer hito, tras el cual vendría el de la soberanía cubana. No hay que olvidar que no pocos de los que figuraron en la empresa y en la redacción de *El Siglo*, se incorporaron a los ideales del 68: Morales Lemus, Aldama, Mestre, Suzarte, etc.

El período fué pródigo en publicaciones. Sería prolija su enumeración. Algunas, sin embargo, no deben pasarse por alto; amén de las de carácter antológico, como *Cuba Poética*, colección aparecida en 1855 y ordenada por Fornaris y José del Socorro León. En 1838 aparecen: *El Album* y *El Plantel*; ambas muy importantes. La primera inicia Luis Caso e impúlsala Ramón de Palma, quien también dió todo su entusiasmo, en unión de José Antonio Echeverría, a la segunda. Gozaron de excelentes colaboraciones estas revistas, y en ellas fueron insertadas muchas obras valiosas del romanticismo cubano. En 1837 fueron antecedentes respectivos de las mismas: *Miscelánea de útil y agradable recreo* y *El Aguinaldo Habanero*. En 1838 vieron la luz también: *La Cartera Cubana* (dirigida por Vicente A. de Castro) y *La Siempreviva* (de Suzarte). Los integristas tuvieron su principal tribuna en *La Pren-*

sa (1841). Seguidamente van entresacándose los títulos de *La Guirnalda* (1842); *El Prisma* (1846); *El Artista*, también de Suzarte (1849); *El Almendares* (1852), fundado por Zenea e Ildefonso Estrada; *La Guirnalda Cubana* y *La Guirnalda Literaria* (ambas en 1854); *El Seminario Cubano* (1855), de Santiago de Cuba; *Brisas de Cuba* (1855), de Néstor Ponce de León; *La Piragua* (1856), de Luaces y Fornaris; *La Habana* (1859), de Adolfo Márquez Sterling; *Album Cubano de lo Bueno y de lo Bello* (1860), de la Avellaneda; *Revista Habanera* (1861), de Zenea; *Cuba Literaria* (1862), de Fornaris y J. S. León; *El Album Güinero* (1862), que publicó Calcagno en Güines. ¡Cuántos diarios y revistas más podríamos citar! (*Diario de la Habana*, *El Moro Maza*, *Faro Industrial de la Habana*, *Correo de la Tarde*, *El Correo Habanero*, *Diario de Trinidad*, *Diario de Sancti Spiritus*, *El Fanal* [de Puerto Príncipe], *Floresta Cubana*, *El Observador*, *El País*, *La Opinión*, *Liceo de Matanzas*, *Liceo de la Habana*, etc., etc.)

Lleva a cabo la Universidad de la Habana, en este tramo de nuestra cultura, la reforma de sus planes de estudios; se establecen los Institutos de Segunda Enseñanza y se funda por Luz y Caballero el colegio *El Salvador*; pero la significación de estos hechos escapa a nuestro propósito. En el plano oficial se registra también una fundación importantísima en el campo de la cultura: la *Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana*, el 19 de mayo de 1861, siendo su primer Presidente el doctor José Nicolás Gutiérrez y Hernández, y su primer Secretario, el doctor Ramón Zambrana, a quien hemos citado en distintas ocasiones. Tuvo como sede la *Sociedad Económica de Amigos del País*, en cuya Biblioteca celebró sus sesiones la naciente corporación. Don Felipe Poey, Antonio Díaz Albertini, Juan Bruno Zayas, su hermano Francisco, Joaquín Lebrede, Juan M. Sánchez de Bustamante, Félix Giralt, Antonio Mestre, Joaquín Muñoz, entre otros, compartieron con Gutiérrez y Zambrana las primeras labores de la Academia, cuyos *Anales* comenzaron a publicarse en 1864 bajo la dirección de Mestre y Muñoz, iniciándose la inserción de la larga serie de interesantes memorias y estudios que avalan este órgano de la institución. Don Felipe Poey organizó un Museo de historia natural, del que fué designado Director.

Estableciéronse en toda la Isla sociedades de cultura y recreo (como solía llamárselas) en las que se trataba de armonizar la misión educativa con el esparcimiento. Fundóse en La Habana el *Liceo Artístico y Literario*, que fué la que gozó de más alto prestigio. La presidía, al inaugurarse en 1844, el Conde de Fernandina; y en sus actividades partici-

paron las más connotadas figuras de la literatura, de la ciencia y del arte; allí se explicaron cátedras diversas, de ciencias, derecho, literatura, artes, comercio, etc., que estuvieron a cargo de profesionales distinguidísimos; se representaron óperas y obras dramáticas, dedicándose los fondos que se obtuvieron a la Casa de Beneficencia. Otras dos sociedades habaneras cobraron mucho auge: *El Pilar* (1848) y el *Liceo de Guanabacoa* (1861), que dirigió don Nicolás Azcárate, y cuya tradición cultural fué muy brillante. En 1864 se constituyó el Ateneo Cubano. Con el nombre de *Liceo*, se fundaron asociaciones análogas en varias ciudades de la Isla (Matanzas, Puerto Príncipe, Pinar del Río), haciéndose por algunos estimables publicaciones, como el *Anuario* del de Matanzas. En Santiago de Cuba fué la sociedad más importante de esta índole la *Filarmonica*, a la que pertenecieron Santacilia, Rubalcava, Baralt, García Copley, el compositor Laureano Fuentes Matons, etc.

Eficaz complemento de las funciones culturales de esas sociedades fueron las tertulias que algunos cubanos distinguidos celebraban en sus moradas, como Felipe Poey, José Victoriano Betancourt, Azcárate, etc. Las que más resonancia han tenido, emulando las de Del Monte, celebradas treinta años atrás, fueron las de Nicolás Azcárate (1828-1894), abogado de renombre, patriota que pagó con el destierro sus actividades, y que organizó en su casa de Guanabacoa, en 1861, las *Noches literarias*, recogiendo después en dos volúmenes los trabajos leídos en ellas. En torno suyo reuníanse: Ignacio Agramonte, Menvive, Luaces, Poey, Enrique Piñeyro, Zenea, Suárez y Romero, Fornaris, Jorrín, Antonio y Francisco Sellén, Ramón Zambrana y su esposa Luisa Pérez, la hermana de ésta (Julia), José Ignacio Rodríguez, Alfredo Torroella, José de Armas y Céspedes, los músicos Ruiz Espadero, Ignacio Cervantes, Cecilia Arizti, etc.

CAPÍTULO III

LA MUSICA. LAS ARTES PLASTICAS. LAS CIENCIAS

Las figuras sobresalientes de este período, en la música, son Saumell, Espadero y Fuentes Matons; a las que hay que añadir la del pianista alsaciano Juan Federico Edelmann (1795-1848), quien, establecido en La Habana en la cuarta década del siglo pasado, se consagró a la enseñanza, siendo director de la Sociedad Filarmónica Santa Cecilia, y formando varios discípulos, cuyos nombres son de los más destacados en la historia musical cubana, como el citado Saumell, Desvernine Legrás y Arizti. Fundó una casa impresora de música, que publicó obras de autores cubanos. Como Edelmann, se distinguió mucho en la docencia musical el profesor gallego, organista de la Catedral de La Habana, José María Trespuentes (1798-1862), quien presidió la Sección de Música del Liceo Artístico y Literario de La Habana, y compuso misas y óperas. Otros nombres de profesores valiosos (como Agustín Casantes, los violinistas Joaquín Gavira y Ramón Menéndez, etc.) podrían citarse; secreto de los magníficos frutos que hubo.

El habanero Manuel Saumell (1817-1870), más que como ejecutante, ganó fama como compositor, siendo creador de ritmos, algunos de los cuales evolucionaron al ser tratados por sucesivos compositores (*guajira, habanera, danzón, criolla, clave*). A él se debe la característica *contradanza*, con sus dos partes de dieciséis compases cada una, y por la cual ganó tanta popularidad, siendo el compositor más solicitado en las fiestas de su tiempo; aunque es bueno hacer notar que si bien proveyó con sus ritmos estas diversiones, creó también un buen número de ellas que merecen la jerarquía del programa de concierto, por la exquisita sensibilidad que acusan su melodía y su original y correcta arquitectura, que se anima con un tema *folklórico* muy inteligentemente ajustado, como *Recuerdos tristes, Lamentos de amor, La Luisiana, Los chismes, Soledad, Toma, Tomás*, etc.

La historia de la música cubana debe mucho a este compositor que alentó el anhelo de imprimirle un acento criollo en todas sus manifestaciones; quiso dar forma a una música esencialmente cubana, y de ahí

el sabor nacional que ofrecen sus ritmos. A tal extremo llevó su propósito, que estuvo a punto de cuajar en sus manos una ópera de ambiente cubano que planeó sobre la novela *Antonelli*, de Echeverría (15). Saumell compuso obras de factura universal, como la *Melopea* que le inspiró un poema de Francisco Blanchié; y otras (avemaría, plegaria, etcétera); pero donde hay que buscar sus verdaderos valores es en sus contradanzas, de las que brota un rico yacimiento en el espíritu de los ritmos criollos, que más tarde han de constituir lo más típico de nuestra música. Los compositores más o menos afortunados de la música popular cubana del pasado siglo, bebieron muchos en la fuente de Saumell, a no ser los que cultivaron los ritmos negros, como el catalán Juan Casamitjana (1805-1832), que hizo escuchar en Santiago, por primera vez, las notas de *El Cocoyé*, en las que posteriormente habrían de inspirarse otros compositores.

Laureano Fuentes Matóns (1825-1898) ha sido de los músicos más fecundos que ha dado nuestro país. Su cuna fué Santiago de Cuba, y la vena musical le venía de abolengo. El acabado de citar Casamitjana y él hicieron mucho por la educación y por la difusión musicales en Santiago. A Laureano Fuentes le cabe la gloria de ser el primer compositor cubano que crea ópera y poema sinfónico: *La Hija de Jefté*, con libreto de Antonio Arnao, y que, ampliada, fué estrenada después de su muerte, con el título de *Seila*; y el poema sinfónico *América*. Sin embargo, aparte del valor histórico que tienen, no añaden fama musical a la que ya le tenían ganadas su música religiosa y sus oberturas. Sus misas son lo mejor de su producción. El teatro, ni por su citada ópera, ni por algunas zarzuelas que escribió, fué terreno propicio a su talento, que sí se reveló pleno en su *Misa de Difuntos* (1856), así como en sus *Danzas*, tocadas de fina gracia y de mucha originalidad. La musa popular le era favorable, y hasta en composiciones de menor vuelo, como en la canción *La Candelita*, que se cantó muchísimo (sobre todo antes del 68), se advierte una lozanía juguetona. Fuentes Matóns es autor de un recuento sobre *Las Artes en Santiago de Cuba*, con interesantes y útiles datos.

Nicolás Ruiz Espadero (1832-1890) fué el mejor organizado y más representativo de los músicos románticos que se destacan durante el período que estamos resumiendo. Fué un artista hecho en Cuba, y el único que, sin haber abandonado jamás la Isla, logró que sus obras se conocieran y aplaudieran en el extranjero; es verdad que tuvo discípulos brillantes, como Ignacio Cervantes, que llevó su música en sus programas de concierto y editó en París muchas de sus composiciones, que un pianista tan famoso como Gottschalk (que fué su íntimo amigo), res-

paldándolas con su autoridad, divulgó por España y Francia. Vivió desde sus primeros años consagrado a la música; a estudiar y componer. La madre, una pianista gaditana que tuvo buenos éxitos entre nosotros a comienzos del siglo, fué su maestra. Amó la soledad; después de sus presentaciones como pianista, en los alrededores de 1850, muerto repentinamente su padre en su presencia (hecho que tuvo extraordinaria resonancia íntima en el joven), se sustrajo cuanto pudo de las relaciones sociales. Verdadero introvertido, fué paulatinamente degenerando su aislamiento en una progresiva y dominante neurosis. En todas las manifestaciones de su intimidad, y en el sentido de su obra, hay presencia romántica; y, para mayores identificaciones, amó ensueños y tejió ideales hasta su muerte. La fobia que le producía el público fué creciendo más y más, y hasta huyó de sus mejores amigos. Sin otro contacto que el de su piano y la innúmera familia de gatos que cuidaba y le atraían, pasó sus últimos días; siendo muy excepcional el acercamiento de algún discípulo predilecto, cuando más. En su retraimiento creó copiosamente; y casi toda aquella producción, que fué fruto de la soledad de sus últimos años, ha quedado inédita; y lo que es peor: extraviada.

Aludíamos a su amistad con Gottschalk. En efecto, el pianista y compositor norteamericano Luis Moreau Gottschalk (1829-1869) llegó a La Habana en 1854, estrechando amistad con Espadero y otros músicos cubanos, tanto en ésta como en las otras dos ocasiones en que retornó (partiendo en 1862, para no volver) y apasionó con su arte interpretativo (como lo había logrado en los más exigentes centros artísticos europeos) y ejerciendo mucha influencia con sus composiciones, y sobre todo con sus nuevas ideas. Admiró mucho a Espadero, cuyo "talento indígena" elogiaba, y ejecutó sus obras, que hizo figurar en sus programas de conciertos ofrecidos, no sólo en Cuba, sino en Estados Unidos de América y en Europa. A tal extremo estimó los valores de Espadero y se compenetraron ambos artistas, que Gottschalk expresó su voluntad de que fuese el músico cubano quien preparase y cuidase la edición de sus obras, varias de las cuales son danzas inspiradas en temas *folklóricos* nuestros. Entre ellas, *Una noche en el Trópico* puso de relieve, en 1861, las nuevas ideas de Gottschalk, haciéndola ejecutar por "una orquesta de 40 pianos, a cargo de Espadero, Desvernine y los mejores compositores y pianistas del país, además de numerosas *tumbas* o tambores de los ararás, tocados por negros esclavos, que él hizo traer de Santiago de Cuba" (16). Espadero atendió, como quería el músico norteamericano, la edición de diversas obras suyas (para la que escribió un prólogo), quedando algunas inéditas, que corrieron la suerte de las propias creaciones de aquél.

Espadero fué también un gran intérprete. De él dice Serafín Ramírez, que le escuchó, que tenía "un mecanismo poderoso y un repertorio tan extenso, que bien podía decirse que Espadero conocía cuanto se había escrito para el piano, ya fuera antiguo, ya moderno, y que todo lo tocaba con exquisita delicadeza o con fuerza suma, a zarpazos, como si aquellas manos prodigiosas fueran las manos del tigre. Lo hemos oído privadamente muchos años, cuando podía ser y era un pianista independiente, es decir, cuando no era profesor de piano, y la verdad es que a Espadero no le arredraba ninguna dificultad de su instrumento, porque estaba seguro de vencerla. Sus dedos le obedecían dóciles, como dóciles le obedecían los instrumentos a sus dedos. Su ejecución era brillante; su pulsación, exquisita; tenía completo dominio del pedal, y el conocimiento íntimo del mecanismo..." (17). Compuso mucho para piano (*Scherzo, Tarantella furiosa, Sonata, Estudios*, transcripciones de óperas, *Vals satánico*, etc.): música de cámara, melodías para canto y piano, de las que se hizo más famosa el *Canto del esclavo*. Trató los motivos vernáculos en su *Canto del guajiro*. Su música, eminentemente romántica, se distingue por su melodía dulcísima, fina y delicada, advirtiéndose en sus procedimientos un gran apego a las formas establecidas, las que respetó y cultivó con singular maestría, aunque sin darle a lo criollo todo el vuelo que sus excepcionales cualidades le hubieran permitido; sin embargo, en cuanto ha quedado (de lo poco que se ha salvado de una cuantiosa pérdida, al parecer irreparable y, por tanto, muy lamentable), Espadero ha dejado marcada la huella de sus extraordinarias facultades, que le reputan como músico de evidente originalidad en sus ideas melódicas, y de gran dominio de la composición y de la armonía.

La ópera (género que se impuso al gusto general desde que en Cuba hubo teatros aptos para su representación) tuvo algunos cultivadores cubanos en este período, como observamos al referirnos a Laureano Fuentes Matons. Cristóbal Martínez Corres (1822-1842), que estuvo dotado, como músico, de cualidades nada corrientes, que vivió desde los diez años fuera de Cuba, principalmente en Italia y Francia, obteniendo grandes éxitos como pianista, compuso dos óperas bufas (amén de una misa y alguna que otra obra de concierto) tituladas *El Diablo contrabandista*, una, y *Don Papanero o Burla del magnetismo*, otra, las cuales no hay seguridad de que hayan sido estrenadas; y al morir dejó el primer acto de una ópera que planeaba en tres, y que debía titular *Saffo*. En La Habana, en tanto, algunos compositores que vinieron como directores de orquesta de compañías de ópera, escribieron aquí y estrenaron. Tal el caso de Luis Arditi (1822-1903): el compositor italiano, autor del célebre vals *Il bacio*, que ha servido de pieza de prueba a fa-

mosísimas sopranos "coloratura". Arditi puso música al libreto escrito por Rafael María de Mendive, titulado *Gulnara*; ópera en dos actos, estrenada en 1848, y cuyo asunto está inspirado en *El Corsario*, de Lord Byron. Tal el caso también de otro compositor italiano y contrabajo de la orquesta del Teatro Tacón, en la temporada que se efectuaba en el propio año 1848, y de la que era director Arditi: Luis Bottessini (1822-1889). Compuso su ópera en un acto, *Colón en Cuba*, con letra de Ramón de Palma; de asunto sencillísimo, de tema indígena. Es digna de recuerdo esta actuación de dos músicos extranjeros que produjeron en nuestro suelo, en colaboración con dos poetas cubanos, y dos poetas de los méritos de Mendive y de Palma.

El Liceo Artístico y Literario de La Habana contribuía a la difusión de la música de concierto y de la ópera, con excelentes programas, en que intervenían, además de artistas extranjeros de renombre, como Gottschalk, ejecutantes y cantantes cubanos. Estos, entre quienes se registraron voces de primer orden, llevaron a escena las óperas de Bellini: *Los Puritanos*, *Norma*, *El Pirata*, y las de Donizetti: *Lucía de Lammermoor* y *La Favorita*. Es digno de hacer notar cómo las partes principales, al igual que los partiquinos y los coros, estaban a cargo de señoritas y caballeros de las capas más distinguidas de la sociedad capitalina. Y al igual que óperas, interpretaban otros géneros, como el *Stabat Mater*, de Rossini, que requieren solistas y coros de calidad. Los nombres de algunos de aquellos cantantes cubanos son dignos de recordarse, por sus facultades extraordinarias, que les hubieran permitido brillar (de no existir ciertos prejuicios muy de la época) en los principales teatros del mundo: las sopranos Ursula Deville y Concepción Cirartegui, el tenor Ramón Gasque, la contralto Ana de Armas y el bajo Ramón Pintó, quien, como es sabido, ocupa lugar de honor entre los protomártires de la independencia cubana. Por aquellos años lució sus prodigiosas dotes Adelina Patti, que actuó en conciertos. En toda esa labor divulgadora y educativa participaron, además del citado Liceo, otras instituciones en toda la Isla: la Sociedad Filarmónica Santa Cecilia, de La Habana, fundada en 1841; la Sociedad Filarmónica de Santiago de Cuba, que desde antes venía actuando; la de San Antonio de los Baños (1848) y la de Cienfuegos (1850).

Entre los concertistas cubanos que más descollaron, hay que sumar al nombre de Espadero, y a los de los extranjeros Edelman y Gottschalk, los de los pianistas Fernando Arizti (1828-1888) y Pablo Desvernine (1823-1910) y el violinista José Domingo Bousquet (1823-1875). El primero hizo de su hogar un centro de reunión de los más valiosos elementos musicales de su tiempo; y allí comenzó a brillar su

hija Cecilia Arizti, aunque ésta, como otros notables virtuosos cubanos como White, Brindis de Salas, Manuel Jiménez, etc., que empezaban a llamar la atención, pertenecen más bien, por lograr entonces la plenitud de su arte, al siguiente período de esta historia. Arizti, Desvernine y Bousquet obtuvieron triunfos muy notorios en Europa, donde ganaron justa reputación como intérpretes de los grandes maestros. Sin llegar a la jerarquía de éstos, hubo en Cuba otros concertistas, como Carlos Ancerman, Julián Jiménez, Serafín Ramírez (a quien tanto debe la historia del arte en Cuba, por su libro imprescindible, *La Habana Artística*), Juan Van der Gucht y sus hijos José y Francisco, y el español Anselmo López, que inclusive, como Edelmann, estableció una casa impresora de música, etc. Hacia 1866 se fundó la Sociedad de Música Clásica, y en ella participaron algunos de los mejores concertistas de Cuba en aquella época, ejecutando programas de música de cámara, que permitieron escuchar en La Habana, por primera vez, gran proporción de obras de Beethoven, Haydn, Mozart, etc.; además de algunos compositores cubanos, como Espadero, que también participaba como pianista.

El estilo neoclásico parecía monopolizar el gusto arquitectónico, principalmente en La Habana y en Matanzas, como en el anterior período; y de igual modo, en algunas ciudades, como Trinidad, Cienfuegos y Santiago de Cuba, se siguió construyendo de acuerdo con las características del siglo XVIII. Es más, a virtud del contacto establecido por cubanos distinguidos que viajaron por Europa, se hicieron edificios influidos por el gusto italiano y por el gusto francés, como lo demuestran, respectivamente, el estilo del Palacio de Aldama y el del Palacio de Balboa, ambos en La Habana. El estilo neoclásico buscó principalmente la utilidad y la duración, y dió en general a la arquitectura un carácter internacional, manifestándose con líneas y espíritu análogos en todas partes, y evitando, por tanto, el acento nacional que otros estilos permitieron, aunque de ellos se mantuviera su sentido fundamental. Por eso, para hallar en Cuba los más originales exponentes de la época, hay que volver los ojos a aquellos lugares citados, en que se burló el predominio de la nueva tendencia.

El profesor Weiss destaca como signos distintivos del nuevo estilo: "la restricción en el empleo de la madera, en favor de la cantería y del hierro; el abandono de los tejados por la cubierta de terrado, con su secuela del entablamento y la balaustrada; y la predilección por la construcción columnar-arquitrabada que, en relación con la arcada de antaño, aparecía de más rancio abolengo clásico. El portal, integrado ya

definitivamente a nuestra arquitectura, se antepone invariablemente a las fachadas en las nuevas plazas y avenidas de extramuros (Cerro, Jesús del Monte, Prado, Carlos III, Galiano, Campo de Marte, etc.) y flanqueándolas con largos corredores porticados, modesta evocación de Palmira y Baalbeck. Por otra parte, en las numerosas casas edificadas o reedificadas sin soportales en la parte antigua de la ciudad, los muros se tratan con órdenes adosados, y las portadas, antes con modenaturas retorcidas, aparecen ahora encuadradas por pilastras y entablamentos correctamente proporcionados y detallados" (18). La nueva Cárcel y el Mercado de Tacón, en La Habana; el Teatro Esteban (después Sauto) en Matanzas; el Ayuntamiento de Cárdenas, así como palacios y casas de vivienda, se atuvieron a este estilo.

En Trinidad, en cambio, hubo más aún que en Camagüey y en Santiago de Cuba, una admirable rebeldía que permitió construcciones que aún quedan como ejemplares, por su peculiaridad y sabor criollo. El viajero inglés Samuel Hazard afirma que "las casas de Trinidad se diferencian de las de la Habana, en que no tienen paredes medianeras que separan el comedor del salón; pero en su lugar hay generalmente unos arcos abiertos, de piedra, que, separando de cierta manera los distintos departamentos, contribuyen a su mayor belleza y comodidad, por permitir la libre circulación del aire, a la vez que ofrecen una más encantadora perspectiva los suelos de mármol blanco, las pulidas arcadas y los ricos muebles de las habitaciones" (19). El arquitecto Luis Bay, estudiando la casa de Juan Mariano Borrell, que toma como modelo, hace las siguientes interesantes descripciones, que darán al lector una idea de lo que fueron aquellas mansiones trinitarias de mediados del siglo XIX, y en las que se derrochó el buen gusto y el mejor sentido para adaptarlas a nuestro clima: "Las habitaciones de esta casa, destinadas a vivienda de la familia, tienen mayor puntal que las restantes. En la sala y habitaciones principales del frente, los capialzados están tratados con conchas. Los pisos son de mármol blanco y gris. Los del comedor son también de mármol de color negro y blanco, alternados. Los quicios de la puerta principal y de la sala al pórtico comedor, son de madera dura. Los antepechos de las ventanas de las piezas principales son de mármol, con los ángulos de madera preciosa también. Tiene un gran patio central donde aún se ve el brocal de la cisterna primitiva, que está rodeado de una bella galería de columnas, formando arcadas... Uno de los detalles característicos de esta casa es la torre de dos pisos que se eleva en su fachada lateral izquierda, construída seguramente para que la familia pudiera disfrutar del hermoso panorama de mar abierto y suaves lomas... La casa tiene dos zaguanes. En su primera y se-

gunda líneas de fabricación, la cubierta es de tejas acanaladas. El resto es de azotea" (20).

Según se desprende de las referencias hechas a las manifestaciones del arte arquitectónico en Cuba, durante este período, no puede negarse que, a pesar de la tendencia neoclásica que en él tiene vigencia, se mantiene en el total de la Isla cierta inclinación ecléctica, ya que no se cierran las posibilidades (convirtiéndolas, por el contrario, en realidad) a órdenes diversas, incluyéndose lo que bien pudiera apreciarse como tonalidad típica de nuestra arquitectura.

La Academia San Alejandro seguía rindiendo sus frutos, en la pintura principalmente; de sus aulas salían valiosos jóvenes a perfeccionarse al extranjero; y otros, sin recursos para abandonar la Isla, quedaban en ella, aplicando sus conocimientos, y atendidos sólo a éstos y a sus cualidades naturales. Los pintores franceses Guillermo Colson (discípulo de David), José Leclerc y Federico Miahle, ocuparon sucesivamente la dirección de este centro docente, hasta 1852, en que la ocupó Augusto Ferrán, a quien sustituyó Hércules Morelli, tras ejercicios de oposición, y después el salvadoreño Francisco Cisneros, quien también la obtuvo por concurso.

De Colson ya hemos hablado en el período anterior. José Leclerc aprovechó el interés del General Concha por las bellas artes, y en los dos años en que le tocó dirigir la Academia (1848-1850) estableció las cátedras de Escultura, Pintura y Dibujo lineal. De este pintor francés consérvanse en San Alejandro dos óleos: *Retrato de Francisco González Santos* y *Primera Misa*. Federico Miahle era hombre de vasta cultura, doctor en ciencias, y que, además de la pintura, en la que se distinguió como paisajista, era tipógrafo. Ha dejado un álbum, que fué impreso en 1838 bajo el título de *La Isla de Cuba Pintoresca*, conteniendo veinticinco dibujos suyos sobre temas criollos. Enseñó también paisaje, en el Liceo Artístico y Literario de La Habana. Augusto Ferrán fué un excelente escultor español, el primero que desempeñó esta cátedra en San Alejandro. Creó la cátedra de Antiguo griego, para la que adquirió una valiosa colección de estatuas moldeadas, de indispensable y eficaz utilidad en la enseñanza de la escultura. De sus cuadros consérvanse el *Retrato del Príncipe de Anglona* y *Jesús y la Samaritana*. Francisco Cisneros fué paisajista, caricaturista y litógrafo.

La Academia tenía un presupuesto de \$ 1,333 para la adquisición de modelos y útiles para la enseñanza; y \$ 3,290 para la nómina del profesorado. Hasta 1863 estuvo a cargo de la Sociedad Económica de Amigos del País, y desde entonces quedó incorporada a la Administración

Colonial. Fué a partir de este momento que el plan de estudios comprendió cuatro cátedras: Dibujo elemental, Pintura, Paisaje y Perspectiva, y Escultura. La historia de las bellas artes se explicaba en la cátedra de Pintura, así como la teoría, anatomía, historia del traje. La Academia esperó mucho del pintor romano Hércules Morelli, quien se había hecho admirar por sus cuadros *Una Dama que da limosna* y *Caridad cristiana*, y también querer mucho de la juventud habanera; pero su muerte repentina, víctima de la fiebre amarilla, frustró toda esperanza. Bachiller y Morales, que fué de sus adeptos, tradujo su trabajo sobre la forma en que debe impartirse la enseñanza de las bellas artes, y las reformas que deberían introducirse en la Academia.

Todo esto motivó grandes polémicas, dado el espíritu innovador de Morelli, de quien dijo el investigador cubano: "era artista con un corazón lleno de poesía, y su memoria será siempre grata, como un recuerdo de esos sueños apacibles que acaricia la imaginación, en que todo es gloria y virtud. Morelli vivió pocos días entre nosotros la vida de la materia; pero no ha desaparecido para la vida del espíritu; y sus amigos le recordarán siempre con respeto y admiración, llorando su inesperada muerte, por él y por Cuba que lo había adquirido por la ciencia y para la juventud estudiosa, a cuyo progreso se había consagrado" (21). Imbuído de la técnica de Rafael, Morelli abogaba por infundir en los estudiantes la enseñanza viva de los grandes maestros del Renacimiento, en primer término, aunque sin olvidar los que, en siglos posteriores, habían dejado una obra de la que podían extraerse fecundas y eficaces orientaciones. Parece que, en efecto, la malograda reforma de Morelli fué profundamente sentida por los que estaban más interesados en el mejor éxito de la Academia.

Otros extranjeros cultivaron las artes plásticas en Cuba, en este lapso, sustituyendo así, en sus comienzos casi, la ausencia de nativos consagrados a la pintura y a la escultura. El grabado recibió muchas influencia de los extranjeros que se situaron en nuestro solar, como el inglés James Gay Sawkins, que era además acuarelista, dibujante e inclinado a los estudios geológicos; hombre de ideas liberales que se sumó al coro de los antiesclavistas, por lo que fué expulsado de Cuba después de haber vivido la mayor parte del tiempo en Camagüey y en Santiago de Cuba, ciudades en que fué profesor de dibujo. El grabado registró por entonces otros dos nombres que se unen a producciones que hoy permiten, como las de Gay y Miahle, conocer aspectos de la naturaleza y de las costumbres de entonces: Eduardo Laplante, a quien se debe el *Libro de los Ingenios*, publicado en 1858 e integrado por treinta y ocho grabados; y Leonardo Barañano, que también, como el anterior, prefi-

rió los paisajes de las provincias orientales de la Isla, sin que por eso dejara de admirar y reproducir algunos otros de otras regiones, como el que hizo del Valle del Yumurí.

Esa tendencia costumbrista apreciada en los grabadores se extiende a los pintores, como el matancero Ramón Barrera Sánchez, que también reprodujo aspectos de la vida mejicana, y que mostró condiciones para otras artes, como la música, la poesía y el teatro, en el que, además de actor, fué decorador. Florecieron también por este tiempo hábiles miniaturistas: el trinitario Pío de Brocq, y Federico Martínez. De la Academia de San Alejandro partieron a perfeccionarse a Roma y París dos valiosos jóvenes: Francisco Larroca y Juan Jorge Peoli. Este último fué el más distinguido de ambos, por sus trabajos inspirados en temas de la Biblia, y por sus caricaturas; cultivó además el retrato. Descendiente de patriotas, no volvió a Cuba, falleciendo en New York; ocasión en que José Martí hizo su panegírico, en largo artículo publicado en *Patria*, donde dijo, entre otras cosas, que era "leal en el dibujo, sabio en los matices, huraño y melancólico en el color, indefinido en las creaciones, y aún etéreo" (22). De él son retratos que acusan su magnífica técnica y su limpieza de color (los de Isabel Fuentes, José A. Saco, Domingo del Monte), y caricaturas que denotan su ingenio (de Güell y Rente, Luis A. Baralt Peoli, José Manuel Mestre, etc.) "Peoli caricaturaba, deformando únicamente el rostro de los personajes. Al igual que Léandre, colocaba cabezas enormes sobre cuerpos diminutos." (23).

Pero las dos figuras más descollantes del momento fueron las de Chartrand y Melero, aunque sólo se iniciaban por entonces sus relevantes méritos. A ellas hay que añadir la del español Landaluce. Esteban Chartrand fué un notable paisajista que sintió y expresó la emoción de la naturaleza, sin dejar por eso de preocuparse por los valores en sí del paisaje; es decir, de sus elementos integrantes, sin descuidar la luz. No quiere decir esto que llegara a despojarse de la proyección emocional del paisaje, para valorizar sus factores determinantes; pero en Chartrand había intuiciones que lo sacan de la tónica puramente romántica. Esto ha de apreciarse especialmente en su producción posterior a 1868. Para entonces es que también se manifiesta a plenitud la labor de Miguel Melero, a quien se debe una nutrida generación de discípulos. Alumno del Liceo de La Habana, primero, y de la Academia, después, fué a estudiar, como pensionado de la primera de dichas instituciones, a Roma y a París, aprovechando su estancia en Europa para visitar los principales museos del Viejo Mundo. Allí dió clases con Gérôme, el gran pintor francés, y con los escultores Carpeau y Falguiere. Su labor más representativa cabe analizarla en la época siguiente.

Víctor Patricio de Landaluce era de Bilbao y arribó a Cuba en la sexta década del siglo XIX. Fué un formidable costumbrista, y su agudeza tuvo en la caricatura un campo propicio. Puso su humorismo al servicio de los periódicos satíricos que dirigió en La Habana Juan Martínez Villergas, de tan innegable talento como enemistad a la causa cubana. Sujeto a los fines de esos periódicos, sus dibujos humorísticos han de resultar poco gratos al sentimiento patrio; pero no puede negarse que Landaluce ejerció una influencia evidente en nuestro medio, y que en la misma sátira política sentó escuela, así como en los óleos y acuarelas que reproducen costumbres de la época y que las hace referencia imprescindible para reconstruir los gustos de la vida cubana en aquellos años que rodean el inicio de la Guerra Grande. "Partidario de la sátira y enemigo de lo deforme (ha dicho Barros), supo distinguir lo grotesco; pero su gráfica estaba tan cerca de la técnica del dibujo que no es humorístico, que casi puede decirse que su humorismo residía únicamente en la intención producida por el contraste entre el dibujo y la leyenda... Landaluce fué el creador del tipo representativo del pueblo cubano, que después Torriente copió y bautizó con el nombre de Liborio... Las caricaturas de Carlos Manuel de Céspedes y Miguel Aldama son retratos hechos a la pluma. Allí no hay ni uno solo de los rasgos que hoy caracterizan a la verdadera caricatura. En cambio, el lamentable error de dibujar un cuerpecillo convencional, prevalece." (24). Vino Landaluce a Cuba como capitán ayudante del General Lersundi; se casó con una cubana y fué coronel de milicias, muriendo en Guanabacoa. La obra *Tipos y Costumbres de la Isla de Cuba* (1881) tiene el valor de las inapreciables ilustraciones hechas por él.

La escenografía contó en estos años con diestros pinceles, como los del italiano Daniel Dall'Agrio (que también era arquitecto), Joaquín Albe, Simón Suárez de la Cruz, Francisco Aranda y José Baturone, que ha sido uno de los mejores nacidos en nuestro suelo.

Durante el lapso de 1837 a 1868 produce Felipe Poe y (1799-1891) sus mejores obras: aparecen los dos volúmenes de sus *Memorias sobre la Historia Natural de la Isla de Cuba* (1851-1856) ilustradas con láminas, que fueron saludadas con cálido elogio por las primeras autoridades en la materia, dentro y fuera de Cuba, estimándoselas, por uno de los más destacados naturalistas españoles, como uno de los libros más notables escritos en castellano en el siglo XIX. A las *Memorias* siguieron: *Revista de los Tipos Cuverianos y Valencennianos* (1865), en que rectificó, además de enriquecerlas con citas y estudios de nuevos especímenes cubanos, las clasificaciones hechas por ambos ictiólogos europeos;

y su monumental *Ictiología Cubana*, en cuatro volúmenes de texto, más diez de Atlas, en folio todos. Esta obra inigualada, que mereció medalla de oro de la Exposición de Amsterdam (1883) no ha sido publicada; aunque el Gobierno cubano designó, desde 1910, una comisión presidida por el sabio discípulo de Poey, Carlos de la Torre, para que, gestionados los manuscritos del Gobierno de España (que los había adquirido) la editara; lo cual lamentablemente no se ha realizado.

El genio de Poey culmina sin duda en esa extraordinaria producción, en la que laboró durante cincuenta años. No obstante, posteriormente continuó trabajando infatigablemente, especialmente sobre peces cubanos, en que ha sido la autoridad máxima. Estudió Poey en Francia. La jurisprudencia parecía ser la ciencia que absorbiera sus facultades, ya que, primero en La Habana y después en París, cursó los estudios de Derecho; pero las ciencias naturales le atraían con superior vocación, y en la propia capital francesa comenzó a familiarizarse con aquéllas y a relacionarse con los naturalistas más prominentes de París, como el famoso Cuvier y el notable entomólogo Latreille, con quienes fundó allí la Sociedad Entomológica de Francia, publicando por entonces, en francés, su *Centuria de Lepidópteros de la Isla de Cuba* (1832). A su regreso a la Isla fué profesor de la Universidad, fundó un museo de historia natural, concurrió a las tertulias de Domingo del Monte y colaboró en los principales periódicos. Acorde con los avances de su tiempo, en su pensamiento "se sienten palpitar los gérmenes de las nuevas ideas y presenta numerosos ejemplos de *variabilidad de las especies*, base fundamental del transformismo, doctrina aceptada por Poey" (25).

La influencia de Poey se dejó sentir; su profunda sabiduría hacía discípulos y avivaba el amor a las ciencias naturales. En este período florecen varios investigadores y estudiosos que dejan vasta bibliografía, como Joaquín F. Lastres, Manuel Zambrana, Diego López Quintana, Manuel Fernández de Castro (autor de importantísimos trabajos geológicos y de investigación paleontológica), Sebastián Alfredo de Morales (que se distinguió mucho en la botánica, habiendo dejado una monografía imprescindible sobre *Flora Cubana*, inserta en 1858 en *Aurora*, de Matanzas), Rafael Arango y Molina y Manuel J. Presas, que fué inclusive el historiador de estos estudios en Cuba. Fué por esta época que el naturalista alemán Juan Gundlach (1810-1895) realizó sus aportes más valiosos a la zoología cubana, sobre todo en ornitología; y por eso su nombre está vinculado a la historia de las ciencias naturales cubanas; como los de otros extranjeros que se manifestaron en aquel momento: el norteamericano Edward D. Copé y el español Juan Lembeye.

Es en este período que se publica en París (de 1838 a 1857) la amplísima *Historia física, política y natural de la Isla de Cuba*, en doce volúmenes, dirigida por el naturalista gallego Ramón de La Sagra, a quien ya se ha hecho referencia en otro momento; y en la cual *Historia* colaboraron con él eminentes especialistas franceses.

Las cuestiones biológicas tuvieron atención y algunos cultivadores muy destacados, como Antonio Mestre (1834-1887), que divulgó en Cuba las nuevas ideas de Littré, Comte y Robín, y a quien hay que considerar en estas disciplinas como a uno de sus más significados pioneros entre nosotros; y como Joaquín Lebreo (1833-1889), a quien se deben considerables pasos de avance en relación con la química biológica.

Otras fases de la ciencia, en relación con el universo, contaron con laboriosos consagrados; tales: el hijo de Poey, Andrés Poey y Aguirre, que se dedicó más a los problemas meteorológicos y astronómicos, en los que produjo copiosamente, y en los que también probaron su idoneidad: Desiderio Herrera y José Z. González del Valle; y el P. Benito Viñes (1837-1893), que iniciaba ya con buen éxito su larga carrera de afirmaciones y observaciones, que han sentado doctrina, aunque la máxima proyección de su obra pertenece al siguiente período. Es en 1854 que publica Esteban Pichardo y Tapia (1799-1879), a quien nos referimos en la reseña del anterior período de nuestra cultura, su magistral *Geografía de la Isla de Cuba*, en cuatro volúmenes.

La química y las ciencias agrícolas, al igual que la ingeniería, se estudiaban y aplicaban en empeños de beneficio social. Así se traducen ejecutorias brillantísimas, como las de Alvaro Reynoso (1829-1888), cuyas diversas monografías le abrieron las puertas de los más calificados centros científicos del mundo. Se formó en París, y varios de sus trabajos fueron escritos en francés. Sus trabajos sobre el azúcar hacen época, prestándole un marcado beneficio a la agricultura cubana, ya que gracias a ellos pudo hacerse intensivo el cultivo de la caña, la cual propicia la producción azucarera en superficies reducidas. Sus ideas en este sentido han sido aplicadas en todos los países de importante cultivo cañero, como Java. La resonancia de las investigaciones químicas de Reynoso en la medicina es otro de los motivos que le dan puesto de honor en la historia de la ciencia americana. Sus obras: *Ensayo sobre el cultivo de la caña de azúcar* (1862), *Estudios progresivos sobre varias materias científicas, agrícolas e industriales* (1858) y la publicada más tarde sobre *La Alimentación inorgánica del hombre y de los animales*, son siempre consultadas.

También rindió una labor muy útil Manuel Vargas Machuca (1834-1886), a quien se estima maestro en los problemas de la química orgánica, como se aprecia en sus *Memorias* sobre alcoholes y sobre los radicales orgánicos. Maestro de éste y de Reynoso fué José L. Casaseca (1800-1864), que se había especializado en todo lo concerniente a la caña de azúcar, escribiendo también *Memorias* que han sido convenientemente aprovechadas por sus discípulos.

Ya en el terreno específico de la agricultura se verificaron luminosas experiencias y se redactaron sobre ellas muy valiosos papeles, además de lo mucho que hay que anotar en cuanto a la política agrícola al Conde de Pozos Dulces, del cual y de cuya proyección nos hemos ocupado en anteriores páginas. Sobre aquella labor específica merecen ser recordados, por el enjundioso contenido de sus trabajos: Joaquín de Ayestarán y Diago, que introdujo en Cuba el primer aparato de fabricar azúcar en el vacío, y escribió sobre la *Elaboración científica de la caña y El Cultivo racional de la caña*; Miguel Rodríguez Ferrer, escritor sevillano, autor de un estudio que se hizo imprescindible, sobre *El Tabaco habano* (1851), riquísimo en datos históricos, así como en atinadas observaciones sobre su cultivo, de cuya libertad se declaró ferviente partidario, para anular los contraproducentes privilegios del estanco (también se debe a él una extensa obra sobre los valores de la naturaleza y de la civilización de Cuba); José María Fernández y Jiménez, que dedicó sus esfuerzos al perfeccionamiento de la siembra y cosecha del café, publicando el resultado de sus experiencias en el *Tratado del cultivo del café perfeccionado* (1862); Juan Arteaga y Borrero y Manuel de Monterde, cuyos estudios sobre los aspectos económico e industrial del ganado han sido muy estimados; José Ramón Simoni, médico y patriota camagüeyano, que hizo magníficos *Apuntes para la apicultura cubana* (1865); Pedro Auber, botánico francés, de quien son las primeras indicaciones importantes sobre las posibilidades de la sericultura, habiendo publicado una *Cartilla serícola* (1842); Wenceslao Villa-Urrutia, alcaláino, gran autoridad en lo que toca a la industria azucarera, siendo muy considerados y consultados sus *Informes* a la Real Junta de Fomento.

Las ciencias médicas tienen en este período que reseñamos su primer lapso de gran consideración, por el volumen de su producción y la cantidad de figuras estimables que brillaron en sus diversas especialidades. Claro está que no vamos a hacer un registro de nombres, porque sería interminable; pero haremos mención, por lo menos, de aquéllos a quienes algo digno de subrayarse se debe en nuestra historia de la medicina. No puede olvidarse, por ejemplo, lo que en relación con la fiebre amarilla hicieron José Andrés de Piedra (que compuso un *Método preser-*

vativo del vómito negro), Rafael Blanco y Gallardo (cuya *Memoria* publicada en 1844 se basa en las observaciones de 4,000 casos de dicha enfermedad), José Fernández Cruzado, Angel J. Cowley, José Terrats, José Antonio Bernal Muñoz y Julio Le Riverand (1793-1864); este último, médico francés que se instaló en Cuba a los treinta años, ejerciendo con gran notoriedad su profesión, y aportando una producción abundantísima, en distintas ramas de la Medicina; fué profesor de la Universidad de La Habana, para la que escribió sus *Lecciones orales de Fisiología Médica* (1843), su *Manual de Higiene Privada* (1846), su *Tratado de Patología General* (1848), su *Patología especial de la Isla de Cuba* (1858) y sus *Lecciones* (1859) acerca de las enfermedades que había observado en la Clínica de dicho centro; contándose en su vastísima bibliografía un nutrido *Diccionario de reactivos químicos, toxicología y medicina legal* (1848).

Son igualmente dignos de mención, acerca del cólera: la *Memoria* de Agustín Abreu, en colaboración con Nicolás J. Gutiérrez (a quien conocimos en el anterior período); los *Consejos, reglas de higiene, preceptos y remedios* (1850), de José María Carbonell; el *Tratado* (1865) de P. S. Casas; y múltiples opúsculos analíticos, terapéuticos, etc., de Pedro Vázquez, Carlos Zanone, Jorge Ledo, Federico Pérez de Molina, etcétera. Asimismo, los estudios sobre fiebre tifoidea de Rafael Cortés, Juan Vilaró, etc.; sobre tuberculosis, de Antonio Bruzón y Bernardo Figueroa; sobre enfermedades venéreas, de Serapio Arteaga, Pedro Martínez Sánchez y Felipe Deu; sobre el crug, de Leopoldo Díaz de Villegas, Pablo Verdugo, F. Díaz Torriente. La frenología interesó a muchos médicos cubanos, como lo demuestran las monografías de José de Loma Osorio, Francisco M. Ruiz, Mariano Cubí Soler y Sabino de Losada, autor de un *Manual* (1847) y de unas *Lecciones de Frenología* (1849). En todas las enfermedades, los partidarios de la homeopatía expusieron su criterio, a la luz de su filosofía médica, como Juan J. Hevia, en su *Clínica homeopática de la fiebre amarilla* (1857); Miguel Bellido de Luna y Santiago Savage, en sus respectivas traducciones de las obras homeopáticas de Charché y Quin, sobre el cólera; así como Achille Hoffman, Francisco A. de Molas, Francisco de P. Escofet, L. Struch, Alejo Espanet, J. H. Pulte, Adolfo de Varona, Juan Faura, etcétera; algunos de ellos extranjeros, pero que ejercieron largo tiempo en Cuba.

La cirugía inició apreciables avances: Vicente A. de Castro (1802-1869) fué el que primeramente hizo en Cuba, en 1842, la ligadura de la íliaca externa, y en 1848 la de la arteria subclavia derecha, siendo a su vez el primero que empleó el éter sulfúrico en la anestesia. Ambro-

sio González del Valle (1822-1913), primero que publicó en Cuba un *Manual de Flebo-tomianos* (1846) y escribió además otro de *Obstetricia* (1849); rama en que también se distinguieron: Isidro Sánchez Rodríguez, Guillermo Michelena y Federico Gálvez. Explicó el primer curso de Oftalmología en nuestra Universidad, en 1862, Federico Hortsman; especialidad ésta en que se destacaron mucho: Eduardo Belot, que fué además el introductor de la hidroterapia en Cuba, y el médico español José González Morillas, de quien son obras de vuelo, como su *Mono-grafía oftalmológica* (1848) y su *Historia de nuestros estudios oftalmológicos* (1855). Por sus operaciones y tratados y estudios publicados, quedan de este período los nombres de Manuel M. Carrerá, Emiliano Núñez, Manuel Tagle, Pablo Valencia, Miguel Pons, Manuel González Echevarría (que conquistó fama también en el tratamiento de enfermedades nerviosas), José María Llopiz, Carlos Carrons, Joaquín Laudo. Clínicos eminentes completan este cuadro del ejercicio de la ciencia médica; tales como Luis M. Cowley, Raimundo de Castro, Felipe Rodríguez, Rafael A. Cowley, el citado Joaquín Lebreo, Antonio Oliya, Domingo Rosains, Henri Dumont, Juan Jiménez Foxá, Juan G. Hava, Rafael Argilagos (que murió en la Guerra Grande). Ya en esta época se hacían importantísimos análisis de las aguas medicinales en que nuestra Isla es tan prolífica; descollando los trabajos de Joaquín F. de Allende, cuyos *Apuntes para el estudio de las aguas minero-medicinales de la Isla de Cuba* (1866) constituyen durante mucho tiempo la más extensa obra sobre esta materia.

En la ingeniería, ocupa el primer lugar de aplicación de sus principios la construcción de acueductos. Despunta la figura de Francisco de Albear y Lara (1816-1887), habanero, que dominó la geología, la hidráulica, la dinámica y la física; diseñó y construyó el canal que surte de agua a La Habana, tomándola del manantial de Vento; obra por la cual fué premiado en la Exposición de París de 1878. La *Memoria* de la misma fué escrita por él, en 1856, y su ejecución se comenzó en 1866. La capital cubana le ha erigido una estatua en la plaza que lleva su nombre, como justo homenaje a su benemérita ejecutoria. Otros ingenieros se distinguieron también por su competencia en la construcción de acueductos: Juan F. Sánchez y Bárcena, Manuel Fernández de Castro, etc. En la rama de ferrocarriles sobresalieron: Rafael R. Carrera y Heredia (1818-1896), uno de los más notables, redactor de excelentes *Memorias*, en relación con el establecimiento de esta vía de comunicación, en diversos tramos de la Isla; José Fernández de Castro, Alejo H. Lanier, Joaquín Santos Suárez.

Hubo otra gran figura de la ingeniería cubana en este período, precisamente en el ramo de ferrocarriles, que fué Francisco J. Cisneros (1836-1898), cuya labor trascendió al extranjero, uniendo también su nombre al progreso de Colombia. Cisneros, natural de Santiago de Cuba, hizo los estudios de su carrera en Estados Unidos de América. En nuestra patria tuvo a su cargo trabajos fundamentales en relación con las provincias del Occidente, escribiendo su reseña sobre el *Ferrocarril del Oeste* (1867). Participó en la Guerra Grande, no sólo en la Manigua, sino en gestiones por la América, una de las cuales le llevó a Colombia, donde realizó una extraordinaria labor de ingeniería, de tales proporciones y utilidad que aquel país venera su memoria: a su capacidad y arresto se debió la construcción de una red de ferrocarriles, que constituyó la arteria que era imprescindible para la civilización, el adelanto y hasta el conocimiento entre sí, de las regiones que integran la república fundada por Bolívar. Aquella nación le ha rendido merecidos honores, y el Presidente Mariano Ospina, en su discurso pronunciado con motivo del cincuentenario de la muerte de Cisneros, en Bogotá, dijo: "Cupo a nuestra patria el altísimo honor de aprovechar las capacidades de este hombre extraordinario, cuya sabiduría, valor y constancia aparecen más grandes todavía cuando la perspectiva del tiempo nos entrega su figura, libre de toda sombra, en un triple aspecto de conquistador, de libertador y de maestro... Romper el aislamiento de un pueblo encarcelado entre las murallas que encarcelaban su actividad y su comercio; descuarjar la selva impenetrable, venciendo la naturaleza primitiva y luchando contra la furia de los elementos, para unir el Magdalena con la montaña, era una verdadera hazaña ciclópea, que requería templadas voluntades y organismos de acero, al servicio de una fe capaz de mudar montes, como en la frase bíblica" (26).

CAPÍTULO IV

LA ENSEÑANZA

YA hemos mencionado, en capítulo anterior, los infatigables esfuerzos de la Sociedad Económica en favor de la educación cubana. Pero la población, que en el censo de 1827 era de 704,487 habitantes, había aumentado a 1,007,624 sin que el número de escuelas aumentase sino de modo exiguo. En 1837 el número de niños que recibían instrucción era uno por cada 100 habitantes (1).

Por otra parte, los sucesos políticos de 1837, con la expulsión de los diputados cubanos de las Cortes Españolas, iban creando un resentimiento entre la población nativa de Cuba, y el aumento del número de esclavos, y la triste situación de estos seres infelices, hacía que los elementos señeros del país se preocupasen más aún del problema educativo, único modo, según ellos, de mejorar la situación cubana. En resumen, bien pudo decir la Sociedad Económica por boca de uno de sus más preclaros miembros que el problema de Cuba era un problema de educación. Por tal motivo la Corporación se dispuso a poner en juego todos sus recursos y esfuerzos para mejorar y difundir la enseñanza y concibió la idea de formular un plan general de educación pública.

"En mala hora tuvo la Sección de Educación la idea de formular una ley o Plan General de la instrucción pública en la Colonia, pues esto fué la causa de que el gobierno colonial, en su afán de centralizar y controlar todas las ramas de actividad en la Colonia, determinara hacerse cargo de la instrucción pública, como uno de los ramos de la Administración..." (2).

Había la Sección aprobado un valioso informe, rendido por Domingo del Monte, en el que pedía la creación de mayor número de escuelas, así como del establecimiento de Escuelas Normales para la formación de maestros, proyecto este acariciado desde hacía tiempo por Espada, Luz Caballero y por la Sociedad. Pero España entonces, como en 1837 con los diputados a Cortes, reaccionó ciega y equivocadamente. Ya, desde que Luz y Caballero elaboró el proyecto del Instituto Cubano, existía

un mal disimulado recelo hacia la Sociedad Económica. Por ello no es de extrañar que el general Gerónimo Valdés, gobernador de la Isla de 1840 a 1842, enviase un informe muy reservado al Ministro de Ultramar en que abogaba por una centralización de la enseñanza por el gobierno, considerando que hasta entonces había existido una usurpación de las funciones que eran privativas del Gobierno Supremo. De ahí que el plan de estudios elaborado en 1842 y decretado como Ley de Instrucción Pública para las Islas de Cuba y Puerto Rico y puesta en vigor al siguiente año dispusiera que la Real Sociedad Económica cesara en sus funciones oficiales respecto a la enseñanza, y que ésta quedase bajo la dirección y administración de una Corporación creada por la Ley con el nombre de Inspección de Estudios. La centralización se acentuaba cada vez más.

La enseñanza quedó, como se ha insinuado, organizada de un modo sistemático y centralizado. La nueva ley atendió primeramente a dividir la enseñanza en tres etapas: *primaria*, *secundaria* y *superior*, evitando aquella confusión entre los diversos niveles y a la cual se habían referido Del Monte y otros. Bien mirado, el plan aspiraba a una organización del sistema que hasta entonces había estado en manos de una Corporación privada, pero el resultado fué de una excesiva centralización y burocratización de la enseñanza con un señalado carácter sectarista. En las provincias se establecían las llamadas Comisiones provinciales de Instrucción Primaria y en cada localidad se creaban las Comisiones locales, compuestas por autoridades civiles y eclesiásticas, regidores municipales y personas más o menos ilustradas y amantes de la enseñanza. Pero no cabe duda que ellas "cayeron en manos de los peninsulares que, por sus riquezas, se consideraban los amos, y que por su falta de cultura y de amor al país en el cual hicieron su fortuna, veían en estos cargos solamente una satisfacción a su vanidad" (3). La desaparición de la Sección de Educación trajo como consecuencia el decaimiento del entusiasmo en muchas personas que hasta entonces se hallaban en relación íntima con ella, y las estadísticas del año 1847 muestran resultados desoladores: las escuelas de la Isla no pasaban de 286, con una asistencia de 11,033 niños, de los cuales 7,351 se costeaban su instrucción y la de los restantes se pagaba con fondos públicos que ascendían a \$ 47,000, de los cuales unos \$ 6,000 se debían al producto de suscripciones particulares y \$ 9,000 que facilitaban los Ayuntamientos. La educación, como se ve, dependía en gran parte de la caridad pública...

Resulta curioso, en verdad, cuando se estudia la conducta del general don José Gutiérrez de la Concha —gobernador en Cuba de 1850 a 1852 y luego desde 1854 hasta 1859—, el contradictorio proceder de este gobernante. Déspota y cruel en lo político, autoritario y frío, tenía sin embargo la necesaria cultura y se había preparado de antemano para la gobernación de Cuba, preocupándose de la organización de los distintos sectores de la administración, especialmente de la instrucción pública, hasta el punto de expresar que “pocos pueblos cultos ofrecen en su estadística de instrucción resultados más tristes que los que en la suya presenta, según lo dicho, la Isla de Cuba”, al propio tiempo que señalaba la influencia perjudicial que habría de ejercer en sus habitantes la situación de prosperidad que gozaba entonces la Unión Americana; señalaba también la reducida cantidad de dinero que se gastaba en la enseñanza y sugería una serie de impuestos sobre la lotería, el hielo importado, los bailes públicos, las corridas de toros y las peleas de gallos, cuyos ingresos debían utilizarse para mejorar e impulsar la instrucción pública.

No pudo el General Concha llevar a cabo sus propósitos constructivos por el sorpresivo relevo de su cargo que recibió cuando menos lo esperaba en 1852. Había querido, decididamente, traer la felicidad al pueblo, como él decía, “pero olvidó que los pueblos no aceptan nada de buen grado si ello no responde a su libre determinación”, y los que trataron de interceptarle su camino y sus planes, perecieron en el garrote o fueron a consumir sus ansias de libertad en los calabozos del Morro y La Cabaña, cuando no en los cálidos presidios del Africa. Su gobierno no tuvo la virtud de ahondar aún más las fronteras que ya separaban a los cubanos y españoles.

La tumultuosa situación política de la Península hizo que tres años después, 1855, regresara de gobernador a Cuba el ya odiado y funesto General Concha. Durante su ausencia se había documentado empeñosamente en los asuntos de la colonia que añoraba y de modo preferente en todo lo relativo a la instrucción pública. Convencido de la incapacidad económica del Gobierno Central para crear las escuelas indispensables, ordenó a los Ayuntamientos “que incluyesen en sus presupuestos, como gastos obligatorios, las sumas necesarias para el sostenimiento de las escuelas públicas”. Obsedido del peligro que según él representaba la educación de la juventud cubana en los Estados Unidos, y conociendo desde su primera época la deficiente preparación de los maestros, reanudó sus esfuerzos anteriores para lograr la instauración de una Escuela Normal para formar el profesorado, intento este que ya había fra-

casado con el Obispo Espada y con Luz y Caballero, pero que ahora tendría mejor suerte por responder a un fin político más que educacional.

Durante el primer gobierno del General José Gutiérrez de la Concha, en 2 de marzo de 1852, se publicó en la *Gaceta de la Habana* un Decreto y Reglamento organizando un Seminario para maestros de instrucción primaria que en realidad era una Escuela Normal, con carácter de internado y con una escuela práctica, a la cual tendrían derecho de asistir, además, para realizar estudios y observar clases modelos, los maestros en ejercicio que quisieran mejorar su preparación. Pero el relevo de Concha, al mes siguiente, impidió una vez más la realización de tan útil proyecto.

El anhelo tantas veces acariciado cristalizó al fin. Restituído más tarde el General Concha a la gobernación del país, llegó por segunda vez a Cuba aureolado con grandes prestigios y simpatías entre los peninsulares y odiado por los cubanos que no podían olvidar las persecuciones ni los mártires caídos bajo el primer mando del enérgico gobernante. Este se dispuso a realizar sus antiguos proyectos constructivos. Retomando otra vez el frustrado proyecto de la Escuela Normal, logró su inauguración el 19 de noviembre de 1857, honrando así el natalicio de la Reina Isabel II. Pero no fué una mera coincidencia ni pretexto para ofrecer halagos a la realeza, sino que ello constituía, además, una afirmación del propósito íntimo y esencial del déspota ilustrado, de formar maestros de sólido espíritu gobiernista, capaces de influir en la formación de una conciencia nacional integrista y monárquica, con suficiente cultura y prestigio para contrarrestar la influencia de una serie de colegios cubanos que, siguiendo las huellas de "Carraguo" y "El Salvador", venían ya trabajando, por la ciencia y la cultura, en aquella juventud que muy pronto habría de demostrar la inutilidad de las tardías e interesadas preocupaciones educacionales de la Metrópoli.

La tan esperada Escuela Normal fué instalada en el colegio de los Escolapios de Guanabacoa bajo la dirección del Padre Collazo, sacerdote cubano educado en Barcelona, al que después sucedió el Padre Joffre, español de sólida y eminente cultura.

Los estudios de la institución duraban tres cursos y comprendían una Escuela Normal Elemental y otra Superior, con sus respectivas Escuelas prácticas. El *currículum* de la misma ofrecía sólidos y amplios conocimientos, pero adolecía de deficiencias pedagógicas por lo limitado de los estudios de la ciencia educativa. La escuela estuvo en actividad

desde 1857 hasta 1868, en que otra luz más violenta lanzó los resplandores de la aurora revolucionaria encendida por Carlos Manuel de Céspedes en Yara.

La cultura es "universalización y humanización del hombre". Mediante ella se aumenta la capacidad valorativa del ser humano y le hace estimar, comprender y practicar mejor las virtudes democráticas que saturan y vivifican la libertad haciendo de ésta el clímax natural para la necesaria felicidad del hombre.

Después de la humillante expulsión de los diputados cubanos de las Cortes Españolas, en que el pacifista y cívico José Antonio Saco inició su larga y tesonera peregrinación por las tierras europeas, añorando la bella y desgraciada isla antillana, hubo otros patricios cubanos que se dedicaron a preparar a nuestra juventud para su futuro destino. Unos lucharon y murieron como López, Estrampes, Facciolo, Pintó y tantos otros, porque la hora no había llegado. Mas no faltó quienes se dieran a la tarea silenciosa de la enseñanza, precursora de la redención política. "Luz Caballero pareció ser blanco velamen de cultura. Sus palabras, sencillas y modestas, penetraban en lo hondo del pensamiento cubano como la quilla ágil que abre un sendero en la inmensidad del mar. Y en lo profundo, cuando ya el velamen hubiese desaparecido a los ojos de miopes o faltos de visión trascendente, quedaría la estela magnífica de signos sólo cognocibles para los que entendían el lenguaje del saber y del bien." (4).

La obra educativa, precursora y patriótica de Luz y Caballero en el famoso colegio de San Cristóbal, más conocido por Carraguo, y luego en "El Salvador", ha sido discutida en cuanto a sus propósitos independentistas. Pero, si alguna duda existe todavía, basta reproducir aquí la nota que Mesa y Rodríguez tomó de los *Cromitos Cubanos*, de Manuel de la Cruz, cuando Luz y Caballero dijo a Narciso López:

"Si usted se lanza, recibirá un desengaño; el pueblo lo abandonará. Cuba no está preparada para gozar de la independencia: para que lo esté soy yo maestro de escuela." (5). Y los hechos comprobaron su aserto y la razón que tenía en la necesidad de la obra que él se propuso llevar a cabo. La posteridad ha reconocido el mérito de su vida y los nombres de discípulos como Sanguily y Agramonte son suficientes para acreditar su gloria.

Otros colegios cubanos, en la propia senda que "El Salvador", siguieron su huella. Recuérdese "La Empresa", de Matanzas, en donde labraron José A. Echeverría, Cirilo Villaverde, y Palma, dirigido más tarde por Eusebio y Antonio Guiteras, quienes siguieron orientaciones pa-

recidas a las de Luz y Caballero; el "San Francisco de Asís", de Regla, dirigido por José Alonso Delgado (educador notable cuya memoria perdura al frente de un prestigioso Centro Escolar en la República). El plantel se distinguió por la calidad de su enseñanza, especialmente en idiomas, y por alumnos que le dieron prestigio y gloria, tales como Raimundo Cabrera, Enrique José Varona, Rafael Montoro, Gabriel de Zéndegui, José de Armas y Céspedes, Rafael Fernández de Castro, José Fornaris, Juan García Boada, etc.

Otro colegio cubano de imperecedera memoria en la época que se estudia fué el "San Anacleto", fundado en 1857 por Rafael Sixto Casado, de noble prosapia educacional, autor de valiosos textos para la enseñanza y cuya prédica educadora se hizo sentir con eficacia.

En 1864 el Ayuntamiento de La Habana acuerda crear tres colegios de instrucción primaria superior. Rafael María Menvive, el maestro que pone ciencia en la mente y poesía en el corazón, solicita la dirección de la Escuela de Varones. "Diecinueve personas de las más distinguidas del país—afirma Lizaso—han formado el jurado que ha de calificar los méritos de los aspirantes, y la elección recae en Menvive." (6).

Menvive será maestro de los mayores en las "tertulias literarias", y en el colegio compartirá amorosamente la ciencia con sus alumnos. Uno de éstos será José Martí, su hijo espiritual, que lo quiso como a un "padre generoso". Más tarde Menvive será preso. Ya no podrá regentar un colegio oficial y entonces comienza a dirigir, 1857, el "Colegio San Pablo", aquella fragua de patriotismo. "Allí estuvo, formando cubanos capaces de dar su vida por Cuba hasta 1869, en que fué desterrado a España", dice una admirable historiadora de la educación cubana (7).

Estos colegios, y otros varios, alimentaban el fuego del sentimiento patrio. Algunos, de marcado sabor metropolitano, y otros de carácter más o menos neutral, también contribuyeron, pese a sus deseos, a la formación de la conciencia cubana, por la educación. Y hubo colegios como "La Unión" y el "San Fernando", de reconocido españolismo, en tanto otros, como el de "Nuestra Señora de Belén", reabierto en 1854, difundieron el saber a los cubanos pudientes de la época y cuya influencia ha trascendido a través de los años.

Las medidas tomadas por el General Concha sobre la enseñanza en 1855, en contraste con lo que sucedía en lo político y militar, produjeron algunos resultados beneficiosos porque estimularon el interés de los Municipios en favor de la educación. Así lo comprueban los datos estadísticos de 1860, que, aunque incompletos, dan al menos una idea aproximada de la situación escolar en la Isla. Existían entonces 285 es-

cuelas municipales y 179 privadas, con una asistencia total de 17,519 niños, de los cuales la enseñanza de 10,251 era sufragada por los Ayuntamientos con un costo de \$ 180,000.

En 1857 se proclamó en España una Ley de Instrucción Pública de carácter progresivo, aunque centralizador. Pero su aplicación a Cuba no tuvo lugar hasta 1863, en que Isabel II dictó un decreto o Plan General de Estudios para la Isla de Cuba, conocido también por Plan del General Concha por ser éste quien ocupaba entonces el cargo de Ministro de Ultramar y quien venía interesándose, desde hacía tiempo, por la organización y centralización de la enseñanza en Cuba.

Es justo reconocer que el Plan de 1863 no se hizo de modo inconsulto. Para elaborarlo se nombró una Comisión designada por el Gobernador General con el objeto de averiguar el número de escuelas que existían. Según los datos de la Comisión, había 577 escuelas con 21,283 alumnos, siendo de notarse que las sostenidas oficialmente eran pagadas y atendidas por los municipios, sin que el Gobierno aportase un solo centavo para ello, a pesar de que la recaudación del Presupuesto General de gastos para el año de 1862 era de \$ 25,622,929.20.

El resultado de los estudios realizados por la Comisión, después de las subsiguientes modificaciones en el Ministerio de Ultramar, dieron origen al Plan de Estudios promulgado en el Decreto de 15 de julio de 1863. Como hemos dicho, respondía al carácter centralizador de la Ley Española de 1857, pero superaba ventajosamente al Plan de 1842 por una serie de prescripciones muy útiles y progresivas, aunque naturalmente—siguiendo el hábito de los gobiernos coloniales—muchas de sus disposiciones fueron letra muerta.

Por dicha Ley se estableció la división de la enseñanza en pública y privada, disponiéndose que la primera fuese dirigida por el Gobierno e interviniendo en la segunda, y que la primera enseñanza podría obtenerse en las escuelas públicas, en las privadas o en el hogar; que las escuelas públicas eran aquéllas mantenidas, en todo o en parte, con fondos públicos o con donaciones y cuyos profesores serían nombrados por el Gobierno o sus delegados, en tanto que las privadas eran aquéllas sostenidas y dirigidas por personas particulares, sociedades o corporaciones privadas. Como se ve, aquí estaban ya algunas de las bases para la futura legislación de la enseñanza primaria republicana.

Disponía la nueva ley que los gastos de las escuelas fueran sufragados por los Ayuntamientos y con las retribuciones que pagasen los que en ellas recibiesen la enseñanza, viéndose aquí, por lo tanto, que no sería gratuita en todos los casos, aunque sí obligatoria, ya que se podría

imponer una multa de cinco escudos al padre o tutor que sin causa justificada dejase de enviar los menores a la escuela.

Conviene llamar la atención que al imponer a los Ayuntamientos la obligación de incluir anualmente en sus presupuestos, como gastos obligatorios, las sumas que estimasen necesarias para el sostenimiento de sus escuelas, aquéllos se veían constreñidos, por lo reducido de sus recursos, a presupuestar cantidades siempre insuficientes para la enseñanza, con el agravante de que ni aun lo señalado para ello podía ser pagado, unas veces por dificultades en la recaudación y en ocasiones por las tan conocidas filtraciones que en el terreno oficial ocurrieron siempre en nuestro país. Sin embargo, tenía la virtud el sistema de estimular el interés local por la educación, ventaja esta que rinde los mayores frutos en los países sajones, como sucede en los Estados Unidos, pero que no ha sucedido así en Cuba durante la Colonia, ni después, debido a nuestro sistema político centralizado y a la naturaleza de nuestra organización económica, también centralizada, que impide las actividades constructivas de las instituciones locales, acentuando, cada vez más, la inercia ciudadana, que todo lo espera del gobierno central. Y frente a la pobreza de los municipios, responsables de sufragar los gastos de la educación en el presupuesto general de la Isla, según la Ley de 1863, debía consignarse anualmente la cantidad de \$ 10,000 "para auxiliar á los pueblos que no pudiesen sostener sus escuelas". Una disposición negativa del nuevo plan fué que al colocar en manos del Gobernador Superior Civil la facultad de autorizar la creación de las nuevas escuelas, previo informe de la Junta Superior de Instrucción Pública, se utilizó éste como instrumento que algunas veces sirvió de rémora para dichas creaciones.

Pero el aspecto más interesante y novedoso al par que útil fué el que establecía los Institutos de Segunda Enseñanza, creándose cuatro de éstos: en La Habana, Matanzas, Puerto Príncipe y Santiago de Cuba.

El plan o cursos de los Institutos comprendía cinco años de estudios generales y otras materias aplicadas que preparaban para las carreras de Agrimensor, Perito Mercantil o Perito Químico. Para ingresar en ellos era necesario haber cumplido nueve años de edad y hacer un examen de las materias de enseñanza elemental. No comprendieron los autores del plan que a esa edad los alumnos carecen de madurez física y también de la intelectual necesaria para enfrascarse en las abstracciones de la Gramática latina y ni siquiera de la castellana, sobre todo con los sistemas y métodos que entonces estaban en boga.

Así surgió la enseñanza secundaria oficial y pública en nuestro país, coordinada con la primaria, pues no puede olvidarse que desde los primeros tiempos la segunda enseñanza estuvo confundida con la elemental

y que los grandes colegios existentes desde el principio fueron a la vez instituciones secundarias, y algunos como el "Seminario de San Carlos" y más tarde "El Salvador" constituían, en realidad, verdaderas universidades, a veces con modalidades científicas y pedagógicas superiores a las de la Universidad de La Habana.

Este era el panorama de la enseñanza en Cuba cuando la dignidad cansada de sufrir se puso en pie. La guerra del 68 venía a demostrar que los esfuerzos silenciosos de Luz y Caballero no eran inútiles, como tampoco lo fueron el ejemplo de Varela, las admoniciones de Saco ni el martirio de López, Estrampes y Pintó. La hora de la redención política había llegado.

NOTAS

CAPITULOS I, II y II

- (1) LEOPOLDO ZEA: *Dos Etapas del pensamiento en Hispanoamérica*. México, 1949, pág. 35.
- (2) ROGER PICARD: *El Romanticismo Social*. Traducción de Blanca Chacel. México-Buenos Aires, 1947, pág. 49.
- (3) Véase el documentado Discurso de ingreso en la Academia de la Historia de Cuba, de Francisco González del Valle, titulado *Es de Plácido la "Plegaria a Dios"?*
- (4) *Historia de la Poesía Hispano-Americana*. Tomo I, pág. 258. Madrid, 1911.
- (5) *Obras Literarias* de Gertrudis Gómez de Avellaneda. Tomo I, pág. XI. Madrid, 1869.
- (6) Idem.
- (7) *Hist. de la Poesía Hisp.*
- (8) Prólogo a las *Poesías*. Habana, 1920, pág. 6.
- (9) *Isla de Cuba pintoresca, histórica, política, literaria, mercantil, industrial*. Madrid, 1841.
- (10) *Panorama Histórico de la Literatura Dominicana*. Río de Janeiro, 1945, pág. 106.
- (11) MEDARDO VITIER apunta: "Vean los especializados en la filosofía europea, si, en efecto, hubo originalidad y anticipación en José de la Luz, o si se trata sólo de una mente lúcida, de extensísima cultura filosófica, de capacidad crítica y de singular vivacidad". (*La Filosofía en Cuba*, México, 1948, pág. 114.)
- (12) ROBERTO AGRAMONTE hace estas consideraciones: "Experimentar fué el primer paso de una conducta reformadora en los espíritus, de una inicial conciencia revolucionaria. Es verdad que este paso lo había dado en firme ya el primero que nos enseñó a pensar, a pensar a emprender, a pensar a transformar, José Agustín Caballero; y luego, antes de Luz, Varela, que fué el que nos enseñó primero que todo, ante todo y sobre todo a pensar, si transcribimos fielmente la memorada frase de Luz". (Prólogo a la *Polémica Filosófica*. Tomo I, pág. XXVIII. Edición de la Universidad de La Habana, 1946.)
- (13) Obra citada, pág. 107.
- (14) SANTIAGO PRAMPOLINI: *Historia Universal de la Literatura*. Ed. española. Tomo XII, pág. 29.
- (15) ALEJO CARPENTIER: *La Música en Cuba*. México, 1946, pág. 143.
- (16) FERNANDO ORTIZ: *La Africanía de la Música Folklórica de Cuba*. Habana, 1951, página 133.
- (17) *La Habana Artística*. Habana, 1881, pág. 87.
- (18) *Arquitectura Cubana Colonial*. Habana, 1936, pág. 14.
- (19) *Cuba a pluma y lápiz*. Traducción de Adrián del Valle. Habana, 1928. Tomo II, pág. 266.
- (20) *Arquitectura Colonial Cubana*. Anales de la Academia Nacional de Artes y Letras. Año XXX. Tomo XXIV. Enero-Diciembre, 1943, págs. 88 y 89.
- (21) *Apuntes*. Tomo I, pág. 232.
- (22) *Obras Completas de Martí*. Editorial Trópico. Tomo 13, pág. 112.
- (23) BERNARDO G. BARROS: *La Caricatura Contemporánea*. Habana, 1917. Tomo I, pág. 92.
- (24) Idem, pág. 93.
- (25) CARLOS DE LA TORRE: *Don Felipe Poey*. (Figuras Cubanas de la Investigación Científica. Habana, 1942, pág. 339.)
- (26) FRANCISCO JAVIER CISNEROS: Bogotá, 1948, pág. 7.

CAPITULO IV

- (1) *Memoria anual del Comisionado de Escuelas Públicas*. La Habana, 1900-1901, pág. 216.
- (2) JOSÉ F. MARTÍNEZ Y DÍAZ: *Historia de la educación pública en Cuba*, pág. 43.
- (3) JOSÉ F. MARTÍNEZ: Obra citada.
- (4) DIEGO GONZÁLEZ: *La enseñanza primaria en Cuba pre-republicana*, pág. 21.
- (5) MANUEL DE LA CRUZ: *Cromitos Cubanos*, pág. 148. Cita de Manuel I. Mesa Rodríguez en *Don José De la Luz y Caballero*, pág. 283.
- (6) FÉLIX LIZASO: *Martí; Místico del Deber*, pág. 21.
- (7) EMMA PÉREZ: *Historia de la Pedagogía en Cuba*, pág. 279.

FUENTES

CAPITULOS I, II y III

- ANDUEZA, JOSÉ MARÍA. *Isala de Cuba Pintoresca*. Madrid, 1841.
 ARAMBURU, MARIANO. *La Avellaneda*. Madrid, 1898.
 ARROM, JOSÉ J. *Historia de la Literatura Dramática Cubana*. New Haven, Yale, 1944.
 ATENEO DE LA HABANA. *Maestros de la Cultura Cubana*. Habana, 1941.
 — *Figuras Cubanas de la Investigación Científica*. Habana, 1942.
 — *Historia de la Medicina*. 1944.
 BACARDÍ, EMLIO. *Crónicas de Santiago de Cuba*. Santiago de Cuba, 1925.
 BACHILLER Y MORALES, ANTONIO. *Apuntes para la Historia de las Letras y de la Instrucción Pública en Cuba*. Habana, 1859.
 BAY SEVILLA, LUIS. *Arquitectura Colonial Cubana*. (Anales de la Academia Nacional de Artes y Letras. Año XXIX. Tomo XXIV. Habana, 1943.)
 — *Viejas Costumbres Cubanas*. (Rev. Arquitectura, 1942.)
 BLANCHET, EMILIO. *La Avellaneda como poetisa lírica y dramática*. (Revista de la Facultad de Letras y Ciencias. Habana, mayo, 1914.)
 — *Joaquín Lorenzo Luaces*. (Idem, enero, 1913.)
 BARRAS, F. DE LAS. *La Habana a mediados del siglo XIX*. (Diario de la Marina. Habana, junio, 1943.)
 CALCAGNO, FRANCISCO. *Diccionario Biográfico Cubano*. New York, 1878.
 — *Poetas de color*. Habana, 1887.
 CAÑETE, MANUEL. Prólogo a las *Poetas de Mendeivé*. 1883.
 CARBONELL, JOSÉ MANUEL. *Los Poetas del Laud del Desterrado*. Habana, 1930.
 CARPENTIER, ALEJO. *La Música en Cuba*. Méjico, 1948.
 CATALÁ, RAMÓN A. *Divagaciones sobre la novela*. Habana, 1936.
 COTARELO, EMILIO. *La Avellaneda y sus obras*. Madrid, 1930.
 CRUZ, MANUEL DE LA. *Obras*. Tomos III y V. Madrid, 1924.
 CHACÓN Y CALVO, JOSÉ M. *La Literatura de Cuba*. (Prampolini: *Historia Universal de la Literatura*. Tomo XII. B. Aires, 1941.)
 — *Gertrudis Gómez de Avellaneda; las influencias castellanas*. Habana, 1914.
 — *Tablas de variantes en las poesías de la Avellaneda*. Habana, 1920.
 ELIGIO DE LA PUENTE, ANTONIO M. Introducciones a las obras de R. de Palma, Plácido y Villaverde, publicadas en la *Colección de Libros Cubanos*.
 FIGAROLA CANEDA, DOMINGO. *Plácido, poeta cubano*. Habana, 1922.
 GONZÁLEZ DEL VALLE, FRANCISCO. *Luz y Caballero como educador*. (Colección de Libros Cubanos. Habana, 1931.)
 — *Es de Plácido la Plegaria a Dios?* 1923.
 GUERRA, RAMIRO. *La Defensa nacional y la Escuela*. Habana, 1923.
 INSTITUTO DE ARTES PLÁSTICAS. *300 Años de arte en Cuba*. Habana, 1940.
 IRAIZOZ, ANTONIO. *Lecturas Cubanas*. Habana, 1920.
 LABRAÑA, J. M. *La Prensa en Cuba*. (Cuba en la mano. Habana, 1940.)
 LÓPEZ PRIETO, ANTONIO. *Parnaso Cubano*. Habana, 1881, t. I.
 MAÑACH, JORGE. *La Pintura en Cuba*. (Evolución de la Cultura Cubana, de J. M. Carbonell. Habana, 1928. Tomo XVIII.)
 MARTÍ, JOSÉ. *Obras*. Editorial Trópico. Tomos 12 y 13.
 MERCHÁN, RAFAEL MARÍA. *Estudios Críticos*. Madrid, 1917.
 MENÉNDEZ Y PELAYO, MARCELINO. *Historia de la Poesía Hispano-Americana*. Madrid, 1911, tomo I.
 MESA RODRÍGUEZ, JOSÉ I. *Don José de la Luz y Caballero*. Habana, 1947.

- MITJANS, AURELIO. *Estudio sobre el Movimiento científico y literario de Cuba*. Habana, 1890.
 — *Estudios Literarios*. Habana, 1887.
 — *Luaces y Heredia*. (*Revista Cubana*, Tomo VII. Habana, 1888.)
 MONTORO, RAFAEL. *Obras*. Habana, 1930.
 NOEL, M. S. *Contribución a la Historia de la Arquitectura Hispanoamericana*. Buenos Aires, 1921.
 ORTIZ, FERNANDO. *La Africana en la Música Folklórica de Cuba*. Habana, 1951.
 — *Los Bailes y el teatro de los negros en el Folklore de Cuba*. Habana, 1951.
 PEZUELA, JACOBO DE LA. *Historia de la Isla de Cuba*. Madrid, 1868.
 PIÑEYRO, ENRIQUE. *Hombres y glorias de América*. París, 1903.
 — *Biografías Americanas*. París, 1906.
 — *Vida y escritos de Juan Clemente Zenea*. París, 1901.
 — *Bosquejos, retratos, recuerdos*. París, 1912.
 RAMÍREZ, SERAFÍN. *La Habana Artística*. Habana, 1891.
 REMOS, JUAN J. *Historia de la Literatura Cubana*. Habana, 1945. Tomo II.
 — *Tendencias de la Narración imaginativa en Cuba*. Habana, 1935.
 — *Hombres de Cuba*. Habana, 1941.
 — *Microfono*. Habana, 1937.
 RODRÍGUEZ GARCÍA, JOSÉ A. *De la Avellaneda*. Habana, 1914.
 RODRÍGUEZ, JOSÉ IGNACIO. *Vida de Luz y Caballero*. New York, 1879.
 SALAZAR, SALVADOR. *La Novela en Cuba*. 1934.
 — *Rafael María de Mendive*. Habana, 1915.
 SANGUILY, MANUEL. *Luz y Caballero*. (*Obras*. Habana, 1926.)
 SÁNCHEZ DE BUSTAMANTE, ANTONIO. *Discursos*. 1920-1923.
 SOLÁ, M. *Historia del Arte Hispanoamericano*. Barcelona, 1935.
 SOTO PAZ, ANTONIO. *Antología de Periodistas Cubanos*. Habana, 1943.
 TRELLES, CARLOS M. *Bibliografía Cubana del siglo XIX*. Matanzas, 1912.
 — *Bibliografía Histórica Cubana*. Matanzas, 1922.
 — *Bibliografía Científica Cubana*. Matanzas, 1918.
 VITIER, MEDARDO. *Las Ideas en Cuba*. Habana, 1938.
 — *La Filosofía en Cuba*. Méjico, 1948.
 WEISS, JOAQUÍN. *Arquitectura Colonial Cubana*. Habana, 1936.
 ZAYAS, ALFREDO. *La Poesía civil en Cuba hasta 1868*. (*Obras*, Habana, 1942, t. II.)

CAPITULO IV

- BACHILLER Y MORALES, ANTONIO. *Apuntes para la Historia de las Letras y de la Instrucción Pública en la Isla de Cuba*. Habana, 1936.
 DEL MONTE, DOMINGO. *Escritos de Domingo del Monte*. La Habana, 1929.
 GUERRA, RAMIRO. *Historia de Cuba*. La Habana, 1922, ts. I y II.
 COMISIONADO DE ESCUELAS PÚBLICAS: *Primera Memoria Anual*. La Habana, 1902.
 PÉREZ TÉLLEZ, EMMA. *Historia de la Pedagogía en Cuba*. La Habana, 1945.
 MARTÍNEZ DÍAZ, JOSÉ F. *Historia de la Educación Pública en Cuba*. Pinar del Río, 1943.
 REMOS, JUAN J. *Historia de la Literatura Cubana*. La Habana, 1945.
 GONZÁLEZ, DIEGO. *El Padre Varela; su Vida y su Obra*. La Habana, 1925. 1927.
 — *La Enseñanza Primaria en Cuba pre-republicana*. (Academia de la Historia. La Habana, 1938.)
 MESA RODRÍGUEZ, MANUEL I. *Don José de la Luz y Caballero*. La Habana, 1947.
 ORTIZ, FERNANDO. *La hija cubana del iluminismo*. (Rev. Bimestre. Vol. LI. No. 1. La Habana, 1943.)
 LIZASO, FÉLIX. *Martí, Místico del Deber*. Buenos Aires, 1940.



NO CIRCULANTE

